



**EN MEDIO DE LA VIDA:
CUENTOS DE SOLDADOS Y CIVILES**

CUENTOS DE SOLDADOS

EL JINETE EN EL CIELO

(*A Horseman in the Sky*)

I

Cierta tarde de sol en el otoño de 1861, un soldado se encontraba tendido bajo un monte de laurel junto al camino, en el oeste de Virginia. Echado sobre el estómago, con la punta de los pies clavada en tierra y la cabeza apoyada en un antebrazo, empuñaba descuidadamente el rifle con su mano derecha. Salvo por la posición algo metódica de las piernas y un ligero movimiento de la cartuchera al dorso del cinto, se hubiera pensado que estaba muerto.

Dormía, sin embargo, en el puesto de guardia.

Pero de haber sido descubierto, muy poco después lo hubiese estado, ya que la muerte era el

castigo justo y legal de su crimen.

El monte de laurel estaba ubicado en el recodo de un camino que después de ascender hasta aquel lugar por una escarpada cuesta, se volvía abruptamente hacia el oeste, corriendo

por la cumbre unas cien yardas. Desde allí regresaba de nuevo al sur y zigzagueaba monte abajo a través del bosque. En la saliente del segundo recodo había una gran roca lisa, proyectada hacia el norte, que dominaba el hondo valle desde donde subía el camino. La roca era el remate de una altísima barranca: de arrojar-se una piedra desde el borde, caería a pico más de mil pies hasta la copa de los pinos. El recodo donde estaba el soldado se encontraba en otro risco de la misma barranca. Si hubiese estado despierto habría visto no sólo el breve brazo del camino y la roca salidiza, sino el contorno entero del barranco allá abajo, pronto

para enfermarlo de vértigo.

La región estaba cubierta de bosques, excepto en el fondo del valle, hacia el norte, donde un arroyo apenas visible desde el otro extremo surcaba una pequeña pradera natural. Este espacio parecía apenas más grande que un patio, pero en realidad medía varios acres. Su verdor era más vivo que el del bosque circundante,

detrás del cual se levantaba una línea de gigantes barrancos similares a los que suponemos pisar en este examen del paisaje, y por el cual el camino había ascendido de algún modo hasta la cumbre. La forma del valle, en verdad, era tal que desde nuestro punto de observación parecía enteramente cerrado, y uno no podía menos que preguntarse cómo podía el camino, que había encontrado una salida, haber entrado. O de dónde venían y hacia dónde iban las aguas del arroyo que cruzaban

la pradera más de mil pies allá abajo.

No hay región tan abrupta e inhóspita que los hombres no puedan hacer de ella el escenario de la guerra. En el bosque, al fondo de aquella ratonera militar donde quinientos hombres que dominaran sus salidas podían hacer morir de hambre a un ejército, estaban escondidos cinco regimientos federales de infantería. Habían tenido una larga marcha durante el día y la noche, y ahora descansaban. Al anochecer retomarían el camino, subiendo

hasta el lugar en que dormía el desleal centinela, y bajando por la otra pendiente de la quebrada, cerca de la medianoche caerían sobre el campo enemigo. Su esperanza estaba puesta en la sorpresa, pues el camino llegaba hasta la retaguardia. En caso de fracasar, su posición sería en extremo peligrosa, y fracasarían inevitablemente si algún accidente o algún espía

prevenía del movimiento de tropas al enemigo.

II

El centinela dormido en el monte de laurel era un joven virginiano llamado Carter Druse. Hijo único de una familia pudiente, había conocido tanto ocio y educación y buena vida como lo permitiera el refinamiento y la riqueza en una zona montañosa del oeste de Virginia. Su casa estaba a pocas millas de donde ahora se encontraba. Una mañana se había levantado de la mesa, después del desayuno, y había dicho, tranquila y gravemente:

—Padre: un regimiento de la Unión ha llegado a Grafton. Voy a unirme a él.

Su padre levantó la leonina testa, miró al muchacho un momento en silencio y respondió:

—Bien, márchese, señor, y pase lo que pase

haga lo que considere su deber. Virginia, a quien traiciona, continuará sin su presencia. Si ambos llegamos vivos al final de la guerra, volveremos a hablar del asunto. La salud de su madre, como ya le ha informado el médico, es muy delicada: no estará con nosotros más que unas pocas semanas, como máximo; pero ese tiempo es precioso. Es preferible que no se la moleste.

De este modo Carter Druse, inclinándose reverentemente ante su padre –quien respondió al saludo con una augusta cortesía que disimulaba su corazón partido– abandonó el hogar de su niñez para enrolarse. Por su conciencia y su coraje, por sus heroicos actos de devoción y osadía, pronto fue apreciado por sus camaradas y oficiales. Y debido a estas cualida-

des y a algún conocimiento que tenía de la región, se lo había elegido para este peligroso

deber en la extremada avanzada. Sin embargo, la fatiga había sido más fuerte que la voluntad y él se quedó dormido. ¿Quién podrá decir qué ángel, bueno o malo, vino luego en su sueño a despertarlo de su estado de culpa? Sin el menor ruido o movimiento, en el profundo silencio y la languidez del crepúsculo, algún mensajero invisible del destino presionó con sus dedos liberadores los ojos de su conciencia, susurró en el oído de su espíritu la misteriosa palabra que tiene el don de despertar y que ningún labio humano pronunció nunca, ni memoria alguna jamás ha recordado. Lentamente despegó la cabeza de sus brazos y miró por entre los encubridores tallos del laurel, apretando instintivamente la mano derecha sobre la caja del rifle.

La primera sensación fue un vivo deleite artístico. Sobre una colosal plataforma —el barranco—, inmóvil al borde de la roca saliente y

nítidamente recortada contra el cielo, había una estatua ecuestre de impresionante dignidad. Era la figura del hombre montada sobre la del caballo, erguida y marcial pero con la calma de un dios griego tallado en el mármol que petrifica el movimiento. La vestimenta gris armonizaba con su fondo. El metal de su atavío y el jaez de su cabalgadura estaban mitigados por la sombra; la piel del corcel era opaca. Una carabina insólitamente acortaba descansaba sobre el pomo de la silla, y se mantenía en su lugar gracias a la mano que la aferraba por el puño, mientras la otra, que mantenía las riendas, quedaba oculta. Recortado contra el cielo, el perfil del caballo parecía tallado con la agudeza de un camafeo. Miraba por sobre las alturas hacia los barrancos, más lejos. La cara del jinete, ligeramente desviada, mostraba apenas el contorno de la sien y de la barba: estaba observando el fondo del valle.

Magnificada por su altura contra el cielo y por la sensación de horror que causaba en el sol-

dado la proximidad de un enemigo, la estatua parecía de un tamaño heroico, casi colosal.

Por un instante Druse tuvo la extraña sensación de que había dormido hasta el fin de la guerra, y que ahora miraba una noble obra maestra erigida allí para conmemorar los hechos de un pasado heroico del que él había cumplido una cuota poco gloriosa. Pero un ligero movimiento del grupo quebró el hechizo: el caballo, sin mover las patas, había retrocedido ligeramente del borde del abismo; el hombre permanecía inmóvil como siempre.

Despierto del todo y consciente de la gravedad del momento, Druse llevó la culata del rifle contra la mejilla, empujando cautelosamente el caño entre los matorrales; amartilló el arma, y observando por la mira cubrió un punto vital

en el pecho del jinete. Una presión sobre el gatillo y todo le hubiera ido bien a Carter Druse.

En aquel instante el jinete volvió su rostro en la dirección de su oculto antagonista. Parecía estar examinando, a través del follaje, su cara

misma, sus ojos, su corazón bravo y compasivo.

¿Es entonces tan terrible matar en la guerra a un enemigo, a un enemigo que ha sorprendido un secreto vital para la propia seguridad y la de sus camaradas, un enemigo mas formidable por lo que sabe que todos lo ejércitos por sus contingentes? Carter Druse palideció, le temblaron los brazos y las piernas, se desvaneció y vio el grupo estatuario delante suyo como figuras negras que se levantaban y caían o se agitaban inseguras en círculos por un cielo encendido. Sus manos soltaron el arma y la cabeza descendió con lentitud hasta descansar

entre las hojas. Este temerario caballero y duro soldado estaba a punto de desmayarse por la intensidad de su emoción.

No fue por mucho tiempo; un momento después irguió la cabeza y las manos reasumieron su lugar en el rifle, mientras el índice buscaba el gatillo. La mente, el corazón y los ojos estaban claros; sólidos, el raciocinio y la concien-

cia. No podía pensar en capturar al enemigo, y de alarmarlo sólo lo haría precipitarse en su propio campamento con las noticias fatales. Su deber de soldado era sencillo: debía matar al hombre por sorpresa; debía enviarlo o saldar sus cuentas sin prevenirlo sin un solo momento de preparación espiritual, sin una sola plegaria, nunca tan necesitada. ¡Pero no: hay una esperanza! Probablemente no ha descubierto nada, tal vez no hace otra cosa que admirar la solemnidad del paisaje. Si es posible, puede

volverse y cabalgar diferente en la dirección que trajo. Seguramente se podrá juzgar si sabe algo en el momento preciso en que se marcha. Bien podría ser que la fijeza de su atención... Druse volteó la cabeza y miro hacia abajo por las profundidades del aire, como desde la superficie al fondo de un mar transparente. Vio una sinuosa fila de hombres y caballos serpenteando a través de la verde pradera: ¡algún oficial estúpido había permitido que sus soldados de escolta abrevaran los caballos en el

claro, visible desde una docena de sitios en la barranca!

Druse apartó la vista del valle y la fijó otra vez sobre el conjunto de hombre y caballo en el cielo, y otra vez fue a través de la mira del rifle. Mas ahora apuntaba al caballo. En su memoria, como si se tratase de un mandato divino, sonaban las palabras de su padre en el

momento de partir: “Pase lo que pase, haga lo que considere su deber”.

Ahora estaba tranquilo. Sus dientes apretados firmemente aunque sin rigidez, sus nervios tan calmos como los de una criatura dormida, ni siquiera un temblor afectaba los músculos de su cuerpo. La respiración, aunque contenida en el momento de apuntar, era regular y lenta. El deber había vencido. Y el espíritu habíale ordenado al cuerpo: “Silencio, quédate tranquilo”. Disparó.

III

En espíritu de aventura o en busca de experiencia, un oficial de las fuerzas federales había abandonado el *vivac* escondido en el valle, caminando sin propósito determinado hasta el borde de un pequeño claro al pie del barranco. Pensaba en qué podría ganar de aventurarse más lejos en su exploración. A un cuarto de

milla adelante, aunque aparentemente a un paso, se elevaba desde su franja de pinos la gigantesca mole, remontándose a tan grande altura que le producía vértigo alzar la vista hasta su borde recortado en una aguda y áspera línea contra el cielo. La roca se presentaba con un perfil limpio, vertical, contra un fondo de cielo azul hasta casi la mitad, y de lejanas colinas, apenas más pálidas, desde allí hasta la copa de los árboles. Levantando los ojos hacia la vertiginosa cima, el oficial presencié una escena pasmosa: ¡un hombre a caballo, cabalgando valle abajo por el aire!

El jinete iba rígidamente erguido, firme su

apoyo sobre la silla, y apretando con fuerza las riendas para contener la impetuosa precipitación de su corcel. En su cabeza descubierta flotaban ondulantes los cabellos muy largos, como un penacho. Las manos desaparecían en la

nube de crin de su caballo. El cuerpo del animal iba tan horizontal como si cada golpe de sus cascos encontrase la resistencia de la tierra. Sus movimientos parecían de un galope desbocado, pero apenas el oficial miró, cesaron, las patas del caballo estiradas adelante en el acto de caer de un salto. ¡Y aquello era un vuelo!

Presa de espanto y terror por esta aparición de un jinete en el cielo –casi creyéndose el escriba elegido de algún nuevo Apocalipsis–, el oficial fue superado por sus intensas emociones: sus piernas lo traicionaron y se fue al suelo. Casi simultáneamente oyó un estallido entre los árboles –un sonido que murió sin eco– y todo volvió al silencio.

El oficial se alzó sobre sus piernas, todavía

temblorosas. El dolor familiar de una canilla dislocada le devolvió sus facultades. Es-

forzándose, corrió rápidamente desde el barranco hasta algún lugar lejos de su falda; allí esperaba encontrar a su hombre, y allí naturalmente fracasó. En la fugacidad de su visión, la aparente gracia, elegancia y designio del prodigioso hecho había influido tanto sobre su imaginación que no se le ocurrió pensar que la trayectoria de la caballería aérea había de ser directamente a pique y que podía encontrar los objetos de su búsqueda en el mismo fondo del barranco. Media hora después regresó al campamento.

El oficial no era tonto; demasiado discreto como para contar una verdad increíble, no dijo nada, pues, de lo que había visto. Pero cuando el comandante le preguntó si en su reconocimiento había aprendido alguna cosa de provecho para la expedición, respondió:

—Sí, señor: que no hay ningún camino que baje al valle por el sur.

El comandante sonrió con discreción.

IV

Después de disparar su rifle, el soldado Carter Druse volvió a cargarlo y continuó vigilando. Habían transcurrido apenas diez minutos cuando un sargento se le acercó cautelosamente, arrastrándose sobre manos y rodillas. Druse no volvió la cabeza ni lo miró; permaneció quieto, como si no lo hubiera notado.

—¿Usted disparó? —susurró el sargento.

—Sí.

—¿A qué?

—A un caballo. Estaba sobre aquella roca, allá lejos. Ya ve que no está más. Se despeñó por el barranco.

La cara del hombre había palidecido, pero no mostraba signos de emoción. Después de contestar volvió los ojos y calló. El sargento no entendía.

–Escuche, Druse –dijo, tras un momento de silencio–, es inútil que haga de esto un enig-

ma. Le ordeno dar parte. ¿Había alguien sobre el caballo?

–Sí.

–¿Bien...?

–Mi padre.

El sargento se levantó para marcharse. «¡Dios mío!», exclamó.

EL INCIDENTE EN EL PUENTE DEL BÚHO

(An Occurrence at Owl Creek Bridge)

I

Desde un puente ferroviario, al norte de Alabama, un hombre contemplaba el rápido discurrir del agua seis metros más abajo. Tenía las manos detrás de la espalda, las muñecas

sujetas con una soga; otra soga, colgada al cuello y atada a un grueso tirante por encima de su cabeza, pendía hasta la altura de sus rodillas. Algunas tablas flojas colocadas sobre los durmientes de los rieles le prestaban un punto de apoyo a él y a sus verdugos, dos soldados rasos del ejército federal bajo las órdenes de un sargento que, en la vida civil, debió de haber sido agente de la ley. No lejos de ellos, en el mismo entarimado improvisado, estaba un oficial del ejército con las divisas de su graduación; era un capitán. En cada lado un vigía presentaba armas, con el cañón del fusil por delante del hombro izquierdo y la culata

apoyada en el antebrazo cruzado transversalmente sobre el pecho, postura forzada que obliga al cuerpo a permanecer erguido. A estos dos hombres no les interesaba lo que sucedía en medio del puente. Se limitaban a blo-

quear los lados del entarimado. Delante de uno de los vigías no había nada; la vía del tren penetraba en un bosque un centenar de metros y, dibujando una curvatura, desaparecía. No muy lejos de allí, sin duda, había una posición de vanguardia. En la otra orilla, un campo abierto ascendía con una ligera pendiente hasta una empalizada de troncos verticales con aberturas para los fusiles y un solo ventanuco por el cual salía la boca de un cañón de bronce que dominaba el puente. Entre el puente y el fortín estaban situados los espectadores: una compañía de infantería, en posición de descanso, es decir, con la culata de los fusiles en el suelo, el cañón inclinado levemente hacia atrás contra el hombro derecho, las manos cruzadas encima de la caja. A la derecha de la hilera de

soldados había un teniente; la punta de su sable tocaba tierra, la mano derecha reposaba

encima de la izquierda. Sin contar con los verdugos y el reo en el medio del puente, nadie se movía. La compañía de soldados, delante del puente, miraba fijamente, hierático. Los vigías, en frente de los límites del río, podrían haber sido esculturas que engalanaban el puente. El capitán, con los brazos entrelazados y mudo, examinaba el trabajo de sus auxiliares sin hacer ningún gesto. Cuando la muerte se presagia, se debe recibir con ceremonias respetuosas, incluso por aquéllos más habituados a ella. Para este mandatario, según el código castrense, el silencio y la inmovilidad son actitudes de respeto.

El hombre cuya ejecución preparaban tenía unos treinta y cinco años. Era civil, a juzgar por su ropaje de cultivador. Poseía elegantes rasgos: una nariz vertical, boca firme, ancha frente, cabello negro y ondulado peinado hacia atrás, inclinándose hacia el cuello de su

bien terminada levita. Llevaba bigote y barba en punta, pero sin patillas; sus grandes ojos de color grisáceo desprendían un gesto de bondad imposible de esperar en un hombre a punto de morir. Evidentemente, no era un criminal común. El liberal código castrense establece la horca para todo el mundo, sin olvidarse de las personas decentes.

Finalizados los preparativos, los dos soldados se apartaron a un lado y cada uno retiró la madera sobre la que había estado de pie. El sargento se volvió hacia el oficial, lo saludó y se colocó detrás de éste. El oficial, a su vez, se desplazó un paso. Estos movimientos dejaron al reo y al suboficial en los límites de la misma tabla que cubría tres durmientes del puente. El extremo donde se situaba al civil casi llegaba, aunque no del todo, a un cuarto durmiente. La tabla se mantenía en su sitio por el peso del capitán; ahora lo estaba por el peso del sargen-

to. A una señal de su mando, el sargento se apartaría, se balancearía la madera, y el reo

caería entre dos durmientes. Consideró que esta acción, debido a su simplicidad, era la más eficaz. No le habían cubierto el rostro ni vendado los ojos. Observó por un instante su inseguro punto de apoyo y miró vagamente el agua que corría por debajo de sus pies formando furiosos torbellinos. Una madera que flotaba en la superficie le llamó la atención y la siguió con la vista. Apenas avanzaba. ¡Qué indolente corriente!

Cerró los ojos para recordar, en estos últimos instantes, a su mujer y a sus hijos. El agua brillante por el resplandor del sol, la niebla que se cernía sobre el río contra las orillas escarpadas no lejos del puente, el fortín, los soldados, la madera que flotaba, todo en conjunto lo había distraído. Y en este momento tenía plena

conciencia de un nuevo motivo de distracción.

Al dejar el recuerdo de sus seres queridos, escuchaba un ruido que no comprendía ni podía ignorar, un ruido metálico, como los martillazos de un herrero sobre el yunque. El hombre

se preguntó qué podía ser este ruido, si procedía de una distancia cercana o alejada: ambas hipótesis eran posibles. Se reproducía en regulares plazos de tiempo, tan pausadamente como las campanas que doblan a muerte. Esperaba cada llamada con impaciencia, sin comprender por qué, con recelo. Los silencios eran cada vez más largos; las demoras, enloquecedoras. Los sonidos eran menos frecuentes, pero aumentaba su contundencia y su nitidez, molestándole los oídos. Tuvo pánico de gritar... Oía el tictac de su reloj.

Abrió los ojos y escuchó cómo corría el agua bajo sus pies. «Si lograra desatar mis manos –

pensó— podría soltarme del nudo corredizo y saltar al río; esquivaría las balas y nadaría con fuerza, hasta alcanzar la orilla; después me internaría en el bosque y huiría hasta llegar a casa. A Dios gracias, todavía permanece fuera de sus líneas; mi familia está fuera del alcance de la Posición más avanzada de los invasores.»

Mientras se sucedían estos pensamientos, re-

producidos aquí por escrito, el capitán inclinó la cabeza y miró al sargento. El suboficial se colocó en un extremo.

II

Peyton Farquhar, cultivador adinerado, provenía de una respetable familia de Alabama. Propietario de esclavos, político, como todos los de su clase fue, por supuesto, uno de los primeros secesionistas y se dedicó, en cuerpo y alma, a la causa de los Estados del Sur. De-

terminadas condiciones, que no podemos divulgar aquí, impidieron que se alistara en el valeroso ejército cuyas nefastas campañas finalizaron con la caída de Corinth, y se enojaba de esta trabazón sin gloria, anhelando conocer la vida del soldado y encontrar la ocasión de distinguirse. Estaba convencido de que esta ocasión llegaría para él, como llega a todo el mundo en tiempo de guerra. Entre tanto, hacía lo que podía. Ninguna acción le parecía demasiado modesta para la causa del Sur, ninguna

aventura lo suficientemente temeraria si era compatible con la vida de un ciudadano con alma de soldado, que con buena voluntad y sin apenas escrúpulos admite en buena parte este refrán poco caballeroso: en el amor y en la guerra, todos los medios son buenos.

Una tarde, cuando Farquhar y su mujer estaban descansando en un rústico banco, próxi-

mo a la entrada de su parque, un soldado confederado detuvo su corcel en la verja y pidió de beber. La señora Farquhar sólo deseaba servirle con sus níveas manos. Mientras fue a buscar un vaso de agua, su esposo se aproximó al polvoriento soldado y le pidió ávidamente información del frente.

—Los yanquis están reparando las vías del ferrocarril —dijo el hombre— porque se preparan para avanzar. Han llegado hasta el Puente del Búho, lo han reparado y han construido una empalizada en la orilla norte. Por una orden, colocada en carteles por todas partes, el comandante ha dictaminado que cualquier civil

a quien se le sorprenda en intento de sabotaje a las líneas férreas será ejecutado sin juicio previo. Yo he visto la orden.

—¿A qué distancia está el Puente del Búho? —pregunto Faquhar.

–A unos cincuenta kilómetros.

–¿No hay tropas a este lado del río?

–Un solo piquete de avanzada a medio kilómetro, sobre la vía férrea, y un solo vigía de este lado del puente.

–Suponiendo que un hombre –un ciudadano aficionado a la horca– pudiera despistar la avanzadilla y lograrse engañar al vigía –dijo el plantador sonriendo–, ¿qué podría hacer?

El militar pensó:

–Estuve allí hace un mes. La creciente de este invierno pasado ha acumulado una enorme cantidad de troncos contra el muelle, en esta parte del puente. En estos momentos los troncos están secos y arderían con mucha facilidad.

En ese mismo instante, la mujer le acercó el

vaso de agua. Bebió el soldado, le dio las gracias, saludó al marido y se alejó con su cabal-

gadura. Una hora después, ya de noche, volvió a pasar frente a la plantación en dirección al norte, de donde había venido. Aquella tarde había salido a reconocer el terreno. Era un soldado explorador del ejército federal.

III

Al caerse al agua desde el puente, Peyton Farquhard perdió la conciencia, como si estuviera muerto. De este estado salió cuando sintió una dolorosa presión en la garganta, seguida de una sensación de ahogo. Dolores terribles, fulgurantes, cruzaban todo su cuerpo, de la cabeza a los pies. Parecía que recorrían líneas concretas de su sistema nervioso y latían a un ritmo rápido. Tenía la sensación de que un enorme torrente de fuego le subía la temperatura insoportablemente. La cabeza le parecía a punto de explotar. Estas sensaciones le impedían cualquier tipo de raciocinio, sólo

podía sentir, y esto le producía un enorme dolor. Pero se daba cuenta de que podía moverse, se balanceaba como un péndulo de un lado para otro. Después, de un solo golpe, muy brusco, la luz que lo rodeaba se alzó hasta el cielo. Hubo un chapoteo en el agua, un rugido aterrador en sus oídos y todo fue oscuridad y frío. Al recuperar la conciencia supo que la cuerda se había roto y él había caído al río. Ya no tenía la sensación de estrangulamiento: el nudo corredizo alrededor de su garganta, además de asfixiarle, impedía que entrara agua en sus pulmones. ¡Morir ahorcado en el fondo de un río! Esta idea le parecía absurda. Abrió los ojos en la oscuridad y le pareció ver una luz por encima de él, ¡tan lejana, tan inalcanzable! Se hundía siempre, porque la luz desaparecía cada vez más hasta convertirse en un efímero resplandor. Después creció de intensidad y comprendió a su pesar que subía de nuevo a la

superficie, porque se sentía muy cómodo. «Ser ahogado y ahorcado –pensó– no está tan mal.

Pero no quiero que me fusilen. No, no habrán de fusilarme. Eso no sería justo.»

Aunque inconsciente del esfuerzo, el vivo dolor de las muñecas le comunicaba que trataba de deshacerse de la cuerda. Concentró su atención en esta lucha como si fuera un tranquilo espectador que podía observar las habilidades de un malabarista sin demostrar interés alguno por el resultado. Qué prodigioso esfuerzo. Qué magnífica, sobrehumana energía. ¡Ah, era una tentativa admirable! ¡Bravo! Se desató la cuerda: sus brazos se separaron y flotaron hasta la superficie. Pudo discernir sus manos a cada lado, en la creciente luz. Con nuevo interés las vio agarrarse al nudo corridizo. Quitaron salvajemente la cuerda, la lanzaron lejos, con rabia, y sus ondulaciones pa-

recieron las de una culebra de agua. «¡Ponla de nuevo, ponla de nuevo!» Creyó gritar estas palabras a sus manos, porque después de liberarse de la soga sintió el dolor más inhumano hasta entonces. El cuello le hacía sufrir increí-

blemente, la cabeza le ardía; el corazón, que apenas latía, estalló de inmediato como si fuera a salirse por la boca. Una angustia incomprendible torturó y retorció todo su cuerpo.

Pero sus manos no le respondieron a la orden.

Golpeaban el agua con energía, en rápidas brazadas de arriba hacia abajo, y lo sacaron a flote. Sintió emerger su cabeza. El resplandor del sol lo cegó; su pecho se expandió con fuertes convulsiones. Después, un dolor espantoso y sus pulmones aspiraron una gran bocanada de oxígeno, que al instante exhalaban en un grito.

Ahora tenía plena conciencia de sus faculta-

des; eran, verdaderamente, sobrenaturales y sutiles. La terrible perturbación de su organismo las había definido y despertado de tal manera que advertían cosas nunca percibidas hasta ahora. Sentía los movimientos del agua sobre su cara, escuchaba el ruido que hacían las diminutas olas al golpearlo. Miraba el bosque en una de las orillas y conocía cada árbol,

cada hoja con todos sus nervios y con los insectos que alojaba: langostas, moscas de brillante cuerpo, arañas grises que tendían su tela de ramita en ramita. Contempló los colores del prisma en cada una de las gotas de rocío sobre un millón de briznas de hierba. El zumbido de los moscardones que volaban sobre los remolinos, el batir de las alas de las libélulas, las pisadas de las arañas acuáticas, como remos que levanta una barca, todo eso era para él una música totalmente perceptible. Un pez saltó

ante su vista y escuchó el deslizar de su propio cuerpo que surcaba la corriente.

Había llegado a la superficie con el rostro a favor de la corriente. El mundo visible comenzó a dar vueltas lentamente. Entonces vio el puente, el fortín, a los vigías, al capitán, a los dos soldados rasos, sus verdugos, cuyas figuras se distinguían contra el cielo azul. Gritaban y gesticulaban, señalándolo con el dedo; el oficial le apuntaba con su revólver, pero no disparaba; los otros carecían de armamento.

Sus movimientos a simple vista resultaban extravagantes y terribles; sus siluetas, grandiosas.

De pronto escuchó un fuerte estampido y un objeto sacudió fuertemente el agua a muy poca distancia de su cabeza, salpicando su cara.

Escuchó un segundo estampido y observó que uno de los vigías tenía aún el fusil al hombro;

de la boca del cañón ascendía una nube de color azul. El hombre del río vio cómo le apuntaba a través de la mirilla del fusil. Al mirar a los ojos del vigía, se dio cuenta de su color grisáceo y recordó haber leído que todos los tiradores famosos tenían los ojos de ese color; sin embargo, éste falló el tiro.

Un remolino le hizo girar en sentido contrario; nuevamente tenía a la vista el bosque que cubría la orilla opuesta al fortín. Escuchó una voz clara detrás de él; en un ritmo monótono, llegó con una extremada claridad anulando cualquier otro sonido, hasta el chapoteo de las olas en sus oídos. A pesar de no ser soldado,

conocía bastante bien los campamentos y lo que significaba esa monserga en la orilla: el oficial cumplía con sus quehaceres matinales. Con qué frialdad, con qué pausada voz que calmaba a los soldados e imponía la suya, con

qué certeza en los intervalos de tiempo, se escucharon estas palabras crueles:

—¡Atención, compañía ...! ¡Armas al hombro...! ¡Listos...! ¡Apunten...! ¡Fuego...!

Farquhar pudo sumergirse tan profundamente como era necesario. El agua le resonaba en los oídos como la voz del Niágara. Sin embargo, oyó la estrepitosa descarga de la salva y, mientras emergía a la superficie, encontró trozos de metal brillante, extremadamente chatos, bajando con lentitud. Algunos le alcanzaron la cara y las manos, después siguieron descendiendo. Uno se situó entre su cuello y la camisa: era de un color desagradable, y Farquhar lo sacó con energía.

Llegó a la superficie, sin aliento, después de permanecer mucho tiempo debajo del agua. La

corriente lo había arrastrado muy lejos, cerca de la salvación. Mientras tanto, los soldados

volvieron a cargar sus fusiles sacando las baquetas de sus cañones. Otra vez dispararon y, de nuevo, fallaron el tiro. El perseguido vio todo esto por encima de su hombro. En ese momento nadaba enérgicamente a favor de la corriente. Todo su cuerpo estaba activo, incluyendo la cabeza, que razonaba muy rápidamente. «El teniente –pensó– no cometerá un segundo error. Esto era un error propio de un oficial demasiado apegado a la disciplina.

¿Acaso no es más fácil eludir una salva como si fuese un solo tiro? En estos momentos, seguramente, ha dado la orden de disparar a voluntad. ¡Qué Dios me proteja, no puedo esquivar a todos!»

A dos metros de allí se escuchó el increíble estruendo de una caída de agua seguido de un estrepitoso escándalo, impetuoso, que se alejaba disminuyendo, y parecía propasarse en el aire en dirección al fortín, donde sucumbió en

una explosión que golpeó las profundidades mismas del río. Se levantó una empalizada líquida, curvándose por encima de él; lo cegó y lo ahogó. ¡Un cañón se había unido a las demás armas! El obús sacudió el agua, oyó el proyectil, que zumbó delante de él despedazando las ramas de los árboles del bosque cercano.

«No empezarán de nuevo –pensó—. La próxima vez cargarán con metralla. Debo fijarme en la pieza de artillería, el humo me dirigirá. La detonación llega demasiado tarde: se arrastra detrás del proyectil. Es un buen cañón.» De inmediato comenzó a dar vueltas y más vueltas en el mismo punto: giraba como una peonza. El agua, las orillas, el bosque, el puente, el fortín y los hombres ahora distantes, todo se mezclaba y desaparecía. Los objetos ya no eran sino sus colores; todo lo que veía eran banderas de color. Atrapado por un remolino,

marchaba tan rápidamente que tenía vértigo y náuseas. Instantes después se encontraba en

un montículo, en el lado izquierdo del río, oculto de sus enemigos. Su inmovilidad inesperada, el contacto de una de sus manos contra la pedriza, le devolvió los sentidos y lloró de alegría. Sus dedos penetraron la arena, que se echó encima, bendiciéndola en voz alta. Para su parecer era la cosa más preciosa que podría imaginar en esos momentos. Los árboles de la orilla eran gigantescas plantas de jardinería; le llamó la atención el orden determinado en su disposición, respiró el aroma de sus flores. La luz brillaba entre los troncos de una forma extraña y el viento entonaba en sus hojas una armoniosa música interpretada por una arpa eólica. No quería seguir huyendo, le bastaba permanecer en aquel lugar perfecto hasta que lo capturaran.

El silbido estrepitoso de la metralla en las hojas de los árboles lo despertaron de su sueño. El artillero, decepcionado, le había enviado una descarga al azar como despedida. Se alzó de un brinco, subió la cuesta del río con rapi-

dez y se adentró en el bosque.

Caminó todo el día, guiándose por el sol. El bosque era interminable; no aparecía por ningún sitio el menor claro, ni siquiera un camino de leñador. Ignoraba vivir en una región tan salvaje, y en este pensamiento había algo de sobrenatural.

Al anoecer continuó avanzando, hambriento y fatigado, con los pies heridos. Continuaba vivo por el pensamiento de su familia.

Al final encontró un camino que lo llevaba a buen puerto. Era ancho y recto como una calle de ciudad. Y, sin embargo, no daba la impresión de ser muy conocido. No colindaba con

ningún campo; por ninguna parte aparecía vivienda alguna. Nada, ni siquiera el ladrido de un perro, sugería un indicio de humanidad próxima. Los cuerpos de los dos enormes árboles parecían dos murallas rectilíneas; se unían en un solo punto del horizonte, como un diagrama de una lección de perspectiva. Por encima de él, levantó la vista a través de una

brecha en el bosque, y vio enormes estrellas áureas que no conocía, agrupadas en extrañas constelaciones. Supuso que la disposición de estas estrellas escondía un significado nefasto. De cada lado del bosque percibía ruidos en una lengua desconocida.

Le dolía el cuello; al tocárselo lo encontró inflamado. Sabía que la soga lo había marcado con un destino trágico. Tenía los ojos congestionados, no podía cerrarlos. Su lengua estaba hinchada por la sed; sacándola entre los dien-

tes apaciguaba su fiebre. La hierba cubría toda aquella avenida virgen. Ya no sentía el suelo a sus pies.

Dejando a un lado sus sufrimientos, seguramente se ha dormido mientras caminaba, porque contempla otra nueva escena; quizá ha salido de una crisis delirante. Se encuentra delante de las rejas de su casa. Todo está como lo había dejado, todo rezuma belleza bajo el sol matinal. Ha debido caminar, sin parar, toda la noche. Mientras abre las puertas de la reja y

sube por la gran avenida blanca, observa unas vestiduras flotar ligeramente: su esposa, con la faz fresca y dulce, sale a su encuentro bajando de la galería, colocándose al pie de la escalinata con una sonrisa de inenarrable alegría, en una actitud de gracia y dignidad incomparables. ¡Qué bella es! Él se lanza para abrazarla. En el momento en que se dispone a hacerlo,

siente en su nuca un golpe que le atonta. Una luz blanca y enceguecedora clama a su alrededor con un estruendo parecido al del cañón... y después absoluto silencio y absoluta oscuridad.

Peyton Farquhar estaba muerto. Su cuerpo, con el cuello roto, se balanceaba de un lado a otro del Puente del Búho.

CHICKAMAUGA

(*Chickamauga*)

En una tarde soleada de otoño, un niño perdido en el campo, lejos de su rústica vivienda, entró en un bosque sin ser visto. Sentía la nueva felicidad de escapar a toda vigilancia, de andar y explorar a la ventura, porque su espíritu, en el cuerpo de sus antepasados, y durante miles y miles de años, estaba habituado a cumplir hazañas memorables en descubrimientos y conquistas: victorias en batallas cu-

yos momentos críticos eran centurias, cuyos campamentos triunfales eran ciudades talladas en peñascos. Desde la cuna de su raza, ese espíritu había logrado abrirse camino a través de dos continentes y después, franqueando el ancho mar, había penetrado en un terreno donde recibió como herencia la guerra y el poder.

Era un niño de seis años, hijo de un pobre plantador. Este, durante su primera juventud, había sido soldado, había luchado en el extre-

mo sur. Pero en la existencia apacible del plantador, la llama de la guerra había sobrevivido; una vez encendida, nunca se apagó. El hombre amaba los libros y las estampas militares, y el niño las había comprendido lo bastante para hacerse un sable de madera que el padre mismo, sin embargo, no hubiera reconocido como tal. Ahora llevaba este sable con gallardía, co-

mo conviene al hijo de una raza heroica, y separaba de tiempo en tiempo en los claros soleados del bosque para asumir, exagerándolas, las actitudes de agresión y defensa que le fueron enseñadas por aquellas estampas. Enardecido por la facilidad con que echaba por tierra a enemigos invisibles que intentaban detenerlo, cometió el error táctico bastante frecuente de proseguir su avance hasta un extremo peligroso, y se encontró por fin al borde de un arroyo, ancho pero poco profundo, cuyas rápidas aguas le impidieron continuar adelante, a la caza de un enemigo derrotado que acababa de cruzarlo con ilógica facilidad. Pero el

intrépido guerrero no iba a dejarse amilanar; el espíritu de la raza que había franqueado el ancho mar ardía, invencible, dentro de aquel pecho menudo, y no era sencillo sofocarlo. En el lecho del río descubrió un lugar donde

habla algunos cantos rodados, espaciados a un paso o a un brinco de distancia; gracias a ellos pudo atravesarlo, cayó de nuevo sobre la retaguardia de sus enemigos imaginarios, y los pasó a todos a cuchillo.

Ahora, una vez ganada la batalla, la prudencia exigía que se replegara sobre la base de sus operaciones. ¡Ay!, como tantos otros conquistadores más grandes que él, como el más grande de todos, no podía ni refrenar su sed de guerra ni comprender que el más afortunado no puede tentar al Destino.

De pronto, mientras avanzaba desde la orilla, se encontró frente a un nuevo y formidable adversario. A la vuelta de un sendero, con las orejas tías y las patas delanteras colgantes, muy erguido, estaba sentado un conejo. El ni-

ño lanzó una exclamación de asombro, dio media vuelta y escapó sin saber qué dirección

tomaba, llamando a su madre con gritos inarticulados, llorando, tropezando, con su tierna piel cruelmente desgarrada por las zarzas, su corazoncito palpitando de terror, sin aliento, enceguecido por las lágrimas, perdido en el bosque. Después, durante más de una hora, sus pies vagabundos lo llevaron a través de malezas inextricables, y por fin, rendido de cansancio, se acostó en un estrecho espacio entre dos rocas a pocas yardas del río. Allí, sin dejar de apretar su sable de madera, que no era ya para él un arma sino un compañero, se durmió a fuerza de sollozos. Encima de su cabeza, los pájaros del bosque cantaban alegremente, las ardillas, castigando el aire con el esplendor de sus colas chillaban y corrían de árbol en árbol, ignorando al niño lastimero, y en alguna parte, muy lejos, gruñía un trueno, extraño y sordo, como si las perdices redoblaran para celebrar la victoria de la naturaleza

sobre el hijo de aquellos que, desde tiempos inmemoriales, la han reducido a la esclavitud.

Y del otro lado, en la pequeña plantación, donde hombres blancos y negros, llenos de alarma, buscaban afiebradamente en los campos y los cercos, una madre tenía el corazón destrozado por la desaparición de su hijo.

Pasaron las horas y el pequeño durmiente se levantó. La frescura de la tarde transía sus miembros; el temor a las tinieblas, su corazón.

Pero había descansado y no lloraba más. Impulsado a obrar por un impulso ciego, se abrió camino a través de las malezas que lo rodeaban hasta llegar a un extremo más abierto: a su derecha, el arroyo; a su izquierda, una suave pendiente con unos pocos árboles; arriba, las sombras cada vez más densas del crepúsculo.

Una niebla tenue, espectral, a lo largo del agua, le inspiró miedo y repugnancia; en lugar de atravesar el arroyo por segunda vez en la

dirección en que había venido, le dio la espalda y avanzó hacia el bosque sombrío que lo

cercaba. Súbitamente, ante sus ojos, vio desplazarse un objeto extraño que tomó al principio por un enorme animal: perro, cerdo, no lo sabía; quizá fuera un oso. Había visto imágenes de osos y, no abrigando temor hacia ellos, había deseado vagamente encontrar uno. Pero algo en la forma o en el movimiento de aquel objeto, algo torpe en su andar, le dijo que no era un oso; el miedo refrenó la curiosidad, y el niño se detuvo. Sin embargo, a medida que la extraña criatura avanzaba con lentitud, aumentó su coraje porque advirtió que no tenía, al menos, las orejas largas, amenazadoras del conejo. Quizá su espíritu impresionable era consciente a medias de algo familiar en ese andar vacilante, ingrato. Antes de que se hubiera acercado lo suficiente para disipar sus

dudas, vio que la criatura era seguida por otra y otra y otra. Y había muchas más a derecha e izquierda: el campo abierto que lo rodeaba hormigueaba de aquellos seres, y todos avanzaban hacia el arroyo.

Eran hombres. Trepaban con las manos y las rodillas. Algunos solo usaban las manos, arrastrando las piernas; otros, solo las rodillas, y los brazos colgaban, inútiles, de cada lado. Trataban de ponerse en pie, pero se abatían en el curso de su esfuerzo, el rostro contra la tierra. Nada hacían normalmente, nada hacían de igual manera, salvo esa progresión pie por pie en el mismo sentido. Una por uno, dos por dos, en pequeños grupos, continuaban avanzando en la penumbra; a veces, algunos hacían un alto, otros se les adelantaban, arrastrándose con lentitud, y aquellos, entonces, reanudaban el movimiento. Llegaban por docenas y por

centenares; se extendían a derecha e izquierda hasta donde podía escrutarse en la oscuridad creciente, y el bosque negro detrás de ellos parecía interminable. El suelo mismo parecía desplazarse hacia el arroyo. De tiempo en tiempo, uno de aquellos que habían hecho un alto no reanudaba su camino y yacía inmóvil: estaba muerto. Algunos se detenían y gesticu-

laban de manera extraña: levantaban los brazos y los dejaban caer de nuevo, se tomaban la cabeza con ambas manos, extendían sus palmas hacia el cielo como hacen ciertos hombres durante las plegarias que dicen en común.

El niño no reparó en todos estos detalles que solo hubiera podido advertir un espectador de más edad. Solo vio una cosa: eran hombres, y sin embargo se arrastraban como niños. Eran hombres, nada pues tenían de terrible, aunque algunos llevaran vestimentas que desconocía.

Caminó libremente en medio de ellos, mirán-
dolos de cerca con infantil curiosidad. Los ros-
tros de todos eran singularmente pálidos; mu-
chos estaban cubiertos de rastros y gotas rojas.
Esto, unido a sus actitudes grotescas, les re-
cordó al payaso pintarrajeado que había visto
en el circo el verano anterior, y se puso a reír
al contemplarlos. Pero esos hombres mutila-
dos y sanguinolentos no dejaban de avanzar,
sin advertir, al igual que el niño, el dramático
contraste entre la risa de éste y su propia y

horrible gravedad. Para el niño era un es-
pectáculo cómico. Había visto a los negros de
su padre arrastrarse sobre las manos y las ro-
dillas para divertirlo: en esta posición los hab-
ía montado, «haciendo creer» que los tomaba
por caballos. Y entonces se aproximó por
detrás a una de esas formas rampantes, y des-
pués, con un ágil movimiento, se le sentó a

horcajadas. El hombre se desplomó sobre el pecho, recuperó el equilibrio, furiosamente, hizo caer redondo al niño como hubiera podido hacerlo un potrillo salvaje y después volvió hacia él un rostro al que le faltaba la mandíbula inferior; de los dientes superiores a la garganta, se abría un gran hueco rojo franjeado de pedazos de carne colgante y de esquirlas de hueso. La saliente monstruosa de la nariz, la falta de mentón, los ojos montaraces, daban al herido el aspecto de un gran pájaro rapaz con el cuello y el pecho enrojecidos por la sangre de su presa. El hombre se incorporó sobre las rodillas. El niño se puso de pie. El hombre lo

amenazó con el puño. El niño, por fin aterrizado, corrió hasta un árbol próximo, se guareció detrás del tronco, y después encaró la situación con mayor seriedad. Y la siniestra multitud continuaba arrastrándose, lenta, do-

lorosa, en una lúgubre pantomima, bajando la pendiente como un hormiguo de escarabajos negros, sin hacer jamás el menor ruido, en un silencio profundo, absoluto.

En vez de oscurecerse, el hechizado paisaje comenzó a iluminarse. Más allá del arroyo, a través de la cintura de árboles, brillaba una extraña luz roja sobre la cual se destacaba el negro encaje de las ramas; golpeaba las siluetas rampantes y proyectaba sobre ellas monstruosas sombras que caricaturizaban sus movimientos en la hierba iluminada; caía en sus rostros, teñía su palidez de un color bermellón, acentuando las manchas que distorsionaban y maculaban a tantos de ellos, y centelleaba sobre los botones y las partes metálicas de sus ropas. Por instinto, el niño se volvió

hacia aquel esplendor siempre creciente, y bajó la colina con sus horribles compañeros; en

pocos instantes, había pasado al primero de la multitud, hazaña fácil dada su manifiesta superioridad sobre todos. Se colocó a la cabeza, el sable de madera siempre en la mano, y dirigió la marcha, adaptando su andar al de ellos, solemne, volviéndose de vez en cuando para verificar que sus fuerzas no quedaban atrás. A buen seguro, nunca un jefe tuvo semejante séquito.

Esparcidos por el terreno que enangostaba lentamente aquella marcha atroz de la multitud hacia el agua, había algunos objetos que no provocaban ninguna asociación de ideas significativa en el espíritu del jefe: en algunos lugares, una manta enrollada a lo largo, con las dos puntas atadas por una cuerda; aquí, una pesada mochila de soldado; allá, un fusil roto; en suma, esos desechos que se encuentran en la retaguardia de las tropas en retirada, jalonando la pista de los vencidos que han

huido de sus perseguidores. En todos lados junto al arroyo, bordeado en aquel sitio por tierras bajas, el suelo había sido hollado y transformado en lodo por los pies de los hombres y los cascos de los caballos. Un observador más experimentado habría advertido que esas huellas iban en ambas direcciones; dos veces habían pasado por el terreno: avanzando, retrocediendo. Algunas horas antes, aquellos heridos sin esperanza habían penetrado en el bosque por millares, en compañía de sus camaradas más felices, muy lejos ahora. Sus batallones sucesivos, dispersándose en enjambres y reformándose en líneas, habían desfilado junto al niño dormido, por poco lo habían pisoteado en su sueño. El ruido y el murmullo de su marcha no lo habían despertado. Casi a la distancia de un hondazo del lugar en que estaba acostado, habían librado batalla; pero el niño no había oído el estruendo de los fusiles,

el estampido de los cañones, «la voz tonante de los capitanes y los clamores». Había dor-

mido durante casi todo el combate, apretando contra su pecho el sable de madera, quizá por inconsciente simpatía hacia el conjunto marcial que lo rodeaba, pero tan insensible a la magnificencia de la lucha como a los caídos que allí habían muerto para hacerla gloriosa.

Más allá de los árboles, del otro lado del arroyo, ahora el fuego se reflejaba sobre la tierra desde o alto de su bóveda de humo y bañaba todo el paisaje, transformando en vapor dorado la línea sinuosa de la niebla. Sobre el agua brillaban anchas manchas rojas, y rojas eran igualmente casi todas las piedras que emergían. Pero sobre aquellas piedras había sangre: los heridos menos graves las habían maculado al pasar. Gracias a ellas, también, al niño cruzó el arroyo a paso rápido; iba hacia el fuego.

Una vez en la otra orilla, se volvió para mirar a sus compañeros de marcha. La vanguardia llegaba al arroyo. Los más vigorosos se habían arrastrado hasta el borde y habían hundido el rostro en el agua. Tres o cuatro, que yacían

inmóviles, parecían no tener ya cabeza. Ante ese espectáculo, los ojos del niño se dilataron de asombro; por hospitalario que fuera su espíritu, no podía aceptar un fenómeno que implicara pérdida vitalidad. Después de haber abrevado su sed, aquellos hombres no habían tenido fuerzas para retroceder ni mantener sus cabezas por encima del agua: se habían ahogado. Detrás de ellos, los claros del bosque permitieron ver al jefe, como al principio de su marcha, innumerables e informes siluetas. Pero no todas se movían. El niño agitó su gorra para animarlas y, sonriendo, señaló con el sable de madera en dirección a la claridad que lo

guiaba, columna de fuego de aquel extraño éxodo.

Confiando en la fidelidad de sus compañeros, penetró en la cintura de árboles, la franqueó fácilmente, a la luz roja, escaló una empalizada, atravesó corriendo un campo, volviéndose de tiempo en tiempo para coquetear con su obediente sombra, y de tal modo se

aproximó a las ruinas de una casa en llamas.

Por doquiera, la desolación. A la luz del inmenso brasero, no se veía un ser viviente. No se preocupó por ello. El espectáculo le gustaba y se puso a bailar de alegría como bailaban las llamas vacilantes. Corrió aquí y allá para recoger combustibles, pero todos los objetos que encontraba eran demasiado pesados y no podía arrojarlos al fuego, dada la distancia que le imponía el calor. Desesperado, lanzó su sable a la hoguera: se rendía ante las fuerzas supe-

riores de la naturaleza. Su carrera militar había terminado.

Como cambiara de lugar, detuvo la mirada en algunas dependencias cuyo aspecto era extrañamente familiar: tenía la impresión de haber soñado con ellas. Se puso a reflexionar, sorprendido, y de pronto la plantación entera, con el bosque que la rodeaba, pareció girar sobre su eje. Vaciló su pequeño universo, se trastocó el orden de los puntos cardinales. ¡En los edificios en llamas reconoció su propia casa!

Durante un instante quedó estupefacto por la brutal revelación. Después se puso a correr en torno a las ruinas. Allí, plenamente visible a la luz del incendio, yacía el cadáver de una mujer: el rostro pálido vuelto al cielo, las manos extendidas, agarrotadas y llenas de hierba, las ropas en desorden, el largo pelo negro, enmarañado, cubierto de sangre coagulada; le falta-

ba la mayor parte de la frente, y del agujero desgarrado salía el cerebro que desbordaba sobre las sienes, masa gris y espumosa coronada de racimos escarlata obra de un obús.

El niño hizo ademanes salvajes e inciertos.

Lanzó gritos inarticulados, indescriptibles, que hacían pensar en los chillidos de un mono y en los cloqueos de un ganso, sonido atroz, sin alma, maldito lenguaje del demonio. El niño era sordomudo.

Después permaneció inmóvil, los labios temblorosos, los ojos fijos en las ruinas.

UN HIJO DE LOS DIOSES

(A Son of the Gods)

Día de brisa en un paisaje soleado. Campo abierto a derecha, a izquierda, hacia adelante; detrás, un bosque. En el linde del bosque, frente al campo abierto pero temiendo aventurarse en él, largas líneas de soldados que conversan;

crujido de innumerables pasos sobre las hojas secas que tapizan el suelo entre los árboles; voces roncas de los oficiales que dan órdenes. Al frente de las tropas –pero no demasiado expuestos– apartados grupos de soldados de caballería; muchos miran atentamente la cumbre de una colina situada a una milla de distancia en la dirección del avance interrumpido. Porque ese ejército poderoso, que se desplaza en orden de batalla a través de un bosque, acaba de encontrar un obstáculo formidable: el campo abierto. La cumbre de la suave colina a una milla de distancia tiene un aspecto siniestro. Dice: ¡Cuidado! Está coronada por un largo muro de piedra que se extiende a de-

recha e izquierda. Detrás del muro hay un cerco. Detrás del cerco se ven las copas de algunos árboles dispuestos muy irregularmente.

Entre los árboles, ¿qué? Es necesario saberlo.

Ayer, y muchos días y noches antes, combatíamos en alguna parte; había un incesante cañoneo y de tiempo en tiempo el redoble del vivo fuego de los fusiles al que se mezclaban vítores –nuestros o de nuestro enemigo: rara vez lo sabíamos– atestiguando una ventaja transitoria. Esta mañana, al romper el día, el enemigo había desaparecido. Avanzamos cruzando sus fortalezas y terraplenes –¡tan a menudo lo habíamos intentado vanamente!– a través de los desechos de sus campamentos abandonados, en medio de las tumbas de sus caídos en el bosque.

¡Con qué curiosidad lo examinamos todo!

¡Cuán extraño nos pareció todo! Nada nos era completamente familiar. Hasta los objetos más comunes –una montura vieja, una rueda hecha pedazos, una cantimplora olvidada– nos des-

cubrían algún rasgo de la misteriosa persona-

lidad de aquellos desconocidos que habían estado matándonos. El soldado no se representa jamás a sus adversarios como hombres semejantes a él; no puede sacarse la idea de que son seres de otra especie, diferentemente condicionados, en un medio que no es del todo el de esta tierra. Los menores vestigios dejados por ellos detienen su atención y cautivan su interés. Los juzga inaccesibles y cuando los vislumbra de improviso, en la lejanía se le aparecen más lejanos, más considerables de lo que realmente están y son, como objetos en la niebla. En cierto modo, le inspiran un temor reverencial.

Desde el linde del bosque hasta lo alto de la colina se ven huellas de cascos de caballos y de ruedas, las ruedas del cañón. La hierba amarilla está pisoteada por la infantería. Por ahí han pasado miles, qué duda cabe. Pero no hay rastros en los caminos. Esto es significativo: es la diferencia entre un repliegue y una

retirada.

Esos hombres a caballo son nuestro general en jefe, su estado mayor y su escolta. El general mira la colina distante. Con ambas manos, levantando innecesariamente los codos, sostiene los prismáticos contra sus ojos. Es una moda: confiere dignidad al ademán. Todos lo hacemos así. De pronto, baja los prismáticos y dice unas pocas palabras a quienes lo rodean.

Dos o tres edecanes se apartan del grupo y a galope corto se internan en el bosque, a lo largo de las líneas, cada cual en una dirección.

Sin haberlas oído, conocemos sus palabras:

—Díganle al general X que haga avanzar la artillería.

Aquellos de nosotros que no están en su puesto, se alejan apresuradamente: los que descansaban, se yerguen, y las filas vuelven a formarse sin que la orden haya sido impartida.

Algunos de nosotros, oficiales del estado mayor, nos apeamos para verificar la cincha de nuestras cabalgaduras; los que se habían

apeado, vuelven a subir.

Galopando rápidamente por la brilla del campo abierto, llega un joven oficial en un caballo blanco como la nieve. El mandil de su silla de montar es escarlata. ¡Imbécil! Cualquiera que haya oído silbar las balas recuerda que todos los fusiles apuntan instintivamente al hombre qué monta un caballo blanco; cualquiera que haya visto el fogonazo del obús no ignora que un poco de rojo exaspera al toro de la batalla. Que esos colores se hayan puesto de moda en la vida militar debe aceptarse como uno de los fenómenos más sorprendentes de la vanidad humana. Se los diría calculados para aumentar el índice de mortandad.

Ese joven oficial está de punto en blanco,

como en un desfile. Brilla con todas sus galas.
Es una edición de lujo, con el canto dorado, de
la Poesía de la guerra. Una onda de risas bur-
lonas corre por las filas a medida que avanza.
¡Pero qué apuesto es! ¡Con qué gracia indolen-
te monta a caballo!

Se para a respetuosa distancia del general en
jefe y saluda. El viejo soldado, inclinando la
cabeza, responde a su saludo con familiaridad.
Lo conoce, evidentemente. El joven da la im-
presión de hacer un pedido que el general no
está dispuesto a conceder. Acerquémonos un
poco. ¡Demasiado tarde! ¡Ya han terminado! El
joven oficial saluda de nuevo, da media vuelta
en su caballo y toma derecho hacia la cumbre
de la colina. Está mortalmente pálido.

Unos cuantos tiradores, a seis pasos de dis-
tancia, salen ahora del bosque y avanzan por
el campo abierto. El comandante dice unas pa-

labras al clarín, que pega su instrumento a los labios. ¡Tralalá! ¡Tralalá! Los tiradores se detienen.

Mientras tanto, el joven jinete ha recorrido cien yardas. Sube al paso la prolongada colina, erguido, sin volver jamás la cabeza. ¡Es admirable! ¡Dios mío, qué no daríamos nosotros por estar en su lugar, por tener su presencia de ánimo! No ha sacado el sable de la vaina; su

mano derecha cuelga indolentemente. La brisa sopla sobre el penacho de su sombrero y lo hace flamear con elegancia. La luz del sol descansa en sus charreteras tiernamente, como una visible bendición. Cabalga en línea recta.

Diez mil pares de ojos están fijos en él con una intensidad que no puede dejar de sentir; diez mil corazones palpitan al ritmo rápido de los inaudibles pasos de su corcel blanco como la nieve. No está solo: nuestras almas lo acom-

pañan. Todos no somos sino “hombres muertos”. Pero recordamos habernos reído. Sigue y sigue cabalgando, en línea recta hacia la muralla que bordea el cerco. Ni una mirada hacia atrás. ¡Ah, si consintiera en volverse una sola vez, si pudiera sentir ese amor, esa adoración, esa reparación!

Nadie habla. En las profundidades del bosque se oye aún el murmullo de las multitudes que lo pueblan, invisibles y ciegas, pero en la orilla, allí donde comienza el campo abierto, el silencio es absoluto. El general corpulento se

ha transformado en una estatua ecuestre. Los oficiales a caballo del estado mayor, mirando por los prismáticos, están inmóviles. La línea de batalla en el linde del bosque observa una nueva clase de “atención” porque cada soldado se mantiene en la actitud que tenía cuando adquirió bruscamente conciencia de lo que

está sucediendo. Todos esos duros e impenitentes matadores de hombres para quienes la muerte en la más atroz de sus formas es algo familiar que pueden observar día tras día, que duermen en las colinas sacudidas por el tronar de los cañones, que comen bajo una lluvia de proyectiles y que juegan a los naipes entre los rostros muertos de sus amigos más queridos, todos ellos, con el corazón palpitante, conteniendo el aliento, acechan el resultado de un acto que compromete la vida de un solo hombre. Tal es el magnetismo del valor y de la devoción.

Si ahora volvieran ustedes la cabeza, observarían un movimiento simultáneo entre los

espectadores, un sobresalto semejante al que produce una corriente eléctrica; después, mirando de nuevo hacia adelante, hacia el jinete lejano, verían que en ese momento mismo ha

cambiado de dirección y se desvía en ángulo recto de la ruta precedente.

Los soldados suponen que ese desvío ha sido causado por un disparo, quizá por una herida, pero tomen ustedes los prismáticos y observarán que se dirige hacia una brecha en el muro y en el cerco. Intenta franquearlos, si no lo matan, para examinar la comarca que se extiende más allá.

No deben ustedes olvidar la naturaleza del acto de este hombre; en el hecho en sí no pueden ver una bravata, ni un sacrificio inútil. Si el enemigo no se ha batido en retirada, acumula todas sus fuerzas detrás de la colina. El explorador encontrará nada menos que una línea de batalla; no se necesitan puestos de avanzada, centinelas en vista, tiradores para anunciar nuestro avance. Nuestras líneas de ataque

serán visibles, conspicuas, estarán expuestas a

un fuego de artillería que arrasará la tierra en el preciso instante en que salgan del linde del bosque, a media distancia de una lluvia de balas que hará perecer a todos nuestros soldados. En suma, si el enemigo está allí, sería una locura atacarlo de frente; habrá que desbordarlo siguiendo el plan inmemorial que consiste en amenazar sus líneas de comunicación, tan necesarias a su existencia como lo es su tubo de aire para el buzo sumergido en el fondo del mar. ¿Pero cómo saber a ciencia cierta que el enemigo está allí? Sólo hay un medio: alguien que vaya y vea. Por lo común, se acostumbra mandar una línea de tiradores. Pero en este caso todos pagarían con sus vidas una respuesta afirmativa. El enemigo, agazapado en doble fila tras el muro de piedra, y a cubierto por el cerco, aguardará hasta que le sea posible contar los dientes de cada asaltante. La mitad de ellos caerá a la primera salva, y la otra mitad sufrirá igual destino antes de poder ba-

tirse en retirada. ¡Qué caro cuesta satisfacer una curiosidad! ¡A qué alto precio debe a veces un ejército comprar sus informes! “Déjenme pagar por todos”, ha dicho ese galante caballero, ese Cristo soldado. No hay ninguna esperanza, excepto la esperanza contra toda esperanza de que la colina esté despejada. En verdad, el caballero podría preferir el cautiverio a la muerte. Mientras avance, los soldados enemigos no dispararán. ¿Por qué dispararían?

Puede entrar sano y salvo en las filas hostiles y convertirse en un prisionero de guerra. Pero esto haría fracasar su propósito. Es preciso que regrese sano y salvo a nuestras líneas, o que lo maten ante nuestros ojos. Sólo así sabremos cómo proceder. Porque su captura puede muy bien ser la obra de media docena de rezagados.

Ahora comienza una extraña justa de inteligencia entre un hombre y un ejército. Nuestro caballero, a un cuarto de milla de la cumbre,

dobra de pronto hacia la izquierda y galopa en dirección paralela a la colina. Ha visto a su adversario: lo sabe todo. Una configuración del terreno ligeramente favorable le ha permitido distinguir parte de las tropas enemigas.

Ahora estaría en condiciones de comunicarnos lo que sabe. Si estuviera aquí, podría decírnoslo, pero ya no debemos esperar su vuelta: ha de hacer el mejor uso de los pocos minutos que le quedan por vivir para obligar al adversario mismo a que nos dé aquellos informes claramente, francamente, cosa que repugna, desde luego, a esa discreta potencia. No hay un solo tirador en esas filas de hombres agazapados, no hay un solo artillero junto a esos cañones disimulados y prontos a disparar, que

ignore las exigencias de la situación, el imperativo debe de ser paciente. Por lo demás, sus jefes tuvieron tiempo de sobra para prohibirles que dispararan. En realidad, una sola bala podría abatirlo sin revelar gran cosa. Pero un disparo es contagioso... Y vean ustedes cuán

rápidamente se desplaza sin detenerse nunca, excepto para hacer girar su caballo antes de tomar una nueva dirección, sin volverse nunca hacia sus ejecutores. Lo distinguimos todo a través de los prismáticos, nos parece que todo sucede a la distancia de un balazo. Sí, lo distinguimos todo excepto al enemigo, cuya presencia, cuyos pensamientos, cuyos motivos inferimos. A simple vista sólo hay una silueta negra sobre un caballo blanco, dibujando zigzags sobre una colina distante, tan lentamente que casi parece que serpenteara.

Tomemos nuevamente los prismáticos: se ha

cansado de su fracaso, o ha visto su error, o ha enloquecido: ¡ahora se lanza en línea recta contra el muro de piedra como si quisiera saltarlo junto con el cerco! Un instante después da media vuelta y desciende la colina, rápido como el viento, hacia sus amigos, hacia la muerte. En seguida, abarcando centenares de yardas a derecha e izquierda, impetuosas columnas de humo aparecen tras el muro de

piedra. En seguida el viento las disipa y antes de que hayamos oído el crepitar de los fusiles, el jinete cae. No, vuelve a incorporarse en su silla; se ha contentado con hacer plegar su caballo sobre las patas de atrás. ¡De nuevo el caballo está sobre sus cuatro patas, y ambos se alejan! Rompemos en formidables vítores que nos liberan de la insoportable tensión de nuestros sentimientos. ¿Y el caballo y su caballero? Sí, ambos se alejan. Se alejan de verdad. Vie-

nen directamente hacia nuestra izquierda, en línea paralela al muro que ahora escupe sin tregua llama y fuego. Los fusiles crepitan de modo constante y ese corazón valeroso sirve de blanco a cada bala.

De pronto, una gran sábana de humo se levanta detrás del muro. Una y otra la suceden y suben antes de que alcance a nuestros oídos el tronar de las explosiones y el zumbido de los proyectiles que llegan y brincan hasta donde estamos, a través de nubes de polvo, haciendo caer de vez en cuando a un hombre, causando

una distracción momentánea., suscitando un egoísta pensamiento fugaz.

El polvo se dispersa. ¡Increíble!... Ese caballo y ese caballero hechizados han franqueado un barranco y suben otra colina para descubrir otra conspiración de silencio y frustrar el designio de otras huestes armadas. Un instante

más, y también aquella cumbre entra en erupción. El caballo se encabrita y golpea el aire con sus patas delanteras. Por fin cae. Pero... ¡quién diría! El hombre se ha desprendido del animal muerto. Se yergue, inmóvil, y con la mano derecha levanta el sable por encima de la cabeza. Nos mira de frente. Luego baja la mano a la altura del rostro, extiende el brazo, la hoja del sable describe una curva hacia el suelo. Es una señal a nosotros, al mundo, a la posteridad. Es el saludo de un héroe a la muerte y a la historia.

De nuevo se ha roto el hechizo. Nuestros hombres tratan de lanzar vítores: la emoción los ahoga: articulan gritos roncosp,

tes, aferran sus armas y se precipitan tumultuosamente en el campo abierto. Los tiradores, sin haber recibido órdenes, en contra de las órdenes, avanzan a todo correr como sabuesos

suelos. Nuestros cañones hablan y los del enemigo contestan a coro. De izquierda a derecha, hasta donde la vista alcanza, erige sus torres de humo la distante colina, que ahora parece tan cerca, y los gruesos proyectiles se abaten gruñendo sobre la masa hormigueante de nuestras tropas. Uno después de otro, nuestros estandartes emergen del bosque, nuestras filas se adelantan impetuosamente, y las armas bruñidas centellean al sol. Sólo los últimos batallones, dando pruebas de obediencia, permanecen a la distancia prescrita del frente rebelde.

El general en jefe no se ha movido. Baja ahora sus prismáticos y echa una ojeada a derecha e izquierda. Ve la corriente humana que avanza a ambos lados del grupo formado por él y por su escolta, como un remolino de olas par-

tido en dos por un peñasco. Ni el menor signo

de emoción en su rostro: está pensando. De nuevo mira hacia adelante: examina en toda su extensión esa colina terrible y maléfica. Dice una palabra en voz baja a su clarín. ¡Tralalá! ¡Tralalá! Tan imperiosa es la orden que se hace obedecer. La repiten los clarines de todos los destacamentos subordinados. Las notas breves, metálicas, se afirman por encima del zumbido del ataque y atraviesan el ruido de cañón. Detenerse es batirse en retirada. Los estandartes se repliegan lentamente, las filas dan media vuelta, melancólicas, cargando a los heridos. Los tiradores recogen los muertos. ¡Ah, esos muchos, muchos muertos inútiles! A esa gran alma cuyo hermoso cuerpo yace allí, tan nítidamente recortado sobre el flanco árido de la colina, ¿no hubieran podido ahorrarle la amarga conciencia de un sacrificio vano? ¿Es que una sola excepción habría herido demasiado gravemente la implacable perfección del plan eterno, ineluctable, divino?

UNO DE LOS DESAPARECIDOS

(*One of the Missing*)

Jerome Searing, soldado raso del ejército del general Sherman, que entonces combatía al enemigo en Kermesaw Mountain, Georgia, dio la espalda al pequeño grupo de oficiales con los que había estado conversando en voz baja, atravesó una estrecha franja de trincheras y desapareció en el bosque. Ninguno de los hombres alineados tras las trincheras le dijo una palabra, y apenas él les dirigió un movimiento de cabeza al pasar, pero todos los que lo vieron comprendieron que a aquel valiente acababan de confiarle una misión peligrosa. Jerome Searing, aunque era soldado raso, no servía en las filas; por razones de servicio estaba destacado en el cuartel general de la división, y en las listas figuraba como asistente. «Asistente» es una palabra que comprende

multitud de obligaciones. Un asistente puede ser un mensajero, un oficinista, el criado de un oficial... cualquier cosa. Puede realizar servi-

cios que no están previstos en las instrucciones y reglamentaciones militares. Su naturaleza puede depender de las aptitudes del asistente, del favor de otros o de la mera casualidad. El soldado Searing, un incomparable tirador, joven, fuerte, inteligente e insensible al miedo, era explorador. Al general que comandaba su división no le satisfacía obedecer ciegamente las órdenes, sin saber qué era lo que había frente a sus tropas, incluso cuando éstas no se hallaban destacadas en servicio y sólo formaban una fracción del ejército en línea; ni le agradaba recibir la información por sus vis-á-vis a través de los canales acostumbrados, Quería saber más de lo que le informaban los mandos del ejército y los choques entre los

destacamentos y los tiradores. Para ello estaba Jerome Searing, con su audacia extraordinaria, su conocimiento del bosque, sus observadores ojos y su veracidad en el relato. En esta ocasión, sus instrucciones eran sencillas: llegar tan próximo como fuera posible a las líneas ene-

migas y averiguar todo cuanto pudiera.

En pocos momentos alcanzó los primeros puestos. Allí, los hombres de guardia descansaban en grupos de dos y de cuatro detrás de los pequeños terraplenes con que habían formado la ligera depresión de tierra en que yacían, con los fusiles sobresaliendo por encima de las ramas verdes con que habían cubierto sus pequeñas defensas. El bosque se extendía sin interrupción frente a ellos, tan solemne y silencioso que sólo un esfuerzo de la imaginación podía concebirlo poblado de hombres armados, vigilantes y alertas –un bosque ex-

traordinario, pleno de posibilidades de lucha.

Tras detenerse un momento en una de las trincheras para informar a los hombres de sus intenciones, Searing se arrastró sigilosamente con las manos y las rodillas y pronto se perdió de vista en la densa espesura de la maleza.

—Es lo último de él —dijo uno de los hombres—. Desearía tener su fusil. Esos tipos nos herirán a alguno con él.

Searing continuó arrastrándose, aprovechando todos los accidentes del terreno y la vegetación para cubrirse mejor. Sus ojos lo escudriñaban todo y sus oídos tomaban nota de todos los ruidos. Contenía la respiración. Y cuando unas ramas pequeñas crujieron debajo de sus rodillas, detuvo su avance y se aplastó contra la tierra. Era un trabajo lento, pero no tedioso; el peligro lo hacía incluso excitante, pero la excitación no se manifestaba físicamente. Su pul-

so era tan regular y sus nervios tan firmes como si estuviera intentando cazar un gorrión.

–Parece mucho tiempo –pensó–. Pero no puedo haber llegado muy lejos; todavía estoy vivo.

Sonrió ante su personal método de calcular la distancia y prosiguió reptando. Un momento después, se aplastó bruscamente contra el suelo y se mantuvo inmóvil un rato, minuto tras minuto. A través de una pequeña abertura entre los arbustos había percibido un pequeño talud de arcilla amarilla: una de las trincheras

enemigas. Tras un poco más de tiempo, levantó la cabeza cautelosamente, pulgada a pulgada; después levantó el cuerpo sobre las manos, apoyadas a cada lado sobre el suelo, intentando mirar el montículo de greda. Un instante después estaba de pie, con el fusil en la mano, y corría rápidamente hacia delante

sin cuidado alguno de ocultarse. Había interpretado bien las señales, cualesquiera que fuesen; el enemigo se había marchado.

Para asegurarse completamente antes de volver atrás para informar de un hecho de tan gran importancia, Searing siguió avanzando a través de la línea de las abandonadas trincheras, corriendo de una protección a otra en las partes más claras del bosque, con los ojos atentos al descubrimiento de posibles rezagados.

Llegó hasta el borde de una plantación, una de aquellas granjas abandonadas y desiertas de los últimos años de la guerra, invadida por las zarzas, afeada por los cercados rotos y las desoladas y vacías construcciones que mostraban

descarnadas aberturas en el lugar de las puertas y ventanas. Después de un escrutinio penetrante desde el abrigo seguro de un grupo de pinos jóvenes, Searing cruzó velozmente un

campo y una huerta hasta alcanzar una pequeña estructura situada algo aparte de las otras construcciones de la granja, sobre una suave elevación. Pensó que aquella situación le ofrecería una buena panorámica de la comarca, en la dirección que suponía que había tomado el enemigo en su retirada. Aquella construcción, que originalmente había consistido en una sola habitación sostenida por cuatro postes de uno o tres metros de altura, era ahora poco más que un tejado en el suelo; se había desplomado y los tirantes y las tablas se amontonaban en el suelo en desorden, o colgaban del extremo en varios ángulos, no completamente desprendidos de los puntos que los aguantaban. Los mismo postes de soporte habían dejado de ser verticales. Parecía que todo el edificio pudiera desplomarse con sólo tocarlo con un dedo.

Ocultándose entre los escombros de viguetas y solerías, Searing recorrió con la vista el terreno abierto que se extendía entre su punto de observación y una estribación de Kennesaw Mountain, a ochocientos metros de distancia. Un camino que subía y cruzaba la estribación estaba atestado de tropas. Los fusiles de la retaguardia del enemigo en retirada brillaban al sol de la mañana.

Searing había averiguado ya todo lo que habría podido desear saber. Ahora su deber era retornar a su compañía con la mayor rapidez posible e informar de su descubrimiento. Pero la columna gris de los confederados ascendiendo penosamente el camino de la montaña era una tentación singular. Su fusil –un Springfield ordinario, pero provisto de una mira esférica y un gatillo al pelo– enviaría fácilmente, silbando en medio de la tropa, su onza y cuarto de plomo. Seguramente eso no afectaría la duración ni el resultado de la gue-

rra, pero el trabajo del soldado es matar. También es su costumbre, si es un buen soldado.

Searing amartilló su fusil y «enchufó» el gatillo.

Pero estaba decidido desde el principio de los tiempos que el soldado Searing no asesinara a nadie aquella luminosa mañana de verano, y que no fuera él quien anunciara la retirada de los confederados. Durante innumerables siglos, los acontecimientos se habían ido imbricando de tal manera a sí mismos en ese mosaico maravilloso, del que algunas partes, difícilmente discernibles, llamamos historia, que los actos que ahora el soldado Searing se proponía ejecutar enturbiaban la armonía del modelo. Unos veinticinco años antes, la Providencia encargada de ejecutar esa tarea según el diseño prefijado había prevenido aquel infortunio originando el nacimiento de cierto ni-

ño en una aldea situada al pie de los Montes Cárpatos. Lo había criado con todo cuidado, había supervisado su educación, había enca-

minado sus intereses hacia la carrera militar y, llegado el momento, lo había hecho oficial de artillería. Pero la concurrencia de un número infinito de influencias favorables que predominaban sobre otras influencias desfavorables hizo que aquel oficial de artillería incurriera en una infracción de la disciplina militar y hubiera de huir de su país natal para evitar el castigo. Fue enviado a Nueva Orleans —en lugar de a Nueva York—, donde un oficial de reclutamiento le recogió en el muelle. Fue alistado y más tarde ascendido, y los sucesos se ordenaron de tal modo que ahora comandaba una batería de los confederados a unos tres kilómetros en línea recta del lugar donde Searing, el explorador federal, amartillaba su rifle. Nada

se había descuidado: en cada etapa del desarrollo de las vidas de aquellos dos hombres, y en las vidas de sus contemporáneos y antepasados, y en las vidas de los contemporáneos de sus antepasados, se había hecho todo lo correcto para llegar al resultado deseado. Si algo

se hubiese omitido en esta vasta concatenación, el soldado Searing hubiera podido hacer fuego aquella mañana sobre los confederados en retirada y quizá hubiera fallado. Pero sucedió que a un capitán de artillería confederado, sin nada mejor que hacer mientras aguardaba su turno para avanzar, se le ocurrió divertirse apuntando un cañón de campaña oblicuamente hacia su derecha, hacia lo que tomó por un grupo de soldados federales situados en la cima de una colina, y hacer fuego. El obús voló mucho más allá de su objetivo.

Jerome Searing echó atrás el gatillo de su fu-

sil, calculando, con los ojos fijos sobre los distantes confederados, dónde podría plantar su bala con la mayor esperanza de hacer una viuda, un huérfano o una madre sin hijo – incluso, quizá, las tres cosas a la vez–, porque, aunque el soldado raso Searing había rechazado repetidas veces el ascenso, no carecía de cierta ambición. Entonces oyó precipitarse un ruido en el aire, como el de las alas de un pája-

ro enorme abatiéndose sobre su presa. Demasiado rápido para que pudiera percibir su graduación, el ruido aumentó hasta convertirse en un bramido ronco y temible, al mismo tiempo que el proyectil que lo producía se abalanzaba sobre él desde el cielo, golpeaba con ensordecedor impacto uno de los postes que sostenía el montón de vigas encima de él, lo hacía añicos y derrumbaba con estrépito la descalabrada caseta entre nubes de polvo ce-

gador.

Cuando Jerome Searing recuperó el conocimiento no supo al principio qué había ocurrido. Todavía tardó un tiempo en abrir los ojos. Por un momento creyó que había muerto y había sido enterrado, e intentó recordar algunos fragmentos de los oficios fúnebres. Imaginó que su esposa estaba arrodillada sobre su tumba, añadiendo el peso de su cuerpo al de la tierra que tenía sobre el pecho. Ambos, la viuda y la tierra, habían aplastado el ataúd. A menos de que los niños la convencieran de

volver a casa, no lograría seguir respirando mucho tiempo. Experimentó una sensación de injusticia. «No puedo hablarle –pensó–. Los muertos no tienen voz, y si abro los ojos se me llenarán de tierra.»

Abrió los ojos. Una gran extensión de cielo azul por encima de la franja de las copas, de

los árboles. En primer plano, ocultando algunos árboles, había un alto y pardo montículo, de contorno anguloso, atravesado por una red intrincada e irregular de líneas rectas; todo a una inconmensurable distancia, una distancia tan inconcebiblemente grande que lo cansaba; cerró los ojos. En el momento en que lo hizo percibió una luz insoportable. En sus oídos retumbó el ruido del trueno sordo y rítmico de un mar lejano, rompiendo en sucesivas olas sobre la playa y, además del ruido, como parte de él o incluso de más lejos de él, entremezcladas con su incesante murmullo, le llegaron unas palabras: «Jerome Searing, estás cogido como una rata en una trampa... en una trampa,

trampa, trampa».

Súbitamente, se hizo un gran silencio, una profunda oscuridad y una infinita calma, y Jerome Searing, absolutamente consciente de su

condición de rata y convencido de que había caído en una trampa, recordó todo y abrió de nuevo los ojos sin alarma para reconocer la situación, advertir la fuerza del enemigo y planear su defensa. Había quedado atrapado casi tumbado, con la espalda fuertemente apoyada contra una viga. Otro travesaño le cruzaba el pecho y, aunque había logrado apartarse un poco para que no lo oprimiera, el travesaño era inamovible. Un tirante que formaba ángulo con él le había comprimido el lado izquierdo contra un montón de maderas inmovilizándole el brazo. Un montón de cascotes le cubría hasta las rodillas las piernas, algo entreabiertas en el suelo, y tapaba su limitado horizonte. Tenía la cabeza tan rígidamente sujeta como fijada por un tomo; podía mover los ojos y la barbilla pero nada más. Sólo tenía el brazo derecho parcialmente libre. «Tienes que

librarnos de esto» le dijo. Pero no podía sacarlo de debajo de la gruesa viga que le cruzaba el pecho ni mover el codo más de seis centímetros.

Searing no estaba gravemente herido ni sufría dolor. Un golpe seco en la cabeza dado por un pedazo del poste astillado, unido al súbito y terrible impacto nervioso, lo habían conmocionado momentáneamente. Su desvanecimiento y recuperación, durante la que había experimentado extrañas fantasías, probablemente no habían sobrepasado unos segundos, pues el polvo producido por el derrumbamiento todavía no se había disipado cuando empezó a entender con claridad la situación.

Con la mano derecha en parte libre intentó asir la viga que le aprisionaba, no del todo, el pecho. No pudo hacerlo de ninguna manera.

No era capaz de bajar el hombro para empujar con el codo el borde de la viga que tenía más cerca de las rodillas. Al fracasar en este movi-

miento, tampoco podía levantar el antebrazo y la mano para coger la madera. El tirante que formaba ángulo con la viga por abajo y atrás le impedía cualquier movimiento en esa dirección y el espacio entre el tirante y su cuerpo no era ni la mitad de ancho que la largura de su antebrazo. Era evidente, pues, que no podía pasar la mano ni por encima ni por debajo de la viga; de hecho, no podía ni siquiera tocarla. Comprendiendo que era imposible, desistió de este empeño y empezó a pensar en alcanzar parte de los escombros amontonados sobre las piernas.

Mientras miraba el montón intentando determinar las posibilidades que había, le llamó la atención lo que parecía un brillante aro metálico situado delante de su vista. Al principio le pareció que rodeaba una sustancia completamente negra y que tenía un centíme-

tro de diámetro. De pronto comprendió que la parte negra era solamente una sombra y que el aro era en realidad la boca de su fusil, que so-

bresalía del montón de escombros. En seguida se alegró de que fuera eso, si es que podía ser una alegría. Cerrando primero un ojo y luego otro, podía ver una parte del caño, hasta el punto en que lo escondían los escombros.

Cuando veía el lado correspondiente a un ojo, éste estaba aparentemente en el mismo ángulo que el lado correspondiente al otro ojo. Si miraba con el ojo derecho, el arma parecía dirigida a la izquierda de su cabeza, y viceversa. No lograba ver la superficie superior del caño, pero alcanzaba a distinguir en un breve ángulo la superficie inferior de la culata. El arma, en realidad, apuntaba exactamente al centro justo de su frente.

Cuando el soldado Searing advirtió esta cir-

cunstancia y recordó que antes del accidente que le había colocado en aquella desgraciada situación había amartillado el fusil y dispuesto el gatillo para disparar con sólo rozarlo, le asaltó una sensación de inquietud. Pero no fue en absoluto miedo; era un hombre valiente,

familiarizado con aquella posición de los rifles, y también con los cañones. Entonces recordó, casi divertido, un incidente que le había ocurrido durante el asalto de Missionary Ridge. Cuando se encaramaba a uno de los parapetos enemigos, donde había visto que un pesado cañón lanzaba carga tras carga de metralla a los asaltantes, por un momento pensó que habían retirado el cañón; sólo conseguía ver un aro en la abertura. Lo comprendió justo a tiempo de saltar a un lado, cuando el cañón lanzó otro picotazo de acero sobre la cuesta plagada de hombres. Dar la cara a las armas

de fuego es una de las situaciones más habituales en la vida de un soldado... armas de fuego, además, tras las que resplandece el brillo de unos ojos hostiles. Para eso está hecho un soldado. Sin embargo, el soldado Searing no apreciaba ahora del mismo modo la situación, y apartó la vista.

Tras tantear durante un rato, vagamente, con la mano derecha, hizo un inútil intento de li-

berar la izquierda. Después, trató de desasir la cabeza, cuya sujeción le resultaba tanto más molesta por ignorar qué era lo que la sujetaba. A continuación, intentó liberar los pies, pero cuando endurecía, a este propósito, los fuertes músculos de las piernas, reparó en que un movimiento de los escombros que las cubrían podía provocar la descarga del rifle; no comprendía cómo había resistido el arma, pero la memoria lo ayudó aportándole varios casos

similares. Recordaba uno en particular, en que en un momento de distracción había aporreado a un caballero con el fusil para saltarle los sesos, sin darse cuenta hasta después de que el arma que acababa de blandir por el caño estaba amartillada y con el gatillo puesto, detalle que si hubiera conocido su antagonista le hubiera inducido, sin duda, a una mayor resistencia. Siempre había sonreído ante este recuerdo de sus «inmaduros y juveniles» días de soldado, pero ahora no sonrió. Volvió la mirada otra vez a la boca del fusil y por un instante

imaginó que se había movido; parecía algo más próxima.

Apartó otra vez la vista. Las copas de los distantes árboles que había fuera de los límites de la plantación la atrajeron: no había reparado antes en qué ligeros, como plumosos, eran, ni en qué azul intenso tenía el cielo, incluso entre

las ramas de los árboles, que de algún modo lo hacían palidecer con su verdor; por encima de él, ya aparecía casi negro. «De día hará un calor insoportable aquí –pensó–. Me gustaría saber en qué dirección estoy mirando.»

A juzgar por las sombras que veía, decidió que tenía la cara al norte; al menos no le daría el sol en los ojos, Y al norte... bueno, era en dirección a su mujer y sus hijos.

–¡Bah! –exclamó en voz alta–. ¿Qué tienen que ver con esto?

Cerró los ojos. «Mientras no pueda salir, lo mejor será que duerma. Los rebeldes han marchado y seguro que alguno de los nuestros pasará por aquí a buscar forraje. Me encon-

trarán.»

Pero no se dormía. Poco a poco empezó a sentir un dolor en la frente, un dolor sordo, casi imperceptible primero, pero que aumentaba

y se hacía más y más molesto. Al abrir los ojos desaparecía, pero cuando los cerraba volvía a aparecer.

—¡Al diablo! —exclamó, inútilmente, y miró de nuevo fijamente el cielo. Escuchó el canto de los pájaros, la extraña nota metálica de las alondras de la pradera, que sugería un golpe-teo de vibrantes espadas. Se hundió en las memorias agradables de su infancia; jugaba con su hermano y su hermana; atravesaba corriendo los campos, chillando para espantar a las sedentarias alondras; se adentraba en el sombrío bosque alejado y, con tímidos pasos, seguía el borroso sendero que conducía a la Peña del Fantasma; se detenía, por último, con unos estruendosos latidos en el pecho, ante la Cueva del Hombre Muerto e intentaba penetrar su pasmoso misterio. Por primera vez, se

dio cuenta de que la abertura de la caverna

encantada estaba rodeada por un aro de metal. Entonces, todo se desvaneció y lo dejó escrutando el cañón de su fusil, como antes. Pero mientras que antes parecía cerca, ahora semejaba a una inconcebible distancia y, por ello, más siniestro. Se puso a gritar y, asustado por algo que percibió en su propia voz —el tono del Miedo— se mintió a sí mismo: «Si no grito, puedo quedarme aquí hasta que me muera». Ya no hizo más intentos de rehuir la amenazadora mirada del cañón del fusil. Si giraba los ojos en algún momento, era para buscar ayuda (aunque no podía ver el terreno que había a cada lado de la ruina), y se permitía después volver la vista otra vez, como obedeciendo una imperativa fascinación. Si cerraba los ojos era por agotamiento, y en seguida los abría, obligado por el punzante dolor en la frente —la profética amenaza de la bala.

La tensión nerviosa era demasiado fuerte; la naturaleza venía en su auxilio sumiéndolo en

intervalos de inconsciencia. Cuando revivía de uno de estos intervalos percibió un agudo dolor y un escozor en la mano derecha. Movi6 los dedos y se los frot6 contra la palma, y not6 que estaban h6medos y resbaladizos. No pod6a verse la mano, pero conoc6a aquella sensaci6n: le manaba sangre. En su momento de delirio hab6a golpeado los cascos desportillados de las ruinas y se hab6a clavado varias astillas. Decidi6 que se enfrentar6a a su destino con m6s virilidad. Era un soldado raso y vulgar, no ten6a religi6n ni filosof6a. No pod6a morir como un h6roe, entre grandilocuentes y sabias palabras, ni aun en el caso de que hubiera habido alguien para escucharlas, pero pod6a morir «con 6nimo», y eso iba a hacer. ¡Pero si pudiera saber cu6ndo iba a sonar el disparo!

Algunas ratas, que probablemente hab6an

habitado la caseta, se acercaron correteando furtivamente. Una subió a la pila de cascotes que aprisionaban el rifle; le siguió otra y otra.

Searing las miró al principio con indiferencia y luego con amistoso interés. Pero después, cuando en su mente extraviada destelló el pensamiento de que podían rozar el gatillo del fusil, las maldijo y les chilló que se marcharan. –Esto no es asunto de ustedes –les gritó.

Los animales se fueron; volverían más tarde, a atacarle la cara, a roerle la nariz, a desgarrarle la garganta... él lo sabía, pero esperaba estar muerto para entonces

Nada podía apartar ahora su vista del pequeño aro metálico repleto de tinieblas. El dolor en la frente era feroz y no cesaba. Lo sentía penetrar gradualmente en el cerebro a más y más profundidad, hasta que detenía su avance la madera que sostenía su cabeza. Aumentaba

por momentos haciéndose intolerable: irracionalmente, empezó a golpear otra vez la mano herida contra las astillas para contrarrestar con otro sufrimiento aquel dolor lacerante. Parecía palpar con lenta y regular recurrencia, cada pulsación más penetrante que la anterior, y a

veces aullaba, creyendo que sentía el disparo fatal. Ningún pensamiento sobre su hogar, su esposa e hijos, la patria o la gloria. Todo recuerdo se había desvanecido de la memoria. El mundo había desaparecido... no quedaba ningún vestigio. Aquí, en esa confusión de vigas y maderas, está el único universo. Aquí está la inmortalidad del tiempo... cada dolor una vida perpetua. Cada pulsación una señal de la eternidad.

Jerome Searing, el hombre valeroso, el enemigo formidable, el fuerte y resuelto guerrero, tenía la palidez de un fantasma. La mandíbula

le colgaba; le sobresalían los ojos; le temblaba cada músculo; un sudor frío le bañaba todo el cuerpo; aullaba de miedo. No había enloquecido... estaba aterrado.

Tanteando con la mano derecha, desgarrada y sangrante, logró alcanzar un pedazo de madera; la empujó hacia arriba y sintió que cedía. Estaba paralela a su cuerpo. Dobló el codo todo lo que el estrecho espacio le permitía y

logró moverla unos centímetros. Repitió la maniobra varias veces y la tabla quedó desprendida de los escombros que le cubrían las piernas. Pudo alzarla entera del suelo. Le invadió la esperanza, quizá pudiera desplazarla hacia arriba, es decir hacia atrás, lo bastante como para alzarla por el extremo y empujar el fusil a un lado; o, si éste estaba demasiado encajado, colocar la tabla de manera que desviara la bala. Con este objetivo, corrió la madera

hacia atrás centímetro a centímetro sin atreverse apenas a respirar por temor a que ello hiciera fracasar su intento, más incapaz que nunca de apartar los ojos del fusil, que podía ahora aprovechar su menguante oportunidad. Algo, al menos, había ganado: en su preocupación por aquel intento de autodefensa era menos sensible al dolor de su cabeza y había dejado de gritar. Pero continuaba mortalmente asustado y los dientes le temblequeaban como castañuelas.

La tabla de madera dejó de moverse bajo la presión de su mano. Tiró de ella con todas sus fuerzas, cambiando su dirección todo lo que podía, pero la tabla había encontrado un obstáculo detrás de él y el extremo de delante estaba todavía demasiado lejos para salir del montón de escombros y alcanzar el caño del fusil. Llegaba casi, sin embargo, hasta el guar-

damonte, que, no cubierto de escombros, podía entrever con el ojo derecho. Intentó romper la tabla con la mano, pero no tenía apoyo para hacer palanca. Con el fracaso retornó su terror, diez veces aumentado. La negra abertura del fusil parecía amenazar con una muerte más repentina e inminente, como castigo por su rebeldía. El trayecto de la bala a través de su cabeza le hizo sentir un dolor mayor. Tembló otra vez.

De pronto, recuperó la calma. El temblor persistía. Apretó los dientes y frunció las cejas. No había agotado las posibilidades de defensa; en su mente se había formado una nueva idea... otro plan de batalla. Alzando la punta

delantera de la tabla de madera, la empujó cuidadosamente hacia delante por entre los cascotes que rodeaban el fusil hasta que tocó el guardamontes. Movi6 la punta lentamente

hasta que notó que lo traspasaba.

Entonces cerró los ojos y apretó contra el guardamontes con toda su fuerza. No hubo ninguna detonación. El rifle se había descargado al caerle de la mano cuando el edificio se derrumbó... Pero cumplió su función.

El teniente Adrian Searing, al mando del piquete en aquella línea de combate por la que su hermano Jerome había pasado para cumplir su misión, estaba sentado, con los oídos atentos, en su parapeto tras la línea. No se le escapaba el menor ruido: el chillido de un pájaro, el raspar de una ardilla, el sonido del viento entre los pinos... todo lo captaban ansiosamente sus sentidos agotados. De repente, justo delante de su alineación, escuchó un rumor confuso, apenas perceptible, semejante al estruendo del hundimiento de un edificio, transpor-

tado en la distancia. El teniente miró mecáni-

camente su reloj. Las seis y dieciocho minutos. En aquel momento, un oficial se aproximó a él y lo saludó.

–Mi teniente –dijo el oficial–, el coronel le ordena que haga avanzar su alineación y entre en contacto con el enemigo si lo encuentra. Si no, debe proseguir el avance hasta que se le ordene el alto. Hay motivos para pensar que el enemigo se ha dado en retirada.

El teniente asintió en silencio; el otro oficial se retiró. En poco tiempo los hombres, avisados en voz baja de su obligación por los oficiales, cargaron sus rifles y comenzaron a avanzar en formación, con los dientes apretados y el corazón palpitante.

Este piquete de tiradores atravesó rápidamente la plantación dirigiéndose a la montaña. Pasaron por los dos lados de la caseta en ruinas sin observar nada. A poca distancia, en la retaguardia, iba su teniente. Éste miró con curiosidad las ruinas y observó un cadáver semi-

enterrado entre las maderas y las vigas.

Está tan cubierto de polvo que sus ropas son del gris confederado. Tiene el rostro de un blanco amarillento; las mejillas hundidas; las sienes sobresalen con unos bordes angulosos dando a la frente una estrechez lúgubre; el labio superior, levemente alzado, descubre los dientes blancos, rígidamente apretados. El pelo está enteramente impregnado de sudor y el rostro tan húmedo como la hierba cubierta de rocío. Desde donde se encuentra, el oficial no advierte el fusil; en apariencia, el hombre había muerto por el derrumbamiento del edificio.

– Muerto hace una semana –dijo el oficial lacónicamente.

Siguió su camino, consultando su reloj con aire ausente, como para verificar su cálculo de la hora. Las seis y cuarenta minutos.

MUERTO EN RESACA

(*Killed at Resaca*)

El mejor soldado de nuestro estado mayor era el teniente Herman Brayle, uno de los dos edecanes. No recuerdo de dónde lo sacó el general, creo que de algún regimiento de Ohio. Ninguno de nosotros lo conocía, pero eso no era extraño, pues no había ni dos de nosotros que hubiéramos venido del mismo estado, y ni siquiera de estados contiguos. El general parecía pensar que había que reflexionar muy cuidadosamente a la hora de conceder la distinción de un puesto en su estado mayor, para no ocasionar celos regionales que pusieran en peligro la integridad de aquella parte de la Nación que todavía seguía unida. No elegía oficiales de su propio mando y hacía malabarismos en los servicios del cuartel general para obtenerlos de otras brigadas. En estas circunstancias, los servicios de un hombre tenían que

ser, en verdad, muy relevantes, para que se extendieran al ámbito de su familia y de sus

amigos de juventud. De todos modos, la «voz de la trompeta de la fama» había enronquecido un poco por exceso de locuacidad.

El teniente Brayle medía más de metro noventa de altura y poseía una espléndida constitución. Tenía el cabello claro y los ojos azul grisáceos que en los hombres de su talla suelen asociarse a un valor y entereza de primera magnitud. Solía vestir el uniforme completo, especialmente en acción, mientras la mayoría de los oficiales se contentaba con lucir un atuendo menos rimbombante, por lo cual su figura resultaba llamativa e impresionante.

Como todo el resto, tenía las maneras de un caballero, una mente cultivada y un corazón de león. Tenía alrededor de treinta años.

Pronto todos empezamos a sentir por Brayle

tanto simpatía como admiración, y con sincero disgusto observamos, durante la batalla de Stone's River –nuestro primer combate desde que él se unió a nosotros–, que poseía uno de los defectos más criticables e indignos de un

militar: se envanecía de su valentía. En el transcurso de las vicisitudes y alternancias de aquel odioso enfrentamiento, tanto cuando nuestras tropas se batían en los campos abiertos de algodón, o en los bosques de cedros, como cuando lo hacían detrás del terraplén del ferrocarril, él no se puso ni una vez a cubierto, hasta que se lo ordenó expresamente el general, que normalmente tenía otras cosas en qué pensar que en las vidas de los oficiales de su estado mayor, o en la de sus hombres, por el mismo motivo.

En los combates siguientes, mientras Brayle estaba con nosotros, ocurrió lo mismo. Perma-

necía sentado en su caballo como una estatua ecuestre, entre una tormenta de balas y metralla, en los puntos más expuestos, dondequiera que su deber, requiriéndole acudir, le permitiera permanecer. Sin embargo, sin ningún problema y en beneficio de su reputación de hombre con sensatez, hubiera podido situarse a resguardo, en la medida de lo posible, en

esos breves momentos de inacción personal que se dan en una batalla.

Su comportamiento era el mismo cuando andaba a pie, por necesidad o por deferencia a su comandante y a sus compañeros apeados.

Se erguía como una roca en campo descubierto, cuando oficiales y soldados se ponían a cubierto. Mientras hombres de más edad y más años de servicio, con más alto rango y con inquestionable coraje, preservaban sensatamente, tras alguna colina, sus vidas, infinitamente

valiosas para el servicio del país, aquel hombre se colocaba en la cima de la colina, igualmente ocioso en aquel momento que sus compañeros, pero dando la cara en la dirección del fuego más nutrido.

Cuando los combates se desarrollan en campo abierto, a menudo sucede que los soldados confrontados, que se enfrentan entre ellos durante horas a la simple distancia de una pedrada, se aprietan contra la tierra como si estuvieran enamorados de ella. Los mismos ofi-

ciales, en los puestos asignados, se aplastan contra el suelo, y los oficiales superiores, cuando han matado a sus caballos o los han enviado a la retaguardia, se agazapan evitando la bóveda infernal de silbidos de plomo y aullidos de acero, sin pensar en su dignidad.

En tales circunstancias, la vida de un oficial del estado mayor de brigada no es, evidente-

mente, «una vida feliz»; tanto por su precaria duración como por los nerviosos cambios emocionales a que está expuesto. De una posición de relativa seguridad –de la que un civil, sin embargo, consideraría que sólo puede salvarse «de milagro»– puede ser enviado a transmitir una orden al coronel de algún regimiento situado en el frente de combate; una persona poco visible en ese momento y difícil de encontrar sin una intensa búsqueda entre hombres preocupados por otras cosas, en una madriguera en que tanto preguntas como respuestas se realizan por señales. En esos casos, se acostumbra a bajar la cabeza y a escabullir-

se galopando a toda prisa, pues el mensajero se ha convertido en un objeto de extraordinario interés para miles de maravillados tiradores. A la vuelta... bueno, no suele haber vuelta. La actuación de Brayle era muy distinta.

Confiaba su caballo al cuidado de su asistente
–amaba mucho a su caballo– y se encaminaba
muy tranquilo a cumplir su peligroso manda-
to, sin volverse nunca, fascinando las miradas
de todos con su espléndida figura realzada
por el uniforme. Lo observábamos contenien-
do la respiración y con el corazón en la boca.

En una de estas ocasiones, un compañero de
nuestras filas se emocionó tanto que me gritó:
–Te a–apuesto d-dos d-dólares a que lo m-
matan antes de que llegue a-al f-foso.

No acepté la brutal apuesta, porque yo tam-
bién estaba seguro de que lo matarían.

Pero permítanme hacer justicia a la memoria
de un hombre valiente. De todas las veces que
exponía inútilmente su vida, no hacía después
la menor baladronada ni el subsiguiente relato

de sus hazañas. En las pocas ocasiones en que
alguno de nosotros se había aventurado a re-

prenderlo, Brayle había sonreído amablemente y había dado una respuesta cortés pero firme, que no alentaba a proseguir con el tema. Un día le habló al capitán:

–Capitán, si alguna vez sufro un percance por olvidar sus consejos, espero que su querida voz me reconforte en mis últimos momentos murmurándome al oído las benditas palabras: «Ya se lo dije...»

Nos reímos del capitán, sin que hubiéramos sabido explicar por qué. Cuando aquella tarde le dispararon, hasta casi hacerlo pedazos en una emboscada, Brayle permaneció junto a su cuerpo mucho tiempo, colocando bien sus miembros con extrema delicadeza... ¡allí, en medio de un camino barrido por ráfagas de metralla y botes de humo! Es fácil censurar este tipo de cosas y no muy difícil abstenerse de imitarlas, pero es imposible no respetarlas. Y Brayle no era menos apreciado por aquella

debilidad, que se expresaba de modo tan heroico. Deseábamos que no hiciera locuras, pero perseveró en su actitud hasta el final, resultando a veces gravemente herido, pero retornando siempre al cumplimiento de su deber, cuando estaba repuesto.

Por supuesto, al fin le llegó el momento.

Aquel que ignora la ley de las probabilidades desafía a un adversario invencible. Fue en Resaca, en Georgia, durante el transcurso de una maniobra que resultó en la toma de Atlanta.

Enfrente de nuestra brigada, las trincheras enemigas se extendían por campos abiertos a lo largo de la suave cima de una colina. Estábamos muy próximos a ellas, en el sotobosque, en cada extremo de este campo abierto, pero no albergábamos esperanzas de ocupar aquel claro hasta la noche, en que la oscuridad nos permitiría abrirnos camino como topos y surgir de las madrigueras. Nuestra línea se encon-

traba en el límite del bosque, a medio kilómetro del enemigo. Más o menos formábamos

una especie de semicírculo en el que la línea enemiga quedaba como la cuerda del arco.

—Teniente, vaya a decir al coronel Ward que se acerque tanto como pueda, manteniéndose a cubierto, y que no malgaste munición en disparos innecesarios. Puede usted dejar su caballo.

Cuando el general impartió esta orden, nos encontrábamos en el margen del bosque, en el extremo derecho de aquel arco. El coronel Ward se hallaba en el extremo izquierdo. La sugerencia, hecha por el general, de dejar el caballo, significaba, obviamente, que Brayle debía tomar el camino más largo, a través del bosque y por en medio de los hombres. En realidad, era una sugerencia innecesaria. Ir por el camino más corto suponía fracasar con toda

seguridad en la entrega del mensaje. Antes de que nadie hubiera podido interponerse, Brayle cabalgaba a medio galope por el campo abierto y de las trincheras enemigas surgía un fuego crepitante.

—¡Paren a ese maldito loco! —aulló el general.

Un soldado raso de la escolta, con más ambición que cerebro, espoleó al caballo hacia delante para obedecer, y en diez metros él y su caballo quedaron muertos en el campo del honor.

Brayle estaba ya fuera del alcance de las llamadas. Galopaba tranquilamente, en paralelo al enemigo, a menos de doscientos metros de distancia. ¡Parecía un cuadro admirable! El sombrero había volado o saltado de un disparo de su cabeza y su largo cabello rubio subía y bajaba en el aire con el movimiento del caballo. Se sentaba muy erguido en la montura, su-

jetando suavemente las riendas con la mano izquierda, y con la derecha colgando indolentemente a un lado. Una rápida mirada a su hermoso perfil cuando volvía la cabeza a uno u otro lado demostraba que el interés con que tomaba lo que estaba sucediendo era verdadero y sin ninguna afectación.

El espectáculo era intensamente dramático,

pero en modo alguno teatral. Sucesivas hileras de rifles escupían fuego sobre él mientras avanzaba y pronto nuestra línea, en el linde del bosque, se rompió en una visible y sonora defensa. Sin más preocupación por sí mismos ni por las órdenes recibidas, nuestros compañeros se pusieron en pie de un salto y se precipitaron al campo abierto lanzando láminas de balas hacia la chispeante cima de las fortificaciones enemigas, que respondieron abriendo un bestial fuego sobre los grupos desprotegi-

dos, con efectos mortales. La artillería de las dos partes se unió a la batalla, puntuando el crepitar y el clamor con explosiones sordas que hacían temblar la tierra y rasgando el aire con ensordecedoras tormentas de metralla.

Desde el lado enemigo la metralla astillaba los árboles y los salpicaba de sangre; desde nuestro lado, ensuciaba el humo de sus armas con nubes de polvo que se levantaban de sus trincheras.

El combate general había concentrado mi

atención por un momento, pero después, mirando hacia abajo, al camino despejado que quedaba entre aquellas dos nubes de tormenta, vi a Brayle, la causa de aquella carnicería.

Invisible ahora para los dos bandos, condenado por igual por amigos y adversarios, estaba de pie en medio de aquel espacio barrido de disparos, con la cara vuelta al enemigo. A po-

cos metros, su caballo yacía en el suelo. Al instante vi lo que lo había detenido.

Como ingeniero topógrafo que yo era, a primeras horas del día había hecho un apresurado reconocimiento del terreno y en ese momento recordé que en aquel punto había un profundo y sinuoso barranco, que atravesaba el campo por el medio hasta las líneas enemigas con las que se unía al final en ángulo recto.

Desde la posición donde nos encontrábamos no podía verse y Brayle, evidentemente, desconocía su existencia. Sin duda, era infranqueable. Sus ángulos salientes le hubieran proporcionado una completa seguridad si se

hubiera contentado con el milagro que, sin duda, se había producido ya en su favor, y hubiera saltado dentro. No podía avanzar y no podía retroceder. Estaba de pie, aguardando la muerte. No lo hizo esperar mucho.

Por una misteriosa coincidencia, el fuego cesó casi en el mismo instante en que cayó. Unos pocos disparos aislados, a largos intervalos, acentuaron más el silencio, en lugar de romperlo. Era como si los dos bandos se hubieran arrepentido súbitamente de su inútil crimen. Poco después, cuatro de nuestros camilleros, seguidos por un sargento con bandera blanca, avanzaron por el campo sin ser molestados y se dirigieron directamente hacia el cuerpo de Brayle. Varios oficiales y soldados confederados salieron a su encuentro y, descubriéndose, los ayudaron a levantar su sagrada carga. Mientras lo traían a nuestras filas, oímos tras las trincheras enemigas el sonido apagado de los pífanos y los tambores... una marcha fúnebre. Un enemigo generoso honraba a un valiente caído.

Entre los efectos personales del muerto esta-

ba una desgastada cartera de cuero de Rusia.

Me tocó a mí en la distribución de los recuerdos de nuestro amigo, que hizo el general, en calidad de administrador.

Un año después del final de la guerra, en mi vuelta a California, la abrí y la inspeccioné sin mucha atención. De un compartimiento que había pasado por alto cayó una carta sin sobre ni dirección. Estaba escrita con letra de mujer y empezaba con unas palabras de cariño, pero sin encabezamiento. Estaba fechada en: «San Francisco, Calif., 9 de julio de 1862». La firma era: «Querida», entre comillas. De manera casual, la autora de la carta daba su nombre y apellidos en medio del texto: Marian Mendenhall.

La carta mostraba indicios de cultura y educación en su autora, pero era una carta de amor corriente, si es que una carta de amor puede ser corriente. No había en ella nada in-

terésante, a excepción de un párrafo:

«El señor Winters (a quien aborreceré siempre por ello) ha ido contando que en una batalla en Virginia, durante la cual fue herido, te vio agazapado detrás de un árbol. Estoy segura de que quiere despreciarte ante mis ojos, como sabe que ocurriría si creyera tal historia.

Podría soportar recibir la noticia de la muerte de mi amante soldado, pero no la de su cobardía.»

Aquellas eran las palabras que aquella tarde soleada, en una lejana región, habían matado a un centenar de hombres. ¿Las mujeres son débiles?

Un día, por la tarde, telefoneé a la señorita Mendenhall para quedar con ella y devolverle su carta. Tenía la intención, también, de contarle lo que ella había provocado, aunque sin decirle que había sido la causa. La encontré en una bonita casa de Rincón Hill. Era hermosa y

bien educada; en una palabra, encantadora.

–Usted conocía al teniente Herman Brayle,

¿no es así? –empecé, de una manera algo brusca–. Sin duda sabe que desgraciadamente cayó en batalla. Entre sus efectos se encontró esta carta, remitida por usted. Mi misión al venir aquí es entregársela personalmente.

Tomó maquinalmente la carta, la miró por encima y se ruborizó. Luego, mirándome con una sonrisa, dijo:

–Es muy amable de su parte, aunque estoy segura de que no merecía la pena que se molestara.

De pronto se sobresaltó y cambió de color.

–Esta mancha... –dijo–, es... seguro, no será...

–Señorita –dije yo–, discúlpeme, pero sí, es la sangre del corazón más fiel y más valeroso que ha palpitado jamás.

Entonces tiró apresuradamente la carta a los

ardientes carbones de la chimenea.

—¡Oh! No puedo soportar la visión de la sangre —exclamó—. ¿Cómo murió?

Me había levantado instintivamente para rescatar aquel pedazo de papel, sagrado hasta pa-

ra mí, y estaba de pie detrás de ella. Cuando hizo la pregunta volvió la cara ligeramente. La luz de la carta ardiendo se reflejó en sus ojos y le tintó una mejilla con un color carmesí igual que el rojo de la mancha del papel. Jamás había visto nada tan hermoso como aquella odiosa criatura.

—Lo mordió una serpiente —respondí.

EL CASO DEL DESFILADERO COULTER

(*The Affair at Coulter's Notch*)

—¿Cree usted, coronel, que a su valiente

Coulter le agradecería emplazar uno de sus ca-

ñones aquí? –preguntó el general.

No parecía que pudiera hablar en serio:

aquél, verdaderamente, no parecía un lugar donde a ningún artillero, por valiente que fuera, le gustase colocar un cañón. El coronel pensó que posiblemente su jefe de división quería darle a entender, en tono de broma, que en una reciente conversación entre ellos se había exaltado demasiado el valor del capitán Coulter.

–Mi general –replicó, con entusiasmo–, a Coulter le gustaría emplazar un cañón en cualquier parte desde la que alcanzara a esa gente –con un gesto de la mano señaló en dirección al enemigo.

–Es el único lugar posible –afirmó el general.

Hablaba en serio, entonces.

El lugar era una depresión, una «mella» en la

cumbre escarpada de una colina. Era un paso

por el que ascendía una ruta de peaje, que alcanzaba el punto más alto de su trayecto serpenteando a través de un bosque ralo y luego hacía un descenso similar, aunque menos abrupto, en dirección al enemigo. En una extensión de kilómetro y medio a la derecha y kilómetro y medio a la izquierda, la cadena de montañas, aunque ocupada por la infantería federal, asentada justo detrás de la escarpada cumbre como mantenida por la sola presión atmosférica, era inaccesible a la artillería. El único lugar utilizable era el fondo del desfiladero, apenas lo bastante ancho para establecer el camino. Del lado de los confederados, ese punto estaba dominado por dos baterías apostadas sobre una elevación un poco más baja, al otro lado de un arroyo, a medio kilómetro de distancia. Lo árboles de una granja disimulaban todos los cañones excepto uno que, como con descaro, estaba emplazado en un claro, justo enfrente de una construcción bastante

destacada: la casa de un plantador. El cañón, sin embargo, estaba bastante protegido en su exposición porque la infantería federal había recibido la orden de no tirar. El desfiladero de Coulter, como se le llamó después, no era un lugar, en aquella agradable tarde de verano, donde a nadie le «agradara emplazar un cañón».

Tres o cuatro caballos muertos yacían en el camino, tres o cuatro hombres muertos estaban ordenadamente colocados en hilera a uno de los lados, un poco hacia atrás, en la pendiente de la colina. Todos menos uno eran soldados de caballería de la vanguardia federal. Uno era Furriel. El general que comandaba la división y el coronel en jefe de la brigada, seguidos de su estado mayor y de su escolta, habían cabalgado hasta el fondo del desfiladero para examinar la batería enemiga, que se

había disimulado inmediatamente tras unas altas nubes de humo. Resultaba inútil curiosarse sobre unos cañones que se enmascaraban

como las sepias, y el examen había sido breve.

Cuando terminó, a poca distancia del sitio donde había comenzado, se produjo la conversación que hemos relatado parcialmente.

«Es el único lugar –repitió el general con aire pensativo– desde donde llegar a ellos.»

El coronel le miró con gravedad.

–Sólo hay espacio para un cañón, mi general.

Uno contra doce.

–Es verdad... para uno solo cada vez –dijo el comandante de la división esbozando algo parecido a una sonrisa–. Pero, entonces, su bravo Coulter... tiene una batería en él mismo.

Su tono irónico no dejaba lugar a dudas. Al coronel le irritó, pero no supo qué decir. El espíritu de subordinación militar no promue-

ve la réplica, ni siquiera la tácita desaprobación.

En aquel momento, un joven oficial de artillería ascendía lentamente a caballo por el camino, escoltado por su clarín. Era el capitán Coulter. No debía de tener más de veintitrés

años. De mediana estatura, muy esbelto y flexible, montaba su caballo con algo del aire de un civil. En su rostro había algo singularmente distinto a los de los hombres que le rodeaban; era delgado, tenía la nariz grande y los ojos grises, un ligero bigote rubio y un largo, bastante desordenado cabello, también rubio. Su uniforme mostraba señales de descuido: la visera del gastado kepis estaba ligeramente ladeada; la chaqueta, sólo abotonada a la altura del cinturón, dejaba ver en buena medida una camisa blanca, bastante limpia para aquella etapa de la campaña. Pero aque-

lla indolencia sólo afectaba a su atuendo y a su porte: la expresión de sus ojos grises demostraba un profundo interés hacia cuanto le rodeaba: escrutaban como faros el paisaje a derecha e izquierda; después se detenían mucho rato en el cielo que se veía sobre el desfiladero: hasta llegar al punto más alto del camino, no había nada más que ver en aquella dirección. Al pasar frente a sus jefes de división y de bri-

gada por el lado del camino los saludó mecánicamente y se dispuso a proseguir. El coronel le indicó por señas que se detuviera.

—Capitán Coulter —dijo—, el enemigo ha situado doce piezas de artillería en la colina contigua. Si comprendo bien al general, le ordena a usted que emplace un cañón aquí e inicie el combate.

Hubo un inexpresivo silencio. El general miró, impassible, a un regimiento distante que

ascendía apretadamente y muy despacio por la colina, a través de la densa maleza, en espiral, como una deshilvanada nube de humo azul. Pareció que el capitán Coulter no había observado al general. Después habló, lentamente y con aparente esfuerzo:

—¿En la próxima colina, dice usted, mi coronel? ¿Están los cañones cerca de la casa?

—¡Ah, ya ha recorrido usted este camino antes! Sí, justo ante la casa.

—¿Y es... necesario... abrir fuego? ¿La orden es formal?

Hablaba con voz ronca y entrecortada. Había palidecido visiblemente. El coronel estaba sorprendido y mortificado. Lanzó una mirada de reojo al general. Ningún indicio en aquel rostro inmóvil, tan duro como el bronce. Un momento después, el general se alejaba cabalgando, seguido de los miembros de su estado ma-

yor y de su escolta. El coronel, humillado e indignado, se disponía a ordenar que arrestaran al capitán Coulter cuando éste pronunció en voz baja unas pocas palabras dirigidas a su clarín, saludó y se dirigió cabalgando en línea recta hacia el desfiladero. Cuando llegó a la cima del camino, con los gemelos ante los ojos, se mostró recortado contra el cielo, y él y su caballo dibujaron una nítida figura ecuestre. El clarín había bajado la pendiente a toda carrera y desapareció detrás de un bosque. Entonces, se oyó sonar su clarín entre los cedros y, en increíblemente poco tiempo, un cañón seguido de un furgón de municiones, cada cual tirado por seis caballos y manejado por su equipo

completo de artilleros, apareció traqueteando y arrasando la cuesta en medio de un torbellino de polvo. Luego, fue empujado a mano hasta la cumbre fatal, entre los caballos, que

quedaron muertos. El capitán hizo un ademán con el brazo, los hombres que cargaban el cañón se movieron con asombrosa agilidad y, casi antes de que las tropas que seguían el camino hubieran dejado de escuchar el ruido de las ruedas, una enorme nube blanca se abatió sobre la colina con un ensordecedor estruendo: el combate del desfiladero de Coulter había empezado.

No se pretende aquí relatar con detalle los episodios y las vicisitudes de este horrible combate, un combate sin incidentes y con las únicas alternancias de diferentes grados de desesperación. Casi en el momento en que el cañón del capitán Coulter lanzaba su nube de humo como un desafío, doce nubes se elevaron en respuesta por entre los árboles que rodeaban la casa de la plantación, y el rugido

profundo de una detonación múltiple resonó

como un eco roto. Desde ese momento hasta el final, los cañones federales lucharon su batalla sin esperanza, en una atmósfera de hierro candente cuyos pensamientos eran relámpagos y cuyas hazañas eran la muerte.

Como no deseaba ver los esfuerzos que no podía apoyar, ni la carnicería que no podía impedir, el coronel había escalado la cumbre hasta un punto situado a cuatrocientos metros a la izquierda, desde donde el desfiladero, invisible pero impulsando sucesivas masas de humo, semejaba el cráter de un volcán en tronante erupción. Observó los cañones enemigos con sus prismáticos, constatando hasta donde podía los efectos del fuego de Coulter –si Coulter vivía todavía para dirigirlo. Vio que los artilleros federales, ignorando las piezas del enemigo cuya posición sólo podían determinar por el humo, consagraban toda su atención al que continuaba emplazado en el terreno abierto: el césped de delante de la casa. Al-

rededor y por encima de este duro cañón explotaron los obuses a intervalos de pocos segundos. Algunos hicieron explosión en la casa, como se pudo ver por unas delgadas columnas de humo que subían por las brechas del techo. Se veían claramente formas de hombres y caballos postrados en el suelo.

—Si nuestros hombres están haciendo tan buen trabajo con un solo cañón —dijo el coronel a un ayudante de campo que estaba cerca— deben estar sufriendo como el demonio el fuego de doce. Baje y presente a quien dirija ese cañón mis felicitaciones por la eficacia de su fuego.

Se volvió a su ayudante mayor y agregó:

—¿Observó usted la maldita resistencia de Coulter a obedecer órdenes?

—Sí, mi coronel.

—Bueno, no hable de esto con nadie, por fa-

vor. No creo que el general se preocupe de formular acusaciones. Tendrá sin duda bastante qué hacer para explicar su papel en este

modo tan poco usual de divertir a la retaguardia de un enemigo en retirada.

Un joven oficial se aproximó desde la parte de abajo, escalando sin aliento la pendiente.

Casi antes de saludar, exclamó, jadeando:

—Mi coronel, me envía el coronel Harmon para informarle que los cañones del enemigo se hallan al alcance de nuestros fusiles y casi todos son visibles desde numerosos puntos de la colina.

El jefe de brigada le miró sin demostrar el menor interés.

—Lo sé —respondió, tranquilamente.

El joven ayudante estaba visiblemente azorado.

—El coronel Harmon quisiera autorización

para silenciar esos cañones.

–Yo también –replicó el coronel con en el tono de antes–. Salude de mi parte al coronel Harmon y dígale que todavía rigen las órdenes del general para que la infantería no abra fuego.

El ayudante saludó y se retiró. El coronel hundió los talones en tierra y dio media vuelta para continuar mirando los cañones del enemigo.

–Coronel –dijo el ayudante mayor–, no sé si debería decir nada, pero hay algo extraño en todo esto. ¿Sabía usted que el capitán Coulter es del Sur?

–No. ¿Lo era, de verdad?

–Oí que el verano pasado, la división que el general comandaba entonces se encontraba en las cercanías de la plantación de Coulter; acampó allí durante unas semanas y...

–¡Escuche! –le interrumpió el coronel levantando la mano–. ¿Oye usted eso?

Eso era el silencio del cañón federal. El estado mayor, los asistentes, las líneas de infantería situadas detrás de la cumbre, todos habían «oído» y miraban con curiosidad en la dirección del cráter, de donde no ascendía ya humo sino sólo algunas nubes esporádicas procedentes de los obuses enemigos. Entonces llegó el

toque de un clarín y el ruido débil de unas ruedas. Un minuto más tarde, las agudas detonaciones comenzaron con redoblada actividad. El cañón destruido había sido reemplazado por otro, intacto.

–Sí –dijo el ayudante mayor, continuando su historia–, el general conoció a la familia Coulter. Hubo problemas, ignoro de qué naturaleza... Algo que concernía a la esposa de Coulter. Es una rabiosa secesionista, como casi to-

dos en la familia, excepto Coulter, pero es una buena esposa y una dama muy educada. En el cuartel general del ejército se recibió una queja. El general fue transferido a esta división.

Resulta extraño que después de eso la batería de Coulter haya sido asignada a ella.

El coronel se había levantado de la roca donde estaba sentado. Sus ojos llameaban de generosa indignación.

—Dígame, Morrison —dijo, mirando a su chismoso oficial del estado mayor directamente a la cara—, ¿le contó esa historia un caballero o

un embustero?

—No quiero revelar cómo me llegó, mi coronel, a, menos que sea preciso —enrojeció ligeramente—, pero apuesto mi vida a que es verdad.

El coronel se giró hacia un corrillo de oficiales que estaba a cierta distancia.

–¡Teniente Williams! –gritó.

Uno de los oficiales se apartó del grupo y, adelantándose, saludó y dijo:

–Discúlpeme, mi coronel, creía que estaba usted informado. Williams ha muerto abajo, al pie del cañón. ¿En qué puedo servirle, señor?

El teniente Williams era el edecán que había tenido el placer de transmitir al oficial que comandaba la batería las felicitaciones de su jefe de brigada.

–Vaya –dijo el coronel– y ordene la retirada de esa pieza inmediatamente. No... Iré yo mismo.

Bajó a todo correr la cuesta que conducía a la parte de atrás del desfiladero, franqueando ro-

cas y malezas, seguido de su pequeña escolta, entre un tumultuoso desorden. Cuando llegaron al pie de la cuesta, montaron Sus caballos, que los esperaban, enfilaron a trote rápido por

el camino; doblaron un recodo y desembocaron en el desfiladero. ¡El espectáculo que encontraron allí era espeluznante!

En aquel desfiladero, apenas suficientemente ancho para un solo cañón, habían amontonado los restos de por lo menos cuatro piezas. Si habían percibido el silencio de sólo el último inutilizado, era porque habían faltado hombres para sustituirlo rápidamente por otro. Los desechos se esparcían a ambos lados del camino; los hombres habían logrado mantener un espacio libre en el medio en el que la quinta pieza estaba ahora haciendo fuego. ¿Los hombres? ¡Parecían demonios del infierno! Todos sin gorra, todos desnudos hasta la cintura, su piel, humeante, negra de manchas de pólvora y salpicada de gotas de sangre. Todos trabajaban como dementes, manejando el ariete y los cartuchos, las palancas y el gancho de disparo.

A cada golpe de retroceso, apoyaban contra las ruedas sus hombros tumefactos y sus manos ensangrentadas, y encajaban de nuevo el pesado cañón en su lugar. No había órdenes. En aquel enloquecido revuelo de alaridos y explosiones de obuses; entre el silbido agudo de las esquirlas de hierro y de las astillas que volaban por todas partes, no se hubiera oído ninguna orden. Los oficiales, si es que quedaban oficiales, no se distinguían de los soldados. Todos trabajaban juntos, cada uno, mientras aguantaba, dirigido por miradas. Cuando el cañón era escobillado, se cargaba; cuando estaba cargado, se apuntaba y se tiraba. El coronel vio algo que no había visto jamás en toda su carrera militar, algo horrible y misterioso: ¡el cañón sangraba por la boca! En un momento en que faltaba agua, el artillero que esponjaba la pieza había empapado la esponja en un charco de sangre de uno de sus camaradas. No había ningún conflicto en todo aquel

trabajo. El deber del instante era obvio. Cuando un hombre caía, otro, muy poco más limpio, parecía surgir de la tierra en lugar del muerto, para caer a su vez.

Con los cañones deshechos yacían también los hombres deshechos, al lado de los restos, por encima y por debajo. Y, retrocediendo por el camino, ¡una horripilante procesión! se arrastraban con las manos y las rodillas los heridos capaces de moverse. El coronel, que compasivamente había enviado a su escolta hacia la derecha, hubo de pasar con su caballo por encima de los que estaban definitivamente muertos para no aplastar a aquellos que todavía conservaban un resto de vida. Mantuvo su camino con tranquilidad en medio de aquel infierno, se acercó al lado del cañón y, en la oscuridad de la última descarga, golpeó en la mejilla al hombre que sostenía el ariete, que se

derrumbó creyendo que había muerto. Un demonio siete veces condenado brotó de entre el humo para ocupar su puesto, pero se detu-

vo y fijó en el oficial a caballo una mirada no terrenal; los dientes le brillaban entre los labios negros; los ojos, salvajes y desorbitados, ardían como brasas bajo las cejas ensangrentadas. El coronel hizo un ademán autoritario señalándole la parte de atrás. El demonio se inclinó, en señal de obediencia. Era el capitán Coulter.

Simultáneamente a la señal de alto del coronel, el silencio cayó sobre todo el campo de batalla. La procesión de proyectiles dejó de correr en aquel desfile de muerte porque el enemigo también había dejado de tirar. Su ejército había desaparecido desde hacía horas; el comandante de la retaguardia, que había mantenido arriesgadamente su posición con la espe-

ranza de silenciar el cañón federal, también
había hecho callar sus piezas en aquel extraño
minuto.

–No era consciente del alcance de mi autori-
dad –dijo el coronel sin dirigirse a nadie,
mientras cabalgaba hacia la cima de la colina

para averiguar qué había ocurrido.

Una hora más tarde, su brigada hacía vivac
en el campo enemigo, y los soldados examina-
ban con respeto casi religioso, como fieles ante
las reliquias de un santo, los cuerpos de una
veintena de caballos despatarrados y los restos
de tres cañones inservibles. Los caídos habían
sido retirados; sus cuerpos desmembrados y
desgarrados hubieran satisfecho demasiado al
enemigo.

Naturalmente, el coronel se alojó con su fa-
milia militar en la casa de la plantación. Aun-
que bastante derruida, era mejor que un cam-

pamento al aire libre. Los muebles estaban muy desarreglados y rotos. Las paredes y los techos habían cedido en algunas partes y un olor a pólvora lo impregnaba todo. Las camas, los armarios para la ropa femenina y las alacenas no estaban muy dañados. Los nuevos inquilinos de una noche se instalaron como en su casa, y la virtual aniquilación de la batería de Coulter les brindó un animado tema de

conversación.

Durante la cena, un asistente que pertenecía a la escolta apareció en el comedor y pidió permiso para hablar con el coronel.

—¿Qué ocurre, Barbour? —preguntó el coronel amablemente, habiendo escuchado sus palabras.

—Mi coronel, en el sótano pasa algo raro. No sé qué... creo que hay alguien allí. Yo había bajado a registrar.

–Bajaré a ver –dijo un oficial del estado mayor, levantándose.

–Yo también –repuso el coronel–. Que los demás se queden. Guíenos, asistente.

Tomaron un candelero de la mesa y bajaron las escaleras del sótano. El asistente temblaba visiblemente. El candelero iluminaba débilmente, pero en seguida, mientras avanzaban, su estrecho círculo de luz reveló una forma humana sentada en el suelo contra la pared de piedra negra que ellos habían venido siguiendo. Tenía las rodillas en alto y la cabeza echa-

da hacia atrás. El rostro, que hubiera debido verse de perfil, permanecía invisible porque el hombre estaba tan inclinado hacia delante que su largo cabello lo ocultaba. Y, de un modo extraño, su barba, de un color mucho más oscuro, caía en una gran masa enredada y se desplegaba sobre el suelo a su lado. Se detuvieron

involuntariamente. Después, el coronel, tomando el candelero de la temblorosa mano del asistente, se aproximó al hombre y le examinó con atención. La barba negra era la cabellera de una mujer muerta. La mujer muerta apretaba entre sus brazos a un bebé muerto. Y el hombre estrechaba a los dos entre sus brazos, los apretaba contra su pecho, contra sus labios. En el cabello del hombre había sangre. A medio metro, cerca de una depresión irregular de la tierra fresca que formaba el suelo del sótano —una excavación reciente, con un pedazo convexo de hierro y los bordes arqueados visibles en uno de los lados—, se veía el pie de un niño. El coronel alzó el candelero lo más alto que

pudo. El piso del cuarto de arriba se había agujereado y las astillas de madera colgaban apuntando en todas direcciones.

—Esta casamata no es a prueba de bombas —

dijo el coronel gravemente. No se le ocurrió que su resumen del asunto guardaba cierta frialdad.

Permanecieron un momento al lado del grupo sin decir una palabra: el oficial del estado mayor pensaba en su cena interrumpida; el asistente, en lo que podía contener un tonel que había en el otro rincón del sótano. De pronto, el hombre que habían creído muerto levantó la cabeza y los miró tranquilamente a la cara. Tenía la piel negra como el carbón; sus mejillas parecían tatuadas desde los ojos por irregulares líneas blancas. Los labios también eran blancos, como los de un negro de teatro. Tenía sangre en la frente.

El oficial del estado mayor retrocedió un paso y el asistente, dos.

—¿Qué hace usted aquí, amigo? —preguntó el

coronel, inmutable.

–Esta casa me pertenece, señor –fue la réplica, deliberadamente cortés.

–¿Le pertenece? ¡Ah, entiendo! ¿Y éstos?

–Mi mujer y mi hija. Soy el capitán Coulter.

“EL GOLPE DE GRACIA”

(*“Coup de Grâce”*)

La lucha había sido dura e incesante. Todos los sentidos lo atestiguaban: hasta el gusto de la batalla flotaba en el aire. Pero ya había terminado; sólo quedaba auxiliar a los heridos y enterrar a los muertos...; “limpiar un poco”, como decía el humorista del pelotón de sepultureros. Era bastante lo que había que limpiar. Hasta donde abarcaba la vista dentro del bosque, entre los árboles descuajados, veíanse restos de hombres y caballos, entre los que se movían los camilleros recogiendo y transportando a los pocos que daban señales de vida. La mayor parte de los heridos habían muerto de-

sangrados, cuando hasta el derecho de atenderlos se hallaba en disputa. Los heridos tenían que esperar, reglamentaban las ordenanzas del ejército. La mejor manera de cuidarlos es ganar la batalla. Debe admitirse que la victoria es una indudable ventaja para un hombre que necesita atención médica, pero muchos no vi-

ven para sacarle partido.

Los muertos eran puestos en hilera, en grupos de quince o veinte, mientras se cavaban las fosas que habían de recibirlos. A algunos, que estaban demasiado lejos, se les enterraba donde habían caído. Nadie se esforzaba demasiado por identificarlos, aunque en la mayoría de los casos los pelotones de enterradores que espigaban en el mismo terreno que contribuyeran a segar anotaban los nombres de los muertos victoriosos. A las bajas enemigas, ya era bastante que las contaran. Aunque esto

tenía su compensación, porque a muchos los contaban varias veces; de ahí que el total que aparecía en el comunicado del comandante vencedor denotaba más bien una esperanza que un resultado.

A corta distancia del sitio donde uno de los pelotones de enterradores había establecido su “vivac de la muerte”, un oficial de los federales se apoyaba contra un árbol. Desde los pies hasta el cuello, su actitud era de fatiga en re-

pos. Pero la cabeza movíase inquieta de un lado a otro. Su mente, al parecer, no descansaba. Quizá no sabía en qué dirección marcharse. Lo más probable era que no permaneciese allí mucho tiempo, porque ya los rayos oblicuos del sol poniente manchaban de rojo los claros del bosque, y los soldados exhaustos abandonaban su tarea. Era difícil que pernoctara entre los muertos. Después de la batalla,

nueve hombres de cada diez le preguntaban a uno el paradero de alguna sección del ejército... como si alguien lo supiera. Indudablemente este oficial estaba extraviado. Tras descansar un instante, marcharía en pos de los pelotones de sepultureros.

Cuando todos se fueron, empezó a caminar a través del bosque, en dirección al rojo poniente, cuya luz le manchaba la cara con reflejos sanguíneos. El aire de confianza con que ahora avanzaba sugería que estaba en terreno familiar; había logrado orientarse. Marchaba sin mirar los muertos que yacían a derecha e iz-

quierda. Tampoco le detenía la sorda queja de algún infeliz, olvidado por los grupos de rescate, que pasaría mala noche bajo las estrellas, sin más compañía que la sed. El oficial nada podía hacer: no era médico, no tenía agua.

Al extremo de una angosta quebrada –una

simple depresión del terreno— yacía un pequeño grupo de cadáveres. Los vio. Apartose de pronto del camino que seguía y caminó rápido hacia ellos. Escrutándolos al pasar, se detuvo al fin ante uno que estaba a corta distancia de los demás, cerca de un matorral de arbustos.

Lo miró atentamente: parecía moverse. Se agachó y le puso la mano en la cara. El cuerpo gritó.

El oficial era el capitán Downing Madwell, de un regimiento de infantería de Massachusetts, soldado inteligente y audaz, amén de hombre honorable.

En el regimiento había dos hermanos de apellido Halcrow. Caffal y Creede Halcrow. Caffal Halcrow era sargento en la compañía del

capitán Madwell. Y esos dos hombres, el sargento y el capitán, eran íntimos amigos. Dentro de lo que permitía la diferencia de gradua-

ción, la disparidad de obligaciones y los requisitos de la disciplina militar, estaban siempre juntos. En realidad, se habían criado juntos. Y una costumbre del corazón no se desarraiga fácilmente. Caffal Halcrow nada tenía de marcial en su carácter ni en sus gustos, pero la idea de separarse de su amigo le resultaba desagradable; y por eso se alistó en la compañía de la que Madwell era entonces teniente.

Ambos habían ascendido dos grados, pero entre el suboficial más alto y el oficial más subalterno, el abismo social es ancho y profundo; y aquella vieja relación, mantenida con dificultad, ya no podía ser idéntica.

Creede Halcrow, hermano de Caffal, era mayor del regimiento. Un hombre cínico, saturnino. Entre él y el capitán Madwell reinaba una antipatía natural, que las circunstancias habían alimentado y fortalecido hasta conver-

tirla en activa animosidad. De no mediar la influencia moderadora de Caffal, es indudable que cada uno de estos patriotas habría tratado de privar a su país de los servicios del otro...

Al iniciarse la batalla esa mañana, el regimiento cumplía una misión de avanzada, a una milla del cuerpo principal del ejército. Fue atacado y casi rodeado en el bosque, pero mantuvo a pie firme el terreno. Al disminuir momentáneamente la lucha, el mayor Halcrow se dirigió hacia el capitán Madwell. Cambiaron un saludo formal, y dijo el mayor:

—Capitán, el coronel le ordena avanzar con su compañía hasta el nacimiento de esa quebrada, y mantener la posición hasta nueva orden.

No necesito subrayarle el carácter peligroso de la maniobra, pero si usted lo desea, imagino que puede entregar el mando a su primer teniente. No se me ordenó, sin embargo, autorizar esta substitución. Es simplemente una sugerencia personal y extraoficial.

A ese atroz insulto, replicó fríamente el ca-

pitán Madwell:

–Señor, le invito a participar en la maniobra.

Un oficial montado sería un blanco perfecto, y siempre he sostenido la opinión de que usted valdría más si estuviera muerto.

Ya en 1862 se cultivaba en los círculos militares el arte de la réplica.

Media hora más tarde la compañía del capitán Madwell fue desalojada de su posición, con pérdidas equivalentes a un tercio de sus efectivos. Entre los muertos estaba el sargento Halcrow. Poco después el regimiento debió replegarse a las líneas principales, y al terminar la lucha se encontraba a varias millas de distancia.

El capitán estaba ahora de pie junto al amigo y subordinado.

El sargento Halcrow se hallaba mortalmente

herido. El desgarrado uniforme dejaba ver el abdomen. Algunos de los botones de la casaca habían sido arrancados y estaban dispersos por el suelo, con otros fragmentos de su ropa.

El cinturón de cuero estaba partido, y parecía que se lo hubieran arrancado de bajo del cuerpo. No había mucha sangre derramada. La única herida visible era un ancho e irregular desgarrón en el abdomen, sucio de tierra y hojas muertas, por donde asomaba un extremo lacerado de intestino. En toda su experiencia, el capitán Madwell no había visto una herida semejante. No podía imaginar cómo fue producida, ni explicar las circunstancias que la acompañaban: el uniforme extrañamente rasgado, el cinturón partido, las manchas de la piel. Se arrodilló para efectuar un examen más atento. Cuando se puso de pie, volvió los ojos en varias direcciones, como buscando un ene-

migo. A cincuenta yardas de distancia, en la cresta de una loma baja, cubierta de arbustos, vio varios objetos oscuros que se movían entre los hombres caídos...: una manada de cerdos. Uno le daba la espalda, con los cuartos delanteros levantados. Apoyaba las patas en un cuerpo humano; la cabeza baja era invisible.

La erizada eminencia del lomo se recortaba en negro contra el rojo poniente. El capitán Madwell apartó los ojos y volvió a clavarlos en eso que había sido su amigo.

El hombre que había padecido esas monstruosas mutilaciones estaba vivo. De a ratos movía las piernas. Con cada inspiración lanzaba un gemido. Miraba azorado la cara del amigo; y si éste lo tocaba, soltaba un grito. En su feroz agonía, había arañado el suelo en que se encontraba tendido; sus manos crispadas estaban llenas de tierra, hojas y palitos. No

conseguía articular una palabra. Era imposible saber si sentía algo que no fuera dolor. La expresión de su rostro era un ruego; en sus ojos parecía reflejarse una plegaria. ¿Qué pedía? Imposible equivocarse el significado de esa mirada. El capitán la había visto con demasiada frecuencia en los ojos de aquellos cuyos labios aún podían suplicar la muerte. Conscientemente o no, este retorcido fragmento de humanidad, esta imagen del sufrimiento, esta

mezcla de hombre y bestia, este humilde Prometeo sin heroísmo, suplicaba a todos, a todas las cosas, a todo lo que no era él, la bendición de no existir. A la tierra y al cielo, a los árboles, al hombre, a todo cuanto adquiría forma en los sentidos o en la conciencia, este padecer hecho carne dirigía su callada plegaria.

¿Qué significaba? Lo que concedemos a la más ruin criatura desprovista de razón para

pedirlo, lo que sólo negamos a los infortunados de nuestra propia especie: la anhelada liberación, el rito de compasión máxima, el *coup de grâce*.

El capitán Madwell pronunció el nombre de su amigo. Lo repitió una y otra vez, sin resultado, hasta que lo ahogó la emoción. Sus lágrimas, encegueciéndolo, cayeron sobre aquel pálido rostro. Ahora no veía más que un objeto borroso y móvil, pero los gemidos eran más claros que nunca, cortados a breves intervalos por agudos gritos. Dio media vuelta, llevándose la mano a la frente, y se alejó. Los

cerdos, al verlo, alzaron los hocicos encarnados, lo miraron suspicaces un momento, y después, gruñendo ásperamente al unísono, se alejaron a la carrera. Un caballo, con la pata horriblemente astillada por un cañonazo, alzó la cabeza del suelo y lanzó un doloroso relin-

cho. Madwell avanzó un paso, desenfundó el revólver, y le pegó un tiro entre los ojos, observando atento la agonía de la pobre bestia, que contrariamente a lo que él esperaba, fue larga y violenta. Pero al fin quedó inmóvil.

Los tensos músculos de los belfos, que habían desnudado los dientes en una mueca atroz, parecieron aflojarse. El perfil nítido y fino de la cabeza adquirió un aspecto de profunda paz y reposo.

En el oeste, a lo largo de la distante loma arbolada, se extinguían los últimos esplendores del atardecer. La luz que acariciaba los troncos de los árboles se había degradado a un gris tierno; en lo alto de las copas anidaban las sombras como grandes pájaros oscuros. Lle-

gaba la noche, y entre el capitán Madwell y el campamento, se extendía a lo largo de muchos kilómetros el bosque espectral. Sin embargo,

ahí estaba, junto al animal muerto, desvinculado al parecer de cuanto le rodeaba. Los ojos clavados en el suelo, la mano izquierda floja al costado, la derecha esgrimiendo la pistola. De pronto alzó la cara, miró a su amigo moribundo y volvió rápidamente a su lado. Se arrodilló a medias, montó el arma, apoyó el cañón en la frente del sargento, desvió los ojos y apretó el gatillo.

No hubo detonación. Su última bala la había gastado en el caballo. El moribundo gimió y sus labios se movieron convulsivamente. La espuma que brotaba de ellos tenía un tinte sanguinolento. El capitán Madwell se puso de pie y desenvainó la espada. Pasó los dedos de la mano izquierda a lo largo del filo desde la empuñadura a la punta. La tendió recta ante sí como para probar sus nervios. La hoja no temblaba. El mortecino fulgor que reflejaba la luz

del cielo, permanecía inmóvil y firme. Se inclinó, desgarró con la mano izquierda la camisa del moribundo. Irguiéndose, le puso la punta de la espada sobre el corazón. Esta vez no apartó los ojos. Aferrando la empuñadura con ambas manos, empujó con todas sus fuerzas.

La hoja se hundió en el cuerpo del hombre.

Atravesó el cuerpo y se clavó en la tierra. El capitán Madwell estuvo a punto de caer sobre su obra. El moribundo encogió las piernas, y al mismo tiempo se llevó el brazo al pecho, sujetando el acero con tanta fuerza que los nudillos de la mano se le pusieron blancos. Con este violento pero inútil esfuerzo por quitarse la espada, agrandó la herida, por la que escapó un hilo de sangre, que se filtró sinuosamente por el roto uniforme.

En ese momento tres hombres salían silenciosamente del montecito de arbustos que había ocultado su avance. Dos eran enfermeros y traían angarillas.

El tercero era el mayor Creede Halcrow.

PARKER ADDERSON, FILÓSOFO

(*Parker Adderson, philosopher and wit*)

–Prisionero, ¿cuál es su nombre?

–Como debo perderlo mañana al amanecer, no creo que valga la pena ocultarlo: Parker Adderson.

–¿Su grado?

–Más bien humilde. La vida de los oficiales de carrera es demasiado preciosa para que se la exponga en el peligroso oficio de espía. Soy sargento.

–¿De qué regimiento?

–Le ruego que me disculpe. Si le contesto, entiendo que podría darle una idea de los efectivos que tienen al frente. Me he introducido en las filas de ustedes para obtener y no para comunicar esa clase de informes.

–Veo que no le falta chispa.

–Si tiene la paciencia de aguardar, le pareceré bastante apagado mañana.

–¿Cómo sabe que debe morir mañana por la mañana?

–Así se acostumbra con los espías capturados en la noche. Es una de las bonitas reglas del oficio.

El general, olvidando la dignidad que convenía a un oficial confederado de alto rango y de vasto renombre, se permitió sonreír. Pero ninguno de aquellos que habían caído en su desfavor, estando bajo sus órdenes, habría augurado nada bueno de ese signo exterior y visible de aquiescencia. No era benévolo ni contagioso; no se comunicaba con los hombres allí presentes: el espía capturado que lo provocó y el centinela armado que condujo a éste a la tienda y que ahora se mantenía a cierta distancia, vigilando al prisionero a la luz amarilla de

una vela. Sonreír no formaba parte del deber de aquel guerrero: muy otras eran sus tareas. Continuó la conversación; era, en realidad, el proceso de un delito que merecía la pena capital.

—¿Usted admite, entonces, que es un espía que se ha introducido en mi campamento, dis-

frazado con el uniforme de un soldado confederado, para obtener secretamente informes sobre el número y la disposición de mis tropas?

—Sobre el número, especialmente. La disposición ya la conocía. Es más bien tétrica.

El general sonrió de nuevo. El centinela, con un sentido más severo de su responsabilidad, acentuó la austeridad de su expresión y se mantuvo un poco más erguido que antes.

Haciendo girar sobre el índice su sombrero de fieltro gris, el espía miraba cómodamente a su

alrededor. Era un lugar modesto. La tienda era la típica tienda de campaña, de ocho por diez, iluminada por una vela de sebo hundida en el cubo de una bayoneta encajada en una mesa de pino a la cual estaba sentado el general, quien ahora escribía laboriosamente sin prestar atención a su forzado huésped. Una vieja alfombra en el piso de tierra, un baúl de fibra todavía más viejo, una segunda silla y un rollo de mantas: la tienda no contenía otra cosa. Ba-

jo las órdenes del general Clavering, la simplicidad y la falta absoluta de “pompa y circunstancia” del ejército confederado había alcanzado su máximo. De un grueso clavo hundido en el mástil de la tienda, a la entrada, colgaba un cinturón de un largo sable, una pistola en su cartuchera y, cosa bastante absurda, un cuchillo de monte. Cuando hablaba de esta arma de ningún modo militar, el general solía decir

que era un recuerdo de sus pacíficos días de civil.

La noche era tormentosa. Una lluvia torrencial caía como una cascada sobre la lona con ese ruido monótono, semejante al redoble de un tambor, tan familiar a los oídos de quienes viven bajo una tienda. Sometidos a los embates de las ráfagas atronadoras, el frágil edificio temblaba y vacilaba y tiraba de las cuerdas y estacas que lo fijaban al suelo.

Cuando hubo terminado de escribir, el general dobló la hoja de papel y le dijo al centinela:

–Oiga, Tassman, llévele esto al ayudante

mayor y vuelva.

–¿Y el prisionero, mi general? –preguntó el soldado después de saludar y echar una mirada en dirección al espía.

–Haga lo que le digo –dijo el general.

El soldado tomó la nota y salió de la tienda

bajando bruscamente la cabeza. El general Clavering volvió hacia el espía federal su hermoso rostro, de rasgos nítidos, lo miró en los ojos, no sin dulzura, y le dijo:

–Es una mala noche, muchacho.

–Para mí, no cabe duda.

–¿Adivina lo que acabo de escribir?

–Algo digno de leerse, espero. Y me atrevo a decir, quizá sea vanidad de mi parte, que yo figuro en ese papel.

–Sí, es el memorándum de una orden acerca de su ejecución para ser leída a las tropas no bien suene la diana. Y también hay unas líneas que conciernen al capitán preboste para que arregle los detalles de la ceremonia.

–Espero, mi general, que el espectáculo será

inteligentemente preparado, porque yo asistiré en persona.

–¿No desea tomar algunas disposiciones?

¿Ver a un capellán, por ejemplo?

—No querría procurarme un descanso tan largo privándolo del suyo, aunque fuera por poco rato.

—¡Dios mío, muchacho! ¿Tiene usted intenciones de ir a la muerte sin otra cosa que bromas en los labios? ¿No sabe usted que es un asunto serio?

—¿Cómo podría saberlo? Nunca he estado muerto en mi vida. He oído decir que la muerte es un asunto serio, pero nunca por aquellos que hicieron la experiencia.

El general quedó un momento silencioso.

Aquel individuo le interesaba, le divertía, quizá. Era un tipo de hombre que no había encontrado antes.

—Por lo menos —dijo—, la muerte es una pérdida. La pérdida de la relativa felicidad que gozamos, y de otras ocasiones de ser feli-

ces.

–Una pérdida de la que nunca tendremos conciencia puede soportarse con calma y aguardarse sin aprensión. Habrá observado, mi general, que de todos los hombres muertos que usted ha tenido el heroico placer de sembrar en su camino, ninguno le ha dado señales de pesar.

–Si estar muerto no causa pesar, el paso de la vida a la muerte, morir, en suma, da la impresión de ser muy desagradable a quien no ha perdido la facultad de sentir.

–El sufrimiento es desagradable, sin duda. Siempre me causa un malestar más o menos grande. Pero mientras vivimos, más expuestos estamos al sufrimiento. Lo que usted llama morir es, sencillamente, el último sufrimiento. Morir, en realidad, es algo que no existe. Suponga, por ejemplo, que yo trato de escaparme. Usted levanta el revólver que disimula con tanta cortesía sobre sus rodillas y...

El general se ruborizó como una muchacha,

luego rió suavemente mostrando sus dientes brillantes, inclinó su hermosa cabeza y nada dijo.

El espía continuó:

–Usted dispara, y yo tengo en mi estómago algo que no he tragado. Caigo, pero no estoy muerto. Después de media hora de agonía, estoy muerto. Pero en cualquier instante dado de esa media hora, yo estaba vivo o muerto.

No hay período de transición.

“Mañana por la mañana, cuando me ahorquen, ocurrirá exactamente lo mismo. Mientras esté consciente, viviré. Una vez muerto, estaré inconsciente. La naturaleza parece haber arreglado las cosas de acuerdo con mis intereses... Como yo mismo las habría arreglado... –Es tan simple –agregó con una sonrisa– que se diría que apenas importa que a uno lo

cuelguen.”

Hubo un largo silencio después de estas palabras. El general, impasible, miraba al hombre bien de frente. Al parecer, no le prestaba

atención. Como si sus ojos montaran guardia junto al prisionero mientras otros pensamientos ocupaban su espíritu. En seguida respiró largamente, profundamente, se estremeció como recién despierto de una atroz pesadilla, y exclamó con voz apenas audible: “¡La muerte es horrible!”

—Era horrible para nuestros salvajes antepasados —dijo el espía con gravedad— porque no tenían la inteligencia suficiente para dissociar la noción de conciencia de la noción de formas físicas en las cuales se manifiesta la muerte. De igual manera, una inteligencia todavía más primitiva, la del mono, por ejemplo, es incapaz de imaginar una casa sin moradores, y a la vis-

ta de una cabaña en ruinas se representa a su ocupante herido. Para nosotros la muerte es horrible porque hemos heredado la tendencia a considerarla horrible, y nos explicamos esta idea por especulaciones quiméricas sobre el otro mundo; de igual modo, los nombres de los lugares dan nacimiento a las leyendas que

los explican, y una conducta irrazonable hace surgir las teorías filosóficas que la justifican. Usted puede ahorcarme, mi general, pero allí se detiene su poder de hacerme daño. Usted no puede condenarme al cielo.

El general parecía no haber oído. Las palabras del espía llevaron sus pensamientos por un sendero poco familiar, y una vez allí marcharon a su antojo hacia conclusiones propias.

La tormenta había cesado, y algo del carácter solemne de la noche se comunicó a sus reflexiones dándoles el tinte sombrío de un te-

mor sobrenatural. En él entraba, quizá, un elemento de presciencia. “No quisiera morir – dijo–. Esta noche, no.”

Fue interrumpido –si es que tenía la intención de seguir hablando– por la entrada de un oficial de su estado mayor. Era el capitán Hasterlick, el preboste. El general volvió en sí.

Desapareció su aire ausente.

–Capitán dijo, devolviendo el saludo del oficial–, este hombre es un espía yanqui que ha

sido capturado en nuestras filas. Llevaba encima los papeles que demuestran su culpabilidad. Lo ha confesado todo. ¿Qué tiempo hace?

–Ha pasado la tormenta, mi general, y brilla la luna.

–Bueno. Busque un pelotón de hombres, condúzcalo ahora mismo al lugar de las maniobras y hágalo fusilar.

El espía lanzó un grito. Se echó hacia adelan-

te, el cuello tenso, los ojos fuera de las órbitas
los puños cerrados.

—¡Dios mío! —exclamó con voz ronca, articu-
lando apenas las palabras—. ¡Usted no habla en
serio! ¡Usted olvida que no debo morir hasta
mañana!

—No he dicho nada de mañana —replicó fría-
mente el general—. Eso fue por su cuenta. Va a
morir ahora.

—Pero general, le pido... le suplico que re-
cuerde... ¡Yo debo ser ahorcado! Se necesita
cierto tiempo para levantar el patíbulo. Dos
horas... una hora... A los espías se los cuelga.

La ley militar me concede ese derecho. Por el
amor de Dios, mi general, considere qué po-
co...

—Capitán, haga lo que le ordeno.

El oficial sacó su espada y después, sin decir
una palabra, le señaló al espía la abertura de la

tienda. El espía vaciló, pálido como un cadáver. El oficial lo tomó por el cuello y lo empujó suavemente hacia delante. Como se acercara al mástil que sostenía la tienda, el espía dio un salto, se apoderó del cuchillo de monte con la agilidad de un gato, arrancó el arma de su vaina, empujó al capitán y, lanzándose sobre el general con la furia de un demente, lo hizo caer de espaldas y se le echó encima. La mesa se vino al suelo, se apagó la vela y los dos hombres lucharon ciegamente en las tinieblas. El capitán se precipitó en auxilio de su oficial superior; muy pronto rodaba también sobre las dos formas que se debatían. Maldiciones y gritos inarticulados de rabia y de dolor ascendían de ese tumulto de brazos y piernas. La

tienda se abatió de pronto, y la lucha continuó debajo de los pliegues confusos y envolventes de la lona. El soldado Tassman, que regresaba

de dar su mensaje, conjeturó vagamente la situación: arrojó su fusil y asiendo al azar la ondulante lona intentó separarla, inútilmente, de los hombres que cubría. El centinela que iba y venía frente a la tienda, no atreviéndose a abandonar su puesto aunque el cielo se desplomara, hizo un disparo al aire. La detonación alertó al campamento. El redoble de los tambores y las notas agudas de los clarines llamaron a la tropa. Entonces surgió una multitud presurosa de soldados semidesnudos que se vestían a la disparada, bajo el claro de luna, no dejando de correr para ponerse en las filas mientras obedecían a las breves órdenes de sus oficiales. Todo era como es debido: una vez en las filas, los hombres estaban bajo vigilancia. Así permanecieron mientras el estado mayor del general y los soldados de su escolta ponían orden en el caos alzando la tienda caí-

da y separando a los actores de aquella extraña pelea, heridos y sin aliento.

En realidad, uno había sin aliento: había muerto el capitán. Por su garganta asomaba el cabo del cuchillo de monte, tan profundamente hundido debajo del mentón que su extremo estaba acuñado en el ángulo de la mandíbula.

La mano que le asestó la cuchillada no había podido retirar el arma. El cadáver aferraba la espada con una energía que desafiaba las fuerza de los vivos. La hoja estaba manchada de rojo hasta la empuñadura.

El general se puso de pie, pero en seguida lanzó un gemido y se desvaneció. Aparte de las magulladuras, tenía dos profundas heridas de espada: una le había atravesado la cadera; la otra, el hombro.

El espía no había salido demasiado maltrecho. Con excepción el brazo derecho roto, hubiera podido sufrir todas sus heridas en un combate común con armas comunes. Pero es-

taba ofuscado y no parecía comprender lo que

acababa de ocurrir. Se apartó de aquellos que le atendían, se acurrucó en el suelo y empezó a murmurar palabras ininteligibles. Su cara, hinchada por los golpes y chorreando sangre, estaba sin embargo muy blanca bajo el pelo en desorden, tan blanca como la de un cadáver.

–Este hombre no es un loco –dijo el cirujano respondiendo a una pregunta–. Está enfermo de miedo. ¿Quién es y qué hace aquí?

El soldado Tassman empezó a explicar. Era la oportunidad de su vida. No dejó nada por decir que de una u otra manera pudiese acentuar su importancia en los acontecimientos de aquella noche. Cuando terminó su historia y estaba listo para repetirla de nuevo, nadie le prestó atención.

El general acababa de volver en sí. Se apoyó en el codo, miró su alrededor, vio al espía cus-

todiado junto a una fogata del campamento.

–Que lleven a este hombre al lugar de las maniobras y lo fusilen –dijo sencillamente.

–El general delira –dijo un oficial que estaba

cerca de el.

–No delira –dijo el ayudante mayor–. Repite lo que ha escrito en un memorándum que tengo en mi poder. Le había dado esa misma orden a Hasterlick –señaló con un ademán el cadáver del preboste– y ¡Dios de Dios! es una orden que será cumplida.

Diez minutos después, el sargento Parker Adderson, del ejército federal, filósofo y hombre de ingenio, arrodillado bajo el claro de luna y suplicando en términos incoherentes que le perdonaran la vida, era fusilado por veinte hombres. En el momento en que resonó la salva en el aire vivo de aquella media noche, el general Clavering, que yacía pálido e inmóvil

a la luz rojiza del fuego del campamento, abrió sus grandes ojos azules, miró afablemente a los que le rodeaban y murmuró:

—¡Qué silencio hay en todo!

El cirujano miró al ayudante mayor con aire grave y significativo. El enfermo cerró lentamente los ojos y permaneció en esa actitud du-

rante algunos minutos. Después, con el rostro iluminado por una sonrisa inefablemente dulce, dijo con voz débil:

—Supongo que ha llegado la muerte.

Y expiró.

UNA ESCARAMUZA EN
LOS PUESTOS DE AVANZADA

(*An Affair of Outposts*)

I

En relación con el deseo de morir

Dos hombres estaban sentados, conversando.

Uno era el gobernador del estado. Corría el año 1861; la guerra estaba en pleno apogeo y el gobernador era ya famoso por la inteligencia y el afán con que disponía el poder y los recursos de su estado para el servicio de la Unión.

—¡Cómo! ¿Usted? —exclamó el gobernador, con evidente sorpresa—. ¿También usted quiere un nombramiento de oficial? Verdaderamente, el toque de los pífanos y los tambores debe haber alterado profundamente sus convicciones. Supongo que, desde mi condición de oficial de reclutamiento, no tendría que ser muy escrupuloso —había un destello de ironía en sus palabras—, pero, bueno, ¿olvida usted que va a exigírsele un juramento de lealtad?

—No he cambiado ni mis convicciones ni mis simpatías —respondió el otro hombre con tran-

quilidad—. Aunque mis simpatías están con, el Sur, como usted me hace el honor de recordar, nunca he dudado de que el Norte tenga la razón. Soy sudista por origen y por sentimientos, pero en cuestiones de importancia, tengo el hábito de actuar por lo que pienso y no por lo que siento.

El gobernador golpeteó con un lápiz su escritorio con aire ausente y permaneció unos instantes sin responder. Después dijo:

—He oído decir que en el mundo hay hombres de toda clase, y supongo que algunos constituyen la categoría que acaba usted de describir, a la que, sin duda, cree pertenecer.

Pero le conozco desde hace mucho tiempo y —perdóneme usted— no le creo.

—Entonces, ¿debo entender que deniega mi solicitud?

—A menos de que me convenza de que sus simpatías por el Sur no son un impedimento,

sí. No dudo de su buena fe y sé que está sobradamente dotado, por inteligencia y por formación, para cumplir los deberes de un oficial. Dice usted que sus convicciones le llevan a favorecer la causa de la Unión, pero yo prefiero a un hombre que lo sienta en lugar de creerlo. Los hombres luchan con el corazón.

–Escuche, gobernador –dijo el más joven, con una sonrisa más luminosa que cálida–. Guardo una carta en la manga. Una cualificación que había esperado que no fuera necesario mencionar. Una alta autoridad militar ha dado una receta muy sencilla para ser un buen soldado: «Intenta siempre hacerte matar». Con ése propósito es con el que deseo ingresar en el ejército. No soy, seguramente, demasiado patriota, pero deseo morir.

El gobernador le miró fijamente a los ojos y luego dijo, con cierta frialdad:

–Existe un modo más sencillo y más claro.

–En mi familia, señor –fue la réplica–, no hacemos esto. Ningún Armisted lo ha hecho

nunca.

Sobrevino un prolongado silencio en el que ambos hombres evitaron mirarse. Después, el gobernador levantó la vista del lápiz, con el que había vuelto a tabletear sobre el escritorio, y preguntó:

–¿Quién es ella?

–Mi esposa.

El gobernador tiró el lápiz encima del escritorio, se puso en pie y dio dos o tres vueltas por la habitación. Después se volvió hacia Armisted, quien también se había puesto en pie, le miró todavía más fríamente y dijo:

–Pero ese hombre... No sería mejor que él...

¿No podría nuestro país prescindir mejor de él que de usted? ¿O los Armisted se oponen también a las «leyes no escritas»?

Los Armisted, aparentemente, eran capaces de acusar un insulto: el joven enrojeció y luego palideció, pero se contuvo para persistir en su propósito.

–Desconozco la identidad del hombre en

cuestión –dijo, guardando la calma.

–Discúlpeme –repuso el gobernador, con menos contrición visible de la que suele acompañar comúnmente a esa palabra. Reflexionó un instante y añadió–: Mañana le enviaré un nombramiento de capitán en el Décimo Regimiento de Infantería, que ahora se halla en Nashville, Tennessee. Buenas noches.

–Buenas noches, señor. Gracias.

Cuando el gobernador se quedó solo, permaneció un rato inmóvil, apoyado en su escritorio. Luego se encogió de hombros, como desechando una preocupación.

–Es un mal asunto –dijo.

Se sentó junto a una mesa para leer que había junto a la chimenea, tomó el libro que tenía más a mano y lo abrió con aire distraído. Sus ojos cayeron casualmente sobre la siguiente frase:

«Cuando Dios obligó a una mujer infiel a mentir a su esposo para justificar sus culpas, tuvo la compasión de infundir en los hombres

la necesidad de creerla».

Miró el título del libro: *Su majestad el necio*.

Arrojó el volumen al fuego.

II

Cómo decir lo que debe oírse

El enemigo, derrotado en dos días de lucha en Pittsburg Landing, había regresado con resentimiento a Corinth, de donde había salido.

Por manifiesta incompetencia Grant había sido relevado del mando. En la derrota, su ejército

se había salvado de ser capturado y aniquilado por la hábil actuación militar de Buell. Pero el mando no le había sido otorgado a Buell sino a Halleck, un hombre de experiencia no probada, teórico, de carácter indolente e indeciso.

Sus tropas, siempre desplegadas en línea de batalla para resistir las escaramuzas de los tiradores enemigos, siempre atrincherándose contra columnas que nunca llegaban, atravesaron treinta millas de bosques y pantanos, di-

rigiéndose hacia un enemigo, presto a desvanecerse al primer contacto, como un fantasma con el canto del gallo. Fue una campaña de «excursiones y alertas», de reconocimientos y contramarchas, de despropósitos y contraórdenes.

Durante semanas, esta solemne farsa mantuvo la atención e impulsó a destacados civiles a

abandonar los ámbitos de la ambición política para ver, de cerca y a salvo, todo lo que podían de los horrores de la guerra. Entre estas personalidades se encontraba nuestro amigo el gobernador.

Tanto en los estados mayores del ejército como en los campamentos de las tropas de su estado se convirtió en una figura familiar, siempre escoltado por varios miembros de su equipo, vistosamente amontonados, impecablemente ataviados y tocados con sombreros de copa. Eran figuras de ensueño, sugeridoras de pacíficas y tranquilas tierras tras un océano de lucha.

El soldado embarrado los miraba pasar desde su trinchera, apoyado en su pala, y les insultaba en voz alta para demostrar su opinión sobre la inoportunidad de aquella ostentación ante los sacrificios de su oficio.

–Opino, señor gobernador –dijo el general Masterson un día, cuando se dirigía a caballo a una reunión informal, sentado en su postura favorita, con una pierna cruzada sobre el pomo de su silla–, opino, que yo no seguiría más en esa dirección, si estuviera en su lugar. Fuera de aquí no tenemos más que una línea de tiradores. Supongo que por eso me han ordenado emplazar aquí estos cañones; si nuestros tiradores deben replegarse, el enemigo se desesperará al ver que no pueden llevárselos; son «un poquito» pesados.

Hay motivo para temer que esta espontánea muestra de humor militar no cayera como una brisa del cielo sobre el sombrero de copa del gobernador. Pero no perdió un ápice de su dignidad.

–Tengo entendido –dijo, con gravedad– que algunos de mis hombres están allí; una com-

pañía del Décimo Regimiento, comandada por el capitán Armisted. Me gustaría reunirme con él, si a usted no le importa.

–Merece la pena ir a verle. Pero más allá hay un trozo de jungla bastante incómodo, por lo que le aconsejaría que dejara su caballo –lanzó una mirada a la escolta del gobernador– y su otro acompañamiento.

El gobernador, por tanto, emprendió el viaje solo y a pie. Durante media hora avanzó por una enredada maleza que cubría todo un suelo pantanoso, hasta que alcanzó un terreno más abierto y seguro. Allí encontró a media compañía de infantería descansando tras una línea de fusiles alineados. Los hombres llevaban su equipo completo: cinturones, cartucheras, mochilas y cantimploras. Algunos dormían profundamente tendidos a todo lo largo sobre un montón de hojas secas; otros charloteaban ociosamente sobre unas cosas u otras; unos

pocos jugaban a las cartas; ninguno estaba apartado de la línea de fusiles alineados. Para un civil era una escena de despreocupación, desorden y descuido; un soldado hubiera adivinado en ella expectación y espera.

A poca distancia, un oficial vestido con uniforme de fajina y armado, sentado sobre el tronco de un árbol caído, observaba acercarse al visitante. Un sargento, que se había levantado de uno de los grupos, se dirigía hacia él. —Deseo ver al capitán Armisted —indicó el gobernador.

El sargento escrutó al visitante sin decir palabra, señaló al oficial y, después de coger un rifle de los alineados, le acompañó hacia su jefe.

—Este hombre quiere verle, mi capitán —dijo, haciendo el saludo de rigor.

El oficial se levantó.

Se hubiera necesitado una mirada muy pers-

picaz para reconocerle. El cabello, que sólo pocos meses antes era moreno, estaba ahora cru-

zado de canas. El rostro, bronceado por la vida al aire libre, tenía arrugas de más edad. Una larga y pálida cicatriz sobre la frente señalaba la huella de una estocada. Una de las mejillas estaba doblada y arrugada por la obra de una bala. Sólo una leal mujer del Norte le hubiera encontrado guapo.

—Armisted... capitán —dijo el gobernador tendiéndole la mano—, ¿no me reconoce?

—Le reconozco, señor, y le saludo... como gobernador de mi Estado.

Alzó la mano izquierda a la altura de la sien y efectuó el saludo reglamentario. El código militar no prevé el saludo de estrecharse las manos. Por tanto, el civil dejó caer la suya. Si el gobernador sintió sorpresa o decepción, su rostro no lo expresó.

–Ésta es la mano que firmó su nombramiento

–dijo.

–Y es la mano...

La frase quedó en suspenso. De la dirección del frente llegó la sonora detonación de un fu-

sil, seguida de otra y otra más. Una bala atravesó el bosque silbando y se incrustó en un árbol cercano. Los hombres se levantaron de un salto del suelo y, antes de que la clara y potente voz del capitán pronunciara la orden «¡¡Atención!!», se habían tirado ya a la retaguardia, tras la hilera de armas alineadas. De nuevo, ahora a través del estruendo de una restallante descarga de fusilería, sonó la pausada y precisa cantinela militar: «A... las armas», a la que siguió el golpeteo del calado de las bayonetas.

Las balas del enemigo invisible les llovían ahora encima, veloces y en denso círculo, aun-

que la mayoría se perdían, emitiendo el zumbido característico del choque con las ramas y el desvío de la trayectoria. Dos o tres hombres habían caído ya en la retaguardia. Un grupo de heridos del puesto de escaramuza del frente surgió de la maleza cojeando con dificultad; casi todos se encaminaron directamente a la retaguardia sin detenerse, con el rostro pálido

y apretando los dientes.

Súbitamente, se produjo un profundo y chirriante estampido en el frente, al que siguió el sobrecogedor ataque de un obús, que, sobrevolándoles, fue a explotar en el borde de la espesura, incendiando las hojas secas. Penetrando el estruendo, flotando por encima de él como la melodía de un pájaro en lo alto, resonaban las lentas y monótonas órdenes del capitán, sin acento ni énfasis, musicales y tranquilas como un cántico en las noches de cose-

chas.

Familiarizados con aquel sonido tranquilizador en los momentos de inminente peligro, aquellos soldados inexpertos, con menos de un año de entrenamiento, cedían al hechizo y ejecutaban las órdenes con la precisión y la compostura de unos veteranos. Incluso el distinguido civil que se protegía tras un árbol, oscilando entre el orgullo y el terror, era sensible a su encanto y su seducción. Sintió que su valor se fortalecía, y sólo corrió cuando los tira-

dores de vanguardia, tras recibir órdenes de unirse a la reserva, salieron del bosque como liebres acosadas y formaron a la izquierda de la línea de tropa, sin resuello, dando gracias por poder recuperar el aliento.

III

Combate de un hombre que no lucha con el corazón

Guiado en su retirada por los soldados heridos, el gobernador llegó valientemente a la retaguardia, atravesando otra vez aquel «trozo de jungla bastante incómodo». Estaba sin aliento y, un poco confuso. Excepto algún que otro disparo aislado, no había ninguna señal de lucha tras él. El enemigo estaba reuniéndose para efectuar un nuevo ataque a un adversario cuyo número de fuerzas y cuya situación estratégica desconocía.

El civil fugitivo pensó que probablemente iba a conservar la vida para el servicio de su patria y encomendó a la Providencia las disposiciones adecuadas a este fin. Pero al saltar un

pequeño arroyo, en un terreno más abierto, una de estas disposiciones incluyó la desgracia de una desagradable torcedura de tobillo. No pudo continuar la retirada, pues estaba demasiado gordo para andar saltando sobre un solo

pie, por lo que, tras varios intentos inútiles, que le causaron un gran dolor, se sentó en el suelo, cuidando su humillante invalidez y lamentando aquella situación militar.

De nuevo el fuego se renovó, con más intensidad, y las balas perdidas volaron, zumbando a su alrededor. Después le llegó el estrépito de dos salvas rotundas y nítidas, a las que siguió un crepitar continuo a través del cual le llegaban los gritos y las exclamaciones de los combatientes, sobre el fondo de los truenos de los cañones. Esto le indicó que la pequeña compañía al mando del capitán Armisted había sido violentamente atacada y la lucha era cuerpo a cuerpo.

Los heridos que iban tras él comenzaron a aparecer por cada lado, y su número había

aumentado por nuevas levas de soldados de la reserva. En solitario, o de dos en dos, o tres en

tres, algunos sujetando a otros camaradas más gravemente heridos, pero todos encerrados en sí mismos, sordos a los gritos de auxilio, se internaban en la maleza y desaparecían allí. El ruido del fuego del combate aumentaba y se hacía más nítido, y pronto a los fugitivos heridos les sucedieron hombres que caminaban con paso firme, se volvían de vez en cuando para descargar sus armas y reanudaban el camino de retirada recargándolas mientras andaban.

Dos o tres cayeron mientras él les miraba, y quedaron inmóviles sobre el suelo. Uno, que conservaba todavía el aliento de vida suficiente, hizo un intento lastimoso de arrastrarse para ocultarse. Un camarada que pasaba por el lado y se detenía para disparar, le miró apreciando de una ojeada la gravedad del pobre diablo, y prosiguió su camino con expresión hosca, mientras insertaba un cartucho en su

fusil.

Allí no había nada de la pompa de la guerra, ninguna huella de gloria. Incluso en medio de todo aquel peligro y aquel dolor, el desamparado civil no pudo evitar contrastar esto con las paradas magníficas y los desfiles organizados en su honor, con resplandecientes uniformes, música, banderas y paso marcial. Aquello era algo feo y nauseabundo: para su gusto artístico era desagradable, repugnante, brutal. —¡Uf! —exclamó, estremeciéndose—. ¡Esto es abominable! ¿Dónde está el encanto de todo? ¿Los nobles sentimientos, la fe, el heroísmo, el...?

Desde un punto cercano, en la dirección del enemigo que los perseguía, se elevó la clara y pausada cantinela del capitán Armisted:

«Caaal-ma, chicos... caaal-ma. ¡Aalto! ¡Abraaan... fuego!».

El crepitar de poco más de doce rifles se des-

tacó entre el tumulto general, y luego, otra vez, el penetrante falsete: «¡Aalto... el fuego!

¡Reeetirada! ¡Maaarchando!».

En pocos momentos, el resto de la tropa se habla replegado lentamente a la derecha del gobernador, encarando la retirada, desplegados los hombres a seis pasos unos de otros.

Por el lado izquierdo, unos metros atrás, venía el capitán. El gobernador gritó su nombre, pero el capitán no le oyó. Un tropel de soldados con uniforme gris salieron de la espesura corriendo y se dirigieron directamente hacia donde yacía el gobernador. Un accidente del terreno les había llevado a converger con los otros en aquel punto, con lo que la línea se convirtió en una muchedumbre revuelta. En un último esfuerzo por salvar la vida y la libertad, el gobernador intentó levantarse y, en ese momento, el capitán se volvió y le vio. En

seguida, pero con la misma precisión que antes, entonó su cantinela:

—«¡Tiradores... alto!».

Los hombres se detuvieron y, obedeciendo la orden, se volvieron al enemigo.

—«¡Derecha... Formen!».

Se reunieron corriendo, apuntando con sus bayonetas, y formaron en fila cerrada a partir del primer hombre que empezaba la línea.

—«¡Aadelante... salvar al gobernador del Estado..., Reedoblen paso... Maaarch...!»

Sólo un hombre desobedeció esta sorprendente orden: estaba muerto.

Con un grito, los tiradores salvaron los veinte o treinta pasos que los separaban de su misión. El capitán, que estaba más cerca, llegó antes, al mismo tiempo que el enemigo. Le lanzaron seis disparos precipitados y un soldado de avanzadilla, un tipo de formidable es-

tatura, sin gorra y con el pecho descubierto, intentó romperle la cabeza con la culata del rifle.

El capitán paró el golpe, rompiéndose el brazo al hacerlo, y clavó su espada hasta la empuñadura en el pecho del gigante. Al caer, el cuerpo le arrancó la espada de las manos y, antes de que pudiera sacar el revólver de la

cartuchera, otro hombre se abalanzó sobre él como un tigre, le aferró el cuello con las manos y le lanzó sobre el postrado gobernador, que todavía luchaba por incorporarse. Un sargento federal atravesó rápidamente al hombre con su bayoneta y con una patada en las muñecas le obligó a aflojar del cuello del capitán la presión de sus manos agonizantes. Cuando el capitán se puso en pie estaba ya en la retaguardia de sus tiradores, que habían pasado alrededor de él y atacaban fieramente a sus ene-

migos, más numerosos pero menos organizados. Prácticamente todos los rifles estaban descargados por ambas partes y, en la pelea, no había tiempo ni ocasión de recargarlos. Los confederados estaban en desventaja porque la mayoría de ellos no tenía bayonetas; luchaban a garrotazos, y un rifle como porra es un arma formidable.

El ruido de la batalla semejaba el entrechocar de los cuernos de los toros luchando entre sí: aquí o allá el estallido de un cráneo, una mal-

dición, el chirrido de la boca del rifle contra el abdomen ya traspasado por la bayoneta. El capitán Armisted se precipitó hacia una hondonada producida por la caída de uno de sus hombres, con el brazo izquierdo roto pendiente al costado. En la mano derecha llevaba un revólver, cuya completa carga vació rápidamente, con terribles efectos, sobre el grueso

de las tropas uniformadas de gris. Pero los sobrevivientes de la primera fila fueron empujados hacia delante, por encima de los cadáveres, por sus compañeros de la retaguardia, hasta que enfrentaron de nuevo su, pecho a las bayonetas incansables. Sin embargo, cada vez quedaban menos bayonetas; media docena a lo sumo. Unos minutos más de aquel salvaje enfrentamiento —una pequeña escaramuza cuerpo a cuerpo— y todo habría acabado.

De repente, unas fuertes detonaciones resonaron a derecha e izquierda. A la carrera llegaba un nuevo destacamento de tiradores federales, arrasando las partes de la línea confe-

derada que habían quedado separadas por el avance del centro. Y a unos doscientos o trescientos metros detrás de estos nuevos combatientes, se veía, confusamente, entre los árboles, ¡una línea de combate!

Instintivamente, antes de emprender la retirada, el grupo de soldados de gris realizó un último ataque salvaje contra sus adversarios, arrollándoles con el mero impulso de su velocidad, y, al no poder usar sus armas, en el tumulto, aplastándolos y pisoteándolos brutalmente en los miembros, el cuerpo, el cuello, las caras. Después, se retiraron pisando con sus pies ensangrentados a sus propios muertos y se unieron a la desbandada general. Con ello, la escaramuza finalizó.

IV

Los grandes honran a los grandes

El gobernador, que había perdido el conocimiento, abrió los ojos, miró a su alrededor y recordó, lentamente, los hechos ocurridos

aquel día. Un soldado con uniforme de mayor estaba arrodillado a su lado, era un cirujano.

Cerca se encontraban los miembros civiles de su equipo de gobierno, que expresaban en sus rostros una solicitud muy natural, teniendo en cuenta sus cargos. Un poco más alejado, el general Masterson se dirigía a otro oficial gesticulando con un puro. En aquel momento, decía:

—Ha sido la batalla más hermosa que se ha visto nunca. ¡Por Dios, señor, ha sido magnífica!

La hermosura y la magnificencia las atestiguaba una hilera de muertos cuidadosamente alineados, y otra hilera de heridos, más informalmente colocados, angustiados y semidesnudos, pero elegantemente vendados.

—¿Cómo se encuentra, señor? —inquirió el médico—. No le hallo ninguna herida.

—Creo que estoy bien —respondió el paciente, sentándose—. Es ése tobillo.

El cirujano dirigió su atención al tobillo y

rasgó la bota. Todos los ojos siguieron el movimiento del cuchillo.

Al mover la pierna, quedó al descubierto un papel doblado. El paciente lo cogió y lo abrió distraídamente. Era una carta escrita tres meses antes y firmada con el nombre de «Julia».

Al ver por casualidad su nombre en ella, la leyó. No era nada interesante: era sólo la confesión de una esposa infiel y arrepentida de un pecado inútil, abandonada por su seductor. La carta había caído del bolsillo del capitán Armisted; el lector la guardó con calma en su bolsillo.

Un ayudante de campo llegó en ese momento a caballo y desmontó. Avanzó hacia el gobernador y le saludó.

—Señor gobernador —dijo—, lamento encontrarle herido. El general en jefe lo ignoraba. Le presenta sus saludos y me ordena informarle que ha dispuesto para mañana, en su honor,

un gran desfile de los cuerpos de reserva. Me permito añadir que el coche del general está a

su disposición, en caso de que pueda usted asistir.

–Tenga la amabilidad de comunicar al general en jefe que le agradezco profundamente su cortesía. Si tiene la paciencia de aguardar unos minutos, podrá transmitirle una respuesta más concreta.

Esbozó una radiante sonrisa y, mirando al cirujano y a sus ayudantes, añadió:

–En estos momentos –si me permiten ustedes una alusión a los horrores de la paz–, estoy «en manos de, mis amigos».

El humor de los grandes es contagioso. Todos rieron, sus palabras.

–¿Dónde está el capitán Armisted? –preguntó el gobernador ya no tan distraídamente.

El cirujano alzó la vista del trabajo que reali-

zaba y señaló con el dedo en silencio el cuerpo más próximo de la hilera de muertos. Le habían cubierto discretamente el rostro con un pañuelo. Estaba tan cerca que el gran hombre hubiera podido posar la mano encima. Pero no

lo hizo. Posiblemente tuvo miedo de que sangrara.

HISTORIA DE UNA CONCIENCIA

(*The story of a conscience*)

1

El capitán Parrol Hartroy se encontraba hablando en voz baja con el centinela en el puesto de avanzada de su piquete de guardia. Este puesto estaba ubicado en una carretera que dividía el campamento del capitán, media milla en retaguardia, aunque el campamento del

capitán no se veía desde ese lugar. Aparentemente el oficial le estaba dando al soldado ciertas instrucciones, o quizás sólo le preguntaba si todo estaba tranquilo en el frente.

Mientras los dos hablaban se les acercó un hombre en la dirección del campamento, silbando con descuido, y el soldado le detuvo de inmediato. Era evidentemente un civil, alto, vestido con la rústica tela casera de amarillo grisáceo llamado «Nogal», que usaban los hombres durante los últimos días de la Confederación. Llevaba un sombrero que había sido

alguna vez blanco, inclinado sobre la frente, y por debajo del sombrero se veía caer mechones de pelo disparejo que aparentemente no conocían ni las tijeras ni el peine. El rostro del hombre era bastante notable: frente ancha, nariz larga y mejillas delgadas; la boca era invisible debido a la tupida barba oscura que pa-

recía tan descuidada como el cabello. Los ojos grandes tenían esa firmeza y fijeza de atención que tan frecuentemente revelan una inteligencia apreciativa y una fuerza de voluntad que no es fácil desviar de sus propósitos. Por lo menos así dicen los fisonomistas 'que tienen esa clase de ojos. En resumen, este era un hombre a quien uno probablemente no podría observar sin ser observado al mismo tiempo por él. Llevaba un bastón cortado en el bosque y sus viejas botas de cuero de vaca estaban blancas de polvo.

–Muéstreme su pase –dijo el soldado federal, quizás un poco más imperiosamente que lo que habría creído necesario si no fuera por la

mirada de su comandante, quien observaba desde la vera del camino, cruzado de brazos.

–Pensé que me reconocería, general –dijo el caminante tranquilamente mientras sacaba el

papel del bolsillo de su chaqueta. Había algo en su tono de voz, quizás una leve nota de ironía, que hizo aquella acción menos agradable de lo que es generalmente—. Supongo que tienen que ser bastante cuidadosos –agregó, con un tono más conciliador, como disculpándose por haber sido detenido.

Después de leer el pase, con su rifle apoyado en el suelo, el soldado devolvió el documento sin decir palabra, echó el arma al hombro y regresó hacia donde estaba su comandante. El civil siguió por el medio de la carretera y cuando hubo penetrado el terreno confederado se puso a silbar otra vez, perdiéndose muy pronto de vista en un ángulo del camino que en ese lugar se internaba en un bosquecito.

Repentinamente el oficial descruzó los brazos, sacó el revólver del cinto y se lanzó a la dispa-

rada en la misma dirección, dejando al centi-

nela absolutamente estupefacto.

2

El capitán Hartroy comandaba un batallón independiente. Sus fuerzas consistían en una compañía de infantería, un escuadrón de caballería y una sección de artilleros separados del ejército al que pertenecían, para defender un importante desfiladero en las montañas Cumberland de Tennessee. Aunque el comando correspondía a un oficial superior, se le había asignado a un oficial de línea después de «descubrirlo» y promoverlo. Su puesto era excepcionalmente peligroso; la defensa implicaba una grave responsabilidad y se le habían conferido sabiamente poderes discrecionales, tanto más necesarios dada la distancia a la que se encontraba del cuerpo principal del ejército, lo precario de sus líneas de comunicación y la ferocidad de las guerrillas enemigas que infestaban esa región. Había fortificado concienzua-

damente su pequeño campamento que rodeaba un villorrio de media docena de casas y un almacén de campaña, y había reunido una cantidad considerable de provisiones. Entregó a unos pocos civiles del lugar, cuya lealtad era reconocida, con quienes era necesario comerciar y de cuyos servicios diversos había hecho uso varias veces, pases escritos que les permitían internarse en sus defensas. Es fácil comprender que un abuso de este privilegio podía resultar en serias consecuencias favorables al enemigo. El capitán Hartroy había ordenado que quienquiera incurriera en tal abuso debía ser ejecutado tras un juicio sumario.

Mientras el centinela examinó el salvoconducto del civil, el capitán había estado mirando atentamente a este último. Le pareció un rostro familiar y no dudó al principio haberle entregado él mismo el pase que ahora tranqui-

lizaba al centinela. Sólo después que el hombre se perdió de vista y dejó de oírlo, se le reveló su identidad gracias a un chispazo de su

memoria. El oficial había actuado con la rapidez de una decisión militar.

3

Para quien no tenga singular aplomo, la aparición de un oficial del ejército, formidablemente uniformado, blandiendo en una mano una espada desenvainada y en la otra un revólver amartillado, y corriendo, en furiosa persecución, es sin duda sumamente inquietante; sin embargo, no pareció tener ningún otro efecto sobre el hombre que en este caso era objeto de dicha persecución que el de aumentar en cierto grado su tranquilidad. Podría fácilmente haber huido a derecha o a izquierda, adentrándose en el bosque, pero eligió otra

actitud: se volvió y enfrentó con calma al capitán diciéndole, mientras se acercaba:

–Me imagino que tiene usted algo que decirme, que se le ha olvidado. ¿Qué sería, amigo?

Pero el «amigo» no respondió, más ocupado

en la acción poco amistosa de amenazarlo con una pistola amartillada.

–Ríndase –dijo el capitán con tanta calma como se lo permitía una cierta agitación causada por el esfuerzo–, o es hombre muerto.

No había amenaza alguna en el tono de voz con que impartió esta orden; ella estaba dada por los medios con que se ejercía la coacción.

Había también algo no del todo tranquilizador en los fríos ojos grises que miraban a lo largo del cañón del arma. Durante un instante los dos hombres se miraron en silencio; entonces el civil, sin apariencia de temor –con la misma

enorme despreocupación con que había cumplido la orden menos austera del centinela— sacó lentamente del bolsillo el papel que había satisfecho a aquel humilde funcionario y lo tendió diciendo:

—Me parece que este pase del señor Hartroy es...

—El pase es una falsificación —dijo el oficial interrumpiéndolo—. Yo soy el capitán Hartroy,

y usted es Dramer Brune.

Sólo un ojo de lince habría notado la leve palidez del rostro del civil al escuchar estas palabras, y la única otra manifestación que atestiguaba su importancia fue un voluntario relajamiento del pulgar y de los dedos que sostenían el descartado papel, el cual, al caer olvidado sobre el camino, fue echado a rodar por una suave brisa y luego se detuvo, sucio de polvo, como humillado por la mentira que

manifestaba. Un momento después el civil, todavía tranquilo, contemplando el cañón de la pistola, dijo:

–Sí, soy Dramer Brune, espía confederado y prisionero suyo. Llevo, como usted pronto descubrirá, un plano de su fuerte y de su armamento, una explicación de la forma en que están distribuidos sus hombres y el número a que ascienden, y un mapa de las entradas que muestra las posiciones de todos sus piquetes. Mi vida está en su poder, pero si usted desea tomarla de manera más formal que si lo hicie-

ra por su mano, y si desea evitarme la vergüenza de entrar en el campamento a punta de pistola, le prometo que no resistiré, ni intentaré escapar, ni protestaré, sino que me someteré a la pena que deba ser impuesta.

El oficial bajó su pistola, la desamartilló y la puso en la cartuchera. Brune se adelantó un

paso extendiendo la mano derecha.

—Es la mano de un traidor y un espía —dijo el oficial fríamente, y no la estrechó. El otro asintió—. Venga —dijo el capitán—, vamos al campamento; usted no morirá hasta mañana en la madrugada.

Dio la espalda a su prisionero, y estos dos hombres enigmáticos volvieron sobre sus pasos y pronto pasaron al centinela, quien expresó su sentido de las cosas con un innecesario y exagerado saludo a su comandante.

4

La mañana siguiente a estos hechos, temprano, los dos hombres, aprehensor y cautivo, se

encontraban sentados en la tienda del primero.

Los separaba una mesa sobre la cual, entre una cantidad de cartas privadas y oficiales que el capitán había escrito durante la velada, esta-

ban los papeles acusadores que portaba el espía. Ese caballero había dormido toda la noche en una tienda contigua, sin centinelas. Ambos; después de desayunar, fumaban.

—Señor Brune —dijo el capitán Hartroy—, es probable que usted no comprenda por qué lo reconocí disfrazado, ni cómo sabía su nombre.

—No he tratado de enterarme, capitán —dijo el prisionero con pacífica dignidad.

Sin embargo, me gustaría que usted supiera, si la historia no lo ofende. Apreciaré que lo conozco desde el otoño de 1861. En aquella época, usted era un soldado de un regimiento de Ohio, un soldado valiente que inspiraba confianza. Para sorpresa y pena de sus oficiales y camaradas desertó y se pasó al enemigo. Poco después fue capturado durante una escaramuza, reconocido, juzgado por una corte

marcial y sentenciado a morir fusilado. Espe-

rando la ejecución de la sentencia lo confinaron, sin cadenas, en un vagón de carga que se encontraba en una vía lateral del ferrocarril.

–En Grafton, Virginia –dijo Brune, quitando las cenizas de su cigarro con el meñique de la mano que lo sostenía y sin levantar la vista.

En Grafton, Virginia –repitió el capitán. Una noche oscura y tormentosa, un soldado que acaba de regresar de una marcha larga y fatigante fue destacado para vigilarlo. Se sentó sobre un cajón de galletas dentro del vagón, cerca de la puerta, con su rifle cargado y la bayoneta calada. Usted se sentó en una esquina, y las órdenes del soldado eran de matarlo si usted trataba de ponerse de pie.

Pero si yo pedía para ponerme de pie el soldado podía llamar al cabo de guardia.

Sí. A medida que pasaban las horas largas y silenciosas, el soldado se entregó a las exigencias de la naturaleza: el soldado mismo incurrió en la pena de muerte al dormirse en su

puesto.

Eso fue lo que hizo usted.

—¡Cómo! ¿Me reconoce? ¿Me reconoció desde un primer momento?

El capitán se había puesto de pie y se paseaba por la tienda, visiblemente alterado. Su cara enrojeció, los ojos grises habían perdido la mirada fría y despiadada que mostraban cuando Brune los había visto detrás del cañón de la pistola; se habían suavizado maravillosamente.

—Lo conocí —dijo el espía, con su acostumbrada tranquilidad— cuando me enfrentó ordenando que me rindiera. Dadas las circunstancias, habría sido poco elegante de mi parte que le recordara todo esto. Soy quizás un traidor, ciertamente un espía; pero no quisiera parecer un suplicante.

El capitán se había detenido y miraba al pri-

sionero. Había una singular ronquera en su voz cuando habló otra vez:

–Señor Brune, sea usted lo que su conciencia

le permita ser; me salvó la vida a costa de la suya. Hasta que lo vi ayer, cuando mi centinela lo detuvo, lo creía muerto, creía que usted había sufrido la pena a la que, gracias a mi propio crimen, usted podía haber fácilmente eludido: no tenía más que salir del vagón y hacerme tomar su lugar ante el pelotón de fusilamiento. Usted tuvo una divina compasión. Tuvo piedad de mi fatiga. Me dejó dormir, veló mi sueño y, cuando se acercó el momento en el que debía llegar mi relevo, me despertó suavemente. Ah, Brune, Brune, aquello fue grande, fue digno, fue...

La voz del capitán se quebró; las lágrimas le corrían por la cara y resplandecían en su barba y sobre el pecho. Sentándose otra vez detrás

de la mesa, hundió la cara en los brazos, sollozando. Todo estaba en silencio.

De repente, el claro sonido de un clarín se dejó *oír* convocando a la tropa. El capitán se sobresaltó e irguió el rostro, humedecido, de entre sus brazos; se había vuelto terriblemente

pálido. Afuera, al sol, se oía a los hombres alineándose; las voces de los sargentos; el repiqueteo de los tambores. El capitán habló una vez más:

–Debí haber confesado mi falta para poder relatarla historia de su magnanimidad; podía haberle obtenido el perdón. Cien veces decidí hacerlo, pero la vergüenza me lo impidió. Por otra parte, su sentencia era justa. Bien, que Dios me lo perdone, nada dije y mi regimiento fue enviado poco después a Tennessee; no volví a saber de usted.

–Me fue bien, señor –dijo Brune sin aparente

emoción—, huí y regresé a servir a mi bandera, la bandera confederada. Quisiera agregar que, antes de desertar del servicio federal, había solicitado por todos los medios que se me diera de baja tratando de hacer valer el argumento de que mis convicciones habían cambiado. Se me castigó.

—¡Ah! Sí yo hubiera sufrido la pena de mi crimen, si usted no me hubiera dado tan gene-

rosamente la vida que yo acepté sin gratitud, no se encontraría otra vez amenazado por una muerte inminente.

El prisionero se sobresaltó levemente y la ansiedad apareció en su rostro. Se habría dicho, también, que estaba sorprendido. En ese momento un teniente, el ayudante, apareció en la abertura de la tienda y saludó.

—Capitán —dijo—, el batallón está formado.

El capitán Hartroy había recuperado su

compostura. Se volvió hacia el oficial y respondió:

–Teniente, dígale al capitán Braham que le ordeno asumir el mando del batallón y lo lleve a alinearse fuera del parapeto. Este caballero es un desertor y un espía; debe ser fusilado ante la tropa. Le acompañará, sin grilletes ni guardias.

Mientras el ayudante esperaba en la puerta, los dos hombres que estaban dentro de la tienda se pusieron de pie e intercambiaron ceremoniosos saludos; Brune se retiró de inme-

diato.

Media hora después un viejo cocinero negro, la única persona que quedaba en el campamento, excepción hecha del comandante, se sobresaltó por el estampido de una descarga de fusilería y dejó caer la caldera que estaba sacando del fuego. Si no hubiera sido por su

preocupación y por el silbido que el contenido de la caldera hacía entre las brasas, podría haber oído también, más cerca, el tiro de revólver con que el capitán Hartroy renunció a una vida que, en conciencia, ya no podía conservar.

De acuerdo con lo manifestado en una nota dirigida al oficial que lo sucedía en el mando, fue enterrado, como el desertor y espía, sin honores militares. Bajo la sombra solemne de las montañas que ya conocen la guerra, ambos duermen en tumbas tiempo ha olvidadas.

UNA CLASE DE OFICIAL

(One kind of officer)

I

De las buenas maneras

–Capitán Ransome, no se le permite saber nada en absoluto. Es suficiente con que obe-

dezca mi orden. Y permítame que la repita. Si percibe algún movimiento de tropas a su frente, debe abrir fuego, y si lo atacan debe defender esta posición todo el tiempo que le sea posible. ¿Me he expresado con claridad, señor?

—No puede haber nada más claro. Teniente Price —estas palabras iban dirigidas a un oficial de su misma batería que había llegado a caballo a tiempo de oír la orden—, lo que ha dicho el general es perfectamente claro, ¿no es así? El teniente siguió a ocupar su puesto. Durante un momento el general Cameron y el comandante de la batería quedaron sentados sobre sus caballos, mirándose en silencio. No había más que decir; aparentemente ya se hab-

ía dicho demasiado. Luego el oficial superior saludó fríamente con la cabeza y giró su caballo para alejarse. El artillero saludó lenta, gravemente y con extrema formalidad. Quien co-

nociera bien las delicadezas de la etiqueta militar habría dicho que con su actitud acusaba recibo de la reprimenda de que había sido objeto. Uno de los usos importantes que se da al urbanismo es el de expresar resentimiento.

Cuando el general se reunió con su estado mayor y con su escolta que lo esperaba muy cerca de allí, toda la cabalgata se desplazó hacia la derecha de los cañones y desapareció en la niebla. El capitán Ransome estaba solo, silencioso, inmóvil como una estatua ecuestre. La niebla gris, cada vez más densa, se cerró alrededor suyo como un visible hado nefasto.

II

Bajo qué circunstancias los hombres

no desean morir de un balazo

La lucha del día anterior había sido desgana-

da e indecisa. En los puntos donde se luchaba,

el humo de la batalla se había colgado en azules cortinas entre las ramas de los árboles hasta que la lluvia que caía lo golpeó disolviéndolo en la nada. En la tierra ablandada las medas de los cañones y de los vagones con las municiones cortaban surcos hondos y dentados, y los movimientos de la infantería parecían ralentizarse por el barro que se pegaba a los pies de los soldados. Con sus ropas mojadas y con rifles mal protegidos por las capas, éstos se arrastraban en líneas sinuosas aquí y allá a través de bosques que goteaban y terrenos empapados. Los oficiales de a caballo, con sus cabezas que sobresalían de los relucientes ponchos de caucho como armaduras negras, iban buscando el camino individualmente o en grupos desorganizados, entre los soldados, yendo y viniendo sin aparente razón y sin llamar la atención de nadie sino de ellos mismos. Aquí y allá, un muerto con la ropa manchada de tierra, el rostro cubierto por una fra-

zada o descubierto y arcilloso bajo la lluvia, agregaba su influencia desalentadora a los otros rasgos deprimentes de la escena y aumentaba la inquietud general con una depresión especial. Estos cadáveres parecían muy repulsivos, para nada heroicos, y nadie se encontraba accesible a su ejemplo patriótico.

Muertos en el campo del honor, sí; ¡pero el campo del honor estaba mojado!

El choque general que todos esperaban no se daba; ninguno de los encuentros aislados y accidentales que se producían dando ventajas ora a un bando, ora al otro, proseguía. Los ataques desgastados motivaban una resistencia malhumorada que se satisfacía con el mero rechazo. Las órdenes eran cumplidas con fidelidad mecánica; nadie hacía más que su deber.

—El ejército está asustado hoy —dijo el general Cameron, comandante de una brigada federal,

a su lugarteniente.

–El ejército está frío –replicó el oficial– y, sí, no quisiera estar de esa forma.

Señaló a uno de los cadáveres que yacía en un pequeño charco de agua amarilla, con la ropa y el rostro salpicados por los cascos y las ruedas.

Las armas del ejército parecían compartir la delincuencia militar. El golpeteo de los rifles sonaba sordo y despreciable. No tenía significado y apenas despertaba la atención o la expectativa de los que se encontraban fuera de la lucha, en las reservas. Oídas a alguna distancia, las explosiones de los cañones poseían poco volumen y timbre: les faltaba agudeza y resonancia. Los cañones parecían disparados con cargas menguadas. De esa manera el día inútil llegó a su lóbrego final, y a la incómoda noche sucedió un día de temor.

Un ejército tiene personalidad. Por debajo de los pensamientos y emociones individuales piensa y siente como unidad. Y en este sentido de las cosas, amplio y comprensivo, yace una sabiduría más sabia que la mera suma de todo lo que sabe. En aquella mañana decepcionan-

te, esta gran fuerza bruta que tropezaba en el fondo de un blanco océano de niebla entre los árboles que se asemejaban a algas marinas, tenía una vaga noción de que algo andaba mal, de que todo un día de maniobras había tenido como resultado una equivocada disposición de sus partes, una ciega dispersión de su fuerza. Los hombres se sentían inseguros y hablaban entre ellos de aquellos errores tácticos que su reducido vocabulario les permitía comentar. Los oficiales de línea y de campo se reunían en grupos y hablaban con propiedad de lo que no comprendían muy claramente.

Los co-mandantes de brigada y de división miraban a derecha e izquierda, hacia sus líneas de comunicación, enviaban a los oficiales de sus estados mayores a hacer averiguaciones, y a los exploradores los hacían adelantarse, silenciosa y cautamente, en la dudosa región que se encontraba entre lo conocido y lo desconocido. En algunos puntos de la línea, con aparente espontaneidad, las tropas construían

las escasas defensas que podían excavar sin la pala silenciosa y la ruidosa hacha.

Uno de estos puntos era defendido por la batería del capitán Ransome, que constaba de seis piezas de artillería. Siempre provistos de herramientas de trinchera, sus hombres habían trabajado diligentemente toda la noche y ahora los cañones asomaban sus hocicos negros entre las troneras de una muralla de tierra verdaderamente formidable. Coronaba una

pequeña elevación exenta de matorrales que permitiría disparar sin obstáculos hasta una distancia indefinida. Difícilmente podría haberse elegido una posición mejor. Tenía esta peculiaridad que el capitán Ransome, adicto al uso de la brújula, no había dejado de observar: enfrentaba al norte, en tanto que sabía que la alineación general del ejército debía enfrentar al este. En realidad, esa parte de la línea estaba «rechazada», es decir, doblada hacia atrás, alejada del enemigo. Esto implicaba que la batería del capitán Ransome estaba cerca del flanco

izquierdo del ejército, ya que un ejército formado para la batalla retira sus flancos si la naturaleza del terreno se lo permite; son sus puntos vulnerables. El capitán Ransome parecía defender el extremo izquierdo de la línea, ya que más allá de las suyas no había tropas visibles en aquella dirección. La conversación

mantenida por él y por su comandante de brigada, cuya pintoresca parte final hemos reproducido más arriba, había tenido lugar inmediatamente detrás de los cañones.

III

Cómo tomar el cañón sin partitura

El capitán Ransome montaba su caballo, inmóvil y silencioso. A unas pocas yardas de distancia los hombres formaban alrededor de sus piezas. En algún lado —en todas partes dentro de un radio de pocas millas— había cien mil hombres, amigos y enemigos. Pero él estaba solo. La niebla lo había aislado tan completamente como si se hubiera encontrado en el

corazón de un desierto. Su mundo consistía en unas pocas yardas cuadradas de tierra empapada y pisoteada por las patas de su caballo. Sus camaradas en aquel dominio fantasmagó-

rico eran invisibles y no se oían. Estas condiciones favorecían la meditación y él se puso a pensar.

Sus rasgos agradables y bien definidos no dejaban traslucir la naturaleza de sus pensamientos. Tenía la expresión tan inescrutable como la de una esfinge. ¿Para qué había de registrar lo que nadie observaría? Al oír una pisada, sólo giró sus ojos hacia la dirección de donde procedía; uno de sus sargentos, semejante a un gigante en la falsa perspectiva de la niebla, se acercó, y al quedar claramente definido y reducido a sus dimensiones reales por la cercanía, saludó y quedó firme.

—Hola, Morris —dijo el oficial saludando a su vez a su subordinado.

—El teniente Price me ordenó que le informara que la mayor parte de la infantería ha sido

retirada. No tenemos suficiente apoyo.

–Sí, lo sé.

–Debo decirle que algunos de nuestros hombres han salido de las defensas adelantándose unos cien metros, e informan que nuestro frente no está vigilado por nuestras propias fuerzas.

–Sí.

–Se adelantaron tanto que pudieron oír al enemigo.

–Sí.

–Escucharon el traqueteo de las ruedas de la artillería y las órdenes de los oficiales.

–Sí.

–El enemigo está avanzando hacia nosotros.

El capitán Ransome, que había estado mirando hacía la retaguardia de su línea –hacia el punto donde el comandante de brigada había sido tragado por la niebla–, hizo girar a su caballo y se puso a mirar en la dirección contraria. Después de esto quedó otra vez inmóvil.

–¿Quiénes son los hombres que hicieron esa

afirmación? –preguntó sin mirar al sargento; sus ojos se dirigían hacia la niebla, por sobre la cabeza de su caballo.

–El cabo Hassman y el artillero Manning.

El capitán Ransome quedó silencioso por un instante. Una leve palidez inundó su cara, una tenue compresión afectó las líneas de sus labios, pero se requería un observador más agudo que el sargento Morris para notar el cambio. No hubo tal cambio en su voz.

–Sargento, envíe mis saludos al teniente Price y ordénele que abra fuego con todos los cañones. Metralla.

El sargento saludó y se desvaneció en la niebla.

IV

Presentación del general Masterson

Buscando al comandante de su división, el

general Cameron y su escolta habían seguido la línea de batalla durante casi una milla hacia la derecha de la batería de Ransome, para en-

terarse de que el comandante de división había salido a buscar al comandante del cuerpo.

Parecía que todos andaban en busca de su superior inmediato, lo cual era un hecho ominoso. Esto significaba que nadie se encontraba tranquilo. Así fue que el general Cameron siguió cabalgando otra media milla y encontró por fortuna al general Masterson que regresaba.

—Ah, Cameron —dijo el oficial superior, deteniendo a su caballo y cruzando su pierna derecha a través de su montura con un estilo por demás poco militar—. ¿Alguna novedad? Espero que haya encontrado una buena posición para su batería, si es que se puede hablar de un lugar mejor que otro en la niebla.

–Sí, general –dijo el otro con la máxima dignidad apropiada a su rango menor. Mi batería está muy bien emplazada. Quisiera poder decir que está igualmente bien comandada.

–Eh, ¿cómo es eso? ¿Ransome? Creo que es una excelente persona. En el ejército debiéramos

estar orgullosos de él.

Era costumbre de los oficiales del ejército regular hablar del mismo refiriéndose a «*el ejército*». De la misma manera que las mayores ciudades son provincianas, la complacencia propia de las aristocracias es francamente plebeya.

–Es muy cerrado en sus opiniones. A propósito, para ocupar la colina que él defiende tuve que extender peligrosamente mi línea. La colina está a mi izquierda, lo cual es decir el flanco izquierdo del ejército.

–Oh, no, la brigada de Hart está más allá. La

enviaron desde Drytown anoche y le ordenaron que se uniera a sus fuerzas. Más vale que vaya y...

La frase quedó sin terminar. Una cerrada descarga de artillería había estallado hacia la izquierda, y ambos oficiales, seguidos por sus séquitos de ayudantes y ordenanzas, con gran ruido de sables, se alejaron rápidamente hacia aquel lugar. Pero pronto hubieron de detener-

se, porque se vieron obligados por la niebla a no perder de vista la línea de fuego, detrás de la cual enjambres de hombres en movimiento se les atravesaban. Por todas partes las filas se definían más nítidamente al tomar los hombres sus armas y organizarse con sus oficiales que blandían los sables. Los abanderados desplegaron sus banderas, los clarines llamaban a cerrar filas y los enfermeros aparecían con las camillas. Los oficiales de línea montaban y en-

viaban su impedimenta hacia la retaguardia para que los sirvientes negros se ocuparan de ella. Más atrás, en los claros fantasmagóricos del bosque, se escuchaba el murmullo de las reservas que se reunían.

Todas estas preparaciones no eran vanas, porque no habían pasado cinco minutos desde que los cañones del capitán Ransome rompieran la tregua de la duda, cuando toda la región estallaba. El enemigo atacaba por todas partes.

V

Cómo los sonidos pueden luchar contra las sombras

El capitán Ransome caminaba detrás de los cañones que disparaban rápida y firmemente.

Los artilleros trabajaban con atención pero sin apuro y, aparentemente, sin ansiedad. Es que no había realmente por qué entusiasmarse; cuesta poco apuntar un cañón y dispararlo contra la niebla. Cualquiera puede hacerlo.

Los hombres sonreían ante el ruido de su obra, llevándola a cabo cada vez con menor velocidad. Echaban miradas llenas de curiosidad hacia su capitán, quien se había subido sobre el terraplén y miraba a través del parapeto como si observara el efecto de sus disparos. Pero el único efecto visible era la sustitución de anchas y bajas cortinas de humo por su volumen en niebla. Repentinamente estalló desde la oscuridad una tremenda gritería que llenaba los intervalos entre las explosiones de los cañones con sobresaltadora nitidez. Para los pocos que tenían tiempo y oportunidad de

observar el sonido, era inefablemente extraño, tan fuerte, tan cercano, tan amenazante, y sin embargo nada se veía. Los hombres que habían sonreído dejaron de hacerlo y siguieron su trabajo con seria y febril actividad.

Desde su puesto sobre el parapeto el capitán

Ransome pudo ver ahora una multitud de opacas figuras grises que tomaban forma en la niebla y trepaban en enjambre la colina. Pero la obra de los cañones era ahora rápida y furiosa. Barría la colina con ráfagas de metralla cuyo zumbido se dejaba oír a través del trueno de las explosiones. En esta horrible tempestad de hierro los asaltantes se esforzaban paso a paso por sobre sus muertos, disparando dentro de las troneras, recargando, disparando otra vez y cayendo finalmente, un poco más adelante que los que habían caído antes. Pronto el humo fue lo suficientemente denso como para cubrirlo todo. Cayó sobre el ataque y volviendo hacia atrás envolvió a la defensa. Los artilleros apenas podían hacer funcionar sus

piezas, y cuando algunas pocas figuras del enemigo aparecían sobre el parapeto, habiendo tenido la buena suerte de acercársele lo su-

ficiente entre dos troneras como para quedar protegidas de los cañones, parecían tan etéreas que apenas valía la pena que unos pocos integrantes de la infantería se dedicaran a echarlos hacia atrás con sus bayonetas sobre la zanja.

Dado que el comandante de una batería en plena acción tiene cosas más importantes que hacer que dedicarse a quebrar cráneos, el capitán Ransome se había retirado del parapeto al lugar que le correspondía detrás de sus cañones, donde quedó de pie, con los brazos cruzados, y el corneta a su lado. En ese lugar, en lo más encarnizado de la lucha, se le acercó el teniente Price, quien acababa de atravesar con su espada a uno de los asaltantes más audaces. Un diálogo fogoso se entabló entre los dos oficiales, fogoso por lo menos por parte del teniente, quien gesticulaba con energía y gritaba una y otra vez en la oreja de su co-

mandante, como tratando de hacerse oír por sobre el estruendo infernal de los cañones. Si sus gestos hubieran sido observados fríamente por un actor, se habrían dicho de protesta: se diría que se oponía a la acción que estaba desarrollándose. ¿Deseaba rendirse?

El capitán Ransome escuchó sin que su semblante ni su actitud reflejaran cambio alguno, y cuando el otro hombre terminó su arenga lo miró fríamente a los ojos, durante un oportuno silencio, diciéndole:

—Teniente Price, no se le permite saber nada en absoluto; es suficiente que obedezca mis órdenes.

El teniente volvió a su puesto; estando el parapeto aparentemente despejado, el capitán Ransome regresó a él para mirar del otro lado.

Cuando se subía al terraplén un hombre que agitaba una brillante bandera, se lanzó desde arriba. El capitán desenfundó una pistola del cinto y lo mató de un balazo. El cuerpo, al ca-

er, quedó colgando del borde del terraplén,

con sus brazos hacia abajo y las manos aún estrechando la bandera. Los pocos seguidores de este hombre se volvieron y huyeron ladera abajo. Mirando por sobre el parapeto el capitán no vio ser viviente alguno. Observó también que ya no llegaban balas hasta su posición.

Hizo un gesto al corneta, quien tocó la orden para que cesara el fuego. En todos los otros puntos la acción ya había finalizado con el rechazo del ataque confederado; con el cese de este cañoneo el silencio fue absoluto.

VI

*Por qué, cuando se es insultado por A,
no conviene insultar a B.*

El general Masterson entró a caballo en el reducto. Los hombres, reunidos en grupos,

hablaban en voz alta y gesticulaban. Señalaban hacia los muertos, corriendo de un cuerpo al otro. Descuidaban sus hediondas y recalentadas piezas y olvidaban vestirse nuevamente.

Corrían hacia el parapeto mirando del otro lado, y se lanzaban algunos de ellos dentro de la zanja. Una veintena de hombres se había reunido alrededor de una bandera rígidamente sostenida por un muerto.

–Bien, mis hombres –dijo el general alegremente–, han hecho una excelente pelea.

Se quedaron mirándolo fijamente. Nadie contestó; la presencia del gran hombre los alarmaba y avergonzaba.

Al no recibir respuesta a su amable condescendencia, el joven oficial silbó un compás o dos de una melodía popular y adelantándose con su caballo hasta el parapeto observó a los muertos. En un instante había hecho girar a su

caballo y lo espoleaba hacia los cañones, mirando simultáneamente en todas direcciones.

Un oficial se encontraba sentado sobre el carro de uno de los cañones, fumando un cigarro. Al acercarse el general como una tromba, se puso de pie y saludó con tranquilidad.

—¡Capitán Ransome! —las palabras cayeron

agudas y duras como el choque de hojas de acero—. Ha estado combatiendo a nuestros propios hombres, señor. ¿Me oye? ¡La brigada de Han!

—General, ya lo sé.

—¿Lo sabe, lo sabe y se queda ahí sentado, fumando? ¡Oh! ¡Maldito sea! Hamilton, estoy perdiendo la paciencia —estas últimas palabras dirigidas a su preboste marcial—. Señor capitán Ransome, tenga la amabilidad de decir, de decir, por qué combatió contra nuestros hombres.

–No sabría decírselo. Esa información no fue incluida entre mis órdenes.

El general no comprendió.

–¿Quién fue el agresor?

–Yo.

–¿Y no pudo haber sabido, no podía ver, señor, que estaba atacando a nuestros propios hombres?

La respuesta fue sorprendente:

–Lo sabía, general. Pero no parecía ser asunto

mío. Entonces, rompiendo el absoluto silencio que siguió, dijo:

–Debo rogarle que se lo pregunte al general Cameron.

–El general Cameron está muerto, señor, tan muerto como puede estarlo cualquier hombre de este ejército. Yace allí bajo un árbol. ¿Quiere usted decir que él tuvo algo que ver con este espantoso asunto?

El capitán Ransome no contestó. Observando el altercado sus hombres se habían acercado para enterarse del desenlace. Estaban muy excitados. La niebla, que los disparos habían disipado parcialmente, había vuelto a cerrarse alrededor tan oscuramente que se apretujaron hasta que el juez de a caballo y el acusado de pie tenían apenas un reducido espacio libre de intrusos. Era la corte marcial más informal, pero todos sentían que la más formal que la seguiría no haría más que afirmar su juicio. No tenía jurisdicción, pero tenía el valor de una profecía.

—Capitán Ransome —gritó impetuosamente el general con algo en su voz que era casi una súplica—, si puede decir algo que arroje una luz más favorable sobre su incomprensible conducta le ruego que lo haga.

Habiendo recuperado su ecuanimidad, este

generoso soldado buscaba algo que justificara su natural actitud de simpatía para con un hombre valiente ante la inminencia de una muerte deshonrosa.

—¿Dónde está el teniente Price? —dijo el capitán.

Aquel oficial se adelantó, su rostro oscuro y melancólico un tanto imponente bajo el pañuelo sanguinolento que envolvía una de sus cejas. Comprendió el significado de la citación y no necesitaba que se lo invitara a hablar. No miró al capitán y se dirigió al general.

—Durante la batalla descubrí lo que estaba sucediendo, y lo trasmití al comandante de la batería. Me atreví a urgirlo a que hiciera detener el fuego. Fui insultado y se me ordenó que

regresara a mi puesto.

—¿No sabe usted nada de las órdenes que se me habían impartido? —preguntó el capitán.

–De las órdenes bajo las cuales actuaba el comandante de la batería –prosiguió el teniente, aún dirigiéndose al general– no sé nada en absoluto.

El capitán Ransome sintió que el mundo se hundía bajo sus pies. En aquellas crueles palabras oyó el murmullo de los siglos que rompían sobre la orilla de la eternidad. Escuchó la voz del destino fatal; decía con tono frío, mecánico y medido: «¡Prontos, listos, fuego!», y sintió las balas que desgarraban su corazón. Oyó el sonido de la tierra que caía sobre su ataúd y (si el buen Dios tuviera tanta piedad) el canto de un pájaro sobre su olvidada tumba. Sacando silenciosamente su sable de sus arreajes se lo entregó al preboste marcial.

UN OFICIAL, UN HOMBRE

(*One officer, one man*)

El capitán Graffenreid estaba de pie a la ca-

beza de su compañía. Ésta no había entrado a combate. Formaba parte del frente de batalla que se extendía a lo lejos, hacia la derecha, con una longitud visible de casi dos millas a través del campo abierto. El flanco izquierdo estaba oculto por el bosque; a mano derecha, la línea también se perdía de vista, pero después de mucho espacio. Unas cien yardas detrás se encontraba la segunda línea; detrás de ésta, las brigadas de reserva y las divisiones formadas en columnas. Las baterías de artilleros ocupaban los espacios intermedios y coronaban las colinas. Grupos de jinetes –generales con sus estados mayores y sus escoltas– quebraban la regularidad de las líneas y columnas. Algunas de estas figuras conspicuas portaban prismáticos y estaban inmóviles oteando tranquilamente la campiña que tenían por adelante; otros iban y venían lentamente, impartiendo

órdenes. Había escuadrones de camilleros, ambulancias, carros con municiones y edecanes en la retaguardia de todos –de todo lo visible–, porque aún detrás de ellos, a lo largo de los caminos, se extendía por muchas millas una vasta multitud de reservistas que junto con su variada impedimenta tienen asignada la tarea poco gloriosa pero importante de atender a las múltiples necesidades de los combatientes.

Un ejército alineado para la batalla, a la espera de un ataque o pronto para iniciarlo, presenta extraños contrastes. En el frente se encuentran la formalidad, la inmovilidad y el silencio. Hacia atrás estas características son cada vez menos notorias hasta que, al final, espacialmente hablando, se pierden por completo en medio de la confusión, el movimiento y el ruido. Lo homogéneo se convierte en heterogéneo. Lo definido desaparece; el reposo se ve sustituido por una actividad aparentemente

sin propósito; la armonía se desvanece en la

desorganización; la forma, en el desorden. Por todos lados hay conmoción e inquietud incesante.

Los hombres que no luchan no están listos nunca.

Desde su lugar el frente de la tropa, el capitán Graffenreid tenía una visión sin obstáculos del terreno enemigo. Una media milla de campo despejado y casi llano se abría ante él, y más allá un bosque irregular cubría un pequeño montículo; no se veía un ser humano por ninguna parte. Tampoco podía imaginarse nada más apacible que este agradable paisaje con sus alargadas franjas de campos oscuros sobre los cuales la atmósfera empezaba a estremecerse con el calor del sol matinal. Ni un solo ruido llegaba desde el campo y el bosque, ni siquiera el ladrido de un perro, o el canto de

un gallo desde la plantación que apenas se veía en la colina entre los árboles. Sin embargo, cada uno de esos centenares de hombres sabía que él y la muerte se encontraban cara a cara.

El capitán Graffenreid no había visto un enemigo armado en toda su vida, aunque su regimiento era el más antiguo en el combate, desde los dos años que ya duraba la guerra. Tenía la ventaja poco común de una educación militar, y cuando sus camaradas marcharon hacia el frente a él lo habían asignado al servicio administrativo en la capital de su estado donde se pensaba que habría de ser más útil. Como mal soldado había protestado, y como buen militar había obedecido. Relacionado amistosa y oficialmente con el gobernador, y en goce de su favor y confianza, rechazó firmemente toda promoción y había visto cómo sus inferiores eran promovidos por encima de

su grado. La muerte trabajaba en su lejano regimiento; se habían abierto vacantes en los cargos de oficiales una y otra vez; pero un caballeresco sentimiento de que los premios de la guerra debían recaer sobre los que soportaban el peso de las batallas lo había llevado a mantenerse en su humilde rango para facilitar

la fortuna de otros. Su silenciosa devoción a los principios venció por fin: fue relevado de sus odiosos deberes y enviado al frente, y ahora, todavía no bautizado por el fuego, se encontraba en la antesala de la batalla comandando una compañía de duros veteranos para quienes él sólo había sido un nombre, y ese nombre, objeto de burlas. Nadie –ni siquiera los oficiales de su misma promoción a favor de quienes había renunciado a sus derechos– comprendía su devoción. Estaban demasiado ocupados para poder ser justos; lo veían como

alguien que había rehuido a su deber, hasta que se vio obligado a dirigirse al frente. Demasiado orgulloso como para explicarse, aunque no tan insensible como para dejar de sentir, sólo le restaba soportar su situación y esperar.

De todos los integrantes del ejército federal aquella mañana veraniega ninguno había aceptado el combate con más alegría que Anderton Graffenreid. Su espíritu retozaba, sus

facultades se desbocaban. Estaba en un estado de exaltación mental y apenas podía sufrir la demora del ataque enemigo. Para él ahí estaba la oportunidad, y no le interesaba en absoluto el resultado. Que la victoria o la derrota se dieran según la voluntad de Dios; tanto en una como en la otra probaría que era un soldado y un héroe; reivindicaría el derecho al respeto de sus hombres, al compañerismo de los oficiales

y a la consideración de sus superiores. ¡Cómo latía el corazón en su pecho cuando el clarín tocó las conmovedoras notas llamando a atención! ¡Con qué paso liviano, apenas consciente de la tierra que pisaba, se encaminó hacia adelante, al frente de su compañía, y con qué alegría notó la disposición táctica que había ubicado a su regimiento en la primera línea! Si por ventura tuvo un recuerdo de un par de ojos oscuros que se enternecerían al leer la crónica de los hechos de esa jornada, ¿quién lo acusará por esa reflexión tan poco marcial o pensará que decaía su ardor de soldado?

Repentinamente, desde el bosque que se encontraba a una media milla del frente –aparentemente desde las ramas superiores de los árboles, pero en realidad desde más allá de la colina –se elevó una alta columna de humo blanco. Un momento después llegó una explo-

sión profunda y desgarradora, seguida –casi acompañada– por un terrible zumbido que parecía saltar a través del espacio con inconcebible rapidez, elevándose desde el susurro hasta el rugido con una graduación demasiado rápida como para que se notaran las sucesivas etapas de su horrenda progresión. Un temblor recorrió las filas; los hombres se sobresaltaron. El capitán Graffenreid dio un salto y se llevó las manos a la cabeza. Al hacerlo oyó una explosión aguda y resonante, y vio una tremenda columna de humo y de tierra que se elevaba sobre una ladera detrás de sus líneas; era la explosión de la granada. ¡Sólo había pasado a unos cien pies hacia su izquierda! Oyó o creyó oír una carcajada baja y burlona y volviéndose

hacia la dirección de la que provenía vio a su teniente primero, los ojos fijos en él, con una inconfundible mirada de diversión. Observó la

línea de rostros. Los hombres reían ¿De él? La idea devolvió el color a su pálido semblante, devolvió demasiado color. Sus mejillas se inflamaron con una fiebre de vergüenza.

El disparo del enemigo no tuvo respuesta: el oficial que estaba al mando de esa parte de la línea tan desguarnecida no tenía evidentemente ningún deseo de provocar una cañoneada.

El capitán Graffenreid fue consciente de un sentimiento de gratitud por esta interrupción.

No sabía que el vuelo de un proyectil fuera un fenómeno de carácter tan imponente. Su concepción de la guerra ya había sufrido un profundo cambio, y tenía conciencia de que su nuevo sentir se manifestaba mediante una visible perturbación. La sangre hervía en sus venas: tenía una sensación de asfixia y sintió que si tuviera que dar una orden sería inaudible o por lo menos ininteligible. La mano que sos-

tenía su espada temblaba; la otra se movía automáticamente aferrándose a diversas partes de su uniforme. Encontró difícil quedarse de pie inmóvil e imaginó que sus hombres lo observaban. ¿Era miedo? Temió que lo fuera.

Desde algún sitio de la derecha llegó, al cambiar el viento, un grave e intermitente murmullo como el del océano durante la tormenta, como el de un ferrocarril lejano, como el del viento entre los pinos; tres sonidos tan parecidos que el oído, sin la ayuda del pensamiento, no puede distinguirlos. Los ojos de las tropas giraron en esa dirección; los oficiales de a caballo apuntaron hacia allí sus prismáticos. Una pulsación irregular se entremezclaba con el ruido. Al principio pensó que era el latir de su sangre afiebrada en sus oídos; luego, que era el distante repique de un tambor.

—Han comenzado a disparar sobre el flanco derecho —dijo un oficial.

El capitán Graffenreid comprendió: los soni-

dos eran de fusiles y de artillería. Asintió y

trató de sonreír. No había aparentemente nada contagioso en la sonrisa.

Casi inmediatamente irrumpió, todo a lo largo de la orilla del bosque frente a ellos, una tenue línea de nubecillas de humo azul, sucedida por el estampido de rifles. Silbidos penetrantes surcaron el aire y terminaron abruptamente con un sonido sordo cerca suyo. El hombre que estaba al lado del capitán Grafenreid dejó caer su rifle; sus rodillas se doblaron y se inclinó torpemente hacia adelante golpeándose la cara. Alguien gritó: «¡Cuerpo a tierra!», y fue difícil distinguir un cadáver de un ser vivo. Parecía que aquellos pocos disparos hubieran muerto a diez mil hombres. Sólo los oficiales permanecieron erguidos; su concesión a la emergencia consistió en desmontar y enviar sus caballos al abrigo de las bajas co-

linas que se encontraban a retaguardia.

El capitán Graffenreid yacía al costado del muerto, desde cuyo cuerpo fluía lentamente un hilo de sangre. Tenía un olor tan suave y

dulzón que descomponía. El rostro estaba hundido y aplastado contra la tierra. Ya se veía amarillo y era repulsivo. Nada sugería la gloria de la muerte de un soldado, ni mitigaba lo repugnante del incidente. Graffenreid no podía dejar de ver el cuerpo sin volverse de espaldas hacia sus hombres.

Fijó la mirada en el bosque donde una vez más todo era silencio. Trató de imaginar lo que sucedía allá, cómo las líneas de tropas se formarían para atacar, cómo empujarían los cañones a mano hasta el borde del claro. Imaginó que podía ver sus negras bocas apareciendo entre las malezas, listas para lanzar sus tormentas de proyectiles, tales como aquel cu-

yo chillido había sobresaltado tanto sus nervios. La tensión de los ojos se volvió dolorosa; una niebla pareció formarse delante de ellos; ya no podía distinguir nada a través del campo de batalla y sin embargo no podía retirar la mirada sin peligro de ver el cadáver que yacía a su lado.

El fuego de la batalla ya no ardía muy brillantemente en el espíritu de este guerrero. De la quietud había nacido la introspección. Eligió analizar sus sentimientos antes que distinguirse por un acto de valentía y devoción. El resultado fue profundamente deprimente. Se cubrió la cara con las manos y lanzó un quejido. El ronco murmullo de la batalla se hizo más y más nítido hacia la derecha; en verdad, el murmullo se había convertido en un rugido, los latidos en truenos. Los sonidos se habían desplazado oblicuamente hacia el frente; evi-

dentamente estaban rechazando al enemigo, y el momento propicio para avanzar contra el ángulo saliente de su línea llegaría pronto. El silencio y el misterio en el frente resultaban ominosos; todos los sentían un mal presagio para los atacantes.

Detrás de las líneas sonaron los cascos de caballos que galopaban; los hombres se volvieron para mirar. Una docena de oficiales del estado mayor cabalgaban hacia los diversos co-

mandantes de brigada y de regimiento, que habían vuelto a montar. Un momento más tarde, un coro de voces gritaba desordenadamente las mismas palabras: «¡Atención, batallón!» Los hombres se pusieron de pie de un salto y fueron alineados por los comandantes de la compañía. Esperaban la palabra «Adelante». Esperaban, también, con corazones desbocados y dientes apretados, las ráfagas de

hierro y plomo que los destruirían en cuanto se movieran para obedecer aquella palabra. La palabra no se daba; la tempestad no estallaba.

La demora era horrible, enloquecedora. ¡Exasperaba como una tregua en la guillotina!

El capitán Graffenreid estaba de pie a la cabeza de su compañía, con el muerto a sus pies.

Escuchó la batalla a la derecha: el golpeteo y el estallido de los fusiles, el incesante tronar de los cañones, los gritos interrumpidos de los combatientes. Observó las nubes de humo que se elevaban desde los bosques lejanos. Notó el silencio siniestro del que tenían delante. Estos

extremos contrastantes afectaron toda la gama de sus sentidos. La tensión sobre su organización nerviosa fue insoportable. Sentía frío y calor. Jadeaba como un perro y luego olvidaba respirar hasta que el vértigo se lo recordaba.

Repentinamente se tranquilizó mirando ha-

cia el suelo, los ojos se habían posado sobre su espada desnuda mientras la sostenía con la punta hacia la tierra. Pensó que se parecía en algo a la hoja corta y pesada de los antiguos romanos. ¡La imagen estaba cargada de sugerencias malignas, fatales, heroicas!

El sargento que se encontraba parado justo detrás del capitán Graffenreid observó entonces algo extraño. Su atención fue atraída por un movimiento poco común de aquel hombre —un repentino y enérgico lanzar las manos hacia adelante y luego hacia sí mismo, con los codos abiertos, como remando—, y vio surgir de entre los omóplatos del capitán una brillante punta de metal que se prolongaba casi medio brazo de longitud: ¡una hoja de espada!

Estaba levemente manchada de carmesí, y su punta se acercó tanto y tan rápidamente al pecho del sargento que éste dio un salto atrás,

alarmado. En ese momento el capitán Graffenreid cayó pesadamente hacia adelante y murió.

Una semana más tarde, el teniente general que comandaba el cuerpo izquierdo del ejército federal enviaba el siguiente informe: «Tengo el honor de informar, respecto de la acción del 19 próximo pasado, que debido a la retirada del enemigo para reforzar su flanco izquierdo derrotado, mis fuerzas no se vieron acosadas seriamente. Mis bajas fueron las que siguen: muertos, un oficial, un hombre».

GEORGE THURSTON

(*George Thurston*)

TRES INCIDENTES EN LA VIDA DE UN HOMBRE

George Thurston era primer teniente y edecán en el estado mayor del coronel Brough, quien comandaba una brigada federal. El co-

ronel Brough tenía esta jerarquía provisoria, como coronel de mayor antigüedad, pues el brigadier estaba gravemente herido y en uso de licencia hasta que se recuperara. Creo que el teniente Thurston provenía del regimiento del coronel Brough, y a ese mismo regimiento, junto con su coronel, habría sido devuelto, de haber vivido hasta la recuperación de nuestro comandante. El edecán cuyo puesto ahora ocupaba Thurston había muerto en una batalla, y la llegada de Thurston fue la única modificación en el equipo de nuestro estado mayor aparte el cambio de comandantes. Pero no lo queríamos: era poco sociable. De todas maneras eran otros quienes notaban esta caracterís-

tica más que yo. Así fuera en el campamento como durante la marcha, en las tiendas, en los barracones o en los vivacs, mis deberes como topógrafo me mantenían ocupado como un

castor. Estaba todo el día sobre el caballo, y la mitad de la noche ante mi mesa de dibujo relacionando los datos de mis relevos. El mío era un trabajo peligroso; debía entrar lo más posible en las líneas enemigas, para que más valieran mis anotaciones y los mapas que resultaban de ellas. En este asunto las vidas humanas no contaban para nada ante la posibilidad de definir un camino o determinar un puente. A veces era necesario enviar escuadrones enteros de caballería contra poderosas avanzadas de infantes para que el breve lapso entre el avance y la retirada inevitable pudiera utilizarse para medir la profundidad de un vado o fijar el punto de intersección de dos caminos.

En algunos oscuros rincones de Inglaterra y de Gales existe la costumbre inmemorial de «azotar los límites» de la parroquia. Un de-

terminado día del año la población entera via-

ja en procesión desde un mojón al otro, a lo largo del límite. En los puntos más importantes se azota con verdadero entusiasmo a los muchachos para hacerles recordar ese lugar en años venideros, hasta que se convierten en autoridades en cuestión de límites. Nuestros frecuentes encuentros con las patrullas y exploradores confederados tenían este mismo valor educativo; fijaban en mi memoria una imagen vívida y aparentemente imperecedera del lugar, una imagen que hacía las veces de las más precisas anotaciones, las que por otra parte no era siempre prudente llevar consigo, entre los disparos de las carabinas, el choque de los sables y los caballos lanzados hacia todos lados. Estos fogosos encuentros eran observaciones teñidas de rojo.

Una mañana, al salir con mi escolta para realizar una expedición más riesgosa aún de lo habitual, el teniente Thurston se me acercó a caballo y me preguntó si tenía alguna objeción

a que él me acompañara, ya que el comandante le había otorgado permiso para hacerlo.

—Ninguna en absoluto —contesté un tanto hoscamente—; pero ¿a título de qué viene usted? No es topógrafo y el capitán Burling comanda mi escolta.

—Iré como espectador —dijo. Se quitó la espada, sacó las pistolas de sus cananas y se las entregó al auxiliar, quien volvió nuevamente al campamento. Me di cuenta de la brutalidad de mi observación, pero al no encontrar una forma de disculpa, me quedé callado.

Esa tarde nos encontramos con un regimiento enemigo y con una pieza de artillería que dominaba por lo menos una milla del camino por el que nos acercábamos. Mi escolta luchó desplegada a ambos lados de la ruta, pero Thurston permaneció en el medio de la misma; cada pocos segundos su posición era ba-

rrida por la metralla que desgarraba el aire al pasar. Él había dejado caer las riendas sobre el pescuezo de su caballo y estaba sentado, muy

erguido sobre la montura, con los brazos cruzados. Pronto se encontró en el suelo, con su caballo hecho trizas. Desde el costado del camino, mi lápiz y mi cuaderno inertes, olvidados de mi deber, lo observé mientras se des-
embarazaba lentamente de los restos de su animal para ponerse de pie. En ese momento – el cañón había callado–, un tipo gigantesco se lanzó a caballo como una centella por el camino, con el sable desnudo. Thurston lo vio venir, se irguió cuan largo era y se cruzó de brazos una vez más. Era demasiado valiente como para retroceder ante una orden, y además mis bruscas palabras lo habían desarmado. Era sólo un espectador. Un momento más y habría sido partido en dos como un pescado, pero

una bala bendita tumbó al atacante sobre el camino polvoriento, tan cerca de Thurston que el impulso lo hizo rodar hasta sus pies. Esa noche, mientras pasaba mis apuradas notas en limpio, encontré el tiempo suficiente para pensar mis disculpas, que tomaron, *creo*, la ruda y

primitiva forma de una confesión reconociendo que había hablado como un idiota.

Unas semanas más tarde parte de nuestro ejército hizo un asalto contra el flanco izquierdo del enemigo. El ataque, lanzado contra una posición desconocida, a través de un terreno poco familiar, fue conducido por nuestra brigada. Había tantos accidentes de terreno y la maleza era tan espesa que todos los oficiales y soldados de a caballo tuvieron que combatir a pie, incluso el comandante y su estado mayor.

En la *melée*, Thurston quedó separado del resto y sólo lo encontramos, horriblemente herido,

después de haber conquistado la última defen-
sa enemiga. Estuvo algunos meses en el hospi-
tal de Nashville, Tennessee, pero finalmente se
reunió con nosotros. Muy poco dijo sobre su
accidente, excepto que se había confundido y
extraviado, y desembocó ante las líneas ene-
migas, donde fue herido; pero nos enteramos
de los detalles de boca de uno de sus heridores
a quien habíamos capturado: «Apareció cami-

nando frente a nosotros, mientras formábamos
en línea, cuerpo a tierra», dijo este hombre.

«Toda una compañía se puso de pie apuntán-
dole al pecho con sus rifles y algunos casi lo
rozaban. “¡Arroja el sable y ríndete, maldito
yanqui!“, gritó uno de nuestros oficiales. El
hombre dejó vagar sus ojos por la línea de fu-
siles, se cruzó de brazos empuñando todavía
la espada, y contestó lentamente: *No lo haré*. Si
todos hubiéramos disparado lo habríamos

despedazado. Algunos no lo hicimos. Yo fui uno de ellos; nada podría haberme obligado a hacerlo.»

Cuando se mira con tranquilidad a la muerte sin hacerle ninguna concesión, es natural que uno tenga una buena opinión de sí mismo. No sé si era este sentimiento el que en Thurston se expresaba con su actitud tan formal al cruzarse de brazos. Nuestro cabo, tartamudo incorregible, sugirió otra explicación un día en que estábamos comiendo y Thurston se encontraba ausente: «Es s-su ma-mane-ra de do-do-mi-nar

una ten-den-cia conge-gé-nita a huir».

—¿Qué? —exploté, poniéndome de pie indignado—. ¿Insinúa, cuando él no está, que Thurston es un cobarde?

—Si-si fuera un-un co-o-barde, no-no trata-taría de domi-mi-narla; y si es-es-tuvie-e-ra aquí no-no me a-a-ni-ma-ría a tra-tar el a-asun-to —

fue la apaciguadora respuesta.

Este hombre intrépido, George Thurston, murió una muerte innoble. La brigada había acampado, y el cuartel general estaba ubicado en un bosque frutal de árboles inmensos. En una de las ramas más altas de uno de ellos, un trepador temerario había atado los dos cabos de una larga cuerda haciendo una hamaca que no tenía menos de cien pies de largo. Lanzarse hacia abajo desde una altura de cincuenta pies, por el arco de un círculo que tiene aquel radio, elevarse hasta una altura igual, detenerse durante un instante sobrecogedor, y luego volar vertiginosamente hacia atrás... Nadie que no lo haya intentado puede concebir los terrores que

tal deporte apareja a los novicios.

Thurston salió un día de su tienda y pidió que lo instruyeran en el misterio de la propulsión de la hamaca, ese arte de elevarse y sen-

tarse que todos los muchachos dominaban. En pocos minutos había aprendido y se hamacaba a una altura mayor que la que habían pretendido los más expertos. Nos estremecíamos al ver sus vuelos temibles.

–De-deténgan-lo –dijo el cabo, saliendo lentamente del comedor donde había estado almorzando–. N-no sa-sabe que si su-supera la ram-ma en-en-rollará la-a hamm-aca.

Tanta era la fuerza con que aquel hombre se lanzaba a través del aire, tanta la energía, que en cada extremo del arco, su cuerpo de pie sobre la hamaca quedaba casi horizontal. Si llegaba a pasar una sola vez sobre el nivel en que estaba sujeta la cuerda, estaría perdido; la cuerda se aflojaría y él habría de caer, recorriendo la misma distancia que había subido; en ese momento, la repentina tensión le arran-

caría la cuerda de sus manos. Todos advertían

el peligro, todos le gritaban que desistiera, y le hacían gestos cuando volaba cerca nuestro –difuso y con un zumbido corno de proyectil de cañón al surcar el espacio–, en el momento en que llegaba al nivel inferior de su horrible oscilación. Una mujer que estaba cerca de allí se desvaneció y se cayó al suelo sin que nadie lo notara. Los soldados de un regimiento que acampaba en las cercanías llegaron corriendo en grupo para ver, alborotados. Repentinamente, cuando Thurston estaba en su curva ascendente, los gritos callaron.

Thurston y la hamaca se habían separado; es todo lo que se puede saber. Ambas manos se habían soltado de la cuerda a la vez. Al agotarse el impulso de la liviana hamaca ésta se replegó, y el empuje del hombre lo llevó, casi erguido, arriba y adelante, sin seguir ya su arco, en una curva hacia afuera. Sólo puede haber transcurrido un instante, pero parecieron siglos. Yo grité, o creí que gritaba: «¡Dios

mío! ¿No dejará nunca de ascender?». Casi rozó la rama de un árbol. Recuerdo un sentimiento de alegría cuando pensé que podría aferrarse a ella y salvarse. Especulé con la posibilidad de que sostuviera su peso. Pasó sobre ella, y desde mi perspectiva se destacó contra el azul del cielo. No obstante los años que han pasado puedo evocar nítidamente la imagen de un hombre en el cielo, con su cabeza erguida, los pies juntos, las manos... No, las manos no puedo verlas. De pronto, con repentina y sorprendente rapidez, gira por completo y se lanza hacia abajo. El hombre se ha convertido en un mero bólido, casi todo piernas. Luego hay un sonido indescriptible, el sonido de un impacto que sacude la tierra, y estos hombres, familiarizados con la muerte bajo sus aspectos más espantosos, se descomponen. Muchos se marchan del lugar caminando a tropezones;

otros se apoyan contra los árboles o se sientan sobre las raíces. La muerte ha aprovechado una ventaja injusta; ha golpeado con un arma

poco común; ha ejecutado una estratagema nueva e inquietante. No sabíamos que tuviera recursos tan horribles, posibilidades tan abismales de terror.

El cuerpo de Thurston yacía sobre sus espaldas. Una pierna, doblada debajo del tronco, estaba quebrada sobre la rodilla y el hueso se había hundido en la tierra. El abdomen había estallado; los intestinos sobresalían. Tenía el cuello roto.

Los brazos estaban rígidamente cruzados sobre el pecho.

EL SINSONTE

(*The mocking-bird*)

La época: una agradable tarde de domingo a principios del otoño de 1861. Es escenario: el corazón de un bosque en la región montañosa del sudeste de Virginia. Puede verse al soldado Grayrock del ejército federal cómodamente sentado sobre la raíz de un gran pino. Tiene la espalda contra el mismo, sus piernas extendidas en el suelo, el rifle descansando sobre sus muslos y las manos (entrelazadas para que no caigan) apoyadas sobre el caño del arma. El contacto de su nuca con el árbol le ha empujado la gorra sobre los ojos, ocultándoselos casi; quien lo viese, diría que está dormido.

El soldado Grayrock no dormía. De hacerlo, hubiese puesto en peligro los intereses de los Estados Unidos; en efecto, se encontraba muy lejos de sus líneas, pronto a que lo capturara o matara el enemigo. Además, su estado de ánimo no parecía propicio al reposo y la causa de su perturbación era ésta: la noche anterior

lo habían emplazado como centinela de guardia en este mismo bosque. Era una noche clara aunque sin luna, pero a la sombra del bosque reinaba la oscuridad más profunda.

El puesto de Grayrock distaba considerablemente de los otros puestos a derecha e izquierda, ya que habían sido colocados demasiado lejos del campamento, de tal manera que la línea era muy extensa para que pudieran ocuparla otras fuerzas. Joven era la guerra y los campamentos militares creían, equivocadamente, proteger mejor su sueño colocando piquetes desperdigados y adelante, que otros más nutridos y cercanos. E indudablemente necesitaban el mayor preaviso posible del avance del enemigo, ya que en esa época acostumbraban desvestirse para dormir, costumbre que no podía ser menos marcial. Así sucedió que en la mañana del memorable 6 de abril, en Shiloh, muchos de los hombres de

Grant, en el momento de ser atravesados por las bayonetas confederadas, estaban desnudos

como civiles; aunque debe reconocerse que esto no se debió a un defecto de sus líneas de centinelas. Su error fue de otro tipo: no tenían centinelas... Sin duda ésta es una digresión inútil, y no quisiera interesar al lector en el destino de un ejército; el que nos importa aquí es el destino del soldado Grayrock.

Aquel sábado de noche, después de que lo dejaran en su solitario puesto, se quedó durante dos horas inmóvil, apoyado contra el tronco de un árbol inmenso, mirando fijamente hacia la oscuridad que tenía delante. Trataba de reconocer algunos objetos, pues lo habían destacado en ese mismo lugar durante el día. Pero ahora todo era diferente; no distinguía nada en detalle, sino grupos de cosas cuyas formas le resultaban poco familiares, ya que antes

habían sido otros los detalles que atrajeron su atención.

Además, un paisaje que es todo árboles y maleza indefinible resulta confuso y no tiene rasgos destacados en los que se apoye la me-

moría. Agréguese la tiniebla de una noche sin luna, y se suscitará algo más que una gran inteligencia natural y una educación ciudadana para mantener el sentido de la orientación. Y es así como sucedió que el soldado Grayrock, después de observar con atención el espacio a su frente y de ejecutar con imprudencia una inspección circular de su entorno escasamente visible (caminando en silencio alrededor de su árbol para lograrlo), se desorientó por completo y mermó seriamente su utilidad como centinela. Perdido en su puesto, era ya incapaz de decir en qué dirección debía esperar al enemigo, ni dónde estaba el campamento por cuyo

sueño y seguridad debía velar so pena de muerte. Consciente además de varias otras circunstancias desconcertantes en torno a su propia seguridad, el soldado Grayrock se sentía profundamente inquieto. Pero no tuvo tiempo de recobrar su tranquilidad, ya que en el mismo momento en que comprendía su desagradable problema escuchó un movimien-

to de hojas y el crujir de ramitas que se quebraban. Con el corazón en la boca, se volvió hacia los ruidos y percibió en la oscuridad la vaga forma de un ser humano.

—¡Alto! —gritó el soldado Grayrock en tono perentorio, como era debido, y respaldó la orden con el agudo sonido metálico del rifle amartillado—. ¿Quién va ahí?

Ninguna respuesta. Acaso una vacilación, y si hubo respuesta, se la tragó el estampido del rifle del centinela. En el silencio de la noche y

el bosque, el ruido fue ensordecedor, y apenas se había extinguido lo repitieron los centinelas a derecha y a izquierda, en una descarga solidaria. Durante dos horas había estado creando enemigos con su imaginación y poblando con ellos el bosque que lo enfrentaba; así que el disparo de Grayrock trajo al invasor hacia una existencia visible. Después de las descargas, todos retrocedieron, anhelantes, hacia las reservas. Todos excepto Grayrock, quien no sabía en qué dirección retroceder. Después, cuan-

do no llegó a aparecer ningún enemigo, el campamento, que se había despertado a dos millas de distancia, se desvistió y acostó nuevamente, y la línea de centinelas fue restablecida por cautela. Descubrieron a Grayrock manteniendo su posición con valentía, y el oficial de guardia le felicitó por eso como a un soldado modelo en aquella dedicada tropa.

Entretanto, Grayrock había intentado una búsqueda minuciosa aunque inútil de los despojos mortales del intruso contra quien había disparado, y a quien su intuición de tirador le aseguraba haber herido. Era, en efecto, uno de esos expertos natos que disparan casi sin apuntar, guiado por un sentimiento instintivo del blanco, y que por ello son casi tan peligrosos de noche como de día. Durante una buena mitad de sus veinticuatro años había sido el terror de todas las galerías de tiro al blanco de tres ciudades. Impedido ahora de mostrar el producto de su caza, tuvo la discreción de callarse, y se alegró al observar que su superior y

sus camaradas suponían naturalmente que no había visto al enemigo, ya que no emprendió la retirada. De todas maneras, ganó su «mención de honor» por mantenerse en su puesto.

Sin embargo, el soldado Grayrock no estaba

nada satisfecho de su aventura nocturna, y cuando al día siguiente encontró un pretexto plausible para solicitar el permiso y salir de las líneas (el comandante se lo otorgó rápidamente en premio a su valentía de la noche anterior), marchó hacia el lugar donde aquella valentía había sido ejercida. Le dijo al centinela de guardia que había perdido algo –lo que era indudablemente cierto– y renovó la búsqueda del hombre que creía haber alcanzado y que, si estaba herido, esperaba rastrear siguiendo las huellas de la sangre.

Su suerte, a la luz del sol, no fue mayor que la que tuvo en la noche, y después de recorrer una amplia zona y adentrarse temerariamente en el territorio de «la Confederación», renunció fatigado a la búsqueda y se sentó sobre la

raíz del gran pino donde ya lo hemos visto antes. Allí dio rienda suelta su decepción.

No debe inferirse que el fastidio de Grayrock obedecía a una naturaleza cruel frustrada de su premio sangriento. En los grandes y limpios ojos, en los labios finos, en la amplia frente de aquel joven, se podía leer una historia bien diferente. En verdad, su carácter era una mezcla singularmente feliz de audacia y sensibilidad, de coraje y conciencia.

«Estoy desilusionado», se dijo, sentado allí en el fondo de la dorada bruma que sumergía al bosque como en un mar sutil. «Desilusionado de no poder descubrir a un prójimo muerto por mi mano. ¿Es que entonces desearía verdaderamente, haber cobrado una vida en la ejecución de un deber que hubiese cumplido igual sin ese resultado? ¿Qué más puedo desear? Si existía la amenaza de algún peligro, mi disparo la alejó; para eso estaba yo aquí. No, de verdad me siento feliz si no extinguí inútilmente la vida de un hombre. Sin embargo,

estoy en una falsa posición. He permitido que me elogiaron los oficiales y me envidiaran mis camaradas. El campamento hierve de alabanzas a mi valentía. No es justo; sé que soy valiente, pero esta alabanza va dirigida a actos específicos que no he realizado, o que realicé de otra forma. Se cree que permanecí valientemente en mi puesto, sin disparar, cuando fui yo quien comenzó el tiroteo, y no me retiré durante la alarma general porque estaba desorientado. ¿Qué haré? ¿Diré que vi a un enemigo y disparé? Cada uno lo dijo de sí mismo, aunque nadie lo cree. ¿Diré una verdad que echará a tierra mi coraje y tendrá el mismo efecto que una mentira? ¡Ay! Es realmente un asunto penoso. ¡Le agradecería a Dios que me dejara encontrar a mi hombre!»

Y deseando tal cosa, el soldado Grayrock, vencido al fin por la languidez de la tarde y acunado por los tranquilos sonidos de los in-

sectos que zumbaban y libaban en algunos arbustos perfumados, olvidó a tal punto los in-

tereses de los Estados Unidos que se quedó dormido exponiéndose a que lo capturaran. Y dormido soñó.

Se soñó muchacho, viviendo en una lejana y agradable tierra en la costa de un gran río por el que altos vapores se desplazaban grandiosamente en todas direcciones bajo las volutas de humo negro. Ese humo los anunciaba mucho antes de que hubieran aparecido por las curvas y los delataba mucho después de que se marchaban. A su lado, constantemente, mientras miraba los barcos, se encontraba alguien a quien amaba con todo su corazón y su alma; un hermano mellizo. Juntos caminaban por las costas del río; juntos exploraban los campos más alejados y recogían mentas de olor penetrante y yuyos perfumados en las co-

linas desde las cuales se extendía el Reino de las Probabilidades. Desde allí, mirando hacia el sur a través del gran río, divisaban la Tierra Encantada. Tomados de la mano, latiendo al ritmo de un solo corazón, hijos ambos de una

viuda, caminaban por senderos de luz a través de apacibles valles, observando las cosas nuevas bajo un nuevo sol. Y a lo largo de todos los dorados días flotaba un incesante sonido: la rica y excitante melodía de un sinsonte en su jaula suspendida sobre la puerta de la casa.

Esa melodía entraba y se posesionaba de todos los intervalos espirituales del sueño, como una bendición musical. El pájaro estaba siempre cantando, feliz; las notas, infinitamente variadas, parecían fluir sin esfuerzo de su garganta, como burbujas y trinos, con cada latido del corazón, o como el chorro de una fuente. Esa melodía fresca y clara parecía el alma del paisaje,

la interpretación y el significado de los misterios de la vida y el amor.

Pero llegó una época en que los días del sueño se oscurecieron de pena con una lluvia de lágrimas. La buena madre había muerto, la casita de la pradera junto al río estaba derruida, y dos familiares inconciliables separaron a los hermanos. William (el soñador) fue a vivir a

una ciudad populosa en el Reino de las Probabilidades, y a John, después de cruzar el río y entrar en la Tierra Encantada, lo llevaron a una región lejana donde se contaba que había gentes extrañas y malvadas. En la división de los bienes maternos, a él le había tocado lo único que creían de valor: el sinsonte. Podían separarlos a ellos, pero no al pájaro, de modo que desapareció en aquella tierra extraña, y para el mundo de William nunca más existió. Sin embargo, durante el tiempo en que duró

su soledad, el canto llenaba todos sus sueños; parecía estar soñando siempre en el oído y en el fondo de su corazón.

Los parientes adoptivos de los muchachos estaban enemistados entre sí y no mantenían ningún tipo de comunicación. Todavía durante un tiempo los hermanos intercambiaron cartas llenas de baladronadas pueriles y fanfarronadas sobre las experiencias nuevas y variadas, con grotescas descripciones de los nuevos mundos conquistados. Pero estas cartas fueron

cada vez menos frecuentes, y con la mudanza de William a otra ciudad más grande cesaron por completo. Siempre continuó, de todos modos, el canto del sinsonte, y cuando el soñador abrió los ojos y miró el paisaje de pinos, el fin de la música le indicó que había despertado.

El sol se ponía por el oeste, enrojando el cielo. Los rayos, casi a tierra, proyectaban des-

de el tronco de cada pino gigantesco una pared de sombra que atravesaba la dorada bruma hasta que la luz y la sombra se fundían en un azul apenas perceptible.

El soldado Grayrock se levantó, miró cautelosamente en derredor, puso su rifle al hombro y se dirigió hacia el campamento. Había avanzado quizás media milla y atravesaba unos arbustos de laurel, cuando de entre ellos vio un pájaro y al posarse en un árbol emitió de su pecho tan infinitas oleadas de melodía como sólo una entre las criaturas de Dios puede hacerlo en Su Alabanza. No le resultaba difícil –bastaba con abrir el pico y respirar–,

pero el hombre se detuvo como anonadado, se detuvo y dejó caer su rifle, miró hacia arriba, hacia el pájaro, cubrió los ojos con las manos y lloró como un niño. Por un instante se convirtió verdaderamente en un niño, en recuerdo y

espíritu, y volvió a vivir a la orilla del gran río, cerca de la Tierra Encantada... Luego, con un esfuerzo de voluntad, volvió en sí mismo, recogió el arma y maldiciéndose por idiota prosiguió su camino. Al cruzar un claro que llegaba hasta el corazón de la pequeña espesura, miró y allí, de espaldas sobre la tierra, con sus brazos abiertos y el uniforme gris oscurecido por una sola mancha de sangre sobre el pecho, yacía su propia imagen: ¡el cuerpo de John Grayrock, muerto de un balazo, y aún tibio! Había encontrado a su hombre.

Mientras el infortunado soldado se arrodillaba ante tal obra maestra de la guerra civil, el pájaro detuvo el canto sobre su rama y, resplandeciendo en la gloria carmín del poniente, planeó silenciosamente alejándose a través de

los solemnes espacios del bosque. Esa tarde, en el campamento federal, el nombre de Wi-

lliam Grayrock no obtuvo respuesta al pasar la lista. Ni entonces ni en las tardes que siguieron.

**EN MEDIO DE LA VIDA:
CUENTOS DE SOLDADOS Y CIVILES**

CUENTOS DE CIVILES

EL HOMBRE QUE SALÍA DE LA NARIZ

(*The man out of the nose*)

En la intersección de dos calles de esa parte de San Francisco que se conoce de manera bastante genérica con el nombre de North Beach, hay un solar vacío que está bastante más nivelado de lo que suele suceder con los solares, vacíos o no, de esa zona. Sin embargo, inmediatamente detrás de él, por el sur, el terreno adopta una empinada pendiente cuya cuesta se interrumpe por tres terrazas cortadas en la roca blanda. Es un lugar para cabras y para pobres, y varias familias de cada categoría lo han ocupado conjunta y amistosamente «desde la fundación de la ciudad». Una de las humildes viviendas de la terraza inferior resulta notable por su tosco parecido a un rostro humano, o más bien al simulacro de éste que un muchacho podría recortar en una calabaza, sin pretender ofender a los de su raza. Los ojos son dos ventanas circulares, la nariz es una puerta, la boca una abertura provocada al qui-

tar un tablón inferior. La puerta no tiene escalones. Como rostro, la casa es demasiado grande; como vivienda, demasiado pequeña. La mirada vacía y carente de significado de sus ojos, sin pestañas ni cejas, resulta misteriosa. A veces un hombre sale de la nariz, gira, pasa por el lugar en donde debería estar la oreja derecha y, abriéndose camino por entre la multitud de niños y cabras que obstruyen el estrecho sendero entre las puertas de sus vecinos y el borde de la terraza, llega a la calle descendiendo por un tramo de escaleras descendidas. Se detiene allí para consultar su reloj y cualquier desconocido que acierte a pasar en ese momento se sorprenderá de que un hombre semejante se interese por saber la hora que es. Una observación más detenida demostraría que la hora del día es un importante elemento en los movimientos de ese hombre,

pues 365 veces al año sale exactamente a las dos en punto de la tarde.

Una vez que se ha asegurado que no se ha

equivocado en cuanto a la hora, guarda el reloj y camina a paso vivo hacia el sur, calle arriba, durante dos manzanas, gira a la derecha y al acercarse a la esquina siguiente fija la mirada en una ventana alta de un edificio de tres pisos que hay en su camino. Se trata de una estructura algo deslucida, en su origen de ladrillo rojo, pero ahora grisácea. Se ve en ella, bien a las claras, el contacto del tiempo y el polvo.

Construida como vivienda, ahora es una fábrica. No sé lo que se hace allí, pero supongo que las cosas que se suelen hacer en una fábrica.

Lo único que sé es que a las dos en punto de todos los días, salvo los domingos, está llena de actividad y estruendo: la sacuden los latidos de algún motor grande y se escuchan los

gritos recurrentes de la madera atormentada por la sierra. En la ventana en la que nuestro hombre fija tan intensamente su mirada expectante no aparece nunca nadie; en realidad el cristal tiene una capa tan grande de polvo que hace tiempo que dejó de ser transparente. El

hombre la mira sin detenerse, por lo que el giro de la cabeza se va haciendo cada vez más pronunciado conforme va dejando atrás el edificio. Al llegar a la esquina siguiente, gira a la izquierda, rodea la manzana y regresa a un punto situado diagonalmente respecto a la calle de la fábrica: un punto por el que ya había pasado antes, y por el que vuelve a pasar ahora mirando frecuentemente hacia atrás, por encima del hombro derecho, hacia la misma ventana; hasta que la pierde de vista. Se sabe que durante muchos años no ha variado su ruta ni ha introducido una sola innovación en su

actividad. Un cuarto de hora después vuelve a estar en la boca de su vivienda; y una mujer, que lleva parada algún tiempo en la nariz, le ayuda a entrar. No se le vuelve a ver hasta las dos del día siguiente.

La mujer es su esposa. Se gana la vida, y la del marido, lavando para los pobres entre los que viven, entre disputas que destruyen la porcelana y la competencia doméstica.

El hombre tiene unos cincuenta y siete años, aunque parece mucho más viejo. Sus cabellos son absolutamente blancos. No tiene barba y siempre va recién afeitado. Sus manos están limpias y sus uñas bien cortadas. Por lo que se refiere al vestuario, éste es claramente superior al que le corresponde, tal como indican su entorno y el negocio de su esposa. Va vestido con mucha pulcritud, aunque no a la moda. Su sombrero de copa no tiene más de dos años y

las botas, escrupulosamente limpias, carecen de parches. Me han contado que la ropa que lleva durante la excursión diaria de quince minutos no es la misma que utiliza en su casa. Como todas sus otras posesiones, ésta se la mantiene y arregla su esposa, que la renueva con tanta frecuencia como se lo permiten sus escasos medios.

Hace treinta años, John Hardshaw y su esposa vivían en Rincon Hill, en una de las hermosas residencias de aquel barrio, entonces aristocrático. Él era médico, pero al heredar una

suma considerable de su padre ya no se preocupó más de las dolencias de sus semejantes, pues la gestión de sus propios asuntos le daba ya todo el trabajo que podía permitirse. Tanto él como su esposa eran personas muy cultivadas, cuya casa era frecuentada por un pequeño grupo de mujeres y hombres que el matrimo-

nio pensaba que merecía la pena conocer por sus gustos. Por lo que se sabe gracias a ellos, el señor y la señora Hardshaw vivían muy felices juntos; la esposa estaba entregada a su bello y feliz marido y muy orgullosa de él.

Entre sus conocidos estaban los Barwell – marido, esposa y dos hijos pequeños– de Sacramento. El señor Barwell era un ingeniero de minas y obras civiles cuyas ocupaciones le mantenían mucho tiempo fuera de su casa y le obligaban a ir con frecuencia a San Francisco. En esas ocasiones, su esposa solía acompañarle y pasaba mucho tiempo en casa de su amiga, la señora Hardshaw, siempre con los dos hijos, con los que se había encariñado mucho

la señora Hardshaw, que no había tenido ninguno. Por desgracia, el marido de la señora Hardshaw se encariñó igualmente con la madre... con un cariño realmente fuerte. Para ma-

yor desgracia todavía, aquella atractiva dama era más débil que sabia.

Hacia las tres de una madrugada otoñal, el oficial número 13 de la policía de Sacramento vio a un hombre que salía furtivamente por la puerta posterior de una residencia de caballeros, por lo que le detuvo inmediatamente. El hombre, que llevaba sombrero flexible y un abrigo velludo, ofreció al policía a cambio de su liberación primero cien dólares, después quinientos y finalmente mil. Como no llevaba encima ni siquiera la primera suma mencionada, el policía trató su propuesta con virtuoso desprecio. Antes de haber llegado a la comisaría, el prisionero había ofrecido darle un cheque de diez mil dólares, aceptando permanecer atado en un sauce a la orilla del río hasta que éste hubiera sido cobrado. Como la propuesta sólo provocara nuevas burlas, no dijo

nada más y se limitó a dar un nombre evidentemente falso. Cuando le cachearon en la comisaría, lo único que encontraron de valor fue un retrato en miniatura de la señora Barwell: la dama de la casa en la que había sido apresado. Iba engarzado en valiosos diamantes y algo en la calidad de la ropa del hombre provocó una punzada de inútil remordimiento en el incorruptible pecho del policía número 13. No había nada en la ropa ni en la persona del prisionero que sirviera para identificarle y fue fichado por robo con escalo con el nombre que él mismo había dado: el honorable nombre de John K. Smith. La K. fue una inspiración de la que sin duda se sintió muy orgulloso.

Entretanto, la misteriosa desaparición de John Hardshaw estaba provocando murmuraciones en Rincon Hill, San Francisco, llegando incluso a mencionarse en uno de los periódicos. A la dama que uno de los periódicos describió con consideración como su «viuda» no

se le ocurrió buscarle en la prisión de Sacramento, ciudad que nunca se supo que él hubiera visitado. Fue acusado como John K. Smith y, tras renunciar al interrogatorio, enviado a juicio.

Unas dos semanas antes del proceso, la señora Hardshaw, enterándose por accidente de que su esposo estaba retenido en Sacramento con un nombre supuesto bajo la acusación de robo con escalo, acudió presurosa a esa ciudad sin atreverse a mencionar el asunto a nadie y se presentó en la cárcel pidiendo una entrevista con su esposo John K. Smith. Ojerosa y enferma de ansiedad, llevando un sencillo abrigo de viaje que la cubría de la cabeza a los pies, y dentro del cual había pasado la noche en el vapor, demasiado nerviosa para dormir, apenas parecía lo que era, pero sus maneras decían en su favor más que cualquier cosa que se

le hubiera ocurrido a ella decir como prueba de su derecho a ser admitida. Le permitieron ver al preso a solas.

Lo que sucedió durante aquella penosa entrevista no se ha llegado nunca a conocer, aunque acontecimientos posteriores demuestran que Hardshaw encontró los medios para someterla a su voluntad. Ella abandonó la prisión con el corazón roto, negándose a responder cualquier pregunta, y al retornar a su desolado hogar renovó, aunque con poco entusiasmo, la investigación sobre el paradero del esposo desaparecido. Una semana más tarde también ella desapareció: había «vuelto a los Estados»... y nadie llegó a saber nunca nada más.

En el juicio, el prisionero se declaró culpable «por indicación de su consejero legal», tal como le dijo su consejero. Sin embargo el juez, en

cuya mente diversas circunstancias inusuales habían creado una duda, insistió al fiscal para que tomara declaración al policía número 13 y también se leyó ante el jurado la declaración de la señora Barwell, que no pudo asistir personalmente por encontrarse muy enferma. Era

muy breve: no sabía nada del asunto salvo que aquel retrato era de su propiedad y creía haberlo dejado en la mesa del salón cuando se acostó la noche de la detención. Iba a ser un regalo para su esposo, que en aquel momento, lo mismo que durante el juicio, se encontraba en Europa por encargo de una empresa minera.

La actitud de la testigo cuando hizo esa declaración en su residencia fue descrita más tarde por el fiscal del distrito como extraordinaria. Por dos veces se había negado a testificar, y en una ocasión, cuando a la declaración

sólo le faltaba su firma, se la había arrebatado al funcionario y la había hecho pedazos.

Llamó a sus hijos al lado de su lecho de enferma y los abrazó con ojos llorosos, pero después, enviándolos fuera de la habitación, verificó su declaración con el juramento y la firma y se desmayó: en palabras exactas del fiscal del distrito, «se mareó». En ese momento su médico, que acababa de llegar, se hizo cargo

de la situación de inmediato y cogiendo por el cuello al representante de la ley lo lanzó a la calle, enviando a su ayudante tras él de una patada. La vejación de los agentes de la ley no fue vengada porque la víctima de tal indignidad ni siquiera la mencionó en el tribunal.

Tenía ambiciones de ganar su *caso* y, de haber relatado las circunstancias en las que se tomó esa declaración, no habría tenido demasiado peso; además, la ofensa contra la majestad de

la ley del procesado hubiera resultado menos atroz que la del médico irascible.

Por sugerencia del juez, el jurado pronunció un veredicto de culpabilidad; no quedaba nada más por hacer y el procesado recibió una condena de tres años en una penitenciaría. Su consejero legal, que no había objetado nada y ni siquiera había suplicado clemencia —en realidad apenas había dicho una palabra—, estrechó la mano de su cliente y abandonó la sala del tribunal. A todos los abogados les resultó evidente que había sido contratado sólo

para impedir que el tribunal designara un abogado defensor que pudiera insistir en realizar una defensa.

John Hardshaw cumplió su condena en San Quintín, y al ser liberado encontró en la puerta de la prisión a su esposa, que había regresado de «los Estados» para recibirle. Se pensó que

se fueron directamente a Europa; al menos, firmaron en París un poder general a un abogado que todavía vive entre nosotros y del que he obtenido muchos de los hechos de esta historia. En poco tiempo, el abogado vendió todas las posesiones de los Hardshaw en California y durante años no volvió a saberse nada de la infortunada pareja; aunque muchos a cuyos oídos llegaron sugerencias vagas e imprecisas de esta extraña historia, y que habían conocido a sus personajes, recordaron tiernamente su personalidad y pensaron compasivamente en su infortunio.

Ambos regresaron varios años más tarde, los dos con la fortuna y el espíritu abatidos, y él

también con mala salud. No he sido capaz de averiguar el propósito de su regreso. Vivieron durante algún tiempo, con el nombre de Johnson, en un barrio bastante respetable situado

al sur de Market Street, bastante acomodado, y nunca se les vio lejos de su casa. Les debía quedar un poco de dinero, pues no se sabe que él realizara ninguna ocupación, ya que el estado de su salud probablemente no se lo permitía. La devoción de la mujer a su esposo inválido fue motivo de comentario entre los vecinos; nunca parecía alejarse de su lado y siempre le apoyaba y animaba. Pasaban horas sentados en un banco de un pequeño parque público, leyéndole ella un libro, con la mano de él entre las suyas, acariciándole a veces ligeramente su frente pálida, elevando con frecuencia sus ojos, todavía hermosos, del libro que estaba leyendo para mirarle a él, mientras le comentaba algo del texto, o cerrando el volumen para entretener su estado de ánimo hablando de... ¿de qué podían hablar? Nadie escuchó

jamás una conversación entre ellos dos. El lec-

tor que haya tenido la paciencia de seguir su historia hasta este punto, quizás pueda disfrutar imaginándolo: probablemente había algo que evitarían. La actitud del hombre era de abatimiento profundo; la verdad es que los jóvenes de la vecindad, poco piadosos y con ese sentido penetrante hacia las características físicas visibles que distingue siempre a los jóvenes varones de nuestra especie, le mencionaban a veces entre ellos con el apodo de el Espectro Taciturno.

Un día sucedió que John Hardshaw se sintió poseído por una inquietud de espíritu. Dios sabrá lo que le impulsó a ir hasta allí, pero el hecho es que cruzó Market Street, se dirigió hacia el norte por las colinas y bajó hasta la región conocida con el nombre de North Beach. Girando sin objetivo hacia la izquierda, caminó por una calle desconocida hasta que se encontró frente a lo que en aquel tiempo era una morada bastante grande, y que ahora es

una fábrica bastante ruinoso. Levantando casualmente la mirada hacia arriba, vio en una ventana abierta lo que hubiera sido mejor que nunca hubiera visto: el rostro y la figura de Elvira Barwell. Los ojos de ambos se encontraron. Con una aguda exclamación, semejante al grito de un pájaro sorprendido, la dama se puso en pie de un salto y sacó la mitad del cuerpo por la ventana, aferrándose a ambos lados del marco. La gente que pasaba por la calle, se detuvo por el grito y miró hacia arriba.

Hardshaw permaneció inmóvil, incapaz de hablar, con sus ojos llameantes.

—¡Tenga cuidado! —gritó alguien de la multitud cuando la mujer seguía echándose hacia adelante, desafiando la callada e implacable ley de la gravedad, al igual que en otro tiempo había desafiado otra ley que Dios había proclamado atronadoramente desde el Sinaí.

Lo repentino de sus movimientos hizo que un torrente de cabellos oscuros cayera de sus hombros por encima de las mejillas, ocultán-

dole casi el rostro. Permaneció así un momento, y luego... un grito de temor sonó en la calle cuando, perdiendo el equilibrio, la mujer cayó desde la ventana, formando una masa confusa y rotatoria de faldas, miembros, cabellos y rostro blanco, hasta que golpeó el suelo con un sonido horrible y un impacto tan fuerte que se pudo sentir a cien metros de distancia. Por un momento, todas las miradas se negaron a cumplir su objetivo y se apartaron del espectáculo horrible que había en la acera. Pero atraídas de nuevo hacia ese horror, vieron que había aumentado extrañamente. Un hombre sin sombrero, sentado sobre las piedras del pavimento, sostenía el cuerpo roto y sangrante contra su pecho, besaba las mejillas destroza-

das y la boca espumeante por entre las marañas de pelo humedecido, con sus propios rasgos indistinguibles y enrojecidos por la sangre, que casi le sofocaba y caía a chorros por su barba humedecida.

La tarea del reportero casi ha terminado. Esa

misma mañana los Barwell acababan de regresar de una estancia de dos años en Perú. Una semana más tarde, el viudo, ahora doblemente desolado, puesto que no podía dejar de entender el significado de la terrible demostración de Hardshaw, había zarpado hacia un puerto distante que desconozco; no ha regresado nunca. Hardshaw, pues había dejado ya de ser Johnson, pasó un año en el manicomio de Stockton, donde, gracias a la influencia de unos piadosos amigos, también fue admitida su esposa para que pudiera atenderle. Cuando le dieron el alta, no porque estuviera curado

sino porque era inofensivo, regresaron a la ciudad; ésta siempre pareció tener para ellos alguna terrible fascinación. Vivieron durante algún tiempo en la Misión Dolores, en una pobreza algo menos abyecta que la que les afecta hoy; pero estaba demasiado lejos del objetivo del peregrinaje diario de ese hombre. No podían permitirse los billetes del transporte. Así que ese pobre ángel del cielo –esposa del con-

victo y del lunático– obtuvo por un alquiler bastante razonable la choza de rostro vacío de la terraza inferior de la Colina de la Cabra. La distancia desde allí hasta el edificio que fue vivienda y ahora es una fábrica no es muy grande; en realidad es un paseo agradable a juzgar por la mirada alegre del hombre cuando lo inicia. El viaje de regreso le resulta ya un poco fatigoso.

UNA AVENTURA EN BROWNVILLE¹

(*An adventure at Brownville*)

Fui profesor de una pequeña escuela rural próxima a Brownville, que como sabe todo el que haya tenido la suerte de vivir allí es la capital de una considerable extensión de terreno con los más bellos paisajes de California. Durante el verano, la ciudad es frecuentada por un tipo de personas a las que el periódico local suele llamar «buscadores de placer», pero que en una clasificación más justa serían conocidos como «los enfermos y los atacados por la adversidad». La propia ciudad de Brownville podría describirse justamente como el último recurso en cuanto a lugares de veraneo. Está bastante bien dotada de pensiones, en la menos perniciosa de las cuales realizaba yo dos veces al día (pues almorzaba en la escuela) el humilde rito de cimentar la alianza entre el

1 Esta historia fue escrita en colaboración con Miss Ina Lillian Peterson. (N. del A.)

alma y el cuerpo. Desde esta «hostelería» (tal como prefería llamarla el periódico local, cuando no la describía como «caravasai») hasta la escuela, la distancia que tenía que recorrer en un carro por la carretera era de unos tres kilómetros; pero había un sendero, muy poco utilizado, que cruzando un grupo de colinas bajas y muy arboladas reducía considerablemente la distancia. Por ese sendero regresaba una día más tarde de lo habitual. Era el último día del trimestre y me había quedado en la escuela casi hasta el anochecer, preparando las cuentas de mi administración para los fideicomisarios, dos de los cuales, reflexioné orgullosamente, serían capaces de leerlas, mientras que el tercero (un ejemplo del dominio de la mente sobre la materia) quedar-

ía anulado en su habitual lucha con el maestro de escuela que imaginaba ser.

Llevaba recorrida una cuarta parte del camino cuando, interesándome por las travesuras de una familia de lagartos que vivía por allí y

que parecía llena de alegría reptiliana por su inmunidad frente a los incidentes malignos de la vida en Brownville House, me senté sobre un tronco caído para observarlos. Cuando, fatigado, me apoyé en una rama del tronco nudoso y viejo, el crepúsculo se hizo más intenso en el sombrío bosque y la débil luna nueva empezó a formar sombras visibles, adornando las hojas de los árboles con una luz tierna pero fantasmal.

Oí voces: la voz impetuosa y colérica de una mujer que se levantaba por encima de unos tonos masculinos, más ricos y musicales. Concentré la mirada, escudriñando por entre las

oscuras sombras del bosque, con la esperanza de poder ver a los que habían turbado mi soledad, pero no pude ver a nadie. Tenía varios metros de visión ininterrumpida del sendero en cada dirección, y como sabía que no había ningún otro camino a menos de un kilómetro de distancia, pensé que las personas a las que oía debían estar acercándose por el bosque. No

había ningún sonido salvo el de las voces, que ahora eran tan claras que podía entender las palabras. Las del hombre me producían una impresión de cólera que confirmó el asunto del que estaban hablando.

—No son amenazas; sabes bien que estás indefensa. Dejemos las cosas como están o... ¡por Dios que ambas sufriréis por ello!

—¿Qué quieres decir? —preguntó la voz de la mujer, que era una voz cultivada, la de una dama—. No irás a... asesinarlos.

No hubo respuesta o al menos yo no pude oírlo. Durante esa fase de silencio, miré hacia el bosque con la esperanza de vislumbrar a los que hablaban, pues estaba convencido de que se trataba de un asunto grave en el que no deben tenerse en cuenta los escrúpulos ordinarios. Me pareció que la mujer estaba en peligro; en cualquier caso, el hombre no había negado la voluntad de asesinar. Cuando un hombre representa el papel de asesino potencial no tiene derecho a elegir su audiencia. Al

cabo de un tiempo les vi, confusamente, entre los árboles iluminados por la luna. El hombre, alto y delgado, parecía ir vestido de negro; me pareció que la mujer llevaba un traje de color gris. Era evidente que no se habían dado cuenta de mi presencia en la sombra, aunque por alguna razón cuando reanudaron la conversación hablaron en un tono más bajo y ya no

pude entenderles. Mientras miraba a la mujer, ésta pareció agacharse en el suelo y elevar las manos en actitud de súplica, como se suele hacer con frecuencia en el escenario, pero nunca, por lo que yo sé, en ningún otro lugar, aunque ahora no esté totalmente seguro de que lo hiciera así en este caso. El hombre clavó los ojos en ella; parecían brillar tristemente bajo la luz de la luna con una expresión que me hizo pensar que fuera a volverlos hacia mí. No sé qué impulso me hizo moverme, pero de un salto salí de la sombra. En el mismo instante, esas figuras se desvanecieron. En vano miré entre los espacios que dejaban libres los árbo-

les y los matorrales. El viento de la noche hizo crujir las hojas y los lagartos, reptiles de costumbres ejemplares, se habían retirado pronto. La pequeña luna se deslizaba ya tras una oscura colina situada al oeste.

Regresé a casa con la mente algo inquieta, casi dudando de haber oído o visto a ningún ser vivo, salvo los lagartos. Todo aquello me parecía algo extraño y misterioso. Era como si entre los diversos fenómenos, objetivos y subjetivos, que conformaban la suma total del incidente, hubiera habido un elemento incierto que derramara sobre todos los demás su carácter equívoco: como si hubiera introducido en la masa entera la levadura de la irrealidad.

Aquello no me gustaba.

A la mañana siguiente en la mesa del desayuno había un nuevo rostro; tenía frente a mí a una mujer joven a la que apenas miré al sentarme. Hablando con ese tono femenino alto y potente de quien parecía condescender a esperarnos, la joven llamó inmediatamente mi

atención por el sonido de su voz, parecido, aunque no totalmente idéntico, al que seguía

murmurando en mi recuerdo de la aventura de la noche anterior. Un momento más tarde entró en el comedor otra joven, unos años mayor que la primera, y se sentó a la izquierda de ésta, deseándole los buenos días en un tono amable. *Su* voz sí que me sobresaltó: era sin la menor duda la que me había recordado la primera joven. Allí estaba, sentada audazmente delante de mí, la dama del incidente del bosque, «vestida como si estuviera viva».

Evidentemente, eran hermanas. Con una especie de nebulosa aprensión de que podría haber sido reconocido como el mudo y vergonzoso héroe de una aventura que tenía en mi conciencia, sabiendo que había escuchado algo indebidamente, tan sólo me concedí una rápida taza del café tibio que solícitamente me proporcionaba nuestra sabia camarera para casos de emergencia, y abandoné la mesa. Al salir de la casa escuché una rica y potente voz

masculina que cantaba un aria de «Rigoletto».

Puedo decir que la cantaba exquisitamente, pero había algo en ella que me desagradaba, aunque no sabía decir qué era, ni por qué, por lo que me marché caminando a toda prisa.

Aquel día, cuando regresé a una hora tardía, vi a la mayor de las dos jóvenes de pie en el porche, y junto a ella a un hombre alto vestido de negro: precisamente el hombre al que esperaba ver. Durante todo el día había deseado ardientemente saber algo de esas personas, por lo –que decidí ahora enterarme de todo lo que pudiera de alguna forma que no fuera ni baja ni poco honorable.

El hombre estaba hablando afablemente con su compañera, pero al oír el sonido de mis pasos sobre el sendero de gravilla guardó silencio y, dándose la vuelta, me miró directamente. Parecía de mediana edad, de tez oscura y muy guapo. No había en su atuendo el menor

fallo, el porte era sencillo y gracioso, la mirada que volvió hacia mí libre y desprovista de

cualquier sugerencia de tosquedad. Sin embargo, me afectó con una emoción evidente que cuando la analicé más tarde en el recuerdo me pareció una combinación de odio y temor; no deseo llamarla miedo. Un segundo después, el hombre y la mujer habían desaparecido. Me dio la impresión de que se hubieran desvanecido mediante un truco. Sin embargo, al entrar en la casa les vi en el umbral del salón; simplemente habían entrado por una puerta que daba al jardín.

Cuando «abordé» cautamente el tema de los nuevos huéspedes, mi patrona no se mostró descortés. Los hechos, espero que restablecidos con mayor reverencia hacia la gramática, eran éstos: las dos jóvenes, procedentes de San Francisco, se llamaban Pauline y Eva May-

nard; la mayor de ellas era Pauline. El hombre, Richard Benning, era su tutor y había sido el amigo más íntimo de su padre, ahora fallecido. El señor Benning las había llevado a Brownville con la esperanza de que el clima de

la montaña pudiera ser beneficioso para Eva, pues se temía que corriera peligro de contraer tisis.

A partir de estos datos breves y simples, la patrona tejió un bordado de elogios que daban abundantes pruebas de su fe en la voluntad y la capacidad del señor Benning de pagar por los mejores servicios que pudiera prestarle su casa. Que tenía buen corazón era evidente por su devoción a aquellas dos hermosas damas y por su solicitud, realmente conmovedora, por la comodidad de éstas. Aquella prueba no me pareció suficiente y silenciosamente pronuncié el veredicto escocés: «No demostrado».

Era cierto que el señor Benning se mostraba de lo más atento con sus pupilas. En mis paseos por el campo los encontré con frecuencia —a veces en compañía de otros huéspedes del hotel— explorando los barrancos, pescando, cazando con rifles y evitando de diversos modos la monotonía de la vida en el campo; y aunque les observaba tan de cerca como me lo

permitían las buenas costumbres, no vi nada que explicara en modo alguno las extrañas palabras que había escuchado en el bosque. Llegué a tener un conocimiento tolerablemente aceptable de las jóvenes damas y pude llegar a intercambiar miradas e incluso saludos con su tutor sin sentir realmente repugnancia.

Al cabo de un mes casi había dejado de interesarme por sus asuntos cuando, una noche, toda nuestra pequeña comunidad se vio sobrecogida de excitación por un acontecimiento

que me recordó mucho la experiencia que había tenido en el bosque.

Se trató de la muerte de la mayor de las hermanas, Pauline.

Las hermanas habían ocupado el mismo dormitorio en el tercer piso de la casa. Al despertar con el amanecer, Eva encontró a Pauline muerta a su lado. Más tarde, cuando la pobre joven lloraba junto al cadáver, en medio de una multitud de personas llenas de simpatía hacia ella, aunque no excesivamente conside-

radas, el señor Benning entró en la habitación y dio la impresión de que iba a cogerle la mano. Pero ella se apartó del cadáver y se dirigió lentamente hacia la puerta.

—Tú —dijo—. Tú has hecho esto. ¡Tú... tú... tú!

—Está delirando —dijo él en voz baja. La siguió paso a paso cuando se retiraba, mirándola fijamente a los ojos sin nada de ternura ni

compasión.

Ella se detuvo; la mano que había levantado acusadoramente cayó a su costado, sus ojos dilatados se contrajeron visiblemente, los párpados se cerraron lentamente, ocultando su belleza salvaje y extraña, y se quedó inmóvil y casi tan blanca como la hermana muerta que yacía allí al lado. El hombre la cogió de la mano y le pasó el brazo amablemente por encima de los hombros, como dándole apoyo. De pronto ella se puso a llorar apasionadamente y se aferró a él como lo haría un niño a su madre. Él mostró una sonrisa que a mí me afectó desagradablemente –quizás cualquier sonrisa

me habría producido ese sentimiento– y la sacó silenciosamente de la habitación.

Hubo una investigación con el veredicto habitual: la fallecida había encontrado la muerte por una «enfermedad del corazón». Aquello

sucedió antes de que se hubiera inventado el término *fallo* cardíaco, aunque era indudable que el corazón de la pobre Pauline había fallado. El cuerpo fue embalsamado y trasladado a San Francisco por alguien contratado a ese fin, pues ni Eva ni Benning lo acompañaron. Algunos clientes murmuradores del hotel se aventuraron a pensar que aquello era muy extraño, pero fueron muy pocos los espíritus osados que llegaron al punto de pensar que era realmente extraño. La buena de la patrona entró en liza generosamente afirmando que la causa de aquello era la precaria naturaleza de la salud de la joven. No existen datos de que ninguna de las dos personas más afectadas, y en apariencia las menos concernidas, dieran explicación alguna.

Una noche, aproximadamente una semana después de la muerte, salí a la galería del hotel

para recoger un libro que me había dejado allí. Bajo unas parras que ocultaban parcialmente la luz de la luna vi a Richard Benning, aunque ya estaba predispuesto a verlo porque había escuchado previamente la voz baja y dulce de Eva Maynard, a quien también pude ver ahora, de pie ante él levantando una mano por encima de los hombros de él, y sus ojos, evidentemente, por lo que pude juzgar, mirándole a él.

Él le sujetó la mano e inclinó la cabeza hacia la joven con singular dignidad y gracia. La actitud de ambos era la de unos amantes, y como les estaba observando desde la oscuridad, me sentí más culpable que en aquella memorable noche que les vi por primera vez en el bosque. Iba ya a retirarme cuando habló la joven, y el contraste entre sus palabras y su actitud me resultó tan sorprendente que me quedé, simplemente como si me hubiera olvidado de

marcharme.

–Me quitarás la vida como hiciste con la de Pauline. Conozco tu intención lo mismo que tu poder, y nada pido, sólo que termines tu trabajo sin retrasos innecesarios y me dejes en paz.

Él no le respondió: se limitó a soltar la mano que sujetaba, quitó la otra mano que la joven tenía sobre su hombro y, dándose la vuelta, descendió los escalones que conducían al jardín y desapareció entre la vegetación. Pero un momento más tarde escuché, aparentemente desde muy lejos, su hermosa y clara voz, que entonaba un canto bárbaro que en cuanto lo escuché trajo ante mi sentimiento espiritual interior la conciencia de alguna tierra extraña y lejana poblada de seres que tenían poderes prohibidos. La canción me retuvo como si estuviera hechizado, pero cuando desapareció me recuperé y al instante percibí lo que me pa-

reció una oportunidad. Salí de las sombras hacia donde estaba la joven. Ésta se dio la

vuelta y me contempló con una mirada que me pareció como de una liebre acosada. Posiblemente mi intromisión la había asustado.

–Señorita Maynard, le suplico que me diga quién es ese hombre y la naturaleza del poder que tiene sobre usted. Quizás esto sea descortés por mi parte, pero no es momento de dejarse llevar por una ociosa buena educación. Cuando una mujer está en peligro, cualquier hombre tiene derecho a actuar.

Me escuchó sin ninguna emoción visible; pensé que casi sin interés, y cuando terminé de hablar cerró sus grandes ojos azules como si estuviera indescriptiblemente cansada.

–No puede usted hacer nada –contestó.

Le sujeté el brazo y la sacudí suavemente, como a alguien que está cayendo en un sueño

peligroso.

–Debe rebelarse. Algo podrá hacerse, y debe darme permiso para que actúe. Ha dicho que ese hombre mató a su hermana, y la creo; y que la matará a usted, y también la creo.

Ella se limitó a levantar sus ojos hacia mí.

–¿Va a contármelo todo? –añadí.

–No hay nada que pueda hacerse, ya se lo he dicho: nada. Y aunque pudiera hacer algo, no lo haría. No importa lo más mínimo. Sólo estaremos aquí dos días; ¡después nos iremos muy lejos! Si ha visto usted algo, le ruego lo mantenga en secreto.

–Pero esto es una locura –hablando con fuerza, trataba de romper el inmovilismo mortal de su actitud–. Le ha acusado de asesinato. A menos que me explique estas cosas, tendré que poner el asunto en manos de las autoridades.

Eso la despertó, pero de una manera que no

me gustó. Levantó orgullosamente la cabeza y afirmó:

–Señor, no se mezcle en lo que no le concierne. Es asunto mío, señor Moran, no suyo.

–Concierne a toda persona del país... del mundo –respondí con una frialdad igual a la suya–. Aunque no amara usted a su hermana, yo por lo menos me intereso por usted.

–Escúcheme –me interrumpió inclinándose hacia mí–. ¡La amaba, Dios sabe cuánto! Pero más todavía que eso... más allá de lo que puede expresarse, le amo a él. Ha oído un secreto, pero no deberá utilizarlo para hacerle daño a él. Lo negaré todo. Será su palabra contra la mía. ¿Cree que las «autoridades» van a creerle a usted?

Ahora sonreía como un ángel, ¡y qué Dios me ayude porque estaba perdiendo la cabeza enamorándome de ella! ¿Acaso con alguno de

los múltiples métodos de adivinación que conocen las mujeres estaba leyendo mis sentimientos? Había cambiado totalmente de actitud.

—Vamos —me dijo en un tono casi mimoso—: prométame que no volverá a ser descortés —añadió tomándome del brazo de la manera más amigable—. Hablaré con usted. Él no se enterará... estará fuera toda la noche.

Paseamos por la galería, arriba y abajo, bajo la luz de la luna. Parecía haber olvidado su re-

ciente aflicción, pues empezó a realizar comentarios y murmuraciones de jovencita sobre todo tipo de cosas sin importancia sucedidas en Brownville; yo guardaba silencio porque me sentía incómodo, pues tenía cierta sensación de haberme implicado en una intriga. Fue una revelación: aquella persona encantadora, y aparentemente inocente, engañando fría y

abiertamente al hombre por el que un momento antes había reconocido ese amor supremo para el que incluso la muerte es una prueba aceptable.

«Verdaderamente hay aquí algo nuevo bajo la luna», pensé en mi inexperiencia. Y la luna debió sonreír.

Antes de que nos despidiéramos había conseguido que me prometiera que saldría a dar un paseo conmigo la siguiente tarde, antes de irse para siempre, hasta el Viejo Molino, una de las reverenciadas antigüedades de Brownville, construido en 1860.

–Si él no está por aquí –contestó ella con gra-

vedad cuando le solté la mano que me había dado al despedirse, y que, que me perdonen los santos, me esforcé vanamente por volver a tomar una vez que dijo aquello: tal como señalan los sabios franceses, así de encantadora en-

contramos la infidelidad de una mujer cuando nosotros somos el objeto y no la víctima.

Aquella noche, dándome sus bendiciones, el ángel del sueño se apoderó de mí.

En Brownville House se cenaba pronto, y tras la cena del siguiente día la señorita Maynard, que no se había sentado a la mesa, se acercó a mí en la galería, vestida con el más recatado de los trajes de paseo, sin decir una palabra. Evidentemente «él no estaba por allí».

Subimos lentamente por el camino que conducía al Viejo Molino. Ella no parecía tener demasiadas fuerzas, por lo que a veces se cogía de mi brazo, abandonándolo y volviéndolo a tomar de una manera que me pareció bastante caprichosa. Su estado de ánimo, o más bien su sucesión de estados de ánimo, era tan mu-

table como la luz del cielo en un mar ondulado. Bromeaba como si nunca hubiera oído

hablar de la muerte y reía por el incidente más ligero, para inmediatamente después cantar algunos compases de una melodía grave con una expresión tan tierna que yo tenía que apartar mi mirada para que no viera la prueba del éxito de su arte, si era arte, y no ingenuidad, como a veces me sentía impulsado a pensar. Dijo las cosas más extrañas de la manera menos convencional, bordeando a veces insondables abismos del pensamiento en los que yo apenas me habría atrevido a poner el pie. En suma, me estaba fascinando de mil maneras distintas, y a cada paso yo ejecutaba una locura emocional más nueva y profunda, una indiscreción espiritual más osada, aceptando responsabilidades nuevas para evitar, mediante el policía de la conciencia, las infracciones a mi propia paz.

Al llegar al molino no pareció que fuera a detenerse, sino que se metió por un sendero que,

atravesando un campo de rastrojos, conducía a un torrente. Lo cruzamos por un rústico puente y seguimos el sendero, que ascendía ahora hacia una colina que era uno de los puntos más pintorescos del país. Le daban el nombre de Nido de Águila: era la cumbre de un risco que se elevaba en el aire hasta una altura de varios cientos de metros por encima del bosque que había en su base. Desde aquella elevada posición teníamos una magnífica vista de otro valle y de las colinas opuestas, enrojecidas por los últimos rayos de sol poniente.

Cuando observábamos cómo la luz se iba escapando a planos más y más elevados desde las sombras que llenaban el valle, oímos unos pasos y al cabo de un momento se nos unió Richard Benning.

—Les vi desde el camino, así que subí —dijo descuidadamente.

Como soy un estúpido, en lugar de cogerle

por la garganta y lanzarlo al abismo, murmuré una mentira cortés. El efecto que produjo su

llegada sobre la joven fue inmediato e inequívoco. Se había difundido por su rostro la gloria de la transfiguración del amor: la luz rojiza del atardecer no resultaba más evidente en su mirada que la luz del amor que la sustituyó.

—¡Me alegro tanto de que hayas venido! —dijo ella dándole a él ambas manos. ¡Y que Dios me ayude, evidentemente era cierto!

Sentándose en el suelo, empezó él una animada disertación sobre las flores silvestres de la zona, con muchas de las cuales había formado un ramo. En mitad de una frase divertida, de pronto dejó de hablar y fijó la mirada en Eva, que apoyada en el tocón de un árbol trenzaba hierbas con actitud ausente. Sorprendentemente, ella elevó los ojos hacia él, como si hubiera *sentido su* mirada. Se levantó entonces,

arrojó las hierbas y se alejó lentamente de él.
También él se levantó, sin dejar de mirarla.
Llevaba todavía en la mano el ramo de flores.
La joven se dio la vuelta, por expresarlo así,
pero no dijo nada. Ahora recuerdo con clari-

dad algo que en aquel momento apenas observé conscientemente: el terrible contraste entre la sonrisa de los labios de ella y su expresión aterrorizada al responder a la mirada fija e imperativa de él. No sé cómo sucedió, ni cómo no me di cuenta de ello antes; tan sólo sé que con la sonrisa de un ángel en sus labios y la mirada de terror en sus hermosos ojos, Eva Maynard saltó de la roca y se estrelló contra las copas de los pinos del valle inferior.
No sé cuánto tardé en llegar a aquel lugar, pero Richard Benning ya estaba allí, arrodillado ante el cadáver de la mujer.
—Está muerta —dijo fríamente—. Iré a la ciudad

a buscar ayuda. Por favor, hágame el favor de quedarse aquí. –Se puso en pie y empezó a alejarse, pero al cabo de un momento se detuvo y se dio la vuelta—: sin duda habrá observado, amigo mío, que lo hizo totalmente por su propia voluntad. No pude levantarme a tiempo para impedirlo, y usted, como no conocía su condición mental... desde luego que

no podía ni sospecharlo.

Su actitud me enloquecía.

–En realidad es usted su asesino; tanto como si sus condenadas manos le hubieran abierto la garganta.

Se encogió de hombros sin responder a mi frase, se dio la vuelta y se marchó. Un momento más tarde escuché a través de las profundas sombras del bosque por el que había desaparecido una voz rica y potente de barítono que cantaba *La donna e mobile*, de «Rigoletto».

EL FAMOSO LEGADO GILSON

(*The Famous Gilson Bequest*)

Lo de Gilson iba mal: tal era el juicio lacónico y frío, si bien no carente de simpatía, de la mejor opinión pública de Mammon Hill: el dictamen de la sociedad respetable. El veredicto del elemento opuesto, o mejor sería decir opo- nente –el elemento que acechaba con ojos en- rojecidos e inquietos la «ruina» de Moll Gur- ney, mientras la respetabilidad se tomaba el asunto más dulcemente en el magnífico «salón» del señor Jo. Bentley– venía a tener prácticamente los mismos efectos generales, aunque expresados con mayor adorno me- diante la utilización de pintorescas palabrotas que es innecesario citar. Por lo que respecta a la cuestión Gilson, Mammon Hill era prácti- camente una piña. Y debe confesarse que en un sentido meramente temporal no le iba todo

bien al señor Gilson. Aquella misma mañana había sido conducido a la ciudad por el señor Brentshaw y acusado públicamente de robar

caballos; entretanto el sheriff estaba ocupado en El Árbol probando una nueva cuerda de cáñamo mientras el carpintero Pete se afanaba activamente, entre trago y trago, en fabricar una caja de pino de la longitud y la anchura del señor Gilson. Una vez que la sociedad había pronunciado su veredicto, entre Gilson y la eternidad sólo restaba la formalidad decente de un juicio.

Éstos son, de manera breve y simple, los anales del prisionero: recientemente había residido en New Jerusalem, en la horquilla septentrional de Little Stony, pero había acudido a los recién descubiertos depósitos minerales de Mammon Hill inmediatamente antes de la «fiebre del oro» que había despoblado la po-

blación anterior. El descubrimiento de las nuevas excavaciones había sido oportuno para el señor Gilson, pues muy poco antes un comité de vigilancia de New Jerusalem le había dado a entender que sería mejor que cambiara de vida y *se fuera*, para siempre, a algún otro

lugar; y la lista de los lugares a los que podía acudir sintiéndose a salvo no incluía muchos de los campamentos anteriores, por lo que lógicamente se estableció en Mammon Hill. Como acabó por ser seguido hasta allí por sus jueces, ordenó su conducta con considerable circunspección, pero como no se sabía que hubiera trabajado decentemente ni un solo día en alguna labor aprobada por el rígido código moral local, aparte de jugar al póker, seguía siendo objeto de la sospecha general. A decir verdad, se conjeturaba que había sido el autor de las numerosas depredaciones osadas que se

habían cometido recientemente en los diques de contención utilizando una batea y un cepillo.

El señor Brentshaw ocupaba un lugar destacado entre aquellos que habían cambiado las sospechas por una convicción firme. En cualquier momento, resultara o no oportuno, el señor Brentshaw expresaba su creencia de que el señor Gilson estaba relacionado con aque-

llas impías aventuras de medianoche, añadiendo su voluntad de abrir caminos a los rayos del sol a través del cuerpo de cualquiera que considerara adecuado expresar una opinión diferente, lo que en su presencia procuraba no hacer ni siquiera la pacífica persona más implicada en el tema. Pero con independencia de cuál fuera la verdad del asunto, lo cierto es que con frecuencia Gilson perdía más «polvo de oro puro» en la mesa de faro²] de Jo.

Bentley de lo que estaba registrado en la historia local que hubiera ganado nunca honestamente al póker durante toda la existencia del campamento. Pero finalmente el señor Bentley —posiblemente porque temía perder el patronazgo más provechoso del señor Brentshaw— se negó en redondo a que Gilson cubriera con monedas la apuesta de la reina, dando a entender al mismo tiempo, a su manera sincera y

2 El «faro» es un juego en el que los jugadores apostaban acerca de qué cartas levantaría el crupier. (N. del T.)

directa, que el privilegio de perder dinero en «aquel banco» era una bendición que debía ir aparejada a la condición de una corrección comercial notoria y una buena fama social.

Los habitantes de Hill consideraron que ya era el momento de ocuparse de una persona a la que el ciudadano más honorable del lugar

se había visto obligado a rechazar aun a costa de un considerable sacrificio personal. Particularmente el contingente que procedía de New Jerusalem empezó a mitigar su tolerancia, surgida por la diversión que les producía la medtura de pata que habían cometido al exiliar a un vecino de dudosa reputación enviándolo precisamente al mismo lugar al que ellos habían acabado por llegar. Finalmente, todos los habitantes de Mammon Hill eran de la misma opinión. Tampoco es que se expresara así, pero el hecho de que Gilson debía ser ahorcado estaba «en el ambiente». Pero en este momento decisivo de su historia, dio signos de haber cambiado de vida, aunque no fuera de co-

razón. Quizás se debiera tan sólo a que como «el banco» se había cerrado para él, de nada le servía ya el polvo de oro. En cualquier caso, lo cierto es que los diques de contención no vol-

vieron a ser molestados. Pero era imposible reprimir la abundante energía de una naturaleza como la suya, por lo que prosiguió, posiblemente por el hábito, los caminos tortuosos que ya había recorrido para beneficio del señor Bentley. Tras algunos intentos inútiles de dedicarse al robo en los caminos –si es posible utilizar un nombre tan duro para ese trabajo de carretera–, hizo uno o dos modestos intentos en la conducción de manadas de caballos, y fue en mitad de una prometedora acción de este tipo, y precisamente cuando mejor le iban las cosas, cuando naufragó. Pues una neblinosa noche iluminada por la luna el señor Brentshaw se topó con una persona que evidentemente tenía intenciones de abandonar aquella parte del país, sujetó el ronزال que relacionaba la muñeca del señor Gilson con la yegua baya del señor Harper, le palmeó fami-

liarmente la mejilla con el cañón de un revólver y le solicitó el placer de que le acompañara en la dirección contraria a la que iba viajando. Ciertamente, Gilson lo tenía bastante mal.

La mañana posterior a su detención fue juzgado, considerado culpable y sentenciado. Por lo que concierne a su vida en la tierra, sólo restaba ahorcarle, reservando para una mención más particular su última voluntad y testamento, que con gran esfuerzo redactó en la prisión, y en el que probablemente por alguna idea confusa e imperfecta acerca del derecho de sus captores, legaba todas sus posesiones a su «ejecutor legal», el señor Brentshaw. Sin embargo, el legado incluía la condición de que el heredero bajara de El Árbol el cuerpo del testatario y lo «plantara en tierra».

De manera que el señor Gilson fue... iba a decir que fue «abandonado a su balanceo», pero me temo que ya he utilizado demasiados giros provincianos en esta relación directa de los

hechos; además, la forma en que la ley siguió su curso se describe con mayor precisión con los términos que empleó el juez al leer la sentencia: el señor Gilson fue «ahorcado».

A su debido momento, el señor Brentshaw, algo conmovido quizás por el cumplimiento de la herencia, fue a El Árbol para recoger el fruto.

Cuando bajó el cuerpo se encontró en el bolsillo del chaleco un codicilo debidamente firmado del testamento que ya hemos citado. La naturaleza de sus provisiones explicaba el hecho de que así se hubiera ocultado, pues si el señor Brentshaw hubiera conocido previamente las condiciones por las que se haría cargo del legado Gilson, sin la menor duda habría rechazado la responsabilidad. De manera breve, el codicilo venía a decir lo siguiente:

Puesto que en diversos momentos y lugares determinadas personas afirmaron que durante

su vida el testador les había robado en sus diques de contención; por tanto, si durante los cinco años siguientes a la fecha de este instru-

mento legal alguien presentara pruebas de tal afirmación ante un tribunal, dicha persona recibiría como reparación toda la herencia personal y real que el testador muerto se apropió y poseyó, menos los gastos del tribunal y una compensación establecida al ejecutor legal, *Henry Clay Brentshaw*; proveyendo que, si más de una persona presentaba esa prueba, la herencia se dividiría a partes iguales entre ellos o con ellos. Pero en caso de que ninguno consiguiera establecer así la culpa del testador, entonces la propiedad entera, menos los gastos de tribunal, tal como se mencionaron, iría a parar al mencionado *Henry Clay Brentshaw* para su propio uso, tal como se establecía en el testamento.

Quizás la sintaxis de este notable documento pueda ser objeto de la crítica, pero el significado resultaba bastante claro. La ortografía no se conformaba a ningún sistema reconocido, pero por ser sobre todo fonética, no resultaba ambigua. Tal como comentó exactamente el juez

testamentario, para ganar aquella apuesta se necesitarían cinco ases. El señor Brentshaw sonrió de buen humor, y tras ejecutar los últimos y tristes ritos con divertida ostentación, juró debidamente como ejecutor y heredero condicional según las provisiones de una ley apresuradamente aprobada (a instancias del miembro del distrito de Mammon Hill) por un cuerpo legislativo chistoso; la misma ley que, tal como se descubrió más tarde, había creado también tres o cuatro empleos lucrativos y autorizado los gastos de una considerable suma de dinero público para construir un puente sobre

la línea férrea que quizás habría resultado más ventajoso de haberse construido sobre alguna vía real y existente.

Evidentemente el señor Brentshaw no esperaba beneficiarse ni del testamento ni del litigio, como consecuencia de sus inusuales provisiones; aunque Gilson había tenido dinero en abundancia con frecuencia, los asesores y recaudadores fiscales habían procurado no

perder dinero con él. Pero una búsqueda descuidada y formal entre sus papeles puso al descubierto títulos de propiedad de valiosas fincas en el este, y certificados de depósito de sumas increíbles en bancos bastante menos escrupulosos que el del señor Jo. Bentley.

Estas sorprendentes noticias se conocieron inmediatamente, produciendo gran excitación en la zona. El *Patriot* de Mammon Hill, cuyo editor había sido uno de los principales insti-

gadores del movimiento que obligó a Gilson a abandonar New Jerusalem, publicó una nota necrológica llena de cumplidos hacia el fallecido en la que llamaba la atención sobre el hecho de que su vil competidor, el *Clarion* de Squaw Gulch, estaba convirtiendo la virtud en desprecio al ensuciar con lisonjas la memoria de aquel al que en vida había considerado como alguien molesto y vil. Sin embargo, el hecho es que sin dejarse intimidar por la prensa, los reclamantes del testamento no tardaron en presentarse con sus pruebas; y por grande

que fuera el legado Gilson, llegó a parecer claramente insignificante teniendo en cuenta el gran número de diques de contención del que se aseguraba había obtenido las riquezas. ¡El país entero se levantó como un solo hombre! El señor Brentshaw estuvo a la altura de la situación de emergencia. Con una astuta aplica-

ción de humildes dispositivos auxiliares, levantó enseguida sobre los huesos de su benefactor un monumento costoso que sobresalía en altura sobre todos los otros del cementerio, y sobre él hizo juiciosamente que se inscribiera un epitafio que él mismo había compuesto y en el que elogiaba la honestidad, el espíritu público y las virtudes afines de aquel que dormía debajo, «víctima de las injustas calumnias de la camada de víboras del Calumniador».

Empleó además a los mejores talentos legales de la zona para defender la memoria de su desaparecido amigo, por lo que durante cinco largos años los tribunales territoriales se ocu-

paron de todos los litigios abundantes que se relacionaban con el legado Gilson. A los mejores hombres de leyes el señor Brentshaw opuso la capacidad de leguleyos mejores todavía;

en la licitación por los favores que podían comprarse, ofrecía precios que desorganizaron totalmente el mercado; los jueces encontraron en su mesa hospitalaria entretenimiento para el hombre y el animal, como nunca antes lo había habido en el territorio; a los testigos falsos les enfrentó con testigos de falsedad superior.

Pero la batalla no se limitó al templo de la ciega diosa, sino que invadió la prensa, el púlpito y las salas de estar. Producía furor en el mercado, en la bolsa y en la escuela; en los barrancos y en las esquinas de la ciudad. Y en el último día del memorable período que limitaba la acción legal del testamento Gilson, el sol se puso en una región en la que el sentido moral había muerto, la conciencia social se había vuelto cruel, y la capacidad intelectual

había menguado y se había debilitado y con-

fundido. Pero el señor Brentshaw ganó en toda la línea.

Sucedió aquella noche que el cementerio *en el que*, en una de sus esquinas, yacían las cenizas ahora honradas del fallecido caballero Milton Gilson, quedó parcialmente cubierto por el agua. Con la crecida provocada por las lluvias incesantes, el torrente Cat había derramado por encima de sus orillas una colérica inundación que, tras socavar el suelo en múltiples lugares, había remitido en parte, como por vergüenza del sacrilegio, dejando al descubierto mucho de lo que se había ocultado piadosamente. Incluso el famoso monumento Gilson, orgullo y gloria de Mammon Hill, había dejado de ser un vigoroso y erguido rechazo de la «camada de víboras», había sucumbido a la corriente que lo socavó y había sido derribado. La macabra inundación había exhumado el pobre y podrido ataúd de pino, que yacía ahora expuesto a la luz en piadoso contraste con el

pomposo monolito que, como un signo gigantesco de admiración, ponía de relieve la revelación.

A ese deprimente lugar, atraído por una influencia sutil que no pretendió analizar ni tampoco resistirse a ella, llegó el señor Brentshaw. Un señor Brentshaw ya cambiado. Cinco años de esfuerzo, ansiedad y vigilancia habían cubierto de parches grises sus cabellos negros, encorvado su hermosa figura, afilado su rostro, y convertido su ágil modo de andar en un arrastrarse chocheante. Ese lustro de fiera lucha no había afectado menos a su corazón e intelecto. El buen humor despreocupado que le había impulsado a aceptar el legado del muerto había cedido ante un hábito de melancolía constante. Su intelecto firme y vigoroso había madurado dando paso a la blandura mental de una segunda infancia. Su entendi-

miento amplio se había estrechado hasta acomodarse a una sola idea; y en lugar de la incredulidad tranquila y cínica de tiempos ante-

rioros, había en él una fe obsesiva en lo sobrenatural que aleteaba en su alma sombría como un murciélago que presagiara la locura. Confuso en todo lo demás, su entendimiento se aferraba a una sola convicción con la tenacidad de un intelecto hundido. Esa convicción era la creencia inquebrantable en la inocencia absoluta del fallecido Gilson. Tantas veces lo había jurado así en el tribunal y afirmado en conversaciones privadas –con tanta frecuencia había sido tan triunfalmente establecido así por testimonios que su buen dinero le habían costado (pues ese mismo día había pagado el último dólar del legado Gilson al señor Jo. Bentley, último testigo del buen carácter de Gilson)– que esa convicción se había converti-

do para él en una especie de fe religiosa. Le parecía la única verdad básica y decisiva de la vida: la única verdad serena en un mundo de mentiras.

Aquella noche, mientras estaba sentado y pensativo sobre el monumento caído, tratando

de descifrar bajo la débil luz de la luna el epitafio que cinco años antes había compuesto con una sonrisa que la memoria no había registrado, las lágrimas del remordimiento brotaron de sus ojos al recordar que él había sido el principal instrumento que provocó, mediante una falsa acusación, la muerte de aquel buen hombre; pues durante parte de los procedimientos legales, el señor Harper, por una consideración (olvidada) había jurado que en la pequeña transacción con su yegua baya el fallecido había actuado en acuerdo estricto con sus deseos, que él mismo le había comunicado

confidencialmente al fallecido, el cual los había ocultado fielmente a costa de su vida. Todo lo que el señor Brentshaw había hecho desde entonces en favor de la memoria del muerto le parecía dolorosamente inadecuado: ¡en su mayor parte mediocre, insignificante y degradado por el egoísmo!

Mientras estaba sentado allí torturándose con esos lamentos inútiles, una débil sombra

cruzó por delante de sus ojos. Al levantar la vista hacia la luna, que estaba a baja altura por el oeste, vio que la oscurecía una especie de nube vaga y acuosa; pero al moverse los haces de luz iluminaron uno de sus lados y percibió el perfil claro de una figura humana. La aparición fue haciéndose poco a poco más visible; estaba muy cerca de él. Por sorprendidos que estuvieran sus sentidos, casi trabados por el terror y confundidos por terribles imágenes, el

señor Brentshaw no pudo evitar percibir, o pensar que percibía, que aquella forma ultraterrena tenía una extraña similitud con la parte mortal del finado Milton Gilson, con el aspecto que tenía esa persona cuando fue bajada de El Árbol cinco años antes. La semejanza era en verdad completa, incluso para sus ojos fríos, y en el cuello tenía una especie de círculo sombreado. No llevaba abrigo ni sombrero, estaba exactamente igual que Gilson cuando había sido colocado en su pobre y barato ataúd por las manos poco cuidadosas del carpintero Pe-

te... por el que hacía ya bastante tiempo que alguien había realizado el mismo y amistoso oficio. El espectro, si era tal cosa, parecía llevar en las manos algo que el señor Brentshaw no podía descifrar claramente. Se acercó más, hasta que finalmente se detuvo al lado del ataúd que contenía las cenizas del fallecido señor

Gilson, cuya tapa estaba torcida y revelaba a medias su incierto interior. Inclinandose sobre él, el fantasma pareció lanzar en él una sustancia oscura de dudosa consistencia que llevaba en un cuenco, para después deslizarse furtivamente hacia la parte inferior del cementerio. Allí la inundación había trasladado, al retirarse, varios ataúdes abiertos, entre los que empezó a emitir gorgoteos junto con sollozos y susurros. Inclinandose sobre uno de ellos, la aparición cepilló cuidadosamente su contenido sobre el cuenco, regresó luego a su propio ataúd y vació en él el cuenco, lo mismo que antes. Repitió la misteriosa operación en todos los ataúdes que habían quedado abiertos, y a

veces el fantasma metía el cuenco en el agua corriente y lo agitaba suavemente para limpiarlo de la arcilla más ruín, amontonando siempre los residuos en su caja privada. En re-

sumen, la parte inmortal del fallecido Milton Gilson estaba limpiando el polvo de sus vecinos y añadiéndolo previsoramente al suyo. Quizás fuera el fantasma de una mente trastornada en un cuerpo enfebrecido. Quizás fuera una farsa solemne representada por los espíritus burlones que pueblan las sombras que están a la orilla del otro mundo. Dios lo sabrá; a nosotros sólo nos queda el conocimiento de que cuando el sol del siguiente día tocó con su luz dorada el cementerio en ruinas de Mammon Hill, el más amable de sus rayos iluminó el rostro inmóvil y blanco de Henry Brentshaw, muerto entre los muertos.

EL SOLICITANTE

(*The applicant*)

Abriéndose paso entre la capa de nieve que había caído la noche anterior, que le llegaba hasta las espinillas, y estimulado por la alegría

de su hermana pequeña que le seguía por el camino que él iba abriendo, el hijo del ciudadano más distinguido de Grayville, un muchacho pequeño y robusto, chocó uno de sus pies con algo que no resultaba visible bajo la superficie de la nieve. El propósito de esta narración es explicar cómo llegó hasta allí

Nadie que hubiera tenido la suerte de pasar por Grayville durante el día podía dejar de observar el gran edificio de piedra que coronaba la colina baja situada al norte de la estación del ferrocarril: es decir hacia la derecha si uno se dirigía a Great Mowbray. Es un edificio de aspecto algo insípido, del estilo “comatoso temprano”, que parecía haber sido construido por un arquitecto que huía de la publicidad, y aunque no pudo ocultar su obra —en este caso

incluso se vio obligado a mostrarla por tener que situarla a la vista de los hombres, sobre un

promontorio—, hizo honestamente todo lo que pudo para asegurarse de que nadie le echara una segunda mirada. Por lo que concierne a su aspecto exterior y visible, el Hogar de Hom-
bres Ancianos Abersush es incuestionable-
mente poco hospitalario por lo que se refiere a la atención humana.

Pero es un edificio de gran magnitud que costó a su benevolente fundador los beneficios de muchas cargas de té, sedas y especias que traían sus barcos desde los bajos fondos cuando se dedicaba al comercio en Boston; aunque los gastos principales fueron los de dotar el edificio de todo lo necesario. En resumidas cuentas, esta imprudente persona había robado a sus herederos una suma no inferior al medio millón de dólares, de los que se deshizo con donaciones desenfrenadas. Con la idea, posiblemente, de desaparecer de la vista de los testigos silenciosos de su extravagancia, poco

después dispuso de todas las propiedades que le quedaban en Grayville, dio la espalda al escenario de su prodigalidad y cruzó el mar en uno de sus barcos. Las murmuraciones, que parecen obtener directamente del cielo su inspiración, afirmaban que fue en busca de una esposa: teoría que no era fácil de reconciliar con la del humorista del pueblo, quien aseguraba solemnemente que el filantrópico soltero había abandonado esta vida (es decir, se había ido de Grayville) porque las doncellas casaderas se lo estaban poniendo demasiado difícil. Pero, aunque así hubiera podido ser, no había regresado, y aunque de vez en cuando llegaban hasta Grayville, de forma poco metódica, vagos rumores acerca de sus recorridos por tierras extrañas, nadie llegó a saber nada con certeza acerca de él, por lo que para la nueva generación llegó a ser nada más que un nombre. Pero sobre la puerta del Hogar de Anicia-

nos, la piedra gritaba ese nombre.

A pesar de lo poco prometedor del exterior,

el Hogar es un lugar bastante cómodo para retirarse de todos los males que habían sufrido sus internos por ser pobres, viejos y hombres.

En la época a la que se refiere esta breve crónica, debían ser una veintena, pero por su acritud, ingratitude general y nivel de quejas podría parecer que llegaban casi a cien; ése era al menos el cálculo del superintendente, el señor Silas Tilbody. El señor Tilbody tenía la convicción firme de que siempre que los fideicomisarios o administradores admitían a ancianos nuevos, para sustituir a los que se habían ido a otro y mejor Hogar, lo hacían claramente con la voluntad de interrumpir su paz y poner a prueba su paciencia. En verdad, cuanto más se iba relacionando con la institución más poderoso era su sentimiento de que el benevolente

plan del fundador se veía tristemente perjudicado por el hecho de tener que admitir internos. No tenía demasiada imaginación, pero con la que poseía acostumbraba a reconstruir el Hogar para Hombres Ancianos en una es-

pecie de “castillo en el aire”, con él mismo como castellano, dedicado a mantener hospitalariamente a una veintena de aseados y prósperos caballeros de mediana edad, de muy buen humor y con la voluntad de pagar cortésmente por la comida y el alojamiento. En esta revisión del proyecto filantrópico, felizmente no existían los fideicomisarios, a quienes les debía su trabajo y ante los que era responsable de su conducta. Por lo que se refiere a los fideicomisarios, el humorista del pueblo antes mencionado sostenía que, en su gestión de la gran obra caritativa, la providencia les había proporcionado solícitamente incentivos para su

prosperidad. Nada sabemos de las deducciones que esperaba el humorista se extrajeran de dicha opinión; los internos, que desde luego eran los más implicados, ni la apoyaban ni la negaban. Vivían sus escasos restos de vida, se deslizaban a unas tumbas ordenadamente numeradas y eran sucedidos por otros ancianos que se asemejaban a ellos todo lo que

podría haber deseado el Adversario de la Paz. Si el Hogar era un lugar de castigo por el pecado de haber sido manirroto, los veteranos pecadores buscaban justicia con una persistencia que era testigo de la sinceridad de su arrepentimiento. Hacia uno de ellos invito ahora al lector a que preste su atención.

Por lo que se refiere al atuendo, dicha persona no resultaba excesivamente atractiva. Pues dada la estación, mediados de invierno, hasta un observador descuidado habría visto en él

una estratagema astuta de aquel que no está dispuesto a compartir los frutos de su trabajo con los cuervos que ni trabajan ni hilan; un error que no habría podido disiparse sin una observación más prolongada y atenta; pues su avance por la calle Abersush, hacia el Hogar, en la oscuridad de una tarde invernal, no resultaba más veloz del que podría haberse esperado de un espantapájaros bendecido con la juventud, la salud y el descontento. Aquel hombre iba claramente mal vestido, aunque

no careciera de cierta salud ni de buen gusto; pues resultaba evidente que era un solicitante que trataba de ser admitido en el Hogar, donde la pobreza era una cualificación. En el ejército de los indigentes, el uniforme son los harapos, que sirven a los oficiales reclutantes para distinguir a sus soldados.

Cuando el anciano cruzó la puerta de la finca

y empezó a ascender arrastrando los pies por el ancho camino, blanqueado ya por la nieve que caía rápidamente y que él, de vez en cuando, se sacudía de diversos rincones de su cuerpo, se colocó bajo la inspección de un farol grande y redondo que estaba encendido la noche entera encima de la puerta principal del edificio. Como si no deseara someterse a sus reveladores rayos luminosos, giró hacia la izquierda, recorrió una considerable distancia a lo largo de la fachada principal del edificio, llamó en una puerta más pequeña de cuyo interior salía una luz más tenue a través de un montante en forma de abanico, y que por tanto

se extendía, poco favorable a la curiosidad, hacia arriba. El personaje que abrió la puerta no fue otro que el propio e importante señor Tilbody. Al observar al visitante, quien de inmediato se destocó y redujo algo el radio de la

curvatura permanente de su espalda, el hombre importante no dio señal visible ni de sorpresa ni de incomodidad. El señor Tilbody se encontraba en un estado poco común de buen humor, fenómeno que sin duda podía achacarse a la alegre influencia del momento, pues era la víspera de Navidad y el siguiente día sería esa bendita trescientas setenta y cincoava parte del año que todas las almas cristianas destinan a sus mejores hazañas de bondad y de alegría. Tan repleto estaba el señor Tilbody del espíritu del momento que su rostro grueso y sus ojos de color azul claro –cuyo fuego inexistente permitía distinguirlo de una calabaza que se hubiera dado fuera de temporada– difundían un brillo tan afable que era una pena que no pudiera mantener solazándose en la

conciencia de su propia identidad. Iba preparado con sombrero, botas, abrigo y paraguas,

tal como correspondía a una persona a punto de exponerse a la noche y la tormenta en una misión de caridad; pues el señor Tilbody acababa de despedirse de su esposa y de sus hijos para ir “al centro” a comprar los elementos con los que confirmar la falsedad anual acerca de ese santo de vientre hinchado que frecuenta las chimeneas para recompensar a las niñas y niños pequeños que son buenos y sobre todo fieles. Ésa es la razón de que no invitara al anciano a entrar, sino que le saludara alegremente con estas palabras:

–¡Hola! Viene justo a tiempo. Un momento más tarde y no me habría encontrado. Vamos, no tengo tiempo que perder; haremos juntos una parte del camino.

–Se lo agradezco –contestó el anciano, sobre cuyo rostro delgado y blanco, pero no innoble, la luz de la puerta abierta dejaba al descubierto una expresión que era, quizás, de decep-

ción—. Pero si los fideicomisarios...si mi solicitud...

—Los fideicomisarios han aceptado que su solicitud no les es aceptable —contestó el señor Tilbody cerrando así dos puertas, con lo que eliminaba dos tipos de luz.

Hay algunos sentimientos que no resultan apropiados para la Navidad, pero el humor tiene para sí, lo mismo que la muerte, todas las estaciones.

—¡Ay, Dios mío! —gritó el anciano en un tono tan ronco y tenue que la invocación resultó cualquier cosa menos impresionante, y al menos a uno de sus dos auditores le pareció ciertamente algo ridícula. Al Otro... Pero éste es un asunto que los profanos no tenemos suficiente luz para exponer.

—Sí —prosiguió el señor Tilbody acomodando su paso al del compañero, que mecánicamente, pero no con demasiado éxito, recorría a la

inversa el camino que él mismo había abierto en la nieve—. Han decidido que dadas las cir-

cunstancias, las circunstancias muy peculiares, usted me entenderá, no sería adecuado admitirle. Como superintendente y secretario ex officio de la honorable junta –tal como el señor Tilbody “pronunciaba claramente su título”, la magnitud del gran edificio, visto tras el velo que formaba la nieve al caer, parecía sufrir algo con la comparación–, es mi deber informarle de que, con las palabras mismas del presidente, el diácono Byram, su presencia en el Hogar resultaría, repito que dadas las circunstancias, peculiarmente embarazosa. Consideré que era mi deber someter a la honorable junta la expresión que me hizo usted ayer de sus necesidades, su condición física y las pruebas que la Providencia ha tenido a bien enviarle, y hasta el esfuerzo de presentar personalmente

su petición; pero tras una consideración cuidadosa, y me atrevería a decir suplicatoria, de su caso –y confío que también algo de esa gran capacidad para la caridad que es apropiada a esta estación–, se decidió que no estaría justifi-

cado hacer nada que probablemente dañaría la utilidad de la institución que se ha confiado (por la Providencia) a nuestro cuidado.

Mientras hablaban, habían salido ya de los terrenos del Hogar; el farol situado frente a la puerta resultaba apenas visible por causa de la nieve. Se había borrado ya el rastro anterior del anciano y éste parecía inseguro con respecto a qué camino debería seguir. El señor Tilbody se había adelantado un poco, pero se detuvo y se dio la vuelta hacia él, pues no parecía deseoso de perder aquella oportunidad.

–Dadas las circunstancias, la decisión...

Pero el anciano resultaba inaccesible a la ca-

pacidad persuasiva de su verbosidad; había cruzado la calle hacia un solar vacío y seguía avanzando en una progresión bastante sinuosa hacia ningún lugar en particular; lo cual, puesto que no tenía ningún lugar en particular al que acudir, no era un procedimiento tan irrazonable como podría parecer.

Y así es como sucedió que a la mañana si-

guiente, cuando las campanas de las iglesias de todo Grayville sonaban con la unción adicional que era apropiada al día, el robusto y pequeño hijo del diácono Byram, abriéndose un camino por la nieve hasta el lugar de veneración, golpeó uno de sus pies contra el cuerpo del filántropo Amasa Abersush.

UN VIGILANTE JUNTO AL MUERTO

(A watcher by the dead)

I

En una habitación del piso superior de una vivienda desocupada situada en esa parte de San Francisco que se conoce con el nombre de North Beach, yacía bajo una sábana el cadáver de un hombre. La hora estaba próxima a las nueve de la noche; la habitación, apenas iluminada por una sola vela. Aunque el tiempo era bueno, las dos ventanas estaban cerradas con las persianas bajadas, contrariando la costumbre de dar mucho aire a los muertos. El mobiliario se componía tan sólo de tres piezas: un sillón, una pequeña mesita de lectura sobre la que estaba la vela y una mesa de cocina alargada sobre la cual estaba el cadáver del hombre. Los tres muebles, lo mismo que el cadáver, parecían haber sido llevados recientemente, pues un observador, de haber existido alguno, habría visto que no tenían polvo,

mientras que el resto de la habitación tenía una capa espesa, e incluso había telarañas en los ángulos de las paredes.

Bajo la sábana podían perfilarse los rasgos del cuerpo, incluso los del rostro, pues tenían esa definición tan innaturalmente nítida que parece pertenecer a los rostros de los muertos, aunque en realidad es característica sólo de aquellos que han sido desgastados por la enfermedad. Por el silencio de la habitación se podía deducir, correctamente, que no estaba situada en la parte delantera de la casa ni daba a una calle: en realidad sólo daba a un promontorio rocoso, pues la parte trasera del edificio se había asentado en una colina.

Cuando el reloj de una iglesia cercana dio las nueve con una indolencia que parecía dar a entender tal indiferencia por el paso del tiempo que uno no podía dejar de preguntarse por qué se tomaba la molestia de dar las horas, se

abrió la única puerta de la habitación y entró por ella un hombre que se dirigió hacia el

cadáver. Al hacerlo, la puerta se cerró, dando la apariencia de que lo hacía por sí sola; pero se escuchó también un rechinar metálico, como de una llave que girara con dificultad, y el chasquido de un cerrojo al encajarse. Después sonaron unos pasos que se alejaban por el pasillo y el hombre dio toda la impresión de haber quedado allí como un prisionero. Al dirigirse hacia la mesa, se detuvo un momento para examinar el cadáver; pero después, con un ligero encogimiento de hombros, fue hacia una de las ventanas y levantó la persiana. La oscuridad exterior era absoluta, pues los cristales estaban cubiertos de polvo, pero al limpiarlos pudo ver que la ventana estaba fortificada con fuertes barras de hierro que la cruzaban a escasos centímetros del cristal, in-

crustándose a cada lado en la mampostería.

Examinó la otra ventana, encontrando la misma disposición. No manifestó gran curiosidad por el asunto y ni siquiera llegó a levantar el marco de la ventana. Si era un prisionero, pa-

recía bastante dócil. Tras haber completado el examen de la habitación, se sentó en el sillón, sacó un libro del bolsillo, acercó la mesita con la vela y empezó a leer.

Era un hombre joven, de no más de treinta años, de tez oscura, bien afeitado y cabellos castaños. Su rostro era delgado y la nariz alta, con una frente ancha y una «firmeza» de la barbilla y la mandíbula que se dice denota resolución en los que la tienen. Los ojos, grises y firmes, no se movían sino era con un propósito concreto. La mayor parte del tiempo los mantenía fijos en el libro, aunque ocasionalmente los apartaba para dirigirlos hacia el cadáver de

la mesa, aunque era evidente que no lo hacía con esa fascinación tétrica que se supone que esas circunstancias podrían ejercer incluso sobre una persona valiente, ni con esa rebelión consciente contra una influencia contraria que podría dominar a un tímido. Lo contemplaba como si durante la lectura hubiera encontrado algo que le recordara la sensación de su entor-

no. Evidentemente, este vigilante del muerto estaba desempeñando su cometido con inteligencia y compostura, tal como le correspondía.

Tras llevar leyendo quizás una media hora, pareció llegar al final de un capítulo y dejó tranquilamente el libro. Se levantó, alzó del suelo la mesita de lectura y la trasladó a una esquina de la habitación que estaba junto a una de las ventanas, cogió la vela y regresó frente a la vacía chimenea delante de la cual

había estado sentado.

Un momento más tarde fue hacia el cuerpo de la mesa, levantó la sábana y le dio la vuelta desde la cabeza, dejando al descubierto una masa de cabellos oscuros y un fino paño que le cubría el rostro y bajo el cual los rasgos se revelaban todavía con mayor definición que antes. Dando sombra a los ojos, al interponer su mano libre entre éstos y la vela, se quedó mirando a su compañero inmóvil con una contemplación grave y tranquila. Satisfecho con la

inspección, volvió a cubrir el rostro con la sábana y regresó a la silla, cogió algunas cerillas que había junto al candelero, las metió en el bolsillo lateral de su abrigo y se sentó. Levantó luego la vela separándola del candelero y la examinó críticamente, como si estuviera calculando cuánto tiempo duraría. Apenas medía cinco centímetros, por lo que al cabo de

una hora se encontraría en la oscuridad. Volvió a ponerla en el candelero y sopló para apagarla.

II

En la consulta de un médico, en Kearny Street había tres hombres sentados junto a una mesa, bebiendo ponche y fumando. Era ya bastante tarde, casi la medianoche, y desde luego que el ponche no había faltado. El más solemne de los tres era el doctor Helberson, que era el anfitrión, pues se encontraban en sus habitaciones. Tenía unos treinta años; los otros eran más jóvenes, aunque todos eran

médicos.

—El temor supersticioso con que los vivos consideran a los muertos es hereditario e incurable —decía el doctor Helberson—. Uno no tiene por qué avergonzarse de eso, como tampo-

co debería hacerlo por el hecho de heredar,
por ejemplo, una incapacidad para las ma-
temáticas o la tendencia a mentir.

Los otros dos se echaron a reír.

—¿No debería un hombre avergonzarse de ser
mentiroso? —preguntó el más joven de los tres,
que en realidad era un estudiante de medicina
que todavía no se había graduado.

—Mi querido Harper, yo no he dicho nada se-
mejante. Una cosa es la tendencia a mentir y
otra el hecho de hacerlo.

—¿Pero piensa usted que ese sentimiento su-
persticioso, ese miedo a los muertos, tan irra-
cional como nos parece, es universal? —
intervino el tercer hombre—. No soy consciente
de tenerlo.

—Ah, pero pese a todo está «en su sistema» —

contestó Helberson—. Sólo requiere de las con-
diciones adecuadas —lo que Shakespeare llama

«la estación confederada»– para manifestarse de alguna manera muy desagradable que le abra los ojos. Aunque desde luego los médicos y los soldados están más liberados que los demás de ese miedo.

–¡Los médicos y los soldados! ¿Por qué no añadir a los decapitadores y los verdugos de la horca? Añadamos a todos los grupos de asesinos.

–No, mi querido Mancher; los jurados no permiten que los verdugos públicos lleguen a adquirir una familiaridad suficiente con la muerte como para no sentirse en absoluto conmovidos por ella.

El joven Harper, que había ido junto a una mesa de servicio para coger un nuevo cigarro, volvió a su asiento.

–¿Cuáles consideraría usted que son las condiciones bajo las que cualquier hombre nacido de mujer llegaría a tener una conciencia inso-

portable de compartir a este respecto nuestra debilidad común? –preguntó con un exceso, quizás, de verbosidad.

–Bien, diría que si un hombre se encontrara una noche entera encerrado con un cadáver, a solas, en una habitación oscura de una casa vacía, sin cobertores de cama con los que taparse la cabeza, y pasara por todo ello sin enloquecer totalmente, podría jactarse entonces de no haber nacido de mujer ni ser tampoco, como Macduff, un producto de la cesárea.

–Pensé que no terminaría nunca de añadir condiciones –intervino Harper–. Pues conozco a un hombre que no es ni médico ni soldado y que las aceptaría todas por cualquier apuesta que quisieran ustedes hacer.

–¿De quién se trata?

–Se llama Jarette: aquí es un desconocido; procede de la misma ciudad que yo, en el estado de Nueva York. Carezco de dinero para

apoyarle en la apuesta, pero él mismo la sostendrá con todo lo que haga falta.

–¿Cómo sabe eso?

–Antes preferiría apostar que comer. Y en cuanto al miedo... me atrevo a decir que opina que es algún trastorno cutáneo, o quizás un tipo particular de herejía religiosa.

–¿Qué aspecto tiene? –preguntó Helberson que, evidentemente, se estaba interesando por el asunto.

–Se parece a Mancher... hasta podría ser su hermano gemelo.

–Acepto el desafío –respondió de inmediato Helberson.

–¿Porque se parece a mí? Muy agradecido por el cumplido –dijo Mancher arrastrando las palabras, pues tenía cada vez más sueño–.

¿Puedo intervenir?

–No contra mí –contestó Helberson–. No

quiero ganar *su* dinero.

–De acuerdo –replicó Mancher–. Entonces yo seré el cadáver.

Los otros se echaron a reír.

El resultado de aquella loca conversación, ya

lo hemos visto.

III

La intención del señor Jarette al apagar su magra ración de vela fue la de conservarla para alguna necesidad imprevista. También pudo pensar, o intuir, que la oscuridad no sería peor en un momento que en otro, y que si la situación llegaba a volverse insoportable sería mejor contar con algún medio de alivio o incluso de liberación. En cualquier caso, era prudente guardar una pequeña reserva de luz, aunque sólo fuera para poder mirar su reloj.

Nada más apagar la vela y dejarla en el suelo, a su lado, se arrellanó cómodamente en el sillón, se echó hacia atrás y cerró los ojos esperando dormirse. Pero en esto se decepcionó: jamás en su vida había sentido menos sueño, por lo que al cabo de unos minutos abandonó el intento. ¿Qué hacer? No podía pasear a tientas en una oscuridad absoluta con riesgo de herirse, o de chocar contra la mesa y turbar descortésmente al muerto. Todos reconocemos el derecho que tienen al descanso, a salvo de

todo lo que sea duro y violento. Jarette consiguió casi hacerse creer a sí mismo que eran consideraciones de este tipo las que le llevaban a no correr el riesgo de la colisión y le permitían permanecer inmóvil en el asiento. Mientras pensaba este tema, creyó haber oído un débil sonido que procedía de la mesa... no era capaz de explicarse de qué tipo de sonido se trataba.

No volvió la cabeza. ¿De qué iba a servirle en la oscuridad? Pero escuchó con gran atención: ¿por qué no iba a hacerlo? Y mientras escuchaba, se fue sintiendo mareado hasta el punto de que se aferró a los brazos del sillón en busca de apoyo. Percibía por sus oídos un zumbido extraño; tenía la sensación de que la cabeza le iba a estallar; la ropa que llevaba puesta le constreñía y oprimía el pecho. Se preguntó por el motivo de todo aquello; y si serían los síntomas del miedo. Luego, tras una larga y potente espiración, tuvo la impresión de que el pecho se le hundía, pero con la gran inspiración con la que rellenó sus pulmones

agotados perdió el vértigo y se dio cuenta de que había estado escuchando con tanta intensidad que había retenido la respiración casi hasta el punto de ahogarse. Aquella revelación le resultó vejatoria; se levantó, empujó el sillón

con el pie y caminó hasta el centro de la habitación. Pero no es posible caminar a zancadas en la oscuridad; empezó a avanzar a tientas, encontró una pared y la siguió hasta un ángulo, giró, pasó junto a las dos ventanas y en la otra esquina entró en violento contacto con la mesita de lectura, derribándola. Produjo un estrépito que le hizo sobresaltarse. Se sintió molesto.

—¿Cómo diablos pude olvidar dónde estaba?

—murmuró, y empezó a abrirse camino a tientas, a lo largo de la tercera pared, hasta la chimenea—. He de poner las cosas en su sitio —añadió mientras buscaba la vela por el suelo.

Tras recuperarla, la encendió y volvió inmediatamente la mirada hacia la mesa, donde como es natural nada había cambiado. La me-

sita de lectura permaneció en el suelo: se había olvidado de «ponerla en su sitio». Miró por

toda la habitación dispersando las sombras más profundas con el movimiento de la vela que llevaba en la mano y, cruzándola hasta la puerta, la comprobó girando el pomo y tirando de él con toda su fuerza. No cedió y aquello pareció proporcionarle cierta satisfacción; incluso la aseguró con mayor firmeza mediante un pestillo que antes no había observado. Regresó al sillón y miró el reloj, comprobando que eran las nueve y media. Se sorprendió al darse cuenta de que se había llevado el reloj al oído: no se había parado. La vela era ahora visiblemente más corta. La volvió a apagar y la colocó en el suelo a su lado, lo mismo que antes.

El señor Jarette no se encontraba tranquilo; se sentía claramente inquieto en ese entorno, e insatisfecho consigo mismo por ello.

—¿Qué he de temer? —pensó en voz alta—. Esto resulta ridículo; no voy a comportarme como

un estúpido.

Pero el valor no venía por el hecho de que se dijera «voy a ser valiente», ni por reconocer que la valentía era lo más apropiado para la ocasión. Cuanto más se condenaba Jarette a sí mismo, más razones se estaba dando para condenarse; cuanto mayor era el número de variaciones que había intentado sobre el único tema de que los muertos son inofensivos, más insoportable se volvía la discordancia de sus emociones.

—¿Cómo? —gritó en voz alta por la angustia de su espíritu—. ¡Cómo! ¿Es que yo, que no tengo la menor sombra de superstición en mi naturaleza, yo, que no creo en la inmortalidad, yo, que sé (y nunca lo supe con tanta claridad como ahora) que la otra vida es el sueño de un deseo, voy a perder mi apuesta, mi honor y el respeto que a mí mismo me tengo, quizás hasta mi razón, porque algunos antepasados sal-

vajes que habitaban en cuevas y madrigueras concebían la idea monstruosa de que los

mueertos caminan por la noche?... Eso...

Clara e inequívocamente, el señor Jarette oyó tras él el sonido ligero y suave de unos pasos deliberados, regulares y cada vez más cercanos.

IV

Poco antes del amanecer de la mañana siguiente, el doctor Helberson y su joven amigo Harper avanzaban lentamente en el coupé del doctor por las calles de North Beach.

—¿Sigue teniendo la confianza de la juventud en el valor o la imperturbabilidad de su amigo? —preguntó el de más edad—. ¿Cree que he perdido esta apuesta?

—Sé que la ha perdido —contestó el otro con débil énfasis.

–Pues bien, por mi alma que espero que así sea.

Había pronunciado aquello con seriedad, casi solemnemente. Después se produjo un silencio momentáneo.

–Harper, no me siento totalmente tranquilo con este asunto –volvió a hablar el doctor, que parecía muy serio bajo las luces cambiantes y débiles que penetraban en el carruaje cuando pasaban junto a los faroles de la calle—. Si su amigo no me hubiera irritado con la actitud despreciativa con la que trató mis dudas acerca de su resistencia, una cualidad puramente física, y con la fría descortesía de su sugerencia de que el cadáver fuera el de un médico, no habría seguido con ello. Si sucediera cualquier cosa, estamos arruinados, y me temo que mercedamente.

–¿Pero qué puede suceder? Aunque el asun-

to hubiera tomado un giro grave, lo que no temo en absoluto, Mancher sólo tendría que «resucitar» y explicar el asunto. Con un «sujeto» auténtico de la sala de disección, o uno de sus últimos pacientes, la cosa podría ser distinta.

De modo que el doctor Mancher había cumplido su promesa: sirvió de «cadáver».

El doctor Helberson guardó silencio durante mucho tiempo mientras el coche, a paso de tortuga, siguió deslizándose por la misma calle que ya había recorrido en dos o tres ocasiones. Finalmente, rompió el silencio:

–Bien, esperemos que Mancher, si ha tenido que levantarse de entre los muertos, lo haya hecho discretamente. Un error en esa dirección podría haber empeorado las cosas, en lugar de mejorarlas.

–Ciertamente, Jarette le mataría –contestó

Harper—. Pero doctor, son ya las cuatro en punto —añadió mirando su reloj cuando pasaron bajo un farol de gas.

Un momento después ambos habían bajado del vehículo y se dirigían a paso vivo hacia la casa que llevaba mucho tiempo desocupada, perteneciente al doctor, en la que habían encerrado al señor Jarette de acuerdo con los términos de la loca apuesta. Al acercarse a ella se encontraron con un hombre que corría.

—¿Por favor, saben dónde puedo encontrar

un médico? —gritó deteniendo repentinamente su carrera.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Helberson en un tono que no le comprometía.

—Vayan a verlo por sí mismos —contestó el hombre reanudando la carrera.

Echaron a correr. Al llegar a la casa vieron a varias personas que entraban en ella con prisa

y excitación. En algunas de las casas cercanas, a lo largo del camino, las ventanas estaban abiertas y salían por ellas varias cabezas. Todas hacían preguntas, aunque sin dirigírselas unos a otros. Algunas ventanas que tenían las persianas cerradas estaban iluminadas; los que habitaban en ellas se estaban vistiendo para bajar. Directamente enfrente de la puerta de la casa que buscaban, un farol arrojaba sobre la escena una luz amarillenta e insuficiente, que parecía decir que podía revelar mucho más si lo deseaban. Harper se detuvo junto a la puerta y puso una mano sobre el brazo del compañero.

—Todo está perdido para nosotros, doctor — dijo presa de una agitación extrema que contrastaba extrañamente con la tranquilidad con la que pronunció esas palabras—. El juego se ha puesto en nuestra contra. No entremos allí;

prefiero no asomar la cabeza.

–Soy médico y puede que necesiten uno –
contestó con calma el doctor Helberson.

Subieron las escaleras de la casa y se dispusieron a entrar. La puerta estaba abierta; la farola de la acera de enfrente iluminaba el pasillo. Estaba lleno de hombres. Algunos habían subido las escaleras hasta el final y, como no se les permitía entrar, aguardaban mejor suerte. Todos hablaban y ninguno escuchaba. De pronto se produjo una gran conmoción en el rellano de arriba; un hombre había salido de una puerta y trataba de abrirse paso entre los que se esforzaban por retenerle. Llegó abajo por entre la masa de hombres ociosos y espantados, apartándolos, aplastándolos contra la pared de un lado o contra la barandilla de la

escalera del otro, aferrándolos por la garganta, golpeándolos salvajemente, lanzándolos esca-

leras abajo y caminando sobre los que habían caído. Sus ropas estaban en desorden y no llevaba sombrero. Su mirada, salvaje e inquieta, contenía algo más aterrador todavía que su fuerza aparentemente sobrehumana. Su rostro, afeitado, carecía de color, sus cabellos habían encanecido.

Cuando la masa de gente que había al pie de las escaleras, que disfrutaban de más libertad de espacio, se apartó para dejarle pasar, Harper se adelantó.

—¡Jarette! ¡Jarette! —gritó.

El doctor Helberson cogió a Harper por el cuello y le hizo retroceder.

El hombre les miró al rostro sin que pareciera reconocerlos y salió a toda prisa por la puerta, bajó los escalones hasta la calle y se perdió. Un robusto policía que había tenido menos éxito para bajar las escaleras apareció un momento después e inició la persecución, ayudado por

los gritos indicativos de todas las cabezas que salían por las ventanas, que ahora eran sólo las de mujeres y niños.

Como la escalera se había vaciado parcialmente, pues la mayor parte de la gente se había precipitado a la calle para observar la fuga y la persecución, el doctor Helberson subió al rellano seguido por Harper. En una puerta del pasillo superior un oficial les impidió el paso. –Somos médicos –dijo el doctor, y así pudieron entrar.

La habitación estaba llena de hombres, apenas visibles por la oscuridad, amontonados junto a una mesa. Los recién llegados se acercaron y miraron por encima de los hombros de los que estaban delante. Sobre la mesa, con los miembros inferiores cubiertos por una sábana, yacía el cuerpo de un hombre, bien iluminado por el haz de un ojo de buey que sostenía un policía situado a los pies. Los demás, salvo los

que estaban cerca de la cabeza, y el propio oficial, se encontraban en la oscuridad. ¡El rostro

del cuerpo parecía amarillo, repulsivo, horrible! Los ojos estaban parcialmente abiertos, mirando hacia arriba, y la mandíbula caída; rastros de espuma manchaban los labios, la barbilla y las mejillas. Un hombre alto, evidentemente médico, se inclinaba sobre el cuerpo introduciendo la mano bajo la parte delantera de la camisa. La retiró y colocó dos dedos sobre la boca abierta.

–Este hombre lleva muerto unas seis horas.

Es un caso para el forense –dijo.

Sacó una tarjeta del bolsillo, se la entregó al oficial de policía y se dirigió a la puerta.

–¡Salgan de la habitación... todos! –gritó el oficial, y el cadáver desapareció como si alguien lo hubiera arrebatado cuando la linterna desvió sus haces de luz aquí y allá contra los

rostros de la multitud. ¡El efecto fue sorprendente! Los hombres, cegados, confusos y casi aterrados, corrieron tumultuosamente hacia la puerta, empujándose y tropezando unos con otros en su huida, como las huestes de la no-

che ante los rayos de Apolo. El policía derramó su luz sin piedad e incesantemente sobre la masa que luchaba y tropezaba. Atrapados en esa corriente, Helberson y Harper fueron barridos fuera de la habitación y descendieron las escaleras hasta la calle como impulsados por un torrente.

—¡Dios mío, doctor! ¿No le dije que Jarette le mataría? —exclamó Harper en cuanto se hubieron alejado de la multitud.

—Creo recordar que lo dijo —contestó el otro sin ninguna emoción aparente.

Caminaron en silencio recorriendo una manzana tras otra. En el oriente grisáceo se percib-

ían las siluetas de las casas de las colinas. La conocida carreta de la leche recorría ya las calles; el panadero aparecería pronto en escena; el vendedor de periódicos ya estaba en ella.

—Me parece, jovencito, que usted y yo últimamente hemos respirado demasiado los aires de la mañana. No son muy sanos y necesitamos un cambio. ¿Qué le parecería un viaje por Eu-

ropa?

—¿Cuándo?

—Me da lo mismo. Aunque supongo que las cuatro de esta tarde sería conveniente.

—Entonces nos encontraremos en el barco —añadió Harper.

V

Siete años más tarde, los dos hombres estaban sentados en un banco de Madison Square en Nueva York, conversando amistosamente.

Otro hombre, que llevaba observándoles algún tiempo sin ser visto, se acercó a ellos y, levantando cortésmente su sombrero, que dejó al descubierto un cabello tan blanco como la nieve, dijo:

–Les ruego que me perdonen, caballeros, pero cuando uno vuelve a la vida y mata a un hombre, lo mejor es cambiar la ropa con él y a la primera oportunidad buscar la libertad.

Helberson y Harper intercambiaron miradas significativas; evidentemente aquello les di-

vertía. Pero el primero miró amablemente a los ojos del desconocido y contestó.

–Siempre he pensado que ése era el mejor plan. Estoy totalmente de acuerdo con usted en cuanto a las ventajas...

De pronto se detuvo, se levantó y se quedó blanco de asombro. Se quedó mirando fijamente al desconocido, con la boca abierta y

temblando visiblemente.

—¡Ah! —exclamó el desconocido—. Me parece que está usted indispuerto, doctor. Si no es capaz de tratarse a sí mismo, estoy seguro de que el doctor Harper podrá hacer algo por usted.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó Harper enérgicamente.

El desconocido se acercó más, e inclinándose hacia ellos dijo con un murmullo de voz:

—A veces digo que mi nombre es Jarette, pero dada nuestra antigua amistad no me importa decirles que soy el doctor William Mancher.

La revelación hizo que Harper se pusiera en

pie de un salto.

—¡Mancher! —gritó.

—¡Dios mío, es cierto! —añadió Helberson.

Así es —añadió el desconocido, sonriendo vagamente—. Sin duda es cierto.

Vaciló mientras parecía tratar de recordar algo, pero enseguida empezó a silbar una melodía popular. Por lo visto se había olvidado de la presencia de los otros dos.

—Mancher, se lo ruego —dijo el mayor de los otros—. Díganos lo que sucedió aquella noche... a Jarette, ya sabe.

—Ah, sí, a Jarette. Resulta extraño que me haya olvidado de contárselo... lo cuento tantas veces. ¿Saben?, al oírle hablar consigo mismo me di cuenta de que estaba terriblemente asustado, así que no pude resistir la tentación de volver a la vida y divertirme un poco con él... de verdad que no pude evitarlo. Estuvo muy bien, aunque lo cierto es que no pensé que fuera a tomárselo tan en serio; de verdad que no lo pensé. Y después... bueno, fue un trabajo

duro cambiar de puesto con él, y entonces...

¡maldita sea! ¡Ustedes no me ayudaron a salir

de aquello!

Nada podría exceder a la ferocidad con la que fueron pronunciadas estas últimas palabras.

Ambos hombres retrocedieron alarmados.

—¿Nosotros?... Pero... ¿por qué? —dijo Helber-
son tartamudeando, pues había perdido to-
talmente el dominio de sí mismo—. Nosotros
no tuvimos nada que ver.

—¿No dije que eran ustedes los doctores Hell-
born y Sharper?³ —preguntó el hombre echán-
dose a reír.

—Mi nombre es Helberson, ciertamente; y es-
te caballero es el señor Harper —replicó el pri-
mero que se había tranquilizado con aquella
risa—. Pero ya no somos médicos; somos...
bueno, que me ahorquen, anciano: somos ju-
gadores.

³ Les ha alterado el nombre, pues Hell-born significa «nacido en el infierno», y Sharper «fullero». (N. del T.)

Y ésa era la verdad.

–Una profesión muy buena; verdaderamente buena; y dicho sea de paso, espero que este señor, Sharper, haya pagado su dinero a Jarette como un apostador honesto. Una profesión muy buena y honorable –repitió pensativamente, mientras se alejaba con despreocupación–. Yo sigo siendo lo que fui. Soy el jefe médico del Asilo de Bloomingdale; es mi deber curar al superintendente.

EL HOMBRE Y LA SERPIENTE

(*The Man and the Snake*)

Es un informe verdadero, atestiguado por tantos que ahora ninguno de los sabios e ilustrados lo niega, el que los ojos de la serpiente tienen una propiedad magnética que hace que aquellos que caigan en su persuasión se acerquen a pesar de su voluntad y

perezcan miserablemente por la mordedura de ese ser.

I

Tumbado cómodamente en un sofá, en bata y zapatillas, Harker Brayton sonrió al leer la anterior frase del viejo libro de Morryster, *Marvells of Science*.

—Lo único que tiene de maravilloso el asunto —dijo para sí mismo—, es que los hombres sabios e ilustrados de los tiempos de Morryster creyeran esas tonterías que rechazan hasta los más ignorantes de nuestra época.

Se produjo entonces una cadena de reflexiones, pues Brayton era un hombre de pensa-

miento, e inconscientemente bajó el libro sin alterar la dirección de la mirada. En cuanto el volumen estuvo por debajo de su línea de visión, algo que había en una oscura esquina de

la habitación atrajo su atención sobre su entorno. Lo que vio en la sombra, debajo de la cama, fueron dos pequeños puntos de luz que parecían separados entre sí por unos dos centímetros. Un momento más tarde, algo —un impulso que no se le ocurrió analizar—, le hizo bajar de nuevo el libro y buscar lo que había visto antes. Allí seguían, todavía, los puntos de luz. Daba la impresión de que se hubieran vuelto más brillantes que antes, que resplandecieran con un brillo verdoso que no había observado la primera vez. También pensó que debían haberse movido un poco, que estaban algo más cerca. Sin embargo seguían todavía demasiado metidos en la sombra como para revelar su naturaleza y origen a una atención indolente, por lo que reanudó la lectura. De pronto, algo que había en el texto le sugirió un pensamiento que le hizo sobresaltarse y dejar

caer el libro por tercera vez a un lado del sofá, de donde, al escapar de su mano, *cayó* al suelo boca abajo. Levantándose a medias, Brayton fijó la mirada en la zona de oscuridad que había bajo la cama, donde le pareció que los puntos de luz brillaban con un fuego todavía mayor. Ahora su atención se había despertado plenamente y su mirada era impaciente e imperativa. De esa manera vio, casi directamente bajo la barandilla del pie de la cama, los anillos de una gran serpiente... ¡los puntos de luz eran sus ojos! Su cabeza horrible, que sobresalía del anillo interior y descansaba sobre el más exterior, se orientaba directamente hacia él, pues la definición de la mandíbula ancha y brutal y de la frente, semejante a la de un idiota, servía para mostrar la dirección de su mirada maligna. Los ojos no eran ya simples puntos luminosos, pues parecían tener en sí mismos un significado: un significado maligno.

II

Afortunadamente, una serpiente en el dormitorio de una de las mejores casas de una ciudad moderna no es un fenómeno tan común que convierta en algo totalmente innecesaria una explicación. Harker Brayton, un soltero de treinta y cinco años, erudito, ocioso y algo atlético, rico, famoso y de buena salud, había regresado a San Francisco de un viaje realizado por todo tipo de países remotos y poco habituales. Sus gustos, siempre un poco lujosos, se habían vuelto algo más exigentes tras largas privaciones, por lo que incluso los recursos del Castle Hotel resultaban inadecuados para su absoluta gratificación, razón por la que había aceptado alegremente la hospitalidad de su amigo el distinguido científico doctor Druring. La casa grande y anticuada del doctor Druring, situada en lo que es ahora un oscuro ba-

rrio de la ciudad, tenía un aspecto exterior y visible de orgulloso apartamiento. Claramente no se relacionaba con las edificaciones conti-

guas de su alterado entorno, por lo que parecía haber desarrollado algunas excentricidades surgidas directamente de su aislamiento. Una de ella era un «ala» claramente irrelevante desde el punto de vista arquitectónico y no menos rebelde en cuanto al propósito: pues se trataba de una combinación de laboratorio, casa de fieras y museo. Allí era donde el doctor satisfacía el aspecto científico de su naturaleza con el estudio de aquellas formas de la vida animal que atraían su interés y se conformaban a sus gustos; que debe confesarse se dirigían más bien hacia los de tipo inferior. Para que alguno de los superiores resultara agradable a sus sentidos debía retener por lo menos algunas características rudimentarias pertene-

cientes a los «dragones primigenios», como era el caso de los sapos y las serpientes. Sus simpatías científicas eran claramente reptilianas: amaba a los seres vulgares de la naturaleza y gustaba de describirse a sí mismo como el Zola de la zoología. Como su esposa e hijas no

tenían la ventaja de compartir su curiosidad ilustrada con respecto a las obras y costumbres de éstas, para nosotros, malhadadas criaturas, habían sido excluidas con innecesaria austeridad de lo que él llamaba el Serpentario, y condenadas a las compañías de sus semejantes, aunque para suavizar los rigores de su destino, gracias a su gran riqueza había permitido a los reptiles vivir en un entorno magnífico y brillar con esplendor superior.

Arquitectónicamente y desde el punto de vista del «amueblamiento» el Serpentario gozaba de una severa simplicidad adecuada a las

circunstancias humildes de sus ocupantes, a muchos de los cuales, por razones de seguridad, no se les podía conceder la libertad que es necesaria para el gozo pleno del lujo, porque tenían la inquietante peculiaridad de estar vivos. Sin embargo, en sus apartamentos tenían tan escasas restricciones personales como resultaran compatibles con la protección que necesitaban frente a la costumbre funesta de

comerse unos a otros. Por lo demás, tal como Brayton había sido solícitamente advertido, era más que una tradición el que algunos de ellos, en diversos momentos, se encontraran en ciertas partes del lugar en las que hubiera resultado bastante embarazoso explicar su presencia. Mas a pesar del Serpentario y de sus extraordinarias asociaciones –a las que para ser sinceros prestaba él muy poca atención–, la vida en la mansión Druring le resultaba a

Brayton muy de su agrado.

III

Salvo un sobresalto y un simple estremecimiento de desagrado, aquello no afectó demasiado al señor Brayton. Su primer pensamiento fue el de tocar la campana para que viniera un criado; pero, aunque el cordón de la campana colgara muy cerca de donde estaba, no hizo ningún movimiento hacia él; pasó por su mente el pensamiento de que dicho acto le convertiría en sospechoso de haber tenido miedo, lo

que desde luego no había sido cierto. Tenía una conciencia más aguda de la naturaleza incongruente de la situación que de la sensación de verse afectado por sus peligros; aquélla resultaba repugnante, pero absurda.

El reptil pertenecía a una especie con la que Brayton no estaba familiarizado. Tan sólo pod-

ía conjeturar su longitud, pero en su parte más visible el cuerpo del animal parecía tan grueso como su antebrazo. ¿En qué medida resultaba peligroso, si es que lo era? ¿Era una serpiente venenosa? ¿Constrictora? Su conocimiento de las señales de peligro de la naturaleza no le permitían saberlo; nunca había descifrado esos códigos.

Pero si el animal no era peligroso, al menos era ofensivo. Y resultaba además, «por encontrarse fuera de lugar», una impertinencia. La gema no era digna del engaste. Ni siquiera los gustos bárbaros de nuestro tiempo y país, que han recargado las paredes de las habitaciones con cuadros, el suelo con muebles, y los mue-

bles con chucherías, habían proporcionado un lugar adecuado para ese ejemplar de vida salvaje de la selva. Además —¡y ese pensamiento le resultaba insoportable!—, las exhalaciones de

su aliento se mezclaban con la atmósfera que él mismo estaba respirando.

Cuando aquellos pensamientos tomaron forma, con mayor o menor definición, en la mente de Brayton, le obligaron a la acción. El proceso podríamos denominarlo como consideración y decisión. Mediante él somos sabios o imprudentes. Así es como la hoja marchita bajo una brisa otoñal muestra mayor o menor inteligencia que sus semejantes cayendo sobre el suelo o sobre el lago. El secreto de la acción humana es manifiesto: algo contrae nuestros músculos. ¿Tiene alguna importancia el que demos el nombre de voluntad a esos cambios moleculares preparatorios?

Brayton se puso en pie y se dispuso a alejarse despaciosamente de la serpiente, sin inquietarla si ello era posible, hasta cruzar la puerta.

Así se retiran los hombres de la presencia de lo

grandioso, pero lo grandioso es poder; y el poder es una amenaza. Sabía que podía caminar hacia atrás sin equivocarse. Si el monstruo le seguía, el gusto del decorador que había llenado las paredes de pintura también había colgado de ellas toda una serie de armas orientales asesinas, de entre las que podría elegir una que resultara conveniente a la ocasión. Entretanto, los ojos de la serpiente ardían con una malevolencia más implacable todavía que antes.

Brayton levantó del suelo el pie derecho dispuesto a dar un paso atrás; pero en ese mismo momento sintió una poderosa aversión a hacerlo.

«Se me considera un hombre valiente —pensó—. ¿Es que la valentía no es sino orgullo? ¿Por el hecho de que no haya nadie que atestigüe la vergüenza, voy a retirarme?»

Se sostenía apoyando la mano derecha en el respaldo de la silla, puesto que tenía el pie

suspendido en el aire.

–¡Absurdo! –dijo en voz alta–. No soy tan cobarde como para tener miedo de que parezca estar atemorizado.

Levantó el pie un poco más, doblando ligeramente la rodilla y posándolo en el suelo: ¡un par de centímetros por delante del otro! No podía ni pensar cómo había sucedido aquello.

El intento que hizo con el pie izquierdo obtuvo el mismo resultado: también éste avanzó con respecto al derecho. La mano aferraba el respaldo de la silla; el brazo estaba recto, como si fuera a tirar de la silla hacia atrás. Cualquier observador habría dicho que no deseaba perder ese punto de asimiento. La cabeza maligna de la serpiente seguía sobresaliendo desde el anillo interior, lo mismo que antes, al nivel del cuello. No se había movido, pero ahora sus ojos eran como chispas eléctricas que irradi-

ran un número infinito de agujas luminosas.

La tez del hombre había adquirido una palidez cenicienta. Volvió a avanzar un paso, y

otro más, arrastrando en parte la silla, que cuando finalmente soltó cayó con estruendo sobre el suelo. El hombre lanzó un gemido; la serpiente ni se movió ni emitió sonido alguno: pero sus ojos eran dos soles deslumbrantes. El propio reptil quedaba totalmente oculto por ellos. Emitían aros crecientes de colores fuertes y vivos que, en su mayor expansión, desaparecían sucesivamente como pompas de jabón; parecían aproximarse al rostro del hombre, pero poco después parecían encontrarse a una distancia inconmensurable. Escuchó en algún lugar el latido continuo de un gran tambor, con ráfagas intermitentes de una música lejana, inconcebiblemente dulce, como los tonos de una arpa eolia⁴. Creyó que era la melodía

del amanecer de la estatua de Memnon⁵, y

4 Arpa cofia: instrumento musical compuesto por una caja sonora con seis u ocho cuerdas afinadas en un mismo tono, y que producía los sonidos al ser expuesto a una corriente de aire. (N. del T.)

5 Memnon: héroe de la guerra de Troya hijo de la diosa

creyó encontrarse en los juncos al lado del Nilo, escuchando con un sentimiento de exaltación ese himno inmortal a través del silencio de los siglos.

Cesó la música; o más bien se convirtió, con una graduación insensible a los sentidos, en el retumbar distante de una tormenta que se aleja. Se extendía ante él un paisaje que relucía bajo el sol y la lluvia, arqueado por un arco iris de colores vivos que enmarcaba en su curva gigantesca cien ciudades visibles. A media distancia, una serpiente enorme que llevaba una

corona levantaba la cabeza por encima de sus voluminosas convoluciones y le contemplaba

Aurora. A su muerte, la madre consiguió que Zeus le otorgase la inmortalidad, aunque siguió humedeciendo el mundo todas las mañanas con sus lágrimas (el rocío). Se le suponía enterrado en diversos lugares y uno de ellos era una gigantesca estatua cuyas piedras, al trepidar por el cambio de temperatura del amanecer, producían un sonido que se pensaba era la respuesta de Memnon al llanto de su madre. (N. del T.)

con los ojos de su madre muerta. De pronto aquel paisaje de encantamiento pareció elevarse velozmente como el telón de un teatro y desapareció en el vacío. Algo le dio un fuerte golpe en el rostro y el pecho. Había caído al suelo y la sangre caía de su nariz rota y sus labios magullados. Permaneció un tiempo atontado y aturdido, caído con el rostro sobre el

suelo y los ojos cerrados. Unos momentos después se recuperó y supo entonces que con la caída, que le hizo apartar la mirada, había roto el hechizo que le retenía. Supo que entonces, si mantenía apartada la mirada, podría retirarse, pero el pensamiento mismo de que la serpiente estaba a muy poca distancia de su cabeza, aunque no la viera –quizás a punto de saltar sobre él y anudar sus anillos sobre su garganta– resultaba demasiado horrible. Levantó la cabeza, volvió a mirar aquellos ojos funestos y de nuevo se convirtió en su esclavo. La serpiente no se había movido y parecía haber perdido en parte el poder que tenía so-

bre la imaginación del hombre; no se repitieron las ilusiones magnificentes de los momentos anteriores. Bajo su frente plana y sin cerebro los ojos negros, como dos gotas relucientes, brillaban como al principio, con una inex-

presable actitud maligna. Era como si aquel animal, seguro ya de su triunfo, hubiera decidido no poner en práctica más tretas para atraerle.

Se produjo entonces una escena terrible. El hombre, yacente en el suelo a menos de un metro de su enemigo, levantó la parte superior de su cuerpo sobre los codos, con la cabeza echada hacia atrás y las piernas totalmente extendidas. Su rostro estaba blanquecino entre las manchas de sangre; los ojos los tenía abiertos al máximo. Había espuma en sus labios que le caía en forma de copos. Unas potentes convulsiones recorrían su cuerpo obligándole a practicar ondulaciones casi serpentinas. Se dobló por la cintura, fue cambiando las piernas de un lado al otro y a cada momento se

encontraba un poco más cerca de la serpiente.

Presionaba el suelo con las manos en un inten-

to de retroceder, pero seguía avanzando constantemente sobre los codos.

IV

El doctor Druring y su esposa estaban sentados en la biblioteca. El científico se encontraba en un raro estado de buen humor.

–Mediante el intercambio con otro coleccionista, acabo de obtener un espléndido ejemplar de *ophiophagusle* dijo a su mujer.

–¿Y qué es eso? –preguntó ella con muy poco interés.

–¡Bendita sea mi alma, qué ignorancia tan profunda! Querida mía, un hombre que tras casarse se entera de que su esposa no sabe griego tiene derecho a divorciarse, la *ophiophagus* es una serpiente que se come a las otras serpientes.

–Pues ojalá se coma todas las tuyas –contestó ella cambiando con actitud ausente la direc-

ción de la lámpara—. ¿Pero cómo las consigue?

Imagino que hechizándolas.

—No cambiarás nunca, querida —dijo el doctor con afectada petulancia—. Ya sabes lo que me irrita cualquier alusión a esa superstición vulgar sobre la facultad de fascinación de las serpientes.

¡La conversación fue interrumpida por un poderoso grito que sonó en la casa silenciosa como la voz de un demonio que gritara desde una tumba! Y sonó y volvió a sonar con una terrible claridad. Se pusieron en pie de un salto: el hombre, confundido; su esposa, pálida e incapaz de hablar por el terror. Casi antes de que hubiera desaparecido el eco del último grito, el doctor había salido de la habitación y subía las escaleras de dos en dos escalones. En el corredor, frente a la habitación de Brayton, encontró a varios criados que habían descendido del piso superior. Entraron juntos sin

llamar a la puerta. No tenía el pestillo echado y cedió fácilmente. Brayton yacía muerto sobre

el suelo, boca abajo. La cabeza y los brazos estaban parcialmente ocultos por la barandilla del pie de la cama. Tiraron del cuerpo hacia atrás y le dieron la vuelta. Tenía el rostro manchado de sangre y espuma, los ojos totalmente abiertos, contemplando... ¡una visión terrible!

—Ha muerto de un ataque —observó el científico doblando una rodilla y colocando una mano sobre el corazón del yacente. Mientras se encontraba en esa posición, miró bajo la cama y añadió—: ¡Dios mío! ¿Cómo llegó eso hasta aquí?

Se metió bajo la cama, sacó la serpiente y la arrojó, enroscada todavía, al centro de la habitación, donde con un sonido apagado se deslizó por el suelo pulido hasta que chocó con la pared y se quedó allí inmóvil. Era una serpien-

te disecada a la que le habían puesto como
ojos dos botones de zapato.

UN TERROR SAGRADO

(*A holly terror*)

I

El último en llegar a Hurdy-Gurdy no produjo el menor interés. Ni siquiera fue bautizado con ese apodo pintorescamente descriptivo que con tanta frecuencia es la palabra de bienvenida al recién llegado a un campamento minero. En casi cualquier otro campamento de por allí esa circunstancia le habría asegurado algún apelativo como «El Enigma de la Cabeza Blanca» o «No Sarvey», una expresión que ingenuamente se suponía sugería a las inteligencias rápidas la frase española *quién sabe*. Llegó sin provocar la menor ondulación de interés sobre la superficie social de Hurdy-Gurdy: un

lugar que al desprecio general californiano por la historia personal de cada hombre añadía la indiferencia local por el suyo propio. Hacía ya muchísimo tiempo que nadie de la menor importancia había llegado allí, si es que había

llegado alguien. Porque en Hurdy-Gurdy no vivía nadie.

Sólo dos años antes el campamento había incluido una bulliciosa población de dos mil o tres mil hombres y no menos de una docena de mujeres. La gran mayoría de los primeros había trabajado duramente varias semanas para demostrar, ante el desagrado de las últimas, el carácter singularmente mentiroso de la persona que les había atraído hasta allí con ingeniosos relatos acerca de ricos depósitos de oro. Ese acto, pues todo hay que decirlo, no le produjo ni satisfacción mental ni beneficio económico, pues la bala de una pistola de un

ciudadano de espíritu cívico había colocado a ese caballero tan imaginativo más allá del alcance de las calumnias al tercer día de crearse el campamento. No obstante, su ficción resultó tener de hecho ciertos fundamentos, por lo que muchos se habían quedado un tiempo considerable en los alrededores de Hurdy-Gurdy, aunque ya hacía tiempo que se habían

ido todos.

Dejaron, no obstante, amplias muestras de su estancia. Desde el punto en el que Injun Creek se une al Río San Juan Smith, ascendiendo por las dos orillas del primero hasta el cañón en el que emerge, se extendía una doble fila de chozas desvencijadas que para lamentar su desolación parecía que fueran a caerse unas encima de las otras; y un número igual de cabañas se había esparcido pendiente arriba a ambos lados encaramándose sobre las prominencias,

desde donde se inclinaban hacia adelante para tener una buena vista de la desoladora escena. La mayoría de esos habitáculos se habían ido demacrando, como por hambre, hasta alcanzar la condición de simples esqueletos de los que pendían desagradables jirones de lo que podría haber sido piel, pero en realidad era lienzo. El pequeño valle que habían abierto con pico y pala se veía afeado por las largas y curvadas líneas de los canalillos podridos que daban aquí y allá arriba de las crestas afiladas, y se

apoyaban dificultosamente a intervalos sobre palos mal cortados. Todo el lugar presentaba ese aspecto tosco y lúgubre del desarrollo detenido que en un país nuevo sustituye a la gracia solemne de las ruinas forjadas por el tiempo. Allí donde había quedado algún resto del suelo original se habían extendido hierbas y zarzas, y en los lugares húmedos y malsanos

el visitante curioso podría haber obtenido innumerables recuerdos de la antigua gloria del campamento: una bota sin pareja recubierta de moho verde y repleta de hojas podridas; un ocasional sombrero viejo de fieltro; restos de una camisa de franela; latas de sardinas inhumanamente mutiladas y una sorprendente abundancia de botellas negras distribuidas por todas partes con una imparcialidad verdaderamente universal.

II

El hombre que acababa de redescubrir Hurdy-Gurdy no sentía curiosidad por su arqueo-

logía. Y cuando vio a su alrededor las lúgubres muestras del trabajo perdido y las esperanzas rotas, *cuyo* significado desalentador se veía acentuado por la pompa irónica del dorado barato que provocaba el sol naciente, su suspi-

ro de fatiga no reveló ninguna sensibilidad. Simplemente quitó de lomos de su fatigado burro un equipo de minero algo más largo que el propio animal, ató éste a una estaca, eligió de entre su equipo un hacha pequeña y cruzó enseguida el lecho seco de Injun Creek para dirigirse a la parte superior de una colina baja que había al otro lado.

Al pisar una valla caída que había estado formada por matas y tablas, eligió una de éstas y la cortó en cinco partes que afiló por uno de los extremos. Después inició una especie de búsqueda, agachándose de vez en cuando para examinar algo con gran atención. Finalmente su paciente examen debió verse recompensado por el éxito, pues de pronto se levantó cuan largo era, hizo un gesto de satisfacción,

pronunció la palabra «Scarry»⁶ y se alejó enseguida con pasos largos e iguales que fue con-

tando. Se detuvo y clavó en el suelo una de las estacas. Después miró cuidadosamente a su alrededor, midió un número de pasos sobre un terreno singularmente desigual y clavó otra estaca. Recorriendo dos veces esa distancia en ángulo recto con la dirección anterior clavó una tercera, y repitiendo el proceso metió la cuarta y finalmente la quinta. Hizo después una hendidura en la parte superior, en la que insertó un viejo sobre de cartas cubierto con un intrincado sistema de trazos hechos a lápiz. En resumen, había presentado una reclamación de terrenos de estricto acuerdo con las leyes de la minería local de Hurdy-Gurdy y había colocado la nota habitual.

Es necesario explicar que uno de los terrenos adjuntos a Hurdy-Gurdy –que con el tiempo

6 El apodo Scarry se podría traducir como «la de la cicatriz». (N. del T.)

acabó estando adjunto a la metrópolis— era un cementerio. En la primera semana de la existencia del campamento había sido trazado cuidadosamente por un comité de ciudadanos. Al siguiente día se había producido un debate entre dos miembros del comité acerca de un lugar mejor, y al tercer día la necrópolis fue inaugurada con un funeral doble. Conforme el campamento había ido menguando, el cementerio fue creciendo; y mucho antes de que el último habitante, victorioso tanto contra la insidiosa malaria como contra el rápido revólver, hubiera apuntado la cola de su burro hacia Injun Creek, el asentamiento periférico se había convertido en un barrio populoso, ya que no popular. Y ahora, cuando había caído sobre la ciudad la hoja seca y amarilla de una desagradable senilidad, el camposanto — aunque algo desfigurado por el tiempo y las circunstancias, y no totalmente exento de in-

novaciones en la gramática y experimentos en la ortografía, por no hablar de los estragos del

devastador coyote— respondía a las necesidades humildes de sus ciudadanos con razonable satisfacción. Formaba un generoso campo de dos acres —que había sido elegido con encomiable sentido de la economía, pero innecesariamente, porque no tenía valor como campo de mineral—, e incluía dos o tres árboles esqueléticos (de una robusta rama lateral de uno de ellos colgaba todavía significativamente una cuerda estropeada por el tiempo), medio centenar de montículos, una veintena de toscos tablones cuyas inscripciones mostraban las peculiaridades literarias ya mencionadas y una esforzada colonia de chumberas. En conjunto, el Lugar de Dios, como había sido bautizado con característica reverencia, podía jactarse justamente de una desolación de calidad

indudablemente superior. El señor Jefferson Do-man había hecho su reivindicación territorial en la parte más poblada de aquella interesante heredad. Si en la realización de sus designios consideraba adecuado extraer a alguno

de los muertos, éstos tendrían el derecho a ser vueltos a enterrar convenientemente.

III

El señor Jefferson Doman procedía de Elizabethtown, New Jersey, donde seis años antes había dejado su corazón al tomar a una joven de cabellos dorados y actitud recatada, llamada Mary Matthews, como seguridad colateral de que regresaría para pedir su mano.

—Simplemente sé que nunca regresarás vivo: nunca lograrás nada —fue la observación que ejemplificaba la idea que tenía la señorita Matthews de lo que constituía el éxito, y de

paso su opinión acerca de lo que consideraba estimulante. Luego añadió—: si no vuelves, también yo iré a California. Puedo ir poniendo las monedas en bolsitas conforme las vayas sacando.

Esta característica teoría femenina acerca de los depósitos auríferos no resultaba aceptable para la inteligencia masculina, pues el señor

Doman creía que el oro se encontraba en estado líquido. Él desaprobó la intención de ella con considerable entusiasmo, reprimió sus sollozos poniendo ligeramente una mano en su boca, se rió mientras le besaba las lágrimas y con un alegre «nos veremos» se fue a California a trabajar por ella durante largos años sin amor, con un corazón poderoso, una esperanza alerta y una fidelidad firme que ni por un momento se olvidó de lo que estaba haciendo. Entretanto, la señorita Matthews había conce-

dido el monopolio de su humilde talento para meter monedas en sacos al señor Jo. Seeman, de Nueva York, jugador, muy apreciado como tal aunque no tanto como el genio de ella para sacarlas luego del saco y dárselas a sus rivales locales. Por lo que respecta a esta última actitud, él manifestó su desaprobación con un acto que le valió el puesto de encargado de la lavandería de la prisión estatal, y a ella el *sobrenombre de* «Moll Caracortada». Aproximadamente en aquella época escribió al señor Do-

man una conmovedora carta de renuncia, incluyendo su fotografía como muestra de que ya no tenía el derecho a permitirse soñar con que se convertiría en la señora Doman, al tiempo que le contaba tan gráficamente cómo se había hecho esa herida al caerse de un caballo, que el señor Doman se vengó de aquel animal abusando de las espuelas con el pobre

e inocente potro que le había llevado hasta Red Dog, para recoger la carta, y con el que regresaba al campamento. Pero la carta no consiguió cumplir su objetivo; la fidelidad que hasta entonces había sido para el señor Doman un asunto de amor y deber se convirtió desde entonces también en un tema de honor; y la fotografía, que mostraba el rostro en otro tiempo hermoso tristemente desfigurado, como por el corte de un cuchillo, se instaló en su afecto, mientras su predecesora, más hermosa, era tratada con desprecio contumaz. Es justo decir que al ser informada de aquello, la señorita Matthews no pareció sorprenderse de lo poco

que había estimado la generosidad del señor Doman, que por el tono de su última carta habría cabido esperar. Sin embargo, poco después las cartas de ella empezaron a ser cada vez menos frecuentes, hasta que por fin cesa-

ron totalmente.

Pero el señor Doman tenía otro corresponsal, el señor Barney Bree, de Hurdy-Gurdy, quien anteriormente había estado en Red Dog. Este caballero no era minero, aunque entre éstos resultaba una figura notable. Su conocimiento de la minería consistía principalmente en un dominio maravilloso de su jerga, a la que había hecho abundantes contribuciones, enriqueciendo su vocabulario con una abundancia de frases inusuales más notables por su aptitud que por su refinamiento, y que impresionaban a los «novatos» sin instrucción por la sensación de profundidad del conocimiento del inventor. Cuando no mantenía un círculo de admirativos oyentes procedentes de San Francisco o del este, se le podía encontrar entrega-

do al trabajo, comparativamente más oscuro, de barrer las diversas casas de baile y purificar

las escupideras.

Barney no parecía tener más que dos pasiones en la vida: el amor a Jefferson Doman, que en otro tiempo le había prestado algún servicio, y el amor al whisky, que desde luego no se lo había prestado. Había estado entre los primeros que se abalanzaron sobre HurdyGurdy, pero no había prosperado y gradualmente se fue degradando hasta la posición de sepulturero. No era una vocación, pero Barney dedicaba a ella su mano temblorosa de forma irregular siempre que se producía algún mal entendimiento en la mesa de juego, coincidiendo en el tiempo este trabajo con su recuperación parcial de una prolongada época de vicio. Un día, el señor Doman recibió en Red Dog una carta con un matasellos que simplemente decía «Hurdy, Cal.», y como se hallaba ocupado por otra cosa, la dejó descuidadamente en un agujero de su cabaña para leerla más tarde.

Unos dos años más tarde la encontró accidentalmente y la leyó. Decía lo siguiente:

Hurdy, 6 de Junio:

Amigo Jeff: La encontré buena en el campo de huesos. Está ciega y piojosa. Estoy montado: Es mío y mi parte es tuya también. Tuyo,

Barney

Posdata: La Marqué con Scarry.

Como tenía un conocimiento del *argot* general de los campamentos mineros y también del sistema privado del señor Bree para la comunicación de las ideas, el señor Doman no tuvo dificultad para entender en aquella epístola poco común que Barney estaba cumpliendo su deber como sepulturero cuando descubrió una

cama rocosa de cuarzo sin afloramientos; que evidentemente abundaba en ella el oro; que movido por consideración de su amistad acep-

taba al señor Doman como socio y esperaba que la declaración de su voluntad de caballero en el asunto mantuviera discretamente el descubrimiento en el secreto. Por la posdata podía deducirse claramente que para ocultar el tesoro había enterrado sobre él la parte mortal de una persona llamada Scarry.

Parece ser que según los acontecimientos posteriores, tal como se los contaron al señor Doman en Red Dog, antes de tomar esta precaución el señor Bree tuvo que eliminar una modesta competencia por el oro; en cualquier caso fue aproximadamente en esa época cuando se inició en la memorable serie de libaciones y festines que siguen siendo una de las tradiciones más amadas en la zona de San

Juan Smith, de la que se habla con respeto incluso en lugares tan alejados como Ghost Rock y Lone Hand. Cuando concluyeron las celebraciones, algunos antiguos ciudadanos de Hurdy-Gurdy, para quienes había realizado amablemente sus oficios en el cementerio, le

dejaron sitio entre ellos y allí se quedó para su descanso.

IV

Cuando terminó de clavar las estacas como su reivindicación minera, el señor Doman regresó andando al centro de ésta y se quedó inmóvil en el mismo punto en el que su búsqueda ante las tumbas había terminado al exclamar «Scarry». Volvió a inclinarse sobre el tablero que llevaba ese nombre y como para reforzar los sentidos de la vista y del oído, pasó el dedo índice a lo largo de las letras tos-

camente talladas. Al levantarse de nuevo, añadió oralmente a esa inscripción simple este sorprendente epitafio:

—¡Fue un terror sagrado!

Si le hubieran pedido al señor Doman que aportara pruebas de esas palabras —y considerando que tenían un carácter algo censurable sin duda se lo habrían pedido, de haber alguien—, se habría visto en una difícil situación

por la ausencia de testigos fiables y a lo más que habría podido apelar habría sido a la evidencia de los rumores. En aquel tiempo, cuando Scarry había tenido fama en los campamentos mineros de la zona —cuando tal como lo habría dicho el editor del *Hurdy Herald* se encontraba ella «en la plenitud de su poder»— la fortuna del señor Doman se encontraba en una marea baja, y llevaba la vida errantemente laboriosa de un prospector. Había pasado la

mayor parte del tiempo en las montañas, unas veces con un compañero y otras con otro. Su juicio acerca de Scarry se había formado a partir de los recitales admirativos de esos compañeros casuales procedentes de diversos campamentos; personalmente no había tenido nunca la dudosa ventaja de conocerla ni la precaria distinción de sus favores. Y cuando finalmente, al terminar ella su perversa profesión en Hurdy-Gurdy, él leyó por azar en un ejemplar del *Herald* una nota necrológica de una columna entera (escrita por el humorista

local en el más elevado estilo de su arte), Doman había concedido a la memoria de ella y al genio de su historiógrafo el tributo de una sonrisa, olvidándola después caballerosamente. Pero de pie ahora al lado de la tumba de aquella Mesalina de las montañas, recordó los acontecimientos principales de la turbulenta

carrera de aquella mujer, tal como los había oído celebrar en diversos fuegos de campamento, y quizás por un intento inconsciente de autojustificarse repitió que ella fue un terror sagrado, y después metió el pico en la tumba hasta el mango. En ese momento, un cuervo que había estado silenciosamente posado sobre una rama del árbol maldito que tenía sobre su cabeza, chasqueó solemnemente el pico y emitió su opinión sobre el asunto con un graznido de aprobación.

Dedicándose con gran celo a su descubrimiento del oro abundante, que probablemente achacaba a la conciencia con la que ejercitaba su trabajo de sepulturero, el señor Barney Bree

había cavado un sepulcro inusualmente profundo, por lo que casi estaba anocheciendo cuando el señor Doman, trabajando con la liberación lenta del que tiene «una cosa segu-

ra» y ningún miedo a que nadie reclamara un derecho anterior, llegó al ataúd y lo dejó al descubierto. Al hacerlo se vio enfrentado a una dificultad para la que no se había preparado; el ataúd –una simple cáscara plana de tablones rojizos por lo visto no muy bien conservados– no tenía asas y ocupaba todo el fondo de la excavación. Lo único que podía hacer sin violar la santidad y decencia de la situación era realizar una excavación lo bastante larga como para poder ponerse de pie a la cabeza del ataúd y, colocando debajo sus manos poderosas, levantarlo sobre su extremo más estrecho; y eso fue lo que decidió hacer. La proximidad de la noche aceleró sus esfuerzos. Ni se le pasó por la cabeza abandonar en aquella fase la tarea para reanudarla por la mañana en condiciones más ventajosas. El estímulo febril de la codicia y la fascinación del terror le

hicieron proseguir el trabajo con una voluntad de hierro. Ya no se mostraba ocioso, sino que trabajaba con un interés terrible. Se destocó la cabeza, se quitó las prendas exteriores, se abrió la camisa por el cuello descubriendo el pecho, por el que corrían sinuosos riachuelos de sudor, mientras este duro e impenitente buscador de oro y ladrón de tumbas trabajaba con una energía gigantesca que casi dignificaba el carácter de su horrible propósito; y cuando los bordes del sol desaparecieron por la línea serrada de las colinas del oeste, y la luna llena había surgido de las sombras que cubrían la llanura purpúrea, había puesto en pie el ataúd y lo dejó allí apoyado contra el borde de la tumba abierta. Después, levantando el cuello por encima de la tierra en el extremo opuesto de la excavación, mientras contemplaba el ataúd sobre el que caía ahora la luz de la luna produciendo una luminosidad total, se estremeció con un terror repentino al

observar sobre el ataúd la sorprendente aparición de una oscura cabeza humana: la sombra de la suya. Por un instante, aquella circunstancia simple y natural le acobardó. El ruido de su respiración fatigada le asustó, y trató de mitigarla, pero sus pulmones ardientes no se lo permitieron. Después, echándose a reír y habiendo perdido totalmente el espíritu, empezó a mover su cabeza de un lado a otro para obligar a la aparición a repetir los movimientos. Le tranquilizó y consoló comprobar que dominaba a su propia sombra. Estaba con-temporizando con la situación, realizando con una prudencia inconsciente una maniobra que retrasara la catástrofe inminente. Sentía que las fuerzas invisibles del mal se estaban cerrando sobre él y por el momento parlamentaba con lo inevitable.

Observó entonces una sucesión de varias cir-

cunstancias inusuales. La superficie del ataúd que mantenía fija su mirada no era plana; presentaba dos bordes claros, uno longitudinal y

otro transversal. Donde se cruzaban, por la parte más ancha, había una placa metálica corroída que reflejaba la luz de la luna con un brillo tenebroso. A lo largo de los bordes exteriores del ataúd, a largos intervalos, había unas cabezas de clavos comidas por el óxido. ¡Este frágil producto del arte de carpintero se había introducido en la tumba por el lado contrario!

Quizás fuera una de las bromas del campamento: una manifestación práctica del espíritu chistoso que encontraba su expresión literaria en la noticia necrológica, desordenada y patas arriba, salida de la pluma del gran humorista de Hurdy-Gurdy. Quizás tuviera algún significado personal y oculto en el que no pudieran

penetrar las mentalidades no instruidas de la tradición local. Una hipótesis más caritativa era que, debido a un infortunio del señor Barney Bree, al realizar sin ayuda el enterramiento (bien por decisión propia, para preservar en secreto su oro, o por la apatía pública), había

cometido un error que después no pudo o no quiso rectificar. Pero cometido el error, la pobre Scarry fue bajada a tierra boca abajo.

Cuando el terror y la estupidez se alían, el efecto es terrible. Aquel hombre osado y de fuerte corazón, aquel duro trabajador nocturno entre los muertos, el enemigo que desafiaba la oscuridad y la desolación, sucumbió a una sorpresa ridícula. Le sobrecogió un escalofrío: se estremeció y sacudió sus hombros enormes como si tratara de quitarse de encima una mano helada. Ya no respiraba y la sangre de sus venas, incapaz de reducir su ímpetu, brotaba

ardiente bajo su piel fría. Carente del oxígeno necesario, le subió a la cabeza y congestionó su cerebro. Sus funciones físicas se habían pasado al enemigo; incluso su corazón se había dispuesto en su contra. No se movió; ni siquiera podía gritar. Sólo necesitaba un ataúd para estar muerto: tan muerto como la muerta que tenía frente a él con la altura de una tumba abierta y el grosor de un tablón podrido en

medio.

Después recuperó los sentidos de uno en uno; la marea del terror que había superado sus facultades empezó a remitir. Pero con el retorno de los sentidos perdió singularmente la conciencia del objeto de su miedo. Veía la luz de la luna dorando el ataúd, pero ya no veía el ataúd que la luna doraba. Al levantar la mirada y girar la cabeza, observó, curioso y sorprendido, las ramas negras del árbol muer-

to, y trató de calcular la longitud de la cuerda, deshilachada por el tiempo que colgaba de su mano fantasmal. El ladrido monótono de los lejanos coyotes le afectó como algo que ya hubiera oído años antes en un sueño. Un búho cruzó por encima de él sobre unas alas que no hacían ruido, y trató de predecir la dirección que tomaría su vuelo cuando llegara al risco que elevaba su parte frontal iluminada a unos dos kilómetros de distancia. Su oído captó el caminar sigiloso de una ardilla a la sombra de un cacto. Lo observaba todo intensamente; sus

sentidos estaban alerta, pero no veía el ataúd.

Lo mismo que uno puede quedarse mirando al sol hasta que éste parece negro y después desaparece, su mente, habiendo agotado su capacidad para el terror, ya no era consciente de la existencia de nada que fuera terrorífico. El asesino estaba ocultando la espada.

Durante esta tregua en la batalla se dio cuenta de que había un olor débil pero vomitivo. Al principio pensó que se trataba de una serpiente de cascabel, e involuntariamente trató de mirar a sus pies. Eran casi invisibles en la oscuridad de la tumba. Un sonido áspero y gutural, como el estertor de la muerte en una garganta humana, parecía brotar del cielo, y un momento después una sombra grande, negra y angulosa, como si ese sonido se hubiera vuelto visible, cayó en un vuelo curvo desde la rama más alta del árbol espectral, aleteó un instante delante de su rostro y se alejó en la niebla a lo largo del torrente. Era el cuervo. El incidente le permitió recuperar el sentido de la

situación y volvió a buscar con la mirada el ataúd erguido, que ahora la luna iluminaba en la mitad de su longitud. Vio el brillo de la placa metálica y, sin moverse, intentó descifrar la

inscripción. Después se puso a especular con respecto a lo que había detrás. Su imaginación creativa representó una imagen vívida. Los tablones no parecían ya un obstáculo y vio el cadáver lívido de la mujer muerta, de pie y vestida con el sudario, contemplándole con la mirada vacía con unos ojos sin párpados y hundidos. La mandíbula inferior estaba caída, el labio superior, apartado, descubriendo los dientes. Pudo ver una mancha, como un dibujo, en las mejillas huecas: la consecuencia de la decadencia. Por algún proceso misterioso, su mente volvió por primera vez al día en que vio la fotografía de Mary Matthews. Contrastó su belleza rubia con el aspecto fúnebre de aquel rostro muerto: el objeto que más amaba con el más horrible que era capaz de concebir.

El Asesino avanzó ahora y mostrando la hoja

la acercó a la garganta de la víctima. Es decir,

aquel hombre fue consciente, al principio de una manera oscura, pero luego con gran definición, de una enorme coincidencia, una relación, un paralelismo entre el rostro de la fotografía y el nombre del tablón. Uno estaba desfigurado, el otro describía una desfiguración. El pensamiento se adueñó de él y le sacudió. Transformó el rostro que su imaginación había creado tras la tapa del ataúd; el contraste se convirtió en parecido; el parecido en identidad. Recordando las numerosas descripciones de la apariencia personal de Scarry, que había oído en las murmuraciones de los fuegos de campamento, intentó recordar, sin demasiado éxito, la naturaleza exacta de la desfiguración por la que la mujer había recibido ese feo apodo; y lo que faltaba en su memoria lo proporcionaba la imaginación, llenándolo con la validez de la convicción. En el intento enloquecedor de recordar algunas partes de la historia de esa mujer, que había oído, los músculos de

los brazos y las manos se contrajeron con una tensión dolorosa, como si se estuviera esforzando para levantar un gran peso. El esfuerzo hacía temblar y retorcerse su cuerpo. Los tendones de su cuello estaban tan tensos como una tralla, y empezó a respirar a boqueadas breves y potentes. La catástrofe no podía retrasarse ya demasiado si no quería que la agonía de la anticipación no dejara nada por hacer al *golpe de gracia de* la verificación. El rostro cicatrizado que había tras la tapa le mataría a través de la madera.

Un movimiento del ataúd alteró sus pensamientos. Se adelantó hasta encontrarse a treinta centímetros de su rostro, haciéndose visiblemente más grande conforme se aproximaba. La placa metálica oxidada, con una inscripción que no podía leerse con la luz de la luna, le miraba fijamente a los ojos. Decidido a

no acobardarse, intentó apoyar los hombros más firmemente contra el extremo de la excavación, y casi llegó a caerse hacia atrás en el

intento. No había nada que le sujetara; inconscientemente había avanzado hacia su enemigo, aferrando el gran cuchillo grande que había extraído del cinto. El ataúd no había avanzado y sonrió al pensar que no podría retirarse. Levantando el cuchillo, golpeó la pesada empuñadura con toda su fuerza contra la placa metálica. Se oyó un ruido agudo y sonoro, y con un resquebrajamiento apagado la tapa podrida del ataúd se despedazó y cayó a sus pies. El vivo y la muerta estaban cara a cara: el hombre, frenético y gritando, la mujer en pie, tranquila en su silencio. ¡Era un terror sagrado!

Unos meses más tarde, un grupo de mujeres y hombres pertenecientes a los más elevados círculos sociales de San Francisco pasó por Hurdy-Gurdy inaugurando el viaje a Yosemite Valley por un nuevo camino. Se detuvieron para la cena y mientras la preparaban explora-

ron el desolado campamento. Un miembro del grupo había estado en Hurdy-Gurdy en sus tiempos de gloria. Había sido uno de sus ciudadanos prominentes; y solía decirse que en una sola noche pasaba por su mesa de faro más dinero que en las de sus competidores en toda una semana; pero siendo ahora millonario, se dedicaba a empresas más importantes y no consideraba que aquellos primeros éxitos tuvieran una importancia suficiente como para merecer la distinción de un comentario. Su esposa inválida, una dama famosa en San Francisco por la costosa naturaleza de sus entrete-

nimientos y el rigor que ponía en relación con la posición social y los «antecedentes» de quienes la acompañaban, iba con la expedición.

Durante un paseo por entre las chozas del campamento abandonado, el señor Porfer dirigió la atención de su esposa y amigos hacia el árbol seco que había en una colina baja, al otro lado del Injun Creek.

–Tal como les dije –afirmó–, pasé por este

campamento en 1852 y me contaron que no menos de cinco hombres fueron ahorcados allí por los vigilantes en diferentes momentos, y todos en aquel árbol. Si no me equivoco, todavía cuelga de él una cuerda. Vayamos a ver ese lugar.

Lo que no añadió el señor Porfer fue que esa cuerda quizás fuera la misma de cuyo fatal abrazo había escapado su cuello por tan poco que si hubiera tardado una hora más en salir

de esa región habría muerto.

Andando despacio junto al torrente hasta un punto conveniente para cruzarlo, el grupo encontró el esqueleto de un animal atado a una estaca, que el señor Porfer, tras examinarlo debidamente, afirmó era el de un asno. Las orejas que lo distinguían habían desaparecido, pero una gran parte de la cabeza no comestible había sido perdonada por alimañas y pájaros, además la resistente brida de pelo de caballo estaba intacta, lo mismo que la cuerda de un material similar que lo ataba a una estaca fir-

memente hundida todavía en la tierra. A su lado estaban los elementos metálicos y de madera de un equipo de minero. Hicieron los comentarios habituales, cínicos por parte de los hombres y sentimentales y refinados por la de las damas. Un momento más tarde se encontraron junto al árbol del cementerio y el señor

Porfer se deshizo de su dignidad lo suficiente como para colocarse bajo la cuerda podrida y enlazarla confiadamente alrededor de su cuello, lo que por lo visto pareció satisfacerle mucho a él, pero causó un gran horror a su esposa, que sufrió un pequeño ataque con la representación.

La exclamación de un miembro del grupo los reunió a todos junto a una tumba abierta, en cuyo fondo vieron una confusa masa de huesos humanos y los restos rotos de un ataúd.

Los coyotes y las águilas ratoneras habían ejecutado los últimos y tristes ritos por lo que se refería a todo lo demás. Vieron dos cráneos, y para investigar esta repetición bastante in-

usual, uno de los hombres jóvenes tuvo la audacia de introducirse de un salto en la tumba y pasárselos a uno de los que estaba arriba antes de que la señora Porfer pudiera dar a conocer

su desaprobación a ese acto tan sorprendente, aunque lo hiciera con considerable sentimiento y con palabras muy selectas. Al proseguir su búsqueda de los restos en el fondo de la tumba, el joven entregó una placa de ataúd oxidada con una inscripción toscamente hecha que, con dificultad, el señor Porfer descifró y leyó en voz alta con un serio intento, no totalmente desprovisto de éxito, de obtener el efecto dramático que consideraba adecuado a la ocasión y a su capacidad retórica:

Manuelita Murphy

Nacida en la Misión San Pedro;

muerta en Hurdy-Gurdy

a los cuarenta y siete años

El Infierno está lleno de gente así

Como deferencia a la piedad del lector y a los

nervios del fastidioso grupo de ambos sexos que comparten los nervios de la señora Porfer, no nos referiremos a la dolorosa impresión producida por esa inusual inscripción, salvo para decir que la capacidad de elocuencia del señor Porfer no había encontrado nunca antes un reconocimiento tan espontáneo y abrumador.

El siguiente objeto que recompensó al necrófago de la tumba fue una maraña larga de cabellos negros manchados de barro: pero recibió poca atención porque rompió el ambiente anterior. De pronto, con una breve exclamación y un gesto de excitación, el joven desenterró un fragmento de roca grisácea y, tras inspeccionarlo presurosamente, se lo entregó al señor Porfer. Cuando la luz del sol cayó sobre él lanzó unos destellos amarillos: estaba recubierto de puntos brillantes. El señor Porfer lo cogió, inclinó la cabeza sobre él un momento y lo arrojó descuidadamente con un solo

comentario:

–Piritas de hierro: el oro del loco.

El joven del descubrimiento quedó por lo visto un poco desconcertado.

Entretanto la señora Porfer, incapaz de soportar ya aquel desagradable asunto, había vuelto junto al árbol y se había sentado sobre sus raíces. Mientras se arreglaba de nuevo una trenza de dorados cabellos que se había salido de su lugar, atrajo su atención lo que parecía ser, y era realmente, un fragmento de un abrigo viejo. Mirando a su alrededor para asegurarse de que un acto tan impropio de una dama no fuera observado, metió la enjoyada mano en el bolsillo delantero que estaba a la vista y sacó una cajita mohosa. Sus contenidos eran los siguientes:

Un puñado de cartas en cuyo matasellos figuraba «Elizabethtown, New jersey».

Un rizo de cabello rubio atado con una cinta.

Una fotografía de una hermosa joven.

Otra de la misma, pero singularmente desfigurada. Un nombre en el dorso de la fotograf-

ía: «Jefferson Doman».

Unos momentos después, un grupo de ansiosos caballeros rodeaba a la señora Porfer mientras seguía sentada e inmóvil al pie del árbol, con la cabeza caída hacia adelante, aferrando con los dedos una fotografía aplastada. Su marido le levantó la cabeza, descubriendo un rostro fantasmalmente blanco salvo la larga cicatriz, conocida por todos sus amigos, que ningún arte podía ocultar, y que atravesaba ahora la palidez de su semblante como una maldición visible.

Mary Matthews Porfer tenía la mala suerte de estar muerta.

EL ENTORNO CONVENIENTE

(*The suitable surroundings*)

La noche

Una noche de mediados de verano, el hijo de un granjero que vivía a unos veinte kilómetros de la ciudad de Cincinnati, cruzaba un bosque denso y oscuro siguiendo un camino de herradura. Se había desorientado mientras buscaba unas vacas perdidas, y cerca ya de la medianoche se encontraba muy lejos de su casa, en una zona con la que no estaba familiarizado. Pero era un joven valiente y, como conocía la dirección aproximada en la que se hallaba su casa, se metió en el bosque sin vacilar, guiado por las estrellas. Al encontrarse, el camino de herradura y observar que iba en la dirección correcta, lo siguió.

La noche era clara, pero en el bosque estaba todo muy oscuro. El muchacho se mantenía en

el camino más por el sentido del tacto que por el de la vista. La verdad es que no era fácil

perderse, pues los matorrales de ambos lados eran tan espesos que resultaban casi impenetrables. Se había introducido ya en el bosque unos dos kilómetros cuando se sorprendió al ver un débil rayo de luz que brillaba a través del follaje que bordeaba el camino por el lado izquierdo. Ver aquello le sorprendió e hizo que su corazón empezara a latir poderosamente.

—La casa del viejo Breede debe estar por aquí —dijo para sí mismo—. Éste debe ser el otro lado del camino por el que llegamos a ella desde nuestra casa. ¿Pero qué será esa luz encendida?

Sin embargo, siguió adelante. Al cabo de un momento había salido del bosque y había entrado en un pequeño claro en el que crecían

sobre todo zarzales. Había restos de una valla podrida. A unos metros del sendero, en mitad del «claro», estaba la casa de la que procedía la luz a través de una ventana sin cristal. Lo había tenido en otro tiempo, pero hacía ya mucho

que tanto éste como el marco que lo sujetaba había cedido a las piedras lanzadas por manos de muchachos aventureros que gustaban de poner a prueba tanto su valor como su hostilidad hacia lo sobrenatural; pues la casa Breede tenía fama de estar hechizada. Posiblemente no fuera así, pero hasta el más escéptico no podría negar que estaba desierta; lo que en las zonas rurales viene a ser lo mismo.

Al contemplar la misteriosa y débil luz que salía de la ventana en ruinas, el muchacho recordó con aprensión que su propia mano había ayudado a su destrucción. Lo patético de su arrepentimiento estaba en proporción con su

tardanza e ineficacia. Casi esperaba que se lanzaran contra él todas las malevolencias ultraterrenas e incorpóreas a las que había ultrajado ayudando a romper sus ventanas y su paz. Pero este tenaz muchacho, sacudiendo todos sus miembros, no se retiró. La sangre de sus venas era fuerte y estaba enriquecida con el hiedo de los hombres de la frontera. Perte-

neía a aquella raza que, dos generaciones atrás, había sometido al indio. Se dispuso a pasar junto a la casa.

Cuando estaba haciéndolo, miró por el espacio vacío de la ventana y contempló algo extraño y aterrador: la figura de un hombre sentado en el centro de la habitación, en una mesa sobre la que había unas hojas sueltas de papel. Tenía apoyados los codos en la mesa, sujetándose con las manos la cabeza, que llevaba descubierta. A cada lado, los dedos se introducían

en los cabellos. A la luz de la única vela, que estaba un poco lejos, su rostro parecía de un amarillo mortal. La llama iluminaba ese lado del rostro, y el otro estaba en una sombra profunda. Los ojos del hombre estaban fijos en el espacio vacío de la ventana, con una mirada en la que un observador de más edad y más brío habría discernido algo de aprensión, pero que al muchacho le pareció que carecía totalmente de alma. Creyó que aquel hombre estaba muerto.

La situación era horrible, pero no carecía de fascinación. El muchacho se detuvo para fijarse en todo. Se sentía débil y tembloroso; podía sentir que la sangre se le retiraba del rostro.

Sin embargo, apretó los dientes y avanzó con resolución hacia la casa. No tenía ninguna intención consciente: era el simple valor que da el terror. Metió su blanco rostro por la abertu-

ra iluminada y, en ese instante, un lamento extraño y agudo, un grito, rompió el silencio de la noche: el canto de una lechuza. El hombre se puso en pie de un salto, derribó la mesa y apagó la vela. El muchacho escapó.

El día anterior

—Buenos días, Colston. Parece que estoy de suerte. Siempre ha dicho usted que mis alabanzas de su obra literaria eran mera cortesía, pero aquí me encuentra absorbido, diría que sumergido, en su última historia aparecida en el *Messenger*. Si no llega a tocarme en el hombro, ni me habría dado cuenta de su presencia.

—La prueba es más poderosa de lo que usted parece entender —contestó el otro—. Es tan fuerte su deseo de leer mi historia que voluntariamente está renunciando a consideraciones egoístas y perdiendo todo el placer que podría

obtener de ella.

–No le entiendo –contestó el primero pliegando el periódico que sostenía y metiéndolo en el bolsillo–. De todas maneras ustedes, los escritores, son bastante raros. A ver, dígame lo que he hecho o dejado de hacer en este asunto.

¿En qué medida depende de mí el placer que obtengo, o podría obtener, de su obra?

–De muchas maneras. Permítame preguntarle si disfrutaría mucho de su desayuno si lo tomara en este coche público en la calle. Supongamos que el fonógrafo se ha perfeccionado tanto que puede darle una ópera entera: canto, orquestación y todo lo demás; ¿cree usted que le proporcionaría mucho placer si lo pusiera en marcha en el despacho mientras trabaja? ¿Importa realmente una serenata de

Schubert cuando la escucha interpretada por un italiano inoportuno en un transbordador

matinal? ¿Está siempre preparado y dispuesto para el placer? ¿Mantiene todos los estados de ánimo a su disposición, listos para cualquier demanda?

¡Permítame, señor, que le recuerde que la historia que me ha hecho el honor de empezar, como una manera de olvidarse de la incomodidad de este coche, es una historia de fantasmas!

—¿Y bien?

—¿Cómo que y bien? ¿Es que el lector no tiene deberes que se corresponden con sus privilegios? Usted ha pagado cinco centavos por ese periódico. Es suyo. Tiene el derecho a leerlo donde y cuando quiera. Gran parte de lo que contiene no se ve afectada, ni para bien ni para mal, por el momento, el lugar o el estado de ánimo; una parte exige en realidad que se lea enseguida: mientras se encuentra en efervescencia. Pero mi historia no tiene ese carácter.

No es «lo último» de Fantasmalandia. No se espera de usted que esté *au courant* de lo que está sucediendo en la esfera de los espectros. La historia se conservará hasta que tenga usted tiempo para introducirse en el marco mental apropiado para el sentimiento de lo escrito; y respetuosamente opino que no podrá conseguirlo en un coche público, aunque sea el único pasajero. Ese tipo de soledad no es la adecuada. Un autor tiene sus derechos, que el lector está obligado a respetar.

—¿Puede darme un ejemplo concreto?

—El derecho a la atención continuada del lector. Negárselo es inmoral. Compartir su atención con el traqueteo de un coche, con el móvil panorama de las multitudes por las aceras y de los edificios al otro lado —con cualquiera de las miles de distracciones de nuestro entorno habitual— es tratar al autor con grave injusticia.

¡Dios mío, es algo infame!

El que así hablaba se había puesto en pie y se sujetaba gracias a una de las cintas de cuero

que colgaban del techo del coche. El otro hombre levantó la mirada y le contempló con repentino asombro, preguntándose si un agravio tan trivial podía justificar un lenguaje tan fuerte. Vio que el rostro de su amigo estaba inusualmente pálido y que sus ojos brillaban como carbones encendidos.

—Sabe a qué me refiero —siguió diciendo el autor, amontonando impetuosamente sus palabras—. Sabe perfectamente lo que quiero decir, señor Marsh. Mi historia aparecida en el *Messenger* de esta mañana está claramente subtitulada como «Una historia de fantasmas»; lo bastante grande como para que todos lo vean. Todo lector honorable entenderá con ello las condiciones en las que ha de leerse la obra. El hombre al que se habían dirigido con el

nombre de Marsh parpadeó un poco antes de preguntar con una sonrisa:

—¿Qué condiciones? Sabe usted que sólo soy un sencillo hombre de negocios y no se supone que deba entender de tales cosas. ¿Cómo,

cuándo y dónde debería leer su historia de fantasmas?

—En soledad, por la noche, a la luz de una vela. Hay ciertas emociones que un escritor puede provocar con bastante facilidad: como la compasión o la alegría. Puedo conmoverle hasta las lágrimas o la risa casi bajo cualquier circunstancia. Pero para que mi historia de fantasmas sea efectiva debe disponerse a sentir miedo, por lo menos una poderosa sensación de lo sobrenatural, y eso ya es más difícil. Tengo derecho a esperar de usted que si quiere leerme me dé una posibilidad; que usted mismo se predisponga y se vuelva accesible a la emo-

ción que trato de inspirar.

El coche había llegado ya a su destino y se detuvo. Acababa de completar el primer viaje del día y la conversación de los dos primeros pasajeros no había sido interrumpida. Las calles se encontraban todavía silenciosas y desoladas; las azoteas de las casas empezaban a ser rozadas por el sol naciente. Cuando se bajaron

del coche y se marcharon caminando juntos, Marsh contempló atentamente a su compañero, del que se decía que era adicto, como casi todos los hombres de capacidad literaria poco frecuente, a diversos vicios destructivos. Ésa es la venganza que las mentes oscuras suelen cobrar contra las más brillantes, por el resentimiento que les causa la superioridad de estas últimas. Se reconocía que el señor Colston era un hombre genial. Hay almas honestas que creen que la genialidad es un tipo de exceso.

Se sabía que Colston no bebía alcohol, pero muchos decían que tomaba opio. Había algo en su aspecto de aquella mañana –un cierto salvajismo en la mirada, una palidez inusual, una manera de hablar rápida e impulsiva– que al señor Marsh le confirmó ese informe. Sin embargo, no era dado a abandonar un tema que le resultaba interesante, por mucho que excitara a su amigo.

–¿Quiere decir entonces que si me tomo la molestia de observar sus directrices situarme

en las condiciones que usted exige: soledad, nocturnidad y una vela de sebo–puede darme con su oro fantasmal un sentimiento incómodo de lo sobrenatural, tal como lo expresó?

¿Puede acelerar mis pulsaciones, que me sobresalte por los ruidos repentinos, transmitir una corriente fría y nerviosa por mi columna y hacer que se me erice el cabello?

Colston se volvió repentinamente hacia él y, sin dejar de caminar, le miró fijamente a los ojos.

–No se atrevería... no tendría usted el valor suficiente –dijo enfatizando las palabras con un gesto de desprecio–. Es lo bastante valiente para leerme en un coche público, pero en una casa desierta... ¡solo... en el bosque... por la noche! ¡Bah! Tengo en mi bolsillo un manuscrito que le mataría.

Marsh se sintió colérico. Se consideraba un valiente y aquellas palabras le molestaron.

–Si conoce usted algún lugar semejante, lléveme allí esta noche y déjeme su historia y

una vela. Vuelva a por mí cuando haya tenido tiempo suficiente para leerla, le contaré la trama entera y... le echaré de allí a patadas.

Así es como ocurrió que el hijo del granjero, al mirar por la ventana sin cristales de la casa

Breede, vio a un hombre sentado a la luz de una vela.

El día siguiente

A última hora de la tarde del siguiente día, tres hombres y un muchacho se acercaron a la casa Breede por el mismo lugar por el que el joven había escapado la noche anterior. Los hombres estaban animados, reían y hablaban con voz potente. Hacían sobre la aventura del muchacho irónicos comentarios chistosos y humorísticos, pues era evidente que no le creían. El muchacho aceptaba sus bromas con seriedad y sin responderles. Tenía un sentido de lo apropiado de las cosas y sabía que el que afirma haber visto a un muerto levantarse de su silla y apagar una vela de un soplo no es

un testigo creíble.

Como al llegar a la casa encontraron la puer-

ta abierta, el grupo de investigadores entró sin ceremonial. Desde el pasillo principal se abría una puerta a la derecha y otra a la izquierda.

Entraron en la habitación de la izquierda: la que tenía la ventana vacía. Había allí el cadáver de un hombre.

Yacía sobre un costado, con el brazo debajo y la mejilla sobre el suelo. Sus ojos estaban muy abiertos y su mirada no resultaba agradable.

Tenía abiertas las mandíbulas y un charquito de saliva se había formado bajo la boca. La habitación sólo contenía, aparte del cadáver, una mesa derribada, una vela parcialmente utilizada, una silla y un papel escrito. Todos contemplaron el cadáver y le tocaron el rostro por turnos. El muchacho se quedó en pie, en actitud grave, junto a la cabeza, asumiendo una actitud de propietario. Fue el momento de mayor orgullo de su vida. Uno de los hombres comentó que el chico había tenido razón, ob-

servación que fue recibida por los otros dos con asentimientos de aquiescencia. Era el escepticismo excusándose ante la verdad. Entonces, uno de los hombres cogió del suelo la hoja manuscrita y se dirigió hacia la ventana, pues ya las sombras de la tarde estaban oscureciendo el bosque. Se escuchó en la distancia el canto de un chotacabras, mientras un abejorro monstruoso salió velozmente por la ventana batiendo estruendosamente las alas hasta que se perdió a lo lejos. El hombre que había cogido el papel lo leyó:

El manuscrito

«Antes de cometer el acto que, correcta o equivocadamente, he decidido, y presentándome ante mi Hacedor para ser juzgado, yo, James R. Colston, considero mi deber como periodista hacer una declaración pública. Creo que mi nombre es tolerablemente bien conoci-

do por la gente como escritor de relatos trágicos, pero ni la más sombría imaginación con-

cibió nunca nada tan trágico como mi propia vida e historia. No en los incidentes: mi vida ha estado desprovista de aventura y acción.

Pero mi historia mental ha estado repleta de experiencias como el asesinato y la condena-
ción. No las volveré a contar aquí: algunas de ellas están escritas y dispuestas a ser publicadas en diversos lugares. El objetivo de estas líneas es explicar a quien pueda estar interesado que mi muerte es voluntaria: es un acto que yo mismo he decidido. Moriré a las doce de la noche del quince de julio: un aniversario significativo para mí, pues en ese día y a esa hora mi amigo en el tiempo y la eternidad, Charles Breede, juró ante mí con el mismo acto que por su fidelidad a nuestra promesa ahora me obliga a mí. Se quitó la vida en su pequeña

casa de los bosques de Copeton. Dieron el habitual veredicto de "locura temporal". Si hubiera testificado yo en la investigación, y hubiera dicho todo lo que sabía, ¡me habrían considerado loco!»

Venía después un pasaje más largo que el hombre leyó sólo para sí mismo. El resto, volvió a leerlo en voz alta.

«Me queda todavía una semana de vida para disponer mis asuntos mundanos y prepararme para el gran cambio. Es suficiente, pues mis asuntos son escasos y hace ya cuatro años que la muerte se convirtió para mí en una obligación imperativa.

»El escrito estará junto a mi cuerpo; ruego el favor, al que lo encuentre, de que lo entregue al juez.»

James R. Colston

»Posdata: Willard Marsh, en este fatal día

quince de julio, le he entregado este manuscrito para que sea abierto y leído en las condiciones acordadas y en el lugar que yo designé.

Renuncio a mi intención de mantenerlo junto a mi cuerpo para explicar la forma de mi muerte, que no es importante. Servirá para explicar la forma de la suya. Tengo que ir a buscarle durante la noche para asegurarme de que ha

leído el manuscrito. Me conoce lo suficiente para saber que acudiré. Pero amigo mío, eso será después de las doce de la noche. ¡Que Dios tenga piedad de nuestras almas!

J. R. C.»

Antes de que el hombre que estaba leyendo el manuscrito lo hubiera terminado, habían recogido y encendido la vela. Cuando el lector terminó, acercó tranquilamente el papel a la llama y, a pesar de las protestas de los demás, lo sostuvo allí hasta que se convirtió en cen-

zas. El hombre que lo hizo, y que después aguantó plácidamente una severa reprimenda del juez, era un yerno del fallecido Charles Breede. En la investigación nadie pudo sacarle un relato inteligente de lo que contenía aquel papel.

De «The Times»

«Ayer, los comisionados del manicomio enviaron al asilo al señor James R. Colston, autor de cierta fama local relacionado con el Messenger. Se recordará que en la noche del día

quince el señor Colston fue puesto bajo custodia por uno de sus compañeros de alojamiento de Baine House, quien había observado que actuaba muy sospechosamente, descubriéndose la garganta y afilando una cuchilla cuyo borde comprobaba de vez en cuando produciéndose cortes en la piel del brazo, etc. Al ser entregado a la policía, el infortunado presentó

una desesperada resistencia, y desde entonces se ha mostrado tan violento que ha sido necesario ponerle una camisa de fuerza. Casi todos los demás estimados escritores contemporáneos de nuestro autor siguen en libertad.»

LA VENTANA ENTABLADA

(*The Boarded Window*)

En 1830, hasta sólo unos kilómetros de lo que es ahora la importante ciudad de Cincinnati, había un bosque inmenso y casi continuo. Toda la región estaba poblada, escasamente, por gentes de la frontera: almas inquietas que tan pronto habían levantado con leños del bosque casas bastante habitables y alcanzado ese grado de prosperidad que hoy llamaríamos indigencia, impelidas por algún impulso misterioso de su naturaleza lo abandonaban todo y seguían avanzando hacia el oeste para enfrentarse a nuevos peligros y privaciones en el inten-

to de recuperar las escasas comodidades a las que habían renunciado voluntariamente. Muchos de ellos habían abandonado ya esa región buscando asentamientos mas remotos, pero entre los que quedaban estaba uno de los que fueron primeros en llegar. Vivía solo en una cabaña de leños rodeado por todas partes por el gran bosque, de cuyo silencio y tinieblas pa-

recía formar parte, pues nadie sabía que hubiera sonreído nunca ni hubiera pronunciado una palabra innecesaria. Sus necesidades simples las obtenía mediante la venta o trueque de pieles de animales salvajes en la ciudad del río, pues no crecía nada en aquella tierra que, si hubiera sido necesario, habría reivindicado por un derecho de propiedad indisputable. Sí había algunas pruebas de «mejoras»: unos cuantos acres de tierra situados inmediatamente al lado de la casa habían sido talados

en otro tiempo, y los tocones podridos se encontraban medio ocultos por los árboles nuevos a los que se les había permitido reparar la desolación producida con el hacha. Evidentemente, el deseo agrícola de aquel hombre había ardido con una llama vacilante y expiró entre cenizas penitenciales.

La pequeña cabaña de leños, con la chimenea de palos, el techo de tableros combados que se mantenían en su sitio gracias a unos palos atravesados, con las grietas tapadas con arci-

lla, sólo tenía una puerta y, directamente en la pared de enfrente, una ventana. Sin embargo esta última estaba tapada con tablones, sin que nadie se acordara del tiempo en que no fue así.

Nadie sabía tampoco por qué estaba tan cerrada; ciertamente no porque a su ocupante le desagradara la luz y el aire, pues en las raras ocasiones en que un cazador había pasado por

aqueel solitario lugar, normalmente había visto al propietario tomando el sol en los escalones de entrada, si el cielo había tenido a bien satisfacer sus necesidades de luz solar. Creo que hoy viven pocas personas que hayan conocido el secreto de esa ventana, pero como verá el lector, yo soy una de ellas.

Se decía que aquel hombre se llamaba Murlock. Parecía tener unos setenta años, aunque en realidad sólo eran cincuenta. Algo más que el paso del tiempo había colaborado en su envejecimiento. Su cabello y su barba larga y tupida eran blancos; los ojos, grises y carentes de brillo, estaban hundidos; el rostro parecía sin-

gularmente cosido por arrugas que daban la impresión de pertenecer a dos sistemas en intersección. Su figura era alta y enjuta, con cierta inclinación de hombros: la de un porteador de cargas. Nunca le vi; estas noticias las supe

por mi abuelo, a quien debo también la historia de aquel hombre, que me contó cuando yo era un muchacho. Le había conocido en aquellos tiempos lejanos porque vivía cerca de él. Un día encontraron muerto a Murlock en su cabaña. No eran tiempos ni lugares para jueces y periódicos, por lo que supongo que se acordó que había muerto por causa natural, pues si no hubiera sido así se habría comentado y yo lo recordaría. Sólo sé que con cierto sentimiento de lo que es apropiado enterraron el cadáver cerca de la cabaña, junto a la tumba de su esposa, que le había precedido hacía ya tantos años que en la tradición local apenas se había conservado algún indicio de su existencia. Con eso se cierra el último capítulo de esta historia auténtica: salvo, ciertamente, la cir-

cunstancia de que muchos años después, en compañía de otro espíritu igualmente intrépi-

do, penetré en la región y llegué a aventurarme lo bastante cerca de la cabaña en ruinas para arrojar una piedra contra ella y escapar corriendo para evitar al fantasma que, como sabían todos los muchachos bien informados de los alrededores, habitaba en aquel lugar. Pero hay un capítulo anterior que me proporcionó mi abuelo.

Cuando Murlock construyó la cabaña y empezó a trabajar con el hacha para crear una granja—entre tanto el rifle era su medio de apoyo—, era joven, fuerte y lleno de esperanzas. En el condado más oriental de donde procedía se había casado, tal como era habitual, con una mujer joven que en todos los aspectos era merecedora de su honesta devoción, pues compartió los peligros y las privaciones del destino de Murlock con voluntarioso espíritu y corazón alegre. En ninguna parte está anotado el nombre de ella; de los encantos de su

mente y su persona la tradición guarda silencio, y el que dude está en libertad para mantener sus dudas, ¡pero Dios me prohibiría que yo las compartiera! Cada día que vivió como viudo sirve de prueba del afecto y la felicidad que les unía, ¿pues qué otra cosa, sino el magnetismo de un recuerdo bendito, podría haber encadenado a un destino semejante a un espíritu aventurero como aquél?

Un día, cuando Murlock regresaba de cazar en una zona distante del bosque, encontró a su esposa postrada por la fiebre y delirando. No había médico a muchos kilómetros, ni vecino alguno; tampoco se encontraba ella en unas condiciones que permitieran dejarla sola para ir a buscar ayuda. Así que se dispuso a alimentarla para que recuperara la salud, pero al final del tercer día ella quedó inconsciente y después murió, sin que por lo visto volviera a recuperar la razón.

Por lo que sabemos de una naturaleza como la de Murlock, podemos atrevernos a esbozar

algunos detalles del cuadro perfilado por mi abuelo. Cuando se convenció de que estaba muerta, Murlock tenía todavía el suficiente sentido como para recordar que a los muertos hay que prepararlos para el enterramiento. En la ejecución de ese deber sagrado tropezó de vez en cuando, realizó algunas cosas incorrectamente, y otras, que hizo correctamente, las repitió una y otra vez. Sus ocasionales fracasos en el intento de ejecutar un acto simple y ordinario le llenaron de asombro, como el de un hombre embriagado que se sorprende de la suspensión de las leyes naturales familiares. También él se sorprendió de no llorar: se sintió sorprendido y un poco avergonzado; seguramente es poco amable no llorar por los muertos.

–Mañana tendré que hacer el ataúd y cavar la tumba –dijo en voz alta–. Entonces la echaré de menos, cuando ya no pueda verla nunca, pero ahora... está muerta, claro que sí, pero todo está bien... *Debe* estar todo bien, de alguna

manera. Las cosas no pueden ser tan malas como parecen.

Permaneció en pie junto al cadáver bajo la luz menguante, arreglándole el pelo y dando los últimos toques a ese simple aseo, haciéndolo todo mecánicamente, sin poner el alma en ello. Pero por su conciencia transitaba una corriente subterránea de convicción de que todo estaba bien; de que volvería a tenerla como antes, y todo quedaría explicado. No tenía experiencia en la pena; el uso no había hecho crecer su capacidad a ese respecto. Su corazón no podía contenerlo todo, ni su imaginación concebirlo correctamente. No sabía que había sido

golpeado duramente; ese conocimiento vendría más tarde, para no irse nunca. La pena es una artista de facultades tan variadas como los instrumentos con los que toca sus endechas funerarias, evocando en algunos las notas más agudas, en otros los acordes bajos y graves que palpitan recurrentemente, como el batir lento de un tambor distante. Sobresalta a al-

gunas naturalezas; adormece a otras. Para algunos es como el golpe de una flecha que abre la sensibilidad a lo fúnebre de la vida; para otros como un mazazo que al golpear adormece. Podemos entender que Murlock se hubiera visto afectado de esa manera, pues en cuanto hubo terminado su piadoso trabajo (y aquí nos movemos en campos más seguros que el de la simple conjetura), dejándose caer en una silla al lado de la mesa sobre la que estaba el cuerpo, y observando lo blanco que era el perfil del

cadáver en la creciente oscuridad, apoyó los brazos en el borde de la mesa y dejó caer el rostro sobre ellos, todavía sin lágrimas, pero indeciblemente fatigado. ¡En ese momento entró por la ventana abierta un sonido prolongado y gimiendo, como el llanto de un niño perdido en las profundidades de un bosque oscuro! Pero no se movió. Otra vez, aunque más cerca que antes, sonó en sus sentidos ese grito ultraterreno. Quizás fuera un animal salvaje; o quizás un sueño: pues Murlock estaba

dormido.

Unas horas más tarde, como se supo después, aquel vigilante poco cumplidor despertó, levantó la cabeza que tenía apoyada en los brazos y escuchó atentamente, aunque no sabía qué. En la negra oscuridad, al lado del cadáver, recordándolo todo sin sobresaltarse, forzó sus ojos para ver, pero no sabía qué. To-

dos sus sentidos estaban alerta, la respiración suspendida, la sangre había aquietado su movimiento como para ayudar al silencio.

¿Quién, qué le había despertado, y dónde estaba?

De pronto la mesa se agitó bajo sus brazos, y en ese momento oyó, o creyó oír, un paso ligero y suave... y otro más... ¡sonaba como si unos pies descalzos caminaran sobre el suelo!

Estaba tan aterrado que no podía gritar ni moverse. Se vio obligado a esperar, a esperar allí en la oscuridad durante lo que le parecieron siglos, conociendo el máximo terror que un hombre puede conocer, y vivir para contar-

lo. Intentó vanamente pronunciar el nombre de su esposa muerta, estirar vanamente su mano a través de la mesa para saber si ella estaba allí. Pero su garganta se había quedado impotente y sus brazos y manos le pesaban

como si fueran de plomo. Sucedió entonces algo aterrador. Un cuerpo pesado debió lanzarse contra la mesa con tal impulso que la levantó contra el pecho del hombre y llegó casi a derribarle, y en ese mismo instante oyó y sintió la caída de algo en el suelo con un golpetazo tan violento que el impacto sacudió la casa entera. Se produjo después una refriega y una confusión de sonidos imposible de describir. Murlock se había puesto en pie. Por el exceso de miedo, había perdido el control de sus facultades. Lanzó las manos sobre la mesa y no encontró nada allí.

Hay un punto en el que el terror puede convertirse en locura; y la locura incita a la acción. Sin ninguna intención definida, sin más motivo que el impulso inexplicable de un loco,

Murlock saltó hacia la pared, tanteando un poco cogió el rifle cargado y disparó sin apun-

tar. Cuando el destello iluminó vivamente la habitación, vio una pantera enorme que arrastraba a la mujer muerta hacia la ventana, con los colmillos clavados en su garganta. Se produjo entonces una oscuridad mayor todavía que la anterior, y silencio; cuando recuperó la conciencia el sol estaba alto y en el bosque se escuchaba el canto de los pájaros.

El cadáver yacía cerca de la ventana, donde lo había dejado la pantera cuando se asustó por el destello y el sonido del rifle. Tenía las ropas arrancadas, los largos cabellos en desorden, los miembros extendidos de cualquier manera. De la garganta, terriblemente herida, había brotado un chorro de sangre que formó un charco que todavía no había terminado de coagularse. La cinta con la que él le había atado las muñecas estaba rota; las manos, apretadas. Entre los dientes tenía un fragmento de la oreja del animal.

UNA DAMA DE REDHORSE

(*A Lady from Redhorse*)

Coronado, 20 de junio.

Cada vez estoy más interesada en él. No es, estoy segura, su... ¿Conoces algún buen sustantivo que corresponda al epíteto «guapo»?

No me gusta decir «belleza» cuando hablo de un hombre. Es harto guapo, Dios lo sabe.

Cuando está en sus mejores momentos, que siempre lo son, ni siquiera confiaría en ti... la más fiel de las esposas. No creo que la fascinación de su trato tenga mucho que ver con ello.

Bien sabes que el encanto del arte reside en algo indefinible, e imagino que para nosotras, mi querida Irene, el arte que estamos considerando es menos indefinible que para dos muchachas recién presentadas en sociedad. Sé de qué manera mi apuesto caballero obtiene muchos de sus efectos y hasta podría darle algu-

nos consejos para que los realzara. Sea como fuere, sus modales son deliciosos. En este

hombre, sospecho, lo que más me atrae es la inteligencia. Su conversación es la más seductora que he oído y no puede compararse con la de ningún otro. Parece conocerlo todo, y tiene que ser así porque lo ha leído todo, ha estado en todas partes, ha visto cuanto había que ver —a veces, creo, más de lo que conviene— y está relacionado con la gente más rara. Y su voz, Irene... Cuando la oigo, siento que debería pagar para oírla, aunque soy dueña de ella, claro está, cuando se dirige a mí.

3 de julio.

Tengo la impresión de que mis observaciones sobre el doctor Barritz, escritas al correr de la pluma, deben de haber sido muy tontas; de otro modo, no te habrías referido a él con esa

ligereza, por no decir falta de respeto. Créeme, querida, tiene más dignidad y seriedad (de aquellas, quiero decir, que no son incompatibles con una manera de ser juguetona y siempre encantadora) que cualquiera de los hom-

bres que tú y yo hayamos conocido nunca. Y el joven Raynor –conociste a Raynor en Monterrey– me cuenta que todos los hombres lo estiman y que en todas partes lo tratan con deferencia. Hay también un misterio, algo acerca de su relación con la gente de Blavatsky, en la India del Norte. Tampoco Raynor ha querido o podido contarme detalles. Deduzco que al doctor Barritz lo consideran –¡no te atrevas a reírte!– un mago. ¿Puede haber algo más hermoso? Un misterio común no es, desde luego, tan divertido como un escándalo, pero cuando se vincula con prácticas oscuras y terribles, con el ejercicio de poderes sobrenaturales,

¿puede haber algo más sugestivo? Explica, asimismo, la singular influencia que este hombre tiene sobre mí. Es lo indefinible de su arte: magia negra. En serio, querida, tiemblo de verdad cuando fija en los míos la mirada inescrutable de sus ojos –dos especies de astros– que he intentado vanamente describirte. ¡Qué atroz sería si tuviera el poder de hacerla caer a

una rendida de amor! ¿Es que la multitud de Blavatsky tiene ese poder cuando está fuera de Sepoy?

16 de julio.

¡Increíble! Anoche, cuando mi tía estaba en uno de los saraos del hotel (los odio), se presentó el doctor Barritz. Era escandalosamente tarde. Estoy segura de que había hablado con mi tía en el salón de baile y que supo por ella que yo estaba sola. Yo había pasado la tarde

queriendo sonsacarle la verdad acerca de su relación con los thugs de Sepoy, y todo lo de la magia negra, pero a la noche, en cuanto me clavó los ojos (porque lo recibí a esa hora, me avergüenza decirlo), me sentí perdida.

Temblé, enrojecí... ¡Oh Irene, Irene, no puedo expresar con palabras cuanto lo amo, y tú sabes lo que es eso!

¡Las vueltas de la vida! ¡Yo, el patito feo de Redhorse, hija (dicen) del viejo Jim de Calamity, y por cierto su heredera, sin otros parientes

vivos que una tía vieja que ya no sabe en qué forma mimarme, yo, desprovista de todo salvo de un millón de dólares y de un pretendiente en París, me atrevo a enamorarme de un dios como él! Querida, si estuvieras aquí, conmigo, te agarrarías la cabeza.

Estoy persuadida de que se ha dado cuenta de mis sentimientos porque se quedó pocos

minutos, sin decir nada que no pudiera decir cualquiera, y después, fingiendo que tenía otro compromiso, se marchó. Hoy supe (me lo dijo un pajarito: el botones del hotel) que se fue derecho a la cama. ¿Es que eso no te llama la atención como una prueba de sus costumbres ejemplares?

17 de julio.

Ese canallita de Raynor vino a visitarme ayer y su charla me puso frenética. Nunca se le acaba la cuerda —es decir, cuando destroza unas veinte reputaciones, más o menos, no hace una pausa entre la persona sobre la cual

acaba de expedirse y la próxima a quien le toca el turno. (Entre paréntesis, me preguntó por ti, y el interés que manifestó me pareció, lo confieso, bastante vraisemblable.) El señor Raynor no respeta ninguna de las leyes del

juego; como la Muerte (que él infligiría si la calumnia fuera fatal) todas las estaciones le parecen buenas. Pero le tengo afecto porque nos conocimos en Redhorse cuando éramos chicos. En aquel tiempo lo llamaban «Risita» y a mí – Oh Irene, ¿me atreveré a decírtelo?– «Yutecita». Vaya a saber por qué. Tal vez aludían a la tela de mis delantales; tal vez porque ese apodo rimaba con «Risita», pues Risita y yo éramos compañeros inseparables y a los mineros les habría parecido delicado establecer entre nosotros algún parentesco.

Más tarde se nos unió un tercero, otro hijo de la Adversidad. A semejanza de Garrick, entre la Tragedia y la Comedia, aquél tenía una inhabilidad crónica para optar entre los iguales reclamos del Frío y del Hambre. Entre él y la

tumba había una distancia de pocos pasos y la esperanza de una comida que le permitiera vi-

vir y que le hacía, al mismo tiempo, la vida insoportable. Recogía literalmente sus precarios medios de vida, los suyos y los de su madre, «clorurando terreros», es decir que los mineros le permitían hurgar en los desechos buscando piezas de «mena» (mineral válido), inadvertidas por ellos, juntarlas y venderlas al Sindicato de la Molienda. Se asoció a nuestra firma – en adelante «Yutecita, Risita y Terrero»– gracias a mí. Porque tu amiga no podía entonces, ni puede ahora, ser indiferente a su valor y a sus hazañas para impedir que Risita ejerciera el derecho inmemorial de su sexo: insultar a una mujer desvalida. Esa mujer era yo. Después que el viejo Jim pegó el golpe en Calamity y yo empecé a usar zapatos e ir a la escuela, y que a Risita, para emularme, le dio por lavarse la cara y se transformó en Jack Raynor, de Wells, Fargo y Cía., y que la vieja señora Barts se reunió con sus antepasados, Terrero

se trasladó a San Juan Smith donde se empleó de mayoral de una diligencia y fue muerto por unos salteadores de caminos, etc.

¿Por qué te cuento estas cosas, querida? Porque pesan en mi corazón. Porque atravieso el Valle de la Humildad. Porque quiero habituarme a la convicción de ser indigna de atarle el cordón de los zapatos al doctor Barritz. Porque ¡Dios mío, Dios mío! hay un primo de Terrero en este hotel. No he hablado con él. En otros tiempos, apenas lo he tratado, ¿pero supones que me habrá reconocido? Por favor, en tu próxima carta, dime ingenua y francamente lo que piensas... y dime que no lo crees. ¿Supones que el doctor Barritz sabe quién soy y que por eso me dejó hace dos noches cuando me ruboricé y temblé como una boba delante de sus ojos? Tú sabes que no puedo sobornar a todos los periódicos, y que no puedo traicionar a nadie que haya sido cortés con Yutecita

en Redhorse, ni aunque me proscriban socialmente. Y ahora este pasado vergonzoso resuci-

ta. Antes no me importaba mucho, como sabes, pero ahora... ahora no es lo mismo. Jack Raynor –estoy segura– no habrá de contarle nada. Mas aún: parece tenerlo en tal consideración que apenas abre la boca delante de él, y a mí me sucede otro tanto. ¡Dios mío, Dios mío! Aparte del millón de dólares, cómo me gustaría valer algo por mí misma. Si Jack fuera tres pulgadas más alto, me casaría con él y volvería en cilicio a Redhorse para el resto de mis días.

25 de julio.

Ayer tuvimos una espléndida puesta de sol y quiero contarte todo lo que sucedió. Me zafé de tía y de todos y me fui a caminar por la playa. Espero que me creas, desconfiada: no

había mirado por una de las ventanas del hotel que dan al mar y no había visto que él paseaba también. Si conservas un mínimo de delicadeza femenina no pondrás en duda mis palabras. Pronto abrí mi parasol y estaba mirando soña-

doramente el mar cuando él se me acercó: venía desde la orilla. El mar estaba bajo. Te aseguro que la arena brillaba alrededor de sus pies.

Al acercarse, se quitó el sombrero y me dijo:
—Señorita Dement, ¿puedo sentarme a su lado, o prefiere caminar conmigo?

No pareció ocurrírsele que no me agradara ninguna de las dos alternativas. ¿Imaginas una desenvoltura igual? ¿Desenvoltura? ¡Era descarado, querida, lisa y francamente descarado!

Bueno, no me molestó, y contesté mientras palpitaba mi rústico corazón de Redhorse:

—Me... me encantará hacer lo que usted prefiera.

¿Concibes palabras más estúpidas? Amiga del alma, ¡mi fatuidad es un abismo, un abismo sin fondo!

Me tendió la mano, sonriendo para ayudarme a poner de pie; yo le entregué la mía sin vacilar un instante, y cuando al contacto de sus dedos me di cuenta de que mi mano temblaba de emoción, me ruboricé más que el rojo

crepúsculo. Conseguí levantarme, sin embargo, y después de un momento, como él no la soltara, sacudí un poco la mano. Él persistía en sujetarla, sin decir una palabra, y me miraba en la cara con una especie de sonrisa que yo no sabía —¿cómo podía saberlo?— si era de afecto, o de burla, o vaya a saber de qué... ¡Qué hermoso estaba, con los fuegos del sol poniente ardiendo en la profundidad de sus ojos! ¿No sabes, querida, si los thugs y los expertos de la región de Blavatsky tienen alguna clase pecu-

liar de ojos? Ah, si hubieras visto su soberbia actitud, la majestuosa inclinación de su cabeza, semejante a la de un dios, mientras se mantenía frente a mí después que yo me puse de pie. Era una noble escena que pronto eché a perder porque sentí flaquear mis rodillas. Él sólo podía hacer una cosa, y la hizo: me sostuvo por la cintura.

–Señorita Dement, ¿se siente usted mal? –me dijo.

No era una exclamación. En el tono de su

voz no había alarma ni solicitud. Si hubiera añadido: «Supongo que esto es lo que más o menos se aguarda que diga», no habría expresado con mayor claridad la situación. Sus modales me dejaron avergonzada e indignada porque yo sufría intensamente. Arrancando mi mano de la suya, hice a un lado el brazo que me sostenía, me liberé, caí redonda y allí

permanecí en la arena, indefensa. En el forcejeo, también se me cayó el sombrero y el pelo se me desparramó sobre los hombros de la manera más humillante.

—¡Déjeme! —grité sofocada—. Por favor, déjeme. ¡Usted... usted es un thug! ¿Cómo se atreve a pensar eso de mí? ¡Tengo la pierna dormida!

Sus modales cambiaron en un instante. Pude notarlo a través de mis dedos y de mi pelo.

Hincó una rodilla, me apartó el cabello de la cara y me dijo con la mayor ternura:

—¡Pobrecita! Dios sabe que no quise hacerla sufrir. ¿Cómo podría hacerla sufrir? Tan luego

yo... que la amo... ¡Que la he amado durante... años y años!

Separándome las manos de la cara, las cubrió de besos. Mis mejillas ardían, toda mi cara ardía. Creo que por poco echaba humo. ¿Qué

podía hacer? La escondí en su hombro... No había otro lugar. Querida amiga, cómo se estremecía y hormigueaba mi pierna. ¡Cómo hubiese yo querido que volviera a la normalidad!

Así estuvimos sentados un largo rato. Soltó una de mis manos para tomarme de nuevo de la cintura, y yo me pasé el pañuelo por los ojos y la nariz. No quise mirarlo hasta guardar el pañuelo. En vano trató de separarme un poco para fijar sus ojos en los míos. Después, ya más tranquila, y cuando había empezado a oscurecer, levanté la cabeza, lo miré fijamente y le dediqué una sonrisa, mi mejor sonrisa.

—¿Qué quiso usted decir —le pregunté— con lo de años y años?

—Querida —replicó gravemente, fervorosa-

mente—, sin las mejillas chupadas, los ojos hundidos, el pelo largo y lacio, el andar ago-

biado, los harapos, la suciedad y la juventud,
¿no me reconoces? ¿No te das cuenta, no quie-
res darte cuenta? Yutecita, ¡soy Terrero!

En un instante nos pusimos de pie. Tomán-
dolo por las solapas escruté su hermosa cara
en la creciente oscuridad, Estaba tan exaltada
que me faltaba el aliento.

—¿Y no estás muerto? —pregunté sin saber
muy bien lo que decía.

—Sólo muerto de amor, querida. Las balas de
los salteadores no consiguieron matarme.

Logré curar de aquellas heridas. Pero ésta,
mucho me temo, es fatal.

—¿Pero no sabe entonces que Jack... el señor
Raynor? No sabes que...

—Me avergüenza decir, querida, que he veni-
do directamente de Viena porque Jack me lo
sugirió. Sí, Jack, esa persona indigna de con-
fianza.

Irene, uno y otro engañaron a esta amiga que

tanto te quiere.

MARY JANE DEMENT

P. S. Lo peor de todo es que no hay ningún misterio. Todo fue inventado por Jack Raynor para despertar mi curiosidad. James no es un thug. Me asegura solemnemente que en todos sus viajes no ha puesto jamás un pie en Sepoy.

LOS OJOS DE LA PANTERA

(*The eyes of the panther*)

I

Uno no siempre se casa cuando está loco

Un hombre y una mujer –la naturaleza había sido responsable del agrupamiento– se encontraban sobre un rústico asiento a última hora de la tarde. El hombre era de mediana edad, esbelto, atezado, tenía la expresión de un poe-

ta y la tez de un pirata: era un hombre al que a nadie le importaría volver a mirar una segunda vez. La mujer era joven, rubia, llena de gracia, con algo en su figura y movimientos que sugería la palabra «ligereza». Iba vestida con un traje gris al que daban textura unas extrañas manchas marrones. Podía ser hermosa, pero no era fácil decirlo porque los ojos impedían que se prestara atención al resto del cuerpo: eran de color verde grisáceo, largos y estrechos, con una expresión que desafiaba todo análisis. De lo único que podía estar seguro

uno es de que eran inquietantes. Cleopatra debió tener unos ojos semejantes.

El hombre y la mujer estaban conversando.

—Cierto —decía ella—. ¡Dios sabe que te amo!

Pero casarme contigo... eso no. No puedo ni podré hacerlo.

—Irene, ya me has dicho eso muchas veces,

pero siempre me has negado cualquier explicación. Tengo derecho a saber, a entender, a poner a prueba mi fortaleza si es que la tengo.

Dame una razón.

—¿De por qué te amo?

Tras sus lágrimas y palidez, la mujer estaba sonriendo. Pero aquello no provocó sentido del humor alguno en el hombre.

—No; para eso no hay razones. Una razón para no casarte conmigo. Tengo derecho a saberlo. Debo saberlo. ¡Lo sabré!

Se había levantado y estaba de pie ante ella, con las manos enlazadas y una arruga en el rostro por la que podría decirse que estaba ceñudo. Daba la impresión de que estaba dis-

puesto a saberlo, aunque para ello tuviera que estranglarla. Ella había dejado de sonreír; simplemente permanecía sentada, mirando hacia arriba, al rostro de él, con una expresión

fija que no parecía tener en absoluto emoción ni sentimiento. Sin embargo, había algo en ella que domoñó el resentimiento del hombre y le hizo estremecerse.

–¿Estás decidido a conocer mi razón? –le preguntó en un tono totalmente mecánico, un tono que parecía proceder de su mirada.

–Si no es pedirte demasiado.

Evidentemente, el señor de aquella creación estaba cediendo a su criatura parte de su dominio.

–Pues muy bien, vas a saberlo: estoy loca.

El hombre se sorprendió, después pareció no creerla y se dio cuenta de que debía estar burlándose de él. Pero también ahí le falló el sentido del humor, por lo que a pesar de su incredulidad se sintió absolutamente turbado por aquello en lo que no creía. Entre nuestras

convicciones y nuestros sentimientos no se da

un buen entendimiento.

–Eso es lo que dirían los médicos... si lo supieran –siguió diciendo la mujer–. Yo preferiría considerarlo como un caso de «posesión».

Siéntate y escucha lo que voy a decirte.

En silencio, el hombre volvió a sentarse a su lado sobre el rústico banco que había al borde del camino. Frente a ellos, en el lado oriental del valle, las colinas estaban enrojecidas ya por el atardecer; y la quietud, a su alrededor, tenía esa peculiar cualidad que anuncia el crepúsculo. La solemnidad misteriosa y significativa del momento se había transmitido de alguna manera al estado de ánimo del hombre. En el mundo espiritual hay, lo mismo que en el material, signos y presagios de la noche.

Procurando no mirarla fijamente a los ojos, pues siempre que lo hacía así tomaba conciencia de un terror indefinible que, pese a su belleza felina, le producían siempre, Jenner Branding escuchó en silencio la historia que le

contó Irene Marlowe. Como deferencia al posible prejuicio del lector frente al método carente de arte de un narrador de historias poco avezado, el autor se aventura a sustituir la versión de Irene por la propia.

II

Una habitación puede ser demasiado pequeña para tres, aunque uno esté fuera

En una pequeña cabaña de leños compuesta por una sola habitación, escasa y toscamente amueblada, había una mujer sentada en el suelo, con la espalda apoyada en una de las paredes, que aferraba contra su pecho a un niño.

Fuera, en todas las direcciones, se extendía durante muchas millas un bosque denso e ininterrumpido. Era de noche y la habitación estaba a oscuras: ningún ojo humano hubiera podido discernir a la mujer y el niño. Sin embargo,

eran observados estrecha y vigilantemente, sin que por un instante se relajara la atención; y éste es el hecho sobre el cual gira la presente

narración.

Charles Marlowe era de esa clase de pioneros del bosque que ha desaparecido ya en este país: hombres que encontraban su ambiente mas aceptable en las soledades selváticas que se extendían a lo largo de la pendiente oriental del Valle del Mississippi, desde los Grandes Lagos hasta el Golfo de México. Durante más de cien años, generación tras generación, aquellos hombres fueron avanzando hacia el oeste, con el rifle y el hacha, reclamando aquí y allí a la naturaleza y a sus hijos salvajes unos acres aislados para arar, que tan pronto habían reclamado como tenían que entregar a sus sucesores, menos aventureros pero más prósperos. Al final, atravesando el borde del bosque,

llegaron a campo abierto y se desvanecieron como si se hubieran caído de un risco. El pionero de los bosques ya no existe; el pionero de las llanuras –aquel cuya fácil tarea consistió en dominar y ocupar dos terceras partes del país en una sola generación– es una criatura distin-

ta e inferior. Compartiendo con Charles Marlowe, en las extensas soledades, los peligros, durezas y privaciones de aquella vida extraña y poco provechosa, estaban su esposa y su hija, a quienes se sentía apasionadamente unido, como era habitual entre los de su clase, para quienes las virtudes domésticas eran una religión. La mujer era todavía lo bastante joven como para resultar bonita, y el aislamiento terrible de su destino le era tan nuevo que aún podía sentirse alegre. Manteniendo una gran capacidad para ser feliz, aunque las satisfacciones simples de la vida en el bosque no pu-

dieran llenarla, el cielo la había tratado honorablemente, pues sus necesidades se veían abundantemente provistas con las tareas ligeras de la casa, su hija, su esposo y algunos libros absurdos.

Una mañana de mediados de verano, Marlowe cogió el rifle que estaba colgado de la pared, por medio de unos ganchos de madera, dando a entender su intención de salir a cazar.

—Tenemos suficiente carne —le dijo la esposa—. No salgas hoy, por favor. ¡Anoche tuve un sueño terrible! No puedo recordarlo, pero estoy casi segura de que si sales fuera sucederá en realidad.

Resulta doloroso confesar que Marlowe recibió aquella afirmación solemne con menor gravedad de la que correspondía a la naturaleza misteriosa de la calamidad presagiada.

Para ser sinceros, se echó a reír.

–Intenta recordar –le dijo–. Quizá soñaste que Baby había perdido la facultad de hablar. Aquella conjetura se la había sugerido, evidentemente, el hecho de que Baby, aferrándose al borde de la capa de caza del padre con sus diez deditos gordiflones, estaba expresando en ese momento lo que le provocaba la situación con una serie de exultantes «gu-gus» inspirados por el gorro de piel de mapache del padre.

La mujer cedió: como carecía de sentido del humor, no pudo ofrecer resistencia a las bro-

mas amables de su marido. Por tanto, después de besar a la madre y a la hija, salió de la casa cerrando para siempre la puerta a la felicidad.

Al caer la noche no había regresado. La mujer preparó la cena y aguardó. Después acostó a Baby y le cantó suavemente hasta que se durmió. Para entonces, el fuego del hogar so-

bre el que había cocinado la cena se había apagado y la habitación estaba iluminada por una sola vela. La colocó en la ventana abierta como señal de bienvenida al cazador, por si acaso se aproximaba por ese lado. Precavidamente había cerrado y colocado la barra en la puerta contra los animales salvajes que pudieran preferirla a una ventana abierta; en cuanto a las costumbres de los animales de presa de entrar en una casa sin ser invitados, no estaba bien informada, pero con auténtica previsión femenina había considerado la posibilidad de que lo hicieran por la chimenea. Conforme avanzaba la noche no fue sintiéndose menos ansiosa, pero sí más somnolienta, y finalmente

apoyó los brazos en la cama junto a la hija y reposó la cabeza sobre ellos. La vela de la ventana se quemó hasta el candelero, chisporroteó y llameó un momento y se apagó sin que nadie

la viera, pues la mujer dormía y estaba soñando.

En el sueño se encontraba sentada junto a la cuna de una segunda hija. La primera había muerto. El padre había muerto. La casa del bosque se había perdido y el lugar donde vivía no le resultaba familiar. Tenía unas pesadas puertas de roble que estaban siempre cerradas, y por el lado exterior de las ventanas, incrustadas en los gruesos muros de piedra, había barras de hierro que evidentemente (así lo pensó ella) estaban puestas allí contra los indios. Todo aquello lo percibió con una infinita piedad hacia ella misma, pero sin sorpresa: una emoción que resulta desconocida en los sueños. El cobertor impedía ver a la niña que estaba en la cuna, pero algo le impulsó a apartarlo. Lo hizo así y quedó al descubierto el rostro de un animal salvaje. Despertó del sueño

con el sobresalto de aquella revelación temible
temblando en la oscuridad de su cabaña del
bosque.

Recuperando lentamente el sentido de lo que
la rodeaba realmente, tocó a la niña real y se
aseguró de que respiraba y estaba bien; pero
no pudo evitar pasarle ligeramente una mano
por el rostro.

Después, movida por algún impulso que
probablemente no habría podido explicar, se
levantó, tomó en sus brazos al bebé dormido y
lo apretó contra el pecho. La mujer se dio en-
tonces la vuelta hacia la pared junto a la que se
encontraba la cabecera de la cuna y, al levantar
la mirada, vio dos objetos brillantes que pro-
ducían un resplandor verde-rojizo en la oscu-
ridad. Los tomó por dos carbones del hogar,
pero al recuperar el sentido de la dirección
cobró conciencia, con inquietud, de que no se
encontraban en esa zona de la habitación, sino
que estaban demasiado elevados, casi al nivel

de su mirada... de su propia mirada. Pues eran los ojos de una pantera.

El animal se encontraba en la ventana abierta que tenía enfrente, a menos de cinco pasos. Lo único que podía verse era aquellos ojos terribles, pero en el tumulto angustiado de sus sentimientos, cuando comprendió la situación, supo, de alguna manera, que el animal se encontraba apoyado en sus cuartos traseros, con las patas delanteras sobre la repisa de la ventana. Aquello significaba un interés maligno, y no una simple gratificación de una curiosidad indolente. La conciencia de su actitud fue un horror añadido que acentuó la amenaza de aquellos ojos terribles, en cuyo fuego firme se consumieron totalmente la fuerza y el valor de la mujer. Mientras se interrogaba a sí misma en silencio, se estremeció y se sintió enferma. Le fallaron las rodillas y gradualmente, tra-

tando de evitar instintivamente un movimiento repentino que provocara a la bestia a lanzarse sobre ella, fue agachándose, se apoyó en

la pared y trató de proteger al bebé con su cuerpo tembloroso sin apartar la mirada de las esferas luminosas que la estaban matando. En su dolor, ni siquiera pensó en la llegada de su esposo: no tenía ninguna esperanza o sugerencia de que pudiera escapar o la rescataran. Su capacidad de pensar y sentir se había reducido a las dimensiones de una sola emoción: el miedo al salto del animal, al impacto de su cuerpo, al golpe de sus grandes patas, al contacto de sus dientes en la garganta, al que devorara a su bebé. Totalmente inmóvil y en absoluto silencio, aguardó su destino mientras los momentos se convertían en horas, en años, en eras; pero durante todo aquel tiempo, aquellos ojos diabólicos mantuvieron la vigilancia.

Al regresar tarde a su cabaña aquella noche, con un ciervo sobre los hombros, Charles Marlowe intentó abrir la puerta, pero ésta no cedió. Llamó y no obtuvo respuesta. Dejó el ciervo en el suelo y rodeó la cabaña para dirigirse a la ventana; al dar la vuelta a la esquina

creyó oír el sonido de unos pasos sigilosos y unos crujidos en el matorral del bosque, pero eran demasiado ligeros para estar seguro de ello, a pesar de que su oído era muy fino. Se acercó a la ventana y se sorprendió de encontrarla abierta, pero pasó una pierna por encima de la repisa y entró en la cabaña. Todo era oscuridad y silencio. Se abrió camino hasta el hogar, encendió una cerilla y prendió una vela. Miró entonces a su alrededor y vio a su esposa acobardada en el suelo, apoyada en la pared, aferrando a la niña. Cuando corrió hacia ella, ésta se levantó y rompió a reír, con

una risa prolongada, fuerte y mecánica, desprovista de alegría y de sentido: ese tipo de risa que se asemeja al rechinar metálico de una cadena. Sin darse cuenta de lo que hacía, extendió los brazos hacia ella. Seguía sosteniendo el bebé, pero estaba muerto: la fuerza del abrazo de la madre había sido mortal.

III

La teoría de la defensa

Eso fue lo que sucedió una noche en un bosque, pero Irene Marlowe no se lo contó todo a Jenner Brading: ella misma no lo sabía todo. Cuando hubo concluido la narración, el sol estaba por debajo del horizonte y el prolongado crepúsculo del verano había empezado a profundizar en las hondonadas de la tierra. Brading guardó silencio unos momentos, pues esperaba que el relato prosiguiera con alguna relación concreta con la conversación que lo ha-

bía iniciado; pero la narradora permanecía tan silenciosa como él, con el rostro apartado, enlazando y soltando las manos que tenía sobre su regazo, como una sugerencia singular de una actividad que fuera independiente de su voluntad.

—Es una historia triste, terrible —observó por fin Brading—, pero no la entiendo. Dices que Charles Marlowe es tu padre; y eso lo sé. Que envejeció antes de tiempo, destrozado por al-

guna gran pena; lo he visto o creí haberlo visto. Pero perdona que no entienda el que digas que tú... que tú...

—Que estoy loca —contestó ella sin el menor movimiento de la cabeza o el cuerpo.

—Pero Irene, dices... por favor, querida, no apartes la vista de mí: dices que la niña murió, no que se volvió loca.

—Ciertamente, esa niña: yo soy la segunda.

Nací tres meses después de aquella noche,
pues la piedad permitió a mi madre vivir hasta que me dio la vida a mí.

Brading volvió a guardar silencio; se sentía algo aturdido y no se le ocurría nada adecuado que decir. Ella seguía teniendo el rostro apartado. En su confusión, él fue a tomar impulsivamente las manos que ella cerraba y abría en el regazo, pero algo, aunque no supo qué, le retuvo. Recordó entonces, vagamente, que nunca la había cogido de la mano.

—¿Es probable que una persona nacida en esas circunstancias sea como las demás... como

las que se consideran cuerdas?

Brading no respondió; le preocupaba un nuevo pensamiento que estaba tomando forma en su mente: lo que un científico habría llamado una hipótesis, y un detective una teoría. Podía arrojar una luz adicional, aunque bastante

fantástica, acerca de las dudas sobre la cordura de ella que no había despejado con su relato.

El país era todavía nuevo, y fuera de los pueblos estaba escasamente poblado. El cazador profesional seguía siendo una figura habitual que tenía entre sus trofeos las cabezas y las pieles de las piezas de caza más grandes.

Los relatos diversamente creíbles acerca de encuentros nocturnos con animales salvajes en caminos solitarios eran corrientes, pasaban por las fases habituales de crecimiento y decadencia, y terminaban por ser olvidados. Una adición reciente a esos apócrifos populares, que parecía haberse originado por generación espontánea en varios hogares, era el de una pantera que había asustado a algunos miembros

de la familia mirándoles por la noche desde una ventana. El cuento había provocado su pequeña oleada de excitación: incluso había al-

canzado la distinción de ocupar un espacio en un periódico local. Brading no le había prestado atención, pero la semejanza con la historia que acababa de escuchar le impresionó de una manera que era algo más que accidental. ¿No era posible que una historia hubiera sugerido la otra: que al encontrar las condiciones apropiadas en una mente morbosa y una fantasía fértil hubiera ido creciendo hasta convertirse en el relato trágico que había escuchado?

Brading recordó determinadas circunstancias de la historia y el temperamento de la joven, a las que hasta entonces no había prestado atención por la falta de curiosidad del enamorado: la vida solitaria que llevaba con su padre, en cuya casa, por lo visto, nadie era aceptado como visitante, o el extraño miedo a la noche con el que aquellos que mejor la conocían explicaban el que nunca se la viera después de oscu-

recer. Seguramente, en una mente así la imaginación habría ardido con una llama ingobernable, penetrando y envolviendo la estructura entera. De que estaba loca no le cabía ya ninguna duda, aunque esa convicción le produjera el dolor más agudo; simplemente había confundido erróneamente el efecto de su trastorno mental con su causa, poniendo en relación imaginaria con su propia personalidad las extravagancias de los creadores de mitos del lugar. Con la intención vaga de poner a prueba su nueva «teoría», pero sin ninguna idea concreta de cómo hacerlo, dijo gravemente, aunque vacilante:

—Irene, amor mío, quiero que me digas... te ruego que no te ofendas, pero dime...

—Ya te lo he dicho —le interrumpió ella hablando con una ansiedad apasionada que él nunca le había escuchado—: ya te he dicho por qué no podemos casarnos. ¿Hay algo más que merezca la pena decir?

Antes de que pudiera detenerla, se había levantado de un salto del banco, y sin ninguna palabra o mirada se deslizó entre los árboles hacia la casa de su padre. Brading se había levantado para retenerla; pero se quedó en pie, observándola en silencio, hasta que se desvaneció en la penumbra. De pronto se sobresaltó como si le hubieran disparado; su rostro adoptó una expresión de asombro y alarma: ¡en una de las sombras negras por la que había desaparecido ella, Brading captó un vislumbre rápido y breve de unos ojos brillantes! Por un instante permaneció asombrado y falto de resolución, pero enseguida se lanzó al bosque tras ella, gritando:

—¡Cuidado, Irene, cuidado! ¡La pantera! ¡La pantera!

Un momento después había cruzado la franja boscosa y llegado a campo abierto, a tiempo

para ver cómo la falda gris de la joven desaparecía tras la puerta de su padre. No se veía por allí pantera alguna.

IV

Una apelación a la conciencia de Dios

El abogado Jenner Brading tenía su casa de campo en las afueras de la ciudad. Justo detrás de ella estaba el bosque. Como era soltero y, por tanto, el draconiano código moral de la época y el lugar le negaba los servicios de la única especie de ayuda doméstica que se conocía por allí, la «joven contratada», se alojaba en el hotel del pueblo, donde tenía también su despacho. La casa que tenía junto al bosque era simplemente un alojamiento que mantenía, desde luego sin grandes costos, como muestra de prosperidad y respetabilidad. Era poco adecuado que aquel a quien un periódico local había señalado con orgullo como «el principal

jurista de su tiempo» careciera de hogar, aunque a veces él sospechara que los términos «hogar» y «casa» no eran estrictamente sinónimos.

Ciertamente, su conciencia de esa disparidad, y su voluntad de armonizarla, fueron

Asuntos de deducción lógica, pues era sabido de manera general que poco después de construirse la casa su propietario había hecho un intento inútil de casarse: en realidad había llegado hasta el punto de ser rechazado por la hermosa pero excéntrica hija del anciano Marlowe, el recluso. Esto era del dominio público, y resultaba creíble porque lo había contado él mismo, y no ella, lo que era una inversión del orden habitual de las cosas y por tanto no podía dejar de resultar convincente.

El dormitorio de Brading se encontraba en la parte posterior de la casa, con una sola venta-

na que daba al bosque. Una noche le despertó un ruido en la ventana; apenas pudo saber de qué se trataba. Con una pequeña conmoción nerviosa, se sentó en la cama y cogió el revólver que, con una previsión más apropiada en alguien que tuviera la costumbre de dormir en el suelo con la ventana abierta, había puesto bajo la almohada. La habitación se encontraba en una oscuridad total, pero no sintiéndose

aterrado, supo adónde dirigir la mirada, y aguardó en silencio lo que pudiera suceder. Pudo discernir entonces oscuramente cómo se abría una zona en la que la oscuridad se volvía más ligera. Después, en el borde inferior, aparecieron dos ojos relucientes que ardían con un brillo maligno que producía un terror inexpresable. A Brading el corazón le dio un vuelco y luego pareció quedársele inmóvil. Un escalofrío recorrió su columna y los cabellos;

sintió que la sangre abandonaba sus mejillas. No fue capaz de gritar, ni para salvar su vida; como era hombre de coraje, no lo habría hecho, ni para salvar la vida, aunque hubiera sido capaz de ello. Pudo sentir cierto temblor en su cuerpo cobarde, pero su espíritu era de un material más duro. Lentamente, los ojos brillantes se elevaron con un movimiento que parecía de aproximación; y lentamente también, la mano derecha de Brading sostuvo la pistola. ¡Disparó! Cegado por el destello y aturdido por el hecho, sin embargo Brading escuchó, o

creyó escuchar, el grito salvaje y profundo de la pantera, aunque le pareció sonar muy humano y le sugirió algo diabólico. Saliendo de la cama de un salto, se vistió rápidamente y, con la pistola en la mano, salió por la puerta y se encontró con dos o tres hombres que llegaban corriendo desde la carretera. Tras una

cuidadosa búsqueda por la casa, les dio una breve explicación. La hierba estaba húmeda por el rocío, y bajo la ventana se veía un trecho pisoteado que formaba un rastro sinuoso, visible bajo la luz de una linterna, y que se dirigía hacia los arbustos.

Uno de los hombres tropezó y cayó sobre las manos; al levantarse y frotarlas se dio cuenta de que estaban resbaladizas. Al examinarlas vieron que estaban enrojecidas con sangre.

El encuentro con una pantera herida, sin ir armados, no era del agrado de ninguno; todos se dieron la vuelta, salvo Brading. Éste, llevando una linterna y la pistola, se introdujo valientemente en el bosque. Tras cruzar una

zona difícil por el matorral bajo, llegó a un pequeño claro y allí encontró recompensa a su valor, pues vio el cuerpo de su víctima. Pero no era una pantera.

Eso es lo que se ha contado, incluso hasta el día de hoy, junto a una lápida gastada por el tiempo del cementerio del pueblo, y durante muchos años, así lo atestiguó diariamente junto a la tumba la figura encorvada y de rostro apenado del anciano Marlowe, a cuya alma, y a la de su extraña e infeliz hija, la lápida desea paz. Paz y reparación.

NOVELAS CORTAS

EL MONJE Y LA HIJA DEL VERDUGO

Prefacio

Hace bastantes años, seguramente en 1890, el doctor Gustav Adolf Danziger me llevó a San Francisco algo que, según sus propias palabras, era una traducción suya de un relato alemán perteneciente al brillante escritor Richard Voss, de Heidelberg. Dado que en aquella época el doctor Danziger utilizaba la lengua inglesa de forma realmente incorrecta, me pidió que revisara su versión del texto de Voss con la intención de publicarlo en este país. Al leer la obra, me sentí interesado con la posibilidad de ampliar algunos de los pasajes, y acepté el trabajo que me ofrecía con la condición de que tanto el traductor como el autor me concediesen completa libertad en el asunto. Algunos meses después supe que el autor,

al que conocía personalmente, había accedido a mi osada proposición, a pesar de que yo se la había hecho con la intención de zanjar aquella cuestión. El resultado final fue este libro, publicado por F. J. Schultz and Company, de

Chicago. Casi inmediatamente los editores quebraron, y por lo que yo sé, el libro nunca llegó a ser puesto en venta.

Como jamás tuve acceso al texto original de la obra, y como de todas formas no tengo un adecuado conocimiento del alemán, no puedo decir qué libertades pudo haberse tomado el doctor Danziger respecto al texto del autor. A mí me aseguró que su interpretación era fiel; no obstante, en libros más recientes, el doctor Danziger aparece reflejado como el autor de *«El monje y la hija del verdugo»*. Esta breve noticia viene a justificar, sino a demostrar, que pese a no ser realmente trascendental la autoría

definitiva, el hecho terminó dando lugar a más discusiones de las que me habría gustado a mí.

Utilizando un recurso puramente literario, el autor de la obra en alemán aseguró que su obra procedía de otra, y en la versión editada por Schultz se añadió la siguiente nota:

«La fuente de este relato es un viejo manuscrito alemán que originalmente perteneció al

monasterio franciscano de Berchtesgaden, en Baviera. El original fue obtenido por Richard Voss, de Heidelberg, gracias a un campesino, y de su adaptación alemana ofrecemos ahora la presente versión».

Siempre me pareció que esta nota era un incorrecto reconocimiento a la obra de Voss, por el que siento la más sincera admiración. La satisfacción que me produce poderlo reeditar deriva de que de ese modo tengo la oportunidad de hacerle justicia a un escritor, de cuya

fantástica imaginación esta anécdota es tan sólo un fiel reflejo. En señal del poco reconocimiento que merece cualquier otra persona, me permití conservar el nombre del doctor Danziger en la portada del presente libro. En la versión actual que él colocó en mis manos han sido introducidas sustanciales modificaciones.

AMBROSE BIERCE

Washington, D. C. – 29 de nov. de 1906

I

El primer día de mayo del año de nuestro Señor de 1680, los monjes franciscanos Egidio, Romano y Ambrosio fueron mandados por su Superior desde la ciudad cristiana de Passau hasta el Monasterio de Berchtesgaden, en los alrededores de Salzburgo. Yo, Ambrosio, era entonces el más joven y fuerte de ellos, ya que

sólo tenía veintiún años.

Sabíamos que el monasterio de Berchtesgaden se encontraba en una comarca agreste y montañosa, cubierta de oscuros bosques infestados de osos y espíritus perversos, y nuestros corazones se hallaban llenos de pesadumbre al pensar qué podría ocurrirnos en un lugar tan horrible. No obstante, como es un deber cristiano ofrecer el sacrificio de nuestra obediencia a la Iglesia, no protestamos, e incluso nos sentimos alegres de acatar de esta forma el deseo de nuestro reverendo Superior.

Después de recibir la bendición y de rezar por última vez en la iglesia de nuestro Santo,

cerramos nuestras capuchas, nos calzamos sandalias nuevas e iniciamos nuestra marcha acompañados por las bendiciones de todos. A pesar de que el trayecto era largo y peligroso, no perdimos la esperanza, ya que ésta es en el

fondo el principio y fin de toda religión, y además una característica de la juventud, que también sirve de apoyo en la vejez. Por ese motivo, nuestros corazones superaron enseguida la tristeza de la partida y se alegraron con los nuevos y diversos paisajes que nos ofrecía nuestro primer contacto verdadero con la hermosura de la tierra, tal y como Dios la creó. El colorido y el brillo de la atmósfera recordaban al manto de la Santísima Virgen: el sol resplandecía como el Áureo Corazón del Salvador, del que brota luz y vida para la humanidad entera. La bóveda azul oscura que se desplegaba en las alturas formaba, también, un precioso oratorio en el que cada hoja de hierba, cada flor y cada criatura ensalzaba la gloria de Dios.

Mientras atravesábamos las múltiples aldeas y ciudades que se escalonaban a lo largo de

nuestra travesía, miles de personas atareadas en todos los trabajos de la vida cotidiana nos ofrecían a nosotros, pobres monjes, un espectáculo nuevo e insólito que nos llenaba de asombro y admiración. Muchas iglesias se nos presentaban conforme avanzábamos en nuestro itinerario, y la caridad y el fervor popular se ponía de manifiesto en el júbilo con que éramos acogidos y en la velocidad con que satisfacían cualquier necesidad que manifestáramos, haciendo que nuestros corazones se encontrasen plenos de gratitud y alborozo. Todos los emplazamientos de la Iglesia eran prósperos y opulentos, lo que demostraba que eran vistos con buenos ojos, y protegidos por el buen Dios a quien servimos. Los huertos y jardines de monasterios y conventos estaban muy bien cultivados, mostrando así la habilidad y dedicación de los piadosos campesinos y de los honrados habitantes de los claustros.

Era una gloria poder escuchar el repique de las campanas que anunciaban cada hora del día, y los dulces tañidos parecían las voces de ángeles que entonasen alabanzas al Señor.

Allí donde llegábamos, saludábamos a las personas en nombre de nuestro santo superior. Encontrábamos todos los ejemplos imaginables de humildad y alegría; mujeres y niños se echaban a la vera del camino y se apelo- tonaban a nuestro alrededor para besarnos las manos y pedirnos que les bendijéramos. Casi podría decirse que ya no éramos los humildes esclavos del Señor, sino los amos y señores de toda aquella hermosa tierra. Pero que no se arraigue la soberbia en nuestro espíritu; debemos conservar la modestia para no des- viarnos de las reglas de nuestra Orden, ni pe- car tampoco contra nuestro bienaventurado Santo.

Yo, el hermano Ambrosio, debo confesar con

vergüenza y remordimiento, que mi alma se dejó arrastrar con demasiada frecuencia por

pensamientos muchas veces mundanos y pecaminosos. Me parecía que las mujeres se empeñaban con mayor afán en besar mis manos que las de mis hermanos, lo que sin duda no era cierto, ya que no soy en absoluto más santo que ellos y, además, soy más joven y menos experto en el temor y los mandamientos del Señor. Cuando percibí el error en que incurrían las mujeres y noté la forma en que las doncellas fijaban en mí sus ojos, me sentí aterrado y me pregunté si estaría en condiciones de mantenerme indemne en caso de que me llegara la tentación; y con frecuencia pensé, tembloroso y asustado, que los votos, las oraciones y la penitencia no bastan en sí mismos para convertirlo a uno en santo; es necesario tener un corazón cuya pureza sea tanta que

ignore la tentación. ¡Infeliz de mí!

Al caer la noche siempre nos alojábamos en algún monasterio, e invariablemente éramos calurosamente recibidos. Nos daban comida y bebida en abundancia, y al sentarnos a la me-

sa, los monjes acostumbraban a reunirse alrededor de nosotros pidiéndonos noticias de ese inmenso mundo que teníamos el privilegio de haber visto y conocido tanto. Cuando conocían cuál era nuestro destino, normalmente nos compadecían, por haber sido condenados a vivir en aquella inhóspita región montañosa. Nos hablaban de glaciares, montañas coronadas de nieve y gigantescos promontorios, torrentes impetuosos, cuevas y tenebrosas selvas; asimismo, solían hacer referencia a un lago tan terrible y misterioso que no tenía igual en el mundo. ¡Que Dios se apiade de nosotros!

Al quinto día de nuestro viaje, cuando nos

encontrábamos un poco más allá de Salzburgo, pudimos contemplar un extraño y ominoso espectáculo. Sobre el horizonte, justamente frente a nosotros, se levantaba un enorme banco de nubes, con infinidad de puntos grises y manchas aún más oscuras, y arriba, en medio de esas nubes y del cielo azul, aparecía como un segundo firmamento de blancura immacu-

lada. Aquel paisaje nos intrigó y alarmó considerablemente. Las nubes permanecían estáticas; las miramos durante horas y no logramos advertir el menor cambio. Después, aquella misma tarde, cuando el sol desaparecía en poniente, las nubes comenzaron a brillar de forma resplandeciente. ¡Brillaban y refulgían de forma asombrosa, dando en ocasiones la impresión de haberse incendiado!

Nadie puede imaginar nuestro desconcierto al ver que lo que habíamos tomado por nubes

eran únicamente tierra y rocas. Es más, estábamos en presencia de las montañas de que tanto nos habían hablado, y aquel extraño firmamento blanco era en realidad las nevadas cumbres de la cordillera, que, tal y como afirman los luteranos, les es posible mover con su fe. Aunque yo lo dudo mucho.

II

Al pararnos a la entrada del desfiladero que se adentraba en las montañas, nos sobrecogió

el desaliento. Aquello parecía la boca del Infierno. A nuestra espalda se extendía la bella campiña que acabábamos de recorrer y que en aquel momento nos veíamos obligados a dejar para siempre. Frente a nosotros se levantaban, ceñudas, las montañas con sus inhóspitos precipicios y sus selvas encantadas que interrumpían la visión, y llenas de peligros para el

cuerpo y el alma. Vigorizamos nuestro ánimo con aguardiente, y entramos en el angosto desfiladero rezando y susurrando anatemas contra el mal, en nombre de Dios, abriéndonos camino y preparados para enfrentar cuanto pudiese ocurrir.

Mientras recorríamos prudentemente nuestro trayecto, árboles enormes dificultaban nuestro avance, y un denso follaje casi suprimía la luz del día, de tan fría y profunda como era su sombra. El sonido de nuestras pisadas y voces –cuando nos atrevíamos a hablar– se repetía en el eco de los enormes promontorios que bordeaban el desfiladero con tanta clari-

dad y de forma tan reiterada –y a pesar de ello, tan diferente cada vez– que casi podíamos asegurar que nos acompañara una turba de seres invisibles, dispuestos a reírse de nosotros, y a burlarse de nuestro miedo. A nuestro

paso, enormes aves de presa, a las que nuestra aparición había llevado a abandonar sus nidos contruidos en la cima de los árboles y en las laderas de los promontorios, se balanceaban sobre altísimos riscos y nos miraban malignamente; buitres y cuervos graznaban sobre nuestras cabezas con tonos ásperos y estridentes que nos helaban la sangre en las venas. Ni siquiera nuestros cánticos religiosos y nuestras plegarias lograban traernos la paz, ya que no hacían sino atraer otras aves y, encima, sus propios ecos multiplicaban aquel horrendo barullo que nos acosaba. Nos sorprendió ver que algunos de aquellos inmensos árboles habían sido arrancados de cuajo de la tierra, y que habían sido lanzados sobre las colinas, ladera abajo. Temblábamos al pensar en lo gigantes-

cas y terribles que habrían de ser las manos capaces de semejante proeza. A veces pasá-

bamos junto al borde de escarpados precipicios y las oscuras grietas abiertas en las profundidades mostraban un espectáculo espezuznante. Se levantó un tormenta y quedamos casi cegados por los fuegos del cielo, mientras nos ensordecían truenos mil veces más salvajes de los que nunca habíamos escuchado hasta entonces. Por fin nuestro terror llegó a un paroxismo tal que a cada minuto esperábamos que algún diablo surgido del Infierno saltara desde detrás de una roca y nos atacara, o que un oso terrible apareciese de en medio de la maleza para cuestionar nuestro derecho a seguir aquel viaje. Pero el sendero se veía atravesado únicamente por ciervos y zorros, y de alguna forma se fueron apaciguando nuestros temores al entender que nuestro bienaventurado Santo no era menos poderoso en las gigantescas montañas que en las llanuras.

Finalmente llegamos a orillas de una corrien-

te cuyas aguas, cristalinas y plateadas, mostraron ante nuestros ojos un agradable espectáculo. En sus profundidades, flanqueadas por rocosos peñascos, pudimos ver preciosas truchas doradas, tan grandes como las carpas que viven en el estanque de nuestro monasterio, en Passau. Incluso en estas comarcas salvajes, el Cielo ha otorgado generosamente los elementos necesarios para que los fieles lleven a cabo la abstinencia.

Bajo los negros pinos, al lado de inmensos riscos cubiertos de musgo, brotaban hermosas flores de color dorado o azul oscuro. El hermano Egidio, que era tan erudito como piadoso, conocía aquellas plantas gracias a su herbario y nos mostró cuáles eran sus nombres. Nos deleitamos en la contemplación de escarabajos y mariposas brillantes que, tras la lluvia, habían dejado sus escondrijos. Recogimos ramilletes de flores y perseguimos hermosos insectos

alados, olvidando, embriagados por la alegría,
las oraciones y las preocupaciones, los osos y

los espíritus del mal.

Pasaron muchas horas sin que viéramos una casa o un ser humano. Lentamente nos íbamos internando cada vez más profundamente en la región montañosa; las dificultades que nos veíamos obligados a afrontar se hacían cada vez mayores y se repetían los horrores de nuestro inhóspito paisaje, aunque impresionando cada vez menos nuestros espíritus, ya que comprendimos que el buen Dios nos estaba resguardando para que pudiésemos servir durante más tiempo a Su santa voluntad. Un recodo del tranquilo arroyo se interpuso en nuestro camino y, al acercarnos, comprobamos con júbilo que lo atravesaba un puente rudimentario, aunque muy sólido. Cuando nos disponíamos a cruzarlo, miré casualmente a la otra

orilla y vi algo que me heló la sangre. En la
margen opuesta había una pradera cubierta de
bellas flores, ¡y en el centro se levantaba un
patíbulo del que colgaba el cadáver de un
hombre! Tenía el rostro vuelto hacia nosotros

y pude distinguir con absoluta claridad sus
facciones, que a pesar de hallarse ennegrecidas
y distorsionadas, mostraban claramente que la
muerte le había llegado ese mismo día.

Me disponía a llamar la atención a mis com-
pañeros sobre aquel siniestro espectáculo,
cuando ocurrió algo asombroso: en la pradera
apareció una joven de largo y dorado cabello,
sobre el cual lucía una corona de pimpollos.

Vestía un traje de color rojo brillante, y me dio
la impresión de que iluminaba toda la escena
como si fuese una llama viva. No había nada
en su conducta que demostrase el menor te-
mor ante el cuerpo que colgaba en el patíbulo;

muy al contrario, se acercó hasta él con sus pies desnudos sobre la hierba, mientras cantaba en voz alta y suave, y al tiempo que agitaba los brazos intentando ahuyentar a las aves de presa que se apiñaban alrededor de la horca y proferían estridentes graznidos, acompañados de violentos aleteos y rechinar de picos. Cuando la muchacha se acercó, las aves levantaron

el vuelo, a excepción de un enorme buitre que permaneció encaramado en el patíbulo como si quisiera desafiar o amenazar a la joven. Ella se aproximó a la repugnante criatura saltando, bailando y gritando hasta que logró asustarla, obligándola a desplegar sus enormes alas y a alejarse con un pesado vuelo. Entonces la niña paró de danzar, se situó al pie del patíbulo y fijó su mirada tranquila y reflexiva en el cuerpo del desdichado que se balanceaba en la cuerda.

El canto de la muchacha había llamado la atención de mis compañeros, y los tres permanecimos contemplando a la encantadora joven y a la insólita escena que la rodeaba, demasiado aturcidos como para pronunciar palabra.

Mientras observaba la sorprendente situación, sentí como si un escalofrío recorriese mi cuerpo. Dicen que éste es el indicio inequívoco de que alguien acaba de pisar el lugar que habrá de ser su tumba. Por sorprendente que parezca, sentí el estremecimiento en el mismo

momento en que la muchacha caminaba bajo el patíbulo. Todo esto no hace sino demostrar, a pesar de todo, hasta qué punto las legítimas creencias de los hombres se encuentran sembradas de absurdas supersticiones, ya que, ¿cómo es posible que un devoto fiel de San Francisco termine siendo enterrado bajo un patíbulo?

—¡Démonos prisa —insté a mis compañeros—,
y recemos unas plegarias por el alma del di-
funto!

Enseguida llegamos al lugar indicado y, sin
levantar la mirada, rezamos con acendrado
fervor, y en especial yo, ya que mi corazón re-
bosaba compasión por el desgraciado pecador
que pendía en lo alto. Recité las palabras de
Dios, que dijo «La venganza es mía», y recordé
que el amado Salvador perdonó al ladrón que
se encontraba clavado en la cruz, junto a Él.
¿Quién podría decir que no habría también
misericordia y perdón para aquel desgraciado
ajusticiado en el patíbulo?

Al acercarnos, la joven se retiró unos pocos
pasos, sin saber qué hacer respecto a nosotros
y a nuestras oraciones. Inesperadamente, sin
embargo, en medio de nuestras plegarias, oí
cómo exclamaba con su tono melodioso, seme-

jante al tañido de una campana: «¡El buitre! ¡El buitre!», con un tono agitado, como si fuese presa de un intenso miedo. Al mirar hacia arriba, vi una gigantesca ave gris que sobrevolaba los pinos y se lanzaba inmediatamente en nuestra dirección. Estaba claro que al buitre no le dábamos miedo nosotros, ni nuestro sagrado ministerio, ni nuestras piadosas oraciones. Mis hermanos, sin embargo, se enfadaron con la interrupción provocada por las palabras de la joven, y la reprendieron severamente, aunque yo les dije:

–Puede que la niña sea pariente del difunto.

Meditad en esto, hermanos: esa terrible bestia se dispone a desgarrar la carne del rostro y a alimentarse con sus manos y con el resto de su cuerpo. Es muy lógico que haya gritado espan-

tada.

Uno de los hermanos dijo:

—Acércate a ella, Ambrosio, y dile que se calle para que podamos rezar en paz por el espíritu de este pecador.

Me abrí camino entre las olorosas flores hasta el lugar en que se encontraba la muchacha, con sus ojos todavía fijos en el buitre que volaba en círculos cada vez menores sobre el patíbulo. La exquisita figura de la chica se destacaba espléndidamente junto al macizo de flores plateadas que crecían en el arbusto a cuyo lado se había parado; y sucumbí a la tentación de observarla un instante. Erguida y esbelta, me contempló mientras me acercaba, a pesar de que me pareció ver un destello de miedo en sus enormes ojos oscuros, como si temiese que pudiese hacerle algún daño. Ni siquiera al llegar más cerca realizó el gesto de adelantarse —como suelen hacer mujeres y niños— para besar mis manos.

—¿Quién eres? —le pregunté—. ¿Y qué haces en

este horrible lugar, totalmente sola?

No me contestó, ni hizo tampoco el menor gesto, por lo que me vi forzado a repetir mi pregunta:

–Dime, pequeña, ¿qué es lo que estás haciendo aquí?

–Espantando a los buitres –me contestó con una voz suave y melodiosa, realmente agradable.

–¿Eres pariente del muerto? –le pregunté.

Ella negó con la cabeza.

–¿Le conocías, entonces –continué–, o es que te estás apiadando de las circunstancias tan poco cristianas de su muerte?

Pero la joven permaneció callada, y tuve que reanudar mi interrogatorio.

–¿Cómo se llamaba, y por qué le ajusticiaron? ¿Cuál fue su delito?

–Su nombre era Nathaniel Afinger, y mató a un hombre a causa de una mujer –respondió

ella con voz clara, y en un tono de la mayor
indiferencia imaginable, como si el crimen o el

ajusticiamiento fuesen acontecimientos sin el
menor interés. Me quedé estupefacto y la miré
severamente, pero su aspecto era tranquilo, sin
que se advirtiese en él nada de asombroso. –

¿Conociste al reo?

–No.

–¿Y a pesar de ello vienes hasta aquí para
proteger su cuerpo de las aves carroñeras?

–Sí.

–¿Por qué haces algo así por una persona a la
que ni siquiera conoces?

–Siempre lo hago.

–¿Cómo?

–Siempre que alguien es colgado en este
patíbulo, me acerco hasta aquí y ahuyento a
los buitres y cuervos, obligándolos a buscarse
comida en otro lado. ¡Mire..., ahí se acerca otro

buitre!

Profirió un grito salvaje, gesticuló con los brazos encima de la cabeza y se lanzó a la carrera a través del prado de una forma que me llevó a creer que estaba loca. La enorme ave se

alejó volando, y la joven retornó tranquilamente a mi lado; apretó sobre el corazón sus manos morenas y exhaló un profundo suspiro, como si estuviese agotada. Le pregunté con la mayor amabilidad que fui capaz de darle a mis palabras:

—¿Cuál es tu nombre?

—Benedicta.

—¿Quiénes son tus padres?

—Mi madre murió.

—Bueno, pero ¿quién es tu padre?

Se quedó callada. Entonces la exhorté para que me dijese dónde vivía. Mi intención era llevarla hasta su casa y apremiar a su padre

para que cuidase mejor de la joven, y no la dejase vagabundear nuevamente por un sitio tan horrible.

—¿Dónde vives, Benedicta? Dímelo, por favor.

—Aquí.

—¿Cómo que aquí? Pero, hija mía, aquí sólo hay un patíbulo.

Ella señaló hacia los árboles. Siguiendo la dirección de su dedo vi entre los pinos una cabaña destartalada que parecía más un establo que una vivienda. Entonces entendí inmediatamente, mejor que si me lo hubiese dicho ella misma, quién era su padre.

Al volver al lado de mis compañeros, éstos me preguntaron quién era aquella joven, y yo les contesté:

—Se llama Benedicta, y es la hija del verdugo.

III

Después de encomendar el espíritu de aquel desgraciado a la intercesión de la Santísima Virgen y de todos los Santos, dejamos aquel lugar maldito, aunque mientras nos marchábamos me permití volver la cabeza para mirar una última vez a la hermosa hija del verdugo. Seguía en el lugar donde la había dejado; sus ojos no se apartaban de nosotros. Su bella y blanca frente estaba todavía coronada por aquella guirnalda de primulas que le otorgaba

un encanto añadido a la maravillosa hermosura de sus facciones y de su expresión, y sus enormes ojos oscuros refulgían como las estrellas en una medianoche invernal. Mis hermanos, para quienes la hija de un verdugo era algo completamente ajeno a nuestra fe, me echaron en cara el interés que había demostrado por la doncella. Me entristeció pensar que a

esa dulce y bella jovencita se la marginaba y despreciaba por crímenes que no había cometido. ¿Por qué colocarle como un estigma vergonzoso la horrible profesión de su padre? ¿Acaso no eran las más profundas convicciones cristianas las que empujaban a esta delicada criatura a espantar a los buitres del cadáver de un congénere a quien ni siquiera había conocido en el pasado y al que se había condenado a muerte? Me parecía que el suyo había sido un acto más caritativo que el de cualquier cristiano declarado que dona constantemente dinero a los pobres. Participé aquellas reflexiones a mis compañeros, aunque pude

comprobar con gran pesar por mi parte que no las compartían en absoluto. Me replicaron que era un idealista y un loco que animaba la intención de derribar las antiguas y edificantes costumbres del mundo. Todos están obliga-

dos, me dijeron, a despreciar a la clase a la que pertenecen tanto el verdugo como su familia, ya que quienes se relacionan con semejantes criaturas no logran escapar jamás a la contaminación que provocan. Tuve a pesar de todo la temeridad de sostener firmemente mis argumentos, y con la humildad adecuada cuestioné la justicia de tratar a esas personas como criminales, por el mero hecho de formar parte del mecanismo utilizado por la ley para castigar a los delincuentes. El hecho de que en la iglesia al verdugo y a su familia les es asignado un rincón oscuro y apartado, exclusivo para ellos, no puede apartarlos de nuestro deber, como servidores del Señor, de predicar el evangelio de justicia y perdón y de dar un ejemplo de amor y piedad cristianos. Sin em-

bargo mis hermanos se enojaron de tal forma conmigo, y sus voces resonaron atronadoras

en aquella desolada región hasta un punto tal, que comencé a crearme un gran pecador, a pesar de que no lograba entender cuál podría haber sido mi error. Lo único que me quedó por hacer fue confiar en que el Cielo fuese más clemente con nosotros de lo que nosotros lo éramos con nuestros semejantes. Al pensar en la joven, fue un consuelo para mí recordar que su nombre era Benedicta. Puede que sus padres la hubiesen bautizado con ese nombre sabedores de que nadie más la bendeciría nunca. Pero no puedo dejar de describir también la asombrosa región a la que acabábamos de llegar. Si no estuviésemos completamente seguros de que el mundo entero es obra del Señor, podríamos tener la tentación de imaginar que una comarca de semejante apariencia sólo podría ser el reino del Maligno.

Bastante más abajo de nuestro camino, el río rugía y bramaba lanzando espuma en medio

de gigantescos peñascos cuyas puntas grises parecían taladrar el cielo. A nuestra izquierda, conforme íbamos escalando en el desfiladero, aparecía una floresta de pinos de terrible aspecto, y justo frente a nosotros se alzaba una tremenda cumbre. Esa montaña, a pesar de su apariencia tenebrosa, mostraba también un aspecto cómico: era blanca y puntiaguda como el gorro de un bufón, y daba la impresión de que alguien había derramado además un costal de harina sobre la cabeza de tan ridículo personaje. Pero después de todo, se trataba únicamente de nieve. ¡Nieve en medio del espléndido mes de mayo! ¡Sin duda, las obras del Señor son portentosas hasta el punto de aniquilar cualquier incredulidad! Pensé que si aquella venerable montaña sacudiese la cumbre, la comarca entera quedaría cubierta por nubes de nieve.

Nos sorprendió bastante comprobar que a lo

largo de nuestro camino entre los árboles, se habían ido abriendo claros de suficiente tama-

ño como para instalar en ellos una cabaña y una huerta. Algunas de aquellas rústicas edificaciones se encontraban emplazadas en lugares de los que se podría pensar que sólo las águilas tendrían la suficiente audacia como para instalar allí sus nidos. Pero parece ser que no existe ningún lugar que se vea libre de la intromisión del Hombre, que es capaz de extender su mano para apoderarse de todo, incluyendo lo que está en el aire. Cuando finalmente llegamos a nuestro destino y vimos el templo y la casa construidos en esta desolada comarca para honra y gloria de nuestro amado Santo, una piadosa emoción nos embargó. Sobre la superficie de un pedregoso promontorio cubierto de pinos se encontraba un grupo de casas y cabañas; el monasterio se levantaba en

medio, como si fuese un pastor rodeado por su rebaño. Tanto la iglesia como el monasterio eran de piedra tallada; su arquitectura, noble, amplia y confortable.

Que el buen Dios bendiga nuestra llegada a

tan venerable hogar.

IV

Ya llevo algunas semanas en esta inhóspita comarca, que a pesar de todo cuenta también con la presencia del Todopoderoso, como en todas partes. Me encuentro bien de salud y esta casa dedicada a nuestro amado Santo es como un baluarte de la Fe, una morada de paz, un balneario para quienes desean huir de la furia del Maligno, o para quienes soportan sobre sus hombros cualquier tipo de angustia o pesar. Respecto a mí, no puedo decir tanto. Soy joven, a pesar de lo cual mi mente está en

paz, tengo tan poca experiencia del mundo y de sus hábitos que me siento especialmente propenso a incurrir en cualquier error o a convertirme en alguien propenso al pecado. El transcurso de mi vida se parece a un riachuelo cuyo plateado caudal se desliza suave y sigilosamente entre campiñas apacibles y praderas llenas de flores; a pesar de ello, no ignoro que

cuando se formen las tormentas y se desaten los truenos, puede que las lluvias lo transformen en un colérico torrente, sucio de barro, que arrastra impetuosamente hacia el mar los restos que atestiguan lo corrupto de su pasión y su poder.

No me empujaron a alejarme del mundo ni el entrar en el sagrado retiro de la Iglesia, ni la pesadumbre o la desesperación; sino el sincero deseo de servir a mi Señor. Mi único afán es pertenecer a mi bienamado Santo, obedecer

los adorados mandatos de la Iglesia y, como esclavo de Dios, ser humilde y caritativo, virtudes que me inspiran el mayor de los afectos.

En realidad, la Iglesia es mi querida madre: mis padres fallecieron en mi infancia, y también yo podría haber muerto por falta de cuidado, si Ella no se hubiese apiadado de mí, alimentándome, vistiéndome y criándome como si fuera su propio hijo. ¡Cómo será mi felicidad cuando yo, miserable monje, sea ordenado, y reciba así el santo sacramento que me

ungirá como sacerdote del Todopoderoso Dios! Siempre medito sobre ello y sueño con ese instante; intento preparar mi alma para merecer ese elevado y sagrado don. Sé que jamás llegaré a ser digno de tan enorme alegría, pero espero llegar a ser un sacerdote honesto y sincero que sirva a Dios y al Hombre conforme a la luz que me será otorgada desde lo

Alto. Con frecuencia le pido al Cielo que me someta a la prueba de la tentación, que me vea obligado a atravesar ese fuego, finalmente indemne y purificado en cuerpo y alma. De hecho, en mi soledad experimento una calma total que incita a mi espíritu al sosiego; se diría que todos los avatares y engaños de la vida se encuentran a mucha distancia, así como las estrategias del mar le resultan remotas a quien únicamente escucha el lejano bramido de las olas al estrellarse contra la playa.

V

Nuestro Superior, el padre Andrés, es un gentilhombre campechano y piadoso. Nuestros hermanos viven en completa armonía. No son ociosos, ni mundanos o soberbios. Son personas sobrias, que tampoco se dejan seducir excesivamente por los placeres de la mesa. Se trata de una moderación digna de elogio, ya

que la comarca entera, a lo ancho y a lo largo, sus cerros y valles, el río y el bosque y todo cuanto contiene, pertenece al monasterio. Los bosques están llenos de la más variada caza: las más selectas son servidas en nuestra mesa, y nosotros las apreciamos en toda su maravilla. En nuestro monasterio se confecciona una bebida con malta y cebada, de sabor fuerte y amargo, aunque muy refrescante cuando uno se encuentra exhausto o fatigado; a pesar de lo cual, no le resulta muy agradable a mi paladar.

La característica más llamativa de esta región son sus minas de sal. Me han comentado que

las montañas se encuentran repletas de este mineral; ¡qué magníficas son las obras del Señor! En busca de este condimento, el Hombre ha penetrado profundamente en las entrañas de la tierra, excavando pozos y túneles y sa-

cando a la luz del sol las amargas vísceras de estos cerros.

Yo mismo he visto esos cristalillos rojizos, amarillos o tostados. Excavaciones que dan trabajo a nuestros campesinos y a sus hijos, así como a algunos trabajadores de otras regiones; todos a las órdenes de un funcionario conocido como «el Administrador de la Sal». Se trata de un individuo inflexible y de gran poder, a pesar de que nuestro Superior y los demás hermanos no hablan muy bien de él. Comentarios que no obedecen a la falta de espíritu cristiano, sino a la perversidad de las acciones de este hombre. El Administrador sólo tiene un hijo, llamado Roque, que es un joven gallardo, aunque irritable y malvado.

VI

Los lugareños pertenecen a una estirpe obstinada y orgullosa. Me han asegurado que una

crónica de la antigüedad afirma que estos asentamientos descienden de los romanos, que en su época excavaron millares de túneles en estas montañas para extraer de ellas la sal, algunas de cuyas minas siguen en pie. Desde la ventana de mi celda puedo ver estas enormes montañas y los negros bosques que las adornan, y que a la puesta de sol parecen antorchas encendidas sobre las cimas recortadas contra el firmamento.

También me han dicho que los antepasados de estas personas (posteriores a los romanos) eran todavía más obstinados que sus actuales descendientes y se emperraron en la idolatría mucho después de que todos sus vecinos le hubieran rendido definitiva pleitesía a la cruz de nuestro Señor. Actualmente, sin embargo, inclinan sus rígidos cuellos ante el símbolo sagrado y preparan sus corazones para recibir

este ejemplo de verdad viva. Aunque su cuerpo es realmente fornido, su espíritu goza con la humildad, y es sumiso ante el Verbo. En ningún otro lugar las personas besan mi mano con tanto fervor como aquí, a pesar de que aún no soy sacerdote, lo que demuestra el poder y la victoria gloriosa de nuestra fe.

Físicamente son vigorosos y sus rasgos y talle son en extremo hermosos, y especialmente en el caso de los muchachos. Incluso los hombres mayores caminan erguidos y con un aire tan altivo como el de cualquier monarca. Las mujeres lucen cabellos largos y dorados que peinan con trenzas alrededor de la cabeza; y también les gusta adornarse con joyas. Algunas poseen un brillo en sus pupilas que rivaliza con el fulgor de los rubíes y granates que adornan sus blancos cuellos. Me han dicho que los jóvenes luchan por sus parejas del mismo modo que los ciervos. ¡Ah, qué malvadas pasiones anidan en los corazones de los

hombres! Aunque como soy ignorante en estos

asuntos, y como nunca llegaré a sentir tan impías emociones, tampoco me es lícito juzgar o condenar.

¡Ah, Señor, qué bendición es la paz con que has llenado los espíritus de quienes han entregado sus vidas a Ti! Comprueba, oh Señor, que en mi pecho no existe la menor alteración, y que todo presenta calma y paz; como en el alma de ese crío que llama a su Padre. Ojalá todo permanezca de ese modo por siempre jamás.

VII

He vuelto a ver a la hermosa hija del verdugo. Cuando los repiques de las campanas convocaban a misa, la encontré frente a la iglesia del monasterio. Yo había permanecido junto a la cama de un enfermo, y acababa de volver; y

ya que mis pensamientos me estaban produciendo un estado de ánimo melancólico, la visión de la joven me resultó agradable. Me hubiese gustado saludarla, pero tenía su mira-

da fija en el suelo y no advirtió mi presencia.

La plaza frente a la Iglesia estaba repleta de gente; hombres y muchachos se encontraban a un lado, mientras que las mujeres y muchachas mostraban sus altos sombreros y sus collares de oro. Estaban muy apretados pero, cuando la pobre joven se acercó, se apartaron hacia un lado, murmurando y mirándola de lado como si fuese una leprosa maldita y temiesen contaminarse.

Mi pecho se llenó de compasión y me invitó a seguirla; cuando finalmente la alcancé, le dije en voz alta:

—Que Dios te bendiga, Benedicta.

Se sobresaltó como si se hubiese asustado;

después levantó la mirada y me reconoció; pareció asombrarse, su rostro se enrojeció una y otra vez, y finalmente inclinó la cabeza en silencio.

–Tienes miedo de hablarme? –le pregunté.

No me contestó. Le hablé de nuevo:

–Obra correctamente, obedece al Señor y no

tengas miedo de nadie; así lograrás la salvación.

Por toda respuesta exhaló un profundo suspiro y replicó con voz apenas audible:

–Se lo agradezco, su señoría.

–No soy ninguna señoría, Benedicta; soy únicamente el humilde servidor de ese Dios bueno y bondadoso, y Padre de todos Sus hijos, por insignificante que sea su condición. Pídele a Él cuando tu corazón se encuentre angustiado, y Él estará a tu lado.

Mientras le decía estas palabras, levantó su

cabeza y me observó como un niño triste a quien consolara su madre. Mientras le hablaba, y movido por la gran compasión que albergaba mi pecho, la acompañé en presencia de todo el pueblo hasta que entramos juntos en la iglesia.

¡Pero te pido, amado Francisco, que perdones el pecado que cometí después durante el santo sacramento! Mientras el sacerdote Andrés recitaba las solemnes fórmulas de la

misa, mis ojos se desviaban constantemente hacia el rincón donde la pobre joven, sola y abandonada, permanecía arrodillada; en el lugar destinado exclusivamente— para ella y para su padre. Me dio la impresión de que rezaba con auténtico fervor, sin duda porque tú la iluminaste con la aureola de tu bondad, ya que gracias a tu amor a los hombres te convertiste en un santo varón, y llevaste ante el Trono de

la Gracia a tu enorme corazón, sangrante por todos los pecados de la humanidad Por eso, ¿acaso no puedo yo, el más insignificante de tus servidores, compartir de alguna forma ese espíritu, apiadándome de esta pobre desdichada, que sufre por pecados que no son suyos? Es más, ella me inspira una inusitada ternura y me resulta imposible no reconocer en este afecto, un signo del Cielo. Un signo que anuncia que me ha sido especialmente encomendada su custodia y su protección, pero sobre todo la salvación de su alma.

VIII

El Superior de nuestra Orden me llamó a su presencia y me amonestó. Me aseguró que había causado un notable escándalo entre los hermanos y en el propio pueblo, y me preguntó qué diablos me había llevado a entrar en la iglesia acompañando a la hija del verdu-

go.

Pero ¿qué podía decir sino que sentía lástima por la pobre joven y que no me había sido posible actuar de otra forma?

—¿Por qué sientes lástima por ella? —me preguntó.

—Porque todos la evitan —contesté—, como si fuese la mismísima encarnación del pecado mortal, y porque es absolutamente inocente.

Es evidente que no se la puede marginar únicamente porque su padre sea el verdugo, puesto que ni siquiera podemos criticarle a él, ya que desgraciadamente hasta su profesión resulta necesaria.

¡Ah, bienamado Francisco, cómo criticó el

Superior a este humilde siervo tuyo, después de escuchar tan audaces palabras!

—¿Te arrepientes, entonces? —me preguntó después de terminar su reprimenda. Pero,

¿cómo podría arrepentirme de una piedad que considero inculcada, honestamente, por nuestro propio y venerado Santo?

Al notar mi testarudez, el Superior mostró una gran frustración. Me soltó otra perorata idéntica a la anterior, y me sometió a una durísima penitencia. Acepté su castigo sumiso y en silencio. Por eso me encuentro ahora encerrado en mi celda, ayunando para poder purificarme. Y me veo obligado a declarar que no acepto la menor concesión en este castigo, ya que me supone una enorme alegría sufrir por alguien tan injustamente tratado como esa desdichada doncella abandonada.

Me sitúo frente a la reja de mi celda y contemplo las altas y misteriosas montañas que se recortan, sombrías, sobre el cielo en penumbra. Como el tiempo está templado, abro la

ventana que hay tras los barrotes para dejar

que entre algo de aire fresco: además, de esa forma escucho mejor la melodía del río que corre, y que entabla conmigo un diálogo basado en una elevada fraternidad, apacible y consoladora.

No recuerdo si he dicho que el monasterio fue erigido en la cúspide de un promontorio rocoso que se eleva sobre el río. Justo bajo las ventanas de nuestras celdas se ven las agudas crestas de enormes riscos que nadie puede escalar sin arriesgar la vida. ¡Imaginad mi sorpresa al descubrir una figura viviente que colgaba del espantoso abismo, sujeta únicamente por sus manos, y que tras arrastrarse por el borde, se levantaba y se erguía sobre el filo!

Debido a la oscuridad no logré darme cuenta de qué tipo de criatura era aquella: pensé que quizá se tratase de algún espíritu maligno que se preparaba a tentarme: me santigüé y elevé una plegaria. Inmediatamente hizo un movimiento con el brazo; algo pasó fugazmente en-

tre las rejas de mi ventana y cayó sobre el suelo de mi celda, brillando como una estrella blanca. Me agaché y lo recogí. Era un ramillete hecho con flores que nunca había visto antes: sin hojas, blancas como la nieve y suaves como el terciopelo, aunque desprovistas de fragancia. Mientras permanecía junto a la ventana para ver mejor aquellas espléndidas flores, mi mirada volvió a posarse sobre la figura situada en la cresta; escuché entonces una voz suave y melodiosa que decía:

—Soy Benedicta. Sólo quería darle las gracias. ¡Oh, Dios mío!, era la joven que, para manifestarme su solidaridad con mi aislamiento y penitencia, había escalado aquel horrible promontorio ignorando cualquier peligro. Sabía, pues, que me habían castigado; y que me habían castigado por su causa. Sabía, incluso, en qué celda permanecía recluido. ¡Ah, biena-

mado Santo! Sin duda sólo pudo conocer aquellos detalles por tu intercesión; y yo sería peor que un infiel si tuviese la menor duda de

que el sentimiento que me induce es una señal del deber que se me ha impuesto de salvarla.

Vi cómo se inclinaba sobre el terrible precipicio: Se giró un momento, agitó una mano en señal de despedida, y desapareció. No logré reprimir un grito ¿Se había despeñado! Agarré los barrotes de hierro de mi ventana y los sa-
cudí con todas mis fuerzas, pero no se inmutaron. Desesperado, me dejé caer al suelo, llorando y suplicando a todos los santos que protegiesen a la amada muchacha en tan arriesgado descenso, si es que todavía vivía, o que al menos intercediesen por su alma tan poco preparada para encarar al Creador, en caso de que hubiese ocurrido lo peor. Aún estaba de rodillas cuando Benedicta me hizo una seña

para darme a entender que había llegado sana y salva abajo. Lo hizo con uno de aquellos gritos característicos de los montañeses de la región, con los que expresan sus salvajes ganas de vivir, sólo que el de aquella joven, que brotaba a lo lejos desde las simas y se mezclaba

con sus propios y extraños ecos, sonaba como un ruido que jamás antes había oído procedente de garganta humana me estremeció hasta tal punto que lloré, y mis lágrimas cayeron sobre las flores salvajes que sostenía en la mano.

IX

Como seguidor que soy de San Francisco, no me es lícito poseer nada valioso a mi corazón, de modo que me he desprendido de mi más preciada tesoro y le he ofrecido a mi venerado Santo las maravillosas flores que me regaló

Benedicta. Se encuentran ya junto a la imagen que hay en la iglesia del monasterio, y adornan el corazón sangrante que el santo carga en su pecho como símbolo de sus padecimientos por: la humanidad.

He averiguado el nombre de la flor; debido a su colorido, y por ser mucho más delicada que otras flores, se la llama *Edelweiss*, que quiere decir «blanco noble» Crece de un modo singu-

lar sobre las rocas más altas e inaccesibles, generalmente en los riscos, sobre precipicios de muchos cientos de pies de altura, y en lugares donde un paso en falso sería fatal para quien se arriesgara a cogerla flor.

Así pues, tan hermosas flores se convierten en los verdaderos espíritus malignos de esta salvaje región, atrayendo a muchos seres humanos hacia una muerte terrible. Los hermanos me han explicado que no pasa un año

sin que algún cazador, algún pastor, o algún joven valiente, atraído por tan maravillosas flores, muera en su intento por obtenerlas.
¡Que Dios se apiade de sus almas!

X

No hay duda de que empalidecí, cuando uno de los hermanos comentó a la hora de la cena, que frente a la imagen de San Francisco se había encontrado un ramillete de Edelweiss de una especie tan extraordinariamente hermosa que en la región sólo florece en la cumbre de

un promontorio que se levanta a más de mil pies de altura y se eleva por encima de un lago de malos presagios. Los hermanos hablan de acontecimientos asombrosos relacionados con las horrendas peculiaridades de ese lago, que hacen referencia a sus profundas y turbulentas aguas; y aseguran también que los más repug-

nantes fantasmas se aparecen en sus playas o brotan de sus aguas.

Las flores de Benedicta han provocado gran conmoción y sorpresa, ya que incluso entre los más audaces cazadores, muy pocos se atreverían a escalar ese promontorio que existe junto al lago hechizado... ¡y la dulce muchacha realizó esa proeza! Fue absolutamente sola a este lugar terrible y escaló su ladera casi vertical, hasta alcanzar la tierra fértil donde crecen aquellas flores con las que sintió el impulso de agasajarme. Estoy seguro de que fue el Cielo quien la preservó de contratiempos para que yo pudiese encontrar en ello el signo inequívoco de que me ha sido encomendada la labor

de salvarla.

¡Oh, tú, pobre niña inocente, maldita para el pueblo, Dios ha declarado que debo cuidar de ti! ¡Mi pecho ya siente de alguna forma esa

veneración que habrá de darte cuando, en reconocimiento de tu pureza y santidad, Él le conceda a tus reliquias un signo evidente de Su favor, y la Iglesia te reconozca bienaventurada!

He tenido noticias acerca de otra circunstancia que debo referir a continuación: en esta región, esas flores son consideradas el símbolo del amor fiel: los jóvenes se las entregan a sus amadas y estas doncellas adornan los sombreros de sus galanes con ellas. Es evidente que, al expresar su gratitud a un humilde siervo de la Iglesia, Benedicta fue movida, quizá sin darse cuenta, a manifestar al mismo tiempo su amor a la Iglesia, a pesar de que desgraciadamente tiene muy pocos motivos que justifiquen ese afecto.

Paseando de forma errante por las inmedia-

ciones del monasterio, he llegado a familiari-

zarme con todos y cada uno de los senderos que hay en estos bosques, en el siniestro desfilaro y en las escarpadas laderas de las montañas.

Con frecuencia soy enviado a hogares de campesinos, cazadores y pastores, para dar medicinas a los enfermos o llevar consuelo a quienes más lo necesitan. El muy reverendo Superior me ha informado de que cuando reciba las sagradas órdenes habré también de llevar los sacramentos a los moribundos, ya que soy el más joven y vigoroso de los hermanos. En estas altitudes, sucede en ocasiones que un cazador o un pastor se despeña, y después de varios días se le encuentra todavía con vida. El deber de todo sacerdote es justamente el de cumplir los ritos de nuestra santa religión junto al lecho del herido, de forma que nuestro bendito Salvador se, encuentre allí presente para recibir –el alma que regresa hasta Él.

¡Espero que para poder merecer una gracia tan elevada, nuestro bienamado Santo logre conservar mi alma purificada de toda pasión y deseo terrenal!

XI

El monasterio celebró por aquellas fechas una importante festividad, que a continuación relataré

Antes de aquella celebración, los hermanos permanecieron muchos días entretenidos con sus preparativos, y adornaron la iglesia con flores y ramitas de pino y abedul.

Acompañados por algunos aldeanos, recogieron las más hermosas rosas alpinas que pudieron encontrar, y que a mediados de verano florecen en abundancia. La víspera de la festividad, los hermanos se fueron al huerto y se dedicaron a entretejer guirnaldas para deco-

rar la iglesia. Incluso, el Superior y los demás sacerdotes se deleitaron presenciando esta alegre labor. Pasearon bajo los árboles y con-

versaron tranquilamente, mientras conminaban al hermano despensero a recurrir generosamente a las reservas de la bodega.

Al día-siguiente tuvo lugar la santísima procesión. Fue un precioso espectáculo que contribuyó a ensalzar la gloria de nuestra santa iglesia. El Superior, sujetando con sus manos el sagrado símbolo de la Cruz; caminaba envuelto en un palio de seda de color púrpuras escoltado por los bondadosos sacerdotes. Tras ellos íbamos nosotros, los hermanos; portábamos velas encendidas y entonábamos cánticos religiosos Nos seguía una gran multitud vestida con sus mejores galas.

Los más soberbios de quienes participaban en la procesión eran los montañeses y mineros

de la sal, encabezados por el: propio Administrador, que montaba un magnífico caballo adornado con lujosos arreos. Su aspecto era altanero; llevaba ceñida en la cintura una gran espada y lucía sobre la frente, amplia y elevada, un sombrero de plumas. Tras él cabalgaba

su hijo Roque. Cuando nos encontramos frente al portal, para colocarnos en filas, reparé con especial atención en este último. Me pareció obstinado y audaz; utilizaba, el sombrero inclinado de forma atrevida hacia un lado, y, dirigía miradas ardientes a las mujeres y jovencitas. A nosotros, los monjes, nos miraba de forma despectiva. Mucho me temo que no sea un buen cristiano; a pesar de que no hay duda de que es el joven, de mejor planta que nunca he conocido: es alto y esbelto como un pino joven, sus ojos son oscuros y brillantes y su cabello es rubio y ensortijado.

En esta región, el Administrador tiene tanto poder como nuestro Superior. Le nombra el Duque, y tiene atributos de juez en cualquier asunto. Incluso tiene el poder de determinar sobre la vida o la muerte de los acusados de asesinato y de otros delitos horribles. Afortunadamente, el Señor le ha otorgado un juicio prudente y ponderado.

La procesión atravesó el pueblo y entró en el

valle hasta alcanzar la entrada de las grandes minas de sal. Frente a la más importante se había levantado un altar.

Nuestro Superior rezó en él una misa solemne, mientras todos los asistentes escuchaban de rodillas. Comprobé cómo el Administrador y su hijo se arrodillaban e inclinaban la cabeza claramente a regañadientes, lo que me entristeció profundamente. Tras la ceremonia religiosa, la procesión se dirigió hacia la colina

conocida como «Monte Calvario», y que es todavía más alta que la del monasterio. Desde su cúspide es posible disfrutar de una magnífica vista de toda la comarca que se encuentra a sus pies. En ella, el reverendo Superior levantó bien alto el crucifijo con el fin de espantar a todos los poderes malignos que habitan en aquellas terribles elevaciones; rezó también algunas oraciones, y pronunció maldiciones contra todos los demonios que infestan el valle ubicado en la zona inferior. Las campanas repicaron ensalzando al Señor, y dando la impresión de

que varias voces divinas resonaban en los ecos de aquella inhóspita región. No es necesario que diga cómo fue todo de hermoso y magnífico.

Miré a mi alrededor para ver si se encontraba presente la hija del verdugo, pero no pude verla por ninguna parte, y no supe si alegrar-

me, ya que de esa forma se encontraba lejos de los insultos del populacho, o entristecerme, al verme privado de la energía espiritual que sin duda me habría otorgado la contemplación de su belleza celestial.

Tras la ceremonia religiosa tuvo lugar el banquete. Se habían colocado mesas en una pradera sombreada por árboles. Clero y pueblo, junto al reverendo Superior y al poderoso Administrador, compartieron la comida repartida por los mozos. Era sumamente interesante contemplar a los jóvenes mientras se entregaban a la tarea de encender enormes hogueras con madera de pino y de abedul, o mientras ensartaban grandes trozos de carne en varas

de madera, que hacían girar sobre las brasas hasta dorarse, para ofrecérselos a continuación a los sacerdotes y montañeses. También emplearon pucheros enormes para hervir truchas

y carpas de las montañas. El pan fue repartido en cestos también muy grandes, y tampoco faltó bebida, ya que tanto el Administrador como el Superior habían donado sendos barriles de cerveza. Aquellos grandes toneles fueron colocados en caballetes de madera y situados bajo un viejo roble. Los criados del Administrador y los jóvenes se servían del tonel que éste había regalado, mientras que el contenido del barril ofrecido por mi Superior era distribuido por el hermano despensero y un grupo de nosotros, los monjes más jóvenes. En honor de San Francisco, debo decir que nuestro tonel era mucho mayor que el del Administrador. Se habían dispuesto mesas aparte, reservadas para el Superior y los sacerdotes, y también otras preparadas para el Administrador y su séquito de notables. Administrador y Superior disponían de asientos colocados sobre una be-

lla alfombra, y que permanecían protegidos del sol por un palio de tela. En las demás mesas, rodeados por sus hermosas mujeres e hijas, se sentaban muchos caballeros que habían llegado desde sus distantes castillos para participar en aquella importante festividad.

Por mi parte, me dediqué a servir las mesas.

Llené platos y copas, reparando en el buen apetito que tenían los concejales, y en cuánto les gustaba aquella bebida de sabor amargo.

Pude notar asimismo la bajas pasiones que se reflejaban en el hijo del Administrador cada vez que miraba a cualquiera de las damas, lo que me enojó profundamente, ya que él no podría contraer matrimonio con todas al mismo tiempo, y mucho menos con aquellas que ya estaban casadas.

No faltó tampoco la música. A cargo de los instrumentos, había jóvenes de la aldea que acostumbraban a tocar diferentes instrumentos en sus ratos de ocio. ¡Cómo sonaban aque-

llas flautas y camarillos, y cómo se estremecían y rechinaban los arcos de los violines! No me cabe la menor duda de que la música era espléndida, aunque por desgracia el Cielo no tuvo a bien dotarme de un buen oído para ella. Estoy convencido de que nuestro bienamado Santo se sintió enormemente satisfecho al ver el espectáculo de todas aquellas personas que bebían y colmaban hasta la saciedad sus estómagos. ¡Dios mío, cómo comían, y qué fabulosas cantidades de carne engullían! A pesar de todo, nada era comparable con lo que bebían. Estoy totalmente seguro de que, si cada montaña hubiese llevado su propio tonel, no habrían necesitado ayuda para vaciarlo. Sin embargo a las mujeres, y en especial a las mujeres jóvenes, parecía que no les agradaba beber cerveza, Es costumbre por estas tierras que, antes de beber, un joven le ofrezca su copa a

una de las doncellas, que apenas la toca con sus labios aparta su rostro con una mueca. Como no tengo mucha información sobre los

hábitos, de las doncellas, tampoco sabría asegurar con absoluta certeza si esto quiere decir que en otras ocasiones son también tan abstemias.

Tras la comida, los muchachos se entregaron a diferentes juegos; en los cuales pudieron exhibir su agilidad y su fuerza. ¡San Francisco, que músculos poseen estos jóvenes! Brincaban y luchaban entre ellos como si fuesen osos. El mero hecho de ser espectador de aquellos juegos ya me hizo sentir miedo. Parecía como si desearan destrozarse mutuamente. Sin embargo las jóvenes permanecían mirando sin dar la menor muestra de temor o angustia; se reían como tontas y, según parece, se sentían realmente complacidas. También era extraerdi-

nario oír las voces de aquellos recios montañeses; echaban sus cabezas hacia atrás, y gritaban hasta que les llegaban sus propios ecos, procedentes de las laderas de las montañas cercanas, y haciendo rugir a los precipicios como si aquellos unidos procediesen de las

gargantas de una legión de demonios.

Sobresalía de entre todos el hijo del Administrador. Saltaba como un cervatillo, luchaba como un demonio y rugía como un toro salvaje. En medio de aquellos montañeses era una especie de rey. Vi que muchos de ellos, envidiando su fuerza y altanería, le odiaban en secreto; a pesar de ello, todos se sometían a él.

Era un espectáculo único contemplar, su esbelto cuerpo flexionándose y preparándose para saltar. Cuando participaba en algún entretenimiento, era admirable ver cómo levantaba la cabeza como si fuese un ciervo sorprendido,

agitando sus bucles dorados con las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes, mientras le rodeaban sus camaradas. ¡Cómo entristece ver que el orgullo y la pasión pueden llegar a dominar un cuerpo que parece haber sido creado para ser la morada de un alma capaz de glorificar a su Creador!

Casi había anochecido cuando el Superior, el Administrador, los Sacerdotes y el resto de

comensales importantes se despidieron y se marcharon en dirección a sus respectivos hogares, dejando a los demás en manos de la bebida y el baile. Mi obligación era la de quedarme con el hermano dispensero para seguir sirviendo a los alegres jóvenes la cerveza de nuestro tonel. Roque también se quedó. No recuerdo muy bien qué fue lo que pasó, pero lo cierto es que inesperadamente me lo encontré frente a mí. Su apariencia era sombría y sus

maneras altivas.

–¿Eres tú el monje que el otro día ofendió al pueblo? –me preguntó.

A pesar de que bajo mi hábito de monje bullía una ira pecaminosa, repliqué humildemente:

–¿A qué se refiere?

–¡Ya sabes a qué me refiero! –gritó groseramente–. Ahora graba bien en tu cabeza lo que voy a decirte: si alguna vez demuestras el menor sentimiento amistoso hacia esa muchacha, te daré una lección que nunca olvidarás. Voso-

tros, los monjes, soléis disfrazar la propia impertinencia con alguna virtud desconocida.

Pero me las sé todas, y no dejaré que me engañes. De modo que recuerda mis palabras, aprendiz de santurrón, porque la próxima vez tu bonito rostro y tus grandes ojos no lograrán salvarte.

Después de aquellas palabras me dio la espalda y se marchó, aunque todavía pude escuchar su enérgica voz retumbando en medio de la noche mientras cantaba y gritaba con los otros. Me alarmó bastante saber que aquel osado joven había puesto sus ojos en la encantadora hija del verdugo. Era obvio que los sentimientos que Benedicta le inspiraba no eran honestos, ya que, en caso de serlos, me habría agradecido la actitud que manifesté hacia la joven, en vez de odiarme por aquel gesto de bondad. Pensando en la pobre niña, me sentí lleno de angustia por su futuro, y le prometí reiteradamente a mi bienaventurado Santo que la guardaría y protegería, respondiendo

de esa forma al milagro que él mismo había realizado en mi corazón. Un maravilloso sentimiento ha nacido en mi interior y no puedo demorarme en el cumplimiento de mi deber.

Benedicta ¡tú te salvarás... y lo harás en cuerpo
y alma!

XII

Pero continuemos el relato.

Los muchachos lanzaron hojas secas al fuego; las llamas iluminaron la pradera lanzando resplandores rojizos al bosque. Entonces cogieron en brazos a las jóvenes de la aldea y comenzaron a hacerlas girar y bailar sin interrupción. ¡Santo Cielo, cómo danzaban, dando vueltas y lanzando sus sombreros al aire, saltando y levantando a las jóvenes del suelo como si las doncellas fuesen tan ligeras como plumas! ¡Al oírles gritar y aullar poseídos por todos los espíritus perversos, me dieron ganas de que apareciese una piara de cerdos, para que los demonios abandonasen a esos rudos

humanos y se alojaran en las bestias de cuatro

patas! Los muchachos estaban completamente hartos de cerveza oscura, cuya fuerza y acidez la transformaba en una bebida brutal.

No. pasó demasiado tiempo sin que se desatara la locura de la borrachera; se abalanzaron entonces unos sobre otros, a puñetazos y cuchilladas, dando la impresión de encontrarse al borde del asesinato. Inesperadamente, el hijo del Administrador, que estaba contemplando lo que ocurría, se lanzó en medio de los luchadores, tomó a dos por los cabellos e hizo chocar sus cabezas con tanta violencia que comenzó a manarles sangre por la nariz, y no me cupo la menor duda de que sus cráneos se habían aplastado igual que cáscaras de huevo; aunque probablemente estaban dotados con cabezas bien recias, porque cuando Roque los soltó no parecieron mostrarse muy doloridos por aquel castigo. Lanzando gritos y alaridos de energúmeno, Roque logró establecer la paz de una forma que a mí, pobre hor-

miga, me pareció incluso heroica. Comenzó nuevamente la música; los violines inundaron, el aire con su melodía, los caramillos proferían sus quejidos, y mientras los jóvenes, con las ropas hechas jirones y, sus rostros arañados y sangrantes, reiniciaban la danza como si no hubiese pasado nada. ¡Sin duda que estos mozalbetes llenarían de júbilo el corazón de un Bramarbás o. de un Holofernes!

Casi no me había recuperado del terror que me inspiró Roque, cuando tuve que enfrentar un miedo aún superior. Roque bailaba con una joven alta y bella que parecía ser la pareja adecuada para ese juvenil monarca. Saltaba con tanta agilidad y giraba de forma tan frenética, pero al mismo tiempo con tanto estilo, que todos los admiraban con asombro y agrado. En los labios de la muchacha relucía una sonrisa sensual y su rostro moreno exhibía una expre-

sión de triunfo que parecía proclamar: «¡Fijaos, yo soy la dueña de su corazón!» Pero inesperadamente Roque la apartó de un empujón,

como si estuviese enojado, y se abrió paso entre el círculo de bailarines, gritando a sus amigos:

–Voy a buscarme una compañera apropiada.

¿Quién se viene conmigo?

La joven alta, enfurecida por aquella ofensa, se quedó parada, mirándolo con una expresión diabólica, mientras sus ojos oscuros ardían como brasas infernales. Pero aquel despecto, divirtió aún más a los jóvenes borrachos, que prorrumpieron en atronadoras carcajadas.

Roque levantó una antorcha alrededor de su cabeza hasta que las brasas cayeron, como de una cascada. Gritó nuevamente: «¿Quién se viene conmigo?», y se adentró inmediatamente en el bosque. Los demás se hicieron también

con antorchas y se precipitaron tras él, y enseguida sus voces resonaron lejanas en medio de la noche, mientras se perdían de vista. Aún miraba en la dirección en que habían desaparecido, cuando la doncella alta a quien Roque había ofendida se me acercó y me susurró algo

al oído. Noté su cálido aliento en mi mejilla.

–Si tiene usted alguna consideración por la hija del verdugo, dése prisa y sálvela de ese maldito borracho: ¡No hay mujer que pueda resistírsele!

¡Dios es testigo de cómo me espantaron aquellas vehementes palabras! Sin dudar de su veracidad, y ansioso por la seguridad de la muchacha, le pregunté:

–¿Qué puedo hacer para salvarla?

–Corra y avísela de lo que ocurre –replicó–.

Ella le hará caso a usted, monje.

–¡Pero ellos llegarán hasta ella antes que yo!

–Están borrachos, y no andan muy rápido.

Además, conozco un atajo para llegar antes a la cabaña del verdugo.

–¡Entonces dígame enseguida por dónde debo ir!

Se encaminó hacia los árboles y me hizo señas para que la siguiera. Inmediatamente nos encontramos en el bosque, rodeados por una oscuridad tan impenetrable que apenas logra-

ba distinguir a mi guía, a pesar de lo cual ésta se desplazaba con pasos tan rápidos y firmes como si fuese pleno día. Podíamos distinguir a lo alto las antorchas de los jóvenes, señal que indicaba que se movían por el camino más largo que discurría por la ladera de la montaña. Pude escuchar sus salvajes alaridos, e inmediatamente sentí miedo por la niña. Llevábamos un tiempo caminando en silencio, dejando a los demás participantes de la fiesta

atrás, cuando la guía comenzó a hablar consigo misma. Al principio no entendí una palabra, pero pronto mi oído captó nítidamente su apasionado monólogo.

—¡Jamás la conseguirá! ¡Al infierno con la hija del verdugo! Todos la desprecian y la escupen a su paso. Esto es muy típico de él... no le importa lo que la gente diga o piense. Y como todos la odian, él la ama. Encima ella tiene un rostro hermoso. ¡Bonito se lo voy a dejar yo! ¡La marcaré con mis propias manos! Aunque fuese la hija del propio diablo, él no descansar-

ía hasta tenerla. ¡Pero jamás la conseguirá!

Levantó los brazos y profirió bestiales carcajadas, capaces de estremecer a cualquiera. Pensé en los oscuros poderes que habitan en lo más profundo del corazón humano, a pesar de que, gracias a Dios, yo sé tan poco de ellos como un niño.

Finalmente alcanzamos el Monte de los Ahorcados, donde se encontraba la cabaña del verdugo. Después de descender un breve trecho, llegamos junto a su puerta.

—Es aquí —dijo mi guía, señalando la choza a través de cuyas ventanas podía verse la macilenta luz de una vela de sebo—; vaya a advertirles. El verdugo se encuentra enfermo, y no está en condiciones de proteger a su hija, aunque quisiera. Lo mejor será que usted se la lleve de aquí. Condúzcala hasta el Alpfield en el Göll, donde está la casa de mi padre. Nunca la buscarían allí.

Y con aquellas palabras se marchó, desapareciendo nuevamente en la oscuridad.

XIII

Eché un vistazo por la ventana y vi al verdugo sentado en una silla al lado de su hija. La joven tenía una mano apoyada en el hombro

de su padre, y al oírle gemir y toser, comprendí que estaba intentando aplacar sus sufrimientos. Todo el amor y pesadumbre del mundo se reflejaban en el rostro de Benedicta, que estaba más bella que nunca.

No pude dejar de reparar en lo limpio y ordenado que aparecía el interior de la vivienda, y en todo lo que había en ella. Aquel humilde cobijo parecía contar realmente con la bendición de la Paz de Dios. ¡A pesar de ello; cómo se trataba a, aquellos inocentes seres como si estuviesen malditos y cómo se les odiaba más que a cualquier pecado mortal! Me agradó sobremanera ver que en la pared opuesta a la ventana desde la que miraba había una imagen de la Bienaventurada Virgen María. El marco había sido decorado con flores silvestres, y sobre el manto de la Santa Madre se

habían colocado algunas *Edelweiss*.

Llamé enérgicamente a la puerta, mientras decía en voz alta:

No tengan miedo, soy el hermano Ambrosio.

Me dio la impresión de que al escuchar mi voz y mi nombre, aparecía en el rostro de la joven una alegría inesperada, aunque puede que sólo fuese la sorpresa..., espero que los santos me protejan de cualquier pecado de orgullo. Se acercó a la ventana y la abrió.

–Benedicta –dije rápidamente, después de devolverle el saludo–, algunos jóvenes borrachos y sin control se acercan hacia aquí con la intención de arrastrarte al baile. Roque va delante de ellos, y asegura que te arrebatará de donde sea, con tal que bailes con él. Me he adelantado a ellos para ayudarte a huir.

Al pronunciar el nombre de Roque, noté cómo la sangre afluía a las mejillas de la niña, confiriendo a su rostro una tonalidad, rosácea. Entendí que, por desgracia, mi celosa guía tenía toda la razón: ninguna mujer era capaz de

resistírsele al orgulloso muchacho, ni siquiera aquella inocente y virtuosa doncella. Cuando su padre comprendió el sentido de mis palabras, se puso en pie y levantó sus brazos, como intentando proteger a su hija de cualquier peligro; me di cuenta, sin embargo, de que a pesar de la fortaleza de su alma, su cuerpo seguía muy debilitado. Entonces le dije:

–Deje que me la lleve. Los chicos están borrachos y no saben lo que hacen. Si se resiste, lo único que conseguirá será enfadarlos, y que quizá los hieran a ambos. ¡Oh, vea; por allí asoman sus antorchas! ¡Escuche sus atronadoras carcajadas! ¡Dése, prisa, Benedicta ¡Rápido!

Benedicta se abalanzó sobre el anciano, que había comenzado a llorar, y se despidió de él con ternura. Entonces abandonó rápidamente la habitación, y tras cubrir mis manos de besos, se internó en el bosque, desapareciendo en

la oscuridad de la noche de una forma que me sorprendió enormemente. Durante algunos minutos esperé que regresará, después entré

en la cabaña para proteger a su padre de los desaforados muchachos, quienes; me dio la impresión, lo convertirían en el blanco de sus frustradas expectativas.

Pero no aparecieron. En vano esperé, prestando atención. Inesperadamente escuché exclamaciones de júbilo y gritos que me estremecieron y me indujeron a rezar al bienaventurado Santo. Pero el ruido se fue difuminando en la distancia, y me di cuenta de que los jóvenes estaban desandando el camino, descendiendo del Monte de los Ahorcados en busca del prado donde todavía continuaba la fiesta.

El enfermo y yo conversamos sobre el milagro que había cambiado hasta ese punto sus intenciones, y los dos nos sentimos embriagados de

gratitud y de dicha. Inmediatamente emprendí el camino de regreso, por la misma senda que me había llevado hasta allí. Al aproximarme a la pradera, comencé a escuchar un griterío más salvaje y demencial que nunca, y logré distinguir en medio de los árboles el resplan-

dor de hogueras mucho mayores que las que había. Contra ellas se recortaban las figuras de los jóvenes y de unas pocas doncellas que bailaban en el descampado con sus rostros descubiertos, el pelo cayendo en cascada sobre sus hombros, y la ropa desajustada por tan frenéticos movimientos. Juntándose y separándose, describían círculos alrededor de las hogueras, de forma que sus figuras adquirían tonalidades negras o rojizas según se viesan iluminadas por el resplandor de las llamas. Parecían una legión de Demonios del Averno celebrando algún aniversario infernal o alguna

nueva forma de torturar a los condenados. ¡Y, Dios Todopoderoso, allí, en el centro de un espacio iluminado en el que los demás no se atrevían a entrar, bailando solos y aparentemente ajenos al resto, se encontraban Roque y Benedicta!

XIV

¡Santísima Virgen María! ¿Es que puede haber algo peor que la caída de un ángel? ¡Comprendí inmediatamente que, después de dejarnos a mí y a su padre, Benedicta había ido voluntariamente al encuentro de un destino del que precisamente me había esforzado por salvarla!

—La maldita se echó en los brazos de Roque — murmuró rabiosamente alguien a mi lado y, al girarme, vi a la joven alta y morena que me había guiado por el bosque, con su rostro completamente deformado por el odio—. Debí

matarla cuando pude. Maldito monje, ¿cómo puede permitir que se burle de nosotros de esta forma?

La alejé de mi lado y me lancé hacia la pareja sin darme cuenta de lo que hacía. Pero, ¿qué podía hacer? Incluso en ese momento, como si quisieran deshacerse de mi presencia, aunque en verdad ni siquiera la habían notado, los jóvenes borrachos formaron un apretado

círculo alrededor de Roque y Benedicta, dando rienda suelta a su admiración y aplaudiendo para remarcar el ritmo.

Lo cierto es que aquellas dos bellas figuras danzantes formaban una imagen espléndida. Él, gallardo y ágil, parecía un dios griego, mientras que Benedicta semejaba un hada del brisque. A través de la tenue neblina que flotaba sobre el prado, su delicada figura, moviéndose rápidamente y desplazándose de un

sitio a otro, parecía estar velada por una tela sutil de púrpura y oro. Permanecía con su mirada fija en el suelo; sus movimientos, aunque vivos, eran naturales y encantadores; su cara brillaba por la excitación y habría podido decirse que toda su alma se concentraba en aquella danza. ¡Pobre y dulce niña!, su falta me hizo llorar, aunque la perdoné inmediatamente. ¡Su vida había sido siempre tan difícil y exenta de alegrías!, ¿es que no tenía el derecho de bailar con quien se le antojara? ¡Que Dios la bendiga! Y respecto a Roque..., ¡ah, que Dios le

perdone!

Mientras la miraba y meditaba sobre cuál era mi deber ante una situación como aquella, la joven celosa –que se llama Amelia– se había quedado a mi lado, maldiciendo y blasfemando. Cuando los otros jóvenes aprobaron con aplausos la destreza con que danzaba Benedic-

ta, Amelia hizo un gesto como si se preparase a saltar sobre ella para matarla. Sujeté a la airada criatura, e inmediatamente, avanzando unos pocos pasos, llamé en voz alta a la joven: —¡Benedicta!

Pareció sobresaltarse al escuchar mi voz pero, aunque reclinó un poco más la cabeza, continuó bailando. Amelia no logró contener su enfado por más tiempo y se abalanzó hacia delante, lanzando un furioso rugido, al tiempo que intentaba penetrar en el círculo. Pero los muchachos borrachos se lo, impidieron. Se rieron de ella, lo que contribuyó a enloquecerla más aún. Intentó entonces alcanzar a su víctima de nuevo. Los jóvenes la alejaban con gri-

tos, maldiciones y carcajadas. ¡Amado Francisco, intercede por nosotros: cuando noté el odio en los ojos de Amelia, un escalofrío estremecedor me recorrió todo el: cuerpo! ¡Que Dios

se apiade de todos nosotros! ¡Creo que habría sido capaz de asesinar a Benedicta con sus propias manos y después regocijarse de su crimen!

En ese instante debería haber vuelto al monasterio, pero permanecí allí. Reflexioné sobre lo que podría ocurrir al terminar el baile, ya que me habían dicho que normalmente los jóvenes acompañaban de regreso a casa a sus consortes, y me horrorizó pensar en Benedicta y Roque regresando solos, en medio del bosque por la noche.

Imaginad cuál no: sería mi asombro cuando Benedicta levantó inesperadamente la cabeza, paró de bailar y, mirando a Roque amistosamente, dijo con una voz suave y melodiosa, semejante al sonido de unas campanillas de plata:

–Le agradezco, señor, que me haya elegido

tan gentilmente como compañera de baile.

Y de inmediato saludo al hijo del Administrador, se deslizó rápidamente en medio del círculo, y antes de que nadie pudiese comprender nada, desapareció entre las oscuras profundidades del bosque Al principios Roque se dejó dominar por el estupor, pero cuando comprendió que Benedicta ya no se encontraba a su lado, se enfureció como un loco: y gritó: «¡Benedicta!» La llamó entonces cariñosamente, aunque con el mismo resultado: Benedicta había desaparecido. Se lanzó entonces en busca de ella, dispuesto a registrar el bosque antorcha en mano, pero los demás jóvenes le indujeron a desistir de su propósito. Al percibir mi presencia, concentró su ira en mi persona y creo que de haberse atrevido, habría llegado a golpearme. En lugar de eso, gritó:

—¡Maldito aprendiz de santurrón! ¡Me las pagarás por esto!

Pero no me asustó en absoluto. ¡Alabado sea el Señor! Benedicta no cometió ninguna falta, y puedo venerarla como antes. No obstante, me estremece siquiera sospechar los múltiples peligros que la acechan. Se encuentra completamente indefensa, no sólo ante el odio de Amelia, sino también frente a la lujuria de Roque. ¡Ah, si pudiese permanecer siempre atento a su lado, para vigilarla y protegerla! A Ti te encomiendo, ¡oh, Señor!, a esta pobre niña huérfana de madre, cuya confianza en Ti obtendrá sus frutos.

XV

¡Ay, qué desgraciado es mi destino! He vuelto a ser castigado, y de nuevo soy incapaz de admitir mi culpa.

Parece ser que Amelia se ha explayado en su historia sobre Roque y Benedicta. La alta don-

cella fue de casa en casa contando cómo Roque fue hasta el mismísimo patíbulo en busca de una compañera de baile. Añadió además que

Benedicta se había comportado mucho peor que los jóvenes borrachos. Siempre que se me comentaba lo ocurrido, me apresuraba a aclarar los hechos, porque estaba convencido de que ése era mi deber, y explicaba lo que realmente había pasado.

Según parece, por contradecir a alguien capaz de violar los Mandamientos para levantar falso testimonio contra su prójimo, terminé incurriendo en la ira de mi venerable Superior.

Me llamó de nuevo ante su presencia y me acusó de defender a la hija del verdugo en contra de las afirmaciones de una honesta muchacha cristiana. Pregunté servilmente cómo debería haber actuado... si debería haber permitido que se calumniase a un inocente.

–¿Cuál es el interés que puedes tener tú por la hija del verdugo? –me interrogó–. Es más, parece más que demostrado que se fue a bailar con los jóvenes borrachos por su propia voluntad.

–Movida exclusivamente por el cariño que le

inspira su padre –repliqué–, porque si estos jóvenes ebrios no la hubiesen encontrado en su cabaña, seguramente lo habrían maltratado... y ella ama sinceramente al anciano, que se encuentra enfermo y solo.

Esto es lo que pasó, y así fue como lo conté.

Pero Su Reverencia insistió en que yo estaba equivocado y me aplicó un duro castigo. Lo soporto alegremente, ya que me hace feliz sufrir por tan dulce criatura. A pesar de ello, no caeré en la tentación de murmurar contra el padre Superior; él es mi Señor, y cualquier rebelión contra él por mi parte es un claro peca-

do. ¿Acaso la obediencia no es el principal mandato que nuestro Santo impuso a sus discípulos? ¡Ah, cómo deseo que me ordenen sacerdote y me unjan con el aceite sagrado! Así podré gozar de paz y estaré en condiciones para servir mejor al Cielo, y disfrutaré también de una acogida mejor.

Me angustia la situación de Benedicta. Si no fuese porque sigo recluido en mi celda me

acercaría hasta el Monte de los Ahorcados, donde quizá podría verla de nuevo. Me duele tanto como si ella fuese mi hermana.

Pero como mi alma pertenece al Señor, no me es lícito amar a nadie excepto a Aquel que murió en la cruz para redimir nuestros pecados... Cualquier otro afecto es una falta. ¡Bienaventurados los Santos del Cielo! ¿Qué ocurriría si este sentimiento que acepté como señal inequívoca de que me había sido enco-

mendada el alma de la joven, fuese en realidad el síntoma de un amor terrenal? Intercede por mí, bienamado Francisco, e ilumíname para que no me deje arrastrar hacia ese camino que lleva directamente al infierno. ¡Guíame y dame fuerzas, venerable Santo, para que pueda escoger el camino correcto, y nunca más me salga de él!

XVI

Sigo junto a la ventana de mi celda. El sol desaparece por poniente y las sombras van in-

vadiendo las: laderas montañosas que rodean el abismo; inundado de una neblina cuya turbulenta superficie recuerda a la de un inmenso lago. Pienso con frecuencia en cómo, Benedicta atravesó :aquellas terribles profundidades para traerme las flores y escucho ansiosamente, intentando oír el ruido de las piedras que al

ser movidas por sus audaces piececillos ruedan hacia el precipicio. Pero ya han transcurrido varias noches. El viento silba entre los pinos y puedo oír el agua que ruge en las profundidades; mientras escucho el distante canto del ruiseñor... aunque no la voz de Benedicta. Noche tras noche veo la niebla elevarse de las profundidades del abismo. Forma olas, y después anillos y crestas que se elevan, crecen y oscurecen hasta formar gigantescas nubes. Cubren el valle y las montañas, los altos pinos y las cimas coronadas de nieve. Los últimos restos de luz se extinguen en las copas de los pinos más altos, y cae la noche. ¡Por: desgracia la noche reina también en mi alma una noche

oscura, sin estrellas y sin la esperanza de nuevos amaneceres!

Hoy, domingo, noche visto a Benedicta en la iglesia. El «rincón sombrío» ha permanecido

vacío. No logré concentrarme en la ceremonia religiosa, en una falta por la que me impondré voluntariamente una penitencia.

Amelia estaba junto a las otras jóvenes, pero no vi a Roque. Me dio la impresión de que los siniestros y alertas ojos de Amelia eran una muralla eficaz contra cualquier rival, y que eran precisamente aquellos celos los que podrían proteger a Benedicta. Dios es capaz de lograr que hasta las más bajas pasiones sirvan a los fines más nobles: Aquella meditación me alegró, aunque fue un placer muy breve,

En cuanto terminaron las ceremonias religiosas, los sacerdotes y hermanos se marcharon lentamente de la iglesia y atravesaron en procesión la sacristía, mientras los fieles utilizaban la entrada principal para salir. Desde la larga galería cubierta que nace en la sacristía

se obtiene una vista completa de la plaza, del

pueblo. Mientras los hermanos que seguíamos a los sacerdotes nos encontrábamos todavía en esa galería, ocurrió algo que recordaré hasta el día de mi muerte como un hecho injusto que el Cielo toleró, sin que hasta hoy sepa decir por qué. Según parece, los sacerdotes debían de estar informados acerca de lo que ocurría, ya que se pararon en la galería, brindándonos de esa forma a todos la posibilidad de contemplar la plaza.

Escuché una confusa algarabía de voces cada vez más cercanas, que causaban la impresión de que se nos acercaban todos los demonios del Infierno. Como me encontraba en el punto más lejano de la galería, no llegaba a ver la plaza, de forma que le pregunté a un hermano que estaba asomado en una ventana vecina.

Están llevando a una mujer a la picota me contestó.

—¿Quién es?

—Una joven.

–¿Cuál es su delito?

–¡Qué pregunta absurda! ¿Es que no sabes que las picotas y los postes de flagelación sólo son para las pecadoras?

El griterío fue adentrándose en la plaza y logré verlo todo con mayor claridad. Al frente aparecían unos jóvenes bailando, saltando y cantando unas músicas obscenas. Parecían haber enloquecido por la alegría, y daba la impresión de que el dolor y la vergüenza de su congénere sólo aumentaba su salvajismo. Las doncellas, pese a todo, se comportaban con menos entusiasmo.

–¡Maldita sea la descastada! ¡Ved cómo acaba una pecadora! –gritaban–. ¡Gracias a Dios, nosotras somos virtuosas!

Detrás de los jóvenes bulliciosos, rodeada por aquella muchedumbre de mujeres y doncellas que gritaban, iba... ¡Oh, Dios Santo!,

¿cómo conseguir reflejarlo por escrito? ¿Cómo describir el horror que aquella escena me produjo? En medio de aquella turba... ¡estaba mi

dulce, encantadora e inmaculada Benedicta!

¡Oh, Salvador del Hombre!, ¿cómo conseguí ver un espectáculo como aquél, y sobreviví para relatarlo? Sin duda estuve a punto de morir con aquella desgracia. Me dio la impresión de que la galería, la plaza y la muchedumbre giraban sin parar; la tierra desapareció bajo mis pies y, a pesar de que obligué a mis ojos a permanecer abiertos, no lograba ver nada. Pero aquella oscuridad me duró poco y logré recobrar me para mirar hacia la plaza.

La habían vestido con un largo sayal grisáceo, sujeto a la cintura por una cuerda. Llevaba en la cabeza una corona de paja y, sobre el pecho, sujeta por una cuerda que le pendía del cuello, llevaba una tablilla negra en la que

había sido escrito con tiza la palabra *Buhle*,
«ramera».

La guiaba un hombre que sujetaba con firmeza la cuerda anudada a la cintura de la joven. Le observé con mayor detenimiento y, ¡oh, venerable Hijo de Dios, a qué bestias y

monstruos vinistes Tú a salvar!... ¡Era el padre de Benedicta! Habían forzado al desdichado anciano a cumplir con los deberes de su oficio, arrastrando a la picota a... ¡su propia hija!

Después pude averiguar que el verdugo había pedido de rodillas al Superior que le librase de tan horrible trabajo, aunque sin éxito.

Nunca podré borrar de mi memoria el recuerdo de aquella escena. El verdugo no le quitaba los ojos de encima a su hija; y ella, por su lado, le miraba también a veces, inclinando la cabeza y dedicándole una sonrisa. ¡Dios Bendito, la joven sonreía!

La plebe la insultaba, dedicando a la doncella expresiones groseras y escupiendo el suelo a su paso. Y eso no era todo. Al ver que no le importaba, comenzaron a lanzarle barro y estiércol. Aquello fue más de lo que su padre logró soportar y, profiriendo un débil gemido, cayó al suelo desvanecido.

¡Ah, los crueles miserables! Intentaron ponerle en pie de nuevo para terminase su traba-

jo, pero Benedicta levantó sus brazos en señal de súplica, y en su bello rostro apareció una expresión de tan elevado afecto que incluso la enloquecida turba se sometió al poder de aquella dulzura y se apartó, dejando al verdugo caído en el suelo. Benedicta se arrodilló para colocar la cabeza de su padre en el regazo.

Le susurró al oído palabras cariñosas y de consuelo. Le acarició su cabellera gris y besó sus pálidos labios hasta lograr que recuperase

el conocimiento y abriese los ojos: ¡Benedicta;
tres veces bendita, sin duda has nacido para:
ser santificada por tu divina paciencia, idénti-
ca ala: que Nuestro Salvador mostró en la
cruz, para redimir los pecados del mundo!
Benedicto ayudó al anciano a levantarse y le
iluminó con su sonrisa cuando logró incorpo-
rarse. Sacudió el polvo de su ropa y después,
sonriendo y susurrando todavía frases de con-
suelo; le tendió la cuerda de su cintura. Los
muchachos gritaron y cantaron, las mujeres
lanzaron alaridos y el desgraciado verdugo

llevó a su inocente hija hasta el infame patíbu-
lo.

XVII

Nada más regresar a mi celda me: lancé so-
bre las duras piedras del suelo y clamé al Cielo
contra la injusticia y el suplicio de que había

sido testigo, y contra la injusticia todavía mayor que había terminado presenciando. Logré imaginar, la escena del padre atando a su hija al poste. Pude ver al salvaje populacho bailando alrededor con bestial gozo. Vi a la malvada Amelia escupiendo en la cara de la inocente joven. Oré largamente y desde lo más profundo de mi alma para que a la desdichada doncella se le concediese la fuerza necesaria para soportar aquella tortura infinita.

Entonces me senté y aguardé. Esperaba impaciente la puesta del sol porque normalmente es a esa hora cuando la víctima—se ve finalmente libre de la picota.

Cada minuto me parecía una hora, y cada

hora me parecía una eternidad. El sol parecía estar quieto, como si al día de la injusticia se le hubiese negado la noche.

Intenté inútilmente entender lo que había

ocurrido; me sentía confuso y aturdido.

¿Cómo había podido Roque permitir que semejante deshonra cayese sobre Benedicta? ¿Es que acaso pensaba que cuanto mayor fuese la ignominia, más fácil le sería someter a la joven? No pude entenderlo, aunque tampoco me esforcé demasiado para comprender los motivos. Sin embargo, ¡que Dios me ayude!, sentí en mi propia piel, con tremenda congoja, la infamia de la niña.

¡Dios mío, Dios mío, qué luz ha iluminado el entendimiento de Tu siervo! Me he dado cuenta, como si fuese una revelación del Cielo, que mis sentimientos hacia la joven son al mismo tiempo mayores y menores de lo que había imaginado. Se trata de un amor terreno, del tipo que siente un hombre por una mujer.

Cuando por primera vez me di cuenta de ello,

me quedé sin aliento y mi corazón latió inten-

sa y aceleradamente, dándome la impresión de que me asfixiaría en cualquier momento. Y a pesar de ello, era tanta la rabia que invadía mi pecho después de haber presenciado aquella terrible injusticia tolerada por el Cielo, que fui completamente incapaz de arrepentirme. Aquella luz inesperada me cegó: no estaba en condiciones de comprender en toda su dimensión el alcance de mi pecado. El huracán de pensamientos que me sobrevino no fue en absoluto desagradable. Debí reconocer que no estaba dispuesto a privarme voluntariamente de aquellos sentimientos, aunque me diera cuenta de que eran inconvenientes. ¡Que la Madre de la Misericordia se apiade de mí! En ese momento, incluso, me era imposible admitir que estaba completamente equivocado al pensar que había recibido la orden divina de salvar el alma de Benedicta y prepararla para una vida de santidad. Acaso este otro deseo humano, ¿no procede también de Dios?

¿No busca al mismo tiempo el bien de aquello que lo motiva? ¿Y puede haber un bien mayor que el de la salvación del alma?... Vivir una vida santa en la tierra, y verse de esa forma recompensados en el Cielo por la felicidad y gloria eternas. No hay duda de que el amor carnal y el espiritual no son tan diferentes como me enseñaron a verlos. Puede que no sean contrarios, sino la expresión de una misma voluntad. ¡Ah, venerado Francisco, guía de mis pasos en esta elevada revelación que he tenido! ¡Coloca frente a mis ojos el camino correcto para conseguir el bien de Benedicta!

Finalmente el sol desapareció tras los claustros. Copos y nubecillas se arremolinaron en el horizonte; la bruma brotó del abismo y, tras ella, las sombras púrpuras comenzaron un rápido ascenso por la gran ladera de la montaña y terminaron extinguiendo los últimos ra-

yos solares que brillaban en la cumbre. ¡Gracias a Dios, oh, gracias sean dadas al Salvador... al fin ella está libre!

XVIII

He pasado un tiempo seriamente enfermo aunque, gracias al amable cuidado de los hermanos, me he recuperado lo suficiente como para dejar mi cama. Es evidente que la voluntad de Dios es que viva para servirlo, ya que no hice lo más mínimo para merecer aquel extraordinario presente que me otorgó al devolverme la salud. En mi alma arde el sincero deseo de consagrar mi vida miserable a Él y a Su servicio. En este instante, mi único anhelo es unirme a Él y entregarme en manos de Su amor. En cuanto me sean impuestos en la frente los santos óleos, estas esperanzas se verán colmadas; y una vez purificado de mi pasión terrenal y desesperanza por Benedicta, seré

llevado hasta una vida nueva y divina. Puede que entonces, sin ofender al Cielo o hacer peligrar mi alma, me sea permitido vigilarla y protegerla mejor que ahora, en que soy tan solo un desdichado monje.

He sucumbido a una extrema debilidad. Mis

pies, como si fuesen los de un niño, no lograban sostener mi cuerpo. Los hermanos me condujeron hasta el huerto. Allí, ¡con qué agradecimiento elevé mi mirada hacia arriba y contemplé nuevamente el firmamento azul! ¡Qué éxtasis me embriagó cuando logré mirar hacia los picos nevados de las montañas, y hacia los negros bosques escalonados de sus laderas! Cada brizna de hierba suscita en mí un interés especial, y termino saludando a cualquier insecto que pasa a mi lado como si fuese un antiguo amigo.

Mis ojos se desvían inevitablemente hacia el

sur, en dirección al Monte de los Ahorcados, y pienso constantemente en la desgraciada hija del verdugo. ¿Qué habrá sido de ella? ¿Habrá logrado sobrevivir al terrible suplicio de la plaza pública? ¿Qué estará haciendo en este momento? ¡Ah, si tuviese energías suficientes para llegar hasta el Monte de los Ahorcados! Pero no me dejan abandonar el monasterio, y aquí no hay nadie con quien tenga tanta con-

fianza como para preguntarle por la suerte de la doncella. Noto en los frailes algo extraño, como si ya no me encarasen como uno de ellos. ¿Por qué será? A mí me siguen inspirando afecto y deseo vivir en armonía con ellos. Son buenos y afables aunque, pese a ello, parece como si me evitasen lo más posible. ¿Qué quiere decir todo esto?

Mi reverendo Superior, el padre Andrés, me ha llamado de nuevo a su presencia.

—Tu recuperación ha sido milagrosa —me dijo—. Me gustaría que fueses digno de tan elevada merced y que preparases tu alma para la inmensa bendición que has de recibir. He decidido, hijo mío, que te alejarás temporalmente de nosotros y vivirás aislado en la soledad de las montañas, con la doble finalidad de que te recuperes físicamente, y al mismo tiempo de que adquieras una visión correcta de la realidad en tu corazón. Examínate con absoluta ri-

gidez, cuando te encuentres lejos de cualquier distracción, y comprenderás, estoy seguro, el tamaño de tu error. Pide que una luz divina ilumine tus pasos para que te sea concedido el avanzar en línea recta en tu servicio al Señor como apóstol y como sacerdote, ajeno a las bajas pasiones y deseos mundanos.

No tuve la osadía de replicar. Me sometí a la voluntad de Su Ilustrísima sin una palabra en contra, ya que obedecer es también una regla de nuestra Orden. No me inspiraba el menor temor la comarca inhóspita, a pesar de que había oído decir que estaba repleta de bestias salvajes y espíritus perversos. Su Reverencia no se equivoca: estar un tiempo solo será para mí como un período de prueba, purificación y restablecimiento, que tanto necesito en estos momentos. Hasta ahora únicamente me he movido por los senderos del pecado, ya que en mis confesiones me reservo muchas cosas. No actué así por miedo al castigo, sino porque me es imposible mencionar el nombre de la

joven ante otro que no sea mi venerado San Francisco, el único capaz de entenderme. Noto que me observa con benevolencia desde el Cielo y se preocupa por mi pesadumbre. Sea

cual sea la falta que quizá exista en la compasión que me inspira esta inocente y perseguida doncella, estoy convencido de que San Francisco la perdona bondadosamente por amor a nuestro bendito Salvador, que también enfrentó congojas y conspiraciones.

Una de mis obligaciones en las montañas será la de recoger algunas raíces y mandarlas al monasterio. Con esas hierbas los frailes destilan un licor que ya se ha hecho famoso en toda la región, y *cuya* celebridad ha llegado incluso hasta la lejana ciudad de Munich.

La bebida es tan fuerte y tan llena de especias que, al beberla, se siente tanto calor en la garganta como si se hubiese devorado una llama del infierno; a pesar de ello, es apreciada en todas partes por su valor medicinal, ya que se utiliza como remedio de infinidad de do-

lencias y enfermedades; además, se afirma

también que es beneficiosa para la salud del alma, aunque debo añadir que, allí donde no se puede obtener el licor, una vida devota puede conseguir el mismo resultado. En cualquier caso, la venta de este licor es la principal fuente de ingresos que tiene el monasterio.

El ingrediente principal de la bebida es la raíz de una planta alpina conocida como *genciana*, que crece a gran profundidad en las laderas de las montañas. Durante los meses de julio y agosto, los frailes recogen estas raíces y las secan junto al fuego en las chozas de las montañas; entonces las preparan y las mandan al monasterio. Los frailes son los únicos que tienen derecho a recoger estas raíces, y también a guardar celosamente secreto el procedimiento con el que se confecciona el licor.

Ya que debo vivir durante algún tiempo en estas tierras elevadas, el Superior me ha dicho que de vez en cuando, y siempre que me sienta con fuerzas para ello, recoja estas raíces. Un

joven siervo del monasterio me conducirá hasta mi solitaria morada, cargará mis provisiones y volverá inmediatamente. Vendrá una vez por semana a reabastecerme, y de paso a llevarse las raíces que haya ido reuniendo en ese tiempo.

No han demorado mucho en mandarme al lugar donde debo cumplir mi penitencia. Esta misma noche me he despedido de mi reverendo Superior; de vuelta a mi celda empaqueté mis libros de oración, la Imagen del Cordero de Dios, y la *Vida y Obra de San Francisco*. Tampoco he olvidado los utensilios para escribir, indispensables para poder continuar mi diario. De este modo, y una vez acabados los preparativos necesarios, fortalecí mi alma con una oración y ya me encuentro preparado para enfrentar cualquier cosa que me depare el destino, incluido el encuentro con animales salvajes

o demonios.

Venerable Santo, perdona la tristeza que siento al marcharme sin haber podido ver a

Benedicta o sin haberme enterado siquiera de qué ha pasado con ella desde aquel terrible día. Tú sabes ¡oh benévolo Santo mío!, porque lo confieso con humildad, que ansío poder llegar al Monte de los Ahorcados, aunque sólo sea para echar un vistazo a la cabaña en la que vive la más buena y hermosa de las mujeres. ¡No seas demasiado severo al juzgar, te lo suplico, venerable Santo, la debilidad de mi descarrado corazón de hombre!

XX

Al dejar el monasterio con mi joven guía, observé que todo estaba tranquilo dentro de sus muros; la santa comunidad dormía ensueño de la paz, que en los últimos tiempos parecía

habérsele negado. Ya comenzaba a amanecer y, según ascendíamos por el sendero que lleva hasta las montañas, algunos leves destellos dorados y escarlatas comenzaron a rodear las nubes de oriente. Mi joven compañero, que cargaba en sus hombros el saco de provisio-

nes, abría la marcha. Yo le seguía con el hábito recogido hacia atrás, apoyándome en un grueso cayado, y provisto de una afilada punta de hierro con la que podría defenderme, llegado el caso, de cualquier bestia salvaje.

Mi guía era un muchacho joven, rubio y de ojos azules, y con una expresión en su rostro entre alegre y amistosa. Era obvio que le agradaba enormemente poder trepar por sus colinas natales en dirección a las cumbres que teníamos por meta. Parecía como si no le molestase el peso de la carga que portaba, ya que su andar era ágil y airoso, y su paso firme y segu-

ro. Saltaba por el escarpado y abrupto sendero como si fuese una cabra montesa.

El joven estaba bastante animado. Me contó historias maravillosas acerca de duendes y fantasmas, brujas y hadas. Según parece, conocía perfectamente a estas últimas. Aseguró que aparecían vestidas con ropas resplandecientes y que tenían un cabello brillante y alas muy bellas; una descripción que se ajustaba

casi exactamente con la que hacían algunos Sacerdotes al hablar sobre el tema en sus libros. Cuando se sienten atraídas por alguien, son capaces de retener a esa persona bajo su encantamiento, sin que nadie sea capaz de romper el hechizo, ni siquiera la Santísima Virgen María. Aun así, yo creo que esto sólo se cumple en el caso de quienes se encuentran en pecado, y que los puros de corazón no tienen nada que temer de estas legendarias figuras.

Subimos y bajamos cerros, atravesamos bosques, pastos floridos y quebradas. Los ríos de la montaña que se deslizaban a través de los valles, violentos y encajados en el seno de profundos barrancos, parecían contar las cosas sorprendentes con que se habían encontrado a su paso, y las extrañas aventuras que habían vivido en su itinerario. En las laderas de las colinas y en los bosques retumbaban sin descanso las múltiples voces de la naturaleza, convocando, susurrando, suspirando o profiriendo alabanzas al Creador de todas las cosas.

Con frecuencia pasábamos frente a la cabaña de algún montañés, a cuyo lado jugaban desarrapados críos de cabello rubio. Al ver a personas extrañas escapaban asustados. Las mujeres, sin embargo, salían a nuestro encuentro cargando a sus hijos pequeños en brazos, y me pedían que las bendijera. Nos ofrecían leche,

mantequilla, queso fresco y pan oscuro. Muchas veces veíamos a los hombres instalados ante sus cabañas, y dedicados a tallar en madera sobre todo imágenes de nuestro Redentor en la cruz. Las mandan después para ser vendidas en Munich y, según me han comentado, estos piadosos artesanos llegan a ganar mucho dinero y gozan también de indudable prestigio.

Finalmente alcanzamos las orillas de un lago, pero una neblina nos impidió la clara visión del paisaje. Encontramos un pequeño bote amarrado en el barranco; mi guía me dijo que subiera a él e inmediatamente tuve la impresión de que nos deslizábamos en medio del fir-

mamento y de las nubes. Nunca había navegado y tuve el terrible presentimiento de que quizá podríamos naufragar y morir ahogados. Tan sólo se escuchaba el ruido del agua golpe-

ando los costados de la embarcación. Mientras avanzábamos, veíamos en ocasiones algún objeto oscuro que flotaba en las aguas, aunque inmediatamente desaparecía con la misma rapidez con que había surgido, y enseguida volvíamos a deslizarnos en medio de un espacio vacío. Como a veces la bruma se elevaba un poco, pude ver gigantescas rocas negras que sobresalían en el agua; también, no muy lejos de la orilla, vi gigantesco árboles medio sumergidos, con sus grandes ramas que semejaban los huesos de algún terrible esqueleto. El paisaje se hallaba tan repleto de cosas horribles que incluso mi joven guía permanecía callado, mientras sus ojos atentos intentaban constantemente taladrar la bruma en busca de posibles peligros.

Aquellos indicios me hicieron comprender

que estábamos atravesando un terrible lago

asolado por fantasmas y diablos, y en consecuencia le encomendé mi espíritu a Dios. El poder del Señor somete cualquier mal. En el momento en que terminé mi oración contra los espíritus del mal, se rasgó el velo de oscuridad, ¡y el sol brilló como una gigantesca rosa de fuego que cubriese al mundo con áureos y vistosos ropajes!

Frente a ese glorioso ojo de Dios, las sombras se desvanecieron y no volvieron a acecharnos.

La espesa niebla, transformada en una bruma leve y transparente, se entretuvo un poco más en las laderas de las montañas, antes de desaparecer por completo. No quedó ni rastro de ella, excepto en las profundas grietas de los cerros. El lago parecía plata líquida; las montañas, brillantes, mostraban selvas parecidas a llamas de fuego. Mi corazón estaba embriagado de asombro y gratitud.

Mientras nuestro bote avanzaba, noté que el agua del lago colmaba una cuenca larga y an-

gosta. A nuestra derecha los picos se levantaban hasta considerable altura, con las crestas cubiertas de pinos, pero a la izquierda y enfrente había un lugar muy placentero en el que se levantaba una gran construcción. Era San Bartolomé, la residencia veraniega de mi Superior, el Padre Andrés.

Ese tranquilo vergel no era demasiado grande; excepto en la zona que daba sobre el lago, se encontraba rodeado de promontorios que se levantaban en el aire hasta los mil pies de altura. Mucho más arriba, en la zona frontal de ese gigantesco muro, había una fértil pradera que brillaba como una enorme joya sobre el manto gris de la montaña. Mi joven acompañante me informó de que ése era el único lugar en toda la región donde crecían *Edelweiss*. Era, por lo tanto, el lugar exacto donde Benedicta había recogido aquellas maravillosas flores que me

había regalado mientras estaba de penitencia.

Contemplé aquel bello y terrible lugar con una mezcla de sentimientos que me resulta impo-

sible describir. El guía, cuyo estado de ánimo encajaba con el jovial aspecto que en ese momento mostraba la naturaleza, gritaba y cantaba; pero yo, al notar que abrasadoras lágrimas brotaban de mis ojos y me corrían por las mejillas, escondí mi rostro en la capucha.

XXI

Tras abandonar nuestro bote comenzamos a escalar por la montaña. Amado Dios, nada sale de Tu venerable mano sin un designio y una utilidad, pero no logro entender para qué agrupaste estas montañas, ni para qué las cubristes con tantos peñascos que no suponen una bendición ni para los hombres ni para los animales.

Después de horas y más horas de ascenso alcanzamos un manantial; me senté agotado, con los pies doloridos y jadeando. Contemplé el paisaje que se extendía a mi alrededor y comprendí que todo lo que me habían dicho sobre aquellos parajes desolados estaba com-

pletamente justificado. Allá donde mirase no veía más que rocas grises y desnudas, veteadas de rojo, amarillo y marrón. Había tenebrosos eriales cubiertos de piedra en los que nada crecía –ni una planta, ni una brizna de hierba–, terribles abismos llenos de hielo y brillantes bancos de nieve que escalaban hacia las alturas, tanto que casi parecían tocar el cielo.

Sin embargo, encontré unas pocas flores entre las rocas. Parecía como si el Creador de aquella inhóspita y solitaria región la hubiese considerado demasiado terrible e, inclinándose sobre los valles, hubiera tomado de ellos un

puñado de flores para esparcirlas después por estas estériles regiones. Las flores, así enaltecidas por la mano divina, habían crecido con una belleza celestial e inigualable. El guía me enseñó la planta cuya raíz debía yo recoger, y también algunas hierbas resistentes y saludables, útiles para el hombre, y entre las que se encontraba el árnica de flores doradas.

Una hora más tarde reemprendimos nuestro

camino y seguimos hasta que casi me sentí incapaz de arrastrar los pies ni siquiera un paso más. Finalmente llegamos a un lugar solitario rodeado de negros y gigantescos peñascos. En su centro había una miserable cabaña de piedra con una puerta baja en uno de sus lados, que hacía las veces de entrada. El joven me explicó que aquélla habría de ser mi morada.

Nada más entrar, mi corazón se estremeció al pensar que tendría que vivir en un lugar seme-

jante. No había ni un solo mueble. Mi cama sería un ancho banco cubierto por algunos secos matojos alpinos. También había una chimenea que se alimentaba con leña, y uno o dos utensilios de cocina.

El joven cogió un recipiente y se marchó a toda prisa. Yo me tumbé en el suelo frente a la choza y enseguida me sumí en la contemplación de aquel paisaje agreste y aterrador, en el que debería preparar mi espíritu para servir mejor a Dios. El guía regresó rápidamente, sujetando la vasija con ambas manos. Al verme

lanzó un alegre grito, cuyos ecos retumbaron como si fuesen miles de voces charlatanas entre las piedras. Aunque había permanecido solo apenas unos instantes, me sentí tan alegre de ver un rostro humano que me adelanté y respondí a su saludo con desproporcionada felicidad. ¿Cómo podía entonces tener la espe-

ranza de que conseguiría soportar una semana de aislamiento total en aquel lugar solitario? Cuando el muchacho colocó el recipiente delante de mí, vi que estaba lleno de leche. También sacó de entre sus ropas un pan de manteca amarilla, bellamente decorado con flores alpinas, y un pedazo de queso blanco como la nieve, envuelto en hierbas aromáticas. El ver aquella comida me agradó y le dije a modo de broma:

–Ya veo que en estas alturas la leche y la manteca brotan de las piedras. ¿También encontraste un manantial de leche?

–Usted también–podría conseguir un milagro como éste –contestó–, aunque me pareció

mejor trasladarme rápidamente hasta el Lago Negro y pedir esta comida a las muchachas que viven allí.

Sacó un poco de harina de algo parecido a

una alacena que había en la cabaña; encendió el fuego en la chimenea y se dedicó a preparar un pastel.

–De modo que no estamos solos en esta región asolada –le dije–. ¿Dónde está ese lago en cuyas orillas viven tan generosas personas?

–Es el Lago Negro –contestó guiñando los ojos debido al humo–. Se encuentra detrás de ese *Kogel* y la vaquería fue construida justo al borde de esa colina que sobresale de entre las aguas. Es un mal lugar. El lago llega en línea recta hasta el Infierno y entre las piedras se puede oír el rugido y el chirriar de las llamas y los gemidos de los condenados. No hay lugar en el mundo que cuente con tantos espíritus crueles y malvados. ¡Tenga mucho cuidado! Aquí, a pesar de su santidad, podría ponerse enfermo. Podría conseguir leche, manteca y

queso en el lago Verde, que está mucho más

lejos; les diré a las mujeres que le traigan lo que necesita. Se sentirán felices de poder ayudarlo, y si les predica un sermón todos los domingos, ¡no les importará enfrentar al demonio en persona con tal de complacerlo!

Después de nuestro almuerzo, que me pareció el más agradable que jamás hubiese comido, el joven se tumbó bajo el sol e inmediatamente se quedó dormido, roncando con tanta violencia que me fue imposible seguir su ejemplo, a pesar del cansancio que tenía.

XXII

Al despertar, el sol ya se encontraba detrás de las montañas, cuyos picos mostraban ribetes de fuego. Me pareció como si estuviera viendo un sueño, aunque pronto volví a la realidad. Los gritos del muchacho que retumbaban en la distancia me hicieron comprender inmediatamente que estaba solo en aquella región abandonada. Evidentemente le dio pena

mi estado, porque en vez de perturbar mi sueño, se marchó sin despedirse. Tenía que darse prisa si quería llegar a la vaquería del Lago Verde antes de que anocheciera. Al entrar en la choza vi que el fuego ardía con energía, y que habían apilado un buen montón de leña a su lado. El previsor muchacho tampoco se había olvidado de dejarme la cena, que consistía en algo más de pan y de leche. También había sacudido la hierba de mi duro lecho, cubriéndolo con una manta de lana, servicios que le agradecí desde lo más profundo de mi corazón.

Gracias a mi largo sueño me encontraba nuevamente con fuerzas, y permanecí fuera de la cabaña hasta bien entrada la noche. Hice mis oraciones mirando los promontorios rocosos que se levantaban bajo aquel oscuro horizonte en el que las estrellas parpadeaban ale-

grememente. Se diría que allí, a aquella altura, las
estrellas brillaban más intensamente que en el
valle, y era fácil suponer que si uno escalaba

hasta un punto más elevado todavía, podría
llegar a tocarlas con la mano.

Permanecí muchas horas de aquella noche
bajo las estrellas y el firmamento, examinando
mi conciencia y preguntándole a mi corazón.

Tenía la impresión de encontrarme en la igle-
sia, de rodillas frente al altar, notando la im-
ponente presencia de Dios. Finalmente mi al-
ma se henchió de paz divina, y del mismo
modo que un niño se aprieta contra el pecho
de su madre, recliné yo mi cabeza en la sabia
Naturaleza, ¡oh, madre de todos nosotros!

XXIII

¡Nunca había visto un amanecer tan glorioso!

Las montañas se teñían con una tonalidad ro-

sada y su apariencia era casi translúcida. Una plateada transparencia flotaba en la atmósfera, tan fresca y pura que cada vez que aspiraba una bocanada de aire me daba la sensación de estar renovando mi vitalidad. El rocío, blanco y abundante, goteaba de las escasas briznas de

hierba y se deslizaba sobre las piedras como si fuese lluvia.

Mientras estaba dedicado a mis oraciones matinales, conocí involuntariamente a mis vecinos. Durante la noche las marmotas no habían dejado de chillar, con gran molestia para mí, y en aquel momento saltaban alocadamente como si fuesen conejos. En las alturas, pardos halcones giraban describiendo círculos y observando fijamente a los pajarillos que revoloteaban entre los arbustos, y a los ratoncillos de los bosques que corrían entre las rocas. Cerca de allí pasaban una y otra vez manadas

de gamuzas en busca de los pastos que crecían en la zona más elevada de la montaña. En lo más alto, un águila solitaria se recortaba contra el firmamento, subiendo cada vez más, como si fuese un alma que se eleva hacia el Cielo después de verse liberada del pecado. Todavía estaba de rodillas cuando mi silencio se vio roto por un murmullo de voces. Miré a mi alrededor pero, aunque podía escu-

charlas con claridad y captar pedazos de canciones, no logré ver a nadie. Era como si aquellos sonidos procediesen del interior de las montañas y, al recordarlos poderes del Maligno que se manifestaban por toda la comarca, recité una plegaria y me preparé a esperar acontecimientos.

Volví a escuchar el cántico de nuevo, como ascendiendo de una profunda sima, e inmediatamente aparecieron tres figuras femeninas.

Al notar mi presencia dejaron de cantar y profirieron agudos gritos. Así me di cuenta de que pertenecían a aquellas tierras; pensé que quizá fuesen cristianas y esperé a que se acercaran.

Vi que llevaban cestos sobre sus cabezas y que eran jóvenes altas y de donosa presencia, con el cabello rubio, el rostro moreno y los ojos negros. Dejaron sus cestos en el suelo, me saludaron con modestia y besaron mis manos; inmediatamente destaparon los canastos y me ofrecieron las apetitosas provisiones que me

habían traído: crema, queso, mantequilla y dulces.

Se sentaron una vez más en el suelo y me explicaron que vivían en el Lago Verde y que les agradaba enormemente poder contar de nuevo con un «hermano montañés», y en especial con uno tan joven y gallardo como yo. Mien-

tras hablaban de aquel modo sus oscuros ojos parpadeaban alegres y en sus rojos labios lucían joviales sonrisas, lo que me agradó sobremanera.

Les pregunté si no las asustaba vivir en aquella desolada comarca, pero como única respuesta se rieron, mostrando sus blancos dientes. Me dijeron que en sus chozas tenían armas de caza destinadas a ahuyentar a los osos y que conocían también diversos exorcismos y sortilegios muy eficaces contra los malos espíritus. Además no se encontraban muy solas, me aclararon, porque todos los sábados los jóvenes del valle subían a la montaña a cazar osos, y en aquellas ocasiones se lo pasaban

muy bien. A través de ellas me enteré de que entre las elevaciones rocosas abundan los prados y las chozas, en las que viven durante el verano los pastores y pastoras. Las mejores

praderas, indicaron, pertenecían al monasterio y se encontraban a muy poca distancia.

Me deleitó su agradable charla, que hacía que la soledad se me hiciese menos opresiva.

Después de darles la bendición, me besaron la mano y se fueron como habían llegado: riendo sin parar, y cantando a gritos; dando muestras del alborozo propio de su corta edad y buena salud. De esa forma he llegado al menos a una conclusión: la existencia de las personas que viven en las montañas es más feliz y apacible que la de quienes habitan en los profundos y húmedos valles ubicados más abajo. Además, parece como si sus corazones y sus mentes fuesen más puras, lo que quizá se deba a que realmente viven mucho más cerca del Cielo que, según aseguran algunos hermanos, en estas regiones está más cerca de la tierra que en

ningún otro punto del mundo, exceptuando

Roma.

XXIV

Después de irse las jóvenes, guardé las vituallas que me trajeron; a continuación, armado con una corta y puntiaguda pala y un costal, me fui en busca de raíces de genciana. Crecían en abundancia, y la espalda comenzó enseguida a dolerme de tanto agacharme a cavar la tierra, aunque seguí con el trabajo, ya que deseaba mandarle al monasterio una buena remesa como prueba de mi celo y obediencia. Me había apartado bastante de mi cabaña, sin darme cuenta de la dirección que tomaba, cuando inesperadamente me encontré al borde de un precipicio tan profundo y horrible que retrocedí lanzando un grito de terror. En el fondo de aquel abismo y a tanta distancia de mis pies que me mareaba el hecho de mirar hacia abajo para verlo, había un minúsculo lago circular, que parecía el ojo del diablo. En su

orilla, cerca de un promontorio que se levantaba sobre el agua, había una cabaña desde cuyo techo lleno de piedras surgía una delgada columna de humo azulado. Alrededor de ella, en el suelo estrecho y estéril, paseaban unas pocas vacas y ovejas. ¡Qué lugar tan espantoso para erigir una vivienda!

Aún miraba aterrado aquel agujero cuando volví a asustarme: ¡escuché con absoluta claridad una voz que llamaba a alguien por su nombre! El sonido procedía de un lugar situado a mis espaldas y el nombre era dicho con una dulzura tan exquisita que me santigué inmediatamente a modo de protección contra las artimañas, maleficios y hechizos de las hadas. Volví a oír la voz y en aquel momento mi corazón latió con tanta violencia que casi me desmayé: ¡era la voz de Benedicta! ¡Benedicta en aquella terrible región y yo solo con ella!

Evidentemente, me es imprescindible tu ayuda, venerable San Francisco, para que mis pasos no se desvíen del sendero trazado por los

designios divinos.

Al darme la vuelta la vi. Saltaba de una roca en otra; miraba hacia atrás y pronunciaba un nombre que me era desconocido. Cuando descubrió que la estaba mirando se paró, inmóvil.

Me acerqué a ella saludándola en nombre de la Santísima Virgen, a pesar de que, ¡que Dios me perdone!, las terribles emociones que me trastornaban casi me incapacitaban para poder realizar tan sagrada invocación.

¡Qué cambios parecían haberse operado en la desgraciada niña! Su hermoso rostro estaba tan pálido como el mármol; los grandes ojos, hundidos e infinitamente tristes. Sólo en su preciosa cabellera no se veía la menor alteración, y le caía sobre los hombros como una

cascada de hebras de oro. Permanecimos mirándonos mutuamente, callados por la sorpresa; entonces volví a hablarle:

—¿De modo que eres tú, Benedicta, la que vive en esa choza que hay junto al Lago Negro, al lado de las aguas del Averno? ¿Tu padre vi-

ve contigo?

No me contestó, pero sentí un estremecimiento en sus delicados labios, como le suele ocurrir a los niños cuando intentan sujetar el llanto. Repetí la pregunta:

—¿Tu padre vive contigo?

Me contestó en un susurro poco mayor que un suspiro:

—Mi padre ha muerto.

Noté un agudo y repentino dolor en el mismo centro de mi pecho, y por algunos segundos me sentí incapaz de decir nada más, completamente desconcertado por la compasión.

Benedicta había girado el rostro para esconder sus lágrimas y su delicada figura se convulsionaba con el llanto. No logré contenerme por más tiempo. Me acerqué, cogí su mano e, intentando relegar a lo más profundo de mi corazón cualquier deseo humano de dirigirme a ella con alguna expresión religiosa de consuelo, le dije:

–Hija mía, querida Benedicta, tu padre ya no

está a tu lado, pero todavía tienes a otro Padre que te protegerá en todos y cada uno de los días de tu vida. En todo lo que tenga que ver con Su venerable voluntad, bondadosa y encantadora muchacha, te ayudaré a soportar tan terrible pena. Aquel por quien lloras no está perdido, se ha dirigido a la casa donde habita la misericordia, y Dios será benévolo con él.

A pesar de todo, mis palabras sólo consiguie-

ron agudizar su adormecida tristeza. Se dejó caer al suelo y dio rienda suelta a su llanto, sollozando con tanta vehemencia que me alarmé sobremanera. ¡Ah, Madre de Misericordia!, ¿cómo podré superar el recuerdo de aquella angustia que sufrí al presenciar la tremenda desdicha que aniquilaba a tan hermosa e inocente criatura? Me agaché sobre ella y también mis lágrimas cayeron sobre sus dorados cabellos. Mi corazón me impulsaba a levantarla del suelo, pero mis músculos se negaban a obedecerme. Finalmente se serenó un poco y co-

menzó a hablar; lo hizo, a pesar de todo, más como si estuviese hablando consigo misma que conmigo:

—¡Ah, mi padre, mi pobre padre afligido! Sí, ha muerto... ellos lo mataron... hace mucho tiempo que murió de congoja. Mi hermosa madre también murió de tristeza... de pena y

remordimiento por algún gravísimo pecado, no sé cuál, que mi padre le había perdonado. Él sólo sabía ser compasivo y misericordioso. Había tanta ternura en su corazón que no era capaz de aplastar siquiera a un gusano o una cucaracha, y a pesar de ello se vio obligado a matar hombres. Su padre, y el padre de su padre pasaron la vida entera y murieron también en el Monte de los Ahorcados. Es una estirpe de verdugos cuya horrible herencia fue a recaer en mi padre: no tuvo elección. Esa gente sin corazón le obligó a ejercer la profesión de sus antepasados. Muchas veces le oí decir que había tenido incluso la tentación de suicidarse, y estoy convencida de que lo habría hecho, de

no ser por mí. No podía tolerar la idea de que muriese de hambre; pero fue forzado a ver cómo me humillaban y, finalmente, ¡oh, Santísima Virgen!, escarnecida en público por un

delito del que era inocente.

Cuando Benedicta habló de la terrible injusticia con que había sido tratada, sus blancas mejillas se encarnaron al recordar la ignominia sufrida, a pesar de que en su momento fue capaz de soportarla con un ánimo diferente, por cariño a su padre.

Mientras me contaba sus desdichas se fue incorporando progresivamente, y después, conforme recuperaba confianza en sus propias energías, terminó girando su hermoso rostro hacia mí. Pero en seguida cubrió su cara con el cabello y me habría dado la espalda de no ser porque se lo impedí suavemente mientras le hablaba con frases reconfortantes, a pesar de que Dios sabe que mi propio corazón estaba a punto de reventar, de tanta lástima como me inspiraba. Permitted que pasaran algunos se-

gundos y después continuó:

—¡Ah, mi pobre padre siempre fue desgraciado! Ni siquiera se le permitió el consuelo de ver bautizada a su niña. Como hija de verdugo, a mis padres les estaba prohibido solicitar ese sacramento para mí; y nunca lograron encontrar un solo sacerdote dispuesto a bendecirme en nombre de la Santísima Trinidad. Por ese motivo me llamaron Benedicta, y me bendijeron ellos mismos un día tras otro.

»Tenía muy corta edad cuando murió mi bella madre. Fue enterrada en tierra no consagrada. Como no podía elevarse hasta el Padre Celestial que vive en lo más alto, fue enviada al pozo de llamas del Infierno. Cuando agonizaba, mi padre fue a suplicarle al Reverendo Superior la gracia de un sacerdote que pudiese administrarle los últimos sacramentos. Pero su petición fue rechazada. No apareció ningún sacerdote y mi desgraciado padre tuvo que cerrar él mismo. los ojos de mi madre, mientras se le cegaban los suyos con las lágrimas de an-

gustia que le arrancaba el terrible destino que le esperaba a la difunta.

»Tuvo que ser él mismo quien cavara la tumba, sin la menor ayuda. El único pedazo de tierra de que disponía era aquel en que había enterrado a los ahorcados y excomulgados, y se vio obligado a depositar allí a mi madre, en tierra no consagrada. Ni siquiera se permitió que rezasen misas por su alma.

»Me acuerdo perfectamente que después de aquello mi querido padre me llevó ante la imagen de la Santísima Virgen y me dijo que me arrodillara. Juntó mis pequeñas manos y me enseñó a rezar por mi desdichada madre, que no había tenido a nadie que intercediera por ella ante el poderoso Juez de los Muertos. Desde aquel día he rezado por las mañanas y por las noches por el espíritu de ella, y ahora lo hago por el espíritu de mi padre también,

cuya alma no fue preparada para enfrentar al Todopoderoso, y que por tanto no se encuentra con Dios, sino que arde en el fuego

eterno.

»Durante su agonía, corrí a presentarme ante el superior, tal y como él había hecho con mi madre. Le supliqué de rodillas, le imploré llorando, le besé los pies, y también le habría besado la mano si no la hubiese retirado. Pero lo único que hizo fue ordenarme que me fuera.

Conforme avanzaba en su relato, Benedicta imprimía mayor énfasis a sus palabras. Se levantó y permaneció en pie; echó hacia atrás su bella cabeza y levantó su mirada al cielo, como presentando aquellas ofensas a los elevados ángeles del Señor, mensajeros de su voluntad.

Levantó sus brazos desnudos con un gesto enérgico y dotado de tanta gracia natural que me sentí sobrecogido de asombro; las palabras

brotaban espontáneamente de sus labios con una elocuencia que jamás le habría imaginado.

No me atrevo a pensar que aquellas palabras fuesen inspiradas desde lo alto, ya que, ¡que Dios nos perdone!, cada una de ellas era una denuncia soterrada de Él y de su Santa Iglesia

y, a pesar de ello, ¡no me cabe la menor duda de que nunca habló de aquel modo ningún mortal cuyos labios no hubieran sido tocados por el espíritu de fuego del altar! Delante de aquella agraciada y sorprendente criatura me di cuenta con tanta claridad de mi propia falta de méritos, que probablemente me habría arrodillado ante Benedicta al encararla como una santa bienaventurada, de no ser porque inesperadamente ella puso fin a sus palabras de una forma tan patética que me hizo llorar de emoción.

–Las personas crueles le mataron –dijo inter-

calando el llanto entre sus palabras—. Se apoderaron de mí, a quien él amaba. Me acusaron injustamente de un delito horrible. Me vistieron con unas ropas deshonrosas, depositaron en mi cabeza una corona de paja y me colgaron del cuello una tablilla negra como símbolo de la infamia. Me escupieron y escarnecieron, obligando a mi padre a arrastrarme hasta la picota, donde fui atada y golpeada con látigos

o y piedras. Eso acabó por destruir su grande y noble corazón; y con su muerte me dejó sola.

XXV

Después de que Benedicta callase permanecí en silencio. ¿Qué podía decir ante una tristeza como aquella? La religión carece de medicinas para heridas como la suya. ¡Pensar en los horribles agravios que se le hicieron a aquella humilde y pacífica familia, hizo que naciese en

mi pecho una rebeldía feroz contra el mundo,
contra la iglesia y contra Dios! ¡Eran cruelmen-
te injustos, espantosa y diabólicamente injus-
tos... tanto Dios, como su iglesia y el mundo!
Incluso el paisaje que nos rodeaba –esa co-
marca inhóspita, desierta y deshabitada, reple-
ta de peligrosos precipicios y de heladas nie-
ves perpetuas– parecía la materialización tan-
gible de la lamentable existencia a que la po-
bre niña había sido condenada desde su naci-
miento. Y era algo más que un paisaje, ya que
la repentina ausencia de su padre –incluso en

un hogar tan sencillo como la cabaña de un
verdugo–, había provocado necesidades en
ella que la habían obligado a dirigirse hacia
aquellas eternas soledades. Más abajo, sin em-
bargo, existían agradables pueblos, huertas
fértiles, campos fecundos y hogares donde la
paz y la abundancia reinaban durante todo el

año.

Después de una pausa, cuando Benedicta logró restablecerse un poco, le pregunté si tenía a alguien que pudiese cuidar de ella.

—No me queda nadie —contestó. Aunque al percibir mi expresión entristecida, añadió—: Siempre he vivido en lugares abandonados y malditos. Ya estoy acostumbrada. Ahora que mi padre ha muerto, no hay nadie que se ocupe siquiera de dirigirme la palabra, porque tampoco hay nadie con quien me apetezca hablar... excepto usted.

Un instante más tarde agregó:

—Bueno, lo cierto es que sí existe alguien que se preocupa por verme, pero él...

Al llegar a este punto se interrumpió y no quise preguntar para no colocarla en una situación violenta. Entonces dijo:

—Ayer supe que estaba usted aquí. Un joven

vino a buscar leche y mantequilla. De no ser usted un religioso, jamás habría acudido hasta mí en busca de comida. Espero que la corrupción que contamina todo cuanto tengo o cuanto toco no logre alcanzarlo. A pesar de ello, ¿está seguro de haber hecho la señal de la cruz sobre todas las provisiones?

—Si hubiese sabido que eras tú quien las mandaba, Benedicta, me habría ahorrado esta precaución —contesté.

Me miró fijamente con sus resplandecientes ojos, y exclamó:

—¡Oh, mi querido señor y amado hermano!

Y tanto sus palabras como su mirada me produjeron el más elevado placer..., tanto, por cierto, como el de todas las palabras y gestos que procedían de aquella santa criatura.

Le pregunté entonces para qué había escala-

do hasta la cima del promontorio, y quién era

la persona a quien le había oído llamar.

–No es una persona –replicó con una sonrisa–. Es mi cabra, que se ha perdido y a la que buscaba entre las rocas.

Reclinó la cabeza como si estuviese dispuesta a despedirse, y se giró para marcharse, pero yo la detuve y le dije que la ayudaría a buscar a su animal.

Enseguida encontramos a la cabra en una grieta del acantilado, y Benedicta se mostró tan feliz de encontrar a su humilde compañera que se arrodilló junto a ella, la abrazó y la cubrió de expresiones cariñosas. Me pareció algo realmente encantador y no pude menos que observarlas con evidente admiración. Benedicta, al percibirlo, dijo:

–Su madre se despeñó y se rompió el pescuezo. Yo adopté entonces a su cría y la ayudé a crecer alimentándola con leche; por eso me quiere tanto. Las personas que viven en una soledad como la mía saben apreciar el cariño

de un animal fiel.

Cuando la joven se disponía a marcharse reuní valor para preguntarle algo que desde hacía tiempo me rondaba por la cabeza. Le dije:

—Benedicta, ¿es cierto que la noche de la fiesta acudiste al encuentro de los jóvenes borrachos con el único motivo de proteger a tu padre de cualquier posible peligro?

Me miró completamente asombrada.

—¿Qué otra cosa cree que podría haberme empujado a actuar de ese modo?

—No se me ocurría ningún otro motivo —respondí bastante confuso.

—Ahora debo marcharme, hermano. Adiós —dijo mientras comenzaba a alejarse.

—¡Benedicta! —exclamé. Ella se paró y me miró.

—El próximo domingo instruiré en algunos asuntos piadosos a las mujeres del caserío si-

tuado en el Lago

Verde. ¿Acudirás?

—¡Oh, no, querido hermano! —replicó vacilan-

te, en un susurro.

—¿Por qué no?

—Nada me gustaría más, pero mi presencia podría ahuyentar a esas mujeres, y a otras personas a quienes la benevolencia inherente en usted les empuja a escucharlo. La caridad con que me trata podría terminar trayéndole problemas. Le pido, señor, que acepte mi agradecimiento, pero no podré acudir.

—Entonces iré yo a verte.

—Sea prudente, señor, por favor, ¡tenga cuidado!

—Iré a verte.

XXVI

El joven me había enseñado a hacer un pas-

tel. Ya sabía todo lo necesario para hacerlo, y también conocía las medidas exactas de cada ingrediente; sin embargo, cuando intenté llevar a la práctica lo aprendido, sólo obtuve resultados desastrosos. Lo único que conseguí fue una masa pastosa y humeante, más propia

de las fauces de Satanás que de la boca de un devoto hijo de la Iglesia y seguidor de San Francisco. Aquel fracaso me desanimó realmente, aunque no acabó con mi apetito; cogí un pedazo de pan duro, lo remojé en leche agria y ya le estaba obligando a mi estómago a comenzar su penitencia por mis pecados cuando apareció Benedicta con un cesto lleno de apetitosos alimentos procedentes de su caserío. ¡Querida niña!, mucho me temo que aquella curiosa mañana no le di la bienvenida únicamente con mi corazón.

Al ver la masa humeante abandonada en la

vasija sonrió, y rápidamente se la arrojó a los pájaros (¡que el Cielo los proteja!); limpió el recipiente en el manantial y, al volver, preparó el fuego nuevamente. Entonces colocó otra vez los ingredientes del pastel. Cogió dos puñados de harina y los colocó en una vasija de barro cocido; después vertió un vaso de crema, añadió una pizca de sal, e inmediatamente lo amasó todo con sus blancas y ágiles manos

hasta conseguir una masa suave y esponjosa. Acto seguido la depositó en el cazo que acababa de engrasar con un poco de mantequilla, y finalmente colocó el recipiente sobre el fuego. Cuando el calor hizo que la masa comenzara a crecer hasta alcanzar el borde de la vasija, con suma habilidad la perforó en varios puntos para evitar que se resquebrajase. Después de dejar que se tostase bien, la sacó y la colocó frente a mí, a pesar de mi indignidad. La invité

a compartirlo todo, pero ella se negó. Insistió además en que me santiguara antes de probar nada que ella hubiese tocado, para evitar que algún demonio se apoderase de mi alma debido a la maldición que pesaba sobre ella; pero me negué a aceptar semejante posibilidad.

Mientras comía, Benedicta recogió flores entre las piedras, confeccionó una cruz con ellas y la colocó frente a mi choza. Después, cuando terminé de almorzar, limpió los platos y colocó cada cosa en su sitio, de forma que me pareció la cabaña más comfortable que antes,

incluso a la vista. Cuando ya no había nada más que hacer, y mi conciencia no era capaz de inventar nuevas excusas para retenerla, Benedicta se marchó y, al hacerlo, ¡oh, mi Dios, qué sombrío y tenebroso me pareció el día!

¡Ah, Benedicta!, ¿qué has hecho conmigo?...

Entregarme al servicio exclusivo del Salvador,

al que me consagro, me hace menos feliz y
menos santo que vivir una humilde existencia
de pastor, en medio de esta región solitaria,
¡pero contigo!

XXVII

La vida en estas altitudes es menos desagradable de lo que me había imaginado. Lo que me parecía un deprimente aislamiento se ha convertido en algo menos sombrío y desolador. Esta región montañosa, que al principio me sobrecogía de terror, está mostrando progresivamente su índole benigna. Su inmensidad es deliciosamente bella y está dotada de una perfección que purifica y eleva el espíritu.

Es posible leer en ella, con la misma claridad que en un libro, las alabanzas a su Creador. Cada día, mientras recojo raíces de genciana, le presto atención a las voces de esta inhóspita

región, y sosiego y corrijo cada vez más mi corazón.

En estas cumbres no hay pájaros cantores.

Las aves del lugar apenas emiten estridentes chirridos. Las flores, aunque exentas de fragancia, son increíblemente bonitas y brillan con una intensidad semejante a la de las estrellas. Conozco laderas y promontorios que sin duda no fueron jamás profanados por pies humanos. Me dan la impresión de ser sagradas y aún es posible encontrar en ellas el toque final del Creador, como si acabasen de ser colocadas allí por Su santa mano.

Hay abundante caza. En ocasiones las gamuzas forman manadas tan numerosas que parecería como si la ladera misma de la colina estuviese en movimiento. Hay también machos cabríos salvajes, auténticos monstruos; e inclu-

so osos, aunque hasta ahora, y gracias a Dios,

no he visto ni uno solo. Las marmotas corretean a mi lado como si fuesen gatitos, y las águilas, que son las aves más nobles en este imperio de las alturas, anidan en los riscos para establecer sus hogares lo más cerca posible del cielo.

Cuando me siento cansado me tumbo sobre las aromáticas praderas alpinas, que huelen como si fuesen valiosas especias. Cierro los ojos y escucho al viento susurrar entre los altos troncos, mientras reina la paz en mi corazón. ¡Alabado sea Dios!

XXVIII

Todas las mañanas las doncellas de los caseríos próximos se acercan a mi cabaña. Sus joviales gritos resuenan en el aire mientras el eco retumba en las montañas. Me traen leche fresca, queso y mantequilla; charlan unos minutos y después se marchan. Cada día me cuentan alguna novedad ocurrida en las montañas, o

alguna noticia que ha llegado a las aldeas procedente de los pueblos de la llanura. Son felices y alegres y esperan con placer la llegada del domingo, día en que tendrá lugar nuestra matinal celebración religiosa, y en cuya tarde suelen asistir al baile.

Por desgracia, estas dichosas personas no son inmunes al pecado de levantar falso testimonio contra sus semejantes. Me han hablado de Benedicta, asegurando que es una doncella inmoral, digna hija de un verdugo y (mi corazón se niega al mero hecho de escribirlo), ¡la amante de Roque! La picota, afirman, ha sido creada justamente para mujeres como ella.

Al escuchar a estas jóvenes expresarse con tanta acritud y falsedad sobre alguien a quien casi no conocen, me resultó difícil contener mi ira. Al final me apiadé de su ignorancia y las reprendí con paciente tranquilidad. Era un

error, les expliqué, condenar a alguien sin darle la oportunidad de defenderse. Hablar mal de alguien no es actitud propia de un cristia-

no.

No entendieron. Las sorprendió que pudiese defender a alguien como Benedicta... una doncella que, tal y como aseguraban y sin duda era verdad, había sido infamada en público, y carecía de amigos en el mundo.

XXIX

Esta mañana me acerqué al Lago Negro. Se trata, por cierto, de un lugar ominoso y maldito, propio para que vivan en él los condenados. ¡Y pensar que es allí donde vive esta pobre niña abandonada! Al acercarme a la cabaña vi que el fuego ardía en la chimenea y que sobre él pendía una vasija. Benedicta se encontraba sentada en un taburete, contemplando

las llamas. Un resplandor rojizo le iluminaba la cara y gruesas lágrimas le corrían por las mejillas.

Como no quería ser un testigo secreto de su tristeza, le hice notar mi presencia rápidamente y le hablé con la mayor dulzura posible. Se

asustó, pero al ver quién era sonrió, y su rostro se enrojeció. Se levantó y se adelantó para darme la bienvenida; comencé a hablarle casi sin darme cuenta de lo que decía, intentando que recobrase la serenidad. Sin embargo, hablé como un hermano podría hacerlo con una hermana, con espíritu grave, porque mi pecho estaba inundado de compasión.

—¡Oh, Benedicta! —exclamé—. Puedo leer en tu corazón, y veo que existe en él más amor por ese salvaje muchacho llamado Roque que por nuestro amado y santísimo Creador. Sé que eres capaz de soportar pacientemente infamias

y humillaciones, tranquila con el pensamiento de que ese joven sabe que eres inocente. En ningún momento he albergado el propósito de condenarte, pues, ¿es que hay algo más santo y puro que el amor de una joven muchacha? Lo único que pretendo es alertarte e impedir que le entregues tu corazón a alguien tan indigno de tenerlo.

Escuchó mis palabras sin levantar su cabeza

y sin hacer el menor comentario, aunque pude notar que suspiraba. Al ver que temblaba, continué:

–Benedicta, la pasión que inunda tu pecho podría llegar a acabar con tu vida presente y también con la venidera. Roque no es alguien dispuesto a casarse contigo ante Dios y ante los hombres. ¿Por qué no fue capaz de hacer frente a todos y salir en tu defensa cuando te acusaron injustamente?

–Él no estaba allí –contestó levantando su mirada hasta cruzarla con la mía–; se encontraba con su padre en Salzburgo. No supo nada de lo que había pasado hasta que se lo contaron.

¡Que Dios me perdone!, al escuchar aquellas palabras no me agradó que alguien excusara a Roque del grave pecado que le había imputado, y me quedé indeciso, con la cabeza gacha y en silencio.

–Pero Benedicta –proseguí–, ¿crees que él aceptaría desposar a una doncella cuya honra

ha sido mancillada en presencia de su propia familia y de sus vecinos? No; sin duda no te pretende con propósitos tan honorables. ¡Oh, mi querida joven!, confía en mí. ¿Es que no es verdad lo que digo?

Permaneció en silencio y no logré que dijese nada más. Se limitaba a temblar y suspirar;

parecía como si fuese incapaz de articular palabra. Comprendí que era demasiado frágil como para resistir la tentación de amar al joven Roque; es más, noté que le había entregado ya por completo su corazón, y mi espíritu, entristecido, sintió compasión y pesadumbre... compasión por ella, y pesadumbre por mí mismo, porque acababa de comprender que mis fuerzas no estaban a la altura del mandato que se me había impuesto. Mi sufrimiento era tal que casi no pude contener las lágrimas. Salí de la choza, pero no volví a la mía. Paseé errante por las hechizadas orillas del Lago Negro, sin dirección alguna.

Al pensar amargamente en mi fracaso y al

pedir a Dios que me diese fuerza y gracia mayores, me di cuenta de que me había convertido en un indigno discípulo del Señor, y en un deshonesto hijo de la Iglesia. Comprendí me-

jor que nunca la naturaleza terrena y la índole pecadora de mi amor por la doncella. Percibí que, en vez de darle por completo mi corazón a Dios, me agarraba a un espejismo temporal y humano. Con una lucidez inusitada, me resultó claro que, mientras el amor por la dulce niña no se transformase en un cariño completamente espiritual, purificado de cualquier sucia pasión, jamás podría recibir el orden sagrado, y tendría que conformarme con seguir siendo siempre un pobre monje pecador.

Aquellas meditaciones me atormentaron profundamente: me entregué a la desesperación y me dejé caer en el suelo invocando a gritos a mi Salvador. Aquélla fue la mayor prueba de mi vida, y agarrándome a la Cruz exclamé:

«¡Oh, Señor, sálvame! Me ciega una enorme pasión... ¡Sálvame, Señor, o moriré eternamen-

te!»

Durante toda la noche luché y supliqué, debatiéndome contra los espíritus malignos que, establecidos en mi espíritu, me atormentaban con la tentación de renegar de mi amada Iglesia, de la que siempre he sido un hijo fiel.

«La iglesia», susurraban a mi oído, «ya tiene demasiados servidores. Aún no te has atado definitivamente al celibato. No te resultaría difícil conseguir la dispensa de tus votos de monje; vivirías en las montañas como un laico más. Puedes aprender el oficio de pastor o cazador, y permanecer siempre al lado de la muchacha para protegerla, guiarla... y puede que llegado el momento seas capaz de conquistar el amor que le ha entregado ahora a Roque, y convertirla en tu esposa».

Luché contra aquellas tentaciones con mis escasas energías y con toda la ayuda que mi venerado Santo me concedió en esa terrible prueba. La batalla fue larga y agónica, y constantemente, en medio de aquella región

inhóspita donde mis gritos retumbaban entre las piedras, sentí el deseo de rendirme; sin embargo al amanecer me sentí más tranquilo, y una vez más la calma se adueñó de mi corazón. Como si fuese un reflejo de mi estado interior, la luz del sol inundó las terribles gargantas de la montaña, exactamente en el lugar donde unos minutos atrás reinaban la oscuridad y la niebla. Reflexioné sobre los sufrimientos y la pasión de nuestro Salvador, que entregó su vida para salvar al mundo, y con cristalino fervor le pedí al Cielo que me concediese el don de terminar mis días de un modo semejante, quizá con más humildad, aunque en mi caso fuese con la única intención de salvar, no al mundo, sino a esa criatura cuyo sufrimiento me angustiaba tanto: Benedicta. ¡Ojalá el Creador llegue a escuchar mis oraciones!

XXX

La noche anterior al domingo en que debía

realizar mis celebraciones religiosas se encendieron enormes hogueras en los riscos; para los jóvenes del valle era la señal que indicaba que podían subir a los caseríos. Acudieron en gran número, y fueron recibidos con músicas y gritos estridentes de las jóvenes doncellas de los caseríos, quienes, además, hacían girar antorchas para iluminar las grandes rocas y provocar tras ellas gigantescas sombras. Era un bello espectáculo, llevado a cabo por personas que, por cierto, eran generalmente muy felices. El joven del monasterio llegó junto con los otros. Permanecerá aquí el domingo y a su vuelta se llevará las raíces que he ido recogiendo. Me contó muchas de las novedades que habían tenido lugar en el monasterio. En

estos días, el reverendo Superior se encuentra en San Bartolomé, cazando y pescando. Otra de las novedades –que me produjo una considerable alarma– fue la de que el hijo del Administrador, el joven Roque, se encuentra en las montañas, no demasiado lejos del Lago

Negro. Tiene un pabellón de caza en el promontorio más alto y un sendero lo une directamente con el lago. El joven me dio aquella noticia sin darse cuenta de mi estremecimiento al oírla. ¡Quiera Dios que un ángel con su espada llameante vigile la senda que lleva hasta el lago y custodie a Benedicta!

Los gritos y la música duraron toda la noche, lo cual, unido a la agitación de mi alma, me impidió conciliar el sueño. Al día siguiente, muy temprano, jóvenes y doncellas llegaron por todos los caminos en grupos numerosos. Las muchachas llevaban pañuelos de seda

anudados graciosamente alrededor de la cabeza y habían recurrido a las flores para engalanarse y para adornar también a sus parejas.

Puesto que todavía no soy sacerdote, no puedo decir misa o predicar una homilía; pero recé por los fieles y les conté todo lo que mi dolorido corazón fue capaz de manifestar. Les hablé de nuestra naturaleza pecadora y de la infinita misericordia de Dios, del trato severo

que nos damos unos a otros, del amor que el Creador nos prodiga a todos y de Su sublime compasión. Conforme los ecos de mis palabras eran devueltos por el abismo inferior y las elevadas cimas, me pareció que me arrancaban de este mundo de penalidades sobre alas de ángeles, y me llevaban hasta las brillantes esferas que hay más allá del firmamento. Fue una celebración solemne; mis pocos fieles se encontraban concentrados en sus oraciones y

parecía que me encontraba en el sanctasanctórum.

Al acabar el acto, les otorgué la bendición y todos se fueron tranquilamente. No se habían alejado demasiado cuando escuché a los jóvenes proferir sus gritos atronadores, aunque no me importó. ¿Por qué no habrían de sentirse felices? ¿Es que la alegría no es la alabanza más pura que puede ofrecerle a Dios el corazón de un hombre?

Por la tarde me dirigí a la choza de Benedicta; se encontraba junto a la puerta confeccio-

nando una corona de *Edelweiss* para la imagen de la Virgen; para ello intercalaba entre las blancas flores pimpollos de un color rojo semejante a la sangre.

Me senté junto a ella y, en silencio, la miré mientras se entretenía en su delicada tarea, pero en mi alma había un confuso desorden de

emociones y una voz que clamaba:

—¡Benedicta, mi amor, alma mía, te amo más que a la vida! ¡Te quiero más que a todo cuanto existe en la tierra y en el Cielo!

XXXI

El Superior me mandó llamar y con un extraño presentimiento seguí a su mensajero a lo largo de la escarpada senda que lleva hasta el lago; allí volví a embarcar. Me encontraba sumido en sombrías meditaciones y premoniciones sobre una ominosa desgracia, y por eso casi no me di cuenta de que nos alejábamos de la orilla cuando el sonido de alegres gritos me hizo entender que habíamos llegado a San Bar-

tolomé. En el precioso prado que rodea la residencia del Superior se congregaba un sinfín de personas: Sacerdotes, frailes, cazadores y montañeses. Muchos habían llegado desde le-

janas comarcas, acompañados por nutridos séquitos de sirvientes y acompañantes. En la casa se notaba una intensa actividad, había también una gran confusión y se veía a todos ir en todas direcciones, sin sentido, moviéndose de un lugar a otro como si fuese una feria. Las puertas permanecían abiertas de par en par y las personas entraban y salían a toda velocidad, hablando a gritos. Los perros también ladraban y aullaban con toda la fuerza de que eran capaces. Bajo un roble había sido colocada una barrica de cerveza sobre un caballete, y a su alrededor se concentraban muchas personas deseosas de beber. Aparentemente, la bebida también corría en abundancia en el interior de la casa, ya que cerca de las ventanas pude ver a muchos hombres sujetando grandes copas en sus manos.

Al entrar, me tropecé con un enjambre de

criados que llevaban fuentes rebosantes de pescado y de piezas de caza. Le pregunté a uno de aquellos sirvientes cuándo podría ver al Superior. Me contestó que Su Reverencia bajaría justo después de la comida; decidí entonces que lo mejor sería esperarlo en la recepción. En las paredes de esta estancia había reproducciones de algunos peces gigantes capturados en el lago. Bajo cada uno de ellos se había inscrito en grandes letras el peso del monstruo y la fecha en que fue pescado, así como el nombre del pescador. No se me ocurrió otra posibilidad –quizá por mi espíritu caritativo– que pensar que aquellos nombres incitaban a los buenos cristianos a rezar por las almas de cuantos se exhibían en aquellas tablas.

Mi Superior apareció por la escalera una hora después. Acudí a su encuentro y lo saludé con absoluta humildad, propia de mi condición. Me contestó con un gesto de cabe-

za, después me taladró con su penetrante mirada y me indicó que debía presentarme en sus aposentos después de la cena. Eso fue lo que hice.

—¿Cómo se encuentra tu alma, Ambrosio, hijo mío? —me preguntó solemnemente—. ¿Te concedió el Señor Su gracia? ¿Lograste soportar con paciencia y resignación estos días de prueba?

Inclinando mi cabeza, contesté con sumisión:

—Muy Reverendo Padre, en aquellas montañas solitarias el Señor iluminó mi conocimiento.

—¿Respecto a tu culpa?

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó el Superior—. Estaba convencido, hijo mío, de que la soledad le hablaría a tu alma como si fuese un dulce ángel. Tengo buenas noticias para ti.

Hablé de ti en una de mis cartas al obispo de Salzburgo. Ha decidido que te traslades a su palacio. Te consagrará y te impondrá el sagra-

do orden personalmente; después te establecerás en su ciudad. Dispón tus cosas, porque dentro de tres días tendrás que dejarnos.

El Superior volvió a mirarme fijamente, pero no le dejé llegar hasta mi corazón. Le pedí que me bendijera, incliné la cabeza y me marché.

¡Ay, de modo que quería verme para esto! Debo irme para siempre. Tengo que dejar tras de mí lo que más deseo en el mundo; debo renunciar a la custodia de Benedicta. ¡Que Dios nos ampare a ambos!

XXXII

Me encuentro de nuevo en mi hogar montañés, aunque mañana debo abandonarlo definitivamente. Pero, ¿por qué me siento tan in-

feliz? ¿Es que no me espera la mayor de las alegrías? ¿Acaso no esperaba siempre con ansia el momento en que iba a ser consagrado sacerdote, convencido de que sería la mayor dicha de mi existencia? Y ahora en que el gozoso momento parece cercano, mi tristeza pa-

rece superar cualquier límite.

¿Es que puedo acercarme al altar de mi Salvador con una mentira en la boca? ¿Acaso puedo permitirme recibir el santo sacramento como un mentiroso? Cuando sea ungido con el santo óleo, mi frente arderá con un fuego, y el sagrado líquido me abrasará el cerebro y me condenará eternamente.

Debería arrodillarme ante el Obispo y pedirle: «Expulsadme, porque no persigo el amor de Cristo, ni fines santos y celestiales; persigo cosas que son de este mundo».

Si hablase de este modo sería inmediatamen-

te castigado, pero soportaría mi penitencia sin proferir una queja.

Si mi alma estuviese limpia de pecados y yo pudiera, en derecho, ordenarme sacerdote, podría serle muy útil a la desgraciada niña. Estaría en condiciones de poder darle infinitas bendiciones y palabras de consuelo. Sería su confesor y la absolvería de cualquier falta, y si viviese más que ella –¡Dios no lo quiera!–

podría incluso contribuir a redimirla del Purgatorio con mis oraciones. Podría también rezar misas por las almas de sus desgraciados padres, que ahora sufren las torturas infernales.

Sobre todo, si consiguiera salvarla de ese único y destructor pecado que secretamente desea cometer, y si pudiese cargarla conmigo y colocarla bajo tu protección, ¡oh, Santísima Madre de Dios!, eso sí que sería para mí la

mayor de las alegrías.

Pero, ¿qué santuario aceptaría a la hija de un verdugo? Sé perfectamente lo que ocurrirá: en cuanto me marche de esta región prevalecerá el Maligno bajo la victoriosa figura que ha elegido, y ella estará perdida en el tiempo y para siempre.

XXXIII

Fui a ver a Benedicta.

—Benedicta —le dije—, me voy de esta región..., debo abandonar las montañas..., y alejarme de

tu lado.

Empalideció, aunque sin decir nada. Por un momento le embriagó la emoción, ya que me pareció como si se sofocara, y no fui capaz de continuar. Pero logré recobrarle.

—¡Pobre muchacha! ¿Qué va a ser de ti? Sé que tu amor por Roque es profundo, y el amor

es como un torrente impetuoso al que nada logra detener. Tu única posibilidad de salvación es aferrarte a la cruz de nuestro Salvador.

Prométeme que lo harás..., no dejes que me vaya anonadado por el sufrimiento.

–De modo que, ¿soy tan depravada? –me preguntó sin levantar la mirada del suelo–.

¿Ni siquiera puede depositar su confianza en mí?

–¡Ah, Benedicta! El enemigo es muy poderoso, y tienes un traidor que abrirá los cerrojos de todas tus puertas en medio de la noche: tu corazón.

–Roque no me hará daño –susurró–. No hay duda de que usted está siendo injusto con él.

Yo sabía sin embargo que no estaba siendo injusto, y por eso me preocupaba más todavía saber que el lobo utilizaría las estratagemas del zorro. Ante la sagrada pureza de la niña,

las miserables pasiones de Roque aún no habían sido descubiertas. Pero yo sabía que habría de llegar el momento en que Benedicta necesitaría de todas sus fuerzas, y también sabía que en ese momento le fallarían. La cogí por el brazo y le pedí un juramento: que se arrojaría en medio del Lago Negro antes de hacerlo en los brazos de Roque. Pero se negó a contestarme. Permaneció en silencio, mirándome fijamente, con unos ojos tan llenos de tristeza y censura que mis pensamientos se perdieron por los más sombríos derroteros. Entonces, volviéndole la espalda, me alejé de su lado.

XXXIV

¡Oh, Dios mío, Salvador de mi espíritu!, ¿hasta dónde me has llevado? Me encuentro en la torre de los convictos; soy un asesino condenado, ¡y mañana al amanecer me conducirán

al patíbulo para ahorcarme! Quien le arrebató la vida a otro hombre será privado de la existencia: ésa es la ley de Dios y de los hombres.

En el que habrá de ser mi último día en la tierra, he pedido que se me permita escribir y me ha sido concedido. En nombre del Señor y de la verdad, contaré cuanto ocurrió.

Después de apartarme del lado de Benedicta, volví a mi cabaña. Preparé mis cosas y me dispuse a esperar la llegada de mi joven guía. Pero no apareció, de modo que habría de pasar una noche más en las montañas. Poco a poco me fue invadiendo el desasosiego. La propia choza me parecía ahora demasiado estrecha, con un aire excesivamente cálido y pesado para poder respirarlo. Salí afuera, me tumbé sobre una roca y contemplé el firmamento, oscuro pero reluciente de estrellas. Mi alma, sin embargo, no se encontraba en aquel cielo, sino en la cabaña que había a orillas del Lago Negro.

Repentinamente escuché un grito, débil y lejano, que parecía provenir de una garganta humana. Me senté a escuchar, pero sólo oí el más absoluto silencio. Pensé que probablemente habría sido el canto de algún ave nocturna. Iba a tumbarme de nuevo cuando se repitió el grito, aunque en esta ocasión parecía provenir de otra dirección. ¡Era la voz de Benedicta! Volví a escucharlo, y en ese instante tuve la impresión de que brotaba del aire... del cielo, encima de mi cabeza; pronunciaba mi nombre claramente; pero, ¡oh, Madre del Cielo!, ¡qué angustia había en su voz!

Me incorporé de un salto, gritando:

—¡Benedicta!, ¡Benedicta! —pero no tuve respuesta.

—¡Benedicta, corro hacia ti! —grité de nuevo—.

¡No desesperes, hija mía!

Me adentré velozmente en la oscuridad si-

guiendo el camino que conducía hasta el Lago Negro. Corría a trompicones y saltaba, tropezando y cayendo a veces sobre piedras y raíces

de árboles. Mis brazos y piernas estaban heridos, mis ropas rasgadas, pero no pensaba en ello. Benedicta estaba en un apuro, y yo era el único que podía protegerla. Me lancé energicamente hacia delante hasta llegar al Lago Negro. Pero en la choza todo parecía tranquilo; no había luz ni tampoco ruido. Su aspecto era tan tranquilo como el de un santuario de Dios. Después de esperar durante un buen rato, me fui. La voz que había escuchado no podía ser la de Benedicta; evidentemente se trataba de algún espíritu perverso que se reía de mi infinita tristeza. Me dispuse a regresar a mi choza, aunque una mano invisible me guió en otra dirección y, aunque me llevó hasta la perdición, no me cabe la menor duda de que fue

la mano de Dios.

Continué caminando sin saber la dirección que llevaba, y como no logré encontrar la senda que me había llevado hasta allí, me encontré de repente al pie de un abismo. De ese punto partía un estrecho y escarpado sendero

que ascendía por la ladera del promontorio, y que comencé a subir. Después de recorrer alguna distancia miré hacia arriba y distinguí, recortada contra el cielo alumbrado de estrellas, una choza levantada en el borde mismo del precipicio. Una inesperada revelación me hizo comprender que aquel era el pabellón de caza de Roque, y que aquella senda era el camino que utilizaba para ir a ver a Benedicta.

¡Dios de Misericordia!, no había duda de que el hijo del Administrador utilizaba aquella ruta, no podía haber otra. Lo esperaba en ese punto.

Me escondí en la sombra y esperé mientras reflexionaba en lo que podría decirle, y le rezaba al Señor pidiéndole inspiración para poder cambiar su corazón hasta el punto de alejarlo de su desdichado destino.

No había pasado mucho tiempo cuando vi que el joven comenzaba a descender. Las piedras que sus pies arrastraban al caminar rodaban por las empinadas laderas y caían con un

distante murmullo mucho más abajo, en el lago. Le pedí a Dios que si no lograba yo calmar su corazón, que al menos perdiera pie en aquel descenso y siguiera el camino de aquellas piedrecillas; era mejor enfrentar una muerte repentina y sin penitencia, y que su espíritu se condenase, antes que dejarle vivir lo suficiente como para destruir el alma de una niña inocente.

Después de aparecer por un recodo del sen-

dero se acercó en mi dirección. Me incorporé y me adelanté bajo la débil luz de la luna. Me reconoció inmediatamente y con su voz soberbia y despectiva me pregunto qué es lo que quería.

Le contesté en tono conciliador, explicándole el motivo por el que le cerraba el paso, y le pedí que volviera por donde había venido. Me insultó y se rió de mí.

–Maldito aprendiz de santurrón –se mofó–, ¿no vas a dejar nunca de meterte en mis asuntos? Sólo porque las jóvenes montañesas son

tan necias como para admirar tus dientes blancos y tus grandes ojos negros, ¿crees ya que no eres un monje, sino un hombre? ¡Para cualquier mujer vales menos que una cabra!

Le supliqué que depusiera su actitud y me escuchara. Me hincué de rodillas incluso y le pedí que, aunque me despreciase a mí y a mi

humilde aunque sagrada condición, respetara y preservara al menos a Benedicta. Pero me echó a un lado, colocando su bota sobre mi pecho. Incapaz de contenerme por más tiempo, me levanté y, de pie ante él, le dije que era un asesino y un canalla.

Por toda respuesta extrajo un puñal de su cinto y gritó:

—¡Estúpido, voy a mandarte al infierno!

Con la velocidad de un rayo mi mano aferró su muñeca. Logré arrebatarle el arma y la arrojé detrás de mí, mientras exclamaba:

—¡No peleemos con armas, sino desarmados, y en las mismas condiciones! ¡Lucharemos a muerte y será el propio Dios quien decida!

Nos abalanzamos el uno sobre el otro con la rabia de dos animales salvajes, y enseguida quedamos enredados con brazos y manos.

Rodamos sendero arriba y sendero abajo, aje-

nos a la existencia tanto del muro rocoso que
teníamos a un lado, ¡como del precipicio
abismal que teníamos al otro, y que conducía
directamente hasta las aguas del Lago Negro!
Forcejamos y luchamos intentado conseguir
alguna ventaja, pero el Señor parecía estar
contra mí porque permitió que mi contrincan-
te me superara y me lanzara al suelo justo al
borde del abismo. Me encontraba a merced de
un fornido enemigo cuyos ojos brillaban como
dos ascuas. Su rodilla aprisionaba mi pecho y
mi cabeza colgaba sobre el abismo..., mi vida
estaba en sus manos. Pensé que me dejaría ca-
er, pero no lo hizo. Me mantuvo allí, entre la
vida y la muerte, durante un horrible instante;
entonces me dijo en un susurro siseante:
—Ya ves, monje, que con un solo movimiento.
podría tirarte a la sima como si fueses una
piedra. Pero de nada me sirve quitarte la vida,

porque en el fondo no eres ningún obstáculo para mí. Quiero que entiendas que esa joven es mía, ¿está claro?

Con esas palabras se levantó y dejó que me marchase, mientras comenzaba a descender por el sendero que conducía hasta el lago. Sólo mucho después de que se disipara el sonido de sus pasos fui capaz de moverme. ¡Dios Todopoderoso! No creo que mereciese una derrota y un sufrimiento tan humillantes. Lo único que pretendía era salvar un alma; el Cielo, sin embargo, permitió que me dominase justamente aquel que iba a destruirla.

Finalmente logré incorporarme, aunque ello me provocó agudos dolores por las heridas que me había hecho en la caída y porque todavía notaba sobre mi pecho la rodilla del airado joven y sus manos de hierro en mi garganta. Inicé trabajosamente el descenso, a través del sendero que conducía hasta el lago. A pesar de mis magulladuras volvería nueva-

mente hasta la cabaña de Benedicta y me situaría otra vez entre ella y el peligro. Pero avanzaba casi arrastrándome y muchas veces tenía que pararme para descansar. Ya casi había amanecido cuando renuncié al sacrificio, convencido de que era demasiado tarde para hacerle a la desdichada niña el pobre servicio de mi defensa, con lo poco que me quedaba de energía.

Al amanecer oí a Roque que regresaba, mientras entonaba una alegre canción. Me escondí detrás de una roca, aunque no tenía miedo, y pasó sin notar siquiera mi presencia.

En aquel punto había una imperfección en la pared del acantilado; el sendero pasaba junto a una enorme grieta que atravesaba la montaña como si un Titán le hubiese asestado un espadazo. Al fondo, cubierto de cantos rodados, crecían numerosas zarzas y arbustos, de en

medio de los cuales brotaba un pequeño curso de agua provocado por el deshielo de las cumbres nevadas. Fue allí donde permanecí

durante tres días y dos noches. Pude oír al joven del monasterio mientras me llamaba a gritos por el sendero, buscándome, pero no contesté. Ni una sola vez me permití siquiera calmar mi terrible sed en aquel arroyuelo, ni sacié mi hambre con las zarzamoras que proliferaban por allí. Así fue como mortifiqué mi espíritu pecador, acabando con mi rebelde naturaleza y sometí mi alma al Señor, hasta que finalmente me sentí libre de todo mal, ajeno a la esclavitud del amor terrenal y preparado para consagrar mi corazón, mi vida y mi alma a una sola mujer: ¡Tú, Santísima Virgen!

El Señor fue quien permitió ese milagro y mi espíritu se sentía tan leve y libre como si unas alas me estuviesen llevando en volandas hasta

el Cielo. Alabé al Señor en voz alta, gritando y alegrándome hasta que el sonido tronó en medio de los riscos. No cesaba de exclamar:

«¡Hosanna!, ¡Hosanna!» Finalmente estaba listo para presentarme ante el altar y para que mi cabeza fuese honrada con el óleo bendito. Ya

no era el mismo. Ambrosio, el miserable monje confuso, había muerto para siempre. Ahora me había transformado en un instrumento, en la mano derecha de Dios, preparada para ejecutar Su venerable voluntad. Elevé mis oraciones pidiendo que fuese liberada el alma de la hermosa joven, y mientras oraba, ¡oh, qué milagro!, apareció delante de mí el Cielo en toda su gloria y esplendor, y el propio Dios, rodeado por infinidad de ángeles que llenaban la mitad del firmamento. Un éxtasis sublime cegó mis sentidos, y enmudecí de júbilo. Con una sonrisa de indescriptible bondad, el Señor

me dijo:

–Ya que has sido leal a la confianza que deposité en ti y no dudaste a pesar de las pruebas a que te sometí, dejo ahora en tus manos la salvación del alma de esa inocente criatura.

–Tú sabes, oh Señor –contesté–, que no tengo medios para cumplir esa labor, y que tampoco sé, del mismo modo, cómo llevarla a cabo.

El Señor Todopoderoso mandó que me in-

corporase y comenzara a caminar. Obedecí; alejé la mirada de la gloriosa Presencia que inundaba con su luz el centro de la hendida montaña, y me aparté del escenario en que tuvo lugar mi purificación, reemprendiendo el camino por el sendero que llevaba hasta la pared frontal del acantilado. Comencé a ascender, sin parar de caminar, rodeado por el esplendor del ocaso que brillaba en las nubes carmesíes.

Entonces, repentinamente, sentí el impulso de pararme y mirar hacia el suelo. A mis pies, brillando como una tea roja bajo las encendidas nubes, como si estuviese manchado de sangre, se encontraba la daga de Roque. En ese preciso momento comprendí por qué el Señor había tolerado que ese depravado muchacho me sometiera, induciéndolo al mismo tiempo a perdonarme la vida. Había sido reservado para llevar a cabo una tarea más elevada. De ese modo acabó en mis manos el instrumento necesario para llevar a cabo tan sagrado de-

signio. ¡Ah, gran Dios, cuán inescrutables son Tus intenciones!

XXXV

«Quiero que entiendas que esa joven es mía».

Ésas habían sido las palabras del miserable jo-

ven mientras me sostenía entre la vida y la muerte al borde del abismo. Me dejó vivir, pero no lo hizo por cristiana misericordia, sino porque despreciaba mi existencia, algo tan insignificante para él que ni siquiera merecía la pena acabar con ella. Estaba convencido de su victoria, y por eso no le importaba si yo vivía o moría.

«Quiero que entiendas que esa joven es mía».

¡Oh, estúpido orgulloso! ¿Es que no sabes que el Señor extiende Su mano protectora sobre las flores del campo y sobre los polluelos en sus nidos? ¿Benedicta... tuya? ¿Y dejar que acabes de esa forma con su cuerpo y con su espíritu?

¡Desdichado!, ya te darás cuenta de cómo la mano del Todopoderoso también se extiende sobre ella y la protege. Aún queda tiempo..., esa alma sigue aún inmaculada e inocente.

¡Vayamos ahora, entonces, a cumplir las órde-

nes del Altísimo!

Me arrodillé en el lugar en que el Señor había colocado en mis manos el instrumento con el que habría de liberar a la doncella. Mi espíritu estaba completamente absorto en la misión que me había sido confiada. El éxtasis más sublime me embriagaba y pude presenciar con absoluta claridad, como si fuese una inesperada revelación, el cumplimiento triunfal del acto que aún no había realizado.

Me levanté, escondí la daga entre mis ropas, desandé mis pasos y comencé a descender por el sendero que conducía hasta el Lago Negro. La luna creciente semejaba una herida divina en el oscuro firmamento. Parecía como si alguna mano hubiese hundido un puñal en el sagrado pecho del Cielo.

La puerta de la cabaña de Benedicta estaba abierta de par en par y permanecí fuera largo rato, deleitándome con la hermosa visión que tenía frente a mí. La estancia se encontraba

iluminada por el brillante fuego de la chime-

nea. Frente a él estaba sentada Benedicta, peinando su larga y dorada cabellera. Su rostro había cambiado respecto a la última vez que la vi, y ahora resplandecía de felicidad con una dicha tan intensa que jamás me hubiese imaginado que pudiese alcanzar aquel aspecto.

Una sonrisa sensual flotaba en sus labios mientras susurraba en voz baja y melodiosa una romántica canción popular. ¡Ah, mísero de mí!, era tan bella que parecía una desposada del Cielo. Pero su voz, a pesar de ser angelical, tuvo el efecto de irritarme, y grité en voz alta:

—¿Qué es lo que estás haciendo, Benedicta, a estas horas de la noche? Tarareas esa melodía como si estuvieses esperando a tu amante y te peinas el cabello como si te preparases para acudir a un baile. Casi no han pasado tres días

desde que yo, tu único hermano y amigo, te dejé sumida en la más profunda congoja y en la desesperación. Y ahora estás tan radiante como una novia.

Se levantó rápidamente mostrando la alegría que sentía al verme de nuevo, y se precipitó a besarme las manos. ¡Pero, en cuanto le echó un vistazo a mi rostro, lanzó un grito de terror y se alejó de mí como si yo fuese un demonio surgido del Infierno!

Me acerqué hasta ella y le pregunté:

—¿Para qué te acicalas en medio de la noche?... ¿qué es lo que te hace sentir tan alegre?

¿Apenas tres días han sido suficientes para que cayeras en la tentación? ¿Te has convertido en la amante de Roque?

Permaneció inmóvil, aterrada. Entonces me dijo:

—¡Ay, señor!, ¿qué pasa? ¿Dónde ha estado

estos días, y para qué ha venido aquí ahora?
¡Parece gravemente enfermo! Siéntese, se lo
ruego, y descanse un poco. Su cara está muy
pálida, y está temblando de frío. Le prepararé
una bebida caliente y se encontrará mejor.
Pero mi sobria mirada la hizo callarse de
nuevo.

—No he venido para descansar ni para que
me cuides —contesté—. Lo he hecho porque el
Señor me lo ha mandado. Dime ahora por qué
cantabas.

Levantó su mirada con la inocente expresión
de un niño, y replicó:

—Porque durante unos momentos me olvidé
de que usted está a punto de partir, y me sent-
ía contenta.

—¿Contenta?

—Sí..., no hace mucho que estuvo aquí.

—¿De quién hablas... de Roque?

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza.
–Es muy bueno –aseguró–. Piensa pedirle a su padre que acceda a conocerme; puede que le pida también que me admita en su gran mansión, y también convencerá al Reverendo Superior para que suprima la maldición que pesa sobre mi existencia. ¿No sería maravilloso? Aunque puede que entonces – añadió con un inesperado cambio de voz y de conducta– quizá usted ya no se preocupará

por mí. Ahora lo hace porque soy pobre y no tengo ningún amigo.

–¿De qué estás hablando? ¿Convencer a su padre para que te acoja?... ¿que te reciba en su casa... a ti, la hija del verdugo? ¡Él, ese joven canalla que vive en guerra con el Señor y con sus ministros, conseguirá que la Iglesia acabe con su rigor! ¡Falso, falso, falso! ¡Oh, Benedicta... confusa y perdida Benedicta! Tus

lágrimas y sonrisas me demuestran que crees en las infames promesas de ese miserable villano.

–Sí –reconoció ella, inclinando su cabeza como si estuviese haciendo profesión de fe en la Iglesia–. Le creo.

–¡Entonces ponte de rodillas –grité–, y da gracias a Dios por haber enviado a uno de Sus mensajeros para salvar tu alma de la más completa perdición!

Al escuchar estas palabras se estremeció como sacudida por un infinito pavor.

–¿Qué quiere que haga? –preguntó temblo-

rosa. –Que reces para que te sean perdonados tus pecados. Un repentino y arrebatador impulso se adueñó de mi alma.

–Soy un sacerdote –agregué–, ungido y ordenado por el propio Dios, y en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo te perdono

de tu único pecado: tu pasión. Te absuelvo incluso aunque no te arrepientas de él. Limpio así tu espíritu de cualquier mancha de pecado, porque además lo pagarás— con tu sangre y con tu vida.

Al pronunciar aquellas palabras, la sujeté y la obligué a arrodillarse en el suelo. Pero ella deseaba vivir: gimió y sollozó. Se agarró a mis rodillas y me pidió y suplicó en nombre de Dios y de Su Santísima Madre. Después se levantó e intentó huir. Volví a aferrarla, pero se libró de mis brazos y corrió hacia la puerta abierta, gritando:

—¡Roque, Roque! ¡Socorro!

Me abalancé sobre ella y, agarrándola por el hombro, la hice girarse en redondo y le hundí

la daga en el pecho.

La sujeté en mis brazos, apretándola contra mi corazón mientras sentía su sangre caliente

sobre mi cuerpo. Abrió los ojos y me dirigió una mirada de reproche, como si le hubiese robado una vida llena de felicidad.

Después sus ojos se fueron cerrando lentamente, exhaló un largo y débil suspiro e, inclinando su hermosa cabecita sobre el hombro, expiró.

Envolví su precioso cuerpo en un paño blanco, dejándole la cara al descubierto, y lo deposité en el suelo. Pero la sangre manchó la tela, de forma que separé en dos grandes mechones su larga y dorada cabellera, y la esparcí sobre las rosas rojas que ahora florecían en su pecho.

La había transformado en la desposada del Cielo. Cogí entonces la corona de *Edelweiss* que había colocado frente a la imagen de la Virgen, y se la coloqué sobre la frente. En ese instante recordé aquel ramillete que me había regalado para reconfortarme, cuando me en-

contraba en mi celda.

Después avivé el fuego, que lanzó sobre su figura amortajada y sobre su bello rostro una intensa luz púrpura, como si la gloria de Dios se hiciese presente para envolverla en aquella hora. El resplandor la bañaba y se mezclaba con las doradas trenzas extendidas sobre su pecho, convirtiéndolas en una masa de llamas danzarinas.

XXXVI

Bajé de la montaña por empinados atajos, pero como el propio Dios guió mis pasos no me tropecé una sola vez, ni me precipité por el abismo. Amanecía ya cuando finalmente llegué al monasterio. Hice sonar la campana y aguardé a que abrieran el portal. Evidentemente, el hermano que me abrió pensó que yo era el diablo, porque lanzó un alarido que consiguió despertar a la comunidad entera. Me dirigí directamente hasta los aposentos del

Superior y permanecí en pie a su lado. Con

mis ropas todavía bañadas en sangre le expliqué la tarea que me había encomendado el Señor y le dije que ahora ya era un sacerdote ordenado. Como respuesta me detuvieron, me encerraron en la torre, formaron un tribunal y me condenaron a muerte... ¡a muerte, como si fuese un vulgar asesino! ¡Ah, necios..., pobres y locos necios!

Hoy una persona acudió a visitarme a mi mazmorra. Se arrodilló frente a mí y besó mis manos por ser el instrumento elegido por Dios... Se trataba de Amelia, la joven morena. Parece que ella fue la única que entendió lo noble y glorioso de mi acto.

Le pedí a Amelia que espantara a los buitres de mi cuerpo, ya que Benedicta se encontraba en el Cielo.

Enseguida me uniré a ella. ¡Lado sea el Se-

ñor! ¡Hosanna! ¡Amén!

A este antiguo manuscrito se le añadieron los siguientes párrafos, escritos por otra mano:

En el día quince del mes de octubre del año de nuestro Señor de 1680, y en este lugar, fue ahorcado el hermano Ambrosio. A la mañana siguiente enterraron su cuerpo bajo el patíbulo, al lado de la tumba de la joven Benedicta, a la que él asesinó. Conocida como la hija del verdugo, esa tal Benedicta era –tal y como se ha podido saber ahora gracias a las declaraciones del joven Roque– la hija ilegítima del Administrador y la esposa del verdugo. El propio joven asegura vehementemente que la doncella alimentaba una pasión secreta y prohibida, precisamente por el hombre que la mató, sin saber que ella le amaba. En todo lo

restante, el hermano Ambrosio fue un digno
servidor del Señor. ¡Rezad por él! ¡Pedid que
la misericordia del Todopoderoso se apiade de
su espíritu!

¿PUEDE SUCEDER ESTO?

LA MUERTE DE HALPIN FRAYSER

(The death of Halpin Frayser)

I

Porque la muerte provoca cambios más importantes de lo que comúnmente se cree.

Aunque, en general, es el espíritu el que, tras desaparecer, suele volver y es en ocasiones contemplado por los vivos (encarnado en el mismo cuerpo que poseía en vida), también ha ocurrido que el cuerpo haya andado errante sin el espíritu. Quienes han sobrevivido a tales encuentros manifiestan que esas macabras criaturas carecen de todo sentimiento natural, y de su recuerdo, a excepción del odio. Asimismo, se sabe de algunos espíritus que, habiendo sido benignos en vida, se transforman en malignos después de la muerte. –Hali.

Una oscura noche de verano, un hombre que dormía en un bosque despertó de un sueño del que no recordaba nada. Levantó la cabeza y, después de fijar la mirada durante un rato

en la oscuridad que le rodeaba, dijo: «Catherine Larue». No agregó nada más; ni siquiera sabía por qué había dicho eso.

El hombre se llamaba Halpin Frayser. Vivía en Santa Helena, pero su paradero actual es desconocido, pues ha muerto. Quien tiene el hábito de dormir en los bosques sin otra cosa bajo su cuerpo que hojarasca y tierra húmeda, arropado únicamente por las ramas de las que han caído las hojas y el cielo del que la tierra procede, no puede esperar vivir muchos años, y Frayser ya había cumplido los treinta y dos. Hay personas en este mundo, millones, y con mucho las mejores, que consideran tal edad como avanzada: son los niños. Para quienes contemplan el periplo vital desde el puerto de partida, la nave que ha recorrido una distancia considerable parece muy próxima a la otra orilla. Con todo, no está claro que Halpin Frayser muriera por estar a la intemperie.

Había pasado todo el día buscando palomas

y caza por el estilo en las colinas que hay al

oeste del valle de Napa. Avanzada la tarde, el cielo se cubrió y Frayser no supo orientarse.

Aunque lo más apropiado hubiera sido descender, como todo el que se pierde sabe, la ausencia de senderos se lo impidió y la noche le sorprendió en el bosque. Incapaz de abrirse camino en la oscuridad a través de las matas de *manzanita* y otras plantas silvestres, confuso y rendido por el cansancio, se echó debajo de un gran madroño donde el sueño le invadió rápidamente. Sería horas más tarde, justo en la mitad de la noche, cuando uno de los misteriosos mensajeros divinos que se dirigía hacia el oeste por la línea del alba, abandonaría las filas de las nutridas huestes celestiales y pronunciaría en el oído del durmiente la palabra que le haría incorporarse y nombrar, sin saber por qué, a alguien que no conocía.

Halpin Frayser no tenía mucho de filósofo ni de hombre de ciencia. El hecho de que al despertar de un profundo sueño hubiera pronunciado un nombre desconocido, del que apenas

se acordaba, no le resultó lo bastante curioso para analizarlo. Le pareció, eso sí, extraño y, tras un ligero escalofrío, en atención a la extendida opinión del momento sobre la frialdad de las noches, se acurrucó de nuevo y se volvió a dormir; pero esta vez su sueño sí iba a ser recordado.

Soñó que iba por un camino polvoriento cuya blancura resaltaba en la oscuridad de una noche de verano. No sabía de dónde venía aquel camino ni adónde iba, ni tampoco por qué lo recorría, pero todo parecía de lo más normal y natural, como suele ocurrir en los sueños: en el país que hay más allá del lecho las sorpresas no turban y la razón descansa.

Enseguida llegó a una bifurcación: del primer camino partía otro que parecía intransitado desde hacía tiempo porque, en opinión de Frayser, debía conducir a algún lugar maldito. Empujado por una imperiosa necesidad, y sin la menor vacilación, lo siguió.

Según avanzaba, llegó a la conclusión de que

por allí rondaban criaturas invisibles cuyas formas no conseguía adivinar. Unos murmullos entrecortados e incoherentes, que a pesar de ser emitidos en una lengua extraña Frayser comprendió en parte, surgieron de los árboles laterales. Parecían fragmentos de una monstruosa conjura contra su cuerpo y su alma.

Aunque ya estaba muy avanzada la noche, el bosque interminable se encontraba bañado por una luz trémula que, al no tener punto de difusión, no proyectaba sombras. Un charco formado en la rodada de una carreta emitía un

reflejo carmesí que llamó *su* atención. Se agachó y hundió la mano en él. Al sacarla, sus dedos estaban manchados. ¡Era sangre! Sangre que, como pudo observar entonces, le rodeaba por todas partes: los helechos que bordeaban profusamente el camino mostraban gotas y salpicaduras sobre sus grandes hojas; la tierra seca que delimitaba las rodadas parecía haber sido rociada por una lluvia roja. Sobre los troncos de los árboles había grandes manchas

de aquel color inconfundible, y la sangre goteaba de sus hojas como si fuera rocío.

Frayser contemplaba todo esto con un temor que no parecía incompatible con la satisfacción de un deseo natural. Era como si todo aquello se debiera a la expiación de un crimen que no podía recordar, pero de cuya culpabilidad era consciente. Y este sentimiento acrecentaba el horror de las amenazas y misterios que le ro-

deaban. Pasó revista a su vida para evocar el momento de su pecado, pero todo fue en vano. En su cabeza se entremezclaron confusamente imágenes de escenas y acontecimientos, pero no consiguió vislumbrar por ningún lado lo que tan ansiosamente buscaba. Este fracaso aumentó su espanto; se sentía como el que asesina en la oscuridad sin saber a quién ni por qué. Tan horrorosa era la situación —la misteriosa luz alumbraba con un fulgor amenazador tan terrible, tan silencioso; las plantas malignas, los árboles, a los que la tradición popular atribuye un carácter melancólico y

sombrío, se confabulaban tan abiertamente contra su sosiego; por todas partes surgían murmullos tan sobrecogedores y lamentos de criaturas tan manifiestamente ultraterrenas— que no la pudo soportar por más tiempo y, haciendo un gran esfuerzo por romper el ma-

ligno hechizo que condenaba sus facultades al silencio y la inactividad, lanzó un grito con toda la fuerza de sus pulmones. Su voz se deshizo en una multitud de sonidos extraños y fue perdiéndose por los confines del bosque hasta apagarse. Entonces todo volvió a ser como antes. Pero había iniciado la resistencia y se sentía con ánimos para proseguirla.

–No voy a someterme sin ser escuchado –dijo–. Puede que también haya poderes no malignos transitando por este maldito camino.

Les dejaré una nota con una súplica. Voy a relatar los agravios y persecuciones que yo, un indefenso mortal, un penitente, un poeta inofensivo, estoy sufriendo. Halpin Frayser era poeta del mismo modo que penitente, sólo en

sueños.

Sacó del bolsillo un pequeño cuaderno rojo con pastas de piel, la mitad del cual dedicaba a

anotaciones, pero se dio cuenta de que no tenía con qué escribir. Arrancó una ramita de un arbusto y, tras mojarla en un charco de sangre, comenzó a escribir con rapidez. Apenas había rozado el papel con la punta de la rama, una sorda y salvaje carcajada estalló en la distancia y fue aumentando mientras parecía acercarse; era una risa inhumana, sin alma, tétrica, como el grito del colimbo solitario a media noche al borde de un lago; una risa que concluyó en un aullido espantoso en sus mismos oídos y que se fue desvaneciendo lentamente, como si el maldito ser que la había producido se hubiera retirado de nuevo al mundo del que procedía. Pero Frayser sabía que no era así: aquella criatura no se había movido y estaba muy cerca. Una extraña sensación comenzó a apoderarse lentamente tanto de su cuerpo como de su espíritu. No podía asegurar qué sentido, de ser

alguno, era el afectado; era como una intuición, como una extraña certeza de que algo abrumador, malvado y sobrenatural, distinto de las criaturas que le rondaban y superior a ellas en poder, estaba presente. Sabía que era aquello lo que había lanzado esa cruel carcajada, y ahora se aproximaba; pero desconocía por dónde y no se atrevía a hacer conjeturas. Sus miedos iniciales habían desaparecido y se habían fundido con el inmenso pavor del que era presa. A esto se añadía una única preocupación: completar su súplica dirigida a los poderes benéficos que, al cruzar el bosque hechizado, podrían rescatarle si se le negaba la bendición de ser aniquilado. Escribía con una rapidez inusitada y la sangre de la improvisada pluma parecía no agotarse. Pero en medio de una frase sus manos se negaron a continuar, sus brazos se paralizaron y el cuaderno cayó al suelo. Impotente para moverse o gritar, se encontró contemplando el rostro cansado y maci-

lento de su madre que, con los ojos de la

muerte, se erguía pálida y silenciosa en su mortaja.

II

En su juventud, Halpin Frayser había vivido con sus padres en Nashville, Tennessee. Los Frayser tenían una posición acomodada en la sociedad que había sobrevivido al desastre de la guerra civil. Sus hijos habían tenido las oportunidades sociales y educativas propias de su época y posición, y habían desarrollado unas formas educadas y unas mentes cultivadas. Halpin, que era el más joven y enclenque, estaba un poquito mimado; en él se hacía patente la doble desventaja del mimo materno y de la falta de atención paterna. Frayser *père* era lo que todo sureño de buena posición debe ser: un político. Su país, o mejor dicho, su región y

su estado le llevaban tanto tiempo y le exigían una atención tan especial que sólo podía prestar a su familia unos oídos algo sordos a causa del clamor y del griterío, incluido el suyo,

de los líderes políticos.

El joven Halpin era un muchacho soñador, indolente y bastante sentimental, más amigo de la literatura que de las leyes, profesión para la que había sido educado. Aquellos parientes suyos que creían en las modernas teorías de la herencia veían en el muchacho al difunto Myron Bayne, su bisabuelo materno, quien de ese modo volvía a recibir los rayos de la luna, astro por cuya influencia Bayne llegó a ser un poeta de reconocida valía en la época colonial. Aunque no siempre se observaba, sí era digno de observación el hecho de no considerar un verdadero Frayser a aquél que no poseyera con orgullo una suntuosa copia de las obras

poéticas de su antecesor (editadas por la familia y retiradas hacía tiempo de un mercado no muy favorable); sin embargo, y de forma incomprensible, la disposición a honrar al ilustre difunto en la persona de su sucesor espiritual era más bien escasa: Halpin era considerado la oveja negra que podía deshonar a todo el re-

baño en cualquier momento poniéndose a bailar en verso. Los Frayser de Tennessee eran gente práctica, no en el sentido popular de dedicarse a tareas orientadas por la ambición, sino en el de despreciar aquellas cualidades que apartan a un hombre de la beneficiosa vocación política.

Para hacer justicia al joven Halpin, hay que confesar que, aunque él encarnaba fielmente la mayoría de las características mentales y morales atribuidas por la tradición histórica y familiar al famoso bardo colonial, sólo se le con-

sideraba depositario del don y arte divino por pura deducción. No sólo no había cortejado jamás a la musa sino que, a decir verdad, habría sido incapaz de escribir correctamente un verso para escapar a la muerte. Sin embargo nadie sabía cuándo esa dormida facultad podría despertar y hacerle tañer la lira.

Mientras tanto, el muchacho resultaba bastante inútil. Entre él y su madre existía una gran comprensión, pues la señora era, en se-

creto, una ferviente discípula de su abuelo; pero, con el tacto digno de elogio en personas de su sexo (algunos calumniadores prefieren llamarlo astucia), siempre había procurado ocultar su afición a todos menos a aquél que la compartía. Este delito común constituía un lazo más entre ellos. Si bien es cierto que en su infancia Halpin era un mimado de su madre, hay que decir que él había hecho todo lo posi-

ble porque así fuera. A medida que se acercaba al grado de virilidad característico del sueño, a quien le da igual la marcha de las elecciones, la relación con su hermosa madre —a quien desde niño llamaba Katy— se fue haciendo más fuerte y tierna cada año. En esas dos naturalezas románticas se manifestaba de un modo especial un fenómeno a veces olvidado: el predominio del elemento sexual en las relaciones humanas, que refuerza, embellece y dulcifica todos los lazos, incluso los consanguíneos. Eran tan inseparables que quienes no los conocían, al observar su comportamiento, los tomaban a menudo por enamorados.

Un día, Halpin Frayser entró en el tocador de su madre, la besó en la frente y, después de jugar con un rizo de su pelo negro que había escapado de las horquillas, dijo, intentando aparentar tranquilidad:

–¿Te importaría mucho, Katy, si me fuera a California por unas semanas?

Era innecesario que Katy contestara con los labios a una pregunta para la que sus delatoras mejillas habían dado ya una respuesta inmediata. Evidentemente le importaba y las lágrimas que brotaron de sus grandes ojos marrones así lo indicaban.

–Hijo mío –dijo mirándole con infinita ternura–, debería haber adivinado que esto ocurriría. Anoche me pasé horas y horas en vela, llorando, porque el abuelo se me apareció en sueños y, en pie, tan joven y guapo como en su retrato, señaló al tuyo en la misma pared.

Cuando lo miré, no pude ver tus facciones: tu cara estaba cubierta con un paño como el que

se pone a los muertos. Tu padre, cuando se lo he contado, se ha reído de mí; pero, querido, tú y yo sabemos que tales sueños no ocurren

porque sí. Se veían, por debajo del paño, las marcas de unos dedos sobre tu garganta. Perdona, pero no estamos acostumbrados a ocultarnos tales cosas. A lo mejor tú le das otra interpretación. Quizá significa que no debes ir a California. O tal vez que debes llevarme contigo.

Hay que decir, a la luz de una prueba recién descubierta, que esta ingeniosa interpretación no fue completamente aceptada por la mente, más lógica, del joven. Por un momento tuvo el presentimiento de que aquel sueño presagiaba una calamidad más sencilla e inmediata, aunque menos trágica, que una visita a la costa del Pacífico: Halpin Frayser tuvo la impresión de que iba a ser estrangulado en su patria chica.

—¿No hay balnearios de aguas medicinales en California —continuó la señora Frayser, antes de que él pudiera exponer el verdadero signi-

ficado del sueño en los que puedan curarse el reumatismo y la neuralgia? Mira qué dedos tan rígidos; estoy casi segura de que hasta durmiendo me producen dolor.

Extendió las manos para que las viera. El cronista es incapaz de señalar cuál fue el diagnóstico que el joven prefirió guardar para sí con una sonrisa, pero se siente en la obligación de añadir, de su cosecha, que nunca unos dedos parecieron menos rígidos y con menos apariencia de insensibilidad.

El resultado fue que, de estas dos personas con los mismos raros conceptos sobre el deber, una se fue a California, tal y como demandaba su clientela, y la otra se quedó en casa, obedeciendo así al deseo, apenas consciente, de su marido.

Una oscura noche Halpin Frayser iba caminando por el puerto de San Francisco y, de un modo tan repentino como sorprendente, se vio convertido en marinero. Lo que ocurrió en rea-

lidad fue que le emborracharon y le arrastra-

ron a bordo de un barco enorme que zarpó con destino a un país lejano. Pero sus desventuras no acabaron con el viaje, pues el barco encalló en una isla al sur del Pacífico y pasaron seis años antes de que los supervivientes fueran rescatados por una goleta mercante y devueltos a San Francisco.

Aunque volvía con la bolsa vacía, Frayser no era menos orgulloso de lo que había sido en los años anteriores, ya tan lejanos para él. No quiso aceptar ayuda de extraños, y fue mientras vivía con otro superviviente cerca de la ciudad de Santa Helena, en espera de noticias y dinero de su familia, cuando se le ocurrió salir a cazar y soñar.

III

La aparición del bosque —esa cosa tan pare-

cida y, sin embargo, tan distinta a su madre—era horrible. No despertaba ni amor ni anhelo en su corazón; tampoco le traía recuerdos agradables de los días felices. En resumen, no

le inspiraba ningún sentimiento especial, pues cualquier emoción quedaba ahogada por el miedo. Intentó volverse y huir pero las piernas no le obedecieron: ni siquiera podía levantar los pies del suelo. Los brazos le colgaban inertes en los costados; sólo conservaba el control de los ojos y no se atrevía a apartarlos de las apagadas órbitas del espectro, del que sabía que no era un alma sin cuerpo, sino lo más espantoso que aquel bosque hechizado podía albergar: ¡un cuerpo sin alma! En su mirada vacía no había amor, piedad o inteligencia alguna, nada a lo que apelar. «No ha lugar a apelación», pensó, rememorando absurdamente el lenguaje profesional tiempo atrás aprendido.

Pero de su ocurrencia no se dedujo ningún alivio.

La aparición continuaba frente a él, a un paso, observándole con la torpe malevolencia de una bestia salvaje. Fue tan largo este momento que el universo envejeció, cargado de años y culpas, y el bosque, triunfante tras aquella

monstruosa culminación de terrores, desapareció de su mente con todas sus imágenes y sonidos. De pronto, el espectro extendió sus manos y se abalanzó sobre él con terrible ferocidad. Halpin recuperó sus energías, pero no su voluntad: su poderoso cuerpo y sus ágiles miembros, dotados de una vida propia, ciega e insensata, resistieron vigorosamente, pero su mente seguía hechizada. Por un instante vio ese increíble enfrentamiento entre su inteligencia muerta y su organismo vivo como un simple espectador; esto, como se sabe, suele

sucedier en los sueños. Pero en seguida recobró su identidad, y dando un salto hacia su interior, el valeroso autómeta recuperó de nuevo su voluntad rectora, tan expectante y agresiva como la de su detestable rival.

Pero, ¿qué mortal puede derrotar a una criatura hija de su propio sueño? La imaginación que crea al enemigo está vencida de antemano; el resultado del combate es su misma causa. A pesar de sus esfuerzos, de una fortaleza

y actividad que parecían inútiles, sintió cómo unos dedos fríos se aferraban a su garganta.

De espaldas sobre la tierra, vio, a un palmo de distancia, aquel rostro muerto y descarnado.

Al instante todo se oscureció. Se oyó el sonido de tambores lejanos y el murmullo de voces bulliciosas, a los que siguió un grito agudo y distante que redujo todo al silencio. Halpin Frayser soñó que estaba muerto.

IV

Tras una noche templada y clara, la mañana amaneció con niebla. El día anterior, hacia la media tarde, se había visto una cortina de vapor —el fantasma de una nube— que se acercaba a la ladera oeste del monte Santa Helena, a sus estériles alturas. Era una capa tan fina y translúcida, tan parecida a una fantasía hecha realidad que uno habría exclamado: «¡Miren, miren, rápido: en un momento habrá desaparecido.»

Pero enseguida empezó a hacerse mayor y

más densa. Mientras un extremo se adhería a la montaña, el otro se elevaba cada vez más por encima de los cerros. Al mismo tiempo se extendía hacia el norte y hacia el sur y se fundía con pequeños jirones de niebla que, con la sensata intención de ser absorbidos, surgían

de las laderas. Fue creciendo y creciendo hasta hacer imposible la visión de la cumbre desde el valle, que quedó cubierto por un dosel gris y opaco. En Calistoga, que se extiende al pie de la montaña, donde el valle comienza, tuvieron una noche sin estrellas y una mañana sin sol. La niebla se hundía cada vez más y se extendía en dirección sur, cubriendo rancho tras rancho hasta alcanzar la ciudad de Santa Helena, a nueve millas de distancia. El polvo se había asentado sobre el camino y los pájaros estaban posados en silencio sobre los árboles empapados. La luz de la mañana era pálida y fantasmal, sin color o brillo alguno.

Al despuntar el alba, dos hombres abandonaron la ciudad de Santa Helena en dirección

norte, hacia Calistoga. Aunque llevaban escopeta al hombro, nadie les habría confundido con un par de cazadores; eran el ayudante del

sheriff de Napa y un detective de San Francisco, Holker y Jaralson, respectivamente. Su misión era cazar a un hombre.

—¿Está muy lejos? —preguntó Holker, mientras sus pisadas dejaban al descubierto la tierra seca que había bajo la superficie húmeda del camino.

—¿La iglesia blanca? Como a media milla —contestó el otro—. Por cierto —añadió—, ni es una iglesia ni es blanca; se trata de una escuela abandonada, gris por los años y el descuido.

En otro tiempo, cuando era blanca, se realizaban en ella servicios religiosos. Tiene un cementerio que haría las delicias de un poeta.

¿Adivina usted por qué mandé buscarle y le advertí que viniera armado?

—Oh, nunca se me ha ocurrido preguntarle sobre esos temas. Sé que usted siempre informa en el momento oportuno. Pero si se trata

de hacer conjeturas, creo que lo que usted quiere es que le ayude a detener a uno de los cadáveres del cementerio.

—¿Se acuerda usted de Branscom? —preguntó Jaralson, respondiendo al ingenio de su compañero con la indiferencia que se merecía.

—¿El tipo que degolló a su mujer? Ya lo creo. Me costó una semana de trabajo y un montón de dólares. Ofrecen quinientos de recompensa, pero no hemos conseguido echarle la vista encima. No querrá usted decir que...

—Exacto, lo han tenido bajo sus narices todo este tiempo. Por las noches viene al viejo cementerio de la iglesia blanca.

—¡Demonios! Es donde está enterrada su mujer.

—Bueno, deberían ustedes haber supuesto que algún día tendría la tentación de volver.

—Es el último lugar que se nos habría ocurrido.

—Como ya habían rastreado todos los demás,

al conocer su fracaso, le esperé allí.

–¿Y le encontró?

–¡Maldita sea! Él me encontró a mí. El muy bribón me tomó la delantera: se me echó encima y me hizo correr a gusto. Fue una suerte que no acabara conmigo. ¡Menudo pájaro! Me contentaría con la mitad de la recompensa, si es que usted necesita la otra mitad.

Holker se echó a reír y dijo que sus acreedores estaban más impacientes que nunca.

–Quería sencillamente mostrarle el terreno y preparar un plan con usted –dijo el detective–. Creí que, aunque fuera de día, era mejor ir bien armados.

–Ese hombre debe de estar loco –dijo el ayudante del sheriff . La recompensa es por su captura y condena. Si está loco, no le condenarán.

El señor Holker, profundamente afectado

por tal posibilidad, se detuvo involuntariamente un instante y reanudó la marcha con menos entusiasmo.

–Bueno, lo parece –asintió Jaralson–. Debo

admitir que nunca he visto un canalla con peor pinta: mal afeitado, con el pelo totalmente revuelto... Reúne todo lo peor de la vieja y honorable orden de los vagabundos. Pero he venido a por él y no se me escapará. La gloria nos espera. Nadie más sabe que está a este lado de las Montañas de la Luna.

–De acuerdo –dijo Holker–. Vamos allá e inspeccionemos el terreno *donde pronto yacerás*

–añadió empleando las palabras que en tiempos fueran tan usadas en las inscripciones funerarias–. Quiero decir, si es que el viejo Branscom llega a cansarse de usted y de su impertinente intromisión. Por cierto, el otro día oí decir que su verdadero nombre no es

Branscom.

–Entonces ¿cuál es?

–No me acuerdo. Había perdido todo interés por ese rufián y no lo grabé en la memoria. Era algo como Pardee. La mujer a la que tuvo el mal gusto de degollar era viuda cuando él la conoció. Había venido a California a buscar a

unos parientes. Ya sabe, hay gente que lo hace.

Pero bueno, usted ya conoce esa historia.

–Naturalmente.

–Pero si no sabía su verdadero nombre, ¿por qué feliz inspiración encontró la tumba? El mismo que me dijo el nombre comentó que está grabado en la lápida.

–Yo no sé dónde está esa tumba –contestó Jaralson, algo reacio a admitir su ignorancia acerca de un detalle tan importante en el plan—. He estado inspeccionando el lugar, nada más. Precisamente identificar esa tumba es una par-

te del trabajo que hemos de realizar esta mañana. Aquí tenemos la iglesia blanca.

El camino había estado bordeado por campos hasta entonces. Ahora, a la izquierda, se veía un bosque de encinas y madroños y unos abetos gigantescos cuya parte inferior era difícil de distinguir entre la niebla. Los arbustos, bastante espesos, no llegaban a ser impracticables. Al principio Holker no veía el edificio pero, al adentrarse en el bosque, sus vagos con-

tornos, que parecían enormes y distantes, aparecieron entre la bruma. Unos cuantos pasos más y ahí estaba, claramente visible, oscurecido por la humedad y de un tamaño insignificante. Era la típica escuela de aldea con un basamento de piedra y forma de caja de embalar. Tenía el tejado cubierto de musgo, y los cristales y marcos de las ventanas rotos. Su estado era ruinoso, pero no era una ruina, sino uno

de los típicos sucedáneos californianos de lo que las guías extranjeras llaman «monumentos del pasado». Tras un rápido vistazo a una construcción tan poco interesante, Jaralson se dirigió hacia la parte posterior, llena de maleza húmeda.

—Le voy a mostrar dónde me sorprendió —dijo—. Éste es el cementerio.

Por todas partes surgían pequeños recintos con tumbas, en ocasiones no más de una, entre los matorrales. Unas veces se las reconocía por las piedras descoloridas y las tablas podridas que, cuando no estaban en el suelo, descansa-

ban sobre sus cuatro ángulos; otras, por las estacas carcomidas que las rodeaban y, más raramente, por un montículo de hojarasca bajo la que se podían distinguir algunos cascotes. En muchos casos el lugar que acogía los restos de algún pobre mortal —quien, con el paso del

tiempo, había sido abandonado por el círculo de sus afligidos amigos— no estaba indicado más que por una depresión en la tierra, más duradera que la de sus propios deudos. Los senderos, si es que alguna vez los hubo, no habían dejado huella alguna. Entre las tumbas crecían unos grandes árboles que arrancaban con sus raíces las cercas de los recintos. Por todas partes reinaba esa atmósfera de abandono y decadencia que en ningún otro sitio parece tan indicada y significativa como en una aldea de muertos olvidados.

Los dos hombres, con Jaralson a la cabeza, atravesaron los espesos matorrales; de pronto, aquel hombre decidido se detuvo y, tras levantar la escopeta a la altura del pecho, musitó

una palabra de alerta y permaneció con la vista clavada frente a él. Su compañero, en cuanto pudo librarse de la maleza, le imitó y, aun-

que no había visto nada, se puso en guardia ante lo que pudiera suceder. Un instante después Jaralson comenzó a avanzar cautelosamente, con Holker tras él.

Bajo las ramas de un enorme abeto yacía un cuerpo sin vida. Los dos hombres, en silencio junto a él, examinaron los detalles que en un primer momento suelen llamar la atención: el rostro, la actitud, la ropa: todo aquello que más rápidamente responde a las mudas preguntas de una curiosidad sana.

El hombre estaba boca arriba, con las piernas separadas. Tenía un brazo extendido hacia arriba y el otro doblado en ángulo con la mano cerca de la garganta. Sus puños estaban fuertemente apretados, en actitud de desesperada pero inútil resistencia a... no se sabe qué.

Junto a él había una escopeta y un morral de cazador a través de cuyas mallas se veían

plumas de pájaros muertos. A su alrededor había rastros de una lucha encarnizada; unos pequeños brotes de encina venenosa aparecían tronchados, sin hojas ni corteza. Alguien había acumulado con sus pies hojarasca en torno a sus piernas. Unas huellas de rodillas humanas aparecían junto a sus caderas.

La ferocidad de la lucha era evidente con solo observar la garganta y el rostro del cadáver.

A diferencia del color blanco de su pecho y manos, aquellos tenían un color púrpura, casi negro. Sus hombros descansaban sobre una leve prominencia del terreno, lo que hacía que la cabeza cayera bruscamente hacia atrás, con los ojos en dirección contraria a la de los pies. Una lengua, negra e hinchada, surgía de entre la espuma que llenaba su boca abierta. Sobre la garganta había unas marcas horribles: no eran las simples huellas de unos dedos, sino magulladuras y heridas producidas por unas manos fuertes que debían de haberse hundido

en la carne, manteniendo su terrible tenaza

hasta mucho después de producir la muerte.

El pecho, la garganta y el rostro estaban húmedos; tenía la ropa empapada y unas gotas de agua, condensación de la niebla, salpicaban el pelo y el bigote.

Los dos hombres observaron todo esto casi de un vistazo, sin hacer ningún comentario.

Después Holker rompió el silencio.

—¡Pobre diablo! Debió de tener un final horroroso.

Jaralson, con la escopeta firmemente agarrada y el dedo en el gatillo, inspeccionó atentamente el bosque con la mirada.

—Esto es obra de un loco —dijo sin apartar la vista de la espesura—. La obra de Branscom...

Pardee.

Algo que había en el suelo, semicubierto por las hojas, llamó la atención de Holker. Era un

cuaderno rojo con pastas de piel. Lo cogió y lo abrió. Contenía hojas en blanco para anotaciones en la primera de las cuales estaba escrito el nombre «Halpin Frayser». Con tinta roja y ga-

rabateadas a lo largo de varias páginas, aparecían las siguientes líneas, que Holker leyó en voz alta, mientras su compañero seguía vigilando los oscuros confines de aquel entorno y escuchaba con aprensión el gotear de los árboles. Decía así:

*Víctima de algún oculto maleficio, me encontré
entre las tinieblas crepusculares de un bosque encantado.*

*El ciprés y el mirto entrelazaban sus ramas
en simbólica y funesta hermandad.*

*El sauce cavilante murmuraba al tejo;
debajo, la mortal belladona y la ruda,
con siemprevivas trenzadas en extrañas formas*

funerarias, crecían junto a horribles ortigas.

*No había ni cantos de pájaros ni zumbidos de abejas,
ni hojas suavemente mecidas por la fresca brisa.*

*El aire estaba estancado y el silencio era
un ser vivo que respiraba entre los árboles.*

*Los espíritus conspiradores murmuraban en las tinieblas,
de un modo inaudible, los secretos de las tumbas.*

*Los árboles sangraban y las hojas exhibían,
a la luz embrujada, un fulgor rojizo.*

*¡Grité! El hechizo, aún sin romper,
dominaba mi espíritu y voluntad.*

*¡Desamparado, sin aliento ni esperanza,
luché contra monstruosos presagios de maldad.!*

Al fin, lo invisible...

Holker se detuvo. No había nada más. El

manuscrito se interrumpía a mitad de un verso.

—Suenan a Bayne —dijo Jaralson, que, a su manera, era un hombre culto. Había dejado de vigilar y estaba observando el cadáver.

—¿Quién es Bayne? —preguntó Holker sin mucho interés.

—Myron Bayne, un tipo que escribió en la época colonial, hace más de un siglo. Sus poemas eran tremendamente tétricos. Tengo sus obras completas. Este poema, por algún error, no aparece en ellos.

—Hace frío —dijo Holker—. Vámonos. Debemos avisar al juez de Napa.

Sin decir palabra, Jaralson siguió a su com-

pañero. Al pasar junto a la elevación del terreno sobre la que descansaban la cabeza y los hombros del muerto, su pie tropezó con un objeto duro que había bajo la hojarasca. Era

una lápida caída sobre la que, con dificultad, se podían leer las palabras «Catherine Larue». –¡Larue, Larue! –exclamó Holker con excitación repentina–. Ese es el verdadero nombre de Branscom, no Pardee. Y, ¡Dios mío!, ahora me acuerdo de todo: ¡el nombre de la mujer asesinada era Frayser!

–Aquí hay algo que me huele muy mal –dijo el detective Jaralson–. No me gustan nada estas historias.

De entre la niebla –y al parecer desde muy lejosles llegó el sonido de una risa sofocada y desalmada, tan desprovista de alegría como la de una hiena que ronda en la noche del desierto en busca de presa. Una risa que se elevó poco a poco y se fue haciendo cada vez más nítida, fuerte y terrible, hasta que pareció rozar los límites del círculo de visión de los dos

hombres. Era una risa tan sobrenatural, in-

humana y diabólica que les produjo un pavor indescriptible. No movieron sus armas, ni siquiera pensaron en ellas: la amenaza de aquel horrible sonido no era de los que se combaten con ellas. Tras un grito culminante que pareció sonar junto a sus oídos, comenzó a disminuir paulatinamente hasta que sus débiles notas, tristes y mecánicas, se extinguieron en el silencio, a una distancia enorme.

EL SECRETO DEL BARRANCO

DE MACARGER

(The secret of Macarger's gulch)

Al noroeste de Indian Hill, a unas nueve millas en línea recta, se encuentra el barranco de Macarger. No tiene mucho de barranco, pues se trata de una mera depresión entre dos sierras boscosas de una altura considerable. Desde la boca hasta la cabecera, porque los barrancos, como los ríos, tienen una anatomía

propia, la distancia no es superior a las dos millas, y la anchura en el fondo sólo rebasa en un punto las doce yardas; durante la mayor parte del recorrido, a ambos lados del pequeño arroyo que fluye por él en invierno y se seca al llegar la primavera, no hay terreno llano. Las escarpadas laderas de las colinas, cubiertas por una vegetación casi impenetrable de manzanita y chamiso, no tienen otra separación que la de la anchura del curso del río. Nadie, a no ser un ocasional cazador intrépido de los contornos, se aventura a meterse en el

barranco de Macarger que, cinco millas más adelante, no se sabe ni qué nombre tiene. En esa zona, y en cualquier dirección, hay muchos más accidentes topográficos notables que no tienen nombre y resultaría vano intentar descubrir, preguntando a los lugareños, el origen del nombre de éste.

A medio camino entre la cabecera y la desembocadura del barranco de Macarger, la colina de la derecha según se asciende está surcada por otro barranco, corto y seco, y donde ambos se unen hay un espacio llano de unos dos o tres acres, en el que hace unos cuantos años había un viejo albergue con una sola habitación. Cómo habían sido reunidos los materiales de aquella casa, pocos y simples como eran, en aquel lugar casi inaccesible, es un enigma en cuya solución habría más de satisfacción que de beneficio. Posiblemente el lecho del arroyo sea un camino en desuso. Es seguro que el barranco fue explorado en otra época con bastante minuciosidad por mineros, que

debieron de conocer algún medio de entrar, al menos, con animales de carga para transportar las herramientas y los víveres. Al parecer, sus beneficios no fueron suficientes para justificar

una inversión considerable y enlazar el barranco de Macarger con cualquier centro civilizado que disfrutara del honor de tener un aserradero. La casa, sin embargo, estaba allí; la mayor parte de ella. Le faltaba la puerta y el marco de una ventana, y la chimenea de barro y piedras se había convertido en un rintero desagradable sobre el que crecía una espesa maleza. El humilde mobiliario que pudiera haber habido y la mayor parte de la baja techumbre de madera había servido como combustible en los fuegos de campamento de los cazadores; cosa que también debió de ocurrirle a la cubierta del viejo pozo que, en la época de la que escribo, se abría allí bajo la forma de un hoyo cercano, no muy profundo pero bastante ancho.

Una tarde de verano, en 1874, siguiendo el

lecho seco del arroyo, llegué al barranco de

Macarger a través del estrecho valle en el que desemboca. Iba cazando codornices y llevaba ya unas doce en la bolsa cuando me topé con la casa descrita, *cuya* existencia ignoraba hasta entonces. Después de inspeccionar las ruinas con bastante atención, reanudé mi actividad cinegética y, como quiera que tuve un gran éxito, la prolongué hasta casi el anochecer, momento en que me di cuenta de que me encontraba muy lejos de cualquier lugar habitado, y demasiado lejos como para llegar a uno antes de que cayera la noche. Pero en el zurrón llevaba comida y la casa podría proporcionarme refugio, si es que era eso lo que necesitaba en una noche cálida y seca en las estribaciones de Sierra Nevada, donde se puede dormir cómodamente al raso sobre un lecho de agujas de pino. Tengo tendencia a la soledad y me encanta la noche; por eso mi proposición de dormir al aire libre fue pronto aceptada, y cuando la noche se echó encima yo ya

tenía mi cama hecha con ramas y briznas de hierba en una esquina de la habitación y asaba una codorniz en el fuego que había encendido en el hogar. El humo salía por la ruinosa chimenea, la luz iluminaba la habitación con su agradable resplandor y, mientras consumía mi sencilla comida a base de ave sin mas aderezos y bebía lo que quedaba de una botella de vino tinto que durante toda la tarde había sustituido al agua de la que carecía la región, experimenté una sensación de bienestar que alojamientos y comidas mejores no siempre producen.

Sin embargo, faltaba algo. Tenía sensación de bienestar, pero no de seguridad. Me descubrí a mí mismo mirando a la entrada abierta y a la ventana sin marco con más frecuencia de lo que sería justificable. Fuera de estas aberturas todo estaba oscuro, por lo que fui incapaz de

reprimir un cierto sentimiento de aprensión
mientras mi fantasía se hacía una imagen del
mundo exterior y la llenaba de entidades poco

amistosas, naturales y sobrenaturales, entre las
cuales destacaban, en los apartados respecti-
vos, el oso pardo, del que yo sabía que todavía
se veía de vez en cuando por la región, y el
fantasma, del que tenía razones para pensar
que no era así. Desgraciadamente, nuestros
sentimientos no siempre respetan la ley de las
probabilidades, y aquella noche lo posible y lo
imposible resultaban para mí igualmente in-
quietantes.

Todo aquel que haya tenido experiencias si-
milares debe de haber observado que uno se
enfrenta a los peligros reales e imaginarios de
la noche con mucho menos reparo al aire libre
que en una casa sin puerta. Eso fue lo que
sentí mientras yacía sobre mi frondoso canapé

en una esquina de la habitación, junto a la chimenea, en la que el fuego se iba extinguendo. Tan fuerte llegó a ser la sensación de la presencia de algo maligno y amenazador en aquel lugar que me di cuenta de que era incapaz de apartar la vista de la entrada, que en

aquella profunda oscuridad era cada vez menos visible. Cuando la última llama produjo un chispazo y se apagó, agarré la escopeta que había dejado a mi lado y dirigí el cañón hacia la entrada ya imperceptible, con el pulgar en uno de los percutores, dispuesto a cargar el arma, la respiración contenida y los músculos tensos y rígidos. Pero al cabo de un rato dejé el arma con un sentimiento de vergüenza y mortificación. ¿De qué tenía miedo? ¿Y por qué?

Yo, para quien la noche había sido

un rostro más familiar

que el de ningún hombre...

¡Yo, en quien aquel elemento de superstición hereditaria del que nadie está completamente libre había conferido a la soledad, a la oscuridad y al silencio un interés y un encanto de lo más seductor! No podía comprender mi desvarío y, olvidándome en mis conjeturas de la cosa conjeturada, me quedé dormido. Y entonces soñé.

Me encontraba en una gran ciudad de un país extranjero; una ciudad cuyos habitantes pertenecían a mi misma raza, con pequeñas diferencias en el habla y en el vestir. En qué consistían exactamente esas diferencias era algo que no podía precisar; mi sensación de ellas no era clara. La ciudad estaba dominada por un castillo enorme sobre un promontorio elevado cuyo nombre sabía, pero era incapaz de

pronunciar. Recorrí muchas calles, unas anchas y rectas, con construcciones altas y modernas; otras estrechas, oscuras y tortuosas, con viejas casas pintorescas de tejados a dos aguas, cuyas plantas superiores, decoradas profusamente con grabados en madera y piedra, sobresalían hasta casi encontrarse por encima de mi cabeza.

Buscaba a alguien a quien nunca había visto, aunque sabía que cuando le encontrara le reconocería. Mi búsqueda no era casual y sin objeto. Tenía un método. Iba de una calle a otra sin dudarle y conseguía abrirme paso por un

laberinto de intrincados callejones, sin temor a perderme.

De repente me detuve ante una puerta baja de una sencilla casa de piedra que podría haber sido la vivienda de un artesano de los mejores y entré sin anunciarme. En la estancia,

amueblada de un modo bastante modesto e iluminada por una sola ventana con pequeños cristales en forma de diamante, no había más que dos personas: un hombre y una mujer. No se dieron cuenta de mi presencia, circunstancia que, como suele ocurrir en los sueños, parecía completamente natural. No conversaban; estaban sentados lejos el uno del otro, con aire taciturno y sin hacer nada.

La mujer era joven y muy corpulenta, con hermosos ojos grandes y una cierta belleza solemne. El recuerdo de su expresión permanece extraordinariamente vivo en mí, pero en los sueños uno no observa los detalles de los rostros. Sobre los hombros llevaba un chal a cuadros. El hombre era mayor, moreno, con un

rostro de maldad que resultaba aún más lúgubre debido a una gran cicatriz que se extendía diagonalmente desde la sien izquierda hasta el

bigote negro. Aunque en mi sueño daba la impresión de que, más que pertenecer a la cara, la rondaba como algo independiente (no sé expresarlo de otra manera). En el momento que vi a aquel hombre y a aquella mujer supe que eran marido y mujer.

No recuerdo con claridad lo que ocurrió después; todo resultaba confuso e inconsistente, debido, creo, a un atisbo de consciencia. Era como si dos imágenes, la escena del sueño y mi verdadero entorno, se hubieran mezclado, una incrustada en el otro, hasta que la primera fue desdibujándose, desapareció, y me encontré completamente despierto en la habitación vacía, tranquilo y absolutamente consciente de mi situación.

Mi estúpido miedo había desaparecido y, cuando abrí los ojos, vi que el fuego, que no estaba apagado del todo, se había reavivado al

caer una rama e iluminaba de nuevo la habitación. Debía de haber dormido sólo unos minutos, pero aquella pesadilla sin importancia me había impresionado tan vivamente que ya no tenía sueño. Al cabo de un rato, me levanté, avivé el fuego y, tras encender una pipa, procedí a meditar sobre mi visión de un modo tremendamente metódico y absurdo.

Me habría dejado entonces perplejo tener que explicar en qué sentido era digna de atención. En el primer momento de análisis serio que dediqué al asunto, reconocí en Edimburgo la ciudad de mi sueño, ciudad en la que nunca había estado; por tanto, si el sueño era un recuerdo, lo era de imágenes y descripciones.

Tal reconocimiento me impresionó bastante; era como si hubiera algo en mi mente que insistiera de un modo rebelde, contra la razón y la voluntad, en la importancia de todo esto. Y aquella facultad, fuera la que fuese, aseguraba además un control de mi discurso.

–Claro –dije en voz alta, de modo involunta-

rio–, los MacGregor deben de proceder de Edimburgo.

En aquel momento, ni la esencia de aquel comentario, ni el hecho de haberlo hecho, me sorprendió lo más mínimo. Me pareció completamente normal que yo conociera el nombre de mis compañeros de sueño y algo de su historia. Pero pronto comprendí el absurdo de todo aquello. Empecé a reírme a carcajadas, vacié las cenizas de la pipa y me tumbé de nuevo sobre el lecho de ramas y hierba, donde me quedé absorto contemplando el débil fuego, sin volver a pensar ni en el sueño ni en el entorno. De pronto, la única llama que aún quedaba se redujo por un momento y, elevándose de nuevo, se separó de las ascuas y se extinguió en el aire. La oscuridad se hizo absoluta.

En ese instante, al menos eso me pareció antes de que el resplandor de la llama hubiera desaparecido de mi vista, se produjo un sonido sordo y seco, como el de un cuerpo pesado

al caer, que hizo temblar el suelo sobre el que descansaba. Me incorporé de golpe y tanteé en la oscuridad en busca de la escopeta; pensé que alguna bestia salvaje habría entrado de un salto a través de la ventana abierta. Mientras la endeble estructura seguía temblando por el impacto, oí un ruido de golpes, de pies que se arrastraban por el suelo y, después, como si lo tuviera ahí al lado, el estremecedor grito de una mujer en agonía mortal. Nunca había oído ni concebido un grito tan espantoso. Me asustó profundamente. Por un momento no fui consciente de otra cosa que de mi propio terror. Por fortuna, mi mano había encontrado el arma que estaba buscando y aquel tacto fa-

miliar hizo que me restableciera. Me puse en pie de un salto, entornando los ojos para ver algo a través de la oscuridad. Los violentos sonidos habían cesado pero, lo que era aún más terrible, se oía, a intervalos más o menos largos, el débil jadeo intermitente de una criatura viva que agonizaba.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la lánguida luz de los rescoldos, pude distinguir las formas de la puerta y de la ventana, más negras que el negro de las paredes. Luego, la distinción entre la pared y el suelo se hizo apreciable y por fin conseguí captar los contornos y toda la extensión del suelo, de un extremo al otro de la habitación. No se veía nada y el silencio era absoluto.

Con una mano un tanto temblorosa y la otra agarrando todavía la escopeta, avivé el fuego e hice un examen crítico de la situación. No ha-

bía rastro alguno de que la habitación hubiera sido visitada. Sobre el polvo que cubría el suelo se podían ver mis propias huellas, pero ninguna otra. Encendí de nuevo la pipa, me abastecí de combustible partiendo un par de tablones delgados del interior de la casa (no me atrevía a salir a la oscuridad exterior) y pasé el resto de la noche fumando, pensando, y alimentando el fuego. Aunque me hubieran regalado años de vida, no habría permitido que

aquel pequeño fuego se apagara de nuevo.

Algunos años más tarde conocí en Sacramento a un hombre llamado Morgan, para quien llevaba una carta de presentación de un amigo suyo de San Francisco. Una noche, mientras cenaba con él en su casa, observé varios «trofeos» en la pared que indicaban que era aficionado a la caza. Resultó que así era y, al relatar algunas de sus proezas, mencionó haber esta-

do en la región donde había tenido lugar mi aventura.

—Mr. Morgan —le pregunté bruscamente—, ¿conoce usted un lugar allí arriba llamado el barranco de Macarger?

—Sí, y tengo buenas razones para ello —contestó—. Fui yo quien informó a la prensa, el año pasado, del descubrimiento de un esqueleto allí.

No tenía conocimiento de ello. La información, al parecer, había sido publicada mientras yo estaba fuera, en el Este.

—Por cierto —dijo Morgan—, el nombre del ba-

rranco es una corrupción; debería llamarse «de MacGregor». Querida —añadió dirigiéndose a su esposa—, Mr. Elderson ha derramado su vino.

Lo que no era del todo exacto. Sencillamente se me había caído, con copa y todo.

–En otro tiempo hubo una vieja choza en el barranco –prosiguió Morgan cuando el desastre acarreado por mi torpeza había sido subsanado–, pero precisamente antes de mi visita fue derribada, o mejor dicho, desparramada, porque los escombros fueron diseminados por todo su alrededor; hasta las planchas del suelo estaban separadas. Entre dos traviesas que todavía quedaban en pie, mi compañero y yo encontramos los restos de un chal a cuadros y, al examinarlo, descubrimos que rodeaba los hombros de un cuerpo de mujer de la que apenas quedaban los huesos, cubiertos en parte por restos de ropa, y por la piel, seca y marrón. Pero le ahorraremos las descripciones a Mrs. Morgan –añadió sonriendo. En verdad,

la dama había mostrado un gesto que era más de repugnancia que de compasión–. Sin embargo –continuó–, es necesario decir que el

cráneo apareció fracturado por varios lugares, como si hubiera sido golpeado con un instrumento no muy afilado; y que el propio instrumento, una pequeña piqueta con manchas de sangre, yacía bajo unos tablones cercanos.

Mr. Morgan se volvió hacia su esposa.

—Perdona, querida —dijo con afectación solemne—, por mencionar estos desagradables detalles, incidentes naturales, aunque lamentables, de una discusión conyugal, consecuencia, sin duda, de una desafortunada insubordinación de la esposa.

—Tendría que ser capaz de hacerlo —repuso la dama con serenidad—; me lo has pedido tantas veces y con esas mismas palabras...

Me dio la impresión de que estaba muy contento de continuar con su relato.

—A raíz de éstas y de otras circunstancias —señaló—, el juez dedujo que la difunta, Janet

MacGregor, había encontrado la muerte a causa de los golpes infligidos por alguna persona desconocida para el jurado; pero añadió que las pruebas apuntaban hacia la culpabilidad de su marido, Thomas MacGregor. Pero de él no se ha vuelto a saber ni a oír nada. Se supo que la pareja procedía de Edimburgo, aunque no... Pero, querida, ¿no te das cuenta de que hay agua en el plato de los huesos de Mr. Elderson?

Yo había dejado un hueso de pollo en mi lavamanos.

—En un pequeño armario encontré una fotografía de MacGregor, pero ello no condujo a su captura.

—¿Me permite verla? —pregunté.

La fotografía mostraba a un hombre moreno con un rostro de maldad que resultaba aún más lúgubre debido a una gran cicatriz que se extendía, diagonalmente, desde la sien izquierda hasta el bigote negro.

–A propósito, Mr. Elderson –dijo mi amable

anfitrión–, ¿puedo saber por qué me preguntó usted por el barranco de Macarger?

–Perdí una mula cerca de allí una vez –contesté–, y ese infortunio me ha... me ha trastornado bastante.

–Querida –dijo Mr. Morgan con la entonación mecánica de un intérprete que traduce–, la pérdida de la mula de Mr. Elderson le ha hecho servirse pimienta en el café.

UNA NOCHE DE VERANO

(*One Summer Night*)

El hecho de que Henry Armstrong estuviera enterrado no era un motivo suficientemente convincente como para demostrarle que estaba muerto: siempre había sido un hombre difícil de persuadir. El testimonio de sus sentidos le

obligaba a admitir que estaba realmente enterrado. Su posición – tendido boca arriba con las manos cruzadas sobre su estómago y atadas que rompió fácilmente sin que se alterase la situación –, el estricto confinamiento de toda su persona, la negra oscuridad y el profundo silencio, constituían una evidencia imposible de contradecir y Armstrong lo aceptó sin perderse en cavilaciones.

Pero, muerto... no. Sólo estaba enfermo, muy enfermo, aunque, con la apatía del inválido, no se preocupó demasiado por la extraña suerte que le había correspondido. No era un filósofo, sino simplemente una persona vulgar, dotada en aquel momento de una patológica

indiferencia; el órgano que le había dado ocasión de inquietarse estaba ahora aletargado.

De modo que sin ninguna aprensión por lo que se refiriera a su futuro inmediato, se

quedó dormido y todo fue paz para Henry Armstrong.

Pero algo todavía se movía en la superficie. Era aquella una oscura noche de verano, rasgada por frecuentes relámpagos que iluminaban unas nubes, las cuales avanzaban por el este preñadas de tormenta. Aquellos breves y relampagueantes fulgores proyectaban una fantasmal claridad sobre los monumentos y lápidas del camposanto. No era una noche propicia para que una persona normal anduviera vagabundeando alrededor de un cementerio, de modo que los tres hombres que estaban allí, cavando en la tumba de Henry Armstrong, se sentían razonablemente seguros.

Dos de ellos eran jóvenes estudiantes de una Facultad de Medicina que se hallaba a unas millas de distancia; el tercero era un gigan-

tesco negro llamado Jess. Desde hacía muchos

años Jess estaba empleado en el cementerio en calidad de sepulturero, y su chanza favorita era la de que “conocía todas las ánimas del lugar”. Por la naturaleza de lo que ahora estaba haciendo, podía inferirse que el lugar no estaba tan poblado como su libro de registro podía hacer suponer.

Al otro lado del muro, apartados de la carretera, podían verse un caballo y un carruaje ligero, esperando.

El trabajo de excavación no resultaba difícil; la tierra con la cual había sido rellenada la tumba unas horas antes ofrecía poca resistencia, y no tardó en quedarse amontonada a uno de los lados de la fosa. El levantar la tapadera del ataúd requirió más esfuerzo, pero Jess era práctico en la tarea y terminó por colocar cuidadosamente la tapadera sobre el montón de tierra, dejando al descubierto el cadáver, ataviado con pantalones negros y camisa blanca. En aquel preciso instante, un relámpago zig-

zagueó en el aire, desgarrando la oscuridad, y casi inmediatamente estalló un fragoroso trueno. Arrancado de su sueño, Henry Armstrong incorporó tranquilamente la mitad superior de su cuerpo hasta quedar sentado.

Profiriendo gritos inarticulados, los hombres huyeron, poseídos por el terror, cada uno de ellos en una dirección distinta. Dos de los fugitivos no hubieran regresado por nada del mundo. Pero Jess estaba hecho de otra pasta. Con las primeras luces del amanecer, los dos estudiantes, pálidos de ansiedad y con el terror de su aventura latiendo aún tumultuosamente en su sangre, llegaron a la Facultad.

—¿Lo has visto? — exclamó uno de ellos.

—¡Dios! Sí... ¿Qué vamos a hacer?

Se encaminaron a la parte de atrás del edificio, donde vieron un carruaje ligero con un caballo uncido y atado por el ronzar a una ver-

ja, cerca de la sala de disección. Maquinalmente, los dos jóvenes entraron en la sala. Sentado en un banco, a oscuras, vieron al negro Jess. El

negro se puso de pie, sonriendo, todo ojos y dientes.

–Estoy esperando mi paga –dijo.

Desnudo sobre una larga mesa, yacía el cadáver de Henry Armstrong. Tenía la cabeza manchada de sangre y arcilla por haber recibido un golpe de azada.

UNA CARRETERA

ILUMINADA POR LA LUNA

(*The moonlit road*)

I

Testimonio de Joel Hetman, Jr.

Soy un hombre de lo más desafortunado. Ri-

co, respetado, bastante bien educado y de buena salud (aparte de otras muchas ventajas generalmente valoradas por quienes las disfrutan y codiciadas por los que las desean). A veces pienso que sería menos infeliz si tales cualidades me hubieran sido negadas, porque entonces el contraste entre mi vida exterior e interior no exigiría continuamente una atención ingrata. Bajo la tensión de la privación y la necesidad del esfuerzo, podría olvidar en ocasiones el oscuro secreto, cuya explicación – siempre misteriosa– el mismo hace inevitable. Soy hijo único de Joel y Julia Hetman. El primero fue un rico hacendado, la segunda una mujer bella y bien dotada, a la que estaba apa-

sionadamente ligado por lo que ahora sé que fue una devoción celosa y exigente. El hogar familiar se encontraba a unas cuantas millas de Nashville, en Tennessee, en una vivienda

amplia, irregularmente construida, sin ningún orden arquitectónico definido, y algo apartada de la carretera, con un parque de árboles y arbustos.

En la época a la que me refiero yo tenía diecinueve años y estudiaba en Yale. Un día recibí un telegrama de mi padre tan urgente que, obedeciendo a su inexplicada solicitud, partí inmediatamente con dirección a casa. En la estación de ferrocarril de Nashville, un pariente lejano me esperaba para poner en mi conocimiento la razón de la llamada: mi madre había sido bárbaramente asesinada; el móvil y el autor nadie los conocía, pero las circunstancias fueron las siguientes:

Mi padre había ido a Nashville con la intención de volver al día siguiente por la tarde.

Algo impidió que realizara el negocio que ten-

ía entre manos, por lo que regresó esa misma

noche, antes del amanecer. En su testimonio ante el juez explicó que, como no tenía llave del cerrojo y no quería molestar a los sirvientes que estaban durmiendo, se había dirigido, sin ningún propósito especial, hacia la parte trasera de la casa. Al doblar una esquina del edificio, oyó el ruido de una puerta que se cerraba con suavidad y vio en la oscuridad, no muy claramente, la figura de un hombre que desapareció de inmediato por entre los árboles. Como una precipitada persecución y una batida rápida por los jardines, en la creencia de que el intruso era alguien que visitaba clandestinamente a un sirviente, resultaron infructuosas, entró en la casa por la puerta abierta y subió las escaleras en dirección al dormitorio de mi madre. La puerta estaba abierta y, al penetrar en aquella intensa oscuridad, tropezó con un objeto pesado que había en el suelo y cayó de bruces. Me ahorraré los detalles; era mi pobre madre, ¡estrangulada por unas

manos humanas!

No faltaba nada en la casa, los sirvientes no habían oído ruido alguno y, salvo aquellas horribles marcas en la garganta de la mujer asesinada (¡Dios mío! ¡Ojalá pudiera olvidarlas!), no se encontró nunca rastro del asesino.

Abandoné mis estudios y permanecí junto a mi padre que, como es de suponer, estaba muy cambiado. De carácter siempre taciturno y sereno, cayó en un abatimiento tan profundo que nada conseguía mantener su atención, aunque, cualquier cosa, una pisada, un portazo repentino, despertaban en él un interés desasosegado; se le podría haber llamado recelo. Se sobresaltaba visiblemente por cualquier pequeña sorpresa sensorial y a veces se ponía pálido, y luego recaía en una apatía melancólica más profunda que la anterior. Supongo que sufría lo que se llama «una tremenda tensión

nerviosa». En cuanto a mí, era más joven que ahora, y eso significa mucho. La juventud es Galad, donde existe un bálsamo para cada

herida. ¡Ah! ¡Si pudiera vivir de nuevo en aquella tierra encantada! Al no estar habituado al dolor, no sabía cómo valorar mi aflicción.

No podía apreciar debidamente la potencia del impacto.

Cierta noche, unos meses después del fatal acontecimiento, mi padre y yo volvíamos andando de la ciudad. La luna llena llevaba unas tres horas sobre el horizonte, en el este; los campos mostraban la quietud solemne de una noche estival. Nuestras pisadas y el canto incesante de las chicharras en la distancia eran el único sonido. Las negras sombras de los árboles contiguos atravesaban la carretera, que tenía un brillo blanco y fantasmal en las estrechas zonas del centro. Cuando nos encontrábamos

cerca de la verja de nuestra hacienda, cuya fachada aparecía en penumbra, y en la que no había ninguna luz, mi padre se detuvo de repente y, agarrándome del brazo, dijo con un tono apenas perceptible:

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

—No oigo nada —contesté.

—Pero mira, ¡mira! —exclamó señalando hacia la carretera, delante de nosotros.

Allí no hay nada —dije—. Venga, padre, entremos. Estás enfermo.

Me había soltado el brazo y se había quedado rígido e inmóvil en el centro de la carretera iluminada, absorto como alguien privado del juicio. A la luz de la luna, su rostro presentaba una palidez y fijeza inefablemente penosa. Le di un suave tirón de la manga, pero se había olvidado de mi existencia. Al rato comenzó a retroceder, paso a paso, sin apartar la vista ni

un instante de lo que veía, o creía que veía. Di media vuelta para seguirle, pero me quedé quieto, indeciso. No recuerdo ningún sentimiento de miedo, a no ser que un frío repentino fuera su manifestación física. Fue como si un viento helado hubiera rozado mi cara y envuelto mi cuerpo de arriba abajo. Pude sentir su revuelo en el pelo.

En aquel momento mi atención fue atraída

por una luz que apareció de repente en una ventana del piso superior de la casa; uno de los sirvientes, despertado por quién sabe qué premonición misteriosa, y obedeciendo a un impulso que nunca pudo explicar, había encendido una lámpara. Cuando me volví para buscar a mi padre, había desaparecido; en todos estos años ni un rumor de su destino ha atravesado la frontera de la conjetura desde el reino de lo desconocido.

II

Testimonio de Caspar Grattan

Hoy se dice que estoy vivo. Mañana, aquí, en esta habitación, habrá una forma insensible de arcilla que mostrará lo que fui durante demasiado tiempo. Si alguien levanta el paño que cubrirá el rostro de aquella cosa desagradable será para satisfacer una mera curiosidad malsana. Otros, sin duda, irán más lejos y preguntarán «¿Quién era ése?» En estos apuntes ofrezco la única respuesta que soy capaz de

dar: Caspar Grattan. Claro, eso debería ser suficiente. Ese nombre ha cubierto mis pequeñas necesidades durante más de veinte años de una vida de duración desconocida. Es cierto que yo mismo me lo puse, pero, a falta de otro, tenía ese derecho. En este mundo uno debe tener un nombre; evita la confusión, incluso has-

ta cuando no aporta una identidad. A algunos, sin embargo, se les conoce por números, que también resultan ser formas de distinción inadecuadas.

Un día, por ejemplo, caminaba por una calle de una ciudad, lejos de aquí, cuando me encontré a dos individuos de uniforme, uno de los cuales, casi deteniéndose y mirándome a la cara con curiosidad, le dijo a su compañero:

«Ese hombre se parece al 767». En aquel número me pareció ver algo familiar y horrible. Llevado por un impulso incontrolable, tomé una bocacalle y corrí hasta caer agotado en un camino.

Nunca he olvidado aquel número, y siempre

me viene a la memoria acompañado por un guirigay de obscenidades, carcajadas de risas tristes y estruendos de puertas de hierro. Por eso creo que un nombre, aunque sea uno

mismo quien se lo ponga, es mejor que un número. En el registro del campo del Alfarero pronto tendré los dos. ¡Qué riqueza!

A quien encuentre este papel he de rogarle que tenga cierta consideración. No es la historia de mi vida; la capacidad de hacer tal cosa me está negada. Esto no es más que una relación de recuerdos quebrados y aparentemente inconexos, algunos de ellos tan nítidos y ordenados como los brillantes de un collar; otros, remotos y extraños, presentan las características de los sueños carmesí, con espacios en blanco y en negro, y con el resplandor de aquelarres candentes en medio de una gran desolación.

Situado en los límites de la eternidad, me doy la vuelta para echar un último vistazo a la tierra, a la trayectoria que seguí hasta llegar

aquí. Hay veinte años de huellas inconfundi-

bles, impresiones de pies sangrantes. El trazado sigue caminos de pobreza y dolor, tortuosos y poco seguros, como los de alguien que se tambalea bajo una carga, remoto, sin amigos, melancólico, lento.

Ah, la profecía que el poeta hizo sobre mí.

¡Qué admirable! ¡Qué espantosamente admirable!

Retrocediendo más allá del principio de esta *vía dolorosa*, esta epopeya de sufrimiento con episodios de pecado, no puedo ver nada con claridad; sale de una nube. Sé que sólo cubre veinte años, y sin embargo soy un anciano.

Uno no recuerda su nacimiento, se lo tienen que contar. Pero conmigo fue diferente. La vida llegó a mí con las manos llenas y me otorgó todas mis facultades y poderes. De mi existencia previa no sé más que otros, porque todos balbucean insinuaciones que pueden ser recuerdos o sueños. Solamente sé que mi primera sensación de consciencia lo fue de madurez

en cuerpo y alma; una sensación aceptada sin sorpresa o aprensión. Sencillamente me encontré caminando por un bosque, medio desnudo, con los pies doloridos, tremendamente fatigado y hambriento. Al ver una granja, me acerqué y pedí comida, que alguien me dio preguntando mi nombre. No lo conocía, aunque sí sabía que todo el mundo tenía nombres. Me retiré muy azorado y, al caer la noche, me tumbé en el bosque y me dormí.

Al día siguiente llegué a una gran ciudad cuyo nombre no citaré. Tampoco relataré otros incidentes de la vida que ahora está a punto de acabar; una vida de peregrinaje continuo, siempre rondada por una imperante sensación de delito en el castigo del mal y de terror en el castigo del delito. Veamos si soy capaz de reducirlo a la narrativa.

Parece ser que una vez viví cerca de una

gran ciudad. Era un colono próspero, casado con una mujer a la que amaba y de la que desconfiaba. Tuvimos, al parecer, un hijo, un jo-

ven de talento brillante y prometedor. Para mí, siempre se trata de una figura vaga, nunca claramente definida y, con frecuencia, fuera de escena.

Una desafortunada noche se me ocurrió poner a prueba la fidelidad de mi esposa de una forma vulgar y sabida por todo el mundo que conoce la literatura histórica y de ficción. Fui a la ciudad después de haberle dicho a mi mujer que estaría ausente hasta el día siguiente por la tarde. Pero regresé antes del amanecer y me dirigí a la parte trasera de la casa con la intención de entrar por una puerta que había estropeado sin que nadie me viera, para que pareciera encajar y en realidad no cerrara. Al acercarme, oí una puerta que se abría y se ce-

rraba con suavidad, y vi a un hombre que salía sigilosamente a la oscuridad. Con la idea del asesinato en la mente, salté sobre él, pero desapareció sin que consiguiera ni siquiera identificarle. A veces, ni aún ahora consigo convencerme de que se tratara de un ser humano.

Loco de celos y rabia, ciego y lleno de todas las pasiones elementales de la hombría humillada, entré en la casa y subí precipitadamente las escaleras hasta el dormitorio de mi esposa. Estaba cerrado, pero como también había estropeado el cerrojo, conseguí entrar fácilmente y, a pesar de la intensa oscuridad, en un instante estaba junto a su cama. Tanteando con las manos descubrí que estaba vacía, aunque deshecha.

«Debe de estar abajo –pensé–; aterrorizada por mi presencia se ha ocultado en la oscuridad del recibidor.»

Con el propósito de buscarla, me di la vuelta para marcharme. Pero tomé una dirección equivocada. ¡Correcta!, diría yo. Golpeé su cuerpo, encogido en un rincón, con el pie. En un instante le lancé las manos al cuello y, ahogando su grito, sujeté su cuerpo convulso entre las rodillas. Allí, en la oscuridad, sin una palabra de acusación o reproche, la estrangulé hasta la muerte.

Aquí acaba el sueño. Lo he contado en tiempo pasado, pero el presente sería la forma más apropiada, porque una y otra vez aquella triste tragedia vuelve a ser representada en mi conciencia; una y otra vez trazo el plan, sufro la confirmación y desagravio la ofensa. Después todo queda en blanco; y más tarde la lluvia golpea contra los mugrientos cristales, o la nieve cae sobre mi escaso atavío, las ruedas chirrían por calles asquerosas donde mi vida

se desarrolla en medio de la pobreza y de los trabajos mezquinos. Si alguna vez brilla el sol, no lo recuerdo. Si hay pájaros, no cantan.

Hay otro sueño, otra visión de la noche. Estoy de pie, entre las sombras, sobre una carretera iluminada por la luna. Soy consciente de la presencia de alguien más, pero no puedo determinar exactamente de quién. Entre la penumbra de una gran vivienda, percibo el brillo de ropas blancas; entonces la figura de una mujer aparece frente a mí en la carretera. ¡Es mi asesinada esposa! Hay muerte en su rostro

y señales en su garganta. Tiene los ojos clavados en los míos con una seriedad infinita, que no es reproche, ni odio, ni amenaza; no es algo tan terrible como el reconocimiento. Ante esta horrorosa aparición, retrocedo con terror; un terror que me asalta cuando escribo. No puedo dar la forma correcta a las palabras. ¡Fíjate!

Ellas...

Ahora estoy tranquilo, pero en verdad ya no hay más que contar. El incidente acaba donde empezó: en medio de la oscuridad y de la duda.

Sí, de nuevo tengo el dominio de mí mismo:

«el capitán de mi alma». Pero no se trata de un respiro, sino de otro estadio y fase de la expiación. Mi penitencia, constante en grado, es mutable en aspecto: una de sus variantes es la tranquilidad. Después de todo, se trata de cadena perpetua. «Al Infierno para siempre», ése es el castigo absurdo: el culpable escoge la duración de su pena. Hoy mi plazo expira.

A todos y cada uno, les deseo la paz que no

fue mía.

III

Testimonio de la difunta Julia Hetman

a través del médium Bayrolles

Me había retirado temprano y había caído casi inmediatamente en un sueño apacible, del que desperté con una indescriptible sensación de peligro, lo que es, según creo, una experiencia común de otra vida anterior. También me sentí convencida de su sin sentido, aunque eso no lo desterraba. Mi marido, Joel Hetman, estaba ausente; los sirvientes dormían en la otra parte de la casa. Pero éstas eran cosas normales; nunca antes me habían preocupado. Sin embargo, aquel extraño terror se hizo tan insoportable que, venciendo mi escasa disposición, me incorporé en la cama y encendí la lámpara de la mesilla. En contra de lo que esperaba, esto no supuso un alivio; la luz parecía añadir aún más peligro, porque pensé que su resplandor se advertiría por debajo de la puerta, revelando mi presencia a cualquier cosa

maligna que acechara desde fuera. Vosotros que todavía estáis vivos, sujetos a los horrores de la imaginación, os daréis cuenta de qué monstruoso miedo debe de ser ése que, en la oscuridad, busca seguridad contra las existencias malévolas de la noche. Es como batirse cuerpo a cuerpo con un enemigo invisible. ¡La estrategia de la desesperación!

Después de apagar la luz, me cubrí la cabeza con la colcha y me quedé temblando en silencio, incapaz de gritar, y sin acordarme siquiera de rezar. En ese penoso estado debí de permanecer durante lo que vosotros llamaríais horas; entre nosotros no existen horas: el tiempo no existe.

Finalmente apareció: ¡un ruido suave e irregular de pisadas en las escaleras! Eran pausadas, dubitativas, inseguras, como si fueran producidas por alguien que no viera por dónde iba; para mi mente confusa eso era mucho más espantoso, como la proximidad de

una malignidad ciega y estúpida, para la que no valen ruegos. Estaba casi segura de que había dejado la lámpara del recibidor encendida y el hecho de que aquella criatura caminara a tientas demostraba que era un monstruo de la noche. Esto era absurdo y no coincidía con mi anterior terror a la luz, pero ¿qué queréis que haga? El miedo no tiene cerebro; es idiota. El observador sombrío que contiene y el cobarde consejo que susurra no guardan relación. Nosotros, que hemos entrado en el Reino del Terror, que permanecemos ocultos en el crepúsculo eterno rodeados por las escenas de nuestra vida anterior, invisibles incluso para nosotros mismos y para los demás, y que sin embargo nos escondemos desesperados en lugares solitarios, lo sabemos muy bien; anhelamos hablar con nuestros seres queridos, y sin embargo estamos mudos, y tan temerosos

de ellos como ellos de nosotros. A veces este impedimento desaparece, la ley queda en suspenso: por medio del poder inmortal del amor

o del odio conseguimos romper el hechizo. Entonces, aquellos a los que avisamos, consolamos o castigamos, nos ven. Qué forma adoptamos es algo que desconocemos; sólo sabemos que aterrorizamos hasta a aquellos que más deseamos reconfortar y de los que más anhelamos ternura y compasión.

Perdona, te lo ruego, este paréntesis inconsecuente de lo que una vez fue una mujer. Vosotros que nos consultáis de este modo imperfecto, no comprendéis. Hacéis preguntas absurdas sobre cosas desconocidas y prohibidas. La mayor parte de lo que sabemos y podríamos reflejar en nuestro discurso no tiene ningún sentido para vosotros. Debemos comunicarnos con vosotros por medio de una inteligencia

balbuciente en aquella pequeña zona de nuestro lenguaje que vosotros sabéis hablar. Creéis que somos de otro mundo. Pero no; no conocemos otro mundo que el vuestro, aunque para nosotros no existe la luz del sol, ni calor, ni música, ni risa, ni cantos de pájaros, ni com-

pañía. ¡Dios mío! ¡Qué cosa es ser un fantasma, encogido y tembloroso en un mundo alterado, presa de la aprensión y la desesperación! Pero no, no morí de miedo: aquella Cosa se dio la vuelta y se marchó. La oí bajar, creo que apresuradamente, por las escaleras, como si ella también se hubiera asustado. Entonces me levanté para pedir ayuda. Apenas mi temblorosa mano hubo encontrado el tirador de la puerta... ¡cielo santo!, oí que volvía hacia mí. Sus pisadas por las escaleras eran rápidas, pesadas y fuertes; hacían que la casa se estremeciera. Huí hacia una esquina de la pared y me

acurruqué en el suelo. Intenté rezar. Intenté gritar el nombre de mi querido esposo. Entonces oí que la puerta se abría de un golpe. Hubo un intervalo de inconsciencia y, cuando me recuperé, sentí una opresión asfixiante en la garganta, advertí que mis brazos golpeaban lánguidamente contra algo que me arrastraba, ¡noté que la lengua se me escapaba por entre los dientes! Después pasé a esta vida.

No, no sé lo que pasó. La suma de lo que conocemos al morir es la medida de lo que sabemos después de todo lo que hemos vivido. De esta existencia sabemos muchas cosas, pero nunca hay nueva luz sobre ninguna de esas páginas: todo lo que podemos leer está escrito en el recuerdo. Aquí no hay cimas de verdad que dominen el confuso paisaje de aquel reino dudoso. Todavía vivimos en el Valle de la Sombra, ocultos en sus espacios desolados,

observando desde detrás de las zarzamoras y los matorrales a sus habitantes malvados, locos. ¿Cómo íbamos a tener conocimiento de aquel desvanecido pasado?

Lo que ahora voy a relatar ocurrió en una noche. Sabemos cuándo es de noche porque os marcháis a casa y podemos aventurarnos a salir de nuestros escondrijos y dirigirnos sin miedo hacia nuestras antiguas casas, asomarnos a las ventanas, hasta incluso entrar y observar vuestros rostros mientras dormís. Había merodeado durante un buen rato cerca de la

casa en la que se me había transformado tan cruelmente en lo que ahora soy, como hacemos cuando alguien a quien amamos u odiamos está dentro. En vano había estado buscando alguna forma de manifestarme, algún modo de hacer que mi existencia continuada, mi gran amor y mi profunda pena fueran cap-

tados por mi marido y mi hijo. Si dormían, siempre se despertarían, o si, en mi desesperación, me atrevía a acercarme a ellos una vez despiertos, lanzarían hacia mí sus terribles ojos vivos, aterrorizándome con las miradas que yo anhelaba y apartándome de mi propósito.

Esa noche les había estado buscando sin éxito, temerosa de encontrármelos. No estaban en la casa, ni en el jardín iluminado por la luna.

Porque, aunque hemos perdido el sol para siempre, todavía nos queda la luna, completamente redonda o imperceptible. A veces brilla por la noche, a veces de día, pero siempre sale y se pone como en la otra vida.

Dejé el jardín y me fui, acompañada por la luz blanca y el silencio, hacia la carretera, sin dirección definida y entristecida. De repente oí la voz de mi pobre esposo que lanzaba exclamaciones.

maciones de sorpresa, junto a la de mi hijo que procuraba tranquilizarle y disuadirle. Y allí estaban, a la sombra de un grupo de árboles.

Cerca, ¡tan cerca! Tenían sus caras vueltas hacia mí, los ojos de mi esposo se clavaban en los míos. Me vio, ¡por fin, por fin me vio! Al advertir esta sensación, mi miedo desapareció como un sueño cruel. El hechizo de la muerte estaba roto: ¡El Amor había vencido a la Ley!

Loca de alegría, grité, debí de haber gritado:

«Me ve, me ve: ¡me comprenderá!» Entonces, tratando de controlarme, avancé hacia él, sonriente y consciente de mi belleza, para arrojarme en sus brazos, consolarle con palabras cariñosas y, con la mano de mi hijo entre las mías, pronunciar palabras que restauraran los lazos rotos entre los vivos y los muertos.

Pero, ¡ay! ¡Ay de mí! Su cara estaba pálida de

terror, sus ojos eran como los de un animal

acorralado. Mientras yo avanzaba, él se alejaba de mí, y por fin se dio la vuelta y salió huyendo por el bosque. Hacia dónde, es algo que desconozco.

A mi pobre hijo, abandonado con su doble desolación, nunca he sido capaz de comunicarle ninguna sensación de mi presencia. Pronto, también él, pasará a esta Vida Invisible y le habré perdido para siempre.

UN DIAGNÓSTICO DE MUERTE

(A diagnosis of death)

–No soy tan supersticioso como algunos de tus doctores de ciencia, como tú te complaces en decir –dijo Hawver, replicando una acusación que no había sido hecha–. Algunos de ustedes, sólo algunos, confieso, creen en la inmortalidad del alma, y en apariciones que tú no tienes la honestidad de llamar fantasmas. No voy decir más que tengo la convicción que

los vivos algunas veces son vistos donde no están, en lugares donde han estado, donde ellos vivieron tanto tiempo, quizás tan intensamente, como para dejar sus impresiones en todo lo que los rodea. Lo sé, en efecto, puede ser que un ambiente pueda ser tan afectado por la personalidad de una persona como para impresionar, mucho después, una imagen de uno mismo a los ojos de otro. Indudablemente la personalidad impresa tiene que ser el tipo justo de personalidad y los ojos perceptores tienen que ser el tipo justo de ojos, los míos

por ejemplo.

–Sí, el tipo justo de ojos, sensaciones convincentes del lugar erróneo del cerebro – dijo el Dr. Frayley, sonriendo.

–Gracias; uno gusta tener sus expectativas gratificadas; esto es en réplica de lo que yo supongo que haría alguien civilizado.

–Perdón, pero tú dices que lo sabes. Es algo fácil de decir, ¿no crees? Quizás tu no pensarás en el problema de decirme como lo supiste.

–Tú lo llamarás una alucinación – dijo Hawver –pero no es tal cosa– y le contó la historia.

El último verano, como tú sabes, fui a pasar la temporada de calor a la ciudad de Meridian.

Los parientes cuya casa intentaba habitar estaban enfermos, así que busqué otros cuartos.

Luego de algunas dificultades renté una de las habitaciones vacantes que había sido ocupada por un excéntrico doctor llamado Mannering, quien se había ido varios años atrás, no se sabía a donde, ni siquiera su agente. Él había construido una casa y había vivido allí duran-

te diez años, acompañado por un viejo sirviente. Su práctica, no muy extensa, lo tuvo ocupado durante algunos años. Él también se vio abstraído de la vida social y se convirtió en un

recluso. Me lo contó un doctor del pueblo, que fue la única persona que tuvo alguna relación con él, que durante su retiro, se hizo devoto de una única línea de estudio, el resultado de lo que él expuso en un libro que no fue recomendado a la aprobación de sus colegas médicos, quienes, sin embargo le consideraron no enteramente sano.

No he visto el libro y no puedo recordar su título, pero me dijo que exponía una extraña teoría. Él decía que era posible que una persona de buena salud pudiera pronosticar su propia muerte con precisión, varios meses antes del evento. El límite, creo, eran dieciocho meses. Hubo cuentos locales sobre que había ejercido sus poderes de pronóstico, que quizás tu llames diagnóstico; y que las personas a las que advirtió el deceso, murieron súbitamente

en el plazo fijado, sin causa conocida. Todo es-

to, por cierto, no tiene nada que ver con lo que te dije; pienso que puede divertir a un médico. La casa estaba amueblada, como él había vivido ahí. Era una oscura morada para alguien que había sido un recluso más que un estudiante, y creo que me dio algo de su carácter, quizás algo del carácter de su anterior ocupante; siempre sentí una cierta melancolía que no estaba en mí disposición natural, según creo, debido a la soledad. No tenía sirvientes que durmieran en la casa, pero siempre tuve la adicción, como tu sabes, a la lectura. Cualquiera que fuera la causa, el efecto fue un rechazo y un sentido de mal inminente; esto fue especialmente en el estudio del Dr. Mannering, a pesar de que esta habitación era una de las más luminosas y aireadas de la casa. El retrato de tamaño real del doctor parecía dominarlo completamente. No había nada inusual en la foto; el hombre evidentemente lucía bien, unos cincuenta años de edad, con un cabello gris

metalizado, una cara recién afeitada y unos ojos oscuros y serios. Algo en la imagen siempre acaparaba mi atención. La apariencia del hombre se convirtió en familiar para mí, hasta me 'hechizó'.

Una tarde estaba paseando a través de esta habitación para ir a mi dormitorio, con una lámpara (no había gas en Meridian). Me paré, como era usual, frente al retrato, que parecía a la luz de la lámpara cobrar una nueva expresión, no fácilmente descriptible, pero realmente escalofriante. Me interesé pero no me inquieté. Moví la lámpara de un lado a otro y observé los efectos de alterar el punto de iluminación. Mientras estaba tan absorto sentí un impulso en voltearme. Y cuando lo hice ¡vi a un hombre que se movía a través de la habitación y se dirigía hacia donde yo estaba! Tan pronto como él se acercaba a la lámpara su

rostro se iluminó, y vi que era el Dr. Manning en persona; ¡era como si el retrato estuviera caminando!

'Le pido disculpas', dije, algo fríamente, 'pero si usted golpeó no lo escuché'.

Él me pasó, dentro de una braza, extendió su dedo índice como en advertencia, y sin una palabra, se marchó de la estancia, a pesar de que observé su ida no más que lo que vi su entrada.

Por supuesto, no necesito decirte que esto puede ser lo que tú llamarías una alucinación y lo que yo llamo una aparición. Esta habitación tiene sólo dos puertas, una de las cuales estaba cerrada; la otra llevaba al dormitorio, desde donde no había otra salida. Mi sentimiento sobre esto es que no es una parte importante del incidente.

Indudablemente esto te parecerá un lugar

común “el cuento de fantasmas” algo que uno construye sobre las líneas dejadas por los viejos maestros del arte. Si así fuera, no te lo habría contado, aún si hubiera sido verdad. Pero el hombre no está muerto; lo conocí hoy mismo en la Calle Unión.

Me cruzó entre una multitud.

Hawver finalizó su historia y ambos hombres se quedaron callados. El Dr. Frayley distraídamente golpeó la mesa con sus dedos.

—¿Te dijo algo hoy —preguntó—, alguna cosa que te haya hecho inferir que no estaba muerto?

Hawver lo miró fijamente y no replicó.

—Quizás —continuó Frayley— él hizo alguna señal, un gesto, alzó un dedo. Es un truco que él tenía, un hábito cuando decía algo serio, anunciando el resultado de un diagnóstico, por ejemplo.

–Sí, lo hizo, su aparición lo hizo. Pero, ¿por Dios! ¿Lo conocías?

Hawver estaba poniéndose aparentemente nervioso.

–Lo conocí. Leí su libro, como todo médico de hoy en día. Es una de las más importantes contribuciones del siglo a la ciencia de la Medicina. Sí, lo conocí; lo traté en su enfermedad durante los últimos tres años. Él murió.

Hawver buscó una silla, visiblemente incómodo. Dio un par de zancadas y se sentó. Luego se dirigió a su amigo, y en una voz no muy clara, dijo:

–Doctor, ¿tiene usted algo para decirme como médico?

–No, Hawver; tu eres el hombre más saludable que conocí. Como amigo te recomiendo que vayas a tu habitación. Tocas el violín como un ángel. Tócalo, toca algo alegre y jovial.

Ten este maldito asunto fuera de tu mente.

Al siguiente día Hawver fue hallado muerto en su habitación, el violín en su cuello, el arco sobre las cuerdas, su música se escuchó antes de la Marcha Fúnebre de Chopin.

EL MAESTRO DE MOXON

(*Moxon's master*)

—¿Lo dice en serio? ¿De veras cree que una máquina puede pensar?

La respuesta tardó en llegar. Moxon había concentrado su mirada en los fantásticos dibujos que proyectaban las llamas del hogar. Ya hacía unos días que yo observaba en él una tendencia creciente a postergar la respuesta a la más anodina de las preguntas. Y no obstante, tenía un aspecto preocupado, más que de meditación; era como “si su cerebro sólo pudiera estar ocupado en una sola cosa”.

—¿Qué es una máquina? —inquirió un poco

después—. Esta palabra tiene diversas acepciones. Por ejemplo, tomemos la definición de un diccionario: “Todo instrumento u organización por el que se aplica y hace efectiva la energía, o produce un efecto deseado.” De ser así, ¿acaso el hombre no es una máquina? Y admitirá usted que el hombre piensa... o eso se imagina.

—Si no desea responder a lo que le he preguntado —repliqué—, dígalo claramente. Usted se sale por la tangente, mi querido amigo. De sobra sabe que al referirnos a las máquinas, no hablamos de los hombres, sino de un objeto fabricado por él para su satisfacción.

—A veces no es así —objetó Moxon—. A veces es la máquina la que domina al hombre; a veces es la máquina la que se satisface.

Moxon se puso de pie y se aproximó al ventanal, en cuyos cristales tabaleaba la lluvia que

aún hacía más oscura aquella noche de tormenta.

–Perdóneme –sonrió luego, volviéndose de nuevo hacia mí–. No intentaba salirme por la tangente. Puedo responder a su pregunta de manera directa: opino que las máquinas piensan en el trabajo que realizan.

Desde luego, era una respuesta directa. Y no muy grata, ya que casi confirmaba mi suposición de que la devoción de Moxon por el estudio, y el trabajo en su taller no le beneficiaban

en absoluto. Por ejemplo, yo sabía que sufría de insomnio, dolencia que no es trivial en modo alguno. ¿Acaso esto estaba afectando a su cerebro? Su respuesta así parecía indicarlo. Tal vez hoy día no albergaría tal sospecha, pero en aquellos tiempos yo era muy joven, y la juventud, aunque lo niegue, siempre es ignorante.

–Bien, si carece de cerebro –proseguí la dis-

ción—, ¿cómo piensa la máquina?

La respuesta, esta vez más rápida, adoptó la forma de una pregunta, hablando en términos legales.

—¿Cómo piensa una planta, que tampoco posee cerebro?

—Ah, de manera que también las plantas piensan... Vaya, me encantaría conocer varias de sus conclusiones al respecto, aunque puede guardarse para usted las premisas.

—Tal vez sea posible para algunas personas deducir las convicciones de los actos propios.

Bien, no hablaré de los conocidos ejemplos de la sensible mimosa, de las flores insectívoras y

de aquellas cuyos estambres se inclinan y sacuden su polen sobre la abeja para que ésta lo transporte a otras flores. En mi jardín planté en cierta ocasión una trepadora. Cuando la planta surgió a la superficie, clavé una estaca

en la tierra a un metro de distancia de la planta. La trepadora se alargó inmediatamente en aquella dirección, más al cabo de unos días, cuando estaba a punto de alcanzar la estaca, la arranqué y la clavé en dirección opuesta. Inmediatamente, la enredadera cambió de orientación, trazó un ángulo agudo y volvió a alargarse hacia la estaca. repetí el experimento varias veces, siempre con idéntico resultado. Al fin, descorazonada la planta se dirigió hacia un árbol y empezó a trepar por su tronco.

Moxon hizo una pausa y reanudó sus explicaciones.

—Las raíces de los eucaliptos se prolongan de modo increíble en busca de humedad. Un agricultor relató que una raíz de eucalipto penetró en una tubería subterránea seca y la fue

siguiendo hasta que llegó a un muro de piedra que obturaba dicha tubería. La raíz, entonces,

salió de la tubería y recorrió la pared hasta hallar la abertura, por la que se introdujo, dando la vuelta en busca de la tubería por el otro lado del muro.

–¿Y bien...?

–¿No entiende lo que significa? Significa que las plantas tienen conciencia.

Demuestra que las plantas poseen raciocinio.

–De acuerdo, las plantas piensan. Mas no nos referíamos a plantas, sino a máquinas. Las máquinas pueden estar fabricadas, totalmente o en parte, de madera, que ha perdido su vitalidad, o ser metálicas en su conjunto. ¿Es que los minerales también piensan?

–Amigo mío, ¿qué otra explicación cabe darle al fenómeno de la cristalización?

–Nunca intenté explicarlo.

–En caso contrario tendría que admitir lo que no es posible negar, o sea la colaboración de manera inteligente entre los diversos elemen-

tos que constituyen los cristales. Cuando los soldados de un cuartel forman filas o cuadros, usted está seguro de que razonan. Cuando los patos silvestres, en sus emigraciones, forman una V, usted dice que es por instinto. Cuando los átomos homogéneos de un mineral cualquiera, que se mueven libremente en una solución, adoptan formas matemáticas de asombrosa perfección, o unas partículas húmedas se agrupan para construir los copos de nieve, usted no puede decir nada. Ni siquiera se ha inventado una palabra que disimule su inmensa sinrazón.

Moxon peroraba con gran seriedad y animación. De pronto, cuando calló, oí en una estancia contigua un sonido raro, como el golpeteo de una mesa con la palma de la mano. Se trataba del taller de Moxon, lugar al que nadie tenía acceso, aparte del dueño de la casa.

Moxon también oyó aquel ruido y, súbita-

mente excitado, se puso de pie y penetró en el taller. Me pareció extraño que hubiera alguien

allí dentro, y la curiosidad me hizo escuchar con suma atención, aunque no incurrí en la descortesía de aplicar el oído a la puerta. Hubo unos rumores confusos, como de lucha, y el suelo retembló. Luego oí también una respiración jadeante y un susurro ronco:

—¡Maldito seas!

Todo volvió a quedar en silencio. Moxon reapareció y observé que trataba de sonreír sin conseguirlo.

—Perdone que le haya dejado solo. Tengo ahí dentro una máquina que a veces pierde los estribos.

Al ver su mejilla izquierda, donde había cuatro arañazos paralelos y ensangrentados, comenté:

—Por lo visto, esa máquina tiene las uñas lar-

gas.

No estaba la cosa para chistes. Moxon no intentó ni siquiera sonreír. Se sentó de nuevo y continuó con su monólogo como si nada hubiera ocurrido.

–Sí, naturalmente, usted no está de acuerdo con quienes aseguran que toda la materia es sensible, que cada átomo es un ser individual, vivo y consciente. Yo sí.

La materia inerte, muerta, no existe; toda está viva; toda la materia posee fuerza, instinto, energía real y potencial. Toda la materia es sensible a las fuerzas que la rodean y puede asimilar las facultades que residen en organismos superiores con los que se pone en contacto, como por ejemplo las del hombre cuando transforma dicha materia en instrumentos.

La materia absorbe en tal caso parte de la inteligencia y de las intenciones del ser humano

que la modifica, haciéndolo en mayor grado cuanto más complicados sean el mecanismo y su trabajo a realizar.

Moxon se levantó para atizar las brasas del hogar y volvió a sentarse antes de continuar su discurso.

—¿Se acuerda de la definición de la “vida” dada por Hervert Spencer? Yo la conozco des-

de hace unos treinta años. Y al cabo de tanto tiempo me parece perfecta en toda su extensión. Creo que no sólo es la mejor definición de la vida, sino la única posible.

Tosió para aclararse la garganta, y citó con cierta pedantería:

—La vida es una combinación definida de cambios heterogéneos, simultáneos y sucesivos, relacionados con coexistencias y secuencias externas.

—Si —asentí—, eso define el fenómeno, pero —

objeté—, no aporta la menor clave para descubrir su causa.

—Claro, esto es cuanto puede hacer una definición —replicó Moxon—. Como dice Mills, lo único que sabemos de la causa es que se trata de un antecedente..., lo mismo que lo ignoramos todo del efecto, salvo que es una consecuencia. Sin embargo, nuestra percepción puede inducirnos a error; por ejemplo, quien haya visto a un conejo perseguido por un perro y no haya visto jamás conejos y perros por separa-

do, puede llegar a creer que el conejo es la causa del perro.

—Ah, creo que me desvíó de la cuestión principal —prosiguió Moxon con tono doctoral—. Lo que deseo destacar es que en la definición de la vida formulada por Spencer está incluida la actividad de una máquina; así, en esa definición todo puede aplicarse a la maquinaria.

Según aquel filósofo, si un hombre está vivo durante su período activo, también lo está una máquina mientras funciona. En mi calidad de inventor y fabricante de máquinas, afirmo que esto es absolutamente cierto.

Moxon quedó silencioso y la pausa se prolongó algún rato, en tanto él contemplaba el fuego de la chimenea de manera absorta. Se hizo tarde y quise marcharme, pero, no me seducía la idea de dejar a Moxon en aquella mansión aislada, totalmente solo, excepto la presencia de alguien que yo no podía imaginar ni siquiera quién era, aunque a juzgar por el modo cómo había tratado a mi amigo en el

taller, tenía que ser un individuo altamente peligroso y animado de malas intenciones. Me incliné hacia Moxon y le miré fijamente, al tiempo que indicaba la puerta del taller.

–Moxon –indagué – ¿quién hay ahí dentro?

Al ver que se echaba a reír, me sorprendí lo indecible.

—Nadie —repuso, serenándose—. El incidente que a usted le inquieta ha sido provocado por mi descuido al dejar en funcionamiento una máquina que no tenía en qué ocuparse, mientras yo me entregaba a la imposible labor de iluminarle a usted sobre algunas verdades.

¿Sabe, por ejemplo, que la Conciencia es hija del Ritmo?

—Oh, ya vuelve a salirse por la tangente —le reproché, levantándome y poniéndome el abrigo—. Buenas noches, Moxon. Espero que la máquina que usted dejó funcionando por equivocación, lleve guantes la próxima vez que intente usted pararla.

Sin querer observar el efecto de mi indirecta,

me marché de la casa. Llovía aún, y las tinieblas eran muy densas. Lejos, brillaban las luces

de la ciudad. A mis espaldas, la única claridad visible era la que surgía de una ventana de la mansión de Moxon, que correspondía precisamente a su taller. Pensé que mi amigo habría reanudado los estudios interrumpidos por mi visita. Por extrañas que me parecieran en aquella época sus ideas, incluso cómicas, experimentaba la sensación de que se hallaban relacionadas de forma trágica con su vida y su carácter, y tal vez con su destino. Sí, casi me convencí de que sus ideas no eran las elucubraciones de una mente enfermiza, puesto que las había expuesto con lógica claridad. Recordé una y otra vez su última observación: “La Conciencia es hija del Ritmo”. Y cada vez hallaba en ella un significado más profundo y una nueva sugerencia. Constituían, sin duda alguna, una base sobre la que asentar una filosofía. Si la conciencia es producto del ritmo, todas las cosas son conscientes puesto que to-

das tienen movimiento, y el movimiento siempre es rítmico. Me pregunté si Moxon comprendía el significado, el alcance de esta idea, si se daba cuenta de la tremenda fuerza de aquella trascendental generalización. ¿Habría llegado Moxon a su fe filosófica por la tortuosa senda de la observación práctica? Aquella fe era nueva para mí, y las afirmaciones de Moxon no habían podido convertirme a su causa; mas de pronto tuve la impresión de que brillaba una luz muy intensa a mi alrededor, como la que se abatió sobre Saulo de Tarso, y en medio de la soledad y la tormenta, en medio de las tinieblas, experimenté lo que Lewes denomina “la infinita variedad y excitación del pensamiento filosófico”. Aquel conocimiento adquiriría para mí nuevos sentidos, nuevas dimensiones. Me pareció que echaba a volar, como si unas alas invisibles me levantarán del suelo y me impulsasen a través del ai-

re.

Cediendo al impulso de conseguir más información de aquel a quien reconocía como maestro y guía, retrocedí y poco después volví a estar ante la puerta de la residencia de Moxon.

Estaba empapado por la lluvia que caía sin cesar, mas no experimentaba ninguna molestia. Ni siquiera se me ocurrió golpear con el aldabón, sino que giré el pomo de la puerta; no tardé en estar de nuevo en la estancia que poco antes había abandonado.

Todo estaba a oscuras y en silencio, como suponía.

Moxon, claro está, se hallaba en el taller. Tanteé la pared hasta hallar la puerta de comunicación y llamé varias veces sin obtener respuesta, lo que atribuí al estruendo de la tempestad que rugía fuera.

Jamás había sido invitado a penetrar en el taller. En realidad, Moxon me había prohibido entrar allí, como a todo el mundo, con una sola excepción: la de un hábil obrero metalúrgi-

co, de quien nadie sabía nada, salvo que se llamaba Haley, muy callado por naturaleza.

En mi excitación espiritual, olvidé toda discreción y abrí bruscamente la puerta. Lo que vi me arrancó al momento de mis especulaciones filosóficas. Moxon estaba sentado frente a la puerta, ante una mesita sobre la que una vela proyectaba la única luz de la habitación. Delante de él, de espaldas a mí, había otra persona. Encima de la mesa, entre ambos, había un tablero de ajedrez; al ver pocas piezas encima del mismo intuí que la partida se hallaba muy avanzada. Moxon demostraba un enorme interés, aunque no tanto, al parecer, en el juego como en su contrincante, al que miraba de

forma tan intensa y penetrante que, pese a estar directamente en su campo visual, no se fijó en mi presencia.

Tenía el semblante muy pálido y sus pupilas relucían como carbunclos. A su adversario sólo le veía la espalda, pero aquello me bastó, pues creo que en mi interior no deseaba verle

el rostro. Por lo visto, sólo medía metro veinte de estatura, con unas proporciones semejantes a las de un gorila, muy ancho de hombros, cuello corto y recto, y una cabeza cuadrada con un fez colorado sobre una enmarañada mata de pelambre. Una túnica, también colorada, cubría la parte superior de su cuerpo, cayendo en pliegues sobre el asiento, que era una especie de cajón, en donde aquel extraño personaje se hallaba casi encaramado. Las piernas y los pies resultaban invisibles. Su antebrazo izquierdo se apoyaba sobre su regazo,

al parecer; movía las piezas con la mano derecha, que era colosalmente larga y ancha.

Me aparté ligeramente a un lado; de esta manera, si Moxon levantaba la vista sólo vería la puerta abierta. No sé qué me impedía entrar del todo o retirarme, pues tenía la sensación de estar ante una tragedia inminente, por lo que pensé que si me quedaba tal vez tendría ocasión de acudir en ayuda de mi amigo. Sin rebelarme contra lo indelicado de mi acción,

me quedé.

La partida se realizaba velozmente. Moxon apenas miraba el tablero antes de efectuar un movimiento, nervioso y rápido. Su contrincante, en cambio, movía las piezas lentamente, de manera uniforme, mecánica. Era un espectáculo imponente; y me estremecí. Claro que ello podía deberse al agua que empapaba mis ropas.

Tras mover una pieza, y por dos o tres veces, el extraño ser inclinó levemente la cabeza, y observé que en cada ocasión, Moxon movía su rey. De repente se me ocurrió que aquel hombre era mudo. Luego pensé que se trataba de una máquina. ¡Un jugador de ajedrez automática! Recordé que, en cierta ocasión, Moxon me había explicado que acababa de inventar un mecanismo de tal especie, aunque no creí que lo hubiese construido ya.

Lo que Moxon había hablado aquella misma noche respecto a la conciencia y la inteligencia de las máquinas, ¿era sólo un preludio a una

exhibición de tal ingenio..., un simple truco para aumentar el efecto de su acción mecánica sobre mí, en la ignorancia de su secreto? ¡Precioso final para mis arrebatos intelectuales, para mi “infinita variedad y excitación del pensamiento filosófico”! Iba ya a retirarme muy

enojado, cuando algo llamó mi atención. Observé que aquel ser encogía sus inmensos hombros, como con irritación, mas el movimiento era tan natural, tan totalmente humano, que me desconcertó. Aquello no fue todo, pues un instante más tarde golpeó la mesa con el puño. Ante aquel gesto, Moxon pareció incluso más desconcertado que yo. Como alarmado, echó su silla hacia atrás.

Súbitamente, Moxon levantó una mano provista de una pieza de ajedrez, y la dejó caer, gritando:

—¡Jaque mate!

Se puso en pie velozmente y se situó detrás de la silla. El autómata continuó sentado, inmóvil, en plena concentración.

Fuera, ya no rugía el viento, pero a intervalos se oía el estruendo sordo del trueno. Mezclado al mismo, se oía como un zumbido que parecía

proceder del cuerpo del autómeta, como si su mecanismo se hubiera descoyuntado. No tuve tiempo de reflexionar mucho, pues mi atención volvió a ser atraída por los extraños movimientos del autómeta. Parecía haberse apoderado de su cuerpo una leve pero continua convulsión. Su cuerpo y su cabeza se estremecían como si fuera presa de un ataque de epilepsia, y el movimiento progresó hasta que todo aquel ser estuvo violentamente agitado.

Se puso en pie con brusquedad, derribó la mesa al hacerlo, y extendió ambos brazos al frente, con la postura del nadador que está a punto de zambullirse en el agua.

Moxon quiso retroceder, pero ya era tarde; vi las manos del extraño personaje cerrarse en torno a la garganta de un amigo, unos instantes antes de que la vela, que cayó al suelo al volcarse la mesa, se apagara, dejando a oscu-

ras la habitación. No obstante esto, el rumor de la lucha era perfectamente audible, siendo lo más horrible los estertores de Moxon en sus desesperados esfuerzos por respirar.

Guiado por aquel ruido, traté de acudir en ayuda de mi amigo, mas apenas había dado un paso cuando la estancia quedó inundada de claridad, una claridad casi cegadora que imprimió en mi cerebro, mi corazón y mi recuerdo una visión lúcida de los combatientes caídos en tierra. Moxon se hallaba debajo, con la garganta apesada todavía por aquellas manazas de hierro, con los ojos desorbitados, la lengua fuera. Y, ¡oh contraste espantoso!, en el pintado semblante de su asesino, se veía una expresión meditabunda y serena, como si estuviese ocupado en la solución de un problema de ajedrez. Un momento más tarde..., todo estuvo en tinieblas y en completo silencio.

Recobré el conocimiento tres días más tarde en el hospital. Cuando recordé aquel trágico

suceso, reconocí en el hombre que me atendía

al obrero metalúrgico que había trabajado para Moxon. Si, era Haley. Respondiendo a mis miradas, se me aproximó con la sonrisa a flor de labios.

–Cuéntemelo todo –le supliqué débilmente–.

Absolutamente todo.

–Claro –sonrió–. Le trajeron aquí inconsciente, desde una casa incendiada, la de Moxon.

Nadie sabe por qué estaba usted allí. También sigue en misterio el origen del incendio. Mi opinión personal es que la casa fue alcanzada por un rayo.

–¿Y Moxon?

–Ayer lo enterraron. Bueno, lo que quedaba de él.

Por lo visto, aquel hombre tan silencioso en algunas ocasiones, sabía ser amable y comunicativo en otras. Transcurridos unos segundos,

formulé otra pregunta.

–¿Quién me salvó?

–Pues si tanto le interesa saberlo..., yo.

Gracias, amigo Haley y que Dios le bendiga.

¿Salvó también usted a aquel fascinante producto de su habilidad, el jugador de ajedrez autómatas que asesinó a su creador?

El obrero permaneció largo rato en silencio, sin mirarme. Finalmente, volvióse hacia mí y preguntó:

–¿Está usted enterado de esto?

–Desde luego. Yo vi cómo estrangulaba a Moxon.

Todo esto sucedió muchos años atrás. Si hoy me lo preguntasen, mi respuesta sería mucho menos categórica.

UNA DURA PELEA

(A tough tussle)

Durante una noche de otoño de 1861, un hombre solitario estaba sentado en el corazón de un bosque de la Virginia occidental. Por aquella época, Cheat Mountain era una de las regiones más salvajes del continente, y todavía lo es.

Sin embargo, no faltaban personas en los alrededores. A dos millas de distancia estaba el campamento, ahora silencioso, de toda una brigada federal. En algún otro sitio quizá más cercano, estaban las fuerzas del enemigo, cuyo número se ignoraba.

Esta ignorancia de la posición y el número de las tropas confederadas explicaba la presencia del hombre en aquel lugar solitario. Era un joven oficial de un regimiento de la infantería federal, encargado de proteger contra cualquier sorpresa a sus camaradas dormidos en el campamento. Estaba al frente de un piquete de avanzada.

Al caer la noche, había apostado a su pequeño grupo siguiendo una línea aparentemente caprichosa, pero determinada por la naturaleza del terreno, a muchas yardas del lugar donde ahora estaba sentado. La línea recorría el bosque, entre los peñascos y los arbustos de laureles; los hombres, disimulados a quince o veinte pasos los unos de los otros, habían recibido la orden formal de guardar silencio absoluto y de mantenerse en constante vigilancia. A las cuatro horas, si nada sucedía, serían revelados por un fresco destacamento de la reserva que en aquel instante descansaba, a cargo de su capitán, hallándose situado a la izquierda y hacia dentro del bosque.

Antes de apostar a sus hombres, el joven oficial del que hablamos indicó a los dos sargentos el lugar donde podían encontrarle, en caso de que necesitaran, ya sus directivas, ya su

presencia en línea del frente.

Era un lugar bastante tranquilo: la encrucijada de un viejo camino forestal, en cuyos dos

brazos, que se prolongaban sinuosamente bajo la pálida claridad de la luna, montaban guardia los sargentos a pocos pasos detrás de la línea.

Si un ataque brusco del enemigo les obligaba a retroceder velozmente —y no se espera que los piquetes de avanzada resistan después de haber hecho fuego— los hombres tomarían las rutas convergentes y las seguirían hasta la encrucijada del camino donde se podrían reunir y formar de nuevo.

Dentro de su humilde esfera, el teniente se mostraba bastante buen estratega; si Napoleón hubiera concebido un plan tan inteligente en Waterloo, habría ganado la batalla y solo después hubiera sido destronado.

El subteniente Brainerd Byring era un valiente y competente oficial, a pesar de su juventud y de su relativa falta de experiencia en el arte de matar a sus semejantes. Se había alistado como simple soldado en los primeros días de la guerra, sin tener el menor conocimiento del

oficio militar; nombrado al principio sargento de su compañía, gracias a su educación y a sus modales seductores, tuvo la suerte de que una bala de los confederados matara a su capitán: las promociones subsiguientes le valieron su ascenso.

Había participado en los combates de Philippi, Rich Mountain, Carrik's Ford y Greenbrier, y se había comportado con tanto denuedo que no pudo menos de atraer la atención de sus oficiales superiores. Le agradaba la exaltación de la batalla, pero el espectáculo de los muertos, con sus caras de arcilla, sus ojos

ausentes, sus cuerpos rígidos, monstruosamente arrugados o hinchados, le había producido siempre un efecto intolerable.

Le inspiraba una especie de antipatía irrazonada, todavía más fuerte que esa repugnancia física y mental común a todos los hombres; sin duda, a causa de su sensibilidad extraordinariamente viva, de su intenso sentido de la belleza, ultrajada por aquellos odiosos cadáveres.

Sea como fuere, no podía mirar un cadáver sin un asco en que entraba cierto resentimiento. La dignidad de la muerte, que otras personas respetan, le parecía inconcebible... La muerte merecía odiarse. No era pintoresca, ni había en ella nada tierno ni solemne; era lúgubre, horrible, en todas sus manifestaciones y sugerencias.

Quizá el teniente Byring, fuera un hombre más valeroso de lo que sus compañeros ima-

ginaban, porque nadie imaginaba su horror hacia aquello que estaba dispuesto a sobrellevar en cualquier instante.

Después de haber apostado a sus hombres, instruido a sus sargentos y de haberse retirado a su puesto, se sentó en el tronco de un árbol. Allí, con todos los sentidos en acecho, empezó su vigilia. Para estar más cómodo, se aflojó el cinturón, sacó el pesado revólver de su cartuchera y lo colocó sobre un tronco. Sí, estaba realmente cómodo, aunque no se diera cuenta de ello porque escuchaba atentamente para

distinguir el menor ruido amenazador: Un grito, un disparo, los pasos de alguno de sus sargentos que viniera a informarle de una noticia importante. Del vasto, invisible océano de claridad lunar, acá y allá caía un hilo de luz rota que salpicaba las ramas y se escurría hasta la tierra formando pequeños charcos blancos en-

tre los grupos de laureles.

Pero esos escasos resplandores no hacían sino acentuar las tinieblas circundantes, que la imaginación de Byring poblaba de figuras extrañas, amenazadoras, sobrenaturales, o meramente grotescas.

Cualquiera que haya conocido por experiencia la portentosa coalición de la noche, la soledad y el silencio en el corazón de un gran bosque, sabe hasta qué punto lo transforma en un mundo que nada tiene que ver con el nuestro. Todos los objetos, hasta los más triviales y familiares, revisten un carácter extraño. Los árboles se agrupan de diferente manera, se aproximan unos a otros, como para defenderse

del miedo. El silencio mismo es de muy distinta calidad que el silencio diurno. Y está lleno murmullos apenas perceptibles, de murmullos estremecedores, fantasmas de ruidos ya muer-

tos. También hay sonidos vivaces, como no se oyen nunca en otras circunstancias: notas de insólitos pájaros nocturnos, gritos de animalitos que afrontan bruscamente furtivos enemigos, o los sueñan, susurros de hojas secas – quizá el brinco de una rata de los bosques, o las pisadas de una pantera—. ¿Por qué han cruji- do esas ramitas? ¿Por qué ese lamento aho- gado, asustado, en esa mata llena de pájaros?

Hay ruidos sin nombre, formas sin sustancia, traslaciones en el espacio de objetos que nunca hemos visto moverse, y movimientos de obje- tos que no cambian de lugar. ¡Ah, hijos del sol y de la iluminación a gas, qué poco conocen ustedes del mundo en que viven!

Aunque rodeado de amigos armados y aler- tas, Byring se sentía absolutamente solo.

Abandonado a la influencia solemne y miste-

riosa del momento y del lugar, había olvidado

la naturaleza del vínculo que le unía a las faces de la noche, a sus aspectos visibles y audibles. El bosque era ilimitado; no existían los hombres y las habitaciones de los hombres. El universo era un misterio primitivo de tinieblas, informe, vacío, y él era el único en preguntarle calladamente su eterno secreto.

Absorto en los pensamientos nacidos de aquel estado de ánimo, había dejado que el tiempo huyera sin prestarle atención. Mientras tanto, los pocos charcos de luz blanca esparcidos en la maleza habían cambiado de tamaño, de aspecto, de lugar. En medio de uno de ellos, muy cerca, justo al borde del camino, su mirada cayó sobre algo que no había observado antes. Estaba allí, casi frente a él, pero hubiese jurado que minutos antes no estaba.

Era una silueta humana, acostada, en parte cubierta por la sombra. Instintivamente, se ajustó el cinturón y tomó el revólver: pertenecía de nuevo al mundo de la guerra, de nuevo

tenía que ejercer su oficio de asesino.

La silueta yaciente no se movía. Byring se levantó, revólver en mano. Se acercó. El cuerpo descansaba sobre la espalda; la cabeza y el pecho no estaban iluminados, pero Byring, mirando atentamente, vio que se hallaba en presencia de un cadáver. Se volvió, estremeciéndose, con una sensación de malestar y de asco. Después, sentándose nuevamente en el tronco y olvidando toda prudencia militar, encendió un cigarro. La súbita oscuridad que siguió a la extinción de la llama le causó alivio: ya no podía ver el objeto de su odio. Sin embargo, mantuvo los ojos fijos en su dirección hasta que se le pareció de nuevo con creciente nitidez. Parecía haberse acercado un poco.

—¡Maldito sea! —murmuró—. ¿Qué quiere? No parecía querer nada más que un alma. Byring apartó los ojos y empezó a canturrear, pero se

detuvo en un compás para mirar al muerto.
Su presencia le turbaba, aunque hubiese sido
difícil tener un vecino más tranquilo. Además,

le invadía una emoción vaga, indefinible,
completamente nueva para él. No era temor.
Era, más bien, el sentimiento de lo sobrenatu-
ral... Y en lo sobrenatural no creía para nada.

*Debo haberlo heredado –se dijo–. Se necesitarán
mil años, supongo, acaso diez mil, para que la
humanidad consiga librarse de un sentimiento co-
mo este. ¿Dónde y cuándo pudo nacer? Probable-
mente, en eso que se llama la cuna de la raza
humana: las llanuras del Asia Central. Nuestros
bárbaros antepasados nos han legado en forma de
superstición lo que fue para ellos una convicción
razonable. Se creían justificados, sin duda, por
hechos cuya naturaleza no podemos siquiera conje-
turar y que les permitía ver en los cadáveres a seres
malignos, dotados de una extraña y eficaz perversi-*

dad, tal vez con la voluntad y la intención de ejercerla. Era, quizá, una de las doctrinas esenciales de su atroz religión, asiduamente enseñada por sus sacerdotes, de igual modo que los nuestros predicán la inmoralidad del alma. A medida que los arios se desplazaron hacia el oeste, a través del Cáucaso, y

se esparcieron por Europa, nuevas formas de vida debieron dar por resultado nuevas religiones. La antigua creencia en la malignidad de los muertos ha desaparecido de su fe, pero ha dejado su herencia de espanto que nos ha sido transmitida de generación en generación... y que forma parte de nosotros mismos a igual título que nuestra sangre y nuestros huesos.

Llevado por sus pensamientos, fue olvidando la causa que los sugirió. De pronto, miró de nuevo el cadáver. Ahora la sombra lo había dejado casi al descubierto. Observó el perfil anguloso, el mentón en el aire, el rostro de una

palidez espectral bajo el claro de luna.

Llevaba el uniforme gris de los confederados. La chaqueta y el chaleco, desabotonados estaban abiertos y caídos a uno y otro lado, dejando ver la camisa blanca. El tórax parecía singularmente abombado; el abdomen, en cambio, se había hundido, proyectando una aguda saliente en la línea de las costillas inferiores. Los brazos estaban extendidos; la rodi-

lla izquierda, en alto. La actitud toda le dio a Byring la impresión de haber sido estudiada para crear un efecto de horror.

—Bah! —exclamó—. Era un actor... Sabe cómo hay que estar muerto.

Apartó los ojos, los dirigió resueltamente hacia uno de los caminos que conducían a la primera línea, y prosiguió su meditación filosófica donde la había dejado.

Quizá nuestros antepasados del Asia Central no

tenían la costumbre de enterrar a los huertos. En ese caso, es fácil comprender el temor que les inspiraban. Eran, en realidad, una amenaza y un flagelo. Causaban epidemias. A los niños, les enseñaban a evitar los lugares donde yacían los muertos; a huir, si por inadvertencia pasaban junto a un cadáver. Creo, en verdad, que haría mejor en alejarme de este individuo.

Se levantó para irse. Después recordó haberle dicho a sus hombres que aguardaban la hora del relevo –a los soldados apostados adelante y al oficial detrás– que fuera cuando fue-

se podían encontrarle en la encrucijada del camino. Si abandonaba su puesto, podían suponer que había tenido miedo del cadáver. No era un cobarde, y no quería ponerse en ridículo ante nadie.

Se sentó una vez más, y para probar su valentía miró audazmente al muerto. El brazo

derecho —el más distante— se hallaba ahora en la sombra. Apenas podía distinguir la mano que, como antes observó, yacía junto al grupo de laureles. No había el menor cambio en su aspecto, y eso le dio cierta satisfacción, no hubiera podido decir por qué.

No apartó los ojos en seguida: lo que no queremos ver ejerce sobre nosotros un extraño poder de fascinación, a veces irresistible. Las personas ingeniosas se muestran injustas con la mujer que se cubre los ojos con las manos y mira entre los dedos.

Bruscamente, tuvo conciencia de un dolor en la mano derecha. Desvió los ojos de su enemigo para mirársela: apretaba con tanta fuerza la

empuñadura del sable que le hacía daño. Observó también que estaba inclinado hacia adelante, los músculos tensos, replegados sobre sí, como un gladiador pronto a saltar al cuello de

su adversario. Apretaba los dientes y respiraba con fuerza.

De inmediato volvió en sí, relajó los músculos, aspiró profundamente el aire, y entonces percibió todo el ridículo del incidente. Se echó a reír. ¡Cielos! ¿Qué ruido era ese? ¿Qué despreocupado demonio se abandonaba a un perverso júbilo haciendo mofa de la alegría humana? De un brinco se puso de pie y miró a su alrededor: no reconocía su propia risa.

Ya le era imposible disimular ante sí mismo la realidad atroz de su cobardía: ¡estaba terriblemente asustado! Hubiera querido alejarse de aquel sitio, pero sus piernas se doblaban, negándose a obedecerle; entonces volvió a sentarse en el tronco del árbol.

Temblaba violentamente. Tenía la cara empapada, el cuerpo bañado en un sudor helado.

Ni siquiera podía gritar. Detrás, oía distinta-

mente un paso furtivo, algún animal feroz, acaso, y no se atrevía a mirar por encima del hombro.

¿Es que los seres vivos sin alma habían unido sus fuerzas a las de aquel muerto sin alma?

¿Es que sería un animal? ¡Ah, si pudiera estar seguro de ello! Pero no había esfuerzo de la voluntad que le permitiese ahora separar sus ojos del rostro del muerto.

Lo repito: el teniente Byring era un hombre valeroso e inteligente. Pero ¿qué quieren ustedes? ¿Es que un hombre solo puede medirse con la monstruosa conjura de la noche y de la soledad y del silencio y de la muerte, mientras las innumerables huestes de sus propios antepasados le gritan al oído sus cobardes consejos, captan en su corazón lamentables cantos fúnebres y drenan todo el hierro de su sangre misma? Las condiciones son harto desiguales. El valor no es capaz de afrontar tan dura pelea.

Ahora le posee la convicción de que el cadáver se ha movido. Está más lejos de la mancha de luz donde yacía. No cabe la menor duda. Y también ha movido los brazos. Miren ustedes: ¡ahora ambos brazos están en las tinieblas!

Una bocanada de aire frío golpea a Byring en la cara; por encima de su cabeza, las ramas de los árboles se agitan y gimen. Una sombra nítida pasa por el rostro del muerto, después lo deja expuesto a la luz, después vuelve hacia atrás y lo oculta a medias.

¡El horrible cadáver se mueve, se mueve indiscutiblemente!

En ese momento suena un disparo, ¡el más fuerte pero más distante que haya oído jamás ningún mortal! Y el disparo rompe el silencio y la soledad, dispersa las obstinadas huestes del Asia Central, hace renacer en su espíritu el valor del hombre moderno. ¡Con un grito se-

mejante al de un gran pájaro que cae sobre su presa, Byring da un salto y avanza, ardoroso como nunca, dispuesto a combatir!

Ahora, en el frente, se oye disparo tras disparo. Se oyen gritos confusos, ruidos de cascos, vítores incoherentes. Detrás, en el campamento adormecido, se oye el canto de los clarines y el gruñido de los tambores. Hasta la encrucijada del viejo camino forestal, abriéndose paso a través de los árboles, volviéndose para tirar al azar mientras corren, llegan por ambos lados los piquetes de soldados federales en plena retirada. Unos cuantos rezagados que se habían replegado a lo largo de uno de los dos brazos del camino, de acuerdo con las instrucciones recibidas, se apartan de golpe y entran en la maleza, mientras cincuenta jinetes pasan junto a ellos blandiendo furiosamente los sables y haciendo un ruido atronador.

Con la cabeza hundida, esos locos jinetes galopan junto al lugar donde Byring se halla sentado, gritando y disparando sus pistolas. Momentos después se oye un crepitar de fusilería seguido de un fuego decreciente: las tropas de asalto acaban de enfrentarse con las de reser-

va, apostadas en la otra línea. Y vuelven en terrible desorden, con más de una silla vacía un caballo enloquecido, herido, por alguna bala, dando coces y relinchando de dolor. Todo ha terminado: «Una escaramuza de los puestos de avanzada».

A la mañana siguiente, muy temprano, un grupo de fajina, bajo las órdenes de un capitán y acompañado por el cirujano, busca a los muertos y heridos. En la encrucijada del camino, hacia un lado, encuentran dos cadáveres, uno junto al otro: el de un oficial del ejército federal y el de un soldado raso confederado.

El oficial muerto yacía de bruces en un charco de sangre, con la espada todavía clavada en el pecho. Lo pusieron boca arriba y el cirujano le retiró el arma.

—¡Dios mío! —exclamó el capitán—. ¡Es Byring!

Agregó, mirando al otro: —Ha sido una dura pelea. El cirujano examinaba la espada. Era la de un oficial de la infantería federal, exacta a la que usaba el capitán. En realidad, era la es-

pada de Byring. La otra arma que descubrieron fue un revólver con las balas intactas, colgado del cinturón del muerto. El cirujano puso la espada en el suelo y se aproximó al segundo cadáver. Estaba atrozmente acuchillado, pero no había en él rastros de sangre. Tomándolo por el pie izquierdo, trató de estirar la pierna encogida. A los muertos no les gusta que los muevan, y éste lo demostró exhalando un leve olor nauseabundo. Ahora, donde había estado

acostado, unas cuantas larvas ejercitaban su
imbécil actividad...

El cirujano miró al capitán. El capitán miró al
cirujano.

UNO DE GEMELOS

UNA CARTA ENCONTRADA ENTRE LOS
PAPELES DEL DIFUNTO MORTIMER BARR

*(One of twins. A letter found among
the papers of the late Mortimer Barr)*

Me preguntas si en mi experiencia como
miembro de una pareja de gemelos he obser-
vado alguna vez algo que resulte inexplicable
por las leyes naturales a las que estamos acos-
tumbrados. Tú mismo juzgarás; tal vez no to-
dos estemos acostumbrados a las mismas leyes
de la naturaleza. Puede que tú conozcas algo
que yo no sé, y que lo que para mí resulta in-
explicable sea muy claro para ti.

Conocías a mi hermano John, es decir, le co-

noías cuando sabías que yo no estaba presente; pues creo que ni tú ni ningún otro ser humano podía distinguimos cuando decidíamos ser exactamente iguales. Nuestros padres tampoco; el nuestro es el único caso que he conocido de un parecido tan completo. Hablo de mi hermano John, aunque no estoy del todo

seguro de que su nombre no fuera Henry y el mío John. Fuimos bautizados del modo normal, pero después, en el momento de tatuarnos unas pequeñas marcas para distinguimos, el individuo que lo hizo se despistó; y aunque yo tengo en el brazo una pequeña «H» y él llevaba una «J», eso no quiere decir que las letras no pudieran haber sido traspuestas. Durante la infancia nuestros padres intentaron distinguimos por la ropa y otros detalles simples, pero solíamos cambiarnos las prendas con tanta frecuencia y burlábamos al enemigo de

formas tan diversas que abandonaron todos esos intentos ineficaces, y durante los años que vivimos juntos en casa todo el mundo reconocía la dificultad de la situación y hacía lo que podía llamándonos a ambos «Jehnry». A veces me he asombrado de la paciencia de mi padre al no marcarnos de un modo visible sobre nuestras indignas cejas, pero como éramos buenos chicos y utilizábamos nuestra capacidad de desconcierto e irritación con una mo-

deración digna del mayor encomio, conseguimos escapar al hierro. De hecho, mi padre era un hombre especialmente afable y creo que en el fondo disfrutaba con aquella broma de la naturaleza.

Después de llegar a California y establecernos en San José (donde la única fortuna que nos esperaba era conocer a un amigo tan agradable como tú), la familia, como ya sabes, se

vio destrozada por la muerte de mis padres, acaecida en la misma semana. Mi padre murió insolvente y la propiedad familiar fue sacrificada para hacer frente al pago de las deudas. Mis hermanas tuvieron que volver a vivir con nuestros parientes del Este, pero John y yo, que por entonces teníamos veintidós años, conseguimos gracias a tu amabilidad un empleo en San Francisco, en distintos barrios de la ciudad. Las circunstancias no nos permitieron vivir juntos y nos veíamos de tarde en tarde, a veces no más de una vez por semana. Como teníamos pocos amigos en común, el

hecho de nuestro extraordinario parecido era apenas conocido. Y ahora voy al tema de tu pregunta.

Un día, a la caída de la tarde, poco después de llegar a esta ciudad, iba por la calle Market cuando se me acercó un individuo de mediana

edad, bien vestido, que me saludó cordialmente y me dijo: «Stevens, sé que no sales mucho, pero le he hablado de ti a mi mujer y le encantaría que vinieras a casa. También sé que mis hijas merecen ser conocidas. ¿Por qué no vienes a cenar con nosotros, *en famille*, mañana a las seis? Después, si las damas no consiguen divertirse, te prestaré mi apoyo ofreciéndote jugar unas partidas de billar.»

Todo esto lo dijo con una sonrisa tan simpática y de un modo tan atractivo que no tuve valor para rehusar; y aunque no había visto a aquel tipo en mi vida dije inmediatamente:

«Es usted muy amable, señor, y me complace mucho aceptar su invitación. Por favor, presente mis respetos a Mrs. Margovan y dígame

que allí estaré.»

Tras un apretón de manos y unas amables palabras de despedida, el individuo continuó

su camino. Era evidente que me había confundido con mi hermano. Ése era un error al que estaba acostumbrado y que no solía corregir a menos que el asunto fuera importante. Pero ¿cómo había descubierto yo que el nombre de aquel individuo era Margovan? Ciertamente no es el tipo de nombre que uno aplicaría a un individuo escogido al azar con la esperanza de acertar. De hecho, aquel nombre me resultaba tan extraño como el propio individuo.

A la mañana siguiente me dirigí rápidamente al lugar en que mi hermano trabajaba y me lo encontré cuando salía de la oficina con un montón de facturas para cobrar. Le conté cómo le había «comprometido» y añadí que si no tenía inconveniente en mantener la cita estaría encantado de seguir suplantándole.

—Sí que es raro —dijo pensativo—. Margovan es el único de la oficina que conozco bien y

que me agrada. Cuando entró esta mañana, después de intercambiar los saludos habituales, un extraño impulso me animó a decirle: «Oh, perdone, Mr. Margovan, pero olvidé pedirle su dirección.» Tengo la dirección, aunque hasta ahora no tenía la menor idea de lo que iba a hacer con ella. Me parece bien que te ofrezcas a aceptar las consecuencias de tu atrevimiento pero, si no te importa, seré yo quien acuda a esa cena.

Asistió a varias cenas en el mismo lugar; a más de las que le convenían, he de añadir sin menospreciar su calidad, porque se enamoró de Miss Margovan, la pidió en matrimonio y su petición fue aceptada sin ninguna piedad. Unas cuantas semanas después de haber sido informado del compromiso, aunque antes de que fuera oportuno que yo conociera a la joven y a su familia, me encontré un día en la calle Kearney a un individuo bien parecido, aunque de aspecto disoluto, al que me sentí

impulsado a seguir y vigilar, cosa que hice sin

el menor escrúpulo. Subió por la calle Geary y continuó por ella hasta llegar a la plaza de la Unión. Una vez allí, consultó su reloj y entró en la plaza. Comenzó a pasear de acá para allá, señal evidente de que esperaba a alguien. Entonces se le acercó una joven muy guapa, vestida a la moda, y los dos se dirigieron hacia la calle Stockton, y yo tras ellos. Sentí la necesidad de ser precavido en extremo porque, aunque la joven me resultaba desconocida, me dio la impresión de que podría reconocerme si me veía. Dieron varias vueltas yendo de una calle a otra y, finalmente, después de echar un rápido vistazo alrededor (que yo evité de milagro escondiéndome en un portal), entraron a una casa de la que prefiero no consignar su situación. Ésta era mejor que su aspecto.

Declaro solemnemente que mi actitud al es-

piar a aquellos dos extraños no tenía ningún motivo especial. Es algo de lo que podría avergonzarme o no, según yo estimara el carácter de la persona que lo descubriera. Pero

como es una parte esencial de la narración surgida a raíz de tu pregunta, se relata aquí sin vacilaciones ni vergüenzas.

Una semana más tarde John me llevó a la casa de su futuro suegro, y en Miss Margovan, como ya debes de haber supuesto, reconocí a la heroína de aquella aventura deshonrosa, lo cual me causó gran asombro. He de admitir en justicia que se trataba de la heroína verdaderamente bella de una aventura deshonrosa; pero el hecho era sólo importante por eso: su belleza fue tan sorprendente para mí que arrojó una sombra de duda sobre su semejanza con la joven que había visto. ¿Cómo pudo la maravillosa fascinación de su rostro haber

dejado de sorprenderme en aquella ocasión?

Pero no; no había posibilidad de error. La diferencia se debía sólo a la ropa, a la luz y al entorno general.

John y yo pasamos la tarde en la casa, aguantando las bromas que nuestro parecido suscitaba con ayuda de la fortaleza adquirida tras

una larga experiencia. Cuando aquella joven dama y yo nos quedamos a solas unos minutos, la miré directamente a la cara y, con una seriedad repentina, le dije:

–Miss Margovan, usted también tiene un doble: lo vi el martes pasado en la plaza de la Unión.

Por un momento apuntó sus enormes ojos grises hacia mí, pero su mirada era menos firme que la mía y la retiró, dirigiéndola hacia la punta de su zapato.

–¿Se parecía mucho a mí? –preguntó con una

indiferencia que me pareció un poco forzada.

—Tanto —dije— que sentí tal admiración por ella que fui incapaz de perderla de vista, y confieso que la seguí hasta que... Miss Margovan ¿me comprende usted, verdad?

Estaba pálida, aunque completamente tranquila. Entonces levantó la vista y me miró con unos ojos que no vacilaban.

—¿Qué quiere usted que haga? —preguntó—.

No tenga miedo en señalar sus condiciones.

Las acepto.

Estaba claro, aun con el poco tiempo del que disponía para reflexionar, que utilizar métodos ordinarios con esta joven no servía, y que los requerimientos usuales resultaban inútiles.

—Miss Margovan —dije con una voz que denotaba la compasión que sentía en mi corazón—, es imposible no considerarle víctima de alguna horrible coacción. Más que impo-

nerle nuevas turbaciones, preferiría ayudarle a recuperar su libertad.

Dijo que no moviendo la cabeza, con tristeza y desesperación, y yo continué muy agitado:

—Su belleza me acobarda. Me encuentro desarmado por su franqueza y su dolor. Si es usted libre de actuar en conciencia, creo que hará lo que considere mejor; si no, ¡que el cielo nos ayude! No tiene que temer de mí otra cosa que la oposición a este matrimonio, que puedo intentar justificar por... por otros motivos.

Éstas no fueron exactamente mis palabras, pero su sentido, con toda la precisión que mis

emociones repentinas y conflictivas me permitían expresar, era ése. Me puse en pie y, sin volver a mirarla, me dirigí hacia la puerta donde me encontré con los demás, que entraban en la habitación. Con toda la calma de que fui capaz, dije:

—He estado dando las buenas noches a Miss Margovan; es más tarde de lo que creía.

John decidió venir conmigo. Ya en la calle me preguntó si había observado algo de particular en la actitud de Julia.

—Creo que se sentía mal —le dije—. Por eso me marché —añadí sin decir nada más.

La noche siguiente volví tarde al lugar en que me alojaba. Los acontecimientos del día anterior habían conseguido que me sintiera nervioso y enfermo; había intentado curarme procurando aclarar las ideas con un paseo al aire libre, pero sentía la opresión de un terrible presentimiento maligno, un presentimiento que era incapaz de formular. Hacía una noche fría y reinaba la niebla; yo tenía el pelo y la ro-

pa húmedos y sentía escalofríos. Cuando me encontré en bata y zapatillas ante un fuego que ardía con viveza, me sentí todavía más in-

cómodo. Ya no tenía escalofríos, sino que temblaba; y hay diferencia. El temor de una calamidad inminente era tan fuerte y desalentador que intenté desembarazarme de él convocando alguna tristeza real. Procuraba disipar la idea de un futuro terrible sustituyéndola por el recuerdo de un pasado doloroso. Rememoré la muerte de mis padres e intenté concentrar mi mente en las últimas escenas tristes junto a sus lechos y sus tumbas. Todo me parecía vago e irreal, como si le hubiera ocurrido a otra persona hacía muchos años. De repente, surgiendo en mi pensamiento y partiéndolo como se parte una cuerda tensa por el golpe del acero (no encuentro otra comparación), oí un grito agudo parecido al de alguien que estuviera en agonía mortal. La voz era de mi hermano y parecía proceder de la calle. Me acerqué rápidamente a la ventana y la abrí de golpe. La fa-

rola que había enfrente proyectaba una luz mortecina y horrible sobre la acera húmeda y en las fachadas de las casas. Un policía, con el cuello del uniforme levantado, se encontraba apoyado en un poste, fumando un cigarro. No se veía a nadie más. Después de cerrar la ventana y bajar la persiana, me senté frente al fuego e intenté concentrar la mente en lo que había a mi alrededor. Para ayudarme, como si fuera un acto familiar, consulté mi reloj; marcaba las once y media. Una vez más ¡volví a oír aquel grito terrible! Parecía haberse producido en la habitación, a mi lado. Me asusté y durante un rato fui incapaz de realizar un movimiento. Unos minutos después, aunque no recuerdo con precisión el tiempo transcurrido, me encontré corriendo a toda velocidad por una calle desconocida. No sabía dónde estaba, ni hacia dónde me dirigía, pero en ese momento subí de un salto los escalones de una casa. Había dos o tres carruajes, vi luces que se

movían y oí un murmullo de voces apagadas.

Era la casa de Mr. Margovan.

Ya sabes, buen amigo, lo que había ocurrido allí dentro. En una habitación yacía Julia Margovan, muerta hacía horas por envenenamiento; en otra John Stevens sangraba por una herida de bala en el pecho infligida por su propia mano. Entré precipitadamente en la habitación, aparté a los médicos y le puse la mano en la frente; John abrió los ojos, me miró sin expresión, volvió a cerrarlos lentamente y murió sin hacer el menor gesto.

No supe nada más hasta seis semanas más tarde, cuando fui devuelto a la vida en tu propia casa gracias a los cuidados de tu santa esposa. Todo esto ya lo conoces, pero lo que no sabes es lo que ahora contaré, y, sin embargo, no tiene nada que ver con el tema de tus investigaciones psicológicas; al menos con la parte

de ellas para la que, con una consideración y delicadeza característica de ti, has solicitado menos ayuda de la que creo que te he prestado.

Una noche de luna llena, varios años más tarde, pasé por la plaza de la Unión. Era tarde y la plaza estaba desierta. Naturalmente, al acercarme al lugar en que una vez había sido testigo de aquella cita fatídica, me vinieron a la mente recuerdos del pasado y, con esa perversidad inexplicable que nos incita a darle vueltas a pensamientos del carácter más doloroso, me senté en un banco para entregarme a ellos. Entonces apareció un hombre en la plaza y se dirigió hacia mí. Llevaba las manos cogidas por la espalda y la cabeza inclinada; parecía no observar nada. Cuando se acercó a la sombra en donde yo estaba sentado, reconocí en él al individuo que se había encontrado con Julia

Margovan en aquel lugar años antes. Pero estaba muy cambiado: triste, agotado y ojeroso.

La disipación y el vicio se asomaban en sus ojos; la enfermedad no era menos evidente.

Iba muy desastrado, y el pelo le caía sobre la frente de un modo que resultaba a la vez misterioso y pintoresco. Tenía un aspecto que pa-

recía más apropiado para el comedimiento que para la libertad; para el comedimiento de un hospital, claro.

Sin ningún propósito definido me puse en pie y me acerqué a él. Entonces levantó la cabeza y me miró a la cara. No tengo palabras para describir el horrible cambio que se apoderó de él; su mirada era de un horror indescriptible. Creyó encontrarse frente a frente con un fantasma. Pero era un hombre valiente.

«¡Maldito John Stevens!», exclamó y, levantando su brazo tembloroso, descargó su débil

puño sobre mi rostro y cayó de bruces sobre la grava mientras yo me alejaba.

Alguien le encontró allí, más muerto que una piedra. Nada más se sabe de él, ni siquiera su nombre. Aunque saber de un hombre que está muerto debería ser suficiente.

EL VALLE ENCANTADO

(*The haunted valley*)

I

Cómo talan los árboles en China

A media milla hacia el norte desde el bar de Jo. Dunfer, en el camino de Hutton a Mexican Hill, la carretera baja hacia un barranco al que no llega el sol, y que se despliega a derecha e izquierda de un modo semiconfidencial, como si tuviera un secreto que revelar en un período más conveniente. Nunca cabalgaba por allí sin mirar primero a un lado y luego al otro, para

ver si había llegado el momento de la revelación. Si no veía nada, y nunca vi nada, no me decepcionaba, pues sabía que la manifestación sencillamente estaba siendo retenida un tiempo por alguna buena razón que yo no era quién para poner en entredicho. Que un día se me revelarían todas esas confidencias era algo de lo que no dudaba, no más que de la existencia del propio Jo. Dunfer, por cuyas tierras

discurría el barranco.

Se decía que Jo. había intentado una vez levantar una cabaña en alguna remota parte de él, pero por alguna razón había abandonado la empresa y construido su actual establecimiento hermafrodita, mitad bar, mitad vivienda, junto al camino, en el extremo más alejado de su propiedad; lo más alejado posible, como si tuviera el propósito de mostrar cuán radicalmente había cambiado de idea.

Este Jo. Dunfer, o Whisky Jo., como era conocido familiarmente en los contornos, era un personaje muy importante por estos parajes. Aparentaba unos cuarenta años, y era un tipo alto, greñudo, de facciones contraídas, con un brazo torcido y una mano nudosa como un manojito de llaves de prisión. Era un individuo con mucho vello, que andaba encorvado, como alguien que está a punto de saltar sobre algo para destrozarlo.

Aparte de la peculiaridad a la que debía su apodo local, la característica más destacada de

Mr. Dunfer era una antipatía, profundamente arraigada, hacia lo chino. Una vez le vi sufrir un ataque de rabia porque uno de sus vaqueros había permitido a un asiático rendido por el viaje saciar su sed en el abrevadero de los caballos que hay delante del establecimiento de Jo. Me atreví a reconvenirle con suavidad

por su falta de espíritu cristiano, pero él se limitó a responder que el Nuevo Testamento no decía nada acerca de los chinos, y se marchó a pagar su enfado con el perro, a quien supongo que los inspirados escribas también habían olvidado.

Algunos días después le encontré sentado en el bar, solo, y saqué de nuevo el tema con precaución; observé, para gran alivio mío, que la austeridad habitual de su expresión se había transformado en algo que a mí me pareció condescendencia.

—Vosotros, los jóvenes del Este —dijo—, vivís muy alejados de estas tierras y no comprendéis nuestra actividad. La gente que no distin-

gue a un Chileno de un Kanaka puede permitirse expresar ideas liberales sobre la inmigración china, pero el tipo que tiene que luchar por su sustento con un montón de mestizos

«coolies» no tiene tiempo para perderlo en tonterías.

Este gran bebedor, que con toda probabilidad no había realizado un día de trabajo honrado en su vida, hizo saltar la tapa de una caja de tabaco china y sacó con el pulgar y el índice un pedazo que parecía un almiar de heno. Sosteniendo el estimulante a cierta distancia, arremetió de nuevo con renovada confianza.

—Por si no lo sabías, son una plaga de langostas devastadoras que atacan todo lo verde que hay en esta bendita tierra de Dios.

En este punto se echó el taco a la boca, y cuando su mecanismo parlante estuvo de nuevo libre, reanudó su inspirado discurso.

—Hace cinco años tuve aquí a uno, en el rancho, y te voy a hablar de él para que comprendas lo esencial de este asunto. En aquella época

ca las cosas no me iban muy bien; bebía más

whisky del que tenía prescrito y no parecía preocuparme, como patriota, de mis obligaciones de ciudadano americano. Así que contraté a aquel pagano para que fuera algo así como el cocinero. Pero cuando me convertí en religioso practicante en Mexican Hill y me hablaron de presentarme como candidato a la Asamblea Legislativa, me di cuenta de mi error. Pero, ¿qué podía hacer? Si le despedía, algún otro le contrataría, y no iba a tratarle bien. ¿*Qué* podía hacer yo? ¿Qué haría cualquier buen cristiano, especialmente un neófito rebotante de ideas tales como la hermandad entre los hombres y la paternidad de Dios? Jo hizo una pausa antes de contestar, poniendo una expresión de frágil satisfacción, como la de alguien que ha resuelto un problema usando un método no muy digno de confianza. Entonces se levantó, bebió un vaso de whisky de una botella llena que había en el mostrador y prosiguió su relato.

Además no servía de mucho, no sabía nada y encima presumía. Todos lo hacen. Le dije que nones, pero se puso testarudo y siguió en esa línea mientras duró; después de poner la otra mejilla setenta y siete veces truqué los dados para que no fuera eterno. Y me alegra haber tenido el valor de hacerlo.

La alegría de Jo., que por alguna razón no me impresionó, fue celebrada, debida y ostentosamente, con la botella.

—Hace unos cinco años empecé a levantar una choza. Eso fue antes de que se construyera ésta, y en otro lugar. Puse a Ah Wee y a un tipo pequeño a cortar la madera. Ni que decir tiene que no esperaba que Ah Wee ayudara mucho, porque tenía una cara como un día de junio y unos grandes ojos negros; creo que debían de ser los ojos más endemoniados de la región.

Mientras lanzaba este ataque mordaz contra el sentido común, Mr. Dunfer observaba con aire ausente un agujero en el delgado tablero

que separaba el bar del cuarto de estar, como si se tratara de uno de los ojos cuyo tamaño y color habían dejado a su sirviente inútil para el servicio.

—Ahora vosotros, las torpes gentes del Este, no queréis creer nada que vaya en contra de los diablos amarillos —estalló de repente con un tono de seriedad no del todo convincente—, pero te aseguro que aquel chino era el canalla más infame que puedes encontrar fuera de San Francisco. Aquel miserable mogol con coleta empezó a horadar los árboles jóvenes alrededor del tronco, como un gusano que royera un rábano. Le indiqué su error con toda la paciencia que pude y le enseñé cómo talarlos sólo por dos lados para que cayeran derechos;

pero en cuanto le volvía la espalda, así –dijo volviéndome la espalda y reforzando su explicación con un nuevo trago de licor–, volvía a las andadas. Ocurría del siguiente modo: mientras le miraba, *así* –explicó mirándome de forma un tanto insegura y con problemas evi-

denes de visión–, todo estaba bien; pero cuando apartaba la vista, así–añadió echando un buen trago de la botella–, me desafiaba. Entonces le miraba con cara de reproche, *así*, y parecía que nunca hubiera roto un plato.

Sin duda Mr. Dunfer pretendía de un modo honrado que la mirada que me había dirigido era sencillamente reprobatoria, pero en realidad era de lo más adecuada para provocar seria aprensión en cualquier persona inerme que la recibiera; como además había perdido todo interés en su narrativa fútil e interminable, me dispuse a marcharme. Antes de que hubiera

terminado de ponerme en pie, se volvió de nuevo hacia el mostrador, y con un casi inaudible «así», vació la botella de un trago.

¡Cielo santo! ¡Qué alarido! Fue como un Titán en su última agonía. Jo. retrocedió después de emitirlo, igual que hace un cañón tras el disparo, y se dejó caer en su silla, como si le hubieran «golpeado en la cabeza», igual que a una vaca, con los ojos desviados oblicuamente

hacia la pared y mostrando una mirada de terror. Al dirigir la vista en esa dirección observé que el agujero de la pared se había convertido en un ojo humano, grande y negro, que se clavaba en los míos con una total ausencia de expresión, más desagradable que cualquier brillo diabólico. Creo que yo debía de tener la cara tapada con las manos para hacer que aquella horrible ilusión, si es que era eso, se desvaneciera, cuando el pequeño tipo

blanco, el hombre para todo dejó., entró en la habitación y rompió el hechizo; entonces salí de la casa algo aturdido, pensando que el *delirium tremens* podría ser contagioso. Mi caballo estaba amarrado junto al abrevadero; lo desaté, subí a él y le di rienda suelta, pues me encontraba demasiado asustado para preocuparme de hacia dónde me llevaba.

No sabía qué pensar de todo esto y, como le ocurre a todo el que no sabe qué pensar, pensé mucho, y con pocos resultados. La única reflexión que parecía ser completamente satis-

factoria era que al día siguiente me encontraría a varias millas de allí, y con muchas probabilidades de no volver nunca.

Un frío repentino me sacó de mis abstracciones y, al levantar la cabeza, me di cuenta de que estaba llegando a las oscuras sombras del barranco. El día era bochornoso, y este cambio,

desde el calor despiadado y visible de los campos secos a la fresca oscuridad, llena de la austeridad de los cedros y del canto de los pájaros que habían sido conducidos a su frondoso asilo, resultaba exquisitamente refrescante. Busqué el misterio, como siempre, pero al no encontrar el barranco muy comunicativo, desmonté, llevé a mi sudoroso caballo hacia la espesura, lo até con firmeza a un árbol y me senté en una roca a meditar.

Comencé por analizar con valor mi superstición preferida sobre aquel lugar. Una vez que hube desglosado sus elementos integrantes, los dispuse en un número oportuno de tropas y escuadrones y, reuniendo todas las fuerzas

de la lógica, avancé hacia ellos desde unas premisas inexpugnables, acompañado de un estruendo de conclusiones irresistibles, de un gran ruido de carros y del clamor intelectual

general. Entonces, cuando mis tremendos cañones mentales habían vencido toda oposición y su rugido reverberaba de un modo casi imperceptible en la lejanía del horizonte de la pura especulación, el derrotado enemigo se desplegó por la retaguardia, concentró sus fuerzas sigilosamente formando una falange compacta, y me capturó, con todos los bártulos. Me asaltó una sensación de terror indescriptible. Para deshacerme de ella, me puse en pie y empecé a abrirme paso por la estrecha vaguada, siguiendo una vieja cañada llena de hierba que discurría por el fondo, en sustitución del arroyo que la Naturaleza había olvidado proveer.

Los árboles entre los que se perdían los caminos eran normales, plantas de buen comportamiento, un poco perversas en el tronco y

excéntricas en las ramas, pero sin nada de mis-

terioso en su aspecto general. Unos cuantos peñascos se habían desprendido de las laderas del barranco para establecerse independientemente en el fondo, habían destrozado la cañada, aquí y allá, pero su pétreo reposo no tenía en absoluto la rigidez de la muerte. Había un silencio sepulcral en el valle, es cierto, y por encima de él se escuchaba un misterioso susurro: era el viento, que acariciaba las copas de los árboles; eso era todo.

No se me había ocurrido relacionar el relato del borracho Jo. Dunfer con lo que ahora buscaba; sólo cuando llegué a un espacio abierto y tropecé con los troncos a ras de suelo de algunos árboles pequeños, tuve la revelación. Era el emplazamiento de la cabaña abandonada. El descubrimiento quedó verificado al advertir que algunos de los podridos tocones estaban mellados alrededor, de un modo que nunca se le ocurriría a un leñador, mientras otros aparecían cortados limpiamente, y los extremos

de los troncos correspondientes tenían esa forma de cuña roma producida por el hacha de un maestro.

El claro que había entre los árboles no abarcaba más de treinta pasos. A un lado había un pequeño otero, un montículo natural sin arbustos, aunque cubierto de plantas silvestres, sobre las que sobresalía ¡la lápida de una tumba!

No recuerdo haber sentido por aquel descubrimiento nada parecido a sorpresa. Observé aquella tumba solitaria con una sensación semejante a la que Colón debió de experimentar cuando vio las colinas y promontorios del Nuevo Mundo. Antes de acercarme a ella acabé de examinar con calma los alrededores. Incluso fui culpable de la presunción de dar cuerda al reloj en aquella hora tan insólita, sin tomar precauciones ni decisiones innecesarias.

Después, me aproximé al misterio.

La tumba, bastante pequeña, se encontraba en mejor estado del que cabría esperar por su

edad y aislamiento, y hubo un pequeño gesto de sorpresa en mis ojos cuando descubrieron un manojo de inconfundibles flores cultivadas que daban prueba de haber sido regadas recientemente. Sin lugar a dudas la lápida había servido alguna vez como escalón. Sobre ella aparecía grabada, o mejor dicho excavada, una inscripción que decía lo siguiente:

AH WEE - CHINO

Edad desconocida. Trabajó para Jo. Dunfer

Este monumento fue erigido por él

para mantener fresca la memoria del chino.

Asimismo como aviso a los Celestiales

para que no presuman.

¡Que el diablo se los lleve!

Ella era un buen tipo.

Soy incapaz de expresar mi asombro ante aquella extraña inscripción. La escasa, aunque suficiente, identificación del difunto, el candor atrevido de la confesión, el brutal anatema, el

absurdo cambio de sexo y sentimiento: todo indicaba que este protocolo era obra de alguien que, como mínimo, debía de haber estado tan loco como afligido. Pensé que cualquier revelación posterior sería una miserable decepción, por lo que, con un respeto inconsciente por el efecto dramático, me di la vuelta completamente y me alejé de allí. No volví por aquella parte de la región en cuatro años.

Quien hace a los bueyes cuerdos debería él mismo estarlo

—¡Arre, viejo Fuddy–Duddy!7

Esta orden singular salió de los labios de un

extraño hombrecillo sentado en lo alto de un carro lleno de leña, tirado por una yunta de bueyes, que hacían avanzar lentamente simulando un poderoso esfuerzo que evidentemente no engañaba a su amo y señor. Como en

7 Fuddy-Duddy. En "slang" tiene el significado de persona timorata, conservadora y falta de imaginación, especialmente referido a una persona de edad. Algo así como un carcamal

aquel momento daba la casualidad de que aquel individuo me estaba mirando a mí, que me encontraba junto a la carretera, directamente a la cara, no quedaba del todo claro si era a mí a quien se dirigía o a sus bestias; tampoco podría decir si se llamaban Fuddy y Duddy, y eran las dos sujeto del imperativo «arre». De cualquier modo, la orden no tuvo ningún efecto sobre nosotros y el extraño

hombrecillo apartó sus ojos de los míos mucho antes de golpear alternativamente a Fuddy y a Duddy con una vara larga, mientras juraba en voz baja pero con decisión: «¡Maldita sea vuestra piel!», como si disfrutaran de aquel tegumento en común. Al comprobar que la petición de que me llevara no había atraído su atención lo más mínimo y sintiendo que me iba quedando cada vez más rezagado, coloqué un pie sobre la circunferencia interior de una rueda trasera que, al girar, me elevó lentamente hasta la altura del centro, desde donde abordé la empresa, *sans cérémonie*, de arras-

trarme hasta sentarme al lado del cochero, que no me prestó atención hasta que hubo administrado otro castigo indiscriminado a su ganado, acompañado del consejo de «¡esforzaos, malditos incapaces!» Después, el amo del carronato (o mejor dicho, el amo anterior, por-

que no pude evitar un sentimiento caprichoso de que todo aquel tinglado era mi legítimo premio) apuntó sus grandes ojos negros hacia mí y, mostrando una expresión extraña y en cierto modo desagradable, familiar, dejó a un lado la vara (que ni floreció ni se convirtió en serpiente, como yo casi había esperado), se cruzó de brazos y preguntó solemnemente:

—¿Qué hizo con el viejo Whisky?

Mi respuesta natural habría sido que me lo había bebido, pero había algo en la pregunta que me sugirió un significado oculto, y algo en el hombre que no invitaba a hacer un chiste fácil. Por eso, al no tener ninguna otra respuesta preparada, simplemente contuve la lengua, aunque sentí como si se me estuviera acusan-

do de algo y mi silencio se interpretara como una confesión.

En ese momento una sombra fría me cubrió

la mejilla, lo queme obligó a levantar la vista.
¡Estábamos entrando en el barranco! No sé
cómo expresar la sensación que me produjo:
no había estado allí desde que me abrió su pe-
cho cuatro años antes, y ahora me sentía como
alguien a quien un amigo afligido ha confesa-
do un delito acaecido hace tiempo, y al que,
por consiguiente, se ha abandonado vilmente.
Los viejos recuerdos de Jo. Dunfer, su revela-
ción incompleta y la insuficiente nota aclarato-
ria en la lápida, volvieron sobre mí con una
claridad meridiana. Me pregunté qué habría
sido de Jo. Me di la vuelta rápidamente y pre-
gunté a mi prisionero. Estaba vigilando sus
bueyes con atención y, sin apartar la vista de
ellos, contestó:
—¡Arre, vieja tortuga! Yace al lado de Ah
Wee, ahí adelante, en el barranco. ¿Quieres
verlo? Siempre vuelven al lugar; te estaba es-

perando. ¡Sooo!

Al oír la larga vocal, Fuddy–Duddy, la tortuga inútil, se detuvieron, y antes de que el sonido se perdiera por el barranco habían doblado sus ocho patas y yacían en el camino polvoriento, sin tener en cuenta las consecuencias sobre su maldita piel. El extraño hombrecillo se deslizó del asiento al suelo y echó a andar por el barranco sin dignarse a volver la cabeza para ver si yo le seguía. Y así era.

Era más o menos la misma estación del año, y casi la misma hora del día, que cuando lo visité por última vez. Los arrendajos vociferaban con fuerza y los árboles susurraban misteriosamente, como la otra vez. Por alguna razón, en los dos sonidos observé una fantástica analogía con la abierta jactancia de la verborrea de Mr.

Jo. Dunfer y la secreta reticencia de sus modales, y con la indistinta severidad y ternura de su única producción literaria: el epitafio.

Todo parecía seguir igual en el valle, salvo la

cañada, que estaba prácticamente cubierta de maleza. Sin embargo, cuando llegamos al «claro» la alteración era mayor. Entre los tocones y troncos de los pequeños árboles caídos, aquellos que habían sido cortados «al estilo chino» no se distinguían ya de los que lo habían sido «al modo Mejicano». Era como si el barbarismo del Viejo Mundo y la civilización del Nuevo hubieran reconciliado sus diferencias por medio del arbitrio de un deterioro imparcial, como ocurre entre los pueblos civilizados. El otero seguía allí, pero los peñascos tudescos habían invadido y casi arrasado las lacias hierbas. Y la patricia violeta de jardín había capitulado ante su hermano plebeyo (tal vez había retornado a su forma original.) Otra tumba, un túmulo grande y vigoroso, había sido construida junto a la primera, que parecía

encogerse ante la comparación. A la sombra de una nueva lápida, la vieja yacía postrada, con su maravillosa inscripción ilegible por la acumulación de hojas y tierra. En cuanto al

mérito literario, la nueva era inferior a la antigua, resultando incluso repulsiva por su humor lacónico y salvaje:

JO. DUNFER. ELIMINADO

Me aparté de ella con indiferencia y, retirando las hojas que cubrían la lápida del pagano difunto, devolví a la luz las palabras burlonas que, frescas aún después de su largo olvido, daban la impresión de tener un cierto patetismo. Mi guía también pareció adoptar una seriedad añadida al leerla y creí detectar bajo su actitud caprichosa algo de honorabilidad, casi de dignidad. Pero mientras le observaba, su aspecto anterior, tan sutilmente inhumano, tan atormentadamente familiar, volvió a surgir de

aquellos enormes ojos, repugnantes y a la vez atractivos. Decidí poner fin a aquel misterio, si es que era posible.

—Amigo —dije señalando la tumba más pequeña—, ¿asesinó Jo. Dunfer a ese chino?

Estaba apoyado contra un árbol, con la vista en la copa de otro o en el cielo azul que había

más allá. No apartó la vista, ni varió su postura, mientras decía lentamente:

—No, señor. Cometió un homicidio justificado.

—Entonces, realmente le mató.

—¿Matarle? Debería decir que sí, claro. ¿No lo sabe ya todo el mundo? ¿No se presentó al juez y lo confesó? ¿Y no hubo un veredicto de «encontró la muerte» por un saludable sentimiento cristiano que actuaba en el corazón caucasiano? ¿Y no rechazó la iglesia de Mexican Hill a Whisky por eso? ¿No le eligió el

pueblo soberano Juez de Paz para que ajustara las cuentas con los evangelistas? No sé dónde se ha criado usted.

—Pero, ¿hizo Jo. eso porque el chino no quería, o no quiso, aprender a talar árboles como lo hacen los blancos?

—¡Claro! Así consta en el protocolo, lo que lo convierte en verdadero y legal. Que yo conozca mejor los hechos no supone ninguna diferencia respecto a la verdad legal; no fue mi fu-

neral y nadie me invitó a pronunciar una oración. Pero el hecho es que Whisky tenía celos de *mí* —añadió aquel tunante, henchido de orgullo como un pavo real, mientras pretendía ajustarse un imaginario lazo de corbata, añadiendo el efecto producido por la palma de su mano, colocada delante de él como si fuera un espejo.

—¡Celos de *usted!* —repetí con una asombrosa

mala educación.

–Eso he dicho. ¿Por qué no? ¿No tengo yo buen aspecto? –Adoptó una actitud burlona con estudiada gracia y se estiró el raído chaleco para quitarle las arrugas. Después, haciendo que el tono de su voz decreciera hasta un nivel muy bajo, de una dulzura excepcional, prosiguió—: Whisky pensaba mucho en aquel chino; nadie más que yo sabía cómo le mimaba. No podía soportar dejar de verle, ¡el maldito protoplasma! Y cuando un día vino a este claro y nos encontró a él y a mí descuidando el trabajo (a él dormido y a mí quitándole una

tarántula de la manga) Whisky agarró mi hacha y nos sacudió, bien y fuerte. Yo conseguí esquivar el golpe, porque la araña me picó, pero a Ah Wee le dio de lleno en un costado y empezó a revolverse. Whisky iba a asestarme un hachazo cuando vio la araña agarrada a mi

dedo. Entonces se dio cuenta de que había hecho una barbaridad. Tiró el hacha y se arrojó junto a Ah Wee quien, dando un pequeño puntapié y abriendo los ojos (que eran igual que los míos), estiró los brazos, agarró la desagradable cabeza de Whisky y la mantuvo así mientras estuvo allí. Lo que no duró mucho, porque un temblor le recorrió el cuerpo y, tras emitir un quejido, la espichó.

Durante el desarrollo de la historia, el narrador se había ido transfigurando. El elemento cómico, o mejor dicho, sardónico, había desaparecido, y mientras relataba aquella extraña escena me fue difícil mantener la compostura. Este actor consumado me había manejado de tal modo que la compasión debida a sus *dra-*

matris personae le fue otorgada a él. Avancé para agarrarle la mano, pero de repente una amplia sonrisa apareció en su rostro.

Con una risa ligeramente burlona, continuó:

–Cuando Whisky consiguió sacar el gajnate de allí, verle era todo un acontecimiento. Sus elegantes ropas (vestía de un modo deslumbrante por entonces) estaban completamente destrozadas. Tenía el pelo revuelto y la cara (lo que pude ver de ella) estaba más blanca que la flor de lis. Me lanzó una larga mirada y apartó la vista hacia otro lado, como si yo no contara; y entonces sentí unos agudos pinchazos que me subían desde el dedo hasta la cabeza, y Gopher se vio rodeado de oscuridad.

Por eso no estuve presente en la investigación.

–Pero, ¿por qué contuvo la lengua después?

–Mi lengua es así –replicó, sin decir una palabra más sobre ello.

–Después de aquello –continuó aquel individuo Whisky se dio cada vez más a la bebida y llegó a convertirse en un fanático «anti-coolie»,

aunque no creo que se alegrara especialmente de haberse deshecho de Ah Wee. Nunca se dio tanta importancia por ello cuando estábamos solos como la vez en que consiguió un oído tan atento, de una maldita «Extravaganza Espectacular», como el suyo. Levantó la lápida y excavó con la gubia, de acuerdo con su carácter mutable, esta inscripción. Tardó tres semanas, trabajando cuando no estaba borracho. Yo grabé la suya en un día.

Entonces pregunté con descuido:

—¿Cuándo murió Jo?

La respuesta me dejó sin respiración:

—Poco después de que yo le viera a través del agujero del tablón, cuando usted le puso algo en el whisky, ¡maldito Borgia!

Una vez repuesto de mi sorpresa por tan asombrosa acusación, estaba casi dispuesto a estrangular a aquel difamador audaz, pero la repentina convicción que me asaltó a la luz de aquella revelación, me reprimió. Le miré se-

riamente y le pregunté, con la mayor tranqui-

lidad que pude:

—¿Y cuándo se volvió usted loco?

—¡Hace nueve años! —exclamó, extendiendo sus puños cerrados—. Hace nueve años, ¡cuando aquel salvaje mató a la mujer que le amaba a él, y no a mí! A mí, que le había seguido desde San Francisco, ¡donde el viejo Whisky la había ganado en una partida de póquer! A mí, que me había preocupado por ella durante años, ¡cuando el canalla al que pertenecía se avergonzaba de reconocerla y tratarla bien! A mí, que por el bien de ella mantuve oculto su terco secreto ¡hasta que le devoró! A mí, que cuando usted envenenó a la bestia ¡cumplí su último deseo de yacer al lado de ella y colocar una lápida junto a su cabeza! Y desde entonces nunca he vuelto a visitar la tumba de Ah Wee, porque no quiero encontrarme con él aquí.

–¿Encontrarse con él? Pero, Gopher, mi pobre amigo, ¡él está muerto!

–Por eso le tengo miedo.

Seguí a aquel desgraciado hasta la carreta y

estreché su mano para despedirme. La noche empezaba a caer y, mientras me encontraba allí, junto al camino, observando los vagos contornos del carro que se alejaba en aquella creciente oscuridad, me llegó un sonido a través del viento vespertino, un sonido semejante al de una serie de golpes vigorosos, y una voz salió de la noche:

–Arre, maldito viejo Geranio⁸

⁸ Geranium. Además de referirse a la planta, en "slang" se emplea para hacer alusión a una chica bonita.

LA JARRA DE SIROPE

(A jug of syrup)

Este relato comienza con la muerte de su protagonista. Silas Deemer falleció el dieciséis de julio de 1863 y, dos días después, sus restos recibieron sepultura. Su entierro, según el periódico local, fue «muy concurrido», pues todos los hombres, mujeres y hasta los más jóvenes de su pueblo le habían conocido personalmente. De acuerdo con una costumbre de la época, el féretro fue abierto junto a la tumba para que los amigos y vecinos asistentes desfilaran ante él y pudieran contemplar, por última vez, el rostro del finado. Después, a la vista de todos, Silas Deemer fue inhumado. Se puede afirmar que, aunque no todos los presentes estuvieran muy atentos, el sepelio no pasó inadvertido y cumplió las formalidades exigidas: Silas estaba indudablemente muerto y nadie podría mencionar un solo fallo en la ceremonia que hubiera justificado su regreso desde la tumba. Sin embargo, y a pesar de que

el testimonio humano tiene siempre una gran validez en cualquier situación (incluso una vez consiguió acabar con la brujería en Salem), Silas regresó.

Olvidé señalar que estos hechos tuvieron lugar en el pueblecito de Hillbrook, donde Silas había vivido durante treinta y un años. Su profesión fue la que en algunas partes de la Unión (país libre reconocido) se conoce como *tendero*; es decir, tenía un comercio en el que vendía las mercancías propias de este tipo de negocios. Nadie puso nunca su honradez, al menos por lo que sabemos, en tela de juicio, pues todo el mundo le tenía en gran estima. Los más exigentes hubieran podido reprocharle un celo riguroso en su actividad. No lo hicieron, aunque a otros que mostraban menos interés en su trabajo se les juzgaba con más severidad. El negocio de Silas era, en su mayor parte, de su

propiedad, y eso, probablemente, pueda haber supuesto una diferencia.

En el momento de su fallecimiento nadie re-

cordaba un solo día, exceptuando domingos, que no hubiera pasado en la tienda desde su apertura, veinticinco años antes. Su salud había sido siempre estupenda y nunca había sentido una tentación suficientemente fuerte como para abandonar el mostrador. Se cuenta que una vez se le citó como testigo en un importante caso y no se presentó. El abogado que tuvo la osadía de pedir que se le amonestara fue informado solemnemente de que la sala consideraba dicha petición «con extrañeza». Como a los abogados no les gusta provocar la sorpresa judicial, la moción fue rápidamente retirada y se llegó a un acuerdo entre las partes sobre lo que el señor Deemer habría dicho si hubiera estado presente (acuerdo que fue

aprovechado hasta el límite por la acusación para que el supuesto testimonio dañara claramente los intereses de la defensa). En resumen, toda la región coincidía en que Silas Deemer representaba la única verdad inamovible en Hillbrook y en que su desplazamiento

podría traer consigo una desgracia pública o una calamidad fatal.

La señora Deemer y sus dos hijas mayores ocupaban el piso superior de la tienda, pero a Silas nunca se le había ocurrido dormir en otro lugar que no fuera su catre tras el mostrador.

Y fue precisamente allí donde una noche le encontraron, casi por accidente, agonizando, y donde expiró sin tiempo apenas para echar el cierre. Aunque no hablaba, parecía consciente, y los que mejor le conocieron creen que, si su final se hubiera retrasado más allá de la hora normal de apertura, las consecuencias que tal

situación hubiera producido sobre él habrían sido lamentables.

Tal era el carácter de Silas Deemer y tal la precisión e invariabilidad de su vida y costumbres que el humorista del pueblo (que hasta había estado una vez en la Universidad) propuso otorgarle el sobrenombre de *Viejo Ibi-*
dem, y señaló sin ningún ánimo de ofender, en la edición del periódico local posterior a su

muerte, que Silas se había tomado «un día libre». En realidad fue más de un día, aunque si nos remitimos a las pruebas, parece que el señor Deemer dejó bien claro, en sólo un mes, que no disponía de tiempo para estar muerto.

Uno de los ciudadanos más respetables de Hillbrook era Alvan Creede, el banquero. Residía en la casa más elegante de la localidad, disponía de carruaje y era considerado digno de aprecio por muchas razones. Como solía ir

a Boston con frecuencia, conocía las ventajas que proporciona viajar. Se decía incluso que una vez había estado en Nueva York, pero rechazaba con modestia tan admirable distinción. El asunto se menciona aquí con el único propósito de subrayar la valía del señor Creede ya que, en cualquier caso, honra a su inteligencia, si es que había entrado en contacto, aunque fuera temporalmente, con la cultura metropolitana; y a su franqueza, en caso contrario.

Una agradable noche de verano, sobre las

diez, el señor Creede, después de cruzar la verja de su jardín y recorrer bajo la luz de la luna el paseo de gravilla, subió los escalones de piedra de su elegante mansión. Se detuvo un instante y metió la llave en la cerradura. Al abrir la puerta se encontró con su esposa, que se dirigía a la biblioteca. Ella le saludó ama-

blemente y sostuvo la puerta para que entrara.

Pero Alvan Creede se volvió y, mirando hacia sus pies, exclamó con sorpresa:

–Pero, ¿qué diablos ha sido de la jarra?

–¿Qué jarra, Alvan? –preguntó su mujer, que no le entendía.

–Una jarra de sirope de arce que traía de la tienda y dejé ahí para abrir la puerta. ¿Dónde diablos...?

–Alto, alto, Alvan. Deja de hablar así –dijo la señora, interrumpiéndole.

Hay que señalar que Hillbrook no es el único lugar de la cristiandad en que un politeísmo rudimentario prohíbe tomar el nombre del diablo en vano.

La jarra que, gracias a un relajado estilo de vida provinciano, el más ilustre vecino había traído desde la tienda, había desaparecido.

–¿Estás seguro, Alvan?

–Pero, querida, ¿crees que un hombre no sabe cuándo lleva una jarra en las manos?

Compré el sirope en la tienda de Deemer. Él mismo la llenó, me la dio y...

La frase permanece hasta hoy inconclusa. El señor Creede entró en la casa tambaleándose, cruzó el recibidor y se dejó caer sobre un sillón. Le temblaban las extremidades. De pronto se había dado cuenta de que Silas Deemer llevaba tres semanas muerto.

La señora Creede, en pie junto a su esposo, le observaba con sorpresa y preocupación.

–Por el amor de Dios –dijo–, ¿qué te pasa, Alvan?

Como sus males no tenían una relación aparente con un pase a mejor vida, el señor Creede no consideró necesario dar una explicación y permaneció en silencio, con la mirada perdi-

da. Hubo un largo silencio, roto únicamente

por el rítmico tictac del reloj que, más lento que de costumbre, parecía concederle cortésmente algo de tiempo para recuperar la cordura.

—Jane, me he vuelto loco, eso es lo que ocurre —farfulló con voz apagada—. Me lo podrías haber dicho antes de que los síntomas llegaran a tal extremo que yo mismo los descubriera.

Imaginé que pasaba por delante del comercio de Deemer; estaba abierto y había luz dentro, al menos así me lo pareció. Ya, ya sé que lleva tiempo cerrado. Pero Silas estaba de pie detrás del mostrador. Le vi con la misma claridad que te estoy viendo a ti. Recordé que necesitabas un poco de sirope de arce, así que entré y lo compré. Eso fue todo. Compré dos cuartos a Silas Deemer que, desde luego, está bien muerto y enterrado; pero, a pesar de ello, echó el sirope del tonel a la jarra y me la dio. Incluso me dirigió la palabra; con un tono más grave, eso sí, más grave del que era su tono habi-

tual... pero no me acuerdo de lo que me dijo.

¡Dios santo!, le vi. Le vi y hablé con él... ¡Y está muerto! Bueno, todo esto lo imaginé, porque estoy loco, mas loco que una cabra. Y tú sin decirme nada.

Este monólogo dio tiempo a la señora Creede para recuperarse.

—Alean —dijo—, tú nunca has dado muestras de locura, créeme. Sin duda todo ha sido una ilusión. No puede ser otra cosa, ¡sería horrible! Pero no estás loco; lo que pasa es que trabajas demasiado. No deberías haber asistido esta tarde al consejo de administración. No sé cómo no se dieron cuenta de que estabas enfermo. Sabía que algo iba a ocurrir.

El señor Creede seguramente pensó que el presentimiento de su mujer llegaba demasiado tarde. Pero no dijo nada porque estaba preocupado por su situación. Había conseguido

tranquilizarse y ahora empezaba a pensar con coherencia.

—Sin duda el fenómeno fue subjetivo —expli-

có, con ridículos términos de argot científico—, pues, aunque la aparición de un espíritu e incluso su materialización son posibles, la visión y tangibilidad de una jarra de medio galón, hecha de tosca y ruda cerámica, salida de la nada, es difícilmente concebible.

Cuando estaba acabando de hablar, su hija pequeña, en camisón, entró correteando en la habitación. Se echó sobre su padre y, rodeándole el cuello, dijo:

—Papi malo, olvidaste entrar a darme un beso. Te oímos abrir la puerta y nos levantamos.

—Y añadió—: Papi, Eddy dice que si se puede quedar con la jarrita cuando esté vacía.

Mientras el significado completo de aquella revelación llegaba al cerebro de Alvan Creede,

éste se estremeció palpablemente. Era evidente que la niña no podía haber entendido una sola palabra de la conversación anterior.

Como las propiedades de Silas Deemer estaban en manos de un administrador que consideraba que lo mejor era deshacerse del nego-

cio, la tienda había sido cerrada a la muerte de su propietario, y los artículos vendidos a otro comerciante que se los había llevado en bloque. También estaban vacías las habitaciones superiores, pues la viuda y sus hijas se habían marchado a otra ciudad.

La tarde siguiente a la aventura de Alvan Creede (que de algún modo ya era de dominio público) una multitud de hombres, mujeres y niños llenaba la acera frente a la tienda. Aunque muchos se mostraban incrédulos, todos los habitantes de Hillbrook sabían que el espíritu de Silas Deemer rondaba por el lugar. Los

más agresivos y, en general, los más jóvenes lanzaban piedras contra la fachada, poniendo especial cuidado en no dar a las ventanas que aún tenían las persianas subidas: la incredulidad todavía no llegaba a maldad. Unas pocas almas audaces cruzaron la calle y golpearon en la puerta. Tras encender unas cerillas, las acercaron al escaparate con el fin de poder ver algo en el oscuro interior. Otros espectadores

hacían alarde de su ingenio desafiando al fantasma con gritos y chillidos a una carrera.

Pasado un rato sin que ocurriera nada, y cuando algunos comenzaban a marcharse, los que quedaban advirtieron que el interior de la tienda estaba bañado por una luz amarillenta y difusa. En ese instante todas las manifestaciones cesaron. Los intrépidos que se habían acercado a la puerta y a las ventanas retrocedieron hasta la acera y se mezclaron con el

gentío; los jóvenes dejaron de tirar piedras. Ahora nadie levantaba la voz sino que, con nerviosos susurros, señalaban hacia aquella claridad que iba en aumento. Era difícil saber cuánto tiempo había pasado desde el primer resplandor, pero al final la luz fue suficiente para iluminar todo el interior de la tienda. Y en ella, de pie tras el mostrador, junto a su mesa, se pudo ver claramente a Silas Deemer. El efecto sobre la multitud fue increíble. La gente comenzó a dispersarse con rapidez por ambos flancos, y los más asustadizos abando-

naron definitivamente el lugar. Muchos corrían con todas las fuerzas que les daban sus piernas; otros, con mayor dignidad, se marchaban despacio y volvían de vez en cuando la cabeza para echar un último vistazo por encima del hombro. Al final sólo quedaron unos veinte, casi todos hombres, que permanecían

en silencio, absortos, y mostraban un aspecto nervioso. El fantasma no les prestó la más mínima atención: al parecer estaba ocupado con su libro de cuentas.

Al cabo de unos instantes, tres hombres salieron del grupo que había en la acera y, llevados por un mismo impulso, cruzaron la calle.

Cuando uno de ellos, el más robusto, estaba a punto de derribar la puerta con el hombro, ésta, al parecer sin mediación humana, se abrió y los audaces investigadores entraron.

Apenas cruzaron el umbral, según pudieron observar los timoratos observadores exteriores, comenzaron a actuar de un modo inexplicable: tendían sus manos en busca de ayuda,

seguían trayectorias tortuosas, chocaban entre ellos, con el mostrador, con las cajas y toneles... Iban de un lado para otro en busca de una salida, pero parecían incapaces de volver

sobre sus pasos. A pesar de sus gritos y maldiciones, el fantasma de Silas Deemer seguía sin mostrar el menor interés en lo que ocurría.

Guiados por no se sabe qué impulsos, los de fuera hicieron una simultánea y tumultuosa acometida hacia la puerta. Como todos querían ser los primeros, la entrada quedó bloqueada, por lo que finalmente decidieron ponerse en fila y avanzar de uno en uno. Por algún extraño arte espiritual o físico la observación se transformó en acción: los espectadores comenzaron a tomar parte en el espectáculo y el público ocupó el escenario.

Alvan Creede, único espectador que quedaba al otro lado de la calle, pudo ver claramente lo que ocurría en el interior de la tienda, que aparecía inundado de luz y cada vez con más gente. Para los de dentro, por el contrario, la

oscuridad era total: era como si los que cruza-

ban el umbral quedaran ciegos y enloquecieran por tal desgracia. Andaban a tientas e intentaban salir contra la corriente, a empujones y codazos, por lo que se caían y pisoteaban una y otra vez. Se agarraban de la ropa, del pelo, de la barba; luchaban como fieras y gritaban y se insultaban furiosamente. Cuando el señor Creede vio a la última persona penetrar en aquel espantoso tumulto, la luz que antes todo lo iluminaba se convirtió en una oscuridad tan palpable para él como para los del interior. Alvan Creede dio media vuelta y se alejó de aquel lugar.

A la mañana siguiente, una multitud de curiosos se reunió en torno a la tienda. Entre ellos se encontraban los que habían huido la noche anterior, envalentonados ahora por la luz del sol, y los que iban a sus labores cotidianas. La puerta del inmueble seguía abierta, pero el lugar estaba vacío. Por todo el suelo, sobre las paredes y muebles, se veían jirones

de ropa y mechones de pelo. Los virulentos habitantes de Hillbrook habían conseguido, no se sabe cómo, salir de allí y habían vuelto a casa a curar sus heridas; seguro que habían pasado una mala noche. Tras el mostrador, sobre la mesa polvorienta, estaba el libro de cuentas. Las anotaciones, con letra de Deemer, acababan el dieciséis de julio, fecha de su muerte: no quedaba constancia de una posterior venta a Alvan Creede.

Y ésta es toda la historia. Las pasiones de la gente se calmaron y la razón volvió a prevalecer. Todo Hillbrook coincidía en que, teniendo en cuenta el carácter respetable e inofensivo de su primera transacción comercial bajo las nuevas condiciones, se podía permitir que Silas Deemer, después de muerto, continuara con su negocio en el viejo local, pero sin atropellos. El cronista de la localidad, de cuya obra inédita

ta se ha extraído el relato de los hechos, tuvo la precaución de mostrarse de acuerdo con esa idea. .

LA ALUCINACIÓN DE STALEY FLEMING

(*Staley Fleming's hallucination*)

De los dos hombres que estaban hablando, uno era médico.

–Le pedí que viniera, doctor, aunque no creo que pueda hacer nada. Quizás pueda recomendarme un especialista en psicopatía, porque creo que estoy un poco loco.

–Pues parece usted perfectamente –contestó el médico.

–Juzgue usted mismo: tengo alucinaciones.

Todas las noches me despierto y veo en la habitación, mirándome fijamente, un enorme perro negro de Terranova con una pata delantera de color blanco.

–Dice usted que despierta; ¿pero está seguro

de eso? A veces, las alucinaciones tan sólo son sueños.

—Oh, despierto, de eso estoy seguro. A veces me quedo acostado mucho tiempo mirando al perro tan fijamente como él a mí... siempre de-
jo la luz encendida. Cuando no puedo sopor-

tarlo más, me siento en la cama: ¡y no hay nada en la habitación!

—Mmmm... ¿qué expresión tiene el animal?

—A mí me parece siniestra. Evidentemente sé que, salvo en el arte, el rostro de un animal en reposo tiene siempre la misma expresión. Pero este animal no es real. Los perros de Terranova tienen un aspecto muy amable, como usted sabrá; ¿qué le pasará a éste?

—Realmente mi diagnosis no tendría valor alguno: no voy a tratar al perro.

El médico se rió de su propia broma, pero sin dejar de observar al paciente con el rabillo del

ojo. Después, dijo:

–Fleming, la descripción que me ha dado del animal concuerda con la del perro del fallecido Atwell Barton.

Fleming se incorporó a medias en su asiento, pero volvió a sentarse e hizo un visible intento de mostrarse indiferente.

–Me acuerdo de Barton –dijo–. Creo que era... se informó que... ¿no hubo algo sospe-

choso en su muerte?

Mirando ahora directamente a los ojos de su paciente, el médico respondió:

–Hace tres años, el cuerpo de su viejo enemigo, Atwell Barton, se encontró en el bosque, cerca de su casa y también de la de usted.

Había muerto acuchillado. No hubo detenciones porque no se encontró ninguna pista. Algunos teníamos nuestra «teoría». Yo tenía la mía. ¿Pensó usted algo?

–¿Yo? Por su alma bendita, ¿qué podía saber yo al respecto? Recordará que marché a Europa casi inmediatamente después, y volví mucho más tarde. No puede pensar que en las escasas semanas que han transcurrido desde mi regreso pudiera construir una «teoría». En realidad, ni siquiera había pensado en el asunto.

¿Pero qué pasa con su perro?

–Fue el primero en encontrar el cuerpo. Murió de hambre sobre su tumba.

Desconocemos la ley inexorable que subyace bajo las coincidencias. Staley Fleming no, o

quizás no se habría puesto en pie de un salto cuando el viento de la noche trajo por la ventana abierta el aullido prolongado y lastimero de un perro distante. Recorrió varias veces la habitación bajo la mirada fija del médico, hasta que, parándose abruptamente delante de él, casi le gritó:

–¿Qué tiene que ver todo esto con mi problema, doctor Halderman? Se ha olvidado del motivo de que le hiciera venir.

El médico se levantó, puso una mano sobre el brazo del paciente y le dijo con amabilidad:

–Perdóneme. Así, de improviso, no puedo diagnosticar su trastorno... quizás mañana.

Hágame el favor de acostarse dejando la puerta sin cerrar; yo pasaré la noche aquí, con sus libros. ¿Podrá llamarme sin levantarse de la cama?

–Sí, hay un timbre eléctrico.

–Perfectamente. Si algo le inquieta, pulse el botón, pero sin erguirse. Buenas noches.

Instalado cómodamente en un sillón, el

médico se quedó mirando fijamente los carbones ardientes de la chimenea y meditando en profundidad, aunque aparentemente sin propósito, pues frecuentemente se levantaba y

abría la puerta que daba a la escalera, escuchaba atentamente y después volvía a sentarse. Sin embargo, acabó por quedarse dormido y al despertar había pasado ya la medianoche. Removió el fuego, cogió un libro de la mesa que tenía a su lado y miró el título. Eran las *Meditaciones de Denneker*. Lo abrió al azar y empezó a leer.

«Lo mismo que ha sido ordenado por Dios que toda carne tenga espíritu y adopte por tanto las facultades espirituales, también el espíritu tiene los poderes de la carne, aunque se salga de ésta y viva como algo aparte, como atestiguan muchas violencias realizadas por fantasmas y espíritus de los muertos. Y hay quien dice que el hombre no es el único en esto, pues también los animales tienen la misma inducción maligna, y...»

Interrumpió su lectura una conmoción en la

casa, como si hubiera caído un objeto pesado.

El lector soltó el libro, salió corriendo de la habitación y subió velozmente las escaleras que conducían al dormitorio de Fleming. Intentó abrirla puerta pero, contrariando sus instrucciones, estaba cerrada. Empujó con el hombro con tal fuerza que ésta cedió. En el suelo, junto a la cama en desorden, vestido con su camión, yacía Fleming moribundo.

El médico levantó la cabeza de éste del suelo y observó una herida en la garganta.

—Debería haber pensado en esto —dijo, suponiendo que se había suicidado.

Cuando el hombre murió, el examen detallado reveló las señales inequívocas de unos colmillos de animal profundamente hundidos en la vena yugular.

Pero allí no había habido animal alguno.

UNA IDENTIDAD REANUDADA

(*A Resumed Identity*)

I

La revista como forma de bienvenida

Una noche de verano un hombre divisaba una amplia extensión de bosque y campo desde una pequeña colina. La luna llena situada ya cerca de la tierra en el oeste, le permitía saber lo que no hubiera podido saber de otro modo: que era casi la hora del amanecer. Una ligera neblina se extendía a lo largo del suelo, velando parcialmente los rasgos inferiores del paisaje, pero por encima de ella los árboles más altos destacaban en montones bien definidos contra la claridad celeste. Dos o tres granjas eran visibles a través de la niebla, pero en ninguna de ellas, naturalmente, había luz. De hecho, en ninguna parte había señal o sugerencia de vida exceptuando el ladrido de un perro lejano, que, repetido mecánicamente, servía más bien para acentuar que para disipar

la soledad de la escena.

El hombre miraba alrededor con curiosidad en todas las direcciones, como aquel que en un entorno familiar es incapaz de determinar su lugar exacto y su parte exacta en la disposición de las cosas. Quizás actuemos de este modo cuando, resucitados de entre los muertos, esperamos ser llamados a juicio.

A un ciento de yardas de distancia había un camino recto, que se mostraba blanco bajo la luz de la luna. Procurando orientarse, como diría un topógrafo o un navegante, el hombre movió sus ojos lentamente a lo largo de la longitud visible del camino, y a un cuarto de milla hacia el sur desde donde él se encontraba vio, indistinto y gris en medio de la niebla, un grupo de jinetes que cabalgaban hacia el norte. Tras ellos iban hombres a pie, marchando en columna, con rifles débilmente relucientes co-

locados oblicuamente por encima de los hombres. Se movían despacio y en silencio. Otro grupo de jinetes, otro regimiento de infantería,

otro y otro –todos en un incesante movimiento hacia el punto de vista del hombre, por delante de él, y más allá. Eran seguidos por una batería de artillería, en la que los encargados de los cañones cabalgaban con los brazos doblados sobre el armón y el cajón. Y sin embargo la interminable procesión salía de la oscuridad del sur y se adentraba en la oscuridad del norte, sin que se oyera el sonido de voces, de cascos, de ruedas.

El hombre no comprendía bien: pensaba que estaba sordo; hablaba, y oía su propia voz, aunque poseía una cualidad desconocida que casi lo inquietaba; defraudaba la expectativa de su oído en materia de timbre y resonancia. Pero él no estaba sordo, y eso por el momento

era suficiente.

Entonces recordó que hay fenómenos naturales a los que alguien ha dado el nombre de “sombras acústicas”. Si tú permaneces en una sombra acústica hay una dirección en la que no oirás nada. En la batalla de Gaines's Mili,

uno de los conflictos más feroces de la Guerra Civil, con cien armas en juego, el público que se hallaba a una milla y media de distancia en el lado opuesto del valle Chickahominy no oía nada de lo que claramente veía. El bombardeo de Port Royal, oído y sentido en St. Augustine, ciento cincuenta millas al sur, era inaudible dos millas al norte en una atmósfera tranquila.

Unos pocos días antes de la rendición en Appomattox un ensordecedor combate entre las comandancias de Sheridan y Pickett no fue conocido por el segundo comandante, que estaba a una milla en la retaguardia de su propia

línea.

Estos ejemplos eran ignorados por el hombre de quien escribimos, pero no se habían escapado a su observación otros menos sorprendentes del mismo carácter. Estaba profundamente inquieto, pero por otra razón que el silencio misterioso de esa marcha iluminada por la luna.

“¡Dios mío!” se dijo a sí mismo –y de nuevo

era como si otro hubiera expresado su pensamiento– “si esa gente es quien creo que es ¡hemos perdido la batalla y se dirigen a Nashville!”

Entonces le vino un pensamiento de sí mismo –un recelo– un fuerte sentido de peligro personal, lo que en otro llamamos miedo. Se introdujo rápidamente en la sombra de un árbol. Y a pesar de todo los batallones silenciosos avanzaban lentamente hacia la niebla.

El frío de una brisa repentina sobre la parte trasera de su cuello atrajo su atención hacia la dirección de la que provenía, y girándose hacia el este contempló una luz débilmente gris a lo largo del horizonte —el primer signo de la llegada del día. Esto incrementaba su recelo.

“Debo marcharme de aquí,” pensó “o me descubrirán y me cojerán”.

Salió de la sombra, caminando rápidamente hacia el grisáceo este. Desde el refugio más seguro que ofrecía un grupo de cedros miró

hacia atrás. La columna entera había desaparecido de su vista: ¡el blanco camino recto se extendía desnudo y desolado bajo la luz de la luna!

Si antes estaba perplejo, ahora estaba inefablemente asombrado. ¡El paso tan veloz de un ejército tan lento! —no podía entenderlo. Los

minutos transcurrían imperceptiblemente; había perdido el sentido del tiempo. Buscaba con una terrible seriedad la solución al misterio, pero buscaba en vano. Cuando por fin se despertó de su abstracción el borde del sol podía verse por encima de las colinas, pero en las nuevas condiciones él no encontraba otra luz que la del día; su entendimiento estaba envuelto en dudas tan oscuras como antes.

A cada lado se extendían campos cultivados que no mostraban señales de guerra o de estragos bélicos. De las chimeneas de las granjas las sutiles ascensiones de humo azul indicaban los preparativos para el pacífico trabajo diario. Habiendo acallado su inmemorable alocución

a la luna, el perro guardián ayudaba a un negro que, prefijando un tiro de mulas al arado, desafinaba con satisfacción en su labor. El héroe de este cuento observaba estúpidamente

este cuadro pastoril como si no hubiera visto nunca tal cosa en toda su vida; después se llevó la mano a la cabeza, la pasó por el pelo y, retirándola, examinó la palma con atención – algo singular. Tranquilizado aparentemente por esta acción, caminó con confianza hacia el camino.

II

Cuando has perdido la vida

consulta a un médico

Tras visitar a un paciente a seis o siete millas de distancia, en el camino de Nashville, el Dr. Stilling Malson, de Murfreesboro, había permanecido con él toda la noche. Al amanecer salió para su casa a caballo, como era la costumbre de los doctores de la época y del lugar. Había entrado en los alrededores del campo

de batalla de Stone's River cuando un hombre

se le acercó desde el borde del camino y lo saludó a la manera militar, con un movimiento de la mano derecha hacia el ala del sombrero. Pero el sombrero no era militar, el hombre no llevaba uniforme y no poseía porte marcial. El doctor inclinó la cabeza atentamente, medio pensando que el extraño saludo del forastero era quizás por respeto al entorno histórico. Ya que evidentemente el extranjero deseaba hablar con él, refrenó su caballo con cortesía y esperó.

“Señor,” dijo el forastero, “aunque sea usted un civil, puede que sea un enemigo”.

“Soy médico,” respondió en tono evasivo.

“Gracias,” dijo el otro. “Soy lugarteniente, de la compañía del general Hazen.” Se detuvo un momento y miró con intensidad a la persona a quien se dirigía, después añadió, “Del ejército federal”.

El médico asintió únicamente.

“Tenga la bondad de decirme,” continuó el

otro, “lo que ha sucedido aquí. ¿Dónde están los ejércitos? ¿Quién ha ganado la batalla?”.

El médico observó curiosamente a su interrogador con los ojos a medio cerrar. Tras un examen profesional, prolongado hasta el límite de la cortesía, dijo, “Perdone, el que pide información debería estar dispuesto a comunicarla. ¿Está usted herido?” añadió sonriente.

“No seriamente –parece.”

El hombre se quitó el sombrero no-militar, puso la mano en la cabeza, la pasó por el pelo y, retirándola, examinó con atención su palma.

“Fui alcanzado por una bala y he estado inconsciente. Debe haber sido un golpe ligero y oblicuo: no encuentro sangre y no siento dolor.

No lo molestaré con mi cura, pero ¿será tan amable de indicarme dónde está mi comandancia –cualquier parte del ejército federal– si lo sabe?”

Nuevamente el doctor no contestó de inmediato: estaba trayendo a la memoria lo que se consigna en los libros de su profesión –algo

sobre la pérdida de la identidad y el efecto de las escenas familiares en su recuperación. Finalmente miró al hombre a la cara, sonrió, y dijo:

“Lugarteniente, usted no lleva el uniforme de su rango y servicio.”

Al oír esto el hombre bajó la vista hacia su indumentaria civil, levantó los ojos, y dijo dubitativamente:

“Es verdad. Yo –yo no comprendo nada.”

Todavía observándolo con intensidad pero compasivamente el hombre de ciencia preguntó de manera directa:

“¿Cuántos años tiene?”

“Veintitrés –sí eso tiene algo que ver.”

“No lo parece; no hubiera adivinado que us-

ted tenía esa edad.”

El hombre se impacientaba. “No es necesario hablar de eso,” dijo; “quiero saber sobre el ejército. No hace dos horas que vi una columna de tropas que se dirigían hacia el norte por este camino. Usted debe haberse encontrado

con ellos. Sea bueno y dígame el color de su ropa, el cual fui incapaz de distinguir, y no lo molestaré más”.

“¿Está bastante seguro de que los vio?”

“¿Seguro? Dios mío, señor, ¡podría haberlos contado!”

“Vaya, realmente,” dijo el médico, graciosamente consciente de su propio parecido con el locuaz barbero de las Mil y Una Noches, “esto es muy interesante. No encontré ninguna tropa.”

El hombre lo miró con frialdad, como si hubiera observado la semejanza con el barbe-

ro. “Es evidente,” dijo, “que no tiene ganas de ayudarme. Señor, ¡váyase al diablo!”.

Se giró y se alejó a grandes zancadas, sin pensar, a través de los campos húmedos por el rocío, mientras que su atormentador medio arrepentido lo observaba desde su punto de ventaja en la silla de montar hasta que desapareció tras una arboleda.

III

El peligro de mirar en un charco

Después de dejar el camino el hombre aflojó el paso, y ahora avanzaba, más bien dificultosamente, con una visible sensación de fatiga.

No podía justificar esto, aunque verdaderamente la interminable locuacidad de aquel médico rural se presentaba como explicación.

Al sentarse sobre una roca, puso una mano en la rodilla, con el dorso hacia arriba, y casualmente la miró. Estaba arrugada y llena de sur-

cos; podía trazar las líneas con las puntas de sus dedos. ¡Qué extraño! –un simple balazo y una breve inconsciencia no deberían estropear a alguien físicamente.

“Debo haber estado mucho tiempo en el hospital,” dijo en voz alta. “Caramba ¡qué tonto soy! ¡La batalla fue en diciembre, y ahora es verano!” Se rió. “Con razón aquel tipo pensó que yo era un lunático fugado. Estaba equivocado: sólo soy un paciente fugado”.

A corta distancia una parcelita de terreno

cercada por una pared de piedra llamó su atención. Con un propósito no muy definido se levantó y fue hacia ella. En el centro había un monumento macizo y cuadrado de piedra labrada. Estaba oscurecido por el paso del tiempo, erosionado en los ángulos, manchado de musgo y líquen. Entre los bloques macizos había franjas de hierba cuyas raíces los habían

separado al actuar como palanca. Como respuesta al reto de esta ambiciosa estructura el Tiempo había puesto su mano destructora sobre ella, y pronto sería “una con Nínive y Tiro.”⁹

En una inscripción lateral su ojo atrapó un nombre familiar. Vibrando de emoción, estiró el cuerpo por encima del muro y leyó:

9 Nínive, ciudad asiria, y Tiro, ciudad fenicia, son dos famosos enclaves bíblicos. Es conocido el gusto de Bierce por la aplicación de citas y referencias de la Biblia a sus relatos, herencia trágica, para él, de su educación calvinista.

BRIGADA DE HAZEN

en

Memoria de Sus Soldados

que cayeron en

Stone River, Dic. 31, 1862.

El hombre se cayó de la pared hacia atrás, pálido y enfermo. Aproximadamente a la distancia de un brazo se hallaba un hoyito en la tierra; la lluvia reciente lo había llenado —era un charco de agua clara. Se arrastró hacia él para reponerse, levantó la parte superior de su cuerpo sobre sus brazos temblorosos, empujó la cabeza hacia adelante y vio el reflejo de su rostro, como en un espejo. Lanzó un grito terrible. Sus brazos se dejaron vencer; cayó, con la cara hacia abajo, dentro del charco y entregó la vida que había abarcado otra vida.

UN VAGABUNDO INFANTIL

(*A baby tramp*)

Difícilmente habría admirado usted al pequeño Jo si lo hubiera visto de pie en la esquina de una calle bajo la lluvia. Aparentemente se trataba de una tormenta otoñal ordinaria,

pero el agua que caía sobre Jo (que no era lo bastante mayor para ser justo o injusto, por lo que quizás no entrara bajo la ley de la distribución imparcial) parecía tener una propiedad peculiar: uno diría que era oscura y adhesiva; pegajosa. Pero resulta difícil que fuera así, incluso en Blackburg, donde ocurrían algunas cosas que se salían bastante de lo común.

Por ejemplo, diez o doce años antes había caído una lluvia de ranas pequeñas, tal como atestiguó creíblemente una crónica contemporánea, que concluía con una afirmación, algo oscura, en el sentido de que el cronista consideraba que significaba un buen momento para el progreso de los franceses.

Años más tarde había caído sobre Blackburg

una nevada carmesí; en Blackburg hace frío durante el invierno y las nevadas son frecuentes y copiosas. Mas no cabía ninguna duda al

respecto: en aquel caso la nieve tenía el color de la sangre y al fundirse en agua seguía manteniendo esa tonalidad, aunque fuera agua y no sangre. El fenómeno había atraído una amplia atención y la ciencia había dado tantas explicaciones como científicos hubo que se preocuparon por ello, sin llegar a saber nada. Pero los hombres de Blackburg –hombres que durante muchos años habían vivido precisamente donde cayó la nieve roja, y podía suponerse que sabían mucho sobre el asunto– sacudieron la cabeza y dijeron que algo iba a pasar.

Y algo pasó, pues el verano siguiente fue memorable por la prevalencia de una enfermedad misteriosa –epidémica, endémica o Dios sabrá qué, porque los médicos no lo supieron– que se llevó a la mitad de la población. La mayor parte de la otra mitad se había alejado volun-

tariamente de la ciudad, y empezaron a retornar lentamente, y finalmente lo hicieron todos, y se entregaron a crecer y multiplicarse como antes, aunque desde entonces Blackburn no ha llegado a ser la misma.

De un tipo muy distinto, aunque igualmente «fuera de lo común» fue el incidente del fantasma de Hetty Parlow. El nombre de soltera de Hetty Parlow había sido Brownon, que en Blackburn significaba más de lo que uno podría pensar.

Desde tiempo inmemorial, desde los primerísimos días de los antiguos tiempos coloniales, los Brownon habían sido la familia principal de la ciudad. Eran los más ricos y los mejores, hasta el punto de que Blackburn habría derramado hasta la última gota de su sangre plebeya defendiendo la justa fama de los Brownon. Que se supiera, muy pocos miembros de esa familia vivieron permanentemente lejos de Blackburn, aunque casi todos

se habían educado en otro lugar y habían via-

jado lo suyo, por lo que el número de miembros de la familia era abundante. Los hombres se encargaban de la mayor parte de las funciones públicas, mientras las mujeres se dedicaban primordialmente a las buenas obras. De estas últimas, Hetty era la más amada por la dulzura de su disposición, la pureza de su carácter y su singular belleza personal. Se casó en Boston con un joven bribón llamado Parlow y, como una buena Brownon, lo llevó inmediatamente a Blackburg, haciendo de él un hombre y un consejero municipal. Tuvieron un hijo al que pusieron de nombre Joseph y al que amaron tiernamente, como acostumbraban a hacer entonces los padres de toda aquella región.

Murieron después de la misteriosa enfermedad ya mencionada, por lo que a la edad de un

año Joseph quedó huérfano.

Por desgracia para Joseph, la enfermedad que le dejó sin padres no se conformó con eso; acabó prácticamente con todo el contingente

de Brownon y sus aliados por matrimonio; y los que huyeron, no regresaron. Rota la tradición, los bienes raíces de los Brownon pasaron a manos extrañas y los únicos Brownon que quedaron en aquel lugar estaban bajo tierra en el Cementerio de la Colina del Roble, donde ciertamente había una colonia de ellos lo bastante poderosa como para resistirse a la invasión de las tribus que les rodeaban y retener la parte mejor de aquellos terrenos. Pero volvamos al fantasma:

Una noche, unos tres años después de la muerte de Hetty Parlow, varios jóvenes de Blackburg pasaron en un carro junto al Cementerio de la Colina del Roble; si el lector ha

estado allí, recordará que la carretera que conduce a Greenton bordea su perímetro meridional. Habían asistido a una fiesta del día de mayo en Greenton; eso nos sirve para fijar la fecha. En total debían de ser una docena, y formaban un grupo bien alegre, si tenemos en cuenta el legado de tristeza que habían dejado

las recientes y sombrías experiencias de la ciudad. Al pasar por el Cementerio, el que conducía el carro tiró de pronto de las riendas lanzando una exclamación de sorpresa. Sin duda había motivos suficientes para la sorpresa, pues delante de ellos, casi al lado de la carretera, aunque por la parte interior del cementerio, estaba el fantasma de Hetty Parlow. Nadie dudó al respecto, pues la habían conocido personalmente todos los jóvenes y doncellas del grupo. Aquello sirvió para establecer la identidad del fantasma; su carácter de fan-

tasma se significó con todos los signos habituales –el sudario, el cabello largo y despeinado, la «mirada perdida»... es decir, todo. La inquietante aparición extendía los brazos hacia el oeste, como si estuviera suplicando al lucero de la tarde, que aunque era ciertamente atractivo resultaba a todas luces inalcanzable.

Mientras permanecieron sentados y en silencio (así lo cuenta la historia), todos los miembros de aquel grupo de jueguistas –aunque sólo se

habían alegrado con café y limonada– escucharon claramente al fantasma gritar el nombre de Joey. Un momento después, allí no había nadie. Evidentemente, nadie está obligado a creer todo esto.

Ahora bien, en ese momento, tal como se averiguó más tarde, Joey deambulaba por entre unos matorrales de artemisa al otro lado del continente, cerca de Winnemucca, en el es-

tado de Nevada. Lo habían llevado a esa ciudad unas buenas personas, que eran parientes lejanos de su fallecido padre, y le habían adoptado y atendido tiernamente. Pero aquella tarde el pobre niño se había alejado de su casa y se encontraba perdido en el desierto.

Su historia posterior está inmersa en la oscuridad y tiene vacíos que sólo podemos llenar con conjeturas. Se sabe que fue encontrado por una familia de indios piute, que se quedaron con el infortunado pequeño durante algún tiempo y luego lo vendieron; lo vendieron realmente por dinero a una mujer que iba en un

tren hacia el este, en una estación bastante alejada de Winnemucca. Se asegura que la mujer hizo todo tipo de investigaciones, pero en vano, por lo que, como era viuda y no tenía hijos, lo adoptó. En este punto de su historia da la impresión de que Jo se aleja bastante de su

condición de huérfano; la interposición de una multitud de padres entre él mismo y ese infortunado estado le prometía una prolongada inmunidad con respecto a sus desventajas.

Su madre más reciente, la señora Darnell, vivía en Cleveland, Ohio. Pero no permaneció mucho con ella su hijo adoptivo. Una tarde, un policía que era nuevo en la ronda por aquella zona, lo vio alejándose deliberadamente de su casa, y al interrogarle el niño respondió que «volvía a su hogar». Debió viajar en tren, pues tres días más tarde se encontraba en la ciudad de Whiteville, que como el lector sabe está muy lejos de Blackburg. Sus ropas se encontraban en bastante buenas condiciones, pero él estaba terriblemente sucio. Incapaz de expli-

carlo, fue detenido por vago y sentenciado a prisión en el Hogar Refugio de Niños, donde le lavaron.

Jo escapó del Hogar Refugio de Niños de Whiteville internándose en el bosque, por lo que el Hogar no volvió a saber nunca de él. Volvemos a encontrarle, o más bien lo recuperamos, desamparado bajo la fría lluvia otoñal en la esquina de una calle de un barrio de Blackburg; en estos momentos parece adecuado explicar que las gotas de lluvia que caían sobre él no eran en realidad ni oscuras ni pegajosas; lo único que sucedía es que no servían para que su rostro y manos dejaran de estar menos negros ni viscosos. Pues lo cierto es que Jo estaba terrible y maravillosamente manchado, como si hubiera salido de la mano de un artista. Además, el pequeño y desamparado vagabundo no tenía zapatos, por lo que sus pies estaban descalzos, rojizos e hinchados, y al caminar cojeaba de ambos. En cuanto a la ropa... ah, no creo que el lector tuviera capaci-

dad de describir ni una sola de las prendas que llevaba, o decir por qué acto de magia se mantenían encima de él.

Estaba absolutamente helado, lo que no admitía duda alguna; y él mismo lo sabía. Cualquiera hubiera tenido frío allí aquella tarde; pero ésa era también la razón de que no hubiera nadie allí. Cómo había llegado hasta allí él mismo no podría haberlo dicho ni por la escasa y vacilante vida que le quedaba, aunque hubiera estado dotado de un vocabulario que excediera de las cien palabras. Pero por la manera en que miraba a su alrededor cualquiera se hubiera dado cuenta de que no tenía la menor idea de dónde estaba (ni por qué).

Sin embargo, no era tonto del todo para su edad y generación; como tenía frío y hambre, y todavía era capaz de caminar un poco doblando mucho las rodillas y apoyando primero los dedos de los pies, decidió entrar en una de las casas que había a largos intervalos a un lado de

la calle y que parecía tan iluminada y caliente.

Mas cuando intentó llevar a cabo tan sensata decisión, se presentó un fornido perro que tiraba de una cadena y le disputó su derecho. Aterrado, y creyendo sin duda (con cierta razón) que los que son brutos por fuera tienen una brutalidad interior, se alejó cojeando de todas las casas y, como tenía a su derecha campos grises y húmedos, y a su izquierda campos húmedos y grises, y como la lluvia casi le cegaba y la noche venía envuelta en niebla y oscuridad, tomó el camino que conduce a Greenton. Es decir, el camino que lleva a Greenton a los que consiguen dejar atrás el Cementerio de la Colina del Roble. Pero todos los años había un número considerable de personas que no lo conseguían.

Jo no lo logró.

Le encontraron a la mañana siguiente muy

húmedo, muy frío, pero ya sin hambre. Por lo visto había cruzado la puerta del Cementerio – esperando quizás que condujera a una casa que no tuviera perro–, lo recorrió torpemente

en la oscuridad, cayó sobre muchas tumbas, sin duda, hasta que se cansó de todo y se abandonó. El pequeño cuerpo yacía de costado, con una mejilla manchada apoyada en una mano sucia, y la otra mano metida entre los harapos para calentarla, mientras la mejilla restante estaba por fin limpia y blanca, como si la hubiera besado uno de los ángeles de Dios. Se observó que el pobrecillo yacía sobre la tumba de Hetty Parlow, aunque en aquel momento no se pensó que aquello significara nada, pues el cuerpo todavía no había sido identificado. Pero la tumba no se abrió para recibirle. Uno desearía, sin llegar a ser irreverente, que esa circunstancia hubiera sido dis-

tinta.

LOS SUCESOS NOCTURNOS EN

EL BARRANCO DEL MUERTO

UN RELATO FALSO

(*The night-doings at "Deadman's"*

A story that is untrue)

Hacía una noche especialmente fría y clara, como el corazón de un diamante. Las noches claras tienen la peculiaridad de ser perspicas. En la oscuridad puedes tener frío y no darte cuenta; sin embargo, cuando ves, sufres. Esa noche era suficientemente sagaz para morder como una serpiente. La luna se movía de modo misterioso tras los pinos gigantes que coronaban la Montaña del Sur, haciendo que la dura corteza de la nieve produjera destellos y subrayando contra el negro Oeste los contornos fantasmales de la Cordillera de la Costa, más allá de la cual se extendía el Pacífico

invisible. La nieve se amontonaba en los claros del fondo del barranco, en las extensas sierras que subían y bajaban, y en las colinas, donde parecía que el rocío manaba y se desbordaba.

Rocío que en realidad era la luz del sol, reflejada dos veces: una desde la luna, y otra desde la nieve.

Sobre ésta, muchas de las barracas del abandonado campamento minero aparecían destruidas (un marinero podría haber dicho que se habían ido a pique.) La nieve cubría a intervalos irregulares los altos caballetes que una vez habían soportado el peso de un arroyo al que llamaban «flume»; porque «flume», claro está, viene de *flumen*. El privilegio de hablar Latín se cuenta entre las ventajas de las que las montañas no pueden privar al buscador de oro. Este, al referirse a un compañero muerto dice: «Se ha ido “flume” arriba», que es una

bonita forma de decir: «Su vida ha retornado a la Fuente de la Vida.»

Mientras se ponía la armadura contra los ataques del viento, la nieve no había descuidado ninguna posición estratégica. Cuando es perseguida por el viento, la nieve no es muy distinta a un ejército que se repliega. En cam-

po abierto se alinea en grados y batallones. Si puede ganar una posición, opone resistencia; donde puede refugiarse, lo hace. Detrás de un trozo de pared derruida pueden verse pelotones completos de nieve encogidos de miedo.

La vieja carretera tortuosa, excavada en la ladera de la montaña, estaba llena de ellos. Un escuadrón tras otro se habían afanado por escapar por este flanco, pero el hostigamiento había cesado de repente. Es imposible imaginar un lugar más desolado y espantoso que el Barranco del Muerto en una noche de invier-

no. A pesar de ello, Mr. Hiram Beeson, su único habitante, eligió vivir allí.

En la ladera de la Montaña del Norte, muy arriba, su pequeña cabaña, construida con troncos de pino, proyectaba un delgado rayo de luz desde el único cristal de la ventana, y parecía un escarabajo negro sujeto a la ladera con un flamante y luminoso alfiler. En el interior, Mr. Beeson se sentaba delante de una lumbre que ardía con fuerza, con la vista cla-

vada en el foco candente, como si nunca hubiera visto una cosa igual en toda su vida.

No era un hombre atractivo. Tenía el pelo cano y su atuendo estaba raído y sucio. La cara tenía un aspecto pálido y ojeroso, y los ojos le brillaban con excesiva fuerza. En cuanto a su edad, si alguien hubiera intentado adivinarla, primero podría haber dicho que rondaba los cuarenta y siete, después corregiría y diría se-

tenta y cuatro. En realidad tenía veintiocho. Estaba demacrado; quizás, hasta donde podía arriesgarse, pues en Bentley's Flat había una funeraria muy necesitada y en Sonora un forense muy emprendedor. La pobreza y el celo son como las piedras superior e inferior de un molino. Es peligroso colocar una tercera en esa especie de «sandwich.»

Mientras Mr. Beeson permanecía allí sentado, con sus raídos codos apoyados sobre unas rodillas aun más raídas y sus esqueléticas mandíbulas hundidas entre sus esqueléticas manos, sin ninguna intención aparente de irse

a la cama, parecía que el más ligero movimiento podía dejarlo hecho añicos. Sin embargo, durante la última hora había pestañado no menos de tres veces.

Entonces se oyeron unos golpes secos en la puerta. Esto, a aquella hora de la noche y con

aquel tiempo, podría haber sorprendido a cualquier común mortal que llevara viviendo dos años en el barranco sin ver una cara humana y que, por tanto, no podía desconocer que la zona estaba intransitable; pero Mr. Beeson ni siquiera apartó la vista del fuego. Incluso al abrirse la puerta, se limitó a encogerse un poco más, como quien espera algo que preferiría no ver. Se puede observar este gesto entre las mujeres, en una capilla mortuoria, mientras se coloca el féretro en el pasillo que hay junto a ellas.

Pero cuando un anciano alto envuelto en un capote, con la cabeza rodeada por un pañuelo y la cara prácticamente oculta por una bufanda, con anteojos verdes y un color de tez

(donde se podía apreciar) de una blancura deslumbrante, entró sigilosamente en la habitación y colocó una mano rígida y enguantada

sobre el hombro de Mr. Beeson, olvidó sus buenos modales hasta el grado de levantar la vista y poner una expresión de considerable asombro; fuera quien fuera aquel a quien estaba esperando, evidentemente no contaba con encontrarse a alguien semejante. A pesar de ello, la visión de aquel inesperado invitado produjo en Mr. Beeson la siguiente secuencia: una sensación de asombro; después un sentimiento de gratificación, y, por último, una impresión de profunda buena voluntad. Levantándose del asiento, retiró aquella mano nudosa de su hombro y la estrechó con un fervor inexplicable, pues el aspecto del anciano no tenía nada de atractivo y sí mucho de repulsivo. Sin embargo, la atracción es una característica demasiado general para que no sea compartida por la repulsión. El objeto más atractivo del mundo es el rostro que instinti-

vamente cubrimos con un paño. Cuando se hace incluso más atractivo, fascinante, echamos siete pies de tierra sobre él.

—Amigo —dijo Mr. Beeson soltando la mano del anciano, que al desplomarse contra su muslo produjo un golpe seco—, hace una noche muy desagradable. Por favor, tome asiento; me alegro mucho de verle.

Mr. Beeson habló con un tono bastante educado, un tono que uno nunca habría esperado teniendo en cuenta la situación. Realmente, el contraste entre su aspecto y sus modales fue suficientemente sorprendente para ser uno de los fenómenos sociales más comunes en las minas. El anciano dio un paso adelante, hacia el fuego, que se reflejaba sobre los anteojos verdes como en una caverna. Mr. Beeson añadió:

—¡Ya lo creo que me alegro!

La elegancia de Mr. Beeson no era muy refinada; había hecho razonables concesiones al

gusto local. Hizo una pausa y recorrió con la

vista desde la embozada cabeza de su invitado, pasando por la hilera de enmohecidos botones que cerraban su capote, hasta sus verdosas botas de cuero manchadas de nieve, que había empezado a fundirse y escurría por el suelo formando pequeños regueros. Hizo un inventario de aquel personaje y quedó satisfecho. ¿Y quién no habría quedado? Entonces prosiguió:

–La comida que puedo ofrecerle está, por desgracia, en relación con mis posibilidades; pero me sentiría tremendamente agraciado si se dignara a aceptarla en vez de buscar algo mejor en Bentley's Flat.

Con un especial refinamiento de humildad hospitalaria, Mr. Beeson hablaba como si la estancia en su cálida cabaña una noche como aquella, comparada con una caminata de ca-

torce millas con la nieve hasta el cuello y un mendrugo en el bolsillo, fuera una desgracia insoportable. En respuesta, el invitado se desabrochó el capote. El anfitrión echó leña seca

al fuego; después barrió el hogar con una cola de lobo y añadió:

—Aunque creo que sería mejor que se largara.

El anciano tomó asiento junto al fuego y, sin quitarse el sombrero, acercó las grandes suelas de sus botas a las llamas. En las minas sólo se quita uno el sombrero si también se quita las botas. Sin más comentarios, Mr. Beeson se sentó en una silla que había sido anteriormente un tonel y que, por su carácter original, parecía haber sido diseñada para recoger sus cenizas cuando quisiera desmenuzarse. Durante un rato no hubo más que silencio; luego, desde algún lugar entre los pinos, llegó el fuerte gruñido de un coyote y, simultáneamente, el

crujido de la puerta en el marco. Entre los dos incidentes no había otra relación que la aversión del coyote por las tormentas y el alboroto del viento; sin embargo, parecía existir una especie de conspiración sobrenatural entre los dos, y Mr. Beeson se estremeció con una imprecisa sensación de terror. En un momento se

recuperó y volvió a dirigirse a su invitado:

—Aquí ocurren cosas extrañas. Voy a contárselo todo, y si decide marcharse le acompañaré durante el primer tramo del camino; hasta donde Baldy Peterson disparó contra Ben Hi-ke; seguro que conoce el sitio.

El anciano asintió con ampulosidad, como si diera a entender que no sólo conocía el lugar, sino que lo conocía de verdad.

—Hace dos años —comenzó Mr. Beeson—, otros dos compañeros y yo ocupamos esta casa; pero cuando todo el mundo se marchó hacia

Bentley's Flat, nosotros nos fuimos con ellos.

En diez horas el barranco quedó desierto.

Aquella tarde, sin embargo, me di cuenta de que había olvidado una pistola muy valiosa (ésta) y volví por ella; pasé la noche solo aquí, tal y como he hecho todas las noches desde entonces. He de explicar que unos cuantos días antes de que nos marcháramos nuestro criado chino tuvo la desgracia de morir cuando la tierra estaba tan helada que era imposible cavar

una tumba de la manera habitual. Así que el día de nuestra precipitada partida cavamos ahí, en el suelo, y le enterramos como pudimos. Pero antes de hacerlo, tuve el mal gusto de cortarle la coleta y clavarla sobre su tumba, en aquella viga donde usted la ve ahora; o mejor dicho, ahora que el calor le ha dado a usted la oportunidad de verla.

»¿He dicho ya (creo que sí), que el chino mu-

rió por causas naturales? Por supuesto, yo no
tuve nada que ver con eso, y volví, no por una
atracción irresistible o por una fascinación
morbosa, sino sencillamente porque había ol-
vidado la pistola. Esto queda claro ¿verdad,
amigo?

El visitante asintió solemnemente. Parecía ser
hombre de pocas palabras, casi de ninguna.

Mr. Beeson continuó:

–De acuerdo con la religión china, el hombre
es como una cometa: no puede subir al cielo
sin su coleta. Bien; para abreviar esta tediosa
historia (que, a pesar de todo, creo mi obliga-

ción relatar), aquella noche, mientras me en-
contraba aquí solo, pensando en cualquier co-
sa menos en él, el chino volvió por la coleta.

» Pero no se la llevó.

En este punto Mr. Beeson cayó en un silencio
incomprensible. Quizás estaba fatigado por el

insólito ejercicio de hablar; o quizás había evocado un recuerdo que exigía su total atención.

El viento soplaba ahora cerca de la casa y los pinos de la ladera susurraban con singular claridad. El narrador prosiguió:

–Usted dice que no ve nada especial en ello, y debo confesar que yo tampoco.

» ¡Pero la cuestión es que sigue viniendo!

Se produjo otra larga pausa, durante la cual se dedicaron a mirar fijamente al fuego, sin mover un miembro. Entonces, clavando los ojos sobre lo que podía ver de la cara impassible de quien le escuchaba, Mr. Beeson estalló, casi con fiereza:

–¿Dársela? Mire, no tengo ninguna intención de molestar a nadie pidiéndole consejo sobre

este asunto. Usted me perdonará, estoy seguro (aquí se mostró especialmente persuasivo), pero me he arriesgado a sujetar con clavos esa

coleta y he asumido, en cierto modo, la onerosa obligación de conservarla. Por tanto, me es imposible llevar a cabo su considerada sugerencia.

»¿Es que me toma usted por un pelele?

Nada podría superar la repentina ferocidad con que hundi6 este reproche indignado en el oído de su invitado. Era como si le hubiera golpeado en la cara con un guantelete de acero. Se trataba de una protesta, pero también de un desafío. Ser confundido con un cobarde, ser tomado por un pelele: estas dos expresiones son la misma. A veces es un chino. —«¿Es que me toma usted por un chino?», es una pregunta que se hace con frecuencia a los que mueren bruscamente.

La bofetada de Mr. Beeson no tuvo ningún efecto, y tras una pausa durante la cual el viento estuvo resonando en la chimenea como

si echaran terrones de tierra sobre un ataúd,
prosiguió:

—Aunque, como usted dice, está acabando
conmigo. Siento que mi vida durante los dos
últimos años ha sido un completo error, un
error que se corrige a sí mismo; ya ve cómo.
¡La tumba! No; no hay quien la cave. El terre-
no también está helado. Pero sea usted bien-
venido. Aunque no es importante, puede us-
ted decirlo en Bentley's. Sí, fue difícil cortarla:
suelen colocar seda trenzada dentro de sus co-
letas. Uaagh.

Mr. Beeson hablaba con los ojos cerrados
mientras paseaba de un lado a otro. Su última
palabra fue un ronquido. Al cabo de un rato,
respiró hondo, abrió los ojos haciendo un es-
fuerzo y, tras un simple comentario, se quedó
profundamente dormido. Lo que dijo fue lo
siguiente:

—¡Están robando mis cenizas!

Entonces el extraño anciano, que no había di-

cho una palabra desde su llegada, se levantó

del asiento y, pausadamente, se quitó la ropa de abrigo, dejando ver una figura en ropa interior de lana tan delgada como la de la difunta Signorina Festorazzi, una mujer irlandesa de seis pies de altura y cincuenta y seis libras de peso, que solía exhibirse en camisola ante la gente de San Francisco. Luego, después de haber situado un revólver a mano según la costumbre de la región, se metió en uno de los camastros. Lo había cogido de una repisa, y era el revólver que Mr. Beeson había mencionado y por el que había vuelto al barranco dos años antes.

Mr. Beeson se despertó al cabo de un rato y, al ver que su invitado se había retirado, hizo lo mismo. Pero antes se acercó al largo y trenzado mechón pagano y le dio un fuerte tirón para asegurarse de que estaba bien sujeto. Las

dos camas (meras tablas cubiertas con mantas no muy limpias) estaban situadas una frente a la otra en sendos extremos de la habitación, y la pequeña trampilla cuadrada que daba acce-

so a la tumba del chino quedaba entre ellas.

Ésta, por cierto, estaba atravesada por una doble fila de clavos. En su resistencia a lo sobrenatural, Mr. Beeson no había olvidado tomar precauciones materiales.

El fuego había languidecido y sus llamas azuladas y mortecinas centelleaban de vez en cuando proyectando sombras espectrales en las paredes; sombras que deambulaban misteriosamente, separándose o juntándose. Sin embargo, la sombra de la coleta, suspendida del tejado en el extremo más alejado de la habitación, permanecía melancólica y distante, como si fuera una llamada de admiración. El susurro de los pinos en el exterior había aumentado

hasta alcanzar la dignidad de un himno triunfal. En los momentos de pausa el silencio era espantoso.

Fue precisamente en uno de esos momentos cuando la trampilla del suelo comenzó a levantarse. Se iba alzando lenta pero ininterrumpidamente, del mismo modo que la em-

bozada cabeza del anciano se elevaba del camastro para verla. Entonces, con un golpetazo que estremeció la casa hasta los cimientos, fue lanzada completamente hacia atrás y se quedó con las puntas de los clavos, horrorosas y amenazantes, hacia arriba. Mr. Beeson se despertó y, sin levantarse, se tapó los ojos con los dedos. Temblaba; los dientes le rechinaban. Su invitado descansaba sobre un codo mientras observaba la evolución de los hechos con los anteojos, que relucían como lámparas.

De pronto, el bramido de una ráfaga de vien-

to se precipitó por la chimenea, desparramando cenizas y humo en todas direcciones y dejando la habitación a oscuras durante un rato. Cuando el fuego de la chimenea volvió a iluminar la habitación, se pudo ver, sentado calladamente en el borde de un taburete que había junto al hogar, a un hombre pequeño, de tez morena, aspecto agradable y vestido con buen gusto, que asentía en dirección al anciano con una sonrisa amigable y simpática. «De

San Francisco, claro está», pensó Mr. Beeson, que había conseguido recuperarse del susto e intentaba buscar una solución a aquellos acontecimientos nocturnos.

Pero en ese momento apareció otro actor en escena. Desde el negro agujero cuadrado que había en medio del suelo surgió la cabeza del difunto chino que, con ojos vidriosos y concentrado en la coleta que pendía sobre él, diri-

gió desde sus pronunciadas hendiduras la mirada hacia arriba con un gesto de ansiedad indescriptible. Mr. Beeson emitió un gemido y volvió a cubrirse la cara con las manos. Un suave olor a opio inundaba la habitación. El fantasma, vestido sólo con una corta túnica azul de seda acolchada, cubierta del moho de la sepultura, se incorporó lentamente, como impulsado por un débil resorte. Tenía las rodillas a nivel del suelo cuando, tras dar un rápido salto hacia arriba semejante al de una llama que arde de repente, estiró el cuerpo, agarró la coleta con las dos manos y mordió la punta

con sus horribles dientes amarillos. Así quedó colgado, con aparente frenesí y sin emitir sonido alguno; gesticulaba de un modo espantoso, saltando y hundiéndose una y otra vez en sus esfuerzos por desenganchar su propiedad de la viga. Era como un cadáver convulsiona-

do artificialmente por medio de una batería eléctrica. ¡El contraste entre su actividad sobrehumana y su silencio resultaba horroroso! Mr. Beeson se encogió en la cama. El hombrecillo de tez morena descruzó las piernas, dio con impaciencia unos cuantos golpes con la punta de la bota y consultó su pesado reloj de oro. El anciano se incorporó y cogió el revólver con sigilo.

¡Bang!

Como un cuerpo que se desploma en la horca, el chino se hundió pesadamente en el agujero oscuro, con la coleta entre los dientes. La trampilla giró y se cerró de un fuerte golpe. El hombrecillo de San Francisco dio un ágil brinco desde su taburete, atrapó con el sombrero

algo en el aire, como un niño caza una mariposa, y desapareció por la chimenea como si hubiera sido succionado.

A través de la puerta abierta, desde algún lugar lejano en la oscuridad llegó un grito débil y distante, un lamento de sollozos, parecido al de un niño estrangulado en el desierto, o al de un alma perdida capturada por el Adversario. Aunque pudo haber sido el coyote.

Durante los primeros días de la primavera siguiente, un grupo de mineros que se dirigía hacia las nuevas explotaciones pasó por el barranco y, al recorrer las cabañas abandonadas, encontró en una el cuerpo de Hiram Beeson, tendido sobre un catre, y con un agujero de bala en el corazón. La bala había sido disparada, evidentemente, desde el otro extremo de la habitación, pues en una de las vigas superiores de roble había una pequeña abolladura de color azul: la bala había dado en un nudo de la madera y se había desviado posteriormente hacia abajo hasta alcanzar el pecho de la

víctima. Sujeto fuertemente a la misma viga, se encontraba lo que parecía ser el extremo de una trenza de pelo de caballo, que había sido segada por la bala en su trayectoria. No se descubrió nada más de interés, salvo unas ropas mohosas y estafalarias, de las que varias prendas fueron después identificadas por testigos respetables como las que llevaban ciertos ciudadanos del Barranco del Muerto cuando fueron enterrados años antes. Pero no es fácil comprender cómo pudo ocurrir eso, a menos que, claro está, las prendas hubieran sido utilizadas como disfraz por la misma Muerte, lo que resulta difícil de creer.

AL OTRO LADO DE LA PARED

(*Beyond the wall*)

Hace muchos años, cuando iba de Hong Kong a Nueva York pasé una semana en San Francisco. Hacía mucho tiempo que no había

estado en esa ciudad y durante todo aquel periodo mis negocios en Oriente habían prosperado más de lo que esperaba. Como era rico, podía permitirme volver a mi país para restablecer la amistad con los compañeros de juventud que aún vivían y me recordaban con afecto. El más importante para mí era Mohum Dampier, un antiguo amigo del colegio con quien había mantenido correspondencia irregular hasta que dejamos de escribirnos, cosa muy normal entre hombres. Es fácil darse cuenta de que la escasa disposición a redactar una sencilla carta de tono social está en razón del cuadrado de la distancia entre el destinatario y el remitente. Se trata, simple y llanamente, de una ley.

Recordaba a Dampier como un compañero,

fuerte y bien parecido, con gustos semejantes a los míos, que odiaba trabajar y mostraba una

señalada indiferencia hacia muchas de las cuestiones que suelen preocupar a la gente; entre ellas la riqueza, de la que, sin embargo, disponía por herencia en cantidad suficiente como para no echar nada en falta. En su familia, una de las más aristocráticas y conocidas del país, se consideraba un orgullo que ninguno de sus miembros se hubiera dedicado al comercio o a la política, o hubiera recibido distinción alguna. Mohum era un poco sentimental y su carácter supersticioso le hacía inclinarse al estudio de temas relacionados con el ocultismo. Afortunadamente gozaba de una buena salud mental que le protegía contra creencias extravagantes y peligrosas. Sus incursiones en el campo de lo sobrenatural se mantenían dentro de la región conocida y considerada como certeza.

La noche que le visité había tormenta. El invierno californiano estaba en su apogeo: una

lluvia incesante regaba las calles desiertas y, al ser empujada por irregulares ráfagas de viento, se precipitaba contra las casas con una fuerza increíble. El cochero encontró el lugar, una zona residencial escasamente poblada cerca de la playa, con dificultad. La casa, bastante fea, se elevaba en el centro de un terreno en el que, según pude distinguir en la oscuridad, no había ni flores ni hierba. Tres o cuatro árboles, que se combaban y crujían a causa del temporal, parecían intentar huir de su tétrico entorno en busca de mejor fortuna, lejos, en el mar. La vivienda era una estructura de dos pisos, hecha de ladrillo, que tenía una torre en una esquina, un piso más arriba. Era la única zona iluminada. La apariencia del lugar me produjo cierto estremecimiento, sensación que se vio aumentada por el chorro de agua que sentía caer por la espalda mientras corría a buscar refugio en el portal.

Dampier, en respuesta a mi misiva informándole de mi deseo de visitarle, había

contestado: «No llames, abre la puerta y sube.» Así lo hice. La escalera estaba pobremente iluminada por una luz de gas que había al final del segundo tramo. Conseguí llegar al descansillo sin destrozar nada y atravesé una puerta que daba a la iluminada estancia cuadrada de la torre. Dampier, en bata y zapatillas, se acercó, tal y como yo esperaba, a saludarme, y aunque en un principio pensé que me podría haber recibido más adecuadamente en el vestíbulo, después de verle, la idea de su posible inhospitalidad desapareció.

No parecía el mismo. A pesar de ser de mediana edad, tenía canas y andaba bastante encorvado. Le encontré muy delgado; sus facciones eran angulosas, y su piel, arrugada y pálida como la muerte, no tenía un solo toque

de color. Sus ojos, excepcionalmente grandes, centelleaban de un modo misterioso.

Me invitó a sentarme y, tras ofrecerme un cigarro, manifestó con sinceridad obvia y solemne que estaba encantado de verme. Des-

pués tuvimos una conversación trivial durante la cual me sentí dominado por una profunda tristeza al ver el gran cambio que había sufrido. Debió captar mis sentimientos porque inmediatamente dijo, con una gran sonrisa:

–Te he desilusionado: *non sum qualis eram*.

Aunque no sabía qué decir, al final señalé:

–No, que va, bueno, no sé: tu latín sigue igual que siempre.

Sonrió de nuevo.

–No –dijo–, al ser una lengua muerta, esta particularidad va aumentando. Pero, por favor, ten paciencia y espera: existe un lenguaje mejor en el lugar al que me dirijo. ¿Tendrías

algún inconveniente en recibir un mensaje en dicha lengua?

Mientras hablaba su sonrisa iba desapareciendo, y cuando terminó, me miró a los ojos con una seriedad que me produjo angustia.

Sin embargo no estaba dispuesto a dejarme llevar por su actitud ni a permitirle que descubriera lo profundamente afectado que me

encontraba por su presagio de muerte.

—Supongo que pasará mucho tiempo antes de que el lenguaje humano deje de sernos útil —observé—, y para entonces su necesidad y utilidad habrán desaparecido.

Mi amigo no dijo nada y, como la conversación había tomado un giro desalentador y no sabía qué decir para darle un tono más agradable, también yo permanecí en silencio. De repente, en un momento en que la tormenta amainó y el silencio mortal contrastaba de un

modo sobrecogedor con el estruendo anterior, oí un suave golpeteo que provenía del muro que tenía a mis espaldas. El sonido parecía haber sido producido por una mano, pero no como cuando se llama a una puerta para poder entrar, sino más bien como una señal acordada, como una prueba de la presencia de alguien en una habitación contigua; creo que la mayoría de nosotros ha tenido más experiencias de este tipo de comunicación de las que nos gustaría contar. Miré a Dampier. Si

había algo divertido en mi mirada no debió captarlo. Parecía haberme olvidado y observaba la pared con una expresión que no soy capaz de definir, aunque la recuerdo como si la estuviera viendo. La situación era desconcertante. Me levanté con intención de marcharme; entonces reaccionó.

—Por favor, vuelve a sentarte —dijo—, no ocu-

rre nada, no hay nadie ahí.

El golpeteo se repitió con la misma insistencia lenta y suave que la primera vez.

–Lo siento –dije–, es tarde. ¿Quieres que vuelva mañana?

Volvió a sonreír, esta vez un poco mecánicamente.

–Es muy gentil por tu parte, pero completamente innecesario. Te aseguro que ésta es la única habitación de la torre y no hay nadie ahí.

Al menos...

Dejó la frase sin terminar, se levantó y abrió una ventana, única abertura que había en la pared de la que provenía el ruido.

–Mira.

Sin saber qué otra cosa podía hacer, le seguí hasta la ventana y me asomé. La luz de una farola cercana permitía ver claramente, a través de la oscura cortina de agua que volvía a caer

a raudales, que «no había nadie». Ciertamente, no había otra cosa que la pared totalmente desnuda de la torre.

Dampier cerró la ventana, señaló mi asiento y volvió a tomar posesión del suyo.

El incidente no resultaba en sí especialmente misterioso; había una docena de explicaciones posibles (ninguna de las cuales se me ha ocurrido todavía). Sin embargo me impresionó vivamente el hecho de que mi amigo se esforzara por tranquilizarme, pues ello daba al suceso una cierta importancia y significación.

Había demostrado que no había nadie, pero precisamente eso era lo interesante. Y no lo había explicado todavía. Su silencio resultaba irritante y ofensivo.

—Querido amigo —dije, me temo que con cier-

ta ironía—, no estoy dispuesto a poner en cuestión tu derecho a hospedar a todos los espec-

tros que desees de acuerdo con tus ideas de compañerismo; no es de mi incumbencia. Pero como sólo soy un simple hombre de negocios, fundamentalmente terrenales, no tengo necesidad alguna de espectros para sentirme cómodo y tranquilo. Por ello, me marcho a mi hotel, donde los huéspedes aún son de carne y hueso.

No fue una alocución muy cortes, lo sé, pero mi amigo no manifestó ninguna reacción especial hacia ella.

—Te ruego que no te vayas —observó—. Agradezco mucho tu presencia. Admito haber escuchado un par de veces con anterioridad lo que tú acabas de oír esta noche. Ahora sé que no eran ilusiones mías y esto es verdaderamente importante para mí; más de lo que te imaginas. Enciende un buen cigarro y ármate de paciencia mientras te cuento toda la historia.

La lluvia volvía a arreciar, produciendo un rumor monótono, que era interrumpido de vez en cuando por el repentino azote de las ramas agitadas por el viento. Era bastante tarde, pero la compasión y la curiosidad me hicieron seguir con atención el monólogo de Dampier, a quien no interrumpí ni una sola vez desde que empezó a hablar.

—Hace diez años —comenzó—, estuve viviendo en un apartamento, en la planta baja de una de las casas adosadas que hay al otro lado de la ciudad, en Rincon Hill. Esa zona había sido una de las mejores de San Francisco, pero había caído en desgracia, en parte por el carácter primitivo de su arquitectura, no apropiada para el gusto de nuestros ricos ciudadanos, y en parte porque ciertas mejoras públicas la habían afeado. La hilera de casas, en una de las cuales yo habitaba, estaba un poco apartada de la calle; cada vivienda tenía un diminuto

jardín, separado del de los vecinos por unas cercas de hierro y dividido con precisión ma-

temática por un paseo de gravilla bordeado de bojés, que iba desde la verja a la puerta.

»Una mañana, cuando salía, vi a una chica joven entrar en el jardín de la casa izquierda.

Era un caluroso día de junio y llevaba un ligero vestido blanco. Un ancho sombrero de paja decorado al estilo de la época, con flores y cintas, colgaba de sus hombros. Mi atención no estuvo mucho tiempo centrada en la exquisita sencillez de sus ropas, pues resultaba imposible mirarla a la cara sin advertir algo sobrenatural. Pero no, no temas; no voy a deslucir su imagen describiéndola. Era sumamente bella. Toda la hermosura que yo había visto o soñado con anterioridad encontraba su expresión en aquella inigualable imagen viviente, creada por la mano del Artista Divino. Me impre-

sionó tan profundamente que, sin pensar en lo impropio del acto, descubrí mi cabeza, igual que haría un católico devoto o un protestante de buena familia ante la imagen de la Virgen. A la doncella no parecía disgustarle mi gesto;

me dedicó una mirada con sus gloriosos ojos oscuros que me dejó sin aliento, y, sin más, entró en la casa. Permanecí inmóvil por un momento, con el sombrero en la mano, consciente de mi rudeza y tan dominado por la emoción que la visión de aquella belleza incomparable me inspiraba, que mi penitencia resultó menos dolorosa de lo que debería haber sido. Entonces reanudé mi camino, pero dejé el corazón en aquel lugar. Cualquier otro día habría permanecido fuera de casa hasta la caída de la noche, pero aquél, a eso de la media tarde, ya estaba de vuelta en el jardín, interesado por aquellas pocas flores sin importan-

cia que nunca antes me había detenido a observar. Mi espera fue en vano; la chica no apareció.

»A aquella noche de inquietud le siguió un día de expectación y desilusión. Pero al día siguiente, mientras caminaba por el barrio sin rumbo, me la encontré. Desde luego no volví a hacer la tontería de descubrirme; ni siquiera

me atreví a dedicarle una mirada demasiado larga para expresar mi interés. Sin embargo mi corazón latía aceleradamente. Tenía temblores y, cuando me dedicó con sus grandes ojos negros una mirada de evidente reconocimiento, totalmente desprovista de descaros o coquetería, me sonrojé.

»No te cansaré con más detalles; sólo añadiré que volví a encontrármela muchas veces, aunque nunca le dirigí la palabra ni intenté llamar su atención. Tampoco hice nada por conocerla.

Tal vez mi autocontrol, que requería un sacrificio tan abnegado, no resulte claramente comprensible. Es cierto que estaba locamente enamorado, pero, ¿cómo puede uno cambiar su forma de pensar o transformar el propio carácter?

»Yo era lo que algunos estúpidos llaman, y otros más tontos aún gustan ser llamados, un aristócrata; y, a pesar de su belleza, de sus encantos y elegancia, aquella chica no pertenecía a mi clase. Me enteré de su nombre (no tiene

sentido citarlo aquí) y supe algo acerca de su familia. Era huérfana y vivía en la casa de huéspedes de su tía, una gruesa señora de edad, inaguantable, de la que dependía. Mis ingresos eran escasos y no tenía talento suficiente como para casarme; debe de ser una cualidad que nunca he tenido. La unión con aquella familia habría significado llevar su

forma de vida, alejarme de mis libros y estudios y, en el aspecto social, descender al nivel de la gente de la calle. Sé que este tipo de consideraciones son fácilmente censurables y no me encuentro preparado para defenderlas.

Acepto que se me juzgue, pero, en estricta justicia, todos mis antepasados, a lo largo de generaciones, deberían ser mis codefensores y debería permitírseme invocar como atenuante el mandato imperioso de la sangre. Cada glóbulo de ella está en contra de un enlace de este tipo. En resumen, mis gustos, costumbres, instinto e incluso la sensatez que pueda quedarme después de haberme enamorado, se

vuelven contra él. Además, como soy un romántico incorregible, encontraba un encanto exquisito en una relación impersonal y espiritual que el conocimiento podría convertir en vulgar, y el matrimonio con toda seguridad

disiparía. Ninguna criatura, argüía yo, podría ser más encantadora que esta mujer. El amor es un sueño delicioso; entonces, ¿por qué razón iba yo a procurar mi propio despertar?

»El comportamiento que se deducía de toda esta apreciación y parecer era obvio. Mi honor, orgullo y prudencia, así como la conservación de mis ideales me ordenaban huir, pero me sentía demasiado débil para ello. Lo más que podía hacer –y con gran esfuerzo– era dejar de ver a la chica, y eso fue lo que hice. Evité incluso los encuentros fortuitos en el jardín.

Abandonaba la casa sólo cuando sabía que ella ya se había marchado a sus clases de música, y volvía después de la caída de la noche. Sin embargo era como si estuviera en trance; daba rienda suelta a las imaginaciones más fasci-

nantes y toda mi vida intelectual estaba relacionada con ellas. ¡Ah, querido amigo! Tus ac-

ciones tienen una relación tan clara con la razón que no puedes imaginarte el paraíso de locura en el que viví.

»Una tarde, el diablo me hizo ver que era un idiota redomado. A través de una conversación desordenada, y sin buscarlo, me enteré por la cotilla de mi casera que la habitación de la joven estaba al lado de la mía, separada por una pared medianera. Llevado por un impulso torpe y repentino, di unos golpecitos suaves en la pared. Evidentemente, no hubo respuesta, pero no tuve humor suficiente para aceptar un rechazo. Perdí la cordura y repetí esa tontería, esa infracción, que de nuevo resultó inútil, por lo que tuve el decoro de desistir.

»Una hora más tarde, mientras estaba concentrado en algunos de mis estudios sobre el infierno, oí, o al menos creí oír, que alguien contestaba a mi llamada. Dejé caer los libros y de un salto me acerqué a la pared donde, con

toda la firmeza que mi corazón me permitía, di tres golpes. La respuesta fue clara y contundente: uno, dos, tres, una exacta repetición de mis toques. Eso fue todo lo que pude conseguir, pero fue suficiente; demasiado, diría yo.

»Aquella locura continuó a la tarde siguiente, y en adelante durante muchas tardes, y siempre era yo quien tenía *la última palabra*. Durante todo aquel tiempo me sentí completamente feliz, pero, con la terquedad que me caracteriza, me mantuve en la decisión de no ver a la chica. Un día, tal y como era de esperar, sus contestaciones cesaron. «Está enfadada –me dije– porque cree que soy tímido y no me atrevo a llegar más lejos»; entonces decidí buscarla y conocerla y... Bueno, ni supe entonces ni sé ahora lo que podría haber resultado de todo aquello. Sólo sé que pasé días intentando encontrarme con ella, pero todo fue en vano.

Resultaba imposible verla u oírla. Recorrí infructuosamente las calles en las que antes nos

habíamos cruzado; vigilé el jardín de su casa desde mi ventana, pero no la vi entrar ni salir.

Profundamente abatido, pensé que se había marchado; pero no intenté aclarar mi duda preguntándole a la casera, a la que tenía una tremenda ojeriza desde que me habló de la chica con menos respeto del que yo consideraba apropiado.

»Y llegó la noche fatídica. Rendido por la emoción, la indecisión y el desaliento, me acosté temprano y conseguí conciliar un poco el sueño. A media noche hubo algo, un poder maligno empeñado en acabar con mi paz para siempre, que me despertó y me hizo incorporarme para prestar atención a no sé muy bien qué. Me pareció oír unos ligeros golpes en la pared: el fantasma de una señal conocida. Un

momento después se repitieron: uno, dos, tres, con la misma intensidad que la primera vez, pero ahora un sentido alerta y en tensión los recibía. Estaba a punto de contestar cuando el Enemigo de la Paz intervino de nuevo en mis

asuntos con una pícaro sugerencia de venganza. Como ella me había ignorado cruelmente durante mucho tiempo, yo le pagaría con la misma moneda. ¡Qué tontería! ¡Que Dios sepa perdonármela! Durante el resto de la noche permanecí despierto, escuchando y reforzando mi obstinación con cínicas justificaciones.

»A la mañana siguiente, tarde, al salir de casa me encontré con la casera, que entraba:

»—Buenos días, señor Dampier —dijo—; ¿se ha enterado usted de lo que ha pasado?

Le dije que no, de palabra, pero le di a entender con el gesto que me daba igual lo que fuera. No debió captarlo porque continuó:

—A la chica enferma de al lado. ¿Cómo? ¿No ha oído nada? Llevaba semanas enferma y ahora...

Casi salto sobre ella.

»—Y ahora... —grité—, y ahora ¿qué?

»—Está muerta.

»Pero aún hay algo más. A mitad de la noche, según supe más tarde, la chica se había

despertado de un largo estupor, tras una semana de delirio, y había pedido —éste fue su último deseo— que llevaran su cama al extremo opuesto de la habitación. Los que la cuidaban consideraron la petición un desvarío más de su delirio, pero accedieron a ella. Y en ese lugar aquella pobre alma agonizante había realizado la débil aspiración de intentar restaurar una comunicación rota, un dorado hilo de sentimiento entre su inocencia y mi vil monstruosidad, que se empeñaba en profesar una leal-

tad brutal y ciega a la ley del Ego.

»¿Cómo podía reparar mi error? ¿Se pueden decir misas. por el descanso de almas que, en noches como ésta, están lejos, «por espíritus que son llevados de acá para allá por vientos caprichosos», y que aparecen en la tormenta y la oscuridad con signos y presagios que sugieren recuerdos y augurios de condenación?

»Esta ha sido su tercera visita. La primera vez fui escéptico y verifiqué por métodos naturales el carácter del incidente; la segunda,

respondí a los golpes, varias veces repetidas, pero sin resultado alguno. Esta noche se completa la «tríada fatal» de la que habla Parape-lius Necromantius. Es todo lo que puedo decir.

Cuando hubo terminado su relato no encontré nada importante que decir, y preguntar habría sido una impertinencia terrible. Me le-

vanté y le di las buenas noches de tal forma que pudiera captar la compasión que sentía por él; en señal de agradecimiento me dio un silencioso apretón de manos. Aquella noche, en la soledad de su tristeza y remordimiento, entró en el reino de lo Desconocido.

UN NAUFRAFIO PSICOLÓGICO

(A psychological shipwreck)

En el verano de 1874 me encontraba en Liverpool, donde había ido en viaje de negocios representando a la sociedad mercantil Bronson & Jarret de Nueva York. Mi nombre es William Jarret, y el de mi socio era Zenas Bronson. La compañía quebró el año pasado y Bronson, incapaz de soportar el salto de la opulencia a la pobreza, murió.

Una vez concluidos mis asuntos financieros y viendo cercana una crisis de agotamiento y desaliento, decidí que una larga travesía marí-

tima podría resultar al mismo tiempo agradable y beneficiosa para mí; por ello, en vez de embarcarme a la vuelta en uno de aquellos excelentes buques de pasajeros, hice una reserva para Nueva York en el velero *Morrow*, donde había hecho cargar una abundante y valiosa remesa de los artículos que había comprado.

El Morrow era un barco inglés dotado con pocos camarotes para pasajeros, entre los que

sólo nos contábamos *yo* y una joven con su doncella, una mujer negra de mediana edad.

Me pareció extraño que una joven inglesa viajara tan bien atendida, pero ella me explicó más tarde que la doncella había estado al servicio de un matrimonio de Carolina del Sur, y que fue recogida por su familia al morir ambos cónyuges el mismo día en casa de su padre, en Devonshire. Dicha circunstancia, por su rareza, permanecería en mi memoria con bastante

claridad, incluso aunque no hubiera salido a relucir en una posterior conversación con la joven dama que el marido se llamaba William Jarret, igual que yo. Sabía que una rama de mi familia se había establecido en Carolina del Sur, pero desconocía completamente su historia y lo que había sido de ellos.

El *Morrow* partió del estuario del río Mersey el 15 de junio y durante varias semanas tuvimos brisas ligeras y cielos cubiertos. El patrón del barco, un marinero admirable (pero nada más), no nos ofreció, salvo a la hora de comer,

demasiada hospitalidad, por lo que la joven Miss Janette Harford y yo hicimos amistad enseguida. A decir verdad, estábamos casi siempre juntos y, con una disposición de ánimo introspectiva, procuré varias veces analizar y definir el sentimiento novelesco que me inspiraba: una atracción secreta y sutil, pero podero-

sa, que me impulsaba constantemente a buscarla. Mis intentos fueron vanos. Sólo pude asegurarme de que, al menos, no se trataba de amor. Una vez convencido de esto y confiando en que ella me era bastante incondicional, una tarde (recuerdo que era el 3 de julio), mientras estábamos sentados en cubierta, me aventuré a preguntarle entre risas si podría ayudarme a resolver una duda psicológica.

Al principio se quedó callada, mirando hacia otro lado. Empecé a temer que había sido extremadamente descortés e inoportuno. Pero entonces clavó su mirada solemne sobre la mía. En un instante mi mente se vio dominada por una ilusión extraña y nunca registrada en

la consciencia humana. Daba la impresión de que me miraba, desde una lejanía inconmensurable, no *con* sino *a través* de sus ojos, y que otras personas, hombres, mujeres y niños, en

cuyos rostros creí ver efímeras expresiones extrañamente familiares, se arremolinaban a su alrededor, pugnando todos, con una ligera impaciencia, por mirarme a través de las mismas órbitas. El barco, el océano, el cielo: todo había desaparecido. No era consciente más que de las figuras de esa extraordinaria y fantástica escena. Entonces, de repente, una profunda oscuridad se abatió sobre mí, y desde ella y poco a poco, como quien se va acostumbrando despacio a una luz más débil, el entorno anterior de la cubierta, el mástil y las jarcias, fue reapareciendo lentamente ante mi vista. Miss Hartford, que había cerrado los ojos y parecía estar dormida, seguía sentada en su silla con el libro que había estado leyendo abierto sobre su regazo. Impulsado por no sé qué motivo, me fijé en la parte superior de la página; era un ejem-

plar de una obra rara y curiosa, *Las Meditacio-*

nes de Denneker, y el dedo índice de la dama descansaba sobre este pasaje:

«A todos y a cada uno se les concede alejarse y separarse del cuerpo una temporada; porque, igual que en los riachuelos que confluyen uno en otro, el más débil es arrastrado por el más fuerte, existen ciertos parientes cuyos caminos se entrecruzan y sus almas guardan relación mientras sus cuerpos siguen caminos anteriormente fijados, sin que lo sepan.»

Miss Harford se despertó temblando; el sol se había ocultado tras el horizonte, pero no hacía frío. Tampoco hacía nada de viento ni había nubes en el cielo; sin embargo, no se veía una estrella. Unos pasos precipitados resonaron fuertemente sobre la cubierta; el capitán, al que habían hecho subir, se reunió junto al barómetro con el primer oficial. «¡Dios mío!», le oí exclamar.

Una hora más tarde, la figura de Janette Harford, invisible en medio de la oscuridad y la

espuma, me fue arrebatada de las manos por el vórtice cruel del barco al hundirse, mientras yo perdía el conocimiento entre las jarcias del mástil flotante al que me había amarrado.

Me despertó la luz de una lámpara. Yacía en una litera rodeado por el característico ambiente del camarote de un buque. Frente a mí, un hombre sentado en un canapé y medio desnudo para irse a dormir, leía un libro. Reconocí el rostro de mi amigo Gordon Doyle. Me había encontrado con él el día que me embarqué en Liverpool, cuando estaba a punto de subir al buque *Ciudad de Praga*, y me había pedido encarecidamente que le acompañara en él.

Pasados unos instantes, pronuncié su nombre. Él se limitó a decir «Bien», y pasó la hoja del libro sin apartar la vista de la página.

—Doyle —repetí—, ¿la salvaron *a ella*?

Entonces se dignó mirarme y sonrió divertido. Evidentemente creyó que estaba medio dormido.

–¿A ella? ¿A quién te refieres?

–A Janette Harford.

Su diversión se convirtió en asombro; me miró fijamente, sin decir nada.

–Me lo dirás dentro de un rato –proseguí–; supongo que me lo dirás dentro de un rato.

Un momento después pregunté:

–¿Qué barco es éste?

Doyle volvió a mirarme fijamente.

–El *Ciudad de Praga*, que partió de Liverpool con rumbo a Nueva York y lleva tres semanas de travesía con el eje de una hélice roto. Principal pasajero: Mr. Gordon Doyle; ídem lunático: Mr. William Jarret. Estos dos distinguidos viajeros embarcaron juntos, pero están a punto de separarse, siendo la decisión irrevocable del

primero tirar por la borda al segundo.

Me incorporé de repente.

—¿Quieres decir que llevo tres semanas como pasajero de este barco?

—Sí, casi tres. Hoy es 3 de julio.

—¿Es que he estado enfermo?

—Sano como una manzana y siempre puntual en las comidas.

—¡Dios santo! Doyle, aquí hay algún misterio.

Por favor, te ruego que seas serio. ¿No fui rescatado del naufragio del velero *Morrow*?

A Doyle le cambió el color, se acercó a mí y me cogió por la muñeca. Al rato preguntó con calma:

—¿Qué sabes de Janette Harford?

—Primero dime qué sabes *tú*.

Mr. Doyle me observó durante unos instantes como si estuviera pensando qué hacer.

Después se volvió a sentar en el canapé y dijo:

—¿Por qué no? Estoy comprometido con Janette Harford, a la que conocí hace un año en Londres. Su familia, una de las más ricas de Devonshire, se ofendió por ello y nos fuimos, o mejor dicho, estamos fugándonos, porque el día que tú y yo nos dirigíamos al embarcadero para subir a este barco, ella y su fiel doncella, una mujer negra, nos adelantaron y se dirigieron al velero *Morrow*. No consintió

que fuéramos en el mismo barco y creyó más oportuno embarcar en un velero para evitar que nos vieran y reducir el riesgo de ser descubiertos. Ahora estoy muy preocupado porque esa maldita rotura de nuestra maquinaria puede que nos retrase tanto que el *Morrow* llegue a Nueva York antes que nosotros y, en ese caso, la pobre chica no sabrá dónde ir.

Me quedé quieto en la litera, tan quieto que apenas respiraba. Pero el asunto no parecía

desagradar a Doyle pues, tras una breve pausa, continuó:

—A propósito, ella es sólo hija adoptiva de los Harford. Su madre murió en su tierra al caer de un caballo durante una cacería, y su padre, loco de tristeza, se suicidó el mismo día. Nadie reclamó a la niña y los Harford la adoptaron después de un tiempo razonable. Aunque ella ha crecido en la creencia de que es su hija.

—Doyle ¿qué libro estás leyendo?

—Oh, se llama *Las Meditaciones de Denneker*. Es muy raro; Janette me lo dio. Por casualidad te-

nía dos ejemplares. ¿Quieres verlo?

Me arrojó el volumen, que se abrió al caer.

En una de las páginas había un pasaje subrayado:

«A todos y a cada uno se les concede alejarse y separarse del cuerpo una temporada; porque, igual que en los riachuelos que confluyen

uno en otro, el más débil es arrastrado por el más fuerte, existen ciertos parientes cuyos caminos se entrecruzan y sus almas guardan relación mientras sus cuerpos siguen caminos anteriormente fijados, sin que lo sepan.»

–Tenía, es decir, tiene, un gusto muy singular a la hora de leer –conseguí decir, dominando mi nerviosismo.

–Sí. Tal vez ahora tengas la amabilidad de explicarme cómo llegaste a conocer su nombre y el del velero en que se embarcó.

–Te oí hablar de ellos en sueños –señalé.

Una semana después atracamos en el puerto de Nueva York. Pero del *Morrow* nunca se volvió a saber nada.

EL DEDO CORAZÓN DEL PIE DERECHO

(*The middle toe of the right foot*)

Es bien sabido que la vieja casa Manton está hechizada. En toda la zona rural que la rodea, e incluso en la ciudad de Marshall, situada a una milla de distancia, no hay una sola persona de mente imparcial que tenga la menor duda al respecto; la incredulidad se limita a esas personas que recibirán el término de «chifladas» en cuanto esta útil palabra haya penetrado en la esfera intelectual del *Advance* de Marshall. La evidencia de que la casa está hechizada es doble: el testimonio de testigos desinteresados que han aportado la prueba ocular, y el de la propia casa. Los primeros pueden ser rechazados por cualquiera de las diversas objeciones que se le ocurra plantear al ingenuo; pero los hechos que están al alcance de la observación de todos son materiales y pueden controlarse.

En primer lugar, la casa Manton no ha sido

ocupada por los mortales desde hace más de diez años, y junto con sus edificios exteriores está entrando lentamente en decadencia: circunstancia que, por sí sola, nadie en su sano juicio se aventuraría a ignorar. Está un poco alejada del tramo más solitario de la carretera que une Marshall con Harriston, en un claro que en otro tiempo fue una granja, y sigue desfigurado por secciones de valla podrida y medio cubierta por zarzas que antaño cercaba un suelo estéril y pedregoso que hace ya muchísimo tiempo que no sabe lo que es un arado. La casa se encuentra en condiciones tolerablemente buenas, aunque muy despintada por el tiempo y con una gran necesidad de atención del vidriero, ya que la población masculina infantil de la región ha dado pruebas, de la manera que le es habitual, de su desaprobación a esa casa sin habitantes. Tiene una altura de dos pisos, es de planta casi cuadrada y la fachada delantera está traspasada

por una sola puerta flanqueada a cada lado por una ventana, totalmente recubiertas ambas de tablones. Las ventanas correspondientes del piso superior, que no están protegidas, permiten la entrada de la luz y la lluvia en las habitaciones del segundo piso. Hierbas buenas y malas crecen a su antojo por todas partes, y algunos árboles de sombra, algo estropeados por el viento, se inclinan todos en la misma dirección, dando la impresión de que estuvieran haciendo un esfuerzo concertado por escapar de allí. En resumen, tal como el humorista de la ciudad de Marshall explicaba en las columnas del *Advance*, «la proposición de que la casa Manton está hechizada es la única conclusión lógica que puede obtenerse». El hecho de que fuera en aquella misma morada donde al señor Manton le pareció adecuado una noche de hace unos diez años levantarse y cortar la

garganta a su esposa y a sus dos hijos pequeños, yéndose a vivir enseguida a otra parte del país, tiene sin duda su parte de responsabili-

dad en el hecho de que a la atención pública el lugar le parezca adecuado para los fenómenos sobrenaturales.

Una tarde de verano llegaron a la casa cuatro hombres montados en una carreta. Tres de ellos se bajaron enseguida, y el que iba conduciendo ató la yunta al único poste que quedaba de lo que había sido una valla. El cuarto permaneció sentado en el carro.

—Vamos —dijo uno de sus compañeros acercándose a él, mientras los otros dos se dirigían a la casa—. Éste es el lugar.

—¡Dios mío! —respondió sin moverse el otro—. Esto es una broma y me parece que están todos en el ajo.

—Quizás yo lo esté —contestó el otro mirándo-

le directamente a la cara y hablándole con un tono que tenía algo de desprecio—. Pero recordará que la elección del lugar se le dejaba a los otros con su consentimiento. Claro que si tiene miedo de los espectros...

—Yo no le tengo miedo a nada —le interrumpió

el otro con un juramento antes de saltar al suelo. Los dos se unieron a los otros en la puerta, que uno de ellos había abierto ya con cierta dificultad porque la cerradura estaba oxidada. Entraron todos. Dentro estaba oscuro, pero el que había abierto la puerta sacó una vela y cerillas y la prendió. Abrió después una puerta que tenía a su derecha en cuanto estuvieron en el pasillo. Daba paso a una habitación grande y cuadrada que la vela sólo podía iluminar muy débilmente. El suelo tenía una espesa capa de polvo que ahogaba parcialmente el ruido de sus pisadas. Había telarañas

en los ángulos de las paredes y colgando del techo como tiras de un encaje podrido, y que con la agitación del aire que produjo su entrada iniciaron unos movimientos ondulantes. La habitación tenía dos ventanas en los lados, pero desde ninguna de ellas podía verse nada salvo la tosca superficie interior de los tablo- nes clavados a escasos centímetros del cristal. No había chimenea ni muebles; no había nada:

aparte de las telarañas y el polvo, los cuatro hombres eran los únicos seres que no forma- ban parte de la estructura.

Debían tener un aspecto extraño bajo la luz amarillenta de la vela. El que se había bajado del carro con mayor desgana resultaba espe- cialmente espectacular: casi podría decirse que sensacional. Era de mediana edad, de fuerte constitución, pecho y hombros anchos. Viendo su figura cualquiera habría dicho que tenía la

fuerza de un gigante, y si se le miraba a los rasgos de la cara, cualquiera se convencería de que estaba dispuesto a utilizarla como tal. Iba bien afeitado y con el pelo, grisáceo, muy corto. Su frente baja estaba cruzada por arrugas encima de los ojos, que se volvían verticales sobre la nariz. Las cejas, negras y espesas, seguían la misma ley, y sólo un último giro hacia arriba impedía lo que se habría convertido en un punto de contacto. Muy hundidos bajo las cejas, brillando bajo la luz oscura, había unos ojos de color incierto pero evidentemente de-

masiado pequeños. Su expresión tenía algo formidable que no mejoraba con la boca cruel y las mandíbulas anchas. La nariz estaba, sin embargo, bastante bien, en cuanto que nariz; pero nadie espera demasiado de las narices.

Todo lo que tenía de siniestro el rostro de aquel hombre parecía acentuado por una pali-

dez que no era natural: daba la impresión de que careciera totalmente de sangre.

El aspecto de los otros hombres era bastante común: eran personas de esas que uno conoce y se olvida de haber conocido. Todos eran más jóvenes que el hombre que hemos descrito, y entre ellos y el de mayor edad, que se mantenía apartado, no parecía existir ningún sentimiento amable. Evitaban mutuamente.

—Caballeros —dijo el hombre que sostenía la vela y las llaves—. Creo que todo está bien.

¿Está dispuesto, señor Rosser?

El hombre que se encontraba apartado del grupo inclinó la cabeza y sonrió.

—¿Y usted, señor Grossmith?

El hombre pesado inclinó la cabeza y frunció el ceño.

—Si me hacen el favor de quitarse las prendas exteriores.

Enseguida se quitaron los sombreros, abrigos, chalecos y pañuelos de cuello, que arrojaron fuera de la puerta, al pasillo. El hombre que llevaba la vela asintió y el cuarto hombre – el que había presionado a Grossmith para que bajara del carro– sacó del bolsillo de su abrigo dos largos machetes de aspecto asesino que extrajo inmediatamente de sus vainas de cuero.

–Son exactamente iguales –dijo dándole a cada uno de los dos personajes principales uno de los cuchillos, pues en ese momento hasta el observador más torpe habría comprendido la naturaleza de la reunión. Iba a ser un duelo a muerte.

Cada luchador cogió un cuchillo, lo examinó críticamente cerca de la vela y comprobó la fuerza de la hoja y del mango sobre su rodilla

levantada. Después, el ayudante de cada uno

de ellos se dirigió al otro.

—Si le parece bien, señor Grossmith —dijo el hombre que sostenía la luz—, se colocará usted en esa esquina.

Indicó el ángulo de la habitación más alejado a la puerta, y hacia allí se retiró Grossmith, después de que su ayudante se despidiera de él con un apretón de manos que no tenía nada de cordial. En el ángulo más cercano a la puerta se colocó el señor Rosser, y tras una consulta en susurros con su ayudante, éste le dejó y se unió al otro ayudante junto a la puerta. En ese momento se apagó la vela dejando la habitación en una oscuridad profunda. Quizás se debiera a una corriente provocada por la puerta abierta, pero con independencia de cuál fuera la causa, el efecto resultó sorprendente.

—Caballeros —dijo una voz que parecía extrañamente desconocida en esas condiciones alteradas que afectan a las relaciones de los sentidos—: no se moverán hasta que oigan que se ha

cerrado la puerta exterior.

Se escucharon sonidos de pisadas, después el de la puerta interior al cerrarse y, finalmente, la puerta exterior, con un golpe que sacudió el edificio entero.

Unos minutos más tarde, el hijo de un granjero que se había retrasado se encontró con un carro ligero que conducían furiosamente hacia la ciudad de Marshall. Afirmó que tras las dos personas del asiento delantero había una tercera, con las manos sobre los hombros inclinados de los otros, quienes parecían luchar en vano para liberarse del tercero. A diferencia de las otras, esa figura iba vestida de blanco y sin la menor duda se había subido al carro cuando éste pasó junto a la casa hechizada. Como el muchacho podía jactarse de haber tenido muchísimas experiencias anteriores en esa zona sobrenatural, su palabra tenía con justicia el

peso del testimonio de un experto. La historia (en relación con los acontecimientos del día siguiente) apareció en el *Advance*, con algunos

ligeros embellecimientos literarios y la sugerencia, a modo de conclusión, de que a esos caballeros se les permitiría utilizar las columnas del periódico para dar su versión acerca de la aventura nocturna. Pero nadie reclamó ese privilegio.

II

Los acontecimientos que habían llevado a aquel «duelo en la oscuridad» fueron bastante simples. Una noche, tres jóvenes de la ciudad de Marshall estaban sentados en una tranquila esquina del porche del hotel del pueblo, fumando y discutiendo acerca de los asuntos que es natural interesen a hombres jóvenes y educados de un pueblo del sur. Sus nombres

eran King, Sancher y Rosser. A una distancia escasa desde la que era fácil escucharles, pero sin tomar parte en la conversación, se sentaba un cuarto hombre que aquellos tres no conocían. Simplemente sabían que cuando a primera hora de la tarde había llegado en la diligen-

cia, se había registrado en el hotel con el nombre de Robert Grossmith. No se le había visto hablar con nadie salvo con el recepcionista del hotel. Sin embargo, parecía apreciar singularmente su propia compañía; o tal como lo expresó el *personnel* del *Advance*, era «muy adicto a las malignas asociaciones». Pero habría que añadir entonces, para hacer justicia al desconocido, que el *personnelera* de una disposición demasiado alegre como para poder juzgar a alguien diferentemente dotado, y que además había experimentado un ligero rechazo cuando intentó hacerle una «entrevista».

–Odio cualquier tipo de deformidad en una mujer –estaba diciendo King–. Ya sea natural o... adquirida. Sostengo la teoría de que cualquier defecto físico tiene su correlativo defecto mental y moral.

–Deduzco de ello –intervino con solemnidad Rosser–, que una dama que carezca de la ventaja moral de una nariz encontraría que la lucha por convertirse en la señora King sería una

empresa ardua.

–Desde luego que puede expresarlo de ese modo –le respondió el otro–. Pero hablando en serio, en una ocasión abandoné a una joven de lo más encantadora al enterarme accidentalmente de que había sufrido la amputación de un dedo de un pie. Mi conducta fue brutal, si quieren considerarlo así, pero si me hubiera casado con esa joven me habría sentido desgraciado durante toda la vida, y habría hecho

que también ella se sintiera así.

—Mientras que al casarse con un caballero de opiniones más liberales, escapó a ese destino y se encontró con que le abrieron la garganta— intervino Sancher con una ligera risotada.

—Ah, ya sabe a quién me refiero. Ciertamente, se casó con Manton, pero nada sé de su liberalidad; no estoy seguro de que no le cortara la garganta al descubrir que le faltaba eso que es tan excelente en una mujer: el dedo corazón del pie derecho.

—¡Fíjense en ese tipo! —dijo Rosser en voz baja

fijando su mirada en el desconocido.

Evidentemente aquel tipo estaba escuchando la conversación intensamente.

—¡Vaya descaro! —murmuró King—. ¿Qué podemos hacer?

—Eso es fácil —contestó Rosser levantándose—.

Señor —dijo dirigiéndose al desconocido—: creo

que sería mejor que se fuera con su silla al otro extremo del porche. La presencia de unos caballeros es una situación que, evidentemente, no le resulta familiar.

El hombre se puso en pie y avanzó hacia ellos con los puños cerrados y el rostro blanco por la rabia. Ahora estaban todos en pie y Sanchez se interpuso entre los beligerantes.

—Ha sido usted apresurado e injusto —le dijo a Rosser—. Este caballero no ha hecho nada que merezca ese lenguaje.

Pero Rosser no retiró ninguna palabra. Dada la costumbre del país y de la época, aquella disputa sólo podía tener una consecuencia.

—Exijo la satisfacción debida a un caballero —

dijo el desconocido, ya más tranquilo—. No tengo ningún conocido en esta región. Quizás usted, señor, tendrá la amabilidad de representarme en este asunto —añadió haciendo un

gesto a Sancher.

Sancher aceptó la misión; hay que confesar que con cierta desgana, pues ni el aspecto ni las maneras de aquel hombre eran totalmente de su agrado. King, que durante el coloquio apenas había apartado la mirada del rostro del desconocido y no había dicho ni una sola palabra, consintió con un gesto actuar como ayudante de Rosser, y como consecuencia de todo aquello, una vez se hubieron retirado los elementos principales, se acordó un encuentro para la noche siguiente. La naturaleza de las disposiciones tomadas ya se ha revelado. El duelo a cuchillo en una habitación oscura fue en otro tiempo algo común en la vida del suroeste. Lo que veremos más adelante es la delgada capa de barniz de «caballería» que ocultaba la brutalidad esencial de dicho código.

Bajo el calor de un mediodía de verano, la antigua casa Manton resultaba verdaderamente fiel a sus tradiciones. Era terrena, de la tierra. La luz del sol la acariciaba cálida y afectuosamente, despreciando evidentemente su mala reputación. La hierba que verdeaba todo el área frontal parecía crecer no sólo espesamente, sino con una exhuberancia natural y gozosa, mientras las matas florecían como si fueran plantas. Formando encantadores juegos de luces y sombras, y poblados de pájaros de agradables cantos, los olvidados árboles de sombra ya no luchaban por escapar, sino que se inclinaban reverentemente bajo su carga de sol y de cantos. Incluso en las ventanas altas, sin cristales, había una expresión de paz y alegría debida a la luz interior. Sobre los campos pedregosos el calor visible danzaba con un temblor vivo incompatible con esa gravedad que es atributo de lo sobrenatural.

Ése era el aspecto que presentaba el lugar an-

te el sheriff Adams y los dos hombres que le habían acompañado desde Marshall para ir a verla. Uno de ellos era el señor King, ayudante del sheriff; el otro, llamado Brewer, era un hermano de la fallecida señora Manton. Según una benéfica ley del Estado relativa a cualquier propiedad que hubiera sido abandonada durante un cierto período de tiempo por un propietario cuya residencia no podía averiguarse, el sheriff era el custodio legal de la granja Manton y de las dependencias que le pertenecieran. Aquella visita se debía a una simple conformidad superficial al mandato de un tribunal al que había acudido el señor Brewer con el fin de tomar posesión de la propiedad en cuanto que heredero de su hermana fallecida. Por una simple coincidencia, la visita se realizó al día siguiente de la noche en que el ayudante del sheriff, King, había abierto la ca-

sa con un propósito muy distinto. Su presencia actual no la había decidido él: le habían ordenado que acompañara a su superior y en aquel

momento no se le ocurrió nada que fuera más prudente que simular prontitud en obedecer la orden.

Abriendo cuidadosamente la puerta principal, que para su sorpresa no estaba cerrada, el sheriff se alarmó al ver en el suelo del pasillo al que daba ésta un confuso montón de prendas masculinas. El examen reveló que se componía de dos sombreros y el mismo número de abrigos, chalecos y pañuelos de cuello, todos en un estado de conservación notablemente bueno, aunque algo manchados por el polvo sobre el que yacían. El señor Brewer quedó igualmente asombrado, pero no se registró la emoción del señor King. Con un renovado y vivo interés por aquel acto, el sheriff abrió y

empujó una puerta que daba a la derecha y los tres hombres entraron por ella. La habitación parecía vacía... pero no, cuando sus ojos se acostumbraron a la escasa luz pudieron ver algo en el ángulo más alejado de la pared. Era una figura humana: la de un hombre acurru-

cado en la esquina. Había algo en su actitud que obligó a los intrusos a detenerse cuando apenas habían traspasado el umbral. La figura fue definiéndose con mayor claridad cada vez. El hombre estaba apoyado sobre una rodilla, la espalda contra un ángulo de la pared, los hombros elevados hasta la altura de las orejas, las manos delante del rostro con las palmas hacia afuera, los dedos extendidos y curvados como si fueran garras; el rostro blanco y vuelto hacia arriba sobre el cuello echado hacia atrás tenía la expresión de un temor indescriptible, con la boca abierta a medias y los ojos increí-

blemente abiertos. Estaba muerto. Sin embargo, con la excepción de un machete que había caído, evidentemente, de su propia mano, no había ningún otro objeto en la habitación.

Sobre el espeso polvo que cubría el suelo encontraron algunas huellas confusas cerca de la puerta y a lo largo de la pared que daba a ésta. En una de las paredes adjuntas, más allá de las ventanas entabladas, estaba el rastro que él

mismo había hecho hasta llegar a aquella esquina. Para acercarse al cuerpo, los tres hombres siguieron ese rastro. El sheriff tocó uno de sus brazos extendidos; estaba tan rígido como el hierro, y la aplicación de una fuerza suave hizo oscilar el cuerpo entero sin alterar la relación de sus partes. Brewer, pálido por la excitación, contempló fijamente el rostro distorsionado.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —gritó de

pronto—. ¡Es Manton!

—Tiene usted razón —añadió King, en un evidente intento de mantenerse tranquilo—. Conocí a Manton. Entonces llevaba barba y el cabello largo, pero es él.

Podría haber añadido: «Lo reconocí cuando desafió a Rosser. Le dije a Rosser y a Sancher quién era él antes de que le preparáramos esta trampa horrible. Cuando Rosser salió de esta habitación oscura detrás de nosotros, olvidando sus prendas exteriores por la excitación, y viniéndose con nosotros en mangas de camisa,

durante todo aquel deshonroso procedimiento, sabíamos que estábamos tratando con ese cobarde y asesino.»

Pero el señor King no dijo nada de aquello.

Estaba esforzándose por penetrar en el misterio de la muerte de aquel hombre. Que no se había movido de la esquina que le habían

asignado; que su postura no era ni de ataque ni de defensa; que había dejado caer el arma; que evidentemente había perecido por un horror terrible a algo que había *vista* éstas eran las circunstancias que la inteligencia turbada del señor King no podía comprender correctamente.

Buscando a tientas en su oscuridad intelectual una pista que le permitiera salir de ese laberinto de dudas, su mirada, dirigida mecánicamente hacia abajo como acostumbra a hacer quien medita profundamente, vio algo que allí, a la luz del día y en presencia de sus compañeros, le afectó poderosamente llenándole de terror. En el polvo que se había acumulado

en el suelo a lo largo de tantos años, desde la puerta por la que ellos habían entrado, cruzando la habitación y deteniéndose a un metro del cadáver acurrucado de Manton, había tres

líneas paralelas de huellas: las impresiones ligeras pero claras de unos pies desnudos, los del exterior, de unos niños pequeños, y la interior, de una mujer. No habían regresado desde el punto en que terminaban: todas señalaban en una dirección. Brewer, que se había dado cuenta de ellas en ese mismo momento, se inclinó hacia adelante en una actitud de atención reconcentrada, pero horriblemente pálido.

—¡Miren! —gritó señalando con ambas manos la huella más cercana del pie derecho de la mujer, donde ésta evidentemente se había detenido—. Falta el dedo del centro... ¡era Gertrude!

Gertrude era la fallecida señora Manton, la hermana del señor Brewer.

EL FUNERAL DE JOHN MORTONSON

(*John Mortonson's funeral*)

John Mortonson se murió: su obituario había sido leído y él había dejado la escena.

El cuerpo descansaba en un fino ataúd de mahogany con una placa de cristal empotrada.

Todos los ajustes para el funeral habían sido tan bien digitados que sin duda, si el difunto los hubiera sabido, de seguro que los hubiera aprobado. El rostro, como se podía ver a través del cristal, no tenía semblante de desagrado: perfilaba una tenue sonrisa, como si la muerte no le hubiera resultado dolorosa, no estando distorsionado más allá del poder reparador del funebrero. A las dos de la tarde los amigos fueron citados para rendir su último tributo de respeto a aquel quien no había tenido mayor necesidad de amigos y de respeto. Los miembros de su familia fueron pasando cada varios minutos a la capilla y lloraron sobre los restos plácidos bajo el cristal. Esto no fue bueno; no fue bueno para John Mortonson;

pero en presencia de la muerte la razón y la filosofía permanecen mudas.

A medida que las horas iban pasando, los amigos iban llegando y ofrecían consuelo a los parientes dolidos, quienes, como las circunstancias de la ocasión requerían, estaban solemnemente sentados alrededor de la habitación con un importante conocimiento de su importancia en la pompa fúnebre. Luego vino el ministro, y en tal oscura presencia las más mínimas luces se eclipsaron. Su entrada fue seguida por la de la viuda, cuyas lamentaciones llenaron la estancia. Ella se acercó a la capilla y luego de inclinar su rostro contra el frío cristal por un momento, fue gentilmente conducida hacia un asiento cercano al de su hija. Lúgubrementemente y en tono bajo, el hombre de Dios comenzó su elogio de la muerte, y su dolorosa voz, mezclada con los sollozos cuya intención era para estimular al auditorio, pareció

como el sonido del mar sombrío. El deprimente día se oscureció a medida que él hablaba;

una cortina de nubes acechó el cielo y un par de gotas de lluvia se hicieron audibles. Pareció como si la naturaleza entera estuviera llorando por John Mortonson.

Cuando el ministro hubo terminado su elogio con una oración, se cantó un himno y los portadores del féretro tomaron su lugar detrás del mismo. Cuando las últimas notas del himno tocaron a su fin la viuda corrió hasta el ataúd, cayendo sobre el mismo y llorando histéricamente. Gradualmente fue cediendo a la disuasión y a comportarse; y el ministro trataba de alejar su vista de la muerte bajo el cristal. Ella extendió sus brazos y con un grito cayó insensible.

Los dolientes se acercaron al ataúd, los amigos los siguieron, y cuando el reloj sobre el

mantel solemnemente daba las tres, todos miraron fijamente sobre el rostro del difunto John Mortonson.

Ellos retrocedieron, débilmente. Un hombre, tratando en su terror de escapar de la des-

agradable visión, tropezó contra el ataúd tan pesadamente como para golpeando uno de sus delicados soportes. El ataúd cayó al piso, el cristal estalló en miles de pedazos por el golpe.

Desde la abertura del cristal salió el gato de John Mortonson, que perezosamente brincó al piso, sentándose, limpiando tranquilamente su criminal hocico con la pata delantera, para retirarse con dignidad de la estancia.

EL REINO DE LO IRREAL

(*The realm of the unreal*)

I

En un tramo que hay entre Auburn y Newcastle, siguiendo en primer lugar la orilla de un arroyo y luego la otra, la carretera ocupa todo el fondo de un desfiladero que está en parte excavado en las pronunciadas laderas, y en parte levantado con las piedras sacadas del lecho del arroyo por los mineros. Las colinas están cubiertas de árboles y el curso del río es sinuoso.

En noches oscuras hay que conducir con cuidado para no salirse de la carretera e irse al agua. La noche de mi recuerdo había poca luz, y el riachuelo, crecido por una reciente tormenta, se había convertido en un torrente.

Venía de Newcastle y me encontraba a una milla de Auburn, en la zona más oscura y estrecha del desfiladero, con la vista atenta a la carretera que se extendía por delante de mi

caballo. De pronto, y casi debajo del hocico del animal, vi a un hombre; di un tirón tan fuerte a las riendas que poco faltó para que la criatura quedara sentada sobre sus ancas.

—Usted perdone —dije—, no le había visto.

—No se podía esperar que me viera —replicó con educación el individuo mientras se aproximaba al costado de la carreta—; y el ruido del desfiladero impidió que yo le oyera.

Aunque habían pasado cinco años, reconocí aquella voz enseguida. No me agradaba especialmente volver a oírla.

—Usted es el Dr. Dorrimore ¿verdad? —pregunté.

—Exacto; y usted es mi buen amigo Mr. Manrich. Me alegra muchísimo verle —añadió esbozando una sonrisa—, sobre todo porque vamos en la misma dirección y, como es natural, espero que me invite a ir con usted en la carreta.

–Cosa que yo le ofrezco de todo corazón.

Lo que no era verdad en absoluto.

El Dr. Dorrimore me dio las gracias mientras se sentaba a mi lado, y yo reanudé la marcha como antes, con precaución. Sin duda son imaginaciones mías, pero ahora me parece que recorrimos la distancia que nos quedaba en medio de una niebla gélida; yo pasé un frío espantoso. El camino resultó mas largo que nunca y la ciudad, cuando llegamos al fin a ella, aparecía sombría, lúgubre y desolada. Debía de estar cayendo la noche, y sin embargo no recuerdo haber visto luz en las casas ni ningún ser vivo por las calles. Dorrimore me explicó con cierto detenimiento por qué se encontraba allí y dónde había pasado los años anteriores, desde que le había visto por última vez. Recuerdo que me lo contó, pero no consigo acordarme de lo que me dijo. Se había ido al ex-

tranjero y había vuelto; eso es todo de lo que conservo memoria, y era algo que ya sabía. En cuanto a mí, no recuerdo haber dicho una palabra, aunque seguramente lo hice. Hay algo de lo que sí tengo conciencia clara: la presencia

de aquel hombre a mi lado me resultaba singularmente desagradable e inquietante; tanto que, cuando por fin detuve el carro bajo el anuncio luminoso del Hotel Putnam, experimenté la sensación de haber escapado a algún peligro espiritual de naturaleza especialmente funesta. Esa sensación de alivio se vio modificada al descubrir que el Dr. Dorrimore también se alojaba en el mismo hotel.

II

Como explicación parcial de mis sentimientos hacia el Dr. Dorrimore, relataré brevemente las circunstancias en las que le conocí unos

años antes. Una noche, media docena de hombres, yo entre ellos, estaban sentados en la biblioteca del Club Bohemio de San Francisco.

La conversación había derivado hacia el tema de la destreza manual y las proezas de los *prestidigitateurs*, uno de los cuales actuaba por aquel entonces en un teatro de la localidad.

—Esos tipos no son más que aspirantes en un

doble sentido —dijo un individuo del grupo—; no saben hacer nada a lo que merezca la pena prestar atención. El más humilde malabarista ambulante de la India podría dejarles perplejos y al borde de la locura.

—¿Por ejemplo...?

—Pues, por ejemplo, ejecutando sus juegos más usuales y conocidos: lanzando al aire grandes objetos que no vuelven a caer; haciendo que las plantas broten, crezcan y florezcan en un terreno estéril elegido por los es-

pectadores; poniendo a un hombre en una cesta de mimbre y atravesándolo una y otra vez con una espada mientras grita y sangra, y luego, al abrir la cesta, revelando que no hay nada dentro; agitando el extremo libre de una escala de seda en el aire, ascendiendo por ella y desapareciendo.

—¡Tonterías! —exclamé, de un modo bastante grosero, me temo—. ¿No creerá usted tales cosas?

—Desde luego que no: las he visto con mucha

frecuencia.

—Pero yo sí —dijo un periodista que tenía fama en la localidad como reportero pintoresco—

. Las he relatado tantas veces que sólo la observación directa podría debilitar mi convicción. Bueno, caballeros, va mi propia palabra en ello.

Nadie se rió; todos miraban a algo que había

detrás de mí. Al darme la vuelta en el asiento vi a un hombre con traje de etiqueta que acababa de entrar en la sala. Su piel era atezada, casi oscura; llevaba una barba negra y poblada, una mata de pelo negro algo revuelto, y tenía la nariz afilada y unos ojos que resplandecían con una expresión tan desalmada como los de una cobra. Alguien del grupo se levantó y lo presentó como el Dr. Dorrimore, de Calcuta. Mientras íbamos siendo presentados uno a uno, él contestaba a nuestro saludo con una profunda reverencia al estilo Oriental, a la que le faltaba la solemnidad de Oriente. Su sonrisa me resultó cínica y un poco despectiva. Sólo sé

describir su conducta como desagradablemente atractiva.

Su presencia hizo que la conversación derivara hacia otros temas. Habló poco (no recuerdo nada de lo que dijo). Su voz me pareció

especialmente rica y melodiosa, pero me produjo la misma impresión que sus ojos y su sonrisa. Tras unos minutos me puse en pie para marcharme. Él también se levantó y cogió su abrigo.

—Mr. Manrich —dijo—, voy en su misma dirección.

—¡Menudo diablo! —pensé—. ¿Cómo sabe usted en qué dirección voy?

—Estaré encantado de que me acompañe —contesté.

Salimos juntos del edificio. No había ningún coche a la vista, los tranvías se habían ido a acostar, había luna llena y el aire fresco de la noche resultaba delicioso. Subimos caminando por la calle California. Naturalmente, tomé esa dirección creyendo que él tomaría otra, hacia

uno de los hoteles.

—Usted no cree lo que se dice de los malaba-

ristas hindúes –dijo sin más preámbulo.

–¿Y usted cómo lo sabe? –pregunté.

Sin contestar a mi pregunta, apoyó una mano ligeramente sobre mi brazo mientras con la otra me señalaba los adoquines de la acera por la que caminábamos. En ella, y casi a nuestros pies, ¡yacía el cuerpo muerto de un hombre, con una cara muy pálida por la luz de la luna, vuelta hacia arriba! Tenía una espada, en cuya empuñadura relucían piedras preciosas, clavada en el pecho; sobre los adoquines de la acera se había formado un charco de sangre. Me quedé pasmado y aterrorizado, no sólo por lo que veía, sino por las circunstancias en las que lo hacía. Durante nuestra ascensión, mis ojos, al menos eso creía, habían recorrido varias veces toda la distancia de la acera, de calle a calle. ¿Cómo habían podido ser insensibles a aquel objeto horroroso ahora tan visible bajo la luz de la luna?

Cuando recobré mis aturdidadas facultades observé que el cuerpo vestía traje de etiqueta. El abrigo, completamente abierto, dejaba ver el frac, la corbata blanca, la amplia pechera penetrada por la espada. Y (¡horrible revelación!) la cara, exceptuando la palidez, ¡era la de mi acompañante! Hasta el más diminuto detalle y característica coincidía con el mismísimo Dr. Dorrimore. Perplejo y horrorizado, me di la vuelta para buscar al hombre vivo. No se le veía por ningún sitio; con gran espanto, me alejé de aquel lugar calle abajo, en la misma dirección por la que había venido. Apenas había dado unos cuantos pasos cuando sentí que me agarraban por el hombro; me detuve. Por poco no grité de terror: el muerto, con la espada todavía clavada en el pecho, estaba allí, ¡a mi lado! Después de sacarse el arma con la mano libre, la arrojó lejos: la luz de la luna centelleó sobre las gemas de la empuñadura y

el immaculado acero de la hoja. Al estrellarse sobre la acera, ¡la espada desapareció! Aquel

individuo, con la tez tan morena como antes, retiró la mano de mi hombro y me miró con la misma mirada cínica que yo había observado la primera vez que le vi. Los muertos no tienen esa mirada; eso me reanimó y, al volver la vista hacia atrás, contemplé la amplitud lisa y blanca de la acera, vacía de calle a calle.

—¿Qué es esta insensatez, maldito diablo? — inquirí con fiereza, a pesar de que me temblaban todos los miembros.

—Es lo que algunos gustan llamar malabarismos

—contestó con una sonora carcajada.

Se metió por la calle Dupont y no le volví a ver hasta que me lo encontré en el desfiladero de Auburn.

III

No vi al Dr. Dorrimore al día siguiente de mi segundo encuentro con él: el recepcionista del hotel me dijo que una ligera enfermedad le tenía confinado en sus habitaciones. Aquella

tarde, en la estación de ferrocarril, me vi sorprendido y complacido por la inesperada llegada de Miss Margaret Corray y su madre, que venían de Oakland.

Esto no es una historia de amor. No soy un cuentista, y un sentimiento como el amor no puede ser descrito en una literatura dominada y cautivada por la tiranía degradante que “condena a las letras” en nombre de la Joven.

Bajo el marchito reinado de la joven, o mejor dicho, bajo el gobierno de esos falsos Ministros de la Censura que se han nombrado a sí mismos custodios de su bien, el amor

*cubre con un velo sus sagrados fuegos,
 e, ignorante, la Mora, expira,*

famélica sobre la comida pasada por el tamiz
y sobre el agua destilada de unas provisiones
melindrosas.

Baste decir que Miss Corray y yo nos com-
prometimos en matrimonio. Su madre y ella se
dirigieron al hotel en que yo me alojaba y du-

rante dos semanas la vi a diario. No hace falta
decir lo feliz que me sentía; el único obstáculo
a mi perfecta alegría de aquellos días dorados
era la presencia del Dr. Dorrimore, a quien me
vi obligado a presentar a las damas.

Evidentemente fue muy bien aceptado por
ellas. ¿Qué podía decir yo? No conocía nada
que pudiera desacreditarle. Sus modales eran
los de un caballero culto y considerado; y para
las mujeres los modales de un hombre son lo

esencial. En un par de ocasiones en que vi a Miss Corray paseando con él me puse furioso, y en una de ellas tuve la indiscreción de protestar. Cuando Miss Corray me preguntó por las razones, no pude dar ninguna y creí ver en su expresión una sombra de desprecio hacia los caprichos de una mente celosa. Entonces empecé a volverme hosco y desagradable a conciencia y, en mi locura, decidí regresar a San Francisco al día siguiente. Sin embargo, no dije nada de todo el asunto.

IV

En Auburn había un cementerio viejo y abandonado. Estaba casi en el centro de la ciudad, pero por la noche resultaba un lugar tan horroroso que sólo podría ser anhelado por el más tétrico de los temperamentos humanos. Las verjas que separaban las distintas parcelas estaban caídas, podridas e incluso al-

gunas habían desaparecido. Muchas de las tumbas se habían hundido; en otras crecían pinos robustos *cuyas* raíces habían cometido un pecado horrible. Las lápidas se habían desplomado y sus pedazos yacían desperdigados por el suelo; la valla que rodeaba el cementerio había desaparecido y los cerdos y las vacas rondaban por allí a placer. Aquel lugar era una vergüenza para los vivos, una calumnia sobre los muertos y una blasfemia contra Dios. El día que ciego de rabia tomé la loca decisión de separarme de todo lo que más quería, deambulé por la noche por aquel agradable lugar. La luz de la media luna, al atravesar el

follaje de los árboles, producía un efecto fantasmal, formando manchas de claridad y oscuridad que revelaban las zonas más repugnantes; las negras sombras parecían conjuraciones que ocultaban, hasta que llegara el momento

oportuno, revelaciones de un significado lúgubre. Cuando caminaba por lo que había sido un camino de grava, vi surgir de la oscuridad la figura del Dr. Dorrimore. Yo me encontraba en la penumbra y me quedé allí, inmóvil, con los puños cerrados y los dientes apretados, intentando controlar el impulso de saltar sobre él y estrangularlo. Al cabo de un rato una segunda figura se le unió y le cogió del brazo. ¡Era Margaret Corray!

Soy incapaz de relatar adecuadamente lo que sucedió. Sé que salté hacia delante, dispuesto al asesinato. También sé que me encontraron al amanecer, magullado y lleno de sangre, con las marcas de unos dedos en la garganta. Me llevaron al hotel Putnam, donde estuve delirando durante varios días. Todo esto lo sé

porque me lo han contado. Lo que sí recuerdo por mí mismo es que cuando recobré la cons-

ciencia, aún convaleciente, mandé buscar al
repcionista del hotel.

–¿Están Mrs. Corray y su hija todavía aquí? –
pregunté.

–¿Qué nombre dijo usted?

–Corray.

–No se ha alojado aquí nadie con ese nom-
bre.

–Le ruego que no juegue conmigo –le dije
con cierto malhumor–. Ya ve que estoy bien;
haga el favor de decirme la verdad.

–Le doy mi palabra –repuso con evidente
sinceridad– de que no hemos tenido ningún
huésped con ese nombre.

Su afirmación me dejó estupefacto. Perma-
necí en silencio durante unos instantes; des-
pués le pregunté:

–¿Dónde está el Dr. Dorrimore?

–Se marchó la misma mañana en que ustedes
se pelearon, y desde entonces no sabemos na-

da de él. Desde luego, le dio a usted con ganas.

V

Tales son los hechos de este caso. Margaret Corray es ahora mi esposa. Nunca ha estado en Auburn, y durante las semanas en que tuvo lugar la historia que he intentado relatar, tal y como fue concebida por mi cerebro, permaneció en su casa, en Oakland, preguntándose dónde se encontraba su amor y por qué no le escribía. El otro día leí en el *Sun* de Baltimore el siguiente párrafo:

«El Profesor Valentine Dorrimore, hipnotizador, reunió una gran audiencia anoche. El conferenciante, que ha pasado la mayor parte de su vida en la India, realizó varias demostraciones de su poder, hipnotizando a todo aquel que se prestó al experimento únicamente con mirarle. De hecho, hipnotizó a todo el

público (salvo a los periodistas) en dos ocasiones, haciendo que todos concibieran las ilusio-

nes más extraordinarias. La característica más valiosa de la conferencia fue la revelación de los métodos empleados por los malabaristas hindúes en sus famosas actuaciones, muy conocidas por boca de los viajeros. El profesor declaró que estos taumaturgos han adquirido tal destreza en el arte que él aprendió de ellos, que realizan sus milagros arrojando a los “espectadores” a un estado de hipnosis y diciéndoles lo que deben ver y oír. Su afirmación de que un sujeto especialmente sensible puede mantenerse en el reino de lo irreal durante semanas, meses, e incluso años, dominado por las ilusiones y alucinaciones que el operador pueda sugerirle de vez en cuando, resulta un tanto inquietante.»

EL RELOJ DE JOHN BARTINE

EL RELATO DE UN MÉDICO

(John Bartine's watch. A story by a physician)

—¿La hora exacta? ¡Dios mío! ¿Por qué insiste, amigo? Uno creería... pero qué importa eso; es casi hora de irse a la cama. ¿Le sirve así? Aunque, mire: si tiene que poner el reloj en hora, tome el mío y véalo usted mismo.

Entonces separó el reloj (tremendamente pesado y muy anticuado) de la cadena y me lo entregó; luego se dio la vuelta y, cruzando la habitación, se dirigió hacia la estantería y empezó a examinar los lomos de los libros. Su nerviosismo y angustia evidentes me sorprendieron; no parecían tener motivo. Después de poner en hora mi reloj por el suyo, me acerqué donde él estaba y dije:

—Gracias.

Mientras cogía el reloj y lo volvía a enganchar a su cadenilla observé que le temblaban

las manos. Con una discreción de la que me enorgullecí en grado sumo, me aproximé lenta

y perezosamente al aparador y me serví un poco de coñac y agua; luego, pidiéndole excusas por mi descuido, le rogué que tomara algo y, dejando que se sirviera él mismo tal y como teníamos por costumbre, volví a mi asiento junto al fuego. Una vez servido, se unió a mí junto al hogar tan tranquilo como siempre.

Este pequeño incidente tuvo lugar en mi apartamento, donde John Bartine estaba pasando la noche. Habíamos cenado juntos en el club y llegado a casa en coche; en resumen: todo había sido hecho del modo más prosaico. El por qué John Bartine tenía que interrumpir el orden natural y establecido de las cosas para llamar la atención con un alarde de emoción, al parecer para entretenerse, era algo que de ninguna manera podía entender. Cuanto más

pensaba en ello, mientras sus brillantes dotes de conversación se encomendaban a mi falta de atención, más curiosidad me producía y, por supuesto, no tuve ninguna dificultad en convencerme de que tal sentimiento no era

otra cosa que solicitud amistosa. Éste es el disfraz que la curiosidad adopta para eludir el resentimiento. Por eso, sin más ceremonia, arruiné una de las mejores frases de su menospreciado monólogo.

John Bartine –dije–, permíteme si me equivoco, pero con los datos que tengo hasta ahora no puedo concederle el derecho a sufrir un ataque de nervios cuando le pregunto la hora. No puedo admitir que sea aceptable mostrar una misteriosa renuencia a consultar su propio reloj y a abrigar, en mi presencia y sin explicación, emociones dolorosas que están ocultas para mí y que no son de mi incumbencia.

Bartine no dio una respuesta inmediata a este absurdo discurso, sino que se quedó sentado mirando el fuego con preocupación. Temiendo haberle ofendido, estaba a punto de pedirle excusas y rogarle que olvidara el asunto cuando, tranquilamente, me miró a los ojos y dijo: –Querido amigo, la ligereza de sus modales no atenúa en absoluto la terrible insolencia de

su requerimiento; pero, afortunadamente, yo ya había decidido contarle lo que quiere saber, y ninguna manifestación de su indignidad modificará mi decisión. Sea tan amable de prestarme atención y sabrá todo lo referente a ese asunto.

»Este reloj –dijo–, antes de que me fuera legado, perteneció a mi familia durante tres generaciones. Su primer propietario, el hombre que lo hizo, fue mi bisabuelo, Bramwell Olcott Bartine, un colono acomodado de Virginia, y

un Conservador tan leal como ningún otro: pasaba las noches sin dormir, tramando nuevas formas de maldecirla jefatura de Mr. Washington e ideando nuevos métodos para ayudar y apoyar al buen rey Jorge. Un día este digno caballero tuvo la mala fortuna de realizar un servicio de capital importancia para su causa, que no fue considerado legítimo por aquellos que sufrieron sus inconvenientes. Lo que importa no es de qué se trataba, sino que entre sus consecuencias secundarias se cuenta

el arresto de mi ilustre antepasado, llevado a cabo una noche en su propia casa por las fuerzas rebeldes de Mr. Washington. Se le permitió despedirse de su afligida familia, y luego desapareció en la oscuridad, que se lo tragó para siempre. Nunca se encontró el más mínimo indicio de su destino. Después de la guerra, ni una investigación diligente ni la

oferta de grandes recompensas consiguieron revelar la identidad de quienes le capturaron o algún hecho relacionado con su desaparición.

Había desaparecido, eso es todo.

No sé qué fue, pero hubo algo en la actitud de Bartine, no en sus palabras, que me impulsó a preguntarle:

—¿Y cuál es su opinión del asunto, de su justicia?

—Mi opinión —exclamó acalorado, golpeando con el puño en la mesa como si estuviera jugando a los dados con una panda de pillos en un casino—, ¡mi opinión es que fue un vil asesinato cometido por el maldito traidor, Was-

hington, y por los granujas de sus rebeldes!

Durante unos minutos permanecimos en silencio: Bartine se dedicó a recuperar su temple y yo a esperar. Después pregunté:

—¿Y eso fue todo?

–No; hubo algo más. Unas semanas después de la detención de mi bisabuelo se encontró su reloj en el porche de la puerta principal de la casa. Estaba envuelto en un papel de carta que llevaba escrito el nombre de Rupert Bartine, su único hijo, mi abuelo. Y ahora lo tengo yo.

Bartine hizo una pausa. Sus inquietos ojos negros, con un destello de luz roja en cada uno, reflejo del carbón candente, miraban fijamente el fuego. Parecía haberse olvidado de mí. La repentina sacudida de las ramas de un árbol detrás de una de las ventanas y, casi al mismo tiempo, el golpeteo de la lluvia contra el cristal, le devolvieron la consciencia de lo que le rodeaba. Precedida por una ráfaga de viento, se había levantado una tormenta y, tras unos instantes, el continuo chapoteo del agua

sobre la acera se hizo claramente perceptible.

Realmente no sé por qué cuento este incidente,

pero parecía tener un cierto significado y relevancia que actualmente soy incapaz de discernir. Al menos, añadía un elemento de seriedad, casi de solemnidad. Bartine prosiguió:

–Siento algo especial por este reloj, una especie de cariño hacia él. Me gusta tenerlo cerca aunque, en parte por lo que pesa y en parte por una razón que ahora le explicaré, casi nunca lo utilizo. La razón es la siguiente: cada noche, cuando lo llevo encima, siento un inexplicable deseo de abrirlo y consultarlo, incluso cuando no tengo ninguna razón especial para querer saber la hora. Pero si cedo a él, en el momento en que mi vista descansa sobre la esfera, me siento lleno de una misteriosa aprensión, de una sensación de calamidad inminente. Y ésta se hace más y más insoportable a medida que se acercan las once en punto por este reloj; no importa la hora que realmente sea. Después, cuando las manecillas han pasa-

do de las once, el deseo de mirar desaparece; me da exactamente igual. Entonces puedo consultarlo con la frecuencia que quiera, sin sentir más emoción que la que usted siente al consultar el suyo. Naturalmente me he acostumbrado a no mirar el reloj por la noche antes de las once; nada conseguiría inducirme a hacerlo. Su insistencia hace un momento me trastornó un poco. Siento lo que un consumidor de opio, supongo, sentiría si la ansiedad por su especial y particular infierno se viera reforzada por la oportunidad y el consejo.

»Bien, ésta es mi historia, y la he relatado en interés de su fútil ciencia; pero si alguna noche de aquí en adelante me ve llevando este maldito reloj y tiene el descuido de preguntarme la hora, le ruego que me dé permiso para ponerle en la tesitura de ser golpeado.

Su sentido del humor no me hizo gracia. Puede observar que al relatar su ensoñación se

había sentido molesto de nuevo. Su sonrisa final era claramente horrible, y sus ojos habían

evidenciado algo más que la primitiva inquietud; recorrían de un lado a otro la habitación sin objetivo aparente y me dio la impresión de que habían adoptado una expresión salvaje, semejante a la que a veces se observa en los casos de demencia. Quizás fuera sólo mi imaginación, pero de todos modos estaba convencido de que mi amigo se veía afectado por una monomanía de lo más singular e interesante.

Sin ninguna disminución en mi afectuosa solicitud hacia él como amigo, al menos confío que así fuera, comencé a considerarle como paciente, y vi que tenía muchas posibilidades de estudiarlo con provecho. ¿Por qué no?

¿Acaso no había descrito su ensoñación en interés de la ciencia? Ah, pobre amigo, estaba haciendo por la ciencia más de lo que se ima-

ginaba: no sólo su historia, sino también él, eran prueba de ello. Tenía que curarle, si es que podía, claro, pero antes debía hacer un pequeño experimento psicológico; no, incluso el propio experimento podía suponer un paso en

su recuperación.

–Bartine –le dije cordialmente–, eso es muy franco y amigable por su parte, y me siento muy orgulloso de su confianza. Realmente, es todo muy raro. ¿Le importaría enseñarme el reloj?

Lo sacó de su chaleco, con cadena y todo, y me lo pasó sin decir una palabra. La montura era de oro, muy gruesa y dura, y tenía unos grabados muy curiosos. Después de examinar detalladamente la esfera y observar que eran casi las doce, lo abrí por detrás y resultó interesante descubrir una caja interior de marfil, sobre la cual había un retrato en miniatura,

pintado de aquel modo exquisito y delicado que estuvo tan de moda durante el siglo dieciocho.

—¡Caramba! —exclamé, mostrando un profundo placer artístico—. ¿Cómo consiguió que le hicieran esto? Creía que la miniatura pintada sobre marfil era un arte perdido.

—Ése no soy yo —replicó con una sonrisa so-

lemne—; es mi ilustre bisabuelo, el difunto caballero Bramwell Olcott Bartine, de Virginia.

Entonces era más joven; de mi edad más o menos. Dicen que me parezco a él. ¿Usted qué cree?

—¿Que si se parece a él? ¡Desde luego! Aparte de las ropas, que suponía que usted había adoptado en honor al arte o por *vraisemblance*, por así decirlo, y de la ausencia del bigote, este retrato es el suyo en cada rasgo, detalle, y hasta en la expresión.

Nada más se dijo en aquel momento. Bartine cogió un libro de la mesa y empezó a leer. Yo seguía oyendo el incesante chapoteo de la lluvia en la calle. De vez en cuando se escuchaban pasos apresurados por las aceras; entonces unas pisadas más lentas y firmes se detuvieron ante la puerta. Será un policía, pensé, que busca refugio en la entrada. Las ramas de los árboles golpeaban de un modo significativo, como si pidieran entrar, contra los cristales de las ventanas. Después de años y años de una

vida más prudente y seria, lo recuerdo perfectamente.

Aprovechando que no me prestaba atención, cogí la anticuada llave que colgaba de la cadennilla y, girando hacia atrás las manecillas del reloj, lo retrasé una hora; luego cerré la caja, devolví a Bartine su propiedad y vi cómo se la guardaba.

–Creo que usted ha dicho –comencé, con una fingida indiferencia– que después de las once la visión de la esfera ya no le afecta. Como son casi las doce –añadí mirando mi reloj–, quizás, si es que no toma a mal mis ganas de comprobarlo, podría mirarla ahora.

Sonrió en tono amistoso, sacó el reloj de nuevo, lo abrió e inmediatamente se puso en pie de un salto y soltó un grito que el Cielo no ha tenido la compasión de permitirme olvidar.

Sus ojos, de una negrura acrecentada de modo sorprendente por la palidez del rostro, se quedaron clavados sobre el reloj, que agarraba con ambas manos. Durante unos instantes perma-

neció en esa actitud sin emitir sonido alguno; luego, con una voz que debería no haber reconocido como suya, exclamó:

–¡Maldición! ¡Faltan dos minutos para las once!

Yo me estaba preparando para un arrebato como ése; sin levantarme, repliqué con bastante tranquilidad: —Lo siento; debo de haber visto mal al poner mi reloj en hora por el suyo.

Cerró la tapa de golpe y se guardó el reloj en el bolsillo. Entonces me miró e intentó sonreír, pero le temblaba el labio superior y parecía incapaz de cerrar la boca. Después apretó las manos, también temblorosas, y se las metió en los bolsillos del chaqué. El espíritu valiente pugnaba claramente por dominar al cuerpo cobarde. El esfuerzo fue demasiado grande; Bartine, como si tuviera un ataque de vértigo, comenzó a tambalearse de un lado a otro y, antes de que pudiera levantarme de la silla para sostenerle, las rodillas le fallaron, se inclinó violentamente hacia adelante y cayó de bru-

ces. Me puse en pie para ayudarle a levantarse; pero cuando John Bartine se levante, todos

lo haremos.

La autopsia no reveló nada especial; todos los órganos eran normales y estaban sanos. Sin embargo, cuando se preparó el cuerpo para el entierro, se le apreció un ligero círculo de color oscuro alrededor del cuello; al menos eso fue lo que me aseguraron varias personas que decían haberlo visto, si bien, basándome en mi propio conocimiento, no puedo afirmar que fuera verdad.

Tampoco puedo poner limitaciones a la ley de la herencia. No sé si, en el mundo espiritual, un sentimiento o emoción podrá sobrevivir al corazón que lo cobijó y buscar expresión siglos más tarde en una vida semejante. Ciertamente, si tuviera que imaginar el destino de Bramwell Olcott Bartine, debería suponer que fue ahorcado a las once de la noche y que le habían concedido varias horas para prepararse para el cambio.

En cuanto a John Bartine, mi amigo, mi paciente durante cinco minutos y, ¡que el Cielo me perdone!, mi víctima para la eternidad, no hay más que decir. Está enterrado, y su reloj con él; me encargué de eso. Que Dios acepte su alma en el Paraíso y el alma de su antepasado de Virginia si, claro está, realmente se trataba de dos almas.

EL ENGENDRO MALDITO

(*The damned thing*)

I

No siempre se come lo que está sobre la mesa

A la luz de una vela de sebo colocada en un extremo de una rústica mesa, un hombre leía algo escrito en un libro. Era un viejo libro de cuentas muy usado, y al parecer su escritura no era demasiado legible porque a veces el

hombre acercaba el libro a la vela para ver mejor. En esos momentos la mitad de la habitación quedaba en sombra y sólo era posible entrever unos rostros borrosos, los de los ocho hombres que estaban con el lector. Siete de ellos se hallaban sentados, inmóviles y en silencio, junto a las paredes de troncos rugosos y, dada la pequeñez del cuarto, a corta distancia de la mesa. De haber extendido un brazo, cualquiera de ellos habría rozado al octavo hombre, tendido boca arriba sobre la mesa, que con los brazos pegados a los costados es-

taba parcialmente cubierto con una sábana.

Era un muerto.

El hombre del libro leía en voz baja. Salvo el cadáver todos parecían esperar que ocurriera algo. Una serie de extraños ruidos de desolación nocturna penetraba por la abertura que hacía de ventana: el largo aullido innombrable

de un coyote lejano; la incesante vibración de los insectos en los árboles; los gritos extraños de las aves nocturnas, tan diferentes del canto de los pájaros durante el día; el zumbido de los grandes escarabajos que vuelan desordenadamente, y todo ese coro indescifrable de leves sonidos que, cuando de golpe se interrumpe, creemos haber escuchado sólo a medias, con la sospecha de haber sido indiscretos.

Pero nada de esto era advertido en aquella reunión; sus miembros, según se apreciaba en sus rostros hoscos con aquella débil luz, no parecían muy partidarios de fijar la atención en cosas superfluas. Sin duda alguna eran hombres de los contornos, granjeros y leñado-

res.

El que leía era un poco diferente; tenía algo de hombre de mundo, sagaz, aunque su indumentaria revelaba una cierta relación con

los demás. Su ropa apenas habría resultado aceptable en San Francisco; su calzado no era el típico de la ciudad, y el sombrero que había en el suelo a su lado (era el único que no lo llevaba puesto) no podía ser considerado un adorno personal sin perder todo su sentido.

Tenía un semblante agradable, aunque mostraba una cierta severidad aceptada y cuidada en función de su cargo. Era el juez, y como tal se hallaba en posesión del libro que había sido encontrado entre los efectos personales del muerto, en la misma cabaña en que se desarrollaba la investigación.

Cuando terminó su lectura se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. En ese instante la puerta se abrió y entró un joven. Se apreciaba claramente que no había nacido ni se había educado en la montaña: iba vestido como la

gente de la ciudad. Su ropa, sin embargo, es-

taba llena de polvo, ya que había galopado mucho para asistir a aquella reunión.

Sólo el juez le hizo un breve saludo.

–Le esperábamos –dijo–. Es necesario acabar con este asunto esta misma noche.

–Lamento haberles hecho esperar –dijo el joven, sonriendo–. Me marché, no para eludir su citación, sino para enviar a mi periódico un relato de los hechos como el que supongo quiere usted oír de mí.

El juez sonrió.

–Ese relato tal vez difiera del que va a hacer- nos aquí bajo juramento.

–Como usted guste –replicó el joven enrojeciendo con vehemencia–. Aquí tengo una copia de la información que envié a mi periódico. No se trata de una crónica, que resultaría increíble, sino de una especie de cuento. Quisiera que formara parte de mi testimonio.

–Pero usted dice que es increíble.

–Eso no es asunto suyo, señor juez, si yo juro

que es cierto.

El juez permaneció en silencio durante un rato, con la cabeza inclinada. El resto de los asistentes charlaba en voz baja sin apartar la mirada del rostro del cadáver. Al cabo de unos instantes el juez alzó la vista y dijo:

–Continuemos con la investigación.

Los hombres se quitaron los sombreros y el joven prestó juramento.

–¿Cuál es su nombre? –le preguntó el juez.

–William Harker.

–¿Edad?

–Veintisiete años.

–¿Conocía usted al difunto Hugh Morgan?

–Sí.

–¿Estaba usted con él cuando murió?

–Sí, muy cerca.

–Y ¿cómo se explica...? su presencia, quiero decir.

–Había venido a visitarle para ir a cazar y a pescar. Además, también quería estudiar su tipo de vida, tan extraña y solitaria. Parecía un

buen modelo para un personaje de novela. A veces escribo cuentos.

–Y yo a veces los leo.

–Gracias.

–Cuentos en general, no me refería sólo a los suyos.

Algunos de los presentes se echaron a reír.

En un ambiente sombrío el humor se aprecia mejor. Los soldados ríen con facilidad en los intervalos de la batalla, y un chiste en la capilla mortuoria, sorprendentemente, suele hacernos reír.

–Cuéntenos las circunstancias de la muerte de este hombre –dijo el juez–. Puede utilizar todas las notas o apuntes que desee.

El joven comprendió. Sacó un manuscrito del

bolsillo de su chaqueta y, tras acercarlo a la vela, pasó las páginas hasta encontrar el pasaje que buscaba. Entonces empezó a leer.

II

*Lo que puede ocurrir en un
campo de avena silvestre*

...apenas había amanecido cuando abandonamos la casa. Íbamos en busca de codornices, cada uno con su escopeta, y nos acompañaba un perro. Morgan dijo que la mejor zona estaba detrás de un cerro, que señaló, y que cruzamos por un sendero rodeado de arbustos. Al otro lado el terreno era bastante llano y estaba cubierto espesamente de avena silvestre.

Cuando salimos de la maleza Morgan iba unas cuantas yardas por delante de mí. De repente oímos, muy cerca, a nuestra derecha y también enfrente, el ruido de un animal que se revolvía con violencia entre unas matas.

»—Es un ciervo —dije—. Ojalá hubiéramos traído un rifle.

»Morgan, que se había parado a examinar los arbustos, no dijo nada, pero había cargado los dos cañones de su escopeta y se disponía a disparar. Parecía algo excitado, y esto me sor-

prendió, pues era célebre por su sangre fría, incluso en momentos de súbito e inminente peligro.

»—Venga —dije—. No esperarás acabar con un ciervo a base de perdigones, ¿verdad?

»No contestó, pero cuando se volvió hacia mí vi su rostro y quedé impresionado por su expresión tensa. Comprendí que algo serio ocurría, y lo primero que pensé fue que nos habíamos topado con un oso. Colgué mi escopeta y avancé hasta donde estaba Morgan.

»Los arbustos ya no se movían y el ruido había cesado, pero mi amigo observaba el lu-

gar con la misma atención.

»—Pero ¿qué pasa? ¿Qué diablos es? —le pregunté.

»—¡Ese maldito engendro! —contestó sin volverse. Su voz sonaba ronca y extraña. Estaba temblando.

»Iba a decir algo cuando vi que la avena que había en torno al lugar se movía de un modo inexplicable. No sé cómo describirlo. Era como

si, empujada por una ráfaga de viento, no sólo se cimbreaba sino que se tronchaba y no volvía a enderezarse; y aquel movimiento se acercaba lentamente hacia nosotros.

»Aunque no recuerdo haber pasado miedo, nada antes me había afectado de un modo tan extraño como aquel fenómeno insólito e inenarrable. Recuerdo —y lo saco a colación porque me vino entonces a la memoria— que una vez, al mirar distraídamente por una ventana, con-

fundí un cercano arbolito con otro de un grupo de árboles, mucho más grandes, que estaban más lejos. Parecía del mismo tamaño que éstos, pero al estar más claro y marcadamente definido en sus detalles, no armonizaba con el resto. Fue un simple error de perspectiva, pero me sobresaltó y llegó incluso a aterrorizarme. Confiamos tanto en el buen funcionamiento de las leyes naturales que su suspensión aparente nos parece una amenaza para nuestra seguridad, un aviso de alguna calamidad inconcebible. Del mismo modo, aquel movimiento de la

maleza, al parecer sin causa, y su aproximación lenta e inexorable resultaban inquietantes.

Mi compañero estaba realmente asustado; apenas pude dar crédito a mis ojos cuando le vi arrimarse la escopeta al hombro y vaciar los dos cañones contra el cereal en movimiento. Antes de que el humo de la descarga hubiera

desaparecido oí un grito feroz –un alarido como el de una bestia salvaje–, y vi que Morgan tiraba su escopeta y desaparecía a todo correr de aquel lugar. En ese mismo instante fui arrojado al suelo por el impacto de algo que ocultaba el humo: una sustancia blanda y pesada que me embistió con gran fuerza.

»Cuando me puse en pie y recuperé mi escopeta, que me había sido arrebatada de las manos, oí a Morgan gritar como si agonizara. A sus gritos se unían aullidos feroces, como cuando dos perros luchan entre sí. Completamente aterrorizado, me incorporé con gran dificultad y dirigí la vista hacia el lugar por el que mi amigo había desaparecido. ¡Que Dios

me libre de otro espectáculo como aquél! Morgan estaba a unas treinta yardas: tenía una rodilla en tierra, la cabeza, con su largo cabello revuelto, descoyuntada espantosamente hacia

atrás, y era presa de unas convulsiones que zarrandeaban todo su cuerpo. Su brazo derecho estaba levantado y, por lo que pude ver, había perdido la mano. Al menos yo no la veía. El otro brazo había desaparecido. A veces, tal como ahora recuerdo aquella escena extraordinaria, no podía distinguir más que una parte de su cuerpo; era como si hubiera sido parcialmente borrado (ya sé, es extraño, pero no sé expresarlo de otra forma) y al cambiar de posición volviera a apreciarse de nuevo en su totalidad.

»Debió de ocurrir todo en unos pocos segundos, durante los cuales Morgan adoptó todas las posturas posibles del obstinado luchador que es derrotado por un peso y una fuerza superiores. Yo sólo le veía a él y no siempre con claridad. Durante el incidente soltaba gri-

tos y profería maldiciones acompañadas de

unos rugidos furiosos como nunca antes había oído salir de la garganta de un hombre o de una bestia.

»Permanecí en pie por un momento sin saber qué hacer, hasta que decidí tirar la escopeta y correr en ayuda de mi amigo. Creí que estaba sufriendo un ataque o una especie de colapso. Antes de llegar a su lado, le vi caer y quedar inerte. Los ruidos habían cesado, pero volví a ver, con un sentimiento de terror como jamás había experimentado, el misterioso movimiento de la arena que se extendía desde la zona pisoteada en torno al cuerpo de Morgan hacia los límites del bosque. Sólo cuando hubo alcanzado los primeros árboles, aparté la vista de aquel insólito fenómeno y miré a mi compañero. Estaba muerto.»

III

Un hombre, aunque esté desnudo,

puede estar hecho jirones

El juez se levantó y se acercó al muerto. Tiró de un extremo de la sábana y dejó el cuerpo al descubierto. Estaba desnudo y, a la luz de la vela, mostraba un color amarillento. Presentaba unos grandes hematomas de un azul oscuro, causados sin duda alguna por las contusiones, y parecía que le habían golpeado en el pecho y los costados con un garrote. Había unas horribles heridas y tenía la piel desgarrada, hecha jirones.

El juez llegó hasta el extremo de la mesa y desató el nudo que sujetaba un pañuelo de seda por debajo de la barbilla hasta la parte superior de la cabeza. Al retirarlo vimos lo que tenía en la garganta. Los miembros del jurado que se habían levantado para ver mejor lamentaron su curiosidad y volvieron la cabeza. El joven Harker fue hacia la ventana abierta y se inclinó sobre el alféizar, a punto de vomitar.

Después de cubrir de nuevo la garganta del muerto, el juez se dirigió a un rincón de la habitación en el que había un montón de prendas. Empezó a coger una por una y a examinarlas mientras las sostenía en alto. Estaban destrozadas y rígidas por la sangre seca. El resto de los presentes prefirió no hacer un examen más exhaustivo. A decir verdad, ya habían visto este tipo de cosas con anterioridad. Lo único que les resultaba nuevo era el testimonio de Harker.

—Señores —dijo el juez—, éstas son todas las pruebas que tenemos. Ya saben su cometido; si no tienen nada que preguntar, pueden salir a deliberar.

El presidente del jurado, un hombre de unos sesenta años, alto, con barba y toscamente vestido, se levantó y dijo:

—Quisiera hacer una pregunta, señor. ¿De qué manicomio se ha escapado este último tes-

tigo?

–Señor Harker –dijo el juez con tono grave y

tranquilo–; ¿de qué manicomio se ha escapado usted?

Harker enrojeció de nuevo, pero no contestó, y los siete individuos se levantaron y abandonaron solemnemente la cabaña uno tras otro.

–Si ha terminado ya de insultarme, señor –dijo Harker tan pronto como se quedó a solas con el juez–, supongo que puedo marcharme, ¿no es así?

–En efecto.

Harker avanzó hacia la puerta y se detuvo con la mano en el picaporte. Su sentido profesional era más fuerte que su amor propio. Se volvió y dijo:

–Ese libro que tiene ahí es el diario de Morgan, ¿verdad? Debe de ser muy interesante, porque mientras prestaba mi testimonio no

dejaba de leerlo. ¿Puedo verlo? Al público le gustaría...

–Este libro tiene poco que añadir a nuestro asunto –contestó el juez mientras se lo guardaba–; todas las anotaciones son anteriores a

la muerte de su autor.

Al salir Harker, el jurado volvió a entrar y permaneció en pie en torno a la mesa en la que el cadáver, cubierto de nuevo, se perfilaba claramente bajo la sábana. El presidente se sentó cerca de la vela, sacó del bolsillo lápiz y papel y redactó laboriosamente el siguiente veredicto, que fue firmado, con más o menos esfuerzo, por el resto:

–Nosotros, el jurado, consideramos que el difunto encontró la muerte al ser atacado por un puma, aunque alguno cree que sufrió un colapso.

IV

Una explicación desde la tumba

En el diario del difunto Hugh Morgan hay ciertos apuntes interesantes que pueden tener valor científico. En la investigación que se desarrolló junto a su cuerpo el libro no fue citado como prueba porque el juez consideró que podría haber confundido a los miembros del ju-

rado. La fecha del primero de los apuntes mencionados no puede apreciarse con claridad por estar rota la parte superior de la hoja correspondiente; el resto expone lo siguiente: «...corría describiendo un semicírculo, con la cabeza vuelta hacia el centro, y de pronto se detenía y ladraba furiosamente. Al final echó a correr hacia el bosque a gran velocidad. En un principio pensé que se había vuelto loco, pero al volver a casa no encontré otro cambio en su conducta que no fuera el lógico del miedo al

castigo.»

«Puede un perro ver con la nariz? ¿Es que los olores impresionan algún centro cerebral con imágenes de las cosas que los producen?»

«2 de sept. Anoche, mientras miraba las estrellas en lo alto del cerco que hay al este de la casa, vi cómo desaparecían sucesivamente, de izquierda a derecha. Se apagaban una a una por un instante, y en ocasiones unas pocas a la vez, pero todas las que estaban a un grado o dos por encima del cerco se eclipsaban total-

mente. Fue como si algo se interpusiera entre ellas y yo, pero no conseguí verlo, pues las estrellas no emitían suficiente luz para delimitar su contorno. ¡Uf! Esto no me gusta nada...»

Faltan tres hojas con los apuntes correspondientes a varias semanas.

«27 de sept. Ha estado por aquí de nuevo.

Todos los días encuentro pruebas de su pre-

sencia. Me he pasado la noche otra vez vigi-
lando en el mismo puesto, con la escopeta car-
gada. Por la mañana sus huellas, aún frescas,
estaban allí, como siempre. Podría jurar que
no me quedé dormido ni un momento... en
realidad apenas duermo. ¡Es terrible, insopor-
table! Si todas estas asombrosas experiencias
son reales, me voy a volver loco; y si son pura
imaginación, es que ya lo estoy.»

«3 de oct. No me iré, no me echará de aquí.
Ésta es *mi* casa, *mi* tierra. Dios aborrece a los
cobardes...»

«5 de oct. No puedo soportarlo más. He invi-
tado a Harker a pasar unas semanas. Él tiene

la cabeza en su sitio. Por su actitud podré juz-
gar si me cree loco.»

«7 de oct. Ya encontré la solución al misterio.
Anoche la descubrí de repente, como revela-
ción. ¡Qué simple, qué horriblemente simple!»

«Hay sonidos que no podemos oír. A ambos extremos de la escala hay notas que no hacen vibrar ese instrumento imperfecto que es el oído humano. Son muy agudas o muy graves.

He visto cómo una bandada de mirlos ocupan la copa de un árbol, de varios árboles, y cantan todos a la vez. De repente, y al mismo tiempo, todos se lanzan al aire y emprenden el vuelo.

¿Cómo pueden hacerlo si no se ven unos a otros? Es imposible que vean el movimiento de un jefe. Deben de tener una señal de aviso o una orden, de un tono superior al estrépito de sus trinos, que es inaudible para mí. He observado también el mismo vuelo simultáneo cuando todos estaban en silencio, no sólo entre mirlos, sino también entre otras aves como las perdices, cuando están muy distanciadas entre

los matorrales, incluso en pendientes opuestas de una colina.»

«Los marineros saben que un grupo de ballenas que se calienta al sol o juega sobre la superficie del océano, separadas por millas de distancia, se zambullen al mismo tiempo y desaparecen en un momento. La señal es emitida en un tono demasiado grave para el oído del marinero que está en el palo mayor o el de sus compañeros en cubierta, que sienten la vibración en el barco como las piedras de una catedral se conmueven con el bajo del órgano.»

«Y lo que pasa con los sonidos, ocurre también con los colores. A cada extremo del espectro luminoso el químico detecta la presencia de los llamados rayos “actínicos”. Representan colores –colores integrales en la composición de la luz– que somos incapaces de reconocer. El ojo humano también es un instrumento imperfecto y su alcance llega sólo a unas pocas octavas de la verdadera “escala cromática”.No

estoy loco; lo que ocurre es que hay colores
que no podemos ver.»

«Y, Dios me ampare, ¡el engendro maldito es
de uno de esos colores!»

EL PASTOR HAÏTA

(*Haïta the shepherd*)

A pesar de los años y la experiencia, Haíta conservaba las ilusiones de la juventud. Sus pensamientos eran puros y amables porque su vida era sencilla y en su alma no cabía la ambición. Se levantaba al amanecer e iba a rezar al santuario de Hastur, el dios de los pastores, que lo escuchaba complacido. Después de cumplir este rito piadoso, Haíta abría la puerta del corral y con el corazón alegre sacaba a pa-
cer a su rebaño, mientras comía una ración de queso y de torta de avena, deteniéndose, a veces, para recoger algunas fresas húmedas de

rocío, o para abreviar su sed en el agua de los manantiales que bajaban de las colinas, engrosaban el arroyo que atravesaba el valle e iban a perderse quién sabe dónde.

Durante el largo día de verano, mientras sus ovejas arrancaban el buen pasto que los dioses hicieron crecer para ellas, o yacían con las patas delanteras debajo del pecho, rumiando in-

dolentemente, Haíta, recostado a la sombra de un árbol o sentado en una roca, tocaba en su flauta de cañas una música tan dulce que en ocasiones vislumbraba con el rabillo del ojo a las deidades menores del bosque que se incorporaban de entre los matorrales para oírlo, y se desvanecían en cuanto quería volverse para mirarlas. De esto –porque acaso pensaba si no llegaría a convertirse en una de sus propias ovejas– dedujo solemnemente que la felicidad viene cuando no se la busca, pero que jamás la

vemos si andamos tras ella. Porque después de Hastur, que nunca le concedió la merced de mostrarse a sus ojos, lo que Haíta más valoraba era el amistoso interés de sus vecinos, los tímidos inmortales del bosque y del arroyo. Al anochecer, llevaba de vuelta su rebaño al corral, se aseguraba de que la tranquera estuviese bien cerrada y se retiraba a su gruta para descansar y soñar.

Así pasaba los días de su vida, todos iguales, salvo cuando las tormentas expresaban la

cólera de un dios ofendido. Entonces Haíta, refugiado en su gruta, cubriéndose la cara con las manos, imploraba que sólo a él lo castigaran por sus pecados y que el mundo se librara de ser destruido. A veces, cuando llovía a cántaros y el arroyo se desbordaba, obligándolo a llevar precipitadamente a su aterrorizado rebaño a las tierras altas, intercedía por los

hombres que, según le dijeron, vivían en la llanura, más allá de las dos colinas azules que formaban el pórtico de su valle.

—Oh Hastur —así rogaba—, eres bueno por haberme dado montañas tan próximas a mi vivienda y a mi corral para que yo y mis ovejas podamos escapar de los enojados torrentes. Pero debes eximir al resto del mundo de alguna manera que yo ignoro. Si no fuera así, Hastur, no podría reverenciarte más.

Y Hastur, sabiendo que Haíta era un joven de palabra, perdonaba a las ciudades y desviaba las aguas hacia el mar.

Así había vivido siempre. Nunca pudo con-

cebir otro modo de existencia. El santo ermitaño que moraba a la entrada del valle, a una hora de distancia, y a quien oyó hablar de las grandes ciudades donde habitan los hombres —¡pobres almas!— que no tienen ovejas, no supo

darle razón de aquellos tiempos lejanos durante los cuales él mismo, según infería, debió de ser pequeño e indefenso como una oveja.

Fue al pensar en esos misterios y maravillas, y en ese horrible transformarse en silencio y corrupción que alguna vez, estaba seguro, habría de ocurrirle, como vio ocurrirle a tantas de sus ovejas, como ocurría a todos los seres vivientes excepto a los pájaros, cuando Haíta por primera vez tuvo conciencia de la desdicha de su suerte.

—No puedo ignorar —dijo— cómo y de dónde he venido. Para cumplir con mis deberes necesito saber las razones por las cuales me fueron encomendados. ¿Y qué alegría pueden darme si no sé cuánto habrá de durar? Quizá antes de que vuelva a nacer el sol, habré sido transfor-

mado, y entonces ¿qué será de mis ovejas? ¿Y qué será de mí?

Meditando en ello, Haíta se volvió melancólico y adusto. Ya no hablaba alegremente a su rebaño, ni acudía con presteza al santuario de Hastur. Ahora, en la brisa, oía el susurro de malignas deidades cuya existencia observaba por primera vez. Cada nube era el presagio de un desastre, y las tinieblas estaban llenas de horror. De su flauta de cañas no brotaban melodías, sino un triste lamento. Los espíritus del bosque y de las aguas no acudían de la espesura para oírlo; antes bien, huían a las primeras notas, como lo demostraban las hojas agitadas y los tallos doblados de las flores. Cejó en su vigilancia y perdió a muchas de sus ovejas, extraviadas por las colinas. Las que quedaban enflaquecieron y enfermaron por falta de buenos pastos, porque Haíta, en vez de buscar para ellas nuevas praderas, día tras día las conducía al mismo lugar, abstraído en sus pensamientos, obsesionado por el misterio de

la vida y de la muerte, meditando en la insondable inmortalidad.

Un día, mientras daba rienda suelta a sus lúgubres reflexiones, se puso bruscamente en pie, saltó de la roca en donde estaba sentado, señaló el cielo con la mano derecha, y exclamó:

—Ya no suplicaré a los dioses que me concedan su inefable sabiduría. Tienen el deber de no hacerme daño. Yo cumpliré con el mío lo mejor que pueda, y en caso de que llegue a equivocarme, ¡que la culpa recaiga sobre sus cabezas!

De pronto, mientras así hablaba, un intenso resplandor cayó sobre él, obligándolo a levantar la cabeza. Pensó que las nubes se abrían y dejaban arder al sol. Pero no había nubes. A poca distancia de su mano, surgió una hermosa doncella. Tan hermosa era, que las flores subyugadas cerraron sus pétalos y doblaron sus corolas; tan dulce era su mirada, que los

picaflores acudieron como si fueran a libar en sus ojos y las abejas del bosque revolotearon

en torno a sus labios. Y tal luz irradiaba, que los objetos desviaron sus sombras, arrojándolas lejos de sus pies, y esas mismas sombras fueron girando mientras ella se movía.

El pastor, en éxtasis, se arrodilló ante la doncella, en señal de adoración, y la doncella apoyó una mano en su cabeza.

—Ven —le dijo, con una voz en que resonaba la música de todas las campanillas de su rebaño—, ven, no debes adorarme porque no soy una diosa, pero si eres sincero y laborioso, viviré contigo.

Haíta se puso de pie, la tomó de la mano, tartamudeó su alegría y su gratitud, y así, las manos entrelazadas, se sonrieron en los ojos.

El pastor la miraba con reverencia y arrebató.

Murmuró:

–Te ruego, adorable doncella, que me digas tu nombre, y cómo y de dónde has llegado. Al oír estas palabras, ella posó sobre sus labios un dedo amonestador y empezó a retirarse. Su hermosura sufrió un cambio visible que

hizo estremecer a Haíta sin saber por qué, pues ella continuaba siendo hermosa. Una sombra gigantesca oscureció el paisaje, corriendo por el valle con la velocidad de un buitre. En la penumbra, la doncella se volvió opaca e indistinta. Su voz parecía venir de muy lejos mientras exclamaba en un tono de triste reproche:

–¡Joven ingrato y presuntuoso! ¿Deberé abandonarte en seguida? ¿Nada habrá podido refrenar tu curiosidad? ¿Por qué rompes el eterno pacto con semejante ligereza?

Indeciblemente afligido, Haíta cayó de rodillas y le imploró que se quedara. Luego, le-

vantándose y buscándola en la creciente oscuridad, corrió dando vueltas cada vez más amplias, llamándola a gritos. Todo fue en vano. Ya no podía verla, pero oyó su voz en las tinieblas. Ésta le decía:

–No, no darás conmigo si me buscas. Vuelve a tu trabajo, pastor de poca fe, o ya nunca nos encontraremos.

Había caído la noche. Los lobos aullaban en las colinas y las ovejas aterrorizadas se agazapaban a los pies de Haíta. Obligado por la necesidad de la hora, éste olvidó su decepción, condujo su rebaño al corral, volvió al santuario, dejando que la gratitud manara de su corazón porque Hastur le había permitido salvar sus ovejas, después se retiró a su gruta y durmió.

Despertó cuando el sol ya estaba alto y brillaba en la gruta, iluminándola con su esplen-

dor. Allí sentada junto a él, la doncella le sonreía con una sonrisa que parecía la música visible de su flauta de cañas. Él no se atrevió a despegar los labios, temiendo ofenderla como antes. No sabía qué palabras decir.

–Porque has asistido a tu rebaño –dijo ella– y no has olvidado de dar gracias a Hastur que mantuvo alejados a los lobos en la noche, aquí me tienes de nuevo. ¿Quieres que sea tu compañera?

–¿Quién no te querría para siempre? –con-

testó Haíta–. Oh, nunca más me dejes, hasta... hasta que el silencio y la quietud se apoderen de mí.

Haíta ignoraba la palabra muerte.

–Quisiera en verdad –prosiguió– que fueras de mi mismo sexo para que lucháramos alegremente y corriéramos carreras y nunca nos cansáramos uno del otro.

Al oír estas palabras, la doncella se puso de pie y salió de la gruta. Haíta, saltando de su lecho de fragantes hojas para alcanzarla y detenerla, pudo observar, atónito, que llovía a cántaros y que el arroyo, en medio del valle, se había salido de madre. Balaban aterrorizadas las ovejas, porque las aguas invadían el corral. Y peligraban las ciudades desconocidas de la distante llanura.

Pasaron muchos días antes que Haíta viera de nuevo a la doncella. Una tarde volvía del extremo del valle, a donde fue a llevarle leche de ovejas, torta de avena y un cesto de fresas

al santo ermitaño, demasiado viejo y débil para procurarse alimento.

—¡Pobre viejo! —dijo en voz alta mientras regresaba a su morada—. Volveré mañana y lo traeré en hombros hasta mi gruta, donde podré cuidarlo. Para esto, sin duda, Hastur me

ha criado durante tantos años. Para esto me ha dado salud y fuerza.

La doncella le salió al paso, envuelta en resplandecientes vestiduras, y le dijo con una sonrisa que le quitó el habla:

—De nuevo he venido a vivir contigo si ahora me quieres, porque no deseo vivir con nadie más. Tal vez ahora hayas aprendido y no me quieras distinta de lo que soy, ni pretendas saber cómo y de dónde vengo.

Haíta se arrojó a sus pies.

—Hermosa criatura —exclamó—, si te dignas aceptarlos, mi alma y mi corazón, que reverencian a Hastur, serán tuyos para siempre.

Pero ¡ay! eres caprichosa e imprevisible. Antes de que amanezca, quizá te haya perdido.

Prométeme, te lo ruego, que si acaso llegara a ofenderte en mi ignorancia, sabrás perdonarme y no te apartarás de mi lado.

No bien terminó de hablar, un tropel de osos bajó de las colinas, abalanzándose sobre él con rojas fauces y ardientes ojos. De nuevo desapareció la doncella, y Haíta echó a correr para salvar su vida. No se detuvo hasta llegar a la cabaña del santo ermitaño, de donde había salido. Atrancó la puerta para impedir que los osos entraran, después se arrojó al suelo y lloró.

–Hijo mío –dijo el ermitaño desde su jergón de paja que las manos de Haíta habían juntado aquella mañana–, no estás llorando por los osos. Dime qué pena te aflige, porque la vejez puede curar las heridas de la juventud con el bálsamo de la sabiduría.

Haíta se lo dijo todo: tres veces había encontrado a la radiante doncella, y tres veces la perdió. Relató minuciosamente lo que pasó entre ellos, sin omitir una palabra.

Terminó, y el santo ermitaño guardó silencio.

Después de unos instantes, dijo:

–Hijo mío, he oído tu relato, y reconozco a la doncella. Yo mismo la he visto, como tantos otros. Has de saber que se llama, pues ni siquiera permite que averigües su nombre, Felicidad. Bien dijiste que era caprichosa. Impone condiciones que ningún hombre puede cumplir, y las hace pagar con su abandono. Se presenta cuando nadie la busca, y no admite preguntas. La menor curiosidad, la menor señal de duda, el menor recelo, y desaparece. ¿Por cuánto tiempo la tuviste antes de que huyera?

–Apenas un instante –confesó Haíta, enrojeciendo de vergüenza.

–¡Desgraciado joven! –dijo el santo ermitaño– . Si no fuera por tu indiscreción, la hubieses retenido un instante más.

UN HABITANTE DE CARCOSA

(*An inhabitant of Carcosa*)

“Existen diversas clases de muerte. En algunas, el cuerpo perdura, en otras se desvanece por completo con el espíritu. Esto solamente sucede, por lo general, en la soledad (tal es la voluntad de Dios), y, no habiendo visto nadie ese final, decimos que el hombre se ha perdido para siempre o que ha partido para un largo viaje, lo que es de hecho verdad. Pero, a veces, este hecho se produce en presencia de muchos, cuyo testimonio es la prueba. En una clase de muerte el espíritu muere también, y se ha comprobado que puede suceder que el cuerpo continúe vigoroso durante muchos años. Y a veces, como se ha testificado de forma irrefutable, el espíritu muere al mismo tiempo que el cuerpo, pero, según algunos, resucita en el mismo lugar en que el cuerpo se corrompió.”

Meditando estas palabras de Hali (Dios le conceda la paz eterna), y preguntándome cuál

sería su sentido pleno, como aquel que posee

ciertos indicios, pero duda si no habrá algo más detrás de lo que él ha discernido, no presté atención al lugar donde me había extraviado, hasta que sentí en la cara un viento helado que revivió en mí la conciencia del paraje en que me hallaba. Observé con asombro que todo me resultaba ajeno. A mi alrededor se extendía una desolada y yerma llanura, cubierta de yerbas altas y marchitas que se agitaban y silbaban bajo la brisa del otoño, portadora de Dios sabe qué misterios e inquietudes. A largos intervalos, se erigían unas rocas de formas extrañas y sombríos colores que parecían tener un mutuo entendimiento e intercambiar miradas significativas, como si hubieran asomado la cabeza para observar la realización de un acontecimiento previsto. Aquí y allá, algunos árboles secos parecían ser los jefes de

esta malévola conspiración de silenciosa expectativa.

A pesar de la ausencia del sol, me pareció que el día debía estar muy avanzado, y aun-

que me di cuenta de que el aire era frío y húmedo, mi conciencia del hecho era más mental que física; no experimentaba ninguna sensación de molestia. Por encima del lúgubre paisaje se cernía una bóveda de nubes bajas y plomizas, suspendidas como una maldición visible. En todo había una amenaza y un presagio, un destello de maldad, un indicio de fatalidad. No había ni un pájaro, ni un animal, ni un insecto. El viento suspiraba en las ramas desnudas de los árboles muertos, y la yerba gris se curvaba para susurrar a la tierra secretos espantosos. Pero ningún otro ruido, ningún otro movimiento rompía la calma terrible de aquel funesto lugar.

Observé en la hierba cierto número de piedras gastadas por la intemperie y evidentemente trabajadas con herramientas. Estaban rotas, cubiertas de musgo, y medio hundidas en la tierra. Algunas estaban derribadas, otras se inclinaban en ángulos diversos, pero ninguna estaba vertical. Sin duda alguna eran

lápidas funerarias, aunque las tumbas propiamente dichas no existían ya en forma de túmulos ni depresiones en el suelo. Los años lo habían nivelado todo. Diseminados aquí y allá, los bloques más grandes marcaban el sitio donde algún sepulcro pomposo o soberbio había lanzado su frágil desafío al olvido. Estas reliquias, estos vestigios de la vanidad humana, estos monumentos de piedad y afecto me parecían tan antiguos, tan deteriorados, tan gastados, tan manchados, y el lugar tan descuidado y abandonado, que no pude más que

creerme el descubridor del cementerio de una raza prehistórica de hombres cuyo nombre se había extinguido hacía muchísimos siglos.

Sumido en estas reflexiones, permanecí un tiempo sin prestar atención al encadenamiento de mis propias experiencias, pero después de poco pensé: “¿Cómo llegué aquí?”. Un momento de reflexión pareció proporcionarme la respuesta y explicarme, aunque de forma inquietante, el extraordinario carácter con que

mi imaginación había revertido todo cuanto veía y oía. Estaba enfermo. Recordaba ahora que un ataque de fiebre repentina me había postrado en cama, que mi familia me había contado cómo, en mis crisis de delirio, había pedido aire y libertad, y cómo me habían mantenido a la fuerza en la cama para impedir que huyese. Eludí vigilancia de mis cuidadores, y vagué hasta aquí para ir... ¿adónde? No tenía

idea. Sin duda me encontraba a una distancia considerable de la ciudad donde vivía, la antigua y célebre ciudad de Carcosa.

En ninguna parte se oía ni se veía signo alguno de vida humana. No se veía ascender ninguna columna de humo, ni se escuchaba el ladrido de ningún perro guardián, ni el mugido de ningún ganado, ni gritos de niños jugando; nada más que ese cementerio lúgubre, con su atmósfera de misterio y de terror debida a mi cerebro trastornado. ¿No estaría acaso delirando nuevamente, aquí, lejos de todo auxilio humano? ¿No sería todo eso una ilu-

sión engendrada por mi locura? Llamé a mis mujeres y a mis hijos, tendí mis manos en busca de las suyas, incluso caminé entre las piedras ruinosas y la yerba marchita.

Un ruido detrás de mí me hizo volver la cabeza. Un animal salvaje –un lince– se acercaba.

Me vino un pensamiento: “Si caigo aquí, en el desierto, si vuelve la fiebre y desfallezco, esta bestia me destrozará la garganta.” Salté hacia él, gritando. Pasó a un palmo de mí, trotando tranquilamente, y desapareció tras una roca.

Un instante después, la cabeza de un hombre pareció brotar de la tierra un poco más lejos.

Ascendía por la pendiente más lejana de una colina baja, cuya cresta apenas se distinguía de la llanura. Pronto vi toda su silueta recortada sobre el fondo de nubes grises. Estaba medio desnudo, medio vestido con pieles de animales; tenía los cabellos en desorden y una larga y andrajosa barba. En una mano llevaba un arco y flechas; en la otra, una antorcha llameante con un largo rastro de humo. Caminaba len-

tamente y con precaución, como si temiera caer en un sepulcro abierto, oculto por la alta yerba.

Esta extraña aparición me sorprendió, pero no me causó alarma. Me dirigí hacia él para interceptarlo hasta que lo tuve de frente; lo abordé con el familiar saludo:

—¡Que Dios te guarde!

No me prestó la menor atención, ni disminuyó su ritmo.

—Buen extranjero —proseguí—, estoy enfermo y perdido. Te ruego me indiques el camino a Carcosa.

El hombre entonó un bárbaro canto en una lengua desconocida, siguió caminando y desapareció.

Sobre la rama de un árbol seco un búho lanzó un siniestro aullido y otro le contestó a lo lejos. Al levantar los ojos vi a través de una brusca fisura en las nubes a Aldebarán y las Híadas. Todo sugería la noche: el lince, el hombre portando la antorcha, el búho. Y, sin

embargo, yo veía... veía incluso las estrellas en ausencia de la oscuridad. Veía, pero evidentemente no podía ser visto ni escuchado. ¿Qué espantoso sortilegio dominaba mi existencia? Me senté al pie de un gran árbol para reflexionar seriamente sobre lo que más convendría hacer. Ya no tuve dudas de mi locura, pero aún guardaba cierto resquemor acerca de esta convicción. No tenía ya rastro alguno de fiebre. Más aún, experimentaba una sensación de alegría y de fuerza que me eran totalmente desconocidas, una especie de exaltación física y mental. Todos mis sentidos estaban alerta: el aire me parecía una sustancia pesada, y podía oír el silencio.

La gruesa raíz del árbol gigante (contra el cual yo me apoyaba) abrazaba y oprimía una losa de piedra que emergía parcialmente por el hueco que dejaba otra raíz. Así, la piedra se encontraba al abrigo de las inclemencias del tiempo, aunque estaba muy deteriorada. Sus

aristas estaban desgastadas; sus ángulos, roí-

dos; su superficie, completamente desconcha-
da. En la tierra brillaban partículas de mica,
vestigios de su desintegración. Indudablemen-
te, esta piedra señalaba una sepultura de la
cual el árbol había brotado varios siglos antes.

Las raíces hambrientas habían saqueado la
tumba y aprisionado su lápida.

Un brusco soplo de viento barrió las hojas
secas y las ramas acumuladas sobre la lápida.

Distinguí entonces las letras del bajorrelieve
de su inscripción, y me incliné a leerlas. ¡Dios
del cielo! ¡Mi propio nombre...! ¡La fecha de mi
nacimiento...! ¡y la fecha de mi muerte!

Un rayo de sol iluminó completamente el
costado del árbol, mientras me ponía en pie de
un salto, lleno de terror. El sol nacía en el ro-
sado oriente. Yo estaba en pie, entre su enor-
me disco rojo y el árbol, pero ¡no proyectaba

sombra alguna sobre el tronco!

Un coro de lobos aulladores saludó al alba.

Los vi sentados sobre sus cuartos traseros, solos y en grupos, en la cima de los montículos y

de los túmulos irregulares que llenaban a medias el desierto panorama que se prolongaba hasta el horizonte. Entonces me di cuenta de que eran las ruinas de la antigua y célebre ciudad de Carcosa.

Tales son los hechos que comunicó el espíritu
de Hoseib Alar Robardin al médium Bayrolles.

EL DESCONOCIDO

(*The stranger*)

Un hombre salió de la oscuridad y penetró en el pequeño círculo iluminado por nuestro lánguido fuego de campamento, sentándose en una roca.

—No son los primeros en explorar esta región

—comentó con voz grave.

Nadie puso en duda su afirmación; él mismo era prueba de esa verdad, pues no formaba parte de nuestro grupo y debía de encontrarse en algún lugar cercano cuando acampamos.

Además, debía tener compañeros no muy lejos, pues no era un lugar en el que resultara conveniente vivir o viajar solo. Durante una semana, sin contarnos a nosotros ni a nuestros animales, los únicos seres vivos que habíamos visto eran serpientes de cascabel y sapos cornudos. En un desierto de Arizona no se puede coexistir demasiado tiempo tan sólo con criaturas como aquéllas: uno debe llevar animales, suministros, armas: «un equipo». Y todo eso

significa camaradas. Pudo surgir quizás una duda con respecto a qué tipo de hombre podrían ser los camaradas de aquel desconocido tan escasamente ceremonioso, a lo que hay que añadir que había en sus palabras algo que podía interpretarse como un desafío, y que hizo que cada uno de la media docena de «caballeros aventureros» que éramos nosotros nos irguiéramos, sin dejar de estar sentados, y lleváramos una mano al arma: un acto que en aquel tiempo y lugar era significativo, una posición de expectativa. El desconocido no prestó ninguna atención a aquel acto y volvió a hablar con el mismo tono monótono y carente de inflexión con el que había pronunciado su primera frase:

–Hace treinta años, Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis, todos ellos de Tucson, cruzaron los montes de Santa Catalina y viajaron hacia el oeste, hasta el pun-

to más lejano que permitía la configuración del país. Nos dedicábamos a la prospección y ten-

íamos la intención de, si no encontrábamos nada, cruzar el río Gila en algún punto cercano a Big Bend, donde teníamos entendido que había un asentamiento. Llevábamos un buen equipo, pero carecíamos de guía: tan sólo Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

El hombre repitió los nombres lenta y claramente, como si pretendiera fijarlos en la memoria de su público, cada uno de los cuales le observaba ahora atentamente, pues se había reducido algo la aprensión de que sus posibles compañeros estuvieran en algún lugar de la oscuridad que parecía rodearnos como si fuera un muro negro; en las maneras de ese historiador voluntario no se sugería ningún propósito inamistoso. Sus actos se asemejaban más a

los de un lunático inofensivo que a los de un enemigo. No éramos tan nuevos en el país como para no saber que la vida solitaria de muchos hombres de las llanuras había producido una tendencia a desarrollar excentricida-

des de conducta y de carácter que no siempre eran fáciles de distinguir de la aberración mental. Un hombre es como un árbol: dentro de un bosque de compañeros crecerá tan recto como su naturaleza individual y genérica se lo permita, pero a solas y en campo abierto cede a las tensiones y torsiones deformadoras que le rodean. Pensamientos semejantes cruzaron mi mente mientras observaba al hombre desde la sombra de mi sombrero, que tenía inclinado para que la luz del fuego no me diera en los ojos. Sin duda se trataba de un grillado, ¿pero qué podía estar haciendo allí, en el corazón de un desierto?

Puesto que he decidido contar esta historia, me gustaría ser capaz de describir el aspecto de ese hombre: eso sería lo natural. Desgraciadamente, y en cierta medida extrañamente, me siento incapaz de hacerlo con algún grado de confianza, pues más tarde ninguno de nosotros coincidió en cuanto a la ropa que llevaba o el aspecto que tenía; y cuando traté de anotar

mis impresiones, ese aspecto me fue esquivo.

Cualquiera puede contar una historia: la narración es una de las facultades elementales de nuestra raza. Pero el talento para la descripción es un don.

Como nadie rompiera el silencio, el visitante siguió hablando:

—El país no era entonces lo que es ahora. No había ni un solo rancho entre el Gila y el Golfo. Había un poco de caza desperdigada por las montañas, y cerca de las infrecuentes char-

cas, hierba suficiente para evitar que nuestros animales murieran de hambre. Si teníamos la suerte de no encontrarnos con los indios, podríamos seguir avanzando. Pero al cabo de una semana el propósito de la expedición había cambiado: en lugar de descubrir riquezas, intentábamos conservar la vida. Habíamos llegado demasiado lejos para poder regresar, de manera que lo que teníamos delante no podía ser peor que lo que nos aguardaba detrás; Así que seguimos avanzando, cabalgando por la

noche para evitar a los indios y el calor intolerable, y ocultándonos durante el día lo mejor que podíamos. En ocasiones, cuando habíamos agotado el suministro de carne de animales salvajes y vaciado nuestras cantimploras, teníamos que pasar varios días sin comer ni beber; luego, una charca o una pequeña laguna en el fondo de un arroyo nos permitían res-

taurar nuestras fuerzas y salud, por lo que éramos capaces de disparar a algún animal salvaje que también hubiera buscado el agua. A veces era un oso, otras un antílope, un coyote, un puma... lo que Dios quisiera: todo era comida.

» Una mañana, cuando rodeábamos una cordillera tratando de encontrar algún paso, nos atacó un grupo de apaches que había seguido nuestro rastro hasta un barranco que no está lejos de aquí. Sabiendo que nos superaban en número de diez a uno, no tomaron ninguna de sus habituales y cobardes precauciones, sino que se lanzaron sobre nosotros al galope, dis-

parando y gritando. La lucha era inevitable: presionamos a nuestros débiles animales para que subieran el barranco mientras hubiera espacio para poner una pezuña, bajamos de nuestras sillas y nos dirigimos hacia el chapa-

rral que había en una de las pendientes, abandonando todo nuestro equipo al enemigo. Pero todos conservamos el rifle: Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

—El mismo y viejo grupo —comentó el humorista que había entre nosotros. Era un hombre del oeste que no estaba familiarizado con las costumbres decentes de la relación social. Un gesto de desaprobación de nuestro jefe le hizo callar, permitiendo al desconocido proseguir el relato:

—Los salvajes también desmontaron y algunos de ellos subieron el barranco hasta más allá del punto por el que nos habíamos ido, cortándonos cualquier retirada en esa dirección y obligándonos a ascender. Desgraciada-

mente, el chaparral sólo se extendía una corta distancia por la pendiente, y cuando llegamos

al campo abierto que había más arriba recibimos los disparos de una docena de rifles; pero los apaches disparaban muy mal cuando lo hacían de prisa, y quiso Dios que ninguno de nosotros cayera. Veinte metros más arriba, más allá del borde de los matorrales, había unos riscos verticales y, directamente enfrente de nosotros, una estrecha abertura. Corrimos hacia ella y nos encontramos en una caverna tan grande como una habitación ordinaria de una casa. Allí estaríamos a salvo durante algún tiempo: un solo hombre con un rifle de repetición podría defender la entrada contra todos los apaches del mundo. Pero contra el hambre y la sed no teníamos defensa. Conservábamos el valor, pero la esperanza era un término del recuerdo.

»No vimos después a ninguno de aquellos indios, pero por el humo y el resplandor de las hogueras que habían encendido en el barran-

co, sabíamos día y noche que nos vigilaban, con los rifles preparados, desde el margen de los matorrales: sabíamos que si intentábamos salir, ni uno solo de nosotros podría dar tres pasos sin caer abatido. Resistimos durante tres días, vigilando por turnos, hasta que nuestro sufrimiento se hizo insoportable. Entonces, la mañana del cuarto día, Ramón Gallegos dijo:

»—Señores, no sé mucho del buen Dios ni de lo que a éste le complace. He vivido sin religión y no conozco la de ustedes. Perdónenme, señores, si les sorprende, pero para mí ha llegado el momento de ganarle la partida al apache.

»Se arrodilló en el suelo rocoso de la cueva, acercó la pistola a su sien y dijo:

»—Madre de Dios, ven a por el alma de Ramón Gallegos.

»Y así nos dejó: a William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

»Yo era el jefe y me correspondía hablar.

»—Fue un hombre valiente. Supo cuándo mo-

rir y cómo. Es una estupidez morir de sed y caer bajo las balas de los apaches, o ser despedidos vivos: eso es de mal gusto. Unámonos a Ramón Gallegos.

»—Tiene razón —dijo William Shaw.

»—Tiene razón —dijo George W. Kent.

»Extendí los miembros de Ramón Gallegos y le puse un pañuelo sobre el rostro. Entonces William Shaw dijo:

»—Me gustaría seguir teniendo ese aspecto... un poco más.

»Y George W. Kent dijo que pensaba lo mismo.

»—Así será —dije yo—: Los diablos rojos aguardarán una semana. William Shaw y George W. Kent, venid y arrodillaos.

»Así lo hicieron, y yo quedé en pie delante

de ellos.» –Dios Todopoderoso, Padre Nuestro

–dije yo.

»–Dios Todopoderoso, Padre Nuestro –dijo

William Shaw.

»–Dios Todopoderoso, Padre Nuestro –dijo

George W. Kent.

»–Perdónanos nuestros pecados –dije yo.

»–Perdónanos nuestros pecados –dijeron

ellos. –Y recibe nuestras almas.

»–Y recibe nuestras almas.

»–¡Amén!

»–¡Amén!

»Les coloqué junto a Ramón Gallegos y cubrí

sus rostros.

Se produjo una rápida conmoción al otro la-

do del fuego de campamento: un miembro de

nuestro grupo se había puesto en pie pistola

en mano.

–¿Y *tú* te atreviste a escapar? –gritó–. ¿Has

tenido el valor de permanecer vivo? ¡Eres un perro cobarde y yo haré que te unas a ellos aunque luego me ahorquen a mí!

Pero saltando como una pantera, nuestro capitán se lanzó sobre él y le sujetó la muñeca.

—¡Detente, Sam Yountsey, detente!

Todos nos habíamos puesto en pie, salvo el desconocido, que permanecía sentado, inmóvil

y aparentemente sin prestar atención. Alguien cogió a Yountsey por el otro brazo.

—Capitán, aquí hay algo que no concuerda — dije yo—. Este tipo es un lunático o simplemente un mentiroso: un sencillo mentiroso al que Yountsey no tiene derecho a matar. Si formó parte de ese grupo, es que había cinco hombres, y no ha nombrado a uno de ellos, probablemente a sí mismo.

—Cierto —contestó el capitán soltando al insurgente, que se sentó—. Aquí hay algo... in-

usual. Hace años encontraron cuatro cuerpos de hombres blancos, vergonzosamente mutilados y sin el cuero cabelludo, en los alrededores de la boca de esa cueva. Los enterraron allí; yo mismo he visto las tumbas y mañana las veremos todos.

El desconocido se levantó y nos pareció muy alto bajo la luz del fuego menguante, pues por prestar atención a su historia nos habíamos olvidado de alimentarlo.

—Había cuatro —repitió él—: Ramón Gallegos,

William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

Reiterando su lista de muertos, caminó hacia la oscuridad y no volvimos a verle.

En ese momento se aproximó a nosotros un miembro del grupo que había estado de guardia llevando el rifle en la mano y algo excitado.

—Capitán, durante la última media hora he

visto a tres hombres allí arriba—dijo señalando en la dirección que había tomado el desconocido—. Pude verlos claramente, pues la luna está alta, pero como no tenían armas y yo les cubría con la mía, pensé que les correspondía a ellos hacer cualquier movimiento. ¡Pero no hicieron ninguno, maldita sea! Y me han puesto nervioso.

—Vuelve a tu puesto y quédate allí hasta que vuelvas a verlos —contestó el capitán—. Los demás acostaos de nuevo u os arrojaré al fuego a patadas.

El centinela se retiró obediente, lanzando juramentos, y no regresó en toda la noche.

Cuando estábamos preparando nuestras mantas, Yountsey, que era un temperamental, dijo:

—Le ruego que me perdone, capitán, ¿pero quién diablos piensa usted que son?

—Ramón Gallegos, William Shaw y George

W. Kent.

–¿Y qué me dice de Berry Davis? Tendría que haberle disparado.

–Habría sido totalmente innecesario: no podrías haberle matado otra vez. Duérmete.

HISTORIAS DE FANTASMAS

LAS FORMAS DE LOS FANTASMAS

TESTIGO DE UN AHORCAMIENTO

Un anciano llamado Daniel Baker, que vivía cerca de Lebanon (Iowa), fue acusado por sus vecinos de asesinar a un vendedor ambulante al que había permitido pernoctar en su casa.

Esto ocurrió en 1853, cuando la venta ambulante era mucho más usual que ahora en el Oeste y realizarla implicaba un peligro considerable. Los buhoneros, con sus fardos al hombro, recorrían el país por caminos desiertos y se veían obligados a buscar la hospitalidad de los granjeros. De esta forma entraban en contacto con extraños personajes, algunos de los cuales no tenían el menor escrúpulo a la hora de ganarse la vida por medios que consideraban aceptables, como por ejemplo el asesinato. De vez en cuando se oía contar que uno de esos vendedores había llegado a casa de un tipo violento con su hato vacío y su bolsa llena y nadie había vuelto a saber más de él. Eso fue lo que ocurrió en el caso del «viejo Baker»,

como todos le llamaban (en los poblados del

Oeste sólo se da tal apelativo a los ancianos a los que, al ser rechazados socialmente, se les echa en cara la edad): un buhonero llegó a su casa y no volvió a salir.

Siete años más tarde, el reverendo Cummings, sacerdote baptista conocido en la región, iba una noche con su carreta por los alrededores de la granja de Baker. No era noche cerrada, pues por encima del velo de niebla que cubría el terreno se podía ver la luna. El reverendo, tan alegre como siempre, iba silbando una canción que de cuando en cuando interrumpía para dirigir unas palabras de aliento a su caballo. Al llegar a un pequeño puente sobre una rambla vio una figura humana claramente perfilada contra el fondo gris del bosque brumoso. Sin duda era un buhonero, pues llevaba algo a la espalda y empuñaba

una gruesa vara. Parecía abstraído, como si estuviera sonámbulo. El reverendo detuvo la carreta al pasar a su lado y, con un amable saludo, le invitó a subir, «si es que vamos en la

misma dirección», añadió. El individuo levantó la cabeza y le miró a la cara, pero siguió inmóvil y en silencio. El señor Cummings, con su característica insistencia, repitió la invitación. Entonces la figura señaló con su mano derecha en dirección a la parte inferior del puente. El reverendo echó una mirada y, como no veía nada especial, fue a dirigirse de nuevo al buhonero: pero el buhonero había desaparecido. El caballo, que hasta entonces se había mantenido sorprendentemente tranquilo, soltó un relincho y salió despavorido. Cuando el señor Cummings quiso hacerse con él, ya estaban en lo alto de una colina, a cien yardas del puente. Al mirar hacia él volvió a ver la fi-

gura, en el mismo sitio y con la misma actitud que la primera vez. Entonces, consciente de que algo sobrenatural estaba ocurriendo se dirigió hacia su casa a toda brida.

Al llegar contó a su familia lo ocurrido y a la mañana siguiente, muy temprano, volvió al lugar acompañado por dos vecinos, John Whi-

te Corwell y Abner Raiser. El cuerpo del viejo Baker colgaba por el cuello de uno de los travesaños del puente, justo debajo del lugar en el que el reverendo había visto la aparición.

Una gruesa capa de polvo, húmeda a causa de la niebla, cubría el suelo, pero las únicas huellas apreciables eran las del caballo.

Al descolgar el cadáver, los hombres removieron con sus pisadas el terreno blando y movedizo y descubrieron unos restos humanos que, debido a la acción del agua y de la escarcha, estaban ya casi a la vista. Fueron iden-

tificados como los del buhonero desaparecido. En la doble investigación que se llevó a cabo, el juez dictaminó que Daniel Baker se había quitado la vida en un momento de enajenación y que Samuel Moritz había sido asesinado por alguien cuya identidad se desconocía.

UN SALUDO FRÍO

Éste es el relato que el difunto Benson Foley de San Francisco contó:

«En el verano de 1881 conocí a un tipo de Franklin (Tennessee) llamado James H. Conway. Había venido a San Francisco en busca de un clima saludable (¡pobre iluso!) y traía una carta de presentación del señor Lawrence Barting, al que yo había conocido durante la guerra civil. En aquella época el señor Barting era capitán del ejército federal; al acabar la guerra se estableció en Franklin y, con el tiempo, se convirtió en un abogado de prestigio.

Siempre me pareció un hombre sincero y honrado, y la cordial amistad que expresaba en su carta por el señor Conway fue para mí prueba suficiente de que éste merecía mi estima y confianza. Una noche, mientras cenábamos, Conway me contó que Barring y él habían acordado solemnemente que el primero que muriera intentaría comunicarse con el otro desde el más allá; la manera de hacerlo había quedado

a la elección del difunto (lo que me pareció muy sensato) y en función de las oportunidades que las nuevas circunstancias le ofrecieran.

»Unas semanas después de esta conversación me encontré con el señor Conway que, con aspecto abstraído, como si fuera pensando en algo, bajaba por la calle Montgomery. Me saludó fríamente con un ligero movimiento de la mano y continuó su camino, dejándome plantado en medio de la acera en actitud de estrecharle

la mano. Naturalmente, me sorprendí y me sentí ofendido. Al día siguiente me lo volví a encontrar en la recepción del Hotel Palace y como vi que iba a repetir la desagradable escena del día anterior, le bloqueé el paso en el quicio de la puerta y con un saludo amigable le pedí una explicación sobre la alteración de sus modales. Después de un momento de duda, me miró con franqueza y me dijo:

»-No creo, señor Foley, que tenga ya ningún derecho a su amistad, pues parece que el señor Barring me ha retirado la suya. Le aseguro que

no sé por qué razón. Si aún no le ha informado, no creo que tarde.

»-No he tenido noticia alguna del señor Barring -repliqué.

»-¡Noticias! -repitió con aparente sorpresa-. Pero si está aquí. Me lo encontré ayer, diez minutos antes de cruzarme con usted. Por eso

le saludé exactamente del mismo modo que él lo había hecho. Hace menos de media hora que me lo he vuelto a encontrar y su gesto ha sido el mismo: una simple inclinación de cabeza y se acabó. Gracias por su amabilidad señor Foley. Buenos días, o mejor dicho, adiós.

»El comportamiento del señor Conway me pareció de una delicadeza y consideración singulares.

»Como las situaciones dramáticas y sus efectos literarios no son mi cometido, he de decir que el señor Barring había muerto. Su fallecimiento se había producido cuatro días antes de mi conversación con el señor Conway. Decidí visitarle e informarle de la desaparición

de nuestro común amigo, mostrándole la carta que así lo comunicaba. Le afectó de tal modo que resultaba imposible dudar de sus sentimientos.

»-Parece increíble -dijo, tras un momento de reflexión-. Debí confundir a otra persona con Barring y aquel frío gesto no pudo ser otra cosa que la contestación que un desconocido hacía a mi saludo. A decir verdad, recuerdo que aquel individuo, a diferencia de Barring, no llevaba bigote.

»-Sin duda era otro hombre -asentí-, y no volvimos a mencionar el asunto. Pero yo guardaba en el bolsillo una fotografía de Barring que su viuda me había enviado en la carta: había sido tomada una semana antes de su muerte y en ella Barring no llevaba bigote.

UN TELEGRAMA

En el verano de 1896 el señor William Holt, un industrial rico de Chicago, estaba pasando una temporada en una pequeña ciudad en el centro del estado de Nueva York, cuyo nombre no recuerdo. Holt había tenido «problemas

conyugales» que habían conducido a su separación un año antes. Si aquello fue algo más serio que «incompatibilidad de caracteres», él es el único que lo sabe, pues no es hombre al que le guste hacer confidencias. Sin embargo, sí contó el incidente aquí registrado al menos a una persona, sin exigirle compromiso de silencio alguno. El señor Holt reside actualmente en Europa.

Una tarde salió de casa de su hermano, en donde estaba residiendo, con la intención de dar un paseo por el campo. Hay que suponer (cualquiera que sea el valor de la suposición en relación con lo que se dice que ocurrió) que su mente debía estar ocupada en reflexiones sobre su infelicidad conyugal y los cambios

que ello había producido en su vida. De cualquier modo, fueran cuales fueran sus pensamientos, estaba tan absorto en ellos que no re-

paró en el paso del tiempo ni en la dirección que llevaban sus pasos: sólo sabía que había traspasado los límites de la ciudad y que se encontraba en alguna comarca siguiendo una carretera que no se parecía en nada a la que había tomado al salir de la ciudad. En resumen, se había perdido.

Al darse cuenta de la situación, sonrió: el centro del estado de Nueva York no es una región peligrosa ni tampoco una zona por la que se pueda andar extraviado mucho tiempo. Dio media vuelta y volvió por donde había venido. Al cabo de un rato observó que el paisaje se tornaba más nítido, más reluciente. Todo parecía cubierto por un suave resplandor rojizo que hacía que su sombra se proyectara delante de él, sobre la carretera. «La luna está saliendo», se dijo. Entonces recordó que era época de luna nueva y que, aunque ese globo ju-

guetón estuviera en uno de sus momentos de visibilidad, ya debería haberse puesto hacía tiempo. Se detuvo y empezó a buscar la fuente de aquel fulgor que se extendía con tanta rapidez. Al moverse, su sombra giró y volvió a aparecer sobre la carretera, delante de él. La luz seguía a su espalda, lo que le resultó sorprendente e incomprensible. Dio media vuelta varias veces, con la mirada puesta en cada punto del horizonte: la sombra estaba siempre delante y el resplandor, «un resplandor inmóvil, de un rojo terrible», detrás.

Holt estaba asombrado -«pasmado» es la palabra que empleó- aunque parecía conservar una cierta sensatez curiosa. Para comprobar la intensidad de aquel fenómeno cuya naturaleza y origen desconocía, se quitó el reloj e intentó distinguir los números de la esfera. Se veían con claridad y las agujas señalaban las once y veinticinco. En aquel instante la luz misteriosa emitió un intenso destello, casi cegador, y todo

el cielo enrojeció; las estrellas se apagaron y su

desfigurada sombra salió disparada por el paisaje. Junto a él, aunque a un nivel considerablemente más elevado, estaba la figura de su mujer que, en camisón, abrazaba a su hijo contra el pecho. Le miraba con una expresión que, como más tarde reconocería, era incapaz de describir, pues no parecía de este mundo.

El destello momentáneo fue seguido por una repentina oscuridad en la que aún se podía distinguir la aparición blanca e inmóvil; luego, desapareció lentamente como ocurre con las imágenes que permanecen en la retina después de cerrar los ojos. Más adelante, el señor Holt recordaría algo que apenas había advertido en aquel momento: sólo pudo ver la mitad superior de la figura.

La oscuridad no era absoluta, pues todos los objetos que le rodeaban se fueron haciendo vi-

sibles gradualmente.

Al amanecer, Holt vio que estaba entrando en la ciudad por el camino opuesto al que había seguido para salir. Llegó a casa de su her-

mano, que apenas le reconoció, con los ojos hinchados por no haber dormido, y grises como los de las ratas. Con gran incoherencia, relató lo que le había ocurrido.

-Vete a la cama -le dijo su hermano-, y espera. Ya hablaremos de esto.

Una hora más tarde llegó el telegrama predestinado: la casa de Holt, situada en un barrio residencial de Chicago, había sido destruida por un incendio. Su mujer, cercada por las llamas, se encaramó en una de las ventanas superiores, con su hijo en brazos. Allí permaneció un rato, inmóvil y aturdida. Cuando los bomberos se acercaban con la escalera, el suelo cedió y no se la volvió a ver.

En el momento en que este horror alcanzaba su punto culminante eran las once y veinticinco.

UNA DETENCIÓN

Orrin Brower, de Kentucky, huyó de la justicia tras haber asesinado a su cuñado. Una noche, después de golpear al carcelero con una barra de hierro y robarle las llaves, abrió la puerta y se escapó de la cárcel del condado, donde le habían encerrado en espera de juicio. Como el carcelero no llevaba armas, no pudo conseguir nada con lo que defender su recobrada libertad. Una vez fuera de la ciudad, cometió la locura de internarse en el bosque. Esto ocurrió hace muchos años, cuando la región era más frondosa que en la actualidad. La noche era cerrada, sin luna ni estrellas, y como no vivía por allí ni conocía la zona, no tardó mucho en perderse. No sabía si se aleja-

ba o se acercaba a la ciudad -algo fundamental en su situación. En cualquier caso, era consciente de que una partida de ciudadanos con una jauría de perros estaría pronto tras su pista y que sus posibilidades de escapar eran mínimas. Pero aun así no tenía la intención de

colaborar en su propia captura: una hora más de libertad merecía la pena.

Al salir del bosque se encontró de repente en una vieja carretera. Ante él vislumbró la figura de un hombre inmóvil en la oscuridad. No podía retroceder: sentía que al menor movimiento de retirada, según explicaría después, «le llenaría de plomo.» Los dos permanecieron rígidos como palos; a Brower casi se le salía el corazón por la boca; del otro, nunca se supieron sus emociones.

Al cabo de un momento, que podría haber sido una hora, la luna apareció en un claro del

cielo y el fugitivo vio al representante de la ley levantar su arma y apuntar hacia él. Comprendió perfectamente y, tras dar media vuelta, comenzó a caminar sumisamente en la dirección que le indicaban, sin atreverse a mirar ni a derecha ni a izquierda. Le daba miedo hasta respirar, pues no quería ver su cabeza llena de perdigones.

Brower era un criminal tan valiente como

cualquiera de los que van a la horca; esto se deducía de las condiciones extremadamente peligrosas en las que había asesinado fríamente a su cuñado. No tiene sentido alguno relatarlas aquí, pero cuando salieron a relucir en el juicio, la revelación de la calma que había demostrado en dichas circunstancias casi le salva el pescuezo. En fin, qué se le va a hacer: cuando un hombre valiente es vencido, no le queda otra solución que rendirse.

Continuaron su camino hacia la cárcel siguiendo la vieja carretera a través de los bosques. Una sola vez se arriesgó a volver la cabeza: cuando pasaba a través de una sombra y sabía que el otro estaba recibiendo la luz de la luna. El que le había capturado era Burton Duff, el carcelero. Estaba pálido como la muerte y tenía una ostensible marca sobre la ceja, producida por el golpe con la barra de hierro. Orrin Brower no volvió a expresar su curiosidad.

Al final llegaron a la ciudad que, aunque

iluminada, estaba desierta. En las casas sólo quedaban las mujeres y los niños. El criminal se dirigió hacia la cárcel. Cuando llegó a la entrada principal, puso su mano sobre el picaporte de la pesada puerta de hierro y la abrió: frente a él había media docena de hombres armados. Entonces se dio la vuelta: no había

nadie tras él.

En el pasillo, sobre una mesa, yacía el cuerpo
sin vida de Burton Duff.

HISTORIAS DE FANTASMAS

ALGUNAS CASAS EMBRUJADAS

LAS ISLA DE LOS PINOS

Durante muchos años, cerca de la ciudad de

Gallipolis, Ohio, vivió un anciano llamado Herman Deluse. Poco se sabía de su vida, porque él no quería ni hablar de ella ni aguantar a los demás. Era creencia extendida entre sus vecinos que había sido pirata, aunque nadie sabía si ello se debía a que no existían más pruebas que su colección de garfios de abordaje, sus alfanjes y sus viejas pistolas de serpentin. Vivía completamente solo en una pequeña casa de cuatro habitaciones que se desmoronaba a pasos agigantados y en la que no se realizaba más reparación que la que exigían las condiciones meteorológicas. Se elevaba en medio de un gran pedregal cubierto de zarzamoras, con unas, cuantas parcelas cultivadas del modo más primitivo. Ésas eran sus únicas propiedades visibles, suficientes para vivir, pues sus necesidades eran pocas y elementales. Siempre disponía de dinero contante y sonante, y todas las compras que hacía en las

tiendas de la plaza del pueblo las pagaba en efectivo, sin comprar más de dos o tres veces en el mismo sitio hasta que había pasado un lapso considerable de tiempo. Sin embargo, esta distribución tan equitativa de su patrimonio no recibía ningún elogio; la gente la consideraba un intento ineficaz de ocultar su riqueza. Que el anciano guardaba enterrada en algún lugar de su destartalada vivienda una enorme cantidad de oro adquirido de forma deshonrosa, era algo que ninguna persona sincera, al tanto de los hechos de la tradición local y con un sentido de la proporción de las cosas, podía poner en duda sensatamente.

El 9 de noviembre de 1867, el anciano murió; al menos su cadáver fue descubierto al día siguiente, y los médicos testificaron que la muerte había ocurrido en las veinticuatro horas precedentes. Cómo, es algo que no supieron decir, pues la autopsia mostraba que todos

los órganos estaban sanos, sin ningún indicio de anomalía o violencia. En su opinión, la

muerte debía haber tenido lugar al mediodía, ya que el cuerpo estaba en la cama. El veredicto judicial fue que aquel hombre «había encontrado la muerte por un castigo de Dios». El cuerpo fue enterrado y el administrador público se hizo cargo de la herencia.

Una investigación rigurosa no reveló nada nuevo acerca de aquel hombre muerto, y gran parte de las excavaciones llevadas a cabo en sus propiedades, aquí y allá, por sus solícitos y ahorradores vecinos, no dieron ningún fruto.

El administrador cerró la casa hasta el momento en que los bienes, raíces y personales, fueran a ser vendidos de acuerdo con la ley, con vistas a sufragar en parte los gastos de tal venta.

La noche del 20 de noviembre fue borrasco-

sa. Un tremendo vendaval sacudió los campos, azotándolos con una desoladora ventisca de nieve. Enormes árboles fueron arrancados de raíz y arrojados sobre los caminos. Nunca se había conocido en toda aquella región una

noche tan tormentosa, aunque a la mañana siguiente el vendaval había amainado y amaneció un día claro y soleado. Hacia las ocho de la mañana, el reverendo Henry Galbraith, un conocido y muy estimado pastor luterano, llegó andando a su casa, que estaba a milla y media de la casa de Deluse. Mr. Galbraith venía de pasar un mes en Cincinnati. Había subido por el río en un vapor y, después de desembarcar en Gallipolis la tarde anterior, había conseguido una calesa y se había puesto en camino hacia su casa. La violencia de la tormenta le había retrasado toda la noche y por la mañana los árboles caídos le habían obligado a aban-

donar su medio de transporte y continuar el viaje a pie.

—Pero ¿dónde has pasado la noche? —le preguntó su esposa, una vez que había relatado su aventura brevemente.

—Con el viejo Deluse en la «Isla de los Pi-

nos»¹⁰ —fue su alegre respuesta—, y resultó bastante triste. No puso ninguna objeción a que me quedara, pero no conseguí que dijera una palabra en toda la noche.

Afortunadamente, y en interés de la verdad, estaba presente en la conversación Mr. Robert Mosely Maten, abogado y *littérateur* de Columbus, que era el autor de los deliciosos *Mellowcraft Papers*. Advirtiendo, aunque sin compartirlo, el asombro causado por la respuesta de Mr. Galbraith, este individuo ingenioso refrenó con un gesto las exclamaciones que naturalmente se habrían producido, y con voz

tranquila preguntó:

–¿Cómo consiguió entrar allí?

Ésta es la versión que Mr. Maren dio de la respuesta de Mr. Galbraith:

–Vi una luz que se movía en el interior de la casa, y como no podía ver casi nada a causa de

10 La Isla de los Pinos fue en tiempos un famoso nido de piratas.

la nieve y, además, estaba medio congelado, me dirigí hacia la entrada y dejé mi caballo en el viejo establo, donde permanece todavía. Entonces llamé a la puerta. Al no recibir respuesta, entré. La habitación estaba a oscuras, pero tenía cerillas; encontré una vela y la encendí. Intenté entrar en la habitación de al lado, pero la puerta estaba atascada. El viejo no respondía a mis llamadas, aunque yo oía sus fuertes pisadas en el interior. No había fuego en la

chimenea, de modo que hice uno, me eché en el suelo (*sic*) delante de él, apoyé la cabeza sobre el abrigo y me dispuse a dormir. Unos instantes después, la puerta que había intentado abrir cedió lentamente y el viejo entró con una vela en la mano. Me dirigí a él en tono amable, pidiéndole excusas por mi intromisión, pero no me prestó atención alguna. Parecía buscar algo, aunque sus ojos estaban inmóviles en sus órbitas. Tal vez andaba en sueños. Hizo un recorrido alrededor de la habitación y se fue de la misma manera que había entrado. Regresó a

la habitación dos veces más antes de que me durmiera, actuando exactamente del mismo modo, y marchándose de nuevo como la primera vez. En los intervalos le oí deambular por la casa, pues sus pisadas resultaban claramente perceptibles cuando la tormenta aflojaba. Al despertar por la mañana ya se había

ido.

Mr. Maren intentó hacer unas cuantas preguntas más, pero fue imposible contener las lenguas de los familiares por más tiempo. La historia de la muerte de Deluse y su posterior entierro salieron a la luz, con gran asombro por parte del buen pastor.

—La explicación de su aventura es muy sencilla —dijo Mr. Maren—. No creo que el viejo Deluse ande en sueños, al menos no en el actual; evidentemente, quien soñó fue usted.

Mr. Galbraith, considerado así el asunto, se vio obligado a asentir a regañadientes.

A pesar de todo, a última hora del día siguiente estos dos caballeros se encontraban, en

compañía de un hijo del pastor, en el camino que hay delante de la casa del viejo Deluse.

Allí dentro había luz; aparecía ora en una ventana, ora en otra. Los tres hombres avanzaron

hacia la puerta. Al llegar a ella, del interior surgió una barahúnda de ruidos aterradores: un rechinar de espadas, de acero contra acero, acompañado de fuertes explosiones, como las de las armas de fuego, de gritos de mujeres, de maldiciones y gemidos lanzados por hombres en combate. Los investigadores se quedaron inmóviles por un momento, indecisos, asustados. Después, Mr. Galbraith probó a abrir la puerta. Estaba atrancada. Pero el pastor era un hombre valiente, un hombre, además, con una fuerza hercúlea. Retrocedió uno o dos pasos, se lanzó contra la puerta y, asestándole un golpe con el hombro derecho, la arrancó de su marco con un sonoro zambombazo. En un instante los tres hombres estaban en el interior. ¡Todo era oscuridad y silencio! No se oía más que el latido de sus corazones.

Mr. Maren se había provisto de fósforos y de

una vela. Con cierta dificultad, causada por la emoción, consiguió alumbrar una luz con la que procedieron a explorar el lugar, recorriendo habitación por habitación. Todo se encontraba en perfecto orden, tal y como había sido dejado por el sheriff; nada había sido alterado. Una ligera capa de polvo cubría los objetos. La puerta trasera aparecía entreabierta, como por descuido, por lo que su primera idea fue que los autores de aquel terrible tumulto habían conseguido escapar. Abrieron la puerta del todo y la luz de la vela iluminó la superficie del exterior. El resultado ya concluido de la tormenta de la noche anterior había sido una somera capa de nieve. No había huella alguna. La blanca superficie estaba intacta. Entonces cerraron la puerta y se dirigieron hacia la última habitación de las cuatro que había en la casa, la más alejada, situada en una esquina del edificio. Al entrar en ella, la vela que Mr. Maten sostenía en la mano se apagó de repen-

te, como por una corriente de aire.

Inmediatamente se oyó un fuerte impacto contra el suelo. Una vez que la vela fue encendida de nuevo a toda prisa, se pudo ver al joven Mr. Galbraith postrado en el suelo, no muy lejos de donde se encontraban los otros. Estaba muerto. Con una mano, el cuerpo agarraba un pesado saco de monedas que, tras un posterior examen, resultaron proceder de la vieja ceca española. Sobre el cuerpo yacente descansaba un tablero que había sido arrancado de sus sujeciones a la pared, y resultaba evidente que el saco había salido del hueco que allí quedaba.

Se llevó a cabo otra investigación judicial: la nueva autopsia tampoco consiguió revelar en esta ocasión las causas de la muerte. Una vez más, el veredicto de «castigo de Dios» dejó a todos la libertad de sacar sus propias conclu-

siones. Mr. Maten sostuvo que el joven Galbraith murió a causa de la emoción.

UNA TAREA INFRUCTUOSA

Henry Saylor, que resultó muerto en Covington durante una discusión con Antonio Finch, fue un reportero del *Commercial* de Cincinnati.

En 1859, una vivienda deshabitada de la calle Vine, en Cincinnati, se convirtió en centro de la inquietud local a causa de las extrañas visiones y sonidos que, según decían, podían observarse en ella por las noches. De acuerdo con el testimonio de muchos vecinos respetables, dichos fenómenos no concordaban más que con la hipótesis de que la casa estaba encantada. La multitud podía ver desde la acera cómo unas extrañas figuras entraban y salían del local. Nadie sabía decir exactamente en qué lugar del césped, desde el que se dirigían hacia la puerta principal, aparecían, ni por qué pun-

to desaparecían al salir. Y, lo que es más, aunque cada espectador por separado estaba completamente seguro de esos acontecimientos, no había dos que coincidieran. Todos variaban en sus descripciones de las figuras. Algunos de

los más osados elementos de aquella muchedumbre curiosa se aventuraron varias tardes a situarse en los escalones de entrada para impedirles el paso o, si no lo conseguían, para verles mejor. Estos valerosos individuos, según se decía, eran incapaces de derribar la puerta uniendo sus fuerzas y siempre resultaban arrojados de los escalones por un impulso invisible, gravemente heridos. Inmediatamente después, la puerta se abría, al parecer por sí sola, dejando entrar o salir a algún invitado fantasmal. Aquel local era conocido como la casa Roscoe, en la que durante algunos años había vivido una familia de tal nombre, cuyos

miembros habían desaparecido uno tras otro, siendo una anciana la última en abandonar la casa. Las historias sobre acontecimientos horribles y asesinatos sucesivos habían abundado siempre, pero nunca se había comprobado su autenticidad.

En uno de aquellos días en que la agitación predominaba, Saylor se presentó en la redac-

ción del *Commercial* para recibir instrucciones.

Se le entregó una nota del directo; que decía lo siguiente: «Vaya a pasar la noche solo en la casa encantada de la calle Vine y si ocurre algo interesante redacte dos columnas.» Saylor obedeció a su superior: no podía permitirse el lujo de perder su puesto en el periódico.

Después de informar a la policía de sus intenciones, se introdujo en la casa por una ventana trasera antes del anochecer, recorrió las habitaciones desiertas, sin muebles, cubiertas

de polvo y desoladas y, sentado en el salón sobre un viejo sofá que había llevado arrastrando desde otra habitación, observó cómo la oscuridad se imponía a medida que avanzaba la noche. Antes de que todo estuviera a oscuras, en la calle se congregó, como siempre, una multitud curiosa, silenciosa y expectante, en la que algún que otro bromista hacía gala de su incredulidad y valentía profiriendo comentarios desdeñosos o gritos obscenos. Nadie tenía conocimiento del ambicioso observador del in-

terior. No se atrevía ni a encender un fósforo; las ventanas sin cortinas habrían revelado su presencia, sometiéndole al insulto y posiblemente a los golpes. Además, era demasiado concienzudo para hacer algo que pudiera debilitar sus impresiones o alterar cualquiera de las condiciones acostumbradas en las que se decía que se producían los hechos.

Había caído la noche, aunque la luz de la calle iluminaba parte de la habitación en la que se encontraba. Saylor había abierto todas las puertas del interior, las de arriba y las de abajo, pero las de fuera estaban cerradas y atrancadas. Unas repentinas exclamaciones de la muchedumbre le impulsaron a acercarse a una ventana y asomarse. Entonces vio la figura de un hombre que atravesaba el césped a toda prisa y se dirigía hacia el edificio. Le vio subir los escalones. Después quedó oculto por un saliente de la pared. Hubo un ruido, como si abrieran y cerraran la puerta del recibidor; oyó unas pisadas firmes y rápidas en el pasillo, por

las escaleras y, finalmente, en la habitación sin alfombras que había inmediatamente encima de su cabeza.

Saylor sacó decididamente su pistola y, tras subir a tientas por las escaleras, entró en aque-

lla habitación, débilmente iluminada desde la calle. Allí no había nadie. Entonces oyó pisadas en la habitación de al lado y entró en ella. Todo estaba oscuro y en silencio. Con el pie golpeó un objeto que había en el suelo; se arrodilló y lo tocó con la mano. Era una cabeza humana, de mujer. Tras agarrarla por los cabellos, aquel tipo de nervios de acero regresó a la habitación de abajo y acercó la cabeza a la ventana para examinarla atentamente. Mientras se dedicaba a ello, fue consciente del rápido abrir y cerrar de la puerta de entrada y de las pisadas que se oían a su alrededor. Al apartar la vista de aquel objeto fantasmal, se encontró rodeado por una multitud de hombres y mujeres a los que apenas podía ver; la habitación estaba inundada de ellos. Entonces creyó que la

gente había entrado.

—Señoras y caballeros —dijo con serenidad—:

ustedes me están viendo en unas circunstancias sospechosas, pero...

En ese momento su voz fue ahogada por unas carcajadas: unas carcajadas como las que se oyen en los manicomios. Las personas que se encontraban a su alrededor señalaban al objeto que tenía en la mano y su alborozo aumentó cuando Saylor lo dejó caer y fue rodando por entre sus pies. Entonces comenzaron a bailar alrededor de aquella cabeza con gestos grotescos y actitudes obscenas e indescriptibles. Le dieron patadas enviándola de un lado a otro de la habitación, y en su afán de golpearla, se empujaban y derribaban los unos a los otros. Maldecían, gritaban y cantaban fragmentos de canciones indecentes, mientras la maltratada cabeza iba dando saltos de acá para allá como si estuviera aterrorizada y quisiera escapar. Finalmente salió disparada por la puerta hacia el recibidor, seguida por todos los

demás, dando lugar a una precipitación tumultuosa. En aquel momento la puerta se cerró con un fuerte golpe y Saylor se quedó solo en medio de un silencio sepulcral.

Guardó con cuidado la pistola, que había estado en sus manos todo el rato, y se dirigió a la ventana para asomarse. La calle estaba desierta y en silencio. Las luces se habían apagado.

Los tejados y las chimeneas de las casas se recortaban nítidamente en el Este a la luz del amanecer. Salió de la casa (la puerta cedió con facilidad a su empuje) y se encaminó hacia la redacción del *Comercial*. El director estaba todavía en su despacho, dormido. Saylor le despertó y dijo:

—Vengo de la casa encantada.

El director le miró sin comprender, como si aún estuviera dormido.

—¡Dios mío! —exclamó—, pero ¿eres tú, Saylor?

—Claro, ¿por qué no?

El director no respondió, y siguió mirándole.

–Pasé la noche allí..., según parece –añadió

Saylor.

–Dicen que las cosas estuvieron extraordinariamente tranquilas ahí fuera –señaló el director jugueteando con un pisapapeles sobre el que había posado la vista–, ¿ocurrió algo?

–Nada en absoluto.

UNA PARRA SOBRE UNA CASA

A unas tres millas de la pequeña ciudad de Norton, en Missouri, en el camino que lleva a Maysville, se levanta una vieja casa que fue habitada por última vez por una familia llamada Harding. Desde 1886 no ha vivido nadie allí, y no es probable que nadie vuelva a hacerlo. El tiempo y la condena de los que por allí habitan la están convirtiendo en una ruina

bastante pintoresca. Un observador no familiarizado con su historia ni siquiera la incluiría en la categoría de «casas encantadas»; y sin embargo ésa es la reputación de que goza en la región que la rodea. Las ventanas no tienen cristales, y no hay puertas en las entradas. Hay grandes grietas en el tejado de madera y los tablones son de un color gris pardo por falta de pintura. Pero estos indefectibles signos de lo sobrenatural están ocultos en parte y bastante suavizados por el abundante follaje de una enorme parra que recorre toda la estructura. Esta parra, de una especie que ningún

botánico ha conseguido nombrar, desempeña un papel importante en la historia de la casa.

La familia Harding estaba formada por Robert Harding, su esposa Matilda, Miss Julia Went, hermana de aquélla, y dos niños. Robert Harding era un hombre callado, de costum-

bres reservadas, sin amigos en la vecindad y, al parecer, sin intención de hacerlos. Tenía unos cuarenta años, era comedido y diligente, y se ganaba la vida con una pequeña granja, actualmente cubierta de maleza y de zarzamosas. Él y su cuñada eran bastante criticados por sus vecinos, a quienes les parecía que andaban demasiado tiempo juntos. El vecindario no era culpable del todo, porque en aquellos momentos ninguno de los dos refutaba tal observación. El código moral de los campos de Missouri es rígido y severo.

Mrs. Harding era una mujer amable y de aspecto triste, a la que le faltaba el pie izquierdo. Un cierto día de 1884 se supo que había ido a Iowa a visitar a su madre. Esto era lo que su

marido contestaba cuando se le preguntaba, y su forma de decirlo no suponía ningún estímulo para seguir preguntando. Mrs. Harding

nunca regresó, y dos años más tarde, sin vender la granja o alguna de sus posesiones, ni nombrar un agente que se encargara de sus intereses o se llevara sus enseres domésticos, Harding abandonó la casa con el resto de la familia. Nadie supo dónde había ido; ni a nadie le preocupaba en aquella época. Naturalmente, todos los objetos móviles de la casa desaparecieron enseguida y la casa abandonada se convirtió en «encantada» a su manera.

Una tarde estival, cuatro o cinco años después, el reverendo J. Gruber, de Norton, y un abogado llamado Hyatt se encontraron a caballo delante de la casa de Harding. Como tenían negocios que discutir ataron los animales y se dirigieron hacia la casa, en cuyo porche se sentaron a charlar. Hicieron algún comentario jocoso sobre la misteriosa reputación de la casa, pero la olvidaron enseguida y se pusieron a

hablar de sus asuntos hasta que se hizo casi de noche. Hacía un calor agobiante y no se movía una mota de aire.

En ese momento los dos hombres, sorprendidos, se pusieron en pie de un salto: una larga parra, que cubría la mitad de la fachada de la casa y cuyas ramas colgaban del borde superior del porche, se agitaba de un modo que resultaba visible y audible, sacudiendo violentamente el tallo y todas las hojas.

—Vamos a tener tormenta —comentó Hyatt.

Gruber, sin decir nada, dirigió la atención de Hyatt hacia el follaje de los árboles cercanos, que no se movían; hasta los débiles extremos de las ramas que destacaban sobre el cielo claro estaban inmóviles. Rápidamente, bajaron los escalones que llevaban a lo que había sido una pequeña pradera de césped y dirigieron la vista hacia arriba, hacia la parra, cuya total longitud era ahora visible. Seguía agitándose violentamente, pero no podían comprender la

causa de tal trastorno.

–Marchémonos –dijo el pastor.

Y eso hicieron. Olvidaron que habían venido en direcciones opuestas y se marcharon juntos. Llegaron a Norton, donde contaron su extraña experiencia a varios amigos discretos. Al día siguiente por la tarde, más o menos a la misma hora, acompañados por otras dos personas cuyos nombres no se recuerda, se encontraban de nuevo en el porche de la casa Harding y el fenómeno se produjo una vez más: la parra se agitaba violentamente, como demostró un cuidadoso examen, desde la raíz hasta la punta, y ni siquiera uniendo sus fuerzas sobre el tronco consiguieron calmarla. Después de estar observándola durante una hora, se retiraron, no menos inteligentes, según se cree, que cuando habían llegado.

No hizo falta mucho tiempo para que estos

hechos singulares provocaran la curiosidad de toda la vecindad. De día y de noche, multitud de personas se congregaban en la casa Harding «buscando alguna señal». No parece pro-

bable que alguien la encontrara, aunque los testimonios mencionados resultaban tan creíbles que nadie puso en duda la realidad de las «manifestaciones» de las que ellos daban fe.

Ya fuera por una feliz inspiración o por un afán destructivo, un día se propuso (nadie parecía saber de quién partió la idea) arrancar la parra y, tras un caluroso debate, así se hizo. Sólo se encontró la raíz y, sin embargo, nada podría haber resultado más extraño.

Desde el tronco, que tenía en la superficie un diámetro de varias pulgadas, la raíz se hundía, sencilla y recta, unos cinco o seis pies en un terreno suelto y friable; después se dividía y subdividía en raicillas, fibras y filamentos, en-

trelazados de un modo extraño. Una vez que se les hubo sacado cuidadosamente del suelo, mostraron una disposición singular. Sus ramificaciones y plegamientos sobre sí mismas formaban una red compacta, que recordaba sorprendentemente en su forma y tamaño a una figura humana. Allí estaban la cabeza, el

tronco y las extremidades; hasta los dedos de los pies y manos aparecían claramente definidos. Muchos afirmaban ver en la distribución y disposición de las fibras de la masa globular que formaba la cabeza la insinuación grotesca de un rostro. La figura era horizontal; las raíces más pequeñas habían comenzado a unirse a la altura del pecho.

En su parecido con una forma humana, la imagen era sin embargo imperfecta. A unas diez pulgadas de una de las rodillas, los *cilia* que formaban aquella pierna se doblaban

bruscamente hacia atrás y hacia dentro sobre la línea de crecimiento. A la figura le faltaba el pie izquierdo.

No había más que una conclusión, la única posible. Pero, debido a la emoción subsiguiente, se propusieron tantas formas de proceder como número de consejeros incapaces había.

El asunto fue resuelto por el sheriff del condado que, en su condición de custodio legal de la hacienda abandonada, ordenó que se volviera

a colocar la raíz en su sitio y se la cubriera con la tierra que había sido extraída.

Una posterior investigación sacó a la luz un único hecho importante y significativo: Mrs. Harding nunca había visitado a sus parientes de Iowa, ni ellos tenían noticia de que fuera a hacer tal cosa.

De Robert Harding y del resto de la familia no se ha vuelto a saber nada. La casa conserva

su reputación funesta, aunque la parra que se volvió a plantar sea un vegetal metódico y formal, debajo del cual le gustaría sentarse a una persona nerviosa en una noche tranquila, cuando las chicharras hacen rechinar su revelación inmemorial y el lejano chotacabras expresa su idea de lo que debería hacerse con ella.

EN CASA DEL VIEJO ECKERT

Philip Eckert vivió durante muchos años en una vieja casa de madera ennegrecida por las inclemencias del tiempo, que se encontraba a unas tres millas de la pequeña ciudad de Marion, en Vermont. Aún deben de quedar vivas algunas personas que le recuerden (confío en que no de un modo desagradable) y sepan algo de la historia que voy a contar.

«El viejo Eckert», como todos le llamaban, no tenía un temperamento muy sociable y vivía

solo. Al no haberle oído hablar nunca de sus propios asuntos, nadie en los contornos sabía nada acerca de su pasado ni de sus parientes, si es que los tenía. Sin resultar especialmente grosero ni desdeñoso en sus maneras o en sus palabras, conseguía ser inmune a una curiosidad impertinente, aunque libre de la mala fama con la que normalmente aquélla suele vengarse cuando se la desconcierta; por lo que yo sé, el renombre de Mr. Eckert como asesino reformado o como pirata retirado del Caribe

no había llegado a oídos de nadie en Marion. Su medio de vida era el cultivo de una pequeña granja, no muy productiva.

—Un día desapareció, y la búsqueda prolongada de sus vecinos no consiguió encontrarle ni arrojó luz alguna sobre su paradero o las razones de su desaparición. Nada indicaba que hubiera hecho preparativos para la mar-

cha: todo estaba como podría haberlo dejado para ir a la fuente a llenar un cubo de agua. Durante algunas semanas poco más se habló de ello en la región; después, «el viejo Eckert» se convirtió en un relato local para los oídos de los forasteros. Desconozco lo que se hizo con sus propiedades; sin duda, lo correcto, lo que la ley mandara. La casa seguía allí, todavía vacía y en condiciones muy deterioradas, cuando oí hablar de ella por última vez, unos veinte años más tarde.

Desde luego, llegó a considerarse que estaba «encantada», y se contaban las acostumbradas historias de luces que se movían, sonidos las-

timeros y apariciones asombrosas. En cierto momento, unos cinco años después de la desaparición, estos relatos de tinte sobrenatural llegaron a ser tan abundantes, o por algunas circunstancias que los confirmaban parecieron

tan importantes, que algunos de los ciudadanos más serios de Marion creyeron conveniente investigar y organizaron a tal fin una reunión nocturna en el local. Los interesados en esta empresa eran: John Holcomb, boticario; Wilson Merle, abogado; y Andrus C. Palmer, maestro de la escuela pública. Todos ellos hombres de importancia y reputación. Su intención era reunirse en casa de Holcomb a las ocho de la tarde del día fijado y dirigirse juntos al escenario de su vigilia, donde se habían hecho algunos preparativos para su comodidad, como un abastecimiento de leña y similares, pues era invierno.

Palmer faltó a la cita, y tras media hora de espera los otros dos se marcharon a la casa de Eckert sin él. Se acomodaron en la habitación

principal, donde encendieron un fuego vivo y, sin más luz que la que él producía, se dispu-

sieron a esperar los acontecimientos. Se había acordado hablar lo menos posible: ni siquiera volvieron a intercambiar opiniones sobre la deserción de Palmer, tema que había ocupado sus mentes en el camino.

Debía de haber pasado una hora sin que se produjera incidente alguno, cuando escucharon (no sin emoción, desde luego) el ruido de una puerta que se abría en la parte posterior de la casa, seguido por el de unas pisadas en la habitación contigua a aquella en la que se encontraban. Los investigadores se pusieron en pie y se prepararon para lo que pudiera ocurrir sin hacer movimiento alguno. Hubo un largo silencio, aunque ninguno de los dos supo luego definir lo que duró. Entonces la puerta que conectaba las dos habitaciones se abrió y entró un hombre.

Era Palmer. Estaba pálido, como asustado; tan pálido como se habían quedado los otros

dos. Su actitud era también singularmente distraída: no respondió a sus saludos ni les dirigió la mirada, sino que cruzó despacio la habitación a la luz del fuego agonizante y, tras abrir la puerta principal, se perdió en la oscuridad.

Parece que la primera explicación que se les ocurrió a ambos era que Palmer había sufrido un fuerte susto por algo que había visto, oído o imaginado en la habitación trasera, que le había privado de los sentidos. Impulsados por el mismo sentimiento de amistad echaron a correr tras él. ¡Pero ni ellos ni ninguna otra persona volvió a ver o a saber de Andrus Palmer!

Esto fue lo que se descubrió a la mañana siguiente. Durante la reunión de los señores Holcomb y Merle en la «casa encantada» había caído una capa de nieve limpia de varias pulgadas de espesor sobre la antigua, ya sucia. Se

podían apreciar en ella las huellas de Palmer desde su casa en el pueblo hasta la puerta

trasera de la casa de Eckert. Pero allí terminaban: a partir de la puerta principal no había más marcas que las dejadas por los dos hombres que juraban ir detrás de Palmer. La desaparición de Palmer fue tan completa como la del propio «viejo Eckert», a quien, como era de esperar, el director de un periódico acusó muy gráficamente de haber «alargado la mano y habérselo llevado».

LA CASA ESPECTRAL

En la carretera que va desde Manchester, al Este de Kentucky, hacia el Norte, a Booneville, que se encuentra a veinte millas, había en 1862 una plantación con una casa de madera, en cierto modo de mejor calidad que la mayoría

de las viviendas de la región. Al año siguiente la casa fue destruida por el fuego causado probablemente por unos rezagados de las columnas del General George W. Morgan, que se retiraban hacia el río Ohio después de ser expulsados del desfiladero de Cumberland por el General Kirby Smith. En el momento de su destrucción llevaba deshabitada cuatro o cinco años. Los campos de alrededor estaban plagados de zarzamoras, sin vallas, y hasta las pocas viviendas de los negros, y el resto de los cobertizos en general, aparecían en parte en ruinas a causa del abandono y del pillaje. Porque los negros y los blancos pobres de la vecindad encontraban en el edificio y en las vallas un abundante suministro de combustible,

del que se aprovechaban sin dudar, abiertamente y a la luz del día. Y sólo de día; después de anochecer ningún ser humano, salvo los fo-

rasteros que por allí pasaban, se acercaba al lugar.

Se la conocía como la «Casa Espectral». Que en ella moraban espíritus malignos, visibles, audibles y activos, no era puesto en duda por nadie en aquella región, no más que lo que el predicador ambulante decía los domingos. La opinión del propietario a este respecto era desconocida; él y su familia habían desaparecido una noche y nunca se había encontrado rastro de ellos. Dejaron todo: los enseres domésticos, la ropa, las provisiones, los caballos en el establo, las *vacas* en el campo, los negros en sus viviendas; todo tal y como estaba. No faltaba nada, excepto un hombre, una mujer, tres niñas, un chico y un bebé. No era sorprendente en absoluto que una plantación en la que siete seres humanos podían desaparecer al mismo tiempo, y nadie se diera cuenta, re-

sultara sospechosa.

Una noche de junio, en 1859, dos ciudadanos de Frankfort, el coronel J.C. McArdle, abogado, y el juez Myron Veigh, de la Milicia Estatal, se trasladaban de Booneville a Manchester. Sus asuntos eran tan importantes que decidieron continuar el viaje a pesar de la oscuridad y del retumbar de una tormenta que se aproximaba, y que finalmente estalló sobre ellos cuando pasaban por delante de la «Casa Espectral». El relampagueo era tan incesante que encontraron sin dificultad el camino de entrada que llevaba a un cobertizo, donde ataron los caballos y les quitaron los arreos. Después, bajo la lluvia, se dirigieron hacia la casa y llamaron a todas las puertas sin recibir respuesta alguna. Atribuyéndolo al continuo tronar de la tormenta, decidieron empujar una puerta; ésta cedió. Entraron sin más ceremonia y la cerraron. En aquel momento se encontraron a oscuras y en silencio. Por las ventanas y grietas no

se veía ni un destello del resplandor de los in-

cesantes rayos; ni un murmullo del horrible tumulto exterior llegaba hasta ellos. Era como si se hubieran quedado ciegos y sordos de repente, y McArdle dijo más tarde que por un momento creyó haber sido alcanzado por un rayo cuando traspasaba el umbral. El resto de la aventura quedó relatado en sus propias palabras, en el *Advocate* de Frankfort del 6 de agosto de 1876:

«Cuando conseguí recuperarme del aturdimiento de la transición del tumulto al silencio, mi primer impulso fue volver a abrir la puerta que había cerrado, de cuyo pomo no era consciente de haber retirado la mano. Podía sentirlo claramente todavía entre los dedos. Mi idea era averiguar al salir de nuevo bajo la tormenta si había perdido la vista y el oído. Giré el pomo y abrí la puerta de un tirón. ¡Pero daba a

otra habitación!

»Esta estancia estaba inundada por una tenue luz verdosa, cuya fuente no pude determinar, que hacía que todo se viera con clari-

dad, aunque no de un modo definido. Digo todo, aunque en realidad los únicos objetos que había dentro de las desnudas paredes de piedra de aquella habitación eran cadáveres humanos. Eran unos ocho o diez (se podrá comprender fácilmente que no los contara.)

Sus edades y tamaños eran diversos, desde niños para arriba, y de ambos sexos. Todos estaban postrados en el suelo, salvo uno, el de una mujer joven sentada con la espalda apoyada en una esquina de la pared. Había otra mujer mayor que agarraba a un niño en sus brazos.

Un mozo de mediana edad yacía boca abajo entre las piernas de un hombre barbudo. Uno o dos estaban prácticamente desnudos, y en la

mano de una muchacha había un trozo de camisa que debía de haberse arrancado del pecho ella misma. Los cuerpos presentaban distintos grados de putrefacción, y todos ellos tenían la cara y la figura muy apergaminadas. Algunos eran poco más que esqueletos.

»Mientras observaba horrorizado el espanto-

so espectáculo, con el tirador de la puerta aún en la mano, por alguna perversión inexplicable mi atención se desvió de aquella horrible escena y pasó a ocuparse de detalles y pequeñeces. Tal vez mi mente, por un instinto de conservación, buscó alivio en asuntos que pudieran relajar su peligrosa tensión. Entre otras cosas, observé que la puerta que mantenía abierta estaba hecha de pesadas planchas de hierro, con remaches. Equidistantes unos de otros y de arriba abajo, tres fuertes cerrojos sobresalían del canto biselado. Di media vuelta

al pomo y se retiraron hasta quedar al nivel del borde; lo solté y salieron disparados. Tenía un sistema de muelles. Por dentro no había agarrador, ni ningún tipo de saliente, sólo una lisa superficie de hierro.

»Mientras advertía estas cosas con un interés y atención que ahora me asombra recordar, me sentí apartado bruscamente, y el juez Veigh, del que me había olvidado por completo debido a la intensidad y las vicisitudes de

mis impresiones, me empujó hacia el interior de la habitación.

»—¡Por Dios! —exclamé—. ¡No entre ahí!

¡Marchémonos de este horroroso lugar!

»Pero no hizo caso de mis ruegos, y (tan intrépido como cualquier caballero del Sur) se dirigió con rapidez hacia el centro de la habitación, se arrodilló junto a uno de los cuerpos para examinarlo con detenimiento y levantó

suavemente la arrugada y ennegrecida cabeza entre sus manos. Un olor fuerte y desagradable llegó hasta la puerta, apoderándose completamente de mí. Mis sentidos se trastornaron; noté que me derrumbaba y, al agarrarme al borde de la puerta para no caerme, se cerró con un chasquido.

»No recuerdo nada más. Seis semanas después recuperé la razón en un hotel de Manchester al que había sido llevado al día siguiente por unos extraños. Durante todo aquel tiempo había sufrido una fiebre nerviosa acompañada de un constante delirio. Me hab-

ían encontrado tirado en la carretera a varias millas de la casa; cómo había escapado de allí hasta llegar al camino es algo que nunca supe. Una vez repuesto, o tan pronto como los médicos me permitieron hablar, pregunté por el destino del juez Veigh, de quien (para tran-

quilizarme, según sé ahora) me decían que se encontraba bien y en casa.

»Nadie creyó una palabra de mi relato, pero ¿quién puede asombrarse? ¿Y quién podría imaginar mi tristeza cuando me enteré, al llegar a mi casa en Frankfort dos meses más tarde, de que no se sabía nada del juez Veigh desde aquella noche? Entonces lamenté amargamente el orgullo que me había impedido repetir mi increíble historia e insistir en su realidad, ya desde los primeros días que sucedieron a mi recuperación.

»Los lectores del *Advocate* ya están familiarizados con todo lo que ocurrió después: el examen de la casa, el fracaso en encontrar una habitación que correspondiera a la que yo hab-

ía descrito, el intento de declararme loco, y mi triunfo sobre mis acusadores. Después de todos estos años todavía considero que las exca-

vaciones que no tengo derecho legal de iniciar, ni la riqueza suficiente para llevar a cabo, revelarían el secreto de la desaparición de mi infeliz amigo, y posiblemente de los anteriores ocupantes y propietarios de la abandonada y hoy destruida casa. No desespero sin embargo de realizar tal búsqueda, y es una fuente de profunda tristeza para mí el que haya sido retrasada por la hostilidad inmerecida y la incredulidad imprudente de los familiares y amigos del fallecido juez Veigh.

El coronel McArdle murió en Frankfort el trece de diciembre de 1879.

LOS OTROS HUÉSPEDES

—Para coger ese tren —dijo el coronel Levering, sentado en el hotel Waldorf-Astoria— tendrá que pasar casi toda la noche en Atlanta.

Es una ciudad bonita, pero le aconsejo que no se aloje en el Breathitt House, uno de los hote-

les más importantes. Es un viejo edificio de madera que tiene una urgente necesidad de reparación. Hay grietas en las paredes por las que cabe un gato. Las habitaciones no tienen cerrojos en las puertas, ni más muebles que una simple silla y un somier sin ropa de cama, y sólo un colchón. Ni siquiera puedes estar seguro de disfrutar de estas escasas comodidades en exclusiva. Amigo, es un hotel de lo más abominable.

»La noche que pasé allí fue muy incómoda. Llegué tarde y fui conducido a una habitación del piso bajo por un portero de noche lleno de disculpas que, con gran consideración, me dejó la vela de sebo que llevaba. Dos días y una noche de duro viaje por ferrocarril me

habían agotado y todavía no me había recuperado totalmente de una herida de bala en la cabeza recibida en un altercado. En vez de

buscar un alojamiento mejor, me eché en el colchón sin quitarme la ropa y me dormí.

»Me desperté de madrugada. La luna había salido y brillaba a través de una ventana sin cortinas, iluminando la habitación con una suave luz azulada que producía un cierto efecto misterioso, aunque he de decir que su aparición no era inusual; la luz de la luna siempre es así si te fijas. ¡Imagina mi sorpresa e indignación cuando vi el suelo ocupado por al menos una docena más de huéspedes! Me incorporé maldiciendo con la mayor seriedad a la administración de aquel hotel increíble, y cuando estaba a punto de ponerme en pie para ir a montarle un lío al portero, el de las disculpas y la vela, hubo algo en aquella situación que me hizo sentir una extraña indisposición a moverme. Supongo que, como diría un escritor, me había quedado «helado por el terror».

¡Porque obviamente todos aquellos hombres estaban muertos!

»Yacían de espaldas, dispuestos ordenadamente en tres lados de la habitación, con los pies mirando a la pared; en el otro lado, el que quedaba, estaba mi cama y una silla. Tenían las caras cubiertas, pero debajo de aquellos paños blancos las características de los dos cuerpos que reposaban cerca de la ventana, sobre la mancha cuadrada de la luz de la luna, presentaban un perfil de nariz y barbilla afilado.

»Creía que se trataba de una pesadilla e intenté gritar, como se hace cuando uno tiene un mal sueño, pero no podía emitir sonido alguno. Por fin, haciendo un esfuerzo desesperado, me puse en pie, pasé entre las dos filas de rostros tapados y los dos cuerpos que había unto a la puerta y huí de aquel lugar infernal con dirección a la oficina. El portero estaba allí sentado, detrás de un escritorio, a la luz de

otra vela de sebo: sentado y mirando. Ni se le-

vantó: mi brusca irrupción no pareció producirle efecto alguno, aunque supongo que yo debía tener el aspecto de un verdadero cadáver. Entonces me di cuenta de que realmente antes no me había fijado bien en aquel tipo.

Era pequeño, con una cara descolorida y los ojos más blancos e inexpresivos que nunca he visto. No había en él más expresión que en el dorso de mi mano. Llevaba un traje de un surcio color gris.

»—¡Maldición! —exclamé— ¿Qué es lo que pretende?

»Pero daba lo mismo, estaba temblando como una hoja agitada por el viento y no reconocí mi propia voz.

»El portero se puso en pie, se inclinó (con aire de pedir perdón) y, bueno... desapareció; en aquel momento sentí por detrás que alguien

apoyaba su mano sobre mi hombro. ¡Imagínatelo si puedes! Con un miedo cerval, di media vuelta y me encontré con un caballero gordo, de cara agradable, que me preguntó:

»—¿Qué le sucede, amigo?

»No tardé mucho en decírselo, pero, antes de que terminara, él también se puso pálido.

»—Míreme —dijo—, ¿está usted diciendo la verdad?

»En ese momento yo ya había conseguido sobreponerme, y el terror había dejado paso a la indignación.

»—¡Si se atreve a dudarlo —le espeté— le machaco a golpes!

»—No —contestó—, no lo haga; siéntese y yo le contaré. Esto no es un hotel. Lo fue, y después un hospital. Ahora está deshabitado, a la espera de alguien que lo quiera alquilar. La habitación a la que usted se refiere era la habitación

de los muertos; allí siempre había muchos muertos. El tipo al que usted llama portero solía serlo, pero más tarde se encargaba de registrar a los pacientes que llegaban. No comprendo qué hace ahora aquí. Hace unas cuantas semanas que murió.

»—¿Y usted quién es? —le pregunté.

»—Oh, yo me encargo de cuidar el local. Pasaba por aquí, vi luz y entré a investigar. Vamos, echemos un vistazo a esa habitación —añadió levantado del escritorio aquella vela que chisporroteaba.

»—¡Antes vería al mismísimo demonio! —exclamé saliendo rápidamente a la calle.

»Amigo, ese Breathitt House de Atlanta es un lugar maldito. No se aloje allí.

—¡No quiera Dios! La visión que usted ha dado de él no sugiere comodidad, desde luego.

A propósito, coronel, ¿cuándo ocurrió todo

eso?

–En septiembre de 1864, poco después del estado de sitio.

LA COSA EN NOLAN

Al Sur de donde se cruzan la carretera que va de Leesville a Hardy, en el estado de Missouri, y el brazo Este del río May, existe una casa abandonada. Nadie ha vivido en ella desde el verano de 1879, por lo que se está desmoronando a pasos agigantados. Durante los tres años anteriores a la fecha mencionada estuvo ocupada por la familia de Charles May, uno de cuyos antepasados dio nombre al río junto al cual se encuentra. La familia de Mr. May estaba formada por la esposa, un hijo mayor y dos chicas. El hijo se llamaba John; los nombres de las hijas son desconocidos para el autor de estos apuntes.

John May era de carácter taciturno y mal-

humorado, poco propenso a la ira, y con un don inusual: un odio resentido, implacable. Su padre era todo lo contrario. De temperamento alegre y jovial, aunque con un gran genio que se incendiaba como una llama en una brizna de paja. No abrigaba resentimientos y buscaba

rápidamente la reconciliación una vez aplacada su ira. Tenía un hermano, que vivía cerca de allí, y que poseía un carácter muy distinto al suyo; toda la vecindad decía que John había heredado la forma de ser de su tío.

Un día se produjo un malentendido entre padre e hijo; hubo duras palabras, y el padre dio un puñetazo al hijo en la cara. John se secó con lentitud la sangre que le había causado el golpe, clavó los ojos en el agresor ya arrepentido y dijo con frialdad: «Morirás por esto.»

Estas palabras fueron oídas por los hermanos Jackson, que se acercaban a ellos en aquel

momento; pero, al verles enzarzados en una discusión pasaron de largo y, al parecer, inadvertidos. Charles May relató después el desgraciado acontecimiento a su esposa y le explicó que le había pedido excusas a su hijo por el precipitado golpe, pero había sido inútil. El joven no sólo rechazaba las disculpas, sino que se negaba a retirar su terrible amenaza. A pesar de todo no hubo una ruptura abierta de re-

laciones: John siguió viviendo con la familia y las cosas continuaron como siempre.

Un domingo por la mañana, en junio de 1879, unas dos semanas después de que ocurrieran estos hechos, Charles May salió de la casa inmediatamente después del desayuno, con una pala. Dijo que iba a abrir un agujero en una fuente que se encontraba a una milla de distancia, en el bosque, para que el ganado tuviera agua. John se quedó en la casa durante

unas horas, ocupado en afeitarse, escribir cartas y leer el periódico. Su disposición era la usual, quizás parecía un poco más malhumorado y hosco.

Se marchó a las dos. Regresó a las cinco. Por alguna razón no relacionada con un interés especial en sus movimientos, la hora de salida y de llegada fue advertida por su madre y sus hermanas, tal y como quedó atestiguado en su proceso por asesinato. Les llamó la atención que su ropa estuviera húmeda en algunas zonas, como si (así lo señaló la acusación) hubie-

ra intentado borrar manchas de sangre. Su actitud era extraña, su aspecto salvaje. Aduciendo que se encontraba enfermo, se fue a su cuarto y se acostó.

Charles May no regresó. Los vecinos más cercanos fueron alertados a la caída de la tarde, y durante aquella noche y el día siguiente

se llevó a cabo su búsqueda por el bosque donde se encontraba la fuente. No se produjo otro resultado que el descubrimiento de las huellas de los dos hombres en la arcilla que había alrededor de la fuente. John May, mientras tanto, había empeorado de lo que el médico local denominó fiebre cerebral, y en su delirio hablaba de asesinato, pero sin decir quién creía que había sido asesinado, ni a quién culpaba del hecho. Pero los hermanos Jackson sacaron a relucir aquella amenaza; fue arrestado como sospechoso y un sheriff se encargó de vigilarle en su casa. La opinión pública se puso rápidamente en contra de John y, de no haber sido por la enfermedad, habría sido col-

gado por la muchedumbre. Estando así las cosas, el martes se convocó una reunión de los vecinos y se nombró un comité para que se encargara del caso y tomara las medidas que

fueran oportunas.

Para el miércoles todo había cambiado. De la ciudad de Nolan, que está a unas ocho millas, llegó una historia que arrojó una luz completamente diferente sobre el asunto. Nolan constaba de una escuela, una herrería, una tienda y media docena de viviendas. La tienda era dirigida por un tal Henry Odell, primo de Charles May. La tarde del domingo en que desapareció May, Mr. Odell y cuatro vecinos suyos, hombres de confianza, estaban sentados en la tienda, fumando y charlando. El día era caluroso, y las dos puertas, la de delante y la de atrás, estaban abiertas. A eso de las tres, Charles May, a quien tres de ellos conocían, entró por la puerta principal y pasó hacia el fondo. Iba sin abrigo ni sombrero. No les miró, y tampoco les devolvió el saludo, circunstancia

que no les sorprendió porque estaba grave-

mente herido. Sobre la ceja izquierda tenía una herida, un profundo corte del que brotaba sangre que le cubría toda la parte izquierda de la cara y del cuello y empapaba su camisa gris. Aunque parezca mentira, la idea predominante en las mentes de los presentes era que había mantenido una pelea y se dirigía al arroyo que había detrás de la casa para lavarse.

Tal vez se produjo un sentimiento de delicadeza, un detalle característico de la etiqueta de las regiones apartadas, que les contuvo a la hora de seguirle y ofrecerle ayuda; las actas del juicio, de donde está extraído principalmente este relato, tan solo mencionan el hecho. Esperaron a que volviera, pero no lo hizo.

Limitando el arroyo, detrás de la tienda, un bosque se extiende unas seis millas hasta las colinas de Medicine Lodge. Tan pronto como se supo en los contornos de la casa del desaparecido que había sido visto en Nolan, se produjo un cambio repentino en el estado de áni-

mo y en la disposición de la gente. El comité de vigilancia dejó de existir sin cumplir la formalidad de llegar a una resolución. La búsqueda por las tierras boscosas en torno al río May se interrumpió y casi toda la población masculina de la región se trasladó a la zona de Nolan y de las colinas de Medicine Lodge. Pero no se encontró rastro alguno de aquel hombre.

Una de las extrañas circunstancias de este extraño caso es el procesamiento formal y posterior juicio por el asesinato de un hombre cuyo cuerpo nadie afirmaba haber visto, ni nadie sabía que hubiera muerto. Conocemos más o menos los caprichos y extravagancias de la ley fronteriza, pero este ejemplo, según se cree, es único. Sea como fuere, está constatado que al recobrase de su enfermedad John May fue procesado por el asesinato de su padre. El

abogado de la defensa, al parecer, no tuvo nada que objetar y el caso fue considerado en relación con sus circunstancias. El fiscal se

mostró apocado y superficial; la defensa estableció fácilmente una coartada en lo referente al occiso. Si en el momento en que John May debía de haber asesinado a Charles May, si es que lo hizo, Charles May se encontraba a varias millas de distancia de donde John May debía de haber estado, es evidente que el occiso debió de encontrar la muerte a manos de algún otro.

John May fue absuelto, abandonó el país enseguida y no se ha vuelto a saber nada de él desde aquel día. Poco después, su madre y hermanas dejaron St. Louis. Al pasar la granja a manos de un individuo, que es dueño también de las tierras colindantes, en las que tiene su propia vivienda, la casa May quedó vacía y

desde entonces tiene la misteriosa reputación de estar encantada.

Un día, después de que la familia May hubiera dejado aquella tierra, unos niños que jugaban en los bosques que hay en torno al río May, encontraron oculta bajo una capa de ho-

jas secas, aunque parcialmente a la vista por el hozar de los cerdos, una pala.

Estaba casi nueva y limpia, a no ser por una mancha de sangre y orín que tenía en el borde. Las iniciales «C.M.» aparecían grabadas en el mango de la herramienta.

Este descubrimiento reavivó en cierto grado la emoción pública suscitada en los meses anteriores. Se examinó cuidadosamente la tierra del lugar en que había sido encontrada la pala, y el resultado fue el descubrimiento del cadáver de un hombre. Había sido enterrado a unos dos o tres pies de profundidad y el lugar

había sido cubierto con una capa de hojas secas y ramas. No parecía muy descompuesto, hecho que se atribuyó a alguna propiedad conservadora de aquel terreno, rico en mineral.

Encima de la ceja izquierda presentaba una herida, un profundo corte del que había manado sangre, que le cubrió toda la parte izquierda de la cara y del cuello y manchó su ca-

misa gris. El cráneo había resultado partido por el golpe. Ese cuerpo era el de Charles May. Pero, ¿qué fue entonces lo que pasó por la tienda de Mr. Odell en Nolan?

HISTORIAS DE FANTASMAS

DESAPARICIONES MISTERIOSAS

LA DIFICULTAD DE CRUZAR UN CAMPO

Una mañana de julio de 1854 un colono llamado Williamson, que vivía a unas seis millas de Selma, Alabama, estaba sentado con su mujer y su hijo en la terraza de su vivienda. Delante de la casa había una pradera de césped que se extendía unas cincuenta yardas hasta llegar a la carretera pública, o «la pista», como solían llamarla. Más allá de esta carretera había un prado de unos diez acres, recién segado,

completamente llano y sin un árbol, roca, o cualquier otro objeto natural o artificial en su superficie. En aquel momento no había en el campo ni siquiera un animal doméstico. Al otro lado del prado, en otro campo, una docena de esclavos trabajaban bajo la vigilancia de un capataz.

Arrojando la punta de un cigarro, el colono se puso en pie y dijo:

–He olvidado hablarle a Andrew de los caballos.

Andrew era el capataz.

Williamson echó a andar con calma por el paseo de gravilla, arrancando alguna flor a su paso, cruzó la carretera y llegó al prado. Mientras cerraba la verja de entrada se detuvo un momento a saludar a su vecino Armour Wren, que vivía en la plantación de al lado y pasaba por allí. Mr. Wren iba en un coche abierto,

acompañado de su hijo James, un muchacho de trece años. Cuando se alejaron unas doscientas yardas del lugar en el que se habían encontrado, Mr. Wren dijo a su hijo:

—He olvidado hablarle a Mr. Williamson de los caballos.

Mr. Wren había vendido a Mr. Williamson unos caballos que iban a ser enviados ese mismo día, pero, por alguna razón que ahora no se recuerda, no iban a poder ser entregados hasta el día siguiente. Mr. Wren indicó al cochero que diera la vuelta y, mientras el vehículo giraba, los tres vieron a Williamson cruzando lentamente los pastos. En aquel momento uno de los caballos del coche dio un traspié y

estuvo a punto de caer. No había hecho más que recobrarse cuando James Wren exclamó:

—Pero bueno, padre, ¿qué ha sido de Mr. Williamson?

No es el propósito de esta narración responder a esa pregunta.

La extraña relación que Mr. Wren hizo de los hechos, expresada bajo juramento durante el curso de los procedimientos legales vinculados con la herencia de Williamson, es la siguiente:

«La exclamación de mi hijo me obligó a dirigir la mirada hacia el lugar en el que había visto al difunto (*sic*) un instante antes, pero ya no estaba allí, ni en ningún otro sitio visible. No puedo afirmar que en aquel momento estuviera muy sorprendido, ni que fuera consciente de la gravedad de la situación, aunque la consideré extraña. Mi hijo, sin embargo, estaba muy asombrado y siguió repitiendo la pregunta de diversas maneras hasta que llegamos a la verja. Mi cochero negro, Sam, también se en-

contraba muy afectado, incluso en mayor gra-

do, pero tuve más en cuenta la actitud de mi hijo que lo que el otro pudiera haber observado. (Esta frase aparecía tachada en la declaración.) Cuando bajamos del carruaje, y mientras Sam colgaba (*sic*) el tiro a la valla, Mrs. Williamson, con su pequeño en brazos y seguida de varios criados, venía corriendo por el paseo, muy excitada y gritando «¡Se ha ido! ¡Se ha ido! ¡Oh, Dios mío! ¡Es horrible!» y otras exclamaciones parecidas que ahora no recuerdo con claridad. Me dio la impresión de que se referían a algo más que a la mera desaparición de su marido, aun cuando ésta hubiera ocurrido ante sus propios ojos. Su actitud era alocada, aunque no más, creo, de lo normal en aquellas circunstancias. No tengo razones para pensar que en aquel momento hubiera perdido la cabeza. Desde entonces nunca he vuelto a ver ni a saber nada de Mr. Williamson.»

Este testimonio, como podía esperarse, fue corroborado en casi todos los detalles por el

otro único testigo presencial (si es que éste es el término apropiado), el joven James. Mrs. Williamson había perdido la razón y, por otra parte, no era adecuado tomar declaración a los criados. James Wren había declarado al principio que *vio* la desaparición, pero nada de ello aparece en la declaración que hizo en el juicio. Ninguno de los braceros que estaban trabajando en el campo al que Mr. Williamson se dirigía le habían visto, y el registro riguroso de toda la plantación y de los campos colindantes no proporcionó la menor pista. Los relatos más monstruosos y grotescos, inventados por los negros, fueron frecuentes en aquella parte del Estado durante muchos años, y probablemente todavía lo son; pero lo que aquí ha sido relatado es todo lo que se sabe con certeza de aquel asunto. Los jueces decidieron que Williamson había muerto y su herencia se distri-

buyó de acuerdo con la ley.

LA CARRERA INCONCLUSA

James Burne Worson era zapatero, habitante de Leamington, Warwickshire, Inglaterra. Era propietario de un pequeño local, en uno de esos pasajes que nacen de la carretera a Warwick. Dentro de su humilde círculo, lo estimaban hombre honesto, aunque algo dado (como tantos de su clase en los pueblos ingleses) a la bebida. Cuando se emborrachaba, solía comprometerse en apuestas insensatas. En una de tales ocasiones, muy frecuentes, él se ufanaba de sus hazañas como corredor y atleta, lo que tuvo como resultado una competición contra natura. Apostaron un soberano de oro, y se comprometió a hacer todo el camino a Coventry corriendo ida y vuelta; se trata de una distancia que supera las cuarenta millas. Esto fue el 3 de septiembre de 1873. Partió de inmedia-

to; el hombre con quien había hecho la apuesta
—no se recuerda su nombre—, acompañado por
Barham Wise, lencero, y Hamerson Burns,

creo que fotógrafo, lo siguió en su carro o ca-
rreta ligera.

Durante varias millas, Worson anduvo muy
bien, a paso regular, sin fatiga aparente, por-
que poseía, en verdad, gran poder de resisten-
cia, y no estaba tan intoxicado como para que
tal poder lo traicionara. Los tres hombres, en
su carruaje, lo seguían a escasa distancia, y,
ocasionalmente, se burlaban amistosamente de
él o lo estimulaban, según se los imponía el
ánimo. Súbitamente —en plena carretera, a me-
nos de doce yardas de distancia, y mientras
todos lo estaban observando— el hombre pare-
ció tropezar. No cayó a tierra: desapareció an-
tes de tocarla. Jamás se halló rastro de él.

Tras permanecer en el sitio y merodearlo,

presa de la irresolución y la incertidumbre, los tres hombres regresaron a Leamington, narraron su increíble historia, y fueron, al fin, puestos a buen recaudo. Pero gozaban de buena reputación, siempre se los había juzgado sinceros, estaban sobrios en el momento del

hecho, y nada conspiró jamás para desmentir el relato juramentado de su extraordinaria aventura; éste, no obstante, provocó divisiones de la opinión pública en todo el Reino Unido. Si tenían algo que ocultar eligieron, por cierto, uno de los medios más asombrosos que haya escogido jamás un ser humano en su sano juicio.

EL RASTRO DE CHARLES ASHMORE

La familia de Christian Ashmore estaba formada por su esposa, su madre, dos hijas ma-

yores y un hijo de dieciséis años. Vivían en Troy, en el estado de Nueva York, eran gente pudiente y respetable, y tenían muchos amigos, algunos de los cuales, al leer estas líneas, sin duda tendrán noticia por primera vez del extraordinario destino de aquel joven. Desde Troy, los Ashmore se trasladaron en 1871 o 1872 a Richmond, en Indiana, y un año o dos más tarde a la región de Quincy, en Illinois, donde Mr. Ashmore compró una granja en la que vivió. A corta distancia de esa granja había una fuente de la que manaba constantemente un agua clara y fresca, de la que la familia se abastecía para uso doméstico en todas las estaciones del año.

En la noche del 9 de noviembre de 1878, a eso de las nueve, el joven Charles Ashmore abandonó el círculo familiar en torno al fuego, cogió un cubo de estaño y se encaminó hacia

fa fuente. Como no regresaba, la familia comenzó a intranquilizarse y, dirigiéndose a la puerta por la que había salido, su padre empezó a gritar sin recibir respuesta alguna. Encendió entonces una linterna y, en compañía de la hija mayor, Martha, que insistió en ir con él, emprendió su búsqueda. Había nevado ligeramente y, aunque el camino había sido borrado, se podía distinguir el rastro del joven: sus huellas aparecían marcadas con claridad. Después de recorrer poco más de la mitad del camino, unas setenta y cinco yardas, el padre, que iba el primero, se detuvo y, elevando la linterna, escrutó en la oscuridad que se abría ante él.

—¿Qué pasa, padre? —preguntó la muchacha.

Esto era lo que pasaba: el rastro del joven terminaba de repente, y más adelante todo era nieve lisa, sin hollar. Las últimas huellas se distinguían con tanta claridad como las del resto de la estela; hasta las señales de los clavos

eran apreciables. Mr. Ashmore miró hacia arri-

ba, colocando su sombrero entre los ojos y la linterna. Las estrellas brillaban; no había ni una nube en el cielo. La explicación que se había dado a sí mismo, por muy dudosa que hubiera sido (una nueva nevada con un límite tan claramente definido), cayó por su propio peso. Describiendo un amplio círculo alrededor de las últimas huellas, con el fin de dejarlas como estaban para un posterior examen, el hombre prosiguió su camino hasta la fuente, con la joven detrás, desfallecida y asustada. Ninguno había dicho una palabra acerca de lo que ambos habían visto. La fuente aparecía cubierta por un hielo de horas.

De regreso a la casa advirtieron que había nieve a ambos lados del camino y en todo su recorrido. No había ninguna huella en él.

La luz del día no evidenció nada más. Lisa,

sin huellas, intacta, la fina capa de nieve lo cubría todo.

Cuatro días después la afligida madre en persona fue por agua a la fuente. Cuando re-

gresó contó que, al pasar por el lugar en el que las huellas habían desaparecido, escuchó la voz de su hijo y que ella le había llamado con impaciencia mientras daba vueltas por el paraje, pues le había parecido que la voz venía unas veces en una dirección y otras en otra, hasta que se sintió agotada por el cansancio y la emoción. Al preguntarle lo que había dicho la voz, fue incapaz de repetirlo, aunque afirmó que las palabras eran perfectamente claras. En un instante toda la familia se dirigió al lugar, pero no oyeron nada, y llegaron a la conclusión de que la voz era una alucinación producida por la gran ansiedad de la madre y sus trastornados nervios. Pero luego, durante me-

ses, a intervalos irregulares de unos cuantos días, la voz volvió a ser oída por varios miembros de la familia y por otra gente. Todos declararon que, sin lugar a dudas, se trataba de la voz de Charles Ashmore; todos coincidieron en que parecía venir de muy lejos, pues era muy débil, y en que la claridad de su articula-

ción era completa. Sin embargo, ninguno pudo determinar su procedencia, ni repetir sus palabras. Los intervalos de silencio se hicieron cada vez mayores, y la voz cada vez más débil y lejana, hasta que, hacia la mitad del verano, dejó de oírse.

Si alguien conoce el destino de Charles Ashmore, es probablemente su madre. Pero ha muerto.

CON LA CIENCIA AL FRENTE

En relación con este asunto de la «desaparición misteriosa», de la que hay abundantes ejemplos en cada memoria, viene al caso citar la teoría del Dr. Hern, de Leipsic; no a modo de explicación, a no ser que el lector quiera tomarla en ese sentido, sino por su intrínseco interés como especulación singular. Este distinguido científico ha expuesto sus opiniones en un libro titulado *Verschwinden und Seine Theorie*, que ha atraído cierta atención, «en especial –dice un escritor–, entre los seguidores de Hegel y los matemáticos que defienden la existencia del llamado espacio no-euclídeo, es decir, el que tiene más dimensiones que las de longitud, anchura y espesor; espacio en el que sería posible hacer un nudo en una cuerda sin fin y darle la vuelta a una pelota de goma sin “solución de continuidad” o, en otras palabras, sin romperla ni abrirla.»

El Dr. Hern cree que en el mundo visible hay lugares vacíos, *vacua* o algo así, agujeros, como

si dijéramos, a través de los cuales los objetos animados e inanimados pueden caer en un mundo invisible y no volver a ser vistos ni oídos. La teoría dice más o menos así: el espacio está impregnado de éter lumínico, que es algo material; una sustancia parecida al aire o al agua, aunque infinitamente más atenuada. Toda fuerza, todas las formas de energía deben propagarse en ese medio; todo proceso que tiene lugar, tiene lugar en él. Pero suponemos que existen cavidades en este medio, por otra parte universal, del mismo modo que existen cavernas en la tierra o agujeros en el queso suizo. En tales cavidades no habría absolutamente nada. Sería un vacío tal que jamás podría reproducirse por medios artificiales; porque si extraemos el aire de un recipiente, el éter lumínico permanece en él. A través de dichas cavidades no podría pasar la luz, porque

no encontraría ningún soporte. El sonido tampoco podría salir de ellas; no se podría percibir nada. No habría ni una sola de las condiciones

necesarias para la acción de nuestros sentidos.

En resumen, en un vacío de ese tipo no podría ocurrir nada. Ahora, en palabras del escritor anteriormente citado, pues el sabio doctor no lo explicó en ningún sitio de un modo tan conciso: «Un hombre encerrado en un espacio así no podría ver ni ser visto; oír ni ser oído; sentir ni ser sentido; ni vivir ni morir, porque tanto la vida como la muerte son procesos que sólo pueden tener lugar donde hay energía, y en un espacio vacío la energía no podría existir.»

¿Son éstas las horribles condiciones (preguntará alguno) bajo las que los amigos de los desaparecidos han de pensar que ellos existen, y estarán por siempre condenados a existir?

De modo escueto e imperfecto como aquí se

ha enunciado, la teoría del Dr. Hern, en tanto que declara ser una explicación adecuada de «misteriosas desapariciones», está expuesta a muchas objeciones evidentes; al menos tal y como la enuncia en la «espaciosa volubilidad» de su libro. Pero incluso la exposición que

hace su autor no explica los hechos relatados en estos apuntes y, a decir verdad, es incompatible con algunos de ellos: por ejemplo, el sonido de la voz de Charles Ashmore. Pero yo no soy quién para otorgar afinidad a los hechos y a las teorías.

HISTORIAS RECOPIADAS

RELATOS INSIGNIFICANTES

UNA TUMBA SIN FONDO

Me llamo John Brenwalter. Mi padre, un borracho, logró patentar un invento para fabricar granos de café con arcilla. Era un hombre honrado y no se hubiera comprometido él solo en la fabricación. Por esta razón, era moderadamente rico: las regalías de su valioso invento apenas le dejaban lo suficiente para pagar los gastos del pleito contra los bribones culpables de la infracción. Fue así que yo carecí de muchas de las ventajas de gozan los hijos de padres deshonestos e inescrupulosos, y de no ha-

ber sido por una madre noble y devota (quien descuidó a mis hermanos y a mis hermanas y vigiló personalmente mi educación), habría crecido en la ignorancia y habría sido obligado a asistir a la escuela. Ser el hijo favorito de una mujer bondadosa es mejor que el oro.

Cuando yo tenía diecinueve años, mi padre tuvo la desgracia de morir. Había tenido siempre una salud perfecta, y su muerte, ocurrida a la hora de cenar y sin previo aviso, a

nadie sorprendió tanto como a él mismo. Esa misma mañana le habían notificado la adjudicación de la patente de su invento para forzar cajas de caudales por presión hidráulica y sin hacer ruido. El Jefe de Patentes había declarado que era la más ingeniosa, efectiva y benemérita invención que él hubiera aprobado jamás. Naturalmente, mi padre previó una honrosa, próspera vejez. Es por eso que su re-

entina muerte fue para él una profunda decepción. Mi madre, en cambio, para quien la piedad y la resignación ante los designios del Cielo eran virtudes conspicuas de su carácter, estaba aparentemente menos conmovida.

Hacia el final de la comida, una vez que el cuerpo de mi pobre padre fue alzado del suelo, nos reunió a todos en el cuarto contiguo y nos habló de esta manera:

–Hijos míos, el extraño suceso que han presenciado es uno de los más desagradables incidentes en la vida de un hombre honrado, y les aseguro que me resulta poco agradable. Os

ruego que creáis que yo no he tenido nada que ver en su ejecución. Desde luego –añadió después de una pausa en la que bajó sus ojos abatidos por un profundo pensamiento–, desde luego es mejor que esté muerto.

Dijo estas palabras como si fuera una verdad

tan obvia e incontrovertible que ninguno de nosotros tuvo el coraje de desafiar su asombro pidiendo una explicación. Cuando cualquiera de nosotros se equivocaba en algo, el aire de sorpresa de mi madre nos resultaba terrible.

Un día, cuando en un arranque de mal humor me tomé la libertad de cortarle la oreja al bebé, sus simples palabras: “¡John, me sorprendes!”, fueron para mí una recriminación tan severa que al fin de una noche de insomnio, fui llorando hasta ella y, arrojándome a sus pies, exclamé: “¡Madre, perdóname por haberte sorprendido!”.

Así, ahora, todos –incluso el bebé de una sola oreja– sentimos que aceptar sin preguntas el hecho de que era mejor, en cierto modo, que

nuestro querido padre estuviese muerto, provocaría menos fricciones. Mi madre continuó: –Debo decirlos, hijos míos, que en el caso de

una repentina y misteriosa muerte, la ley exige que venga el médico forense, corte en pedazos el cuerpo y los someta a un grupo de hombres quienes, después de inspeccionarlos, declaran a la persona muerta. Por hacer esto el forense recibe una gran suma de dinero. Deseo eludir tan penosa formalidad; eso es algo que nunca tuvo la aprobación de... de los restos. John – aquí mi madre volvió hacia mí su rostro angelical–, tú eres un joven educado y muy discreto. Ahora tienes la oportunidad de demostrar tu gratitud por todos los sacrificios que nos impuso su educación. John, ve y mata al forense.

Inefablemente complacido por esta prueba de confianza de mi madre y por la oportunidad de distinguirme por medio de un acto que cuadraba con mi natural disposición, me arrodillé ante ella, llevé sus manos hasta mis labios

y las bañé con lágrimas de emoción. Esa tarde, antes de las cinco, había eliminado al médico. De inmediato fui arrestado y arrojado a la cárcel. Allí pasé una noche muy incómoda: me fue imposible dormir a causa de la irreverencia de mis compañeros de celda, dos clérigos, a quienes la práctica teológica había dado abundantes ideas impías y un dominio absolutamente único del lenguaje blasfemo. Pero ya avanzada la mañana, el carcelero que dormía en el cuarto contiguo y a quien tampoco habían dejado dormir, entró en la celda y con un feroz juramento advirtió a los reverendos caballeros que, si oía una blasfemia más, su sagrada profesión no le impediría ponerlos en la calle. En consecuencia moderaron su objetable perversación sustituyéndola por un acordeón. Así, pude dormir pacífico y refrescante sueño de la juventud y de la inocencia. A la mañana siguiente me condujeron ante el Juez Superior, un magistrado de sentencia, y

se me sometió al examen preliminar. Alegué

que no tenía culpa, y añadí que el hombre al que yo había asesinado era un notorio Demócrata. (Mi bondadosa madre era Republicana y desde mi temprana infancia fui cuidadosamente instruido por ella en los principios de gobierno honesto y en la necesidad de suprimir la oposición sediciosa.) El juez, elegido mediante una urna Republicana de doble fondo, estaba visiblemente impresionado por la fuerza lógica de mi alegato y me ofreció un cigarrillo.

—Con el permiso de Su Excelencia —comenzó el Fiscal—, no considero necesario exponer ninguna prueba en este caso. Por la ley de la Nación se sienta usted aquí como juez de Sentencia y es su deber sentenciar. Tanto testimonio como argumentos implicarían la duda acerca de la decisión de Su Excelencia de cumplir con

su deber jurado. Ese es todo mi caso.

Mi abogado, un hermano del Médico Forense fallecido, se levantó y dijo:

–Con la venia de la Corte... mi docto amigo ha dejado también y con tanta elocuencia establecida la ley imperante en este caso, que sólo me resta preguntar hasta dónde se la ha acatado. En verdad, su Excelencia es un magistrado penal, y como tal es su deber sentenciar – ¿qué?– este es un asunto que la ley, sabia y justamente, ha dejado a su propio arbitrio, y sabiamente ya ha descargado usted cada una de las obligaciones que la ley impone. Desde que conozco a Su Excelencia no ha hecho otra cosa que sentenciar. Usted ha sentenciado por soborno, latrocinio, incendio premeditado, perjurio, adulterio, asesinato... cada crimen del código y cada exceso conocido por los sensuales y los depravados, incluyendo a mi docto

amigo, el Fiscal. Usted ha cumplido con su deber de magistrado penal, y como no hay ninguna evidencia contra este joven meritorio, mi cliente, propongo que sea absuelto.

Se hizo un solemne silencio. El Juez se levantó, se puso la capa negra y, con voz tem-

blorosa de emoción, me sentenció a la vida y a la libertad. Después, volviéndose hacia mi consejero, dijo fría pero significativamente: –Lo veré luego.

A la mañana siguiente, el abogado que me había defendido tan escrupulosamente contra el cargo de haber asesinado a su propio hermano –con quien había tenido una pelea por unas tierras– desapareció, y se desconoce su suerte hasta el día de hoy.

Entretanto, el cuerpo de mi pobre padre había sido secretamente sepultado a medianoche en los fondos de su último domicilio, con sus

últimas botas puestas y el contenido de su fallecido estómago sin analizar.

—Él se oponía a cualquier ostentación —dijo mi querida madre mientras terminaba de apisonar la tierra y ayudaba a los niños a extender una capa de paja sobre la tierra removida—, sus instintos eran domésticos y amaba la vida tranquila.

El pedido de sucesión de mi madre decía que ella tenía buenas razones para creer que el difunto estaba muerto, puesto que no había vuelto a comer a su casa desde hacía varios días; pero el Cuervo del juez —como siempre despreciativamente la llamó después— decidió que la iba de muerte no era suficiente y puso el patrimonio en manos de un Administrador Público, que era su yerno. Se descubrió que el pasivo daba igual que el activo; sólo había quedado la patente de invención del dispositi-

vo para forzar cajas de seguridad por presión hidráulica y en silencio, y ésta había pasado a la propiedad legítima del Juez Testamentario y del Administrador Público, como mi querida madre prefería decirlo. Así, en unos pocos meses, una acaudalada y respetable familia fue reducida de la prosperidad al delito; la necesidad nos obligó a trabajar.

Diversas consideraciones, tales como la idoneidad personal, la inclinación, etc., nos guiaban en la selección de nuestras ocupaciones.

Mi madre abrió una selecta escuela privada para enseñar el arte de alterar las manchas sobre las alfombras de piel de leopardo; el mayor de mis hermanos, George Heriry, a quien le gustaba la música, se convirtió en el corneta de un asilo para sordomudos de los alrededores; mi hermana Mary María, aceptaba pedidos de Esencias de Picaportes para condimen-

tar fuentes minerales del Profesor Pumpernickel, y yo me establecí como ajustador y dorador de vigas para horcas. Los demás, demasiado jóvenes para trabajar, continuaron con el robo de pequeños artículos expuestos en la vidriera de las tiendas, tal como habían sido enseñados.

En nuestros ratos de ocio atraíamos a nuestra casa a los viajeros y enterrábamos los cuerpos en un sótano.

En una parte de este sótano guardábamos vinos, licores y provisiones. De la rapidez con que desaparecían nos sobrevino la supersticiosa creencia de que los espíritus de las personas

enterradas volvían a la noche y se daban un festín. Al menos era cierto que con frecuencia, de mañana, solíamos descubrir trozos de carnes adobadas, mercaderías envasadas y restos de comida ensuciando el lugar, a pesar de que

había sido cerrado con llave y atrancado, previendo toda intromisión humana. Se propuso sacar las provisiones y almacenarlas en cualquier otro sitio, pero nuestra querida madre, siempre generosa y hospitalaria, dijo que era mejor soportar la pérdida que arriesgarse a ser descubiertos; si los fantasmas les era negada esta insignificante gratificación, podrían iniciar una investigación que echaría por tierra nuestro esquema de la división del trabajo, desviando las energías de toda la familia hacia la simple industria a la cual yo me dedicaba: todos tendríamos que decorar las vigas de las horcas. Aceptamos su decisión con filial sumisión, que se debía a nuestro respeto por su sabiduría y la pureza de su carácter.

Una noche, mientras todos estábamos en el

sótano –ninguno se atrevía a entrar solo– ocupados en la tarea de dispensar al alcalde de

una ciudad vecina los solemnes oficios del entierro cristiano, mi madre y los niños pequeños sosteniendo cada uno una vela, mientras que George Henry y yo trabajábamos con la pala y el pico, mi hermana Mary María profirió un chillido y se cubrió los ojos con las manos. Estábamos todos sobrecogidos de espanto y las exequias del alcalde fueron suspendidas de inmediato, mientras que, pálidos y con la voz temblorosa, le rogamos que nos dijera qué cosa la había alarmado. Los niños más pequeños temblaban tanto que sostenían las velas con escasa firmeza, y las ondulantes sombras de nuestras figuras danzaban sobre las paredes con movimientos toscos y grotescos que adoptaban las más pavorosas actitudes. La cara del hombre muerto, ora fulgurando horriblemente en la luz, ora extinguiéndose a través de alguna fluctuante sombra, parecía adoptar cada vez una nueva y más imponente expre-

sión, una amenaza aún más maligna. Más asustadas que nosotros por el grito de la niña, las ratas echaron a correr en multitudes por el lugar, lanzando penetrantes chillidos, o con sus ojos fijos estrellando la oscura opacidad de algún distante rincón, meros puntos de luz verde haciendo juego con la pálida fosforescencia de la podredumbre que llenaba la tumba a medio cavar y que parecía la visible manifestación de un leve olor a moribundo que corrompía el aire insalubre. Ahora los niños sollozaban y se pegaban a las piernas de sus mayores, dejando caer sus velas, mientras que nosotros estábamos a punto de ser abandonados en la total oscuridad, excepto por esa luz siniestra que fluía despaciosamente por encima de la tierra revuelta e inundaba los bordes de la tumba como una fuente.

Entretanto, mi hermana, arrodillada sobre la tierra extraída de la excavación, se había qui-

tado las manos de la cara y estaba mirando
con ojos dilatados en el interior de un oscuro

espacio que había entre dos barriles de vino.

—¡Allí está! —Allí está! —chilló, señalando—

¡Dios del cielo! ¿No podéis verlo?

Y realmente estaba allí: una figura humana
apenas discernible en las tinieblas; una figura
que se balanceaba de un costado a otro como
si se fuera a caer, agarrándose a los barriles de
vino para sostenerse; dio un paso hacia ade-
lante, tambaleándose y, por un momento, apa-
reció a la luz de lo que quedaba de nuestras
velas; luego se irguió pesadamente y cayó
postrada en tierra. En ese momento todos hab-
íamos reconocido la figura, la cara y el porte
de nuestro padre. ¡Muerto estos diez meses y
enterrado por nuestras propias manos! ¡Nues-
tro padre, sin duda, resucitado y horriblemen-
te borracho!

En los incidentes ocurridos durante la fuga precipitada de ese terrible lugar; en la aniquilación de todo humano sentimiento en ese tumultuoso, loco apretujarse por la húmeda y mohosa escalera, resbalando, cayendo, de-

ribándose y trepando uno sobre la espalda del otro, las luces extinguidas, los bebés pisoteados por sus robustos hermanos y arrojados de vuelta a la muerte por un brazo maternal; en todo esto no me atrevo a pensar. Mi madre, mi hermano y mi hermana mayores y yo escapamos; los otros quedaron abajo, para morir de sus heridas o de su terror; algunos, quizá, por las llamas, puesto que en una hora, nosotros cuatro, juntando apresuradamente el poco dinero y las joyas que teníamos, y la ropa que podíamos llevar, incendiemos la casa y huimos bajo la luz de las llamas, hacia las colinas. Ni siquiera nos detuvimos a cobrar el seguro,

y mi querida madre dijo en su lecho de muerte, años después en una tierra lejana, que ése había sido el único pecado de omisión que quedaba sobre su conciencia. Su confesor, un hombre santo, le aseguró que, bajo tales circunstancias, el Cielo le perdonaría su descuido.

Cerca de diez años después de nuestra des-

aparición de los escenarios de mi infancia, yo, entonces un próspero falsificador, regresé disfrazado al lugar con la intención de recuperar algo de nuestro tesoro, que había sido enterrado en el sótano. Debo decir que no tuve éxito: el descubrimiento de muchos huesos humanos en las ruinas obligó a las autoridades a excavar por más. Encontraron el tesoro y lo guardaron. La casa no fue reconstruida; todo el vecindario era una desolación. Tal cantidad de visiones y sonidos extraterrenos habían si-

do denunciados desde entonces, que nadie quería vivir allí. Como no había a quien preguntar o molestar, decidí gratificar mi piedad filial con la contemplación, una vez más, de la cara de mi bienamado padre, si era cierto que nuestros ojos nos habían engañado y estaba todavía en su tumba. Recordaba además que él siempre había usado un enorme anillo de diamante, y yo como no lo había visto ni había oído nada acerca de él desde su muerte, tenía razones como para pensar que debió haber si-

do enterrado con el anillo puesto. Procurándome una pala, rápidamente localicé la tumba en lo que había sido el fondo de mi casa, y comencé a cavar. Cuando hube alcanzado cerca de cuatro pies de profundidad, la tumba se desfondó y me precipité a un gran desagüe, cayendo por el largo agujero de su desmoronado codo. No había ni cadáver ni rastro al-

guno de él.

Imposibilitado para salir de la excavación, me arrastré por el desagüe, quité con cierta dificultad una masa de escombros carbonizados y de ennegrecida mampostería que lo obstaculizaba, y salí por lo que había sido aquel funesto sótano.

Todo estaba claro. Mi padre, cualquier cosa que fuera lo que le había provocado esa descompostura durante la cena (y pienso que mi santa madre hubiera podido arrojar algo de luz sobre ese asunto) había sido, indudablemente, enterrado vivo. La tumba se había excavado accidentalmente sobre el olvidado de-

sagüe hasta el recodo del caño, y como no utilizamos ataúd, sus esfuerzos por sobrevivir habían roto la podrida mampostería, cayendo a través de ella y escapando finalmente hacia el interior del sótano. Sintiendo que no era

bienvenido en su propia casa, pero no teniendo otra, había vivido en reclusión subterránea como testigo de nuestro ahorro y como pensionista de nuestra providencia. Él era quien se comía nuestra comida; él quien se bebía nuestro vino; no era mejor que un ladrón. En un momento de intoxicación y sintiendo, sin duda, necesidad de compañía, que es el único vínculo afín entre un borracho y su raza, abandonó el lugar de su escondite en un momento extrañamente inoportuno, acarreando deplorables consecuencias a aquellos más cercanos y queridos. Un desatino que tuvo casi la dignidad de un crimen.

EL VIUDO TURMORE

Las circunstancias bajo las que Joram Turmore se convirtió en viudo nunca fueron popularmente comprendidas. Yo las conozco, naturalmente, pues yo soy Joram Turmore; mi mu-

jer, la difunta Elizabeth Mary Turmore, tampoco las ignora, y aunque ella las cuente, aún permanecen en secreto ya que no hay un alma que le haya creído jamás.

Cuando me casé con Elizabeth Mary Johnin, era muy rica, de lo contrario yo no hubiese podido afrontar el casamiento puesto que no tenía un centavo y el Cielo no había puesto en mi corazón ninguna intención de ganar alguno. Tenía la Cátedra de Gatos en la Universidad de Graymaulkin y los ejercicios escolásticos me inhabilitaban para el peso de cualquier negocio u ocupación. Además, yo no podía olvidar que era un Turmore, un miembro de la familia cuyo lema desde el tiempo de Guillermo de Normandía había sido *Laborare est errare*. La única infracción que se conoce de la sa-

grada tradición familiar ocurrió cuando Sir Aldebarán Turmore de Peters-Turmore, ilustre

ladrón del siglo XVII, asistió personalmente a una difícil operación llevada a cabo por algunos de sus empleados. Esa mancha sobre nuestro blasón no puede contemplarse sin sentir la más desgarrada mortificación.

Mí Cátedra de Gatos en la Universidad de Graymaulkin jamás se destacó, por supuesto, por el trabajo. En ninguna época hubo más de dos estudiantes de la Noble Ciencia, y tan sólo repitiendo las conferencias manuscritas de mi predecesor, que había encontrado entre sus pertenencias (murió en el mar, camino de Malta), podía apenas saciar lo suficiente su hambre de conocimientos sin ganar siquiera la distinción que se otorgaba a manera de salario.

Naturalmente, bajo tan apremiantes circunstancias, vi a Elizabeth Mary como a una suerte de especial Providencia. Ella imprudentemente rehusó compartir conmigo su fortuna, pero eso no me preocupó para nada, ya que si bien

de acuerdo con las leyes del país (como es sabido), la esposa tiene el control de su patrimonio durante su vida, éste pasa al marido a su muerte: ni siquiera puede ella disponer de él por testamento. La mortalidad entre esposas es considerable pero no excesiva.

Habiéndome casado con Elizabeth Mary y, en cierta forma, habiéndola ennoblecido haciéndola una Turmore, sentí que la forma de su muerte debía igualarse a su distinción social. Si yo la hubiera matado por cualquiera de los métodos maritales ordinarios hubiera incurrido en justo reproche, por no poseer el orgullo familiar adecuado. Mas no podía encontrar un plan adecuado.

En esta emergencia decidí consultar el archivo Turmore, una valiosa colección de documentos, incluyendo los registros de la familia desde el tiempo de su fundador en el siglo VII de nuestra era. Sabía que entre estos sagrados

títulos debería encontrar detallados relatos de los principales asesinatos cometidos por mis

santos ancestros durante cuarenta generaciones. De entre esa masa de papeles no podía dejar de sacar las más valiosas sugerencias.

La colección contenía también muy interesantes reliquias. Había títulos de nobleza concedidos a mis antepasados por hacer desaparecer atrevida e ingeniosamente a pretendientes al trono o a sus ocupantes; estrellas, cruces y otras condecoraciones atestiguando servicios del más secreto e innombrable carácter; heterogéneos regalos de los conspiradores más grandes del mundo que representaban un valor monetario intrínseco incalculable. Había joyas, trajes, espadas de honor y toda suerte de “testimonios de estima”; el cráneo de un rey transformado en copa de vino; títulos de vastas fincas, largo tiempo confiscadas, vendidas

o abandonadas; un breviario iluminado que había pertenecido a Sir Aldebarán Turmore de Peters-Turmore, de infausta memoria; orejas embalsamadas de muchos de los más reconocidos enemigos de la familia; el intestino del-

gado de un cierto indigno hombre del estado italiano hostil a los Turmore que, enroscado como una sogá de saltar, había servido a la juventud de seis generaciones consanguíneas... momentos y recuerdos preciosos más allá de las valoraciones de la imaginación pero, por los mandatos sagrados de tradición y sentimiento, para siempre inalienables por la venta o el regalo.

Como cabeza de la familia, yo era el custodio de todos estos preciosísimos bienes heredados y, para su segura conservación, había construido sobre los cimientos de mi casa una fortaleza de mampostería maciza, cuyas sólidas

paredes de piedra y cuya única puerta de hierro podían desafiar por igual el choque de un terremoto, el incansable azote del Tiempo o la mano profana de la Codicia.

A estos tesoros del alma, fragantes de sentimiento y ternura, ricos en sugerencias de crímenes, me volví para encontrar ahora las claves del asesinato. Para mi indecible asom-

bro y dolor, lo encontré vacío. Cada estante, cada cajón, cada cofre había sido saqueado.

¡De tan única e incomparable colección no quedaba vestigio! Sin embargo, probé que hasta que yo mismo había abierto la maciza puerta de metal, ni un cerrojo, ni una barra había sido movida: los sellos de la cerradura estaban intactos.

Pasé la noche entre la lamentación y la indagación; ambas fueron infructuosas. El misterio era impenetrable a la conjetura y ningún

bálsamo podía calmar semejante dolor. Pero ni una sola vez durante esa horrible noche mi firme espíritu pudo abandonar su alto designio contra Elizabeth Mary, y el alba me halló aún más resuelto a cosechar los frutos de mi matrimonio. Mi gran pérdida pareció acercarme a relaciones espirituales más profundas con mis ancestros muertos, y darme una nueva e inevitable obediencia a la persuasión que hablaba en cada glóbulo de mi sangre.

Inmediatamente formé un plan de acción, y

procurándome un fuerte cordel entré a la habitación de mi esposa, encontrándola, como esperaba, profundamente dormida. Antes de que se despertara la tenía fuertemente atada de pies y manos. Estaba muy sorprendida y dolorida, pero sin atender a sus protestas hechas a viva voz, la llevé a la ahora saqueada fortaleza, allí donde nunca permití que entrara

y de cuyos tesoros no le había advertido. Sentándola, todavía atada, contra un ángulo de la pared, pasé los siguientes dos días con sus noches en acarrear al lugar ladrillos y argamasa. A la mañana del tercer día la tuve firmemente emparedada, desde el suelo hasta el techo. Durante todo este tiempo no tuve en cuenta sus ruegos de piedad más que (ante su promesa de no resistir, que debo decir que ella cumplió con honor) para concederle la libertad de sus piernas. Le concedí un espacio de cerca de cuatro pies por seis. Cuando coloqué los últimos ladrillos en la parte superior, en contacto con el cielo raso de la fortaleza, me dijo

adiós con lo que me pareció la serenidad de la desesperación, y me fui a descansar sintiendo que había observado fielmente las tradiciones de una antigua e ilustre familia. Mi única amarga reflexión, en lo que a mi conducta con-

cernía, surgió al tomar conciencia de que había trabajado durante la realización de mi diseño; pero nadie lo sabría jamás.

Después de descansar durante una noche, fui a ver al juez de la Corte de Sucesiones y Herencias y firmé una declaración jurada de todo lo que había hecho, excepto el trabajo manual de construir la pared, que imputé a un sirviente. Su Excelencia designó a un comisionado de la Corte, quien realizó un cuidadoso examen del trabajo y, según su informe, Elizabeth Mary Turmore fue formalmente declarada muerta al fin de la semana. De acuerdo con la ley tomé posesión de sus bienes que, a pesar de no ser mucho más valiosos que mis tesoros perdidos, me elevaron de la pobreza a la riqueza y me trajeron el respeto de los grandes y de los bu-

nos.

Unos seis meses más tarde me llegaron ex-

traños rumores: el fantasma de mi mujer muerta había sido visto en distintos lugares de la región, pero siempre a una considerable distancia de Graymaulkin. Estos rumores, de cuya auténtica fuente no pude enterar, diferían en varios detalles, pero eran semejantes en atribuir a la aparición un alto grado de prosperidad mundana aparente combinada con una audacia poco común en los fantasmas.

¡No sólo estaba el espíritu ataviado con ropajes costosos, sino que caminaba a mediodía y, más aún, conducía! Me sentí indeciblemente molesto con estos cuentos y, pensando que podría hacer algo más que superstición en la creencia popular de que sólo espíritus de los muertos no enterrados pueden caminar sobre tierra, decidí llevar a algunos obreros equipados con picos y barras hacia la fortaleza en la que nadie había entrado durante mucho tiempo. Les ordené demoler la pared de ladrillo

que había construido alrededor de la compañera de mis alegrías. Había resuelto dar al cuerpo de Elizabeth Mary un entierro como el que creía que su parte inmortal aceptaría como un equivalente del privilegio de encontrarse a gusto entre las apariciones de los vivos.

En pocos minutos volteamos la pared y, metiendo una lámpara a través de la brecha, miré adentro. ¡Nada! Ni un hueso, ni un cabello, ni un jirón de ropa... ¡el angosto espacio que, de acuerdo con mi testimonio, contenía legalmente todo lo que había sido mortal de la difunta señora Turmore, estaba absolutamente vacío! Este admirable descubrimiento, para una mente ya perturbada por tanto misterio y excitación, era más de lo que yo podía soportar.

Lancé un grito y caí en un estado de paroxismo. Durante meses estuve entre la vida y la muerte, afiebrado y delirante; no me recuperé hasta que mi médico tuvo el cuidado de sacar

de mi caja fuerte un estuche de mis más valiosas joyas y huir el país.

Al verano siguiente tuve ocasión de visitar mi bodega, en un rincón de la cual había construido la fortaleza, que hacía tiempo se encontraba en desuso. Al mover un tonel de oporto, lo arrojé con fuerza contra la pared medianera y me sorprendió descubrir que desplazaba dos grandes piedras cuadradas que formaban una parte de la pared.

Apoyando sobre ellas las manos, las empujé fácilmente y, mirando a través del hueco, vi que habían caído dentro del nicho en el cual yo había emparedado a mi lamentada esposa. Frente a la abertura que su caída había dejado, a una distancia de cuatro pies, estaba la pared que mis propias manos habían construido a fin de encarcelar a la infortunada y gentil esposa. Ante una revelación tan significativa,

comencé a explorar la bodega. Detrás de una hilera de barriles encontré cuatro objetos muy interesantes desde el punto de vista histórico, pero sin valor alguno.

En primer lugar, los restos enmohecidos de

un traje ducal florentino del siglo XI; segundo, un breviario de resplandeciente pergamino con el nombre de Sir Aldebaran Turmore de Peters-Turmore inscripto en colores en la primera página; tercero, una calavera transformada en copa y muy manchada de vino; cuarto, la cruz de hierro de un Caballero Comendador de la Orden Imperial Austríaca de Asesinos por Veneno.

Eso era todo; ni un objeto que tuviera valor comercial, ni papeles, ni nada. Pero esto era suficiente para aclarar el misterio de la fortaleza. Mi esposa había adivinado tempranamente la existencia y el propósito de este apartamen-

to, y, con la destreza del genio había efectuado una entrada, desprendiendo las dos piedras de la pared.

En diferentes oportunidades, y a través de esta abertura, había sustraído la colección entera que, sin duda, logró convertir en dinero.

Cuando con un inconsciente sentido de la justicia (cuyo recuerdo no me trae ninguna satis-

facción) decidí emparedarla, por alguna maligna fatalidad escogí aquella parte donde estaban las piedras removidas y, sin duda antes de que hubiera terminado mi trabajo, ella las movió y, deslizándose hacia la bodega, las volvió a colocar en su sitio. Se escapó del sótano fácilmente, sin ser observada, para disfrutar sus infames ganancias en lejanos lugares. Me he esforzado en procurar una orden de prisión, pero el dignísimo Barón de la Corte de Sumarios y Condenas me recuerda que ella

está legalmente muerta y dice que mi único recurso es apelar ante el Jefe de Cadáveres y solicitar una orden de exhumación y resurrección. Tal parece que debo sufrir sin remedio este enorme daño a manos de una mujer desprovista tanto de principios como de vergüenza.

VISIONES DE LA NOCHE

Tengo la convicción de que el don de los sueños es un valioso obsequio literario, pues, si con alguna técnica aún no descubierta pudiéramos captar, fijar y utilizar las insólitas imágenes que proporciona, tendríamos una literatura «muy por encima de lo corriente». Del mismo modo que los animales adiestrados adquieren nuevas capacidades y aptitudes, ese don podría mejorarse sensiblemente una vez capturado y domesticado. Con ello, doblaríamos las horas productivas y realizaríamos

nuestra más fructífera labor mientras dormimos. Pero, incluso en las condiciones actuales, el mundo de los sueños es un terreno que produce rentas, tal y como demuestra «Kubla Khan».

¿Y qué es el sueño? Pues una desordenada disposición de recuerdos inconexos, una embrollada sucesión de pensamientos que una vez estuvieron presentes en la conciencia insomne. Es una resurrección de todos los muer-

tos en tropel (pasados y recientes, justos e injustos) que, emergiendo de sus tumbas resquebrajadas «con las mismas ropas que llevaban en vida», corren desordenadamente para conseguir una audiencia del director de todo ese baile mientras se desgarran los vestidos unos a otros. Pero, ¿es que realmente hay un director? En absoluto; el que debía serlo renunció a su autoridad y la masa se ha apode-

rado de su voluntad. Murió, pero no resucita con los demás; su capacidad de juicio y de sorpresa ha desaparecido. Puede sentir dolor y alegría, terror y atracción, pero no asombro. Lo monstruoso, absurdo y antinatural se convierte entonces en sencillo, correcto y razonable. Ni lo ridículo divierte ni lo imposible desconcierta. El único poeta verdadero que encontramos es, pues, el soñador; en él «la imaginación es compacta».

Pero la imaginación no es otra cosa que recuerdo. Si no, intenta imaginar algo que nunca hayas visto, sentido, oído o leído. Prueba a

concebir, por ejemplo, un animal que no tenga cuerpo, miembros o cola, o una casa sin paredes ni techo. Cuando estamos despiertos dirigimos y ordenamos nuestros pensamientos por medio de la voluntad y el juicio; seleccionamos y sacamos del almacén de los recuerdos

aquello que nos sirve, y excluimos, no sin dificultad, lo que no nos interesa. Por el contrario, cuando dormimos nuestras fantasías «nos suceden». Aparecen tan agrupadas y mezcladas, tan impregnadas de sus mutuos elementos, que el conjunto parece nuevo; pero las viejas y conocidas unidades de pensamiento son las mismas. Tanto despiertos como dormidos, lo que sacamos de nuestra imaginación son nuevas combinaciones; «la materia de la que están hechos los sueños» es reunida por los sentidos y almacenada en la memoria del mismo modo que las ardillas almacenan nueces. Pero hay al menos un sentido que no contribuye a la fábrica de los sueños: nadie ha soñado nunca un olor. La vista, el oído, el tacto, e incluso el gus-

to trabajan para asegurar nuestro entretenimiento nocturno; pero el sueño no tiene nariz. Sorprende que observadores tan sagaces como

los antiguos poetas no describieran a la divinidad en actitud durmiente, y que sus obedientes siervos, los escultores, no la representaran. Puede que estos últimos, al trabajar para la posteridad, intuyeran que el tiempo y la fatalidad revisarían inevitablemente su obra, y por ello la conformaran a hechos naturales.

¿Quién es capaz de relatar un sueño de tal forma que lo parezca? No creo que exista un poeta con un estilo tan fino; es como intentar transcribir la música de un arpa eólica. Existe una especie conocida del género *Pelmazo* (*Penetrator intolerabilis*) que después de leer una narración -tal vez de algún gran escritor -se las ve y se las desea para exponer su argumento con el fin de instruir y deleitar. Al final considera (¡qué buen espíritu!) que no hace falta leerla. «Bajo condiciones y circunstancias sustancialmente semejantes» (como reza una ley

que rige el comercio interestatal) yo no debería incurrir en una falta similar. Con todo, me propongo exponer en estas hojas la trama de algunos de mis propios sueños, si bien hay que tener en cuenta que aquí «las condiciones y circunstancias» son diferentes, pues mis fantasías no son accesibles al lector. Algunos fragmentos parecerán pobres y sé que al comentarlos no alcanzaré un gran éxito, pero he de reconocer que me resulta imposible apresar a un espíritu tan esquivo como éste.

Caminaba durante el crepúsculo por un enorme bosque de árboles antes nunca vistos, sin saber de dónde venía ni adónde iba. Sentí la desmesurada extensión de aquel lugar y me di cuenta de que estaba completamente solo.

La idea de algún horrible hechizo, como castigo a un crimen olvidado que debía de haber cometido al amanecer, me obsesionaba.

Avancé mecánicamente y sin esperanzas bajo los árboles siguiendo una senda que atra-

vesaba las embrujadas soledades de la espesura. Un tenebroso arroyo cruzaba perezosamente mi camino: era sangre. Giré hacia la derecha y lo seguí durante un largo trecho; al cabo de un rato llegué a un abierto espacio circular, inundado por una luz tenue e irreal, en cuyo centro se podía reconocer un depósito de mármol blanco. Estaba lleno de sangre y el riachuelo que había seguido era su desagüe. Entorno al depósito, entre él y el bosque circundante, había un espacio de unos dos pies de anchura cubierto por grandes losas de mármol sobre las que yacían unos veinte cuerpos humanos sin vida. Aunque no los conté, sabía que su número tenía alguna relación clara y portentosa con mi crimen. Posiblemente indicaba en siglos la fecha en la que lo había cometido; la precisión de la cifra era pues evidente. Los cuerpos estaban desnudos y distribuidos

simétricamente alrededor del tanque como si fueran los radios de una rueda: reposaban sobre la espalda con los pies hacia afuera, y sus cabezas, abatidas sobre el borde de la cubeta,

mostraban un corte en la garganta del que brotaba sangre lentamente. Observé toda la escena sin hacer el menor movimiento. Era el resultado natural y necesario de mi pecado y, por ello, no me afectaba. Pero había algo que me llenaba de aprensión y temor, una pulsación monstruosa que tenía un ritmo lento e inexorable. No sé si se dirigía a alguno de mis sentidos o si llegaba directamente a mi conocimiento a través de algún camino desconocido para la ciencia. La lastimosa regularidad de su amplia cadencia era enloquecedora e invadía todo el bosque. Parecía la manifestación de un mal gigantesco e implacable.

No recuerdo nada más de este sueño. Domi-

nado probablemente por el pánico *cuyo* origen debía de ser el malestar propio de una mala circulación sanguínea, grité y mi propia voz me despertó.

Este otro sueño aconteció en los primeros años de mi juventud. No tendría más de dieciséis años y, a pesar del tiempo transcurrido,

recuerdo lo que en él ocurría con la misma claridad que cuando apenas había pasado una hora y yacía encogido de miedo bajo la colcha. Me encontraba solo en una inmensa llanura y era de noche (en mis pesadillas siempre suelo estar solo y normalmente es de noche). No había árboles, ni ríos ni colinas, ni rastro alguno de presencia humana. El terreno estaba cubierto de una vegetación rala y oscura, una especie de rastrojos, que recordaba que la llanura había sido arrasada por el fuego. El camino por el que deambulaba mostraba algunos

charcos que desaparecían y volvían a aparecer, como si al fuego le hubiera seguido la lluvia.

Unos oscuros nubarrones desplazaban aquellas partes de cielo reflejadas en los charcos. Al desaparecer, daban paso al brillo acerado de los astros, a cuya luz álgida las aguas mostraban un lustre sombrío. Me dirigí hacia el oeste, donde un fulgor escarlata resplandecía en el horizonte bajo largas franjas nubosas, produciendo un efecto de lejanía inconmensurable,

semejante a la que había aprendido a escudriñar en los dibujos de Doré, quien, con cada trazo, formulaba un presagio y una maldición.

Mientras avanzaba vi siluetas de torres y almenas que se perfilaban contra ese escenario misterioso y que crecían cada vez más hasta alcanzar unas dimensiones inimaginables.

Aquella construcción que iba llenando mi amplio ángulo de visión no parecía, sin embargo,

estar más cercana. Desesperado y sin ánimos, continué avanzando con dificultad por la condenada y lúgubre llanura, mientras la enorme estructura siguió creciendo hasta resultar inabarcable con la vista. Sus torres eclipsaron completamente las estrellas. Entonces atravesé un pórtico descomunal cuyas columnas estaban construidas con sillares ciclópeos.

El interior, completamente vacío, mostraba el polvo propio del abandono. Una luz difusa – esa luz que sólo existe en los sueños, y que tiene vida propia- me permitió recorrer largos pasillos que parecían no tener fin y atravesar

estancias enormes cuyas puertas cedían a mi paso. Mis pisadas resonaban con el mismo eco que en las mansiones abandonadas y en las criptas habitadas. Caminé durante horas por aquella horrible soledad, consciente de que buscaba algo desconocido. Por fin, me en-

contré en lo que supuse el último rincón del edificio: una habitación de dimensiones normales con una única ventana. A través de ella volví a ver el resplandor rojizo que, como un signo inequívoco, se extendía hacia el occidente, y reconocí en él al fuego inmutable de la eternidad. Por encima de aquel fulgor siniestro y amenazante llegaba la terrible verdad que años más tarde, como un capricho extravagante, intenté expresar en verso:

Hace tiempo el hombre desapareció del orbe.

La corte de ángeles cayó en tumbas ignoradas.

También los diablos han quedado fríos al fin,

Y hasta el mismo Dios yace al pie del gran trono blanco.

A pesar del resplandor, era difícil ver en la

oscuridad reinante y pasó algún tiempo antes de que descubriera, en el rincón más alejado

de la habitación, los contornos de una cama a la que me acerqué con un fatal presentimiento. Sospechaba que la parte funesta de mi aventura terminaría con un clímax espantoso, pero no pude resistirme al hechizo que me empujaba a concluirla. Sobre la cama, medio desnudo, yacía el cadáver de un hombre. Estaba boca arriba, con los brazos pegados a los costados. Al inclinarme sobre él, cosa que hice con asco pero sin miedo, descubrí que estaba horriblemente descompuesto. Las costillas sobresalían entre la carne apergaminada y, a través del vientre hundido, asomaban las protuberancias de la espina dorsal. Tenía el rostro renegrado y acartonado, y sus labios, algo separados de unos dientes amarillentos, castigaban su semblante con una sonrisa horrenda. Un abultamiento bajo los párpados parecía indicar que los ojos habían escapado a la destrucción general. Y así era, pues cuando me acerqué a ver-

los, se abrieron lentamente y se clavaron en los míos con una mirada sólida y tranquila. Tratad de imaginar mi espanto, pues me resulta imposible describirlo: ¡aquellos ojos eran los míos! Esos someros restos de una especie desaparecida, ese engendro horrible que ni el tiempo ni la eternidad habían conseguido destruir, aquel desperdicio tan odioso y aborrecible que continuaba vivo tras la muerte de Dios y de los ángeles... ¡era yo!

Hay sueños que se repiten. De ellos hay uno¹¹ que me parece suficientemente raro como para justificar su relato, aunque me temo que el lector llegue a pensar que el reino de los sueños es cualquier cosa menos un terreno feliz por el que mi alma vaga a altas horas. Y no es así. Un gran número de mis incursiones en el mundo onírico, y supongo que muchas de las de los demás, van acompañadas de los más

11 Por sugerencia mía, la difunta Flora McDonald Shearer puso este relato en forma de soneto en su libro de poemas *La leyenda de Aulus*.

felices finales. Mi imaginación retorna al cuerpo como la abeja a la colmena, cargada de un botín que, con la ayuda del azar, se transforma en miel y se almacena en las celdas del recuerdo como un gozo eterno. Pero el sueño que voy a relatar tiene un carácter doble; se trata de una experiencia extrañamente horrorosa, pero el horror que inspira es tan absurdamente desproporcionado al incidente que lo provoca que, al recordarlo, su fantasía divierte.

Atravieso un claro en una zona escasamente boscosa. Entre el cordón de árboles diseminados alrededor de ese espacio irregular, se ven algunos campos cultivados y viviendas en las que habitan inteligencias extrañas. Debe de estar a punto de amanecer porque, a través de

las neblinas que llenan caprichosamente el paisaje, se ve una luna casi llena que, de un color rojo sanguinolento, desciende por el oeste. La hierba que piso está húmeda por el rocío y toda la escena tiene la luz de plenilunio de una mañana estival. Junto al camino hay un caba-

llo que pasta ruidosamente. Cuando paso a su lado levanta la cabeza y, sin hacer el menor movimiento, me observa durante un rato.

Después se acerca. Es blanco como la leche, manso de porte y de aspecto amigable. «Este caballo es un alma apacible», me digo mientras me detengo a acariciarlo. Con los ojos fijos en los míos, se aproxima más y me habla con voz humana, con palabras articuladas. Esto, más que sorprenderme, me aterroriza, y rápidamente me despierto.

El caballo siempre habla mi lengua, pero nunca entiendo lo que dice. Supongo que será

porque salgo de su mundo antes de que se acabe de expresar. Seguro que a él le asusta tanto mi repentina desaparición como a mí su forma de hablarme. Daría cualquier cosa por conocer el significado de sus palabras.

Tal vez una mañana lo haga y ya no regrese nunca más a este nuestro mundo.

EL CUENTO DEL COMANDANTE

Pienso que en los días de la Guerra Civil las bromas pesadas no estaban tan desacreditadas como ahora. Sin duda se debía a nuestra extremada juventud –los hombres eran mucho más jóvenes que los de ahora, y el hombre muy joven ha gozado eterna–mente de un espíritu muy alegre, que desemboca generalmente en las payasadas. ¡No os podéis imaginar qué jóvenes eran los hombres de los primeros años de la década de los sesenta! Sí, la edad media del Ejercito Federal en su totali-

dad no era más de veinticinco años; dudo de si sería más de veintitrés, pero al no tener las estadísticas sobre ese particular (si hay algunas) prefiero ser prudente: diremos veinticinco. Es cierto que un hombre de veinticinco era en aquella época heroica mucho más hombre que uno de la misma edad ahora; podríais comprobarlo mirándolo. Su rostro carecía de esa inmadurez tan destacada en su sucesor. Nunca veo a un joven ahora sin observar qué des-

agradablemente joven es en realidad; sin embargo durante la guerra no pensábamos en absoluto en la edad de un hombre a menos que casualmente se encontrara bastante bien a lo largo de su vida. En ese caso no se podía evitar, pues la fealdad de la edad atacaba el rostro humano entonces mucho antes que ahora; supongo que era el resultado del duro servicio —quizás, hasta cierto punto, del alcohol, ya

que, ¡caramba!, derramamos abundantemente la sangre de la uva y el cereal durante la guerra. Recuerdo pensar en el general Grant, quien no podía tener más de cuarenta, como en un anciano bastante bien conservado, considerando sus costumbres. En cuanto a los hombres de mediana edad –digamos de cincuenta a sesenta– sí, todos parecían adecuados para hacer el papel del Último de los Hititas, o del Matusalén de Madagascar, en un museo. Con seguridad, amigos míos, los hombres de aquella época eran mucho más jóvenes que los hombres de hoy, pero parecían mucho más

viejos. El cambio es bastante notable.

Decía que las bromas pesadas entonces no estaban anticuadas. Al menos no en el ejército; aunque posiblemente en la vida más seria del civil no encontrarán lugar excepto embreando y emplumando a una “víbora” circunstancial.

Supongo que todos sabéis lo que era una “víbora”, así que iré directamente a mi relato sin comentario introductorio, como es mi estilo.

Era unos pocos días antes de la batalla de Nashville. El enemigo nos había sacado del norte de Georgia y Alabama. En Nashville fuimos acorralados y fortificamos, mientras que el viejo Pap Thomas, nuestro comandante, se apresuraba a traer refuerzos y pertrechos de Louisville. Al mismo tiempo Hood, el comandante confederado, nos había sitiado parcialmente y estaba lo suficientemente cerca como para haber arrojado proyectiles en el corazón de la ciudad. Por norma se abstenía –supongo que temía matar a las familias de sus propios

soldados, muchísimos de los cuales habían vivido allí. Algunas veces me preguntaba cuáles eran los sentimientos de aquellos tipos, mi-

rando por encima de nuestras cabezas a sus propios hogares, donde sus esposas y niños o sus ancianos padres quizás carecían de lo necesario para vivir, y ciertamente (así discurriría su razonamiento) encogiéndose de miedo bajo la tiranía y poder de los bárbaros yanquis. Para comenzar, entonces, por el principio. En aquella época yo estaba sirviendo en el estado mayor de un comandante de división cuyo nombre no desvelaré, pues estoy contando hechos, y la persona a la que se refieren los más fuertes puede que tenga parientes vivos a quienes no les importaría tenerla localizada. Nuestro cuartel general se encontraba en una gran vivienda situada justo detrás de nuestra línea de fortificación. Había sido abandonada apresuradamente por los ocupantes civiles, quienes habían dejado todo bastante parecido a como estaba –probablemente no tenían espa-

cio para guardarlo, y confiaban en que el Cielo lo protegería de la codicia federal y de la artillería confederada. Por lo que respecta a lo último estábamos tan preocupados como ellos. Revolviendo una tarde en algunos de los aposentos y armarios, algunos de nosotros encontramos un abundante surtido de ropa femenina –vestidos, chales, gorras, sombreros, enaguas y Dios sabe qué; no podría haber dado nombre en aquel momento a la mitad. La contemplación de todo este precioso botín inspiró en uno de nosotros lo que a él le agradó llamar “idea”, la cual, cuando fue sometida a los otros diablillos y bribones del grupo, fue al instante aprobada con entusiasmo. Procedimos de inmediato a obrar de acuerdo con la idea en pos de la perdición de uno de nuestros camaradas.

La víctima elegida fue un edecán¹², el lugar-

¹² Es la traducción de aide, forma abreviada del término

francés aide-de-camp. Es posible también la traducción ayudante de campo.

teniente Haberton, por llamarle de algún modo. Era un buen soldado –un tipo tan gallardo que siempre llevaba espuelas; pero tenía un defecto intolerable: era un donjuán, y como la mayor parte de su clase, incluso en aquella época, impaciente por que todos lo supieran. Nunca se cansaba de relatar sus hazañas amorosas, y no es necesario que diga lo fastidioso que resulta ese tipo de narración a todo el mundo excepto al narrador. Sería fastidioso aun cuando fuera animada y alegre, pues todos los hombres son rivales en el favor femenino, y contar tus éxitos a otro hombre es despertar en él un resentimiento mudo, mitigado por la incredulidad. No lo convencerás de que se lo cuentes para que se entretenga; él no entenderá nada en el cuento sino una expresión

de tu propia vanidad. Además, como la mayoría de los hombres, libertinos o no, quieren ser considerados libertinos, es muy probable que él se ofenda por una estúpida e injusta conclusión que sospecha que tu has extraído

de su reserva en materia de sus propias aventuras –a saber, que él no ha tenido ninguna. Si, por otro lado, no tiene escrúpulos acerca del asunto y su reserva se debe a la falta de oportunidad para hablar, o de habilidad en sacar partido, ¡toma!, entonces estará malhumorado porque tú “tienes la palabra” y la quiere él. En resumen, no existen circunstancias bajo las que un hombre, incluso por el mejor de los motivos, o por ningún motivo en absoluto, pueda contar sus proezas en el amor sin reducir claramente la estima de su censor masculino; y aquí yace un justo castigo para tales cosas como besar y contar. En mi época de ju-

ventud yo mismo gozaba del favor de las damas, y conservo en la memoria muchas cosas sobre ellas que sin duda podría convertir en narrativa aceptable si no hubiera emprendido otro cuento, y si no fuera mi costumbre relatar una cosa secuencialmente, dirigiéndome inmediatamente al final, sin digresión.

El lugarteniente Haberton era, hay que con-

fesarlo, un hombre singularmente atractivo y con modales simpáticos. Supongo que era, juzgándolo desde el criterio imperfecto de mi sexo, lo que las mujeres denominan “fascinante”. Ahora bien, las cualidades que hacen que un hombre resulte atractivo a las damas acarrear un doble inconveniente. En primer lugar, son de un tipo que otros hombres perciben pronto, y aquellos que no las tienen son los que las perciben antes. Su poseedor, temido por todos estos, es habitualmente calum-

niado por ellos como auto-defensa. A todas las damas en cuyo bienestar ellos se creen con derecho a voz e interés, les insinúan los vicios y la general indignidad del “hombre de las damas” en términos carentes de duda, y a sus esposas les cuentan sin pudor las falsedades más monstruosas acerca de él. No les refrena la consideración de que él es su amigo; las cualidades que han atraído su admiración hacen necesario avisar a aquellos para quienes el atractivo resultaría peligroso. Así que el hom-

bre de personalidad encantadora, a la vez que es amado por todas las damas que lo conocen bien, aunque no demasiado bien, debe soportar con toda la fortaleza posible la consciencia de que aquellos otros que lo conocen sólo “por su reputación” le consideran un réprobo desvergonzado, un hombre vicioso e indigno –un tipo y ejemplo de depravación moral. Por

nombrar el segundo inconveniente vinculado a sus encantos: generalmente lo es.

Para seguir adelante con nuestro animado relato (y según mi opinión un relato una vez comenzado no debería sufrir obstrucción) es necesario explicar que un joven agregado a nuestro cuartel como ordenanza era notablemente afeminado en el rostro y la figura. No tenía más de diecisiete años y poseía una cara perfectamente suave y unos ojos grandes y brillantes, que debían haber sido la envidia de muchas mujeres bonitas en aquella época. ¡Y qué bonitas eran las mujeres de entonces! ¡y qué graciosas! Las del Sur mostraban en su

conducta hacia nosotros los yanquis cierta arrogancia, pero, por lo que a mí respecta, la encontraba menos insoportable que la asidua indiferencia con la que las damas de esta nueva generación, a quien de veras juzgo despro-

vista de sentimiento y sensibilidad, reciben las atenciones de uno.

A este joven ordenanza, cuyo nombre era Arman, le persuadimos –por medio de argumentos que no tengo el deber de decir– para que se vistiera con ropa femenina y se hiciera pasar por una dama. Cuando lo habíamos ataviado a nuestro gusto –y parecía realmente una muchacha encantadora– fue conducido a un sofá situado en la oficina del ayudante-general. Ese oficial estaba en el secreto, como de hecho estaban todos excepto Haberton y el general; dentro de la imponente dignidad que rodeaba al último existían posibilidades de desaprobación que estábamos poco dispuestos a hacer frente.

Cuando todo estaba listo fui hacia Haberton

y le dije: “Lugarteniente, hay una joven en la oficina del ayudante-general. Es la hija del in-

surrecto propietario de esta casa, y creo que ha venido a comprobar su tenencia actual. Nadie de nosotros sabe cómo hablar con ella, sin embargo pensamos que usted le diría lo correcto –al menos le diría las cosas de modo correcto.

¿Le importaría venir?”

Al lugarteniente no le importó; se aseó rápidamente y me acompañó. Mientras recorríamos un largo pasillo hacía la Presencia encontramos un obstáculo formidable –el general.

“Oiga, Broadwood,” dijo, dirigiéndose a mí en ese modo familiar que daba a entender que estaba de excelente humor, “hay una dama en la oficina de Lawson. Es sumamente bella – vino en una misión de salvamento o de justicia, no hay duda. Tenga la bondad de conducirla a mi alojamiento. No les cargaré a ustedes, los jovencitos, con todos los asuntos de esta división,” añadió a modo de guasa.

Esto resultaba inoportuno y había que hacer

algo.

“General,” dije, “no juzgué que el asunto de la dama tuviera la suficiente importancia como para molestarlo. Ella es una de las enfermeras de la Comisión Sanitaria, y únicamente quiere comprobar algunas provisiones para el hospital de viruela donde está de servicio. Se la enviaré enseguida.”

“No se preocupe,” dijo el general, reanudando su camino, “quizá Lawson pueda encargarse de esto.”

¡Ah, el intrépido general! Mientras yo observaba cómo se alejaba y me reía del éxito de mi treta, pensaba que en esa semana ¡él estaría “muerto en el campo del honor”! No era él el único de nuestra pequeña casa militar a quien acechaba la sombra del ángel de la muerte, y quien podría casi haber oído “el batir de sus alas”. En aquella cruda mañana de diciembre, unos pocos días después, cuando desde una

hora antes del amanecer hasta las diez en punto permanecíamos sentados a caballo en aque-

llas colinas heladas, esperando a que el general Smith comenzara la batalla a varias millas de distancia a la derecha, éramos ocho. Cuando finalizó el combate éramos tres. Ahora sólo hay uno. A pesar de todo sed un poquito indulgentes con él, oh, generación ahorrativa; él no es sino uno de los horrores de la guerra apartado de su época e introducido en la vuestra. Sólo es el esqueleto inofensivo en vuestra fiesta y danza pacífica, que responde a vuestra carcajada y baile heroico, con el crujir de los dedos de la mano y el movimiento brusco del cráneo –aunque en una ocasión apropiada, con una pareja de su elección, podría bailar un poquito con el mejor de vosotros.

Al entrar en la oficina del ayudante-general observamos que todos los oficiales estaban

allí. El propio ayudante-general estaba muy ocupado en su mesa de despacho. El comisario de subsistencia jugaba a las cartas con el oficial médico en el saledizo de una ventana. El resto se hallaba en varios lugares de la habitación,

leyendo o conversando en un tono bajo. En el sofá situado en un rincón poco iluminado del cuarto, a cierta distancia de cualquiera de los grupos, estaba sentada la “dama”, muy envuelta en velos, con los ojos modestamente fijados en los dedos de sus pies.

“Señora,” dije, avanzando con Haberton, “este oficial estará encantado de servirle si está en sus manos. Confío en que esté”.

Con una reverencia me retiré al rincón más alejado de la habitación y tomé parte en la conversación que tenía lugar allí, aunque no tenía la más ligera noción de lo que trataba, y mis observaciones carecían de relevancia a

cualquier asunto bajo los cielos. Un agudo observador se habría dado cuenta de que todos nosotros estábamos mirando a Haberton atentamente y sólo “haciendo creer” que realizábamos otra cosa.

Merecía la pena observarlo, también; el hombre era simplemente una edición de lujo de un “Manual de Conducta”. Mientras que la

“dama” exponía lentamente su relato de quejas contra nuestra soldadesca ilegal y mencionaba ciertos ejemplos de caprichosa indiferencia por los derechos de propiedad –entre ellos, sobre el inminente peligro de destruir nuestros flancos que nosotros acertamos a oír parcialmente, el saqueo de su propio ropero–, la mirada de agonía compasiva en el atractivo rostro de Haberton era la flor y el fruto del histrionismo. Sus asentimientos respetuosos y aprobatorios ante las varias declaraciones de

la dama se llevaban a cabo de modo tan exquisito que uno no podía evitar lamentar su naturaleza insustancial y la imposibilidad de guardarlos en cristal para la instrucción y el deleite de la posteridad. Y a cada momento el infeliz acercaba cada vez más su silla. Una o dos veces miró en torno para comprobar si estábamos observando, pero nosotros en apariencia éramos totalmente inconscientes de todo excepto de los demás y de nuestras varias diversiones. El murmullo bajo de nuestra con-

versación, el golpecito suave de las cartas cuando caían en el juego y la marca enérgica de la pluma del ayudante-general mientras cerraba incontables páginas de palabras sin sentido eran los únicos sonidos percibidos. No — había otro: a largos intervalos el estampido distante de un arma pesada, seguido del ataque próximo del disparo. El enemigo se di-

vertía.

En estas ocasiones la dama no era quizás el único miembro de esa compañía que estaba asustada, pero estaba más asustada que los demás, levantándose de vez en cuando del sofá y permaneciendo con las manos apretadas, el auténtico retrato de terror e indecisión.

Naturalmente Haberton en estos momentos la devolvía a su asiento con infinita ternura, asegurándole que estaba a salvo y lamentando su peligro al mismo tiempo. Quizás era correcto que él tomara posesión de la mano enguantada de la dama y de un sitio al lado de ella en el sofá; pero ciertamente era muy poco decoroso

que tomara posesión de ambas manos cuando —estampido, silbido, ¡ZAS!

Nos levantamos de un salto. Un proyectil se había estrellado contra la casa y había explotado en la habitación situada encima de noso-

tros. Una gran cantidad de yeso nos cayó encima. Aquella joven dama modesta y quejosa se quedó erguida.

“¡Jerusalén da saltos!”, gritó ella.

Haberton, que también se había levantado, estaba como petrificado –como una estatua de sí mismo erigida en el lugar de su asesinato.

Ni hablaba, ni se movía, ni apartó una sola vez los ojos de la cara del ordenanza Arman, que estaba ahora tirando su indumentaria femenina a derecha e izquierda, exponiendo sus encantos de la manera más desvergonzada; mientras tanto fuera en la noche y lejos en los campamentos iluminados insertos en los espacios negros entre las líneas de hostilidad ¡sonaba el mar de nuestra inagotable risa! ¡Ah, qué vida tan feliz era la de aquellos días heroi-

cos en los que los hombres no habían olvidado cómo reír!

Haberton volvió despacio en sí. Miró alrededor comprendiendo algo más; después gradualmente transformó su semblante en la sonrisa más forzada que jamás calumniara cualquier sonrisa. Movi6 la cabeza y lanzó una mirada maliciosa.

“¡A mí no me engaña nadie!” dijo.

UNA VACA ALMOHAZADA¹³

Mi tía Patience, que cultivaba una pequeña granja en el estado de Michigan, tenía una vaca favorita. Esta criatura no era una vaca buena ni provechosa, pues en lugar de dedicar una parte de su tiempo libre a la secreción de leche y a la producción de terneras, concentraba todas sus facultades en el arte de dar coces. Coceaba todo el día y se levantaba en medio de la noche para cocear. Daba coces a cualquier cosa –a las gallinas, a los cerdos, a las estacas, a las piedras sueltas, a los pájaros en el

aire y a los peces que saltaban fuera del agua; para esta vaca imparcial y de mentalidad católica todo era igual –todo de igual modo indigno. La vaca de mi tía Patience era como el anciano Timotheus, el cual “elevó un mortal a los cielos”; aunque, en palabras de un poeta pos-

13 Almohazar (i. curry) significa estregar a las caballerías con la almohaza para limpiarlas. La almohaza (i. currycomb) es una chapa de hierro con cuatro o cinco serrezuelos de dientes menudos y romos, y un mango.

terior a Dryden¹⁴, ella lo hacía “con mucha más rudeza y frecuencia”. Era agradable verla abrirse paso a través de un poblado corral.

Lanzaba a derecha e izquierda, primero con una pata trasera y después con la otra, y a veces, si las condiciones eran favorables, tenía a la vez un número considerable de animales domésticos en el aire.

Sus coces, asimismo, eran tan admirables cualitativamente como inagotables cuantitativamente. Eran superiores sin comparación a aquellas de las vacas poco instruidas que no

14 John Dryden (1631-1700) fue un poeta, dramaturgo y prosista inglés, nacido en Aldwinkle-All-Saints y muerto en Londres. En 1654 recibió el cargo de secretario con Milton y Marvel. Cambió a menudo de ideas políticas y religiosas, militando, sucesivamente, con los puritanos, anglicanos y católicos; en 1688 fue nombrado poeta laureado y en 1670, historiógrafo regio. Escribió *Annus Mirabilis*, *Original Poems and Translations*, *Absalom*, *Achitophel*, *Mac Flecknoe*. Entre sus comedias destaca *Marriage-à-la mode*. Es autor de tragicomedias y tragedias heroicas.

habían hecho de este arte una dedicación vital —eran meras aficionadas que cocebaban “de oído”, como se dice en música. Una vez la vi si-

tuada en el camino, supuestamente inmersa en un profundo sueño, y rumiando con una especie de lasitud propia de una mañana de domingo, lo mismo que se rumia en un sueño. Olfateando a su lado, felizmente inconsciente del peligro cercano y absorto en los pensamientos de su amor, se hallaba un gigantesco cerdo negro –un cerdo del tamaño aproximado y del aspecto corriente de un rinoceronte primal. De pronto, mientras yo miraba –sin un movimiento visible por parte de la vaca, sin ningún estremecimiento perceptible en su cuerpo, ni un lapso en la plácida regularidad de su rumia– aquel cerdo se había marchado de allí –se había despedido del todo. Sin embargo a lo lejos hacia el claro horizonte una diminuta manchita negra cruzaba el empíreo a la velocidad de un meteoro, y en un momento había desaparecido, sin explosión audible,

más allá de las lejanas colinas. Puede que fuera aquel cerdo.

Almohazar a las vacas no es, creo, una práctica habitual, incluso en Michigan; pero como ésta nunca había necesitado que la ordeñaran, por supuesto tenía que someterse a alguna forma equivalente de persecución; e irritar su piel con una almohaza se consideraba una atención tan desagradable como un afecto serio podía idear. Al menos ella lo creía así; aunque sospecho que su dueña realmente lo pretendía para el provecho temporal de la buena criatura. De cualquier modo mi tía siempre ponía como condición cuando empleaba a un criado para la granja que él tendría que almohazar a la vaca todas las mañanas; pero después de las pruebas suficientes que le permitían autoconvencerse de que no era un espasmo repentino, ni un mero trastorno local, el criado siempre anunciaba su intención de abandono, azotando a la bestia con algún

cuerpo extraño y luego cojeando hacia su casa

en dirección a su canapé. No sé a cuántos hombres la criatura dejó sin trabajar para mi tía de este modo, pero a juzgar por el número de cojos en esa parte de la región, diría que muchos; aunque algunas cojeras puede que fueran indirectamente adquiridas, a partir de los sufridores originales, por sus descendientes, y algunas puede que se produjeran por contagio.

Pienso que el de mi tía era un sistema agrícola defectuoso. Es verdad que el trabajo en la granja no le costaba nada, pues todos los trabajadores dejaban su servicio antes de recibir el salario; pero como la fama de la vaca se extendió al extranjero a través de los varios estados y territorios, se hizo cada vez más difícil conseguir obreros; y, después de todo, la favorita estaba imperfectamente almohazada. Se

comentaba habitualmente que la vaca había destrozado la granja “a coces” –una metáfora grosera, que daba a entender que la tierra no se cultivaba debidamente, ni las dependencias

ni las cercas se reparaban adecuadamente.

Era inútil reconvenir a mi tía: reconocía todo, sin corregir nada. Su difunto esposo había intentado reformar el abuso de este modo, y había discutido todo lo que le dio la gana hasta que reconvino con una muerte prematura; y el funeral se retrasó todo el día, hasta que se consiguió un nuevo director de pompas fúnebres, pues el que estaba dispuesto en un principio se había comprometido en tono de confianza a almohazar a la vaca a petición de la viuda.

Desde ese momento mi tía Patience no estaba en el mercado matrimonial; el amor a esa vaca había usurpado en su corazón el lugar de un

afecto más natural y ventajoso. Pero cuando vio sus semillas sin sembrar, sus cosechas sin recoger, sus cercas cubiertas de zarzas y sus prados repletos de los altísimos cardos de Canadá, pensó que lo mejor era tomar esposo.

Cuando se supo que mi tía Patience pretendía matrimonio hubo un intenso alboroto popu-

lar. Todos los varones adultos se convirtieron enseguida en hombres casaderos. Las estadísticas criminales del condado de Badger muestran que sólo en aquel año tuvieron lugar más matrimonios que en cualquier década antes o después. Pero ninguno de ellos era el de mi tía. Los hombres se casaban con sus cocineras, con sus lavanderas, con las madres de sus esposas muertas, con las hermanas de sus enemigos –se casaban con quienquiera que se quisiera casar; y cualquier hombre que, por medios rectos o noviazgo, no pudiera conseguir

esposa acudía a un juez de paz y hacía una declaración jurada afirmando que tenía algunas esposas en Indiana. Tal era el temor de casarse en vida con mi tía Patience.

Ahora bien, por lo que respecta al afecto de mi tía ella era, como el lector ya habrá supuesto, una mujer bastante resuelta; y dado que la extraordinaria epidemia casamentera no había dejado sino un varón elegible en todo aquel condado, ella había puesto su corazón en

aquel varón elegible; después fue y lo trajo con alguna dificultad a su hogar. Resultó ser un alto párroco metodista de nombre Huggins.

Aparte de su longitud desmedida, el pastor Berosus Huggins no era tan mal tipo, y no se dejaba engañar por nadie. Sin embargo, supongo que era el mortal más feo en toda la mitad norte de América –con su semblante delgado, anguloso, cadavérico e irracionalmente

solemne. Por lo general llevaba un sombrero negro de copa baja, tan profundamente encasquetado en la cabeza que le eclipsaba parcialmente los ojos y le oscurecía totalmente la amplia gloria de los oídos. El otro único artículo visible de su indumentaria (exceptuando un par de botas de piel de vaca arrugada, por las cuales la palabra “limpiar” podría ser considerada el fragmento insignificante de un idioma perdido) era una levita negra muy ceñida, preternaturalmente larga en el talle, cuyos faldones le caían sobre los talones, absorbiendo el rocío. Siempre la llevaba perfectamente aboto-

nada desde el cuello hacia abajo. De esta manera vestido se parecía bastante a un espectro. Su aspecto era tan claramente antinatural e inhumano que siempre que entraba a un maizal, los grajos abandonaban temporalmente su tarea para posarse sobre él en bandadas, lu-

chando por los mejores puestos a lo largo de su persona, declarando así su desprecio por los débiles inventos del granjero.

El día después de la boda mi tía Patience llamó al pastor Berosus a la sala de consejo, y abrió su mente con el siguiente propósito:

“Pues bien, Huggy, querido, te diré lo que hay que hacer con respecto a la casa. En primer lugar, debes arreglar todas las cercas, quitando las malas hierbas y reprimiendo las zarzas con mano dura. Después tienes que exterminar los cardos de Canadá, arreglar el carro, reparar un arado o dos, y en general poner todas las cosas en orden. Esto te impedirá hacer travesuras durante casi dos años; por supuesto tendrás que dejar de predicar, de momento.

Tan pronto como tú —¡Oh! olvidaba a la pobre Phoebe. Ella”—.

“Sra. Huggins,” interrumpió su solemne es-

poso, “espero ser el medio, según la Divina Providencia, que lleve a cabo todas las reformas necesarias en el gobierno de esta granja. Pero la hermana que tú mencionas (confío en que no sea de la gente mundana) –.tengo el placer de conocerla? De hecho, el nombre suena familiar, pero–”.

“¡No conoces a Phoebe!” gritó mi tía, con verdadero asombro; “creía que todo el mundo en Badger conocía a Phoebe. ¡Pues tendrás que rascar sus patas todas las benditas mañanas de tu vida!”.

“Te aseguro, señora,” contestó dignamente el pastor Berosus, “que me produciría un santo placer satisfacer las necesidades espirituales de la hermana Phoebe, hasta lo que alcanza mi capacidad débil e indigna; pero, realmente, me temo que el servicio meramente secular del que tú hablas debe ser confiado a manos más

habilidosas y, sugeriría con todo respeto, femeninas”.

“¡Cómo, veeeeeejo toooooonto!” contestó mi tía, abriendo sus ojos con infinita sorpresa, “¡Phoebe es una vaca!”.

“En ese caso,” dijo el marido, con serenidad imperturbable, “desde luego que me tocará a mí comprobar que su bienestar carnal está debidamente atendido; y estaré feliz de dedicar a sus patas tanto tiempo como pueda arrebatar, sin pecar, a mi lucha contra Satán y los cardos de Canadá”.

Dicho esto el pastor Sr. Huggins apretó el sombrero contra los hombros, pronunció una breve bendición sobre su novia, y se dirigió al corral.

Ahora bien, es necesario explicar que él sabía desde el principio quién era Phoebe, y estaba familiarizado, de oídas, con todas sus cualidades pecaminosas. Además, se había hecho a sí mismo el honor de hacerle una visita, perma-

neciendo cerca de su persona, pero fuera de su

alcance, durante más de una hora y dejando que ella lo examinara con calma desde todas las cuartas de la brújula. En resumen, él y Phoebe se habían explorado mutuamente y se habían preparado para la acción.

Entre los artículos de confort y lujo que fueron a componer la dote del buen pastor, y que su esposa había hecho que fuese transportada a su nuevo hogar, estaba una bomba patentada hecha de hierro fundido de unos siete pies de altura. Ésta había sido depositada cerca del corral, con miras a ser bien colocada sobre el tablaje que había encima del corral. El Sr.

Huggins buscaba ahora este invento y transportándolo a su destino lo colocó en posición, atornillándolo con firmeza a las tablas. Después se despojó de su larga gabardina y del sombrero, abotonando la primera holgada-

mente sobre la bomba, a la que casi ocultaba, y colgando el último de la cima de la estructura. La palanca de la bomba, cuando era presionada, se torcía por fuera entre los faldones de la

levita, extrañamente como una cola, pero contando con esta excepción apenas visible, cualquier observador imparcial hubiera declarado que aquello era el Sr. Huggins, con una apariencia extraordinariamente buena.

Terminados los preparativos, el buen hombre cerró con cuidado la puerta del corral, sabiendo que tan pronto como Phoebe, que estaba luchando en el huerto, notara la precaución vendría y entraría brincando para frustrarla, lo cual al final hizo. Su dueño, mientras tanto, se había tumbado, sin levita y sin sombrero, a lo largo del exterior de la cercana valla de tablas, donde pasó el tiempo de manera muy agradable, cogiendo un catarro de muerte y mirando

a través de un agujero en la madera.

Al principio, y durante un rato, el animal fingía que no veía a la figura sobre la plataforma. De hecho le volvió el lomo en cuanto llegó, simulando un sueño ligero. Al descubrir que esta estratagema no alcanzaba el éxito que ella esperaba, la abandonó y permaneció va-

rios minutos indecisa, rumiando de una manera poco entusiasta, pero obviamente dándole muchas vueltas a la cabeza. Después empezó a olfatear por el suelo como si estuviera totalmente absorta en la búsqueda de algo que había perdido, virando aquí y allí, pero cada vez acercándose más al objeto de su perverso propósito. Al llegar a la distancia del habla, se quedó quieta durante un momentito haciendo frente a la figura fraudulenta, después alargó el hocico hacia ella, como para que la acariciara, intentando dar la impresión de que las ca-

ricias y la diversión eran más para ella que la riqueza, el poder y los aplausos del populacho –a lo que la habían acostumbrado toda su dulce juventud y sin lo cual no podía seguir. Entonces se aproximó un poco más, como para estrechar la pata, manteniendo todo el tiempo la expresión más amable en el rostro y realizando todo tipo de seductores saludos, guiños y sonrisas. De pronto dio una vuelta en torno y con la rapidez del relámpago descargó una

terrible coz –una coz de fuerza y furia inconcebibles, incomparable a nada en la naturaleza excepto a ¡un relámpago procedente de un cielo claro!

¡El efecto fue mágico! Las vacas cocean no hacia atrás sino de lado. El impacto que estaba destinado a golpear terriblemente al falso teólogo, reaccionó sobre el propio animal, y eso y el dolor juntos hicieron que ella girara como

una peonza. Tal era la velocidad de su rotación que parecía una confusa vaca circular, rodeada por un anillo continuo como el del planeta Saturno —¡el mechón blanco del extremo de aquel rabo que arrastraba todo! Luego, a la vez que la ininterrumpida fuerza centrífuga disminuía y se debilitaba, empezó a tambalearse y a perder el equilibrio, y finalmente, cayendo de lado, rodó sobre su lomo y se quedó inmóvil con todas sus patas en el aire, creyendo francamente que de alguna manera el mundo se había colocado encima de ella y que lo sostenía a costa de su comodidad per-

sonal. Después perdió el conocimiento.

Cuánto tiempo permaneció inconsciente nunca lo supo, pero por fin vino en sí, y viendo la puerta abierta de su establo, “más dulce que todo el cercano paisaje que le sonreía”, avanzó como pudo, vacilando sobre las tres

patas, se restregó los ojos, y se sintió claramente desconcertada sobre las cuartas de la brújula. Al observar que el clérigo de hierro se aferraba firmemente a su fe, ella le lanzó una mirada de doloroso reproche y la vaca subyugada se fue cojeando acongojada a su humilde habitáculo.

Durante varias semanas la pata trasera derecha de Phoebe estuvo hinchada hasta aumentar monstruosamente, pero tras un período de acertados cuidados ella “volvió en sí perfectamente”, como su compadecida y confundida dueña expresaba, o “se recuperó totalmente”, como el reservado hombre de Dios prefería decir. Ahora era tan dócil e inofensiva “en su paseo y conversación diarios” (Huggins) como

un niño pequeño. Su nuevo amo solía poner la pata enferma en sus rodillas, y si vamos a eso, podía haberséla llevado a la boca si lo hubiera

deseado. Todo su carácter parecía haber cambiado radicalmente –cambió tanto que un día mi tía Patience, quien, aunque la quería tanto, nunca antes se había atrevido a tocar el dobladillo de su vestido, como si dijéramos, se acercó a ella con toda confianza para aliviarla con una cazuela de nabos. ¡Caramba! ¡de qué modo tan fino esparció a aquella buena anciana sobre la superficie de un muro de piedra contiguo! No se podría haber conseguido que quedara tan uniforme con una llana.

UNA REBELIÓN DE LOS DIOSES

Mi padre era desodorizador de perros muertos; mi madre mantenía el único negocio de carne para gatos en mi ciudad natal. No vivían felices: la diferencia de rango social era un abismo que no podía ser salvado por los votos del matrimonio. Era en verdad una alianza incompatible y desafortunada; y como podría

haberse previsto, terminó en desastre. Una mañana, después de las habituales riñas del desayuno, mi padre se levantó de la mesa, tembloroso y pálido de ira, y dirigiéndose a la iglesia, azotó al sacerdote que había llevado a cabo la ceremonia matrimonial. El acto fue generalmente condenado y el sentimiento público se alzó tan fuertemente contra el ofensor, que la gente permitiría antes yacer perros muertos en su propiedad hasta que la fragancia fuera ensordecedora, antes que emplearlo; y las autoridades municipales soportaron que un viejo mastín hinchado exhalase desde una plaza pública una emanación tan clamorosa,

que los forasteros de paso suponían para sí que se encontraban en las vecindades de un aserradero. Mi padre era verdaderamente impopular. Durante esos oscuros días, el único sostén de la familia provenía del emporio de

comida para gatos de mi madre.

El negocio era lucrativo. En aquella ciudad, que era la más antigua del mundo, el gato era objeto de veneración. Su culto era la religión de la zona. La suma y multiplicación de gatos era una instrucción aritmética permanente.

Naturalmente, el desatender los deseos de un gato era castigado con gran severidad en este mundo y en el otro; por lo tanto mi madre contaba con cientos de clientes. Sin embargo, con un esposo improductivo y diecisiete niños, ella tenía algunas dificultades en unir los dos extremos; y al fin la necesidad de incrementar la diferencia entre el precio de costo y el precio de venta de sus mercancías carnales la llevó a un expediente que se revelaría como eminentemente desastroso: concibió la desgraciada

idea de vengarse rehusándose a vender carne para gatos hasta que el boicot a su marido

hubiese terminado.

El día en que puso su resolución en práctica el negocio estaba atestado de clientes excitados y otros se extendían en turbulentas e incansables masas a lo largo de cuatro cuadras, hasta perderse de vista. En el interior no había más que maldiciones, apretones, gritos y amenazas. Se recurrió libremente a la intimidación -varios de mis hermanos y hermanas menores fueron amenazados con ser cortados en pedazos para los gatos-, pero mi madre se mantuvo firme como una roca y aquel fue un oscuro día para Sardasa, la antigua y sagrada ciudad que era el escenario de estos acontecimientos. ¡La huelga fue vigorosamente mantenida, y setecientos cincuenta gatos se acostaron hambrientos!

A la mañana siguiente la ciudad se encontró con que durante la noche había sido empapelada con una proclama de la Unión Federada

de Viejas Criadas. Esta anciana y poderosa orden afirmaba a través de su Suprema Cabeza Ejecutiva que el boicot a mi padre y la vengativa huelga de mi madre ponían en serio peligro los intereses de la religión. La proclama continuaba puntualizando que si no se tomaban medidas antes del mediodía de la fecha, todas las viejas criadas pararían... y así lo hicieron.

El próximo acto de este infeliz drama fue una insurrección de gatos. Estos sagrados animales, viendo que habían sido condenados a la inanición, organizaron un mitin masivo y marcharon en procesión a través de las calles, blasfemando y escupiendo como demonios.

Esta revuelta de los dioses produjo tal consternación que muchas personas piadosas murieron de espanto y todos los negocios debieron cerrar para enterrarlas y promulgar terroríficas resoluciones.

Las cosas iban tan mal como les era posible.

Se llevaron a cabo mítines entre los represen-

tantes de los intereses hostiles, pero en ellos no se llegó a ningún entendimiento. Cada acuerdo era roto tan pronto como se hacía y cada elemento de la disputa era presentado frenéticamente al pueblo. Se avecinaba un nuevo horror.

Se recordará que mi padre era un desodorizador de perros muertos, pero estaba imposibilitado de practicar su útil y modesta profesión porque nadie lo quería emplear. En consecuencia los perros muertos apestaban como vagabundos. ¡Entonces se declararon en huelga! De cada baldío y terreno público, de cada seto y zanja y cloaca y cisterna, de los cristalinos riachuelos y de las cuajadas aguas de los canales y estuarios -en resumen, de todos los lugares que desde tiempo inmemorial habían

sido propiedad de perros muertos y consagrados a sus usos y a los de sus herederos y sucesores, para siempre-, ¡se alzaron en tropel innumerable, en lúgubre cuadrilla! Su procesión abarcaba una milla. A mitad de camino hacia

la ciudad se dieron de lleno con la procesión de gatos. Instantáneamente éstos enarcaron sus espaldas e irguieron sus colas; los perros muertos descubrieron los dientes, y erizaron su pelambre, como si aún estuviese adherida a la piel.

¡La carnicería que siguió fue demasiado espantosa para ser contada! La luz del sol fue oscurecida por los pedazos de piel volando, y la batalla fue librada en la oscuridad, a ciegas y descuidadamente. Los insultos de los gatos se oyeron a varias millas de distancia, mientras la fragancia de los perros muertos desolaba siete provincias.

Es imposible determinar cómo podría haber culminado la contienda, pero cuando ésta estaba en su apogeo, la Unión Federada de Viejas Criadas llegó corriendo a lo largo de la calle y se insertó de lleno en el grueso de la lucha. Un momento después mi madre se mostró entre las huestes, blandiendo a su alrededor una cuchilla de carnicero, con gran li-

bertad e imparcialidad. Mi padre se unió a la lucha, se comprometieron las autoridades municipales, y el público en general, convergiendo desde todos los puntos del compás, se consumió a sí mismo en el centro, como si fuera presionado desde la circunferencia. Finalmente, los muertos realizaron un mitin en el cementerio y resolviéndose por la huelga general, comenzaron a destruir bóvedas, tumbas, monumentos, lápidas, sauces, ángeles y corderitos de mármol, todo lo que tuvieran a mano.

Al anochecer, lo vivo y lo muerto estaba exterminado por igual, y donde antes se levantaba la antigua y sagrada ciudad de Sardasa no quedó más que una excavación llena de cadáveres y escombros, tiras de gatos y parches de perros venidos a menos. El lugar es ahora una vasta pileta de agua estancada en el centro de un desierto.

Los escalofriantes acontecimientos de aquellos pocos días constituyeron mi educación industrial, y aproveché tan bien mis ventajas

que ahora soy Jefe de Tumulto en los Duques del Desorden, una organización que reúne a trece millones de obreros norteamericanos.

EL SALTO MORTAL DEL SR. SWIDDLER

Jerome Bowles (decía el caballero llamado Swiddler) había de ser ahorcado el viernes,

nueve de noviembre, a las cinco de la tarde.

Esto iba a tener lugar en la ciudad de Flatbro-
ke, donde por aquel entonces él estaba encar-
celado. Jerome era amigo mío, y naturalmente
yo no estaba de acuerdo con el jurado que lo
había condenado en cuanto al grado de culpa
presupuesto por el hecho confesado de que
había disparado a un indio sin provocación di-
recta. Tras su juicio yo había estado procuran-
do influir en el Gobernador del Estado para
que le concediera el perdón; pero el sentimien-
to público estaba en mi contra, hecho que yo
atribuía en parte a la innata terquedad del
pueblo, y en parte a la reciente fundación de
iglesias y escuelas que habían corrompido las
naciones primitivas de una comunidad fronte-
riza. Pero trabajé duro e incansablemente por
cualquier tipo de medios directos e indirectos
durante todo el período en el que Jerome estu-

vo condenado a muerte; y en la mañana del día señalado para la ejecución, el Gobernador me llamó, y diciendo que “él no tenía intención de preocuparse por mis importunidades todo el invierno”, me entregó el documento que tan a menudo había rechazado.

Armado con este precioso papel, fui volando hasta la oficina de telégrafos para enviar un mensaje al Sheriff de Flatbroke. Me encontré con que el operador estaba poniendo la llave a la puerta de la oficina y cerrando del todo. Le supliqué en vano; dijo que iba a ver el ahorcamiento, y que realmente no tenía tiempo para enviar el mensaje. He de explicar que Flatbroke estaba a quince millas de distancia; yo estaba entonces en Swan Creek, la capital del estado.

Como el operador era inexorable, salí corriendo hacia la estación de ferrocarril para comprobar a qué hora partía el primer tren para Flatbroke. El encargado de la estación, tran-

quila y cortésmente malévolo, me informó de

que a todos los empleados del ferrocarril se les había dado un día de vacaciones para ver el ahorcamiento de Jerome Bowles, que se habían ido ya en un tren de madrugada, y que no habría otro tren hasta el día siguiente.

Yo estaba ahora furioso, pero el encargado de la estación me echó discretamente, cerrando las puertas. Fui de prisa hacia la caballeriza de alquiler más cercana. ¿Por qué prolongar mi carrera de contratiempos? No pude obtener un sólo caballo en aquella ciudad; ninguno estaba libre desde hacía semanas con el fin de llevar a la gente al ahorcamiento. Eso es lo que todos decían, al menos, aunque ahora sé que había una perversa conspiración para frustrar los límites de la misericordia, ya que el asunto del perdón se había divulgado.

Eran ahora las diez en punto. Sólo tenía siete

horas para recorrer las quince millas a pie; pero yo era un excelente andarín y estaba completamente enojado; no había duda de mi habilidad para cubrir la distancia con una hora

de sobra. La vía férrea ofrecía la mejor oportunidad; se extendía en línea recta como una cuerda a través de una llanura uniforme y sin árboles, mientras que el camino hacía un amplio rodeo al pasar por otra ciudad.

Emprendí la marcha como un Modoc en la senda de la guerra. Antes de que hubiera caminado media milla me alcanzó “Ese Jim Peasley”, como lo llamaban en Swan Creek, un bromista incurable, amado y evitado por todos los que lo conocían. Me preguntó mientras se acercaba si “iba al espectáculo”. Pensando que lo mejor era disimular, le dije que así era, pero no le hablé para nada de mi intención de detener la ejecución; pensé que sería una lección

para Ese Jim permitirle caminar quince millas para nada, ya que era evidente que iba también. Sin embargo, yo deseaba que él fuera delante o que se quedara atrás. Pero él no podía hacer lo primero muy bien, y no haría lo último; así que continuamos caminando juntos. Era un día nuboso y muy bochornoso para

esa época del año. La vía férrea se extendía ante nosotros, entre su doble fila de postes telegráficos, con una severa uniformidad, terminando en un punto del horizonte. Por cualquier lado la desalentadora monotonía de la llanura era continua.

No obstante, yo pensaba poco en estas cosas, pues mi exaltación mental era insensible a la influencia deprimente del paisaje. Estaba a punto de salvar la vida de mi amigo -de devolver un experto tirador a la sociedad. De hecho apenas pensaba en Ese Jim, cuyos taco-

nes pulverizaban la dura grava muy cerca de mí, excepto cuando él estimaba conveniente exponer de vez en cuando la pregunta sentenciosa, y yo juzgaba irónica,”¿Cansado?” Por supuesto que lo estaba, pero hubiera preferido morir antes que confesarlo.

Habíamos caminado así, aproximadamente la mitad del trayecto, probablemente en mucho menos de la mitad de las siete horas, y estaba yo tomando aliento, cuando Ese Jim rom-

pió el silencio de nuevo.

“Antes dabas saltos en un circo, ¿verdad?”

¡Era verdad! en una época de depresión pecuniaria una vez tuve que colocar las piernas en el estómago -convertí mis dotes atléticas en ventaja económica. No era un tema agradable, y no dije nada. Ese Jim continuó:

“¿No te gustaría hacer ahora a un socio un salto mortal, eh?”

El tono burlón de esta mofa era intolerable; ese tipo me consideraba evidentemente “rendido”, así que tomando una corta carrerilla puse las manos sobre los muslos y ¡realicé un salto mortal tan bonito como jamás fue hecho sin trampolín! Al momento me puse derecho con la cabeza todavía dando vueltas. Sentí que Ese Jim pasaba atropelladamente por delante de mí, dándome una vuelta que casi me envía fuera del camino. Un momento después él había avanzado a un paso tremendo, riéndose burlonamente por encima del hombro como si hubiera hecho algo extraordinariamente ingenioso para tomar la delantera.

Yo le pisé los talones en menos de diez minutos, aunque he de confesar que el hombre sabía caminar asombrosamente. En media hora lo había adelantado, y al cabo de una hora llevaba un paso tan fulminante que él era un mero

punto negro a mis espaldas, y parecía estar sentado en uno de los carriles, totalmente agotado.

Liberado del Sr. Peasley, comencé naturalmente a pensar en mi pobre amigo en la cárcel de Flatbroke, y se me ocurrió que algo podría suceder para apresurar la ejecución. Yo conocía el sentimiento del país en su contra, y que muchos acudirían allí desde lejos quienes desearían lógicamente llegar a casa antes del anochecer. No podía evitar reconocer que las cinco en punto era irrazonablemente tarde para un ahorcamiento. Torturado por estos temores, incrementé inconscientemente mi marcha a cada paso, hasta que casi era una carrera. Me desprendí del abrigo y lo tiré, abrí el cue-

llo, y desabotoné el chaleco. Y por fin, resolplando y echando vapor como una locomotora, irrumpí violentamente en medio de una es-

casa multitud de gandules a las afueras de la ciudad, y floreció el perdón locamente encima de mi cabeza, al gritar, “¡Bajadlo! –¡bajadlo!” Después, como todo el mundo observaba con profundo asombro y nadie decía nada, tuve tiempo de mirar en torno, maravillándome de la apariencia extrañamente familiar de la ciudad. A la vez que miraba, las casas, calles, y todo parecía experimentar una repentina y misteriosa transposición respecto a las cuartas de la brújula, como girando sobre un eje; y al igual que el que se despierta de un sueño me encontré entre escenarios habituales. Para hablar sin rodeos, había regresado de nuevo a Swan Creek, ¡tan claro como el agua!

Fue todo obra de Ese Jim Peasley. El intrigante pícaro me había provocado para dar un salto mortal desconcertante, después chocó contra mí, dándome un medio giro, y em-

prendió el trayecto de regreso, incitándome de este modo a engancharlo en la misma dirección. El día nuboso, las dos líneas de postes telegráficos, una a cada lado del camino, la total monotonía del paisaje a derecha e izquierda - todos estos habían conspirado para impedir que yo observara que había cambiado de dirección.

Cuando el tren de recreo regresó de Flatbrooke aquella tarde a los pasajeros se les narró un cuentecito a mi costa. Era justo lo que necesitaban para animarse un poquito después de lo que habían visto; pues mi salto mortal ¡había roto el cuello de Jerome Bowles a siete millas de distancia!

EL CUENTECITO

DRAMATIS PERSONE

Un director supernumerario.

Un colaborador en período de prueba.

ESCENA

La oficina de “The Expounder”¹⁵.

COLABORADOR EN PERÍODO DE PRUE-

BA –¿Está el director?

DIRECTOR SUPERNUMERARIO –Estoy
muerto.

C.P.P. –Los dioses me favorecen. (Saca un ro-
llo manuscrito.) Aquí hay un cuentecito, que
voy a leerle.

D.S. –¡Oh, oh!

¹⁵ En este relato los nombres de los periódicos o revistas tienen que ver, en su mayor parte, con el contenido de la narración, y, por eso, traduciremos esos nombres en las notas a pie de página. En el caso que nos ocupa expounder es aquel que cuenta y explica algo muy detalladamente.

C.P.P. –(Lee.) “Era la última noche del año – una noche revoltosa, nociva y ofensiva. En la calle principal de San Francisco”–.

D.S. –¡Maldito San Francisco!

C.P.P. –Tenía que suceder en algún lugar.

(Lee.)

“En la calle principal de San Francisco había una pequeña huérfana, observando el tiempo como un voluntario. Sus piecitos descalzos estampaban besos helados sobre las losas cuando ella los ponía en tierra y los levantaba alternativamente. La lluvia congelante se divertía con su cuero cabelludo, y jugaba ton-tamente con su pelo –su propio pelo. El viento nocturno exploraba con sagacidad sus harapos, como si sospechara que hacía contrabando. Ella veía a multitud de gente de aspecto resuelto que se arruinaba horriblemente con juguetes y dulces para los seres queridos de sus hogares, y deseaba estar en su lugar para

arruinarse un poco –sólo un poco. Después,
cuando el feliz tropel había pasado a su lado a

toda velocidad con montones de cosas para
que los niños enfermaran, se inclinaba contra
una farola de hierro delante de una panadería
y encendía la mala envidia. Pensaba, pobre
criatura, que le gustaría ser un pastel –pues es-
ta niña tenía de veras mucha hambre. Luego
lo intentaba otra vez, y se imaginaba que le
gustaría ser una tarta con fruta troceada por
dentro; entonces estaría caliente todos los días
y nadie la comería. Pues la niña tenía frío
además de hambre. Finalmente, ella se esforzó
bastante, y pensó que podría estar muy con-
tenta como horno; pues entonces se la man-
tendría siempre caliente, y los panaderos le in-
troducirían todo tipo de cosas buenas con una
pala larga.”

D.S. –He leído eso en alguna parte.

C.P.P. –Es muy probable. Este cuentecito no ha sido jamás rechazado por ningún periódico al que se lo he ofrecido. Es más perfecto, también, cada vez que lo escribo. Cuando apareció

por primera vez en Veracityo16 el director dijo que le costó cien suscriptores. ¡Preste pues atención a la mejora! (Lee.)

“Las horas se deslizaron –excepto unas pocas que se congelaron en el pavimento– hasta la medianoche. Las calles estaban ahora desiertas, y como el almanaque había pronosticado luna nueva en torno a esta época, las farolas habían sido apagadas a conciencia. De repente un gran globo sonoro cayó desde la torre de una iglesia adyacente, y explotó en la noche con un estruendo metálico. Entonces todos los relojes y campanas comenzaron a tocar el Año Nuevo –bombardeando y causando estrépito y gritando y rematando a todos los nerviosos

pospuestos desde el domingo precedente. La huerfanita se despertó de su sueño, dejando un pedacito de piel sobre la deslustrada farola, apretó sus delgadas manos azules y miró hacia arriba, 'con una loca inquietud,'”–

16 Veracidad.

D.S. –En The Monitor¹⁷ decía “con ojos codiciosos”.

C.P.P. –Lo sé; no había leído a Byron entonces. Un perro listo, Byron. (Lee.)

“En ese momento una tarta de arándanos agrios cayó a sus pies, aparentemente desde las nubes.”

D.S. –¿Y qué pasa con los ángeles?

C.P.P. –El director de Good Will¹⁸ los suprimió. Dijo que San Francisco no era lugar para ellos; y no creo–.

D.S. –¡Vamos, vamos! No importa. Continúe

con el cuentecito.

C.P.P. –(Lee.) “Mientras ella se inclinó para recoger la tarta un bocadillo de ternera bajaba a gran velocidad, y abofeteó una de sus orejas. Después esquivó con agilidad un pan de trigo, y luego un gran jamón cayó torpemente sobre los dedos de sus pies. Un saco de harina se re-

17 Monitor es el receptor.

18 Buena voluntad.

ventó en medio de la calle; una loncha de tocino quedó atravesada en una señal de hierro.

Poco después una ristra de salchichas se posó en círculo alrededor de ella, aplastándose como si una apisonadora hubiera pasado por encima. Tras esto llegó la calma –nada bajó excepto pescado seco, fríos puddings y ropa interior de franela; pero en ese momento sus deseos empezaron a hacer efecto otra vez, y un

cuarto de carne de vaca descendió con tremendo ímpetu sobre la cabeza de la huérfanita.”

D.S. –¿Y que le pareció ese cuarto de carne de vaca al director de The Reasonable Virtues¹⁹?

C.P.P. –Oh, se lo tragó como un hombrecito, y lo introdujo en unos pocos cerdos adobados suyos. Los he omitido, porque no quiero intrusos que alteren el Cuentecito. (Lee.)

19 Las virtudes razonables.

“Se podría pensar que era suficiente; pero no. Ropa de cama, zapatos, mantequilla, enormes quesos, ristas de cebollas, cantidades de mermelada a granel, barriletes de ostras, pollos titánicos, cajones repletos de vajillas y artículos de vidrio, cosas variadas para el gobierno de la casa, fogones para cocinar, y monto-

nes de carbón llovían en amplias cataratas desde un cielo generoso, apilándose por encima de aquella niña hasta una profundidad de veinte pies. El tiempo tardó más de dos horas en despejar; y a las tres y media una pesada mole²⁰ de azúcar golpeó la esquina de las calles Clay y Kearney, con un impacto que estremeció la península como un terremoto y paró todos los relojes de la ciudad.

“Al amanecer los buenos comerciantes llegaron a la escena con palas y carretillas, y antes de que el sol del año nuevo cumpliera una

²⁰ Hemos empleado mole para la traducción del término hogshead, que designa una medida de capacidad equivalente a 52,5 galones o, aproximadamente, 225 litros.

hora de edad, se habían abastecido con todas estas provisiones –las habían escondido en sus bodegas, y las habían colocado muy bien en

sus estantes, listas para ser vendidas a los dignos pobres.”

D.S. –Y la niña pequeña –¿qué fue de ella?

C.P.P. –Usted no debe adelantarse al Cuentecito. (Lee.)

“Cuando ellos llegaron a donde se hallaba la malvada huerfanita que no se había contentado con su lote alguien trajo una escoba, y fue con cuidado barrida y retirada. Después la levantaron tiernamente, y la llevaron ante el juez de primera instancia. Aquel funcionario estaba de pie en la puerta de su oficina, y con un movimiento de la mano que indicaba desaprobarción, dijo al hombre que la traía:

“Vamos, márchese, buen hombre; vino un tipo aquí tres veces ayer que intentó venderme justamente este mapa”

HISTORIAS RECOPIADAS

EL CLAN DE LOS PARRICIDAS

MI CRIMEN FAVORITO

Después de haber asesinado a mi padre en circunstancias singularmente atroces, fui arrestado y enjuiciado en un proceso que duró siete años. Al exhortar al jurado, el juez de la Corte de Absoluciones señaló que el mío era uno de los más espantosos crímenes que había tenido que juzgar.

A lo que mi abogado se levantó y dijo:

–Si Vuestra Señoría me permite, los crímenes son horribles o agradables sólo por comparación. Si conociera usted los detalles del asesinato previo de su tío que cometió mi cliente, advertiría en su último delito (si es que delito puede llamarse) una cierta indulgencia y una filial consideración por los sentimientos de la víctima. La aterradora ferocidad del anterior asesinato era verdaderamente incompatible con cualquier hipótesis que no fuera la de culpabilidad, y de no haber sido por el hecho de que el honorable juez que presidió el juicio era el presidente de la compañía de seguros en la

que mi cliente tenía una póliza contra riesgos de ahorcamiento, es difícil estimar cómo podría haber sido decentemente absuelto. Si Su Señoría desea oírlo, para instrucción y guía de la mente de Su Señoría, este infeliz hombre, mi cliente, consentirá en tomarse el trabajo de re-

latarlo bajo juramento.

El Fiscal del Distrito dijo: –Me opongo, Su Señoría. Tal declaración podría ser considerada una prueba, y los testimonios del caso han sido cerrados. La declaración del prisionero debió presentarse hace tres años, en la primavera de 1881.

–En sentido estatutario –dijo el juez– tiene razón, y en la Corte de Objeciones y Tecnicismos obtendría un fallo a su favor. Pero no en una Corte de Absoluciones. Objeción denegada.

–Recuso –dijo el Fiscal de distrito.

–No puede hacerlo– contestó el Juez–. Debo recordarle que para hacer una recusación debe lograr primero transferir este caso, por un

tiempo, a la Corte de Recusaciones, en una demanda formal, debidamente justificada con declaraciones escritas. Una demanda a ese

efecto, hecha por su predecesor en el cargo, le fue denegada por mí durante el primer año de este juicio. Oficial, haga jurar al prisionero.

Habiendo sido administrado el juramento de costumbre, hice la siguiente declaración, que impresionó tanto al juez debido a la comparativa trivialidad del delito por el cual se me juzgaba, que no buscó ya circunstancias atenuantes, sino que, sencillamente, instruyó al jurado para que me absolviera. Así abandoné la corte sin mancha alguna sobre mi reputación.

“Nací en 1856 en Kalamakee, Michigan, de padres honestos y honrados, uno de los cuales el Cielo ha perdonado piadosamente, para consuelo de mis últimos años. En 1867, la familia llegó a California y se estableció cerca de Nigger Head, estableciendo una empresa de salteadores de caminos que prosperó más allá

de cualquier sueño de lucro. Mi padre era entonces un hombre reticente y melancólico, y aunque su creciente edad ha relajado un poco su austera disposición, creo que nada, fuera del recuerdo del triste episodio por el que ahora se me juzga, le impide manifestar una genuina hilaridad.

“Cuatro años después de haber puesto en servicio nuestra empresa de salteadores, llegó hasta allí un predicador ambulante, que no teniendo otra manera de pagar el alojamiento nocturno que le dimos, nos favoreció con una exhortación de tal fuerza que, alabado sea Dios, nos convertimos todos a la religión. Mi padre mandó llamar inmediatamente a su hermano, el Honorable William Ridley, de Stockton, y apenas llegó le entregó el negocio, sin cobrarle nada por la licencia ni por la instalación... esta última consistente en un rifle Winchester, una escopeta de caño recortado y un juego de máscaras fabricados con bolsas de

harina. La familia se trasladó entonces a Ghost

Rock y abrió una casa de baile. Se le llamó “La Gaita del Descanso de los Santos”, y cada noche la cosa empezaba con una plegaria. Fue aquí donde mi ahora santa madre adquirió el apodo de “La Morsa Galopante”.

“En el otoño del '75 tuve ocasión de visitar Coyote, en el camino a Mahala y tomé la diligencia en Ghost Rock. Había otros cuatro pasajeros. A unas tres millas más allá de Nigger Head, unas personas que identifiqué como mi tío William y sus dos hijos, detuvieron la diligencia. No encontrando nada en la caja del expreso, registraron a los pasajeros. Actué honorablemente en el asunto, colocándome en fila con los otros, levantando las manos y permitiendo que me despojaran de cuarenta dólares y un reloj de oro. Por mi conducta nadie pudo haber sospechado que conocía a los

caballeros que daban la función. Unos días después, cuando fui a Nigger Head y pedí la devolución de mi dinero y mi reloj, mi tío y mis primos juraron que no sabían nada del

asunto y afectaron creer que mi padre y yo habíamos hecho el trabajo, violando deshonestamente la buena fe comercial. El tío William llegó a amenazar con poner una casa de baile competidora en Ghost Rock. Como “El Descanso de los Santos” se había hecho muy impopular, me di cuenta de que esto sin duda alguna terminaría por arruinarla y se convertiría para ellos en una empresa de éxito, de modo que le dije a mi tío que estaba dispuesto a olvidar el pasado si consentía en incluirme en el proyecto y mantener el secreto de nuestra sociedad ante mi padre. Rechazó esta justa oferta, y entonces advertí que todo sería mejor y más satisfactorio si él estuviera muerto.

“Mis planes para ese fin se vieron pronto perfeccionados y, al comunicárselos a mis amados padres, tuve la satisfacción de recibir su aprobación. Mi padre dijo que estaba orgulloso de mí y mi madre prometió, que aunque su religión le prohibiera ayudar a quitar vidas humanas, tendría yo la ventaja de contar con

sus plegarlas para mi éxito. Como medida preliminar con miras a mi seguridad en caso de descubrimiento, presenté una solicitud de socio en esa poderosa orden, los Caballeros del Crimen, y a su debido tiempo fui recibido como miembro de la comandancia de Ghost Rock. Cuando terminó mi noviciado, se me permitió por primera vez inspeccionar los registros de la Orden y saber quién pertenecía a ella, ya que todos los ritos de iniciación se habían llevado a cabo enmascarados. ¡Imaginen mi sorpresa cuando mirando la nómina de

asociados encontré que el tercer nombre era el de mi tío, que en realidad era vicescanciller adjunto de la Orden! Era ésta una oportunidad que excedía mis sueños más desenfrenados: ¡al asesinato podía agregar la insubordinación y la traición! Era lo que mi buena madre hubiera llamado “un regalo de la Providencia”.

“Por entonces ocurrió algo que hizo que mi copa de júbilo, ya llena, desbordara por todos lados en una cascada de bienaventuranzas.

Tres hombres, extranjeros en esa localidad, fueron arrestados por el robo a la diligencia en el que yo había perdido mi dinero y mí reloj. Fueron enjuiciados y, a pesar de mis esfuerzos para absolverlos e imputar la culpa a tres de los más respetables y dignos ciudadanos de Ghost Rock, se los declaró culpables en base a las pruebas más evidentes. El asesinato de mi tío sería ahora tan injustificable e irrazonable

como podía desearse.

“Una mañana me puse el Winchester al hombro y, yendo a casa de mi tío, cerca de Nigger Head, le pregunté a mi tía Mary, su esposa, si estaba él en casa, agregando que había venido a matarle. Mi tía replicó, con su peculiar sonrisa, que tantos caballeros lo visitaban con esa intención y que después se iban sin haberlo logrado, que yo debía disculparla por dudar de mi buena fe en el asunto. Dijo que yo no daba la impresión de ir a matar a nadie, así que, como prueba de buena fe, levanté mi rifle y herí a un chino que pasaba

frente a la casa. Ella dijo que conocía familias enteras que podían hacer cosas semejantes, pero que Bill Ridley era caballo de otro pelo. Dijo, sin embargo, que lo encontraría al otro lado del estero, en el solar de las ovejas, y agregó que esperaba que ganara el mejor.

“Mi tía Mary era una de las mujeres más imparciales que he conocido.

“Encontré a mi tío arrodillado, esquilando una oveja. Viendo que no tenía a mano rifle ni pistola no tuve ánimo para disparar, así que me acerqué, lo saludé amablemente y le di un buen golpe en la cabeza con la culata del rifle. Tengo buena mano y el tío William cayó sobre un costado, se dio vuelta sobre la espalda, abrió los dedos y tembló. Antes de que pudiera recobrar el uso de sus miembros, cogí el cuchillo que él había estado usando y le corté los tendones. Ustedes saben, sin duda, que cuando se cortan los tendones de aquiles, el paciente pierde el uso de su pierna; es exactamente igual que si no tuviera pierna. Bien, le seccioné

los dos y cuando revivió estaba a mi disposición. Tan pronto como comprendió la situación, dijo:

“—Samuel, has conseguido vencerme y puedes permitirte ser generoso. Sólo quiero pedirte una cosa, y es que me lleves a mi casa y me liquides en el seno de mi familia.

“Le dije que consideraba éste un pedido perfectamente razonable y que así lo haría si me permitía meterlo en una bolsa de trigo; sería más fácil llevarlo de esa manera y si los vecinos nos vieran en camino provocaría menos comentarios. Estuvo de acuerdo y yendo al granero traje una bolsa. Esta, sin embargo, no le iba bien; era muy corta y mucho más ancha que él, así que le doblé las piernas, le forcé las rodillas contra el pecho y así lo metí, atando la bolsa sobre su cabeza. Era un hombre pesado e hice todo lo posible por ponérmelo a la espalda, pero anduve a los tumbos un trecho hasta que llegué a una hamaca que algunos chicos habían colgado de la rama de un roble. Aquí

lo deposité en el suelo y me senté sobre él a descansar; y la vista de la sogá me proporcionó una feliz inspiración. A los veinte minutos, mi tío, siempre en la bolsa, se hamacaba libremente en alas del viento.

“Yo había descolgado la sogá y atado un extremo en la boca de la bolsa, pasando el otro por la pierna, levantándole a unos cinco pies del suelo. Atando el otro extremo de la sogá también alrededor de la boca de la bolsa, tuve la satisfacción de ver a mi tío convertido en un hermoso y gran péndulo. Debo agregar que él no estaba totalmente al tanto de la naturaleza del cambio que había experimentado en relación con el mundo exterior, aunque en justicia al recuerdo del buen hombre, debo decir que no creo que en ningún caso hubiera dedicado demasiado tiempo a un vano agradecimiento.

“El tío William tenía un carnero que era famoso como luchador en toda la región. Vivía en estado de indignación constitucional cróni-

ca. Algún profundo desengaño de su vida an-

terior le había agriado el carácter y había declarado la guerra al mundo entero. Decir que embestía cualquier cosa accesible es expresar muy levemente la naturaleza y alcance de su actividad militar: el universo era su rival, sus métodos los de un proyectil. Luchaba como los ángeles con los demonios: en medio del aire, hendiendo la atmósfera como un pájaro, describiendo una curva parabólica y descendiendo sobre su víctima en el ángulo justo de incidencia que más rendía a su velocidad y su peso. Su impulso, calculado en toneladas cúbicas, era algo increíble. Se lo había visto destrozar un toro de cuatro años con un solo golpe dado en la nudosa frente del animal. No se conocía cerco de piedra que resistiera la fuerza de su golpe descendente; no había árboles bastante pesados para aguantarlo: los convertía

en astillas y profanaba en la oscuridad el honor de sus hojas. Este bruto irascible e implacable, este trueno encarnado, este monstruo de los abismos, había visto yo que descansaba

a la sombra de un árbol adyacente, sumido en sueños de conquistas y de gloria. Con miras de atraerlo al campo del honor, suspendí a su amo de la manera descrita.

“Completados los preparativos, impartí al péndulo de mi tío una suave oscilación y, retirándome a cubierto de una piedra contigua, lancé un largo grito estridente cuya nota final decreciente se ahogaba en un ruido como el de un gato protestando, ruido que emanaba de la bolsa. Instantáneamente el formidable lanar se paró sobre sus patas y comprendió la situación militar de un vistazo. En pocos minutos más se había acercado piafando hasta unos cincuenta metros de distancia del oscilante ene-

migo, que, ora avanzando, ora retirándose, parecía invitarlo a la riña. De pronto vi la cabeza de la bestia inclinada hacia tierra como abatida por el peso de sus enormes cuernos; luego el carnero se prolongó en una franja confusa y blanca directamente dirigida desde ese lugar, horizontalmente en dirección a un punto si-

tuado a unos cuatro metros por debajo del enemigo. Allí golpeó vivamente hacia arriba y, antes de que se hubiera borrado de mi mirada el lugar de donde había arrancado, oí un terrible porrazo y un grito desgarrador, y mi pobre tío fue disparado hacia adelante con un cabo suelto más alto que el miembro al que estaba atado. Aquí la sogas se puso tensa de un tirón, deteniendo su vuelo y fue enviado atrás otra vez, describiendo, sin resuelto, una curva de arco. El carnero se había caído –un indescrip- tible montón de patas, lanas y cuernos–, pero

rehaciéndose y esquivando el vaivén descendente de su antagonista, se retiró sin orden ni concierto, sacudiendo alternativamente la cabeza o pateando con sus patas traseras. Cuando había retrocedido a más o menos la misma distancia que la que había usado para asestar el golpe, se detuvo nuevamente, inclinó la cabeza como en una plegaria por la victoria y otra vez salió disparado hacia adelante, confundidamente visible como antes, un prolongado

rayo blanquecino, con monstruosas ondulaciones y terminado en un vivo ascenso. Esta vez el curso del ataque dio en el ángulo exacto, comparado con el primero, y la impaciencia del animal era tan grande que golpeó al enemigo antes de que éste llegara al punto más bajo del arco. En consecuencia, mi tío empezó a volar dando círculos horizontales de un radio igual a la mitad de la longitud de la soga,

que he olvidado decirlo, era de unos seis metros de largo. Sus alaridos, *crescendo* al ir hacia adelante y *diminuendo* al retroceder, hacían que la rapidez de sus revoluciones fuera más evidente para el oído que para la vista. Era evidente que aún no había recibido ningún golpe vital. La postura que tenía dentro de la bolsa y la distancia del suelo a que estaba colgado, obligaban al carnero a dedicarse a sus extremidades inferiores y al final de su espalda. Como una planta cuyas raíces han encontrado un mineral venenoso, mi pobre tío se iba muriendo lentamente hacia arriba.

“Después de asestar el segundo golpe, el carnero no había vuelto a retirarse. La fiebre de la batalla ardía fogosamente en el corazón del animal, su cerebro estaba ebrio del vino de la contienda. Como un púgil que en su ira olvida sus habilidades y pelea sin efectividad a

distancia de medio brazo, la bestia enfurecida se empeñaba por alcanzar su volante enemigo cuando pasaba sobre ella, con torpes saltos verticales, consiguiendo a veces, en realidad, golpearlo débilmente, pero las más de las veces caía a causa una ansiedad mal dirigida. Pero a medida que el ímpetu se fue agotando y los círculos del hombre fueron disminuyendo en tamaño y velocidad, acercándolo más al suelo, esta táctica produjo mejores resultados, produciendo una superior calidad de alaridos que disfruté plenamente.

“De pronto, como si las trompetas hubieran tocado tregua, el carnero suspendió las hostilidades y se marchó, frunciendo y desfrunciendo pensativamente su gran nariz aguileña,

arrancando distraídamente un manojo de pasto y masticándolo con lentitud. Parecía cansado de las alarmas de la guerra y resuelto con-

vertir la espada en reja de arado para cultivar las artes de la paz. Siguió firmemente su camino, apartándose del campo de la fama, hasta que ganó una distancia de cerca de un cuarto de milla. Allí se detuvo, de espaldas al enemigo, rumiando su comida y en apariencia dormido. Observé, sin embargo, un giro ocasional, muy leve de la cabeza, como si su apatía fuera más afectada que real.

“Entretanto los alaridos del tío William habían menguado junto con sus movimientos, y sólo provenían de él lánguidos y largos quejidos, y a grandes intervalos mi nombre, pronunciado en tonos suplicantes, sumamente agradables a mi oído. Evidentemente el hombre no tenía la más leve idea de lo que le estaba ocurriendo y estaba nefablemente aterrizado. Cuando la Muerte llega envuelta en su capa de misterio es realmente terrible. Poco a

poco las oscilaciones de mi tío disminuyeron y finalmente colgó sin movimiento. Fui hacia él, y estaba a punto de darle el golpe de gracia, cuando oí y sentí una sucesión de vivos choques que sacudieron el suelo como una serie de leves terremotos, y, volviéndome en dirección del camero, ¡vi acercárseme una gran nube de polvo con inconcebible rapidez y alarmante efecto! A una distancia de treinta metros se detuvo en seco y del extremo más cercano ascendió por el aire lo que primero tomé por un gran pájaro blanco. Su ascenso era tan suave, fácil y regular que no pude darme cuenta de su extraordinaria celeridad y me perdí en la admiración de su gracia. Hasta hoy me queda la impresión de que era un movimiento lento, deliberado, como si el carnero – porque tal era el animal– hubiera sido elevado por otros poderes que los de su propio ímpetu y sostenido en las sucesivas etapas de su vuelo con infinita ternura y cuidado. Mis ojos siguie-

ron sus progresos por el aire con inefable pla-

cer, mayor aún por contraste, con el terror que me había causado su acercamiento por tierra.

Hacia arriba y hacia adelante navegaba, la cabeza casi escondida entre las patas delanteras echadas hacia atrás, y las posteriores estiradas, como una garza que se remonta.

“A una altura de trece a quince metros, según pude calcular a ojo, llegó a su zenit y pareció quedar inmóvil por un instante; luego, inclinándose repentinamente hacia adelante, sin alterar la posición relativa de sus partes, se lanzó hacia abajo en pendiente con aumentada velocidad, pasó muy próximo a mí, por encima mío con el ruido de una bala de cañón y golpeó a mi pobre tío casi exactamente en la punta de la cabeza. ¡Tan espantoso fue el impacto que no sólo rompió el cuello del hombre sino que también la soga, y el cuerpo del di-

funto, lanzado contra el suelo quedó aplastado como pulpa bajo la horrible frente del meteórico carnero! La sacudida detuvo todos los relojes desde Lone Hand a Dutch Dan, y el profe-

sor Davidson, distinguida autoridad en asuntos sísmicos, que se encontraba en la vecindad, explicó de inmediato que las vibraciones fueron de norte a sudeste.

“Sin excepción, no puedo dejar de pensar que en punto a atrocidad artística, mi asesinato del tío William ha sido superado pocas veces.”

ACEITE DE PERRO

Me llamo Boffer Bings. Nací de padres honestos en uno de los más humildes caminos de la vida: mi padre era fabricante de aceite de perro y mi madre poseía un pequeño estudio,

a la sombra de la iglesia del pueblo, donde se ocupaba de los no deseados. En la infancia me inculcaron hábitos industriosos; no solamente ayudaba a mi padre a procurar perros para sus cubas, sino que frecuentemente era empleado por mi madre para eliminar los restos de su trabajo en el estudio. Para cumplir este deber necesitaba a veces toda mi natural inteligencia, porque todos los agentes de ley de los alrededores se oponían al negocio de mi madre. No eran elegidos con el mandato de oposición, ni el asunto había sido debatido nunca políticamente: simplemente era así. La ocupación de mi padre —hacer aceite de perro— era naturalmente menos impopular, aunque los dueños de perros desaparecidos lo miraban a veces con sospechas que se reflejaban, hasta cierto

punto, en mí. Mi padre tenía, como socios silenciosos, a dos de los médicos del pueblo, que

rara vez escribían una receta sin agregar lo que les gustaba designar Oil Can. Es realmente la medicina más valiosa que se conoce; pero la mayoría de las personas es reacia a realizar sacrificios personales para los que sufren, y era evidente que muchos de los perros más gordos del pueblo tenían prohibido jugar conmigo, hecho que afligió mi joven sensibilidad y en una ocasión estuvo a punto de hacer de mí un pirata.

A veces, al evocar aquellos días, no puedo sino lamentar que, al conducir indirectamente a mis queridos padres a su muerte, fui el autor de desgracias que afectaron profundamente mi futuro.

Una noche, al pasar por la fábrica de aceite de mi padre con el cuerpo de un niño rumbo al estudio de mi madre, vi a un policía que parecía vigilar atentamente mis movimientos.

Joven como era, yo había aprendido que los

actos de un policía, cualquiera sea su carácter aparente, son provocados por los motivos más reprobables, y lo eludí metiéndome en la aceitería por una puerta lateral casualmente entreabierta. Cerré en seguida y quedé a solas con mi muerto. Mi padre ya se había retirado. La única luz del lugar venía de la hornalla, que ardía con un rojo rico y profundo bajo uno de los calderos, arrojando rubicundos reflejos sobre las paredes. Dentro del caldero el aceite giraba todavía en indolente ebullición y empujaba ocasionalmente a la superficie un trozo de perro. Me senté a esperar que el policía se fuera, el cuerpo desnudo del niño en mis rodillas, y le acaricié tiernamente el pelo corto y sedoso. ¡Ah, qué guapo era! Ya a esa temprana edad me gustaban apasionadamente los niños, y mientras miraba al querubín, casi deseaba en mi corazón de que la pequeña herida roja de su pecho —la obra de mi querida madre— no

hubiese sido mortal.

Era mi costumbre arrojar los niños al río que

la naturaleza había provisto sabiamente para ese fin, pero esa noche no me atreví a salir de la aceitería por temor al agente. “Después de todo”, me dije, “no puede importar mucho que lo ponga en el caldero. Mi padre nunca distinguiría los huesos de los de un cachorro, y las pocas muertes que pudiera causar el reemplazo del incomparable Oil Can por otra especie de aceite no tendrán mayor incidencia en una población que crece tan rápidamente”. En resumen, di el primer paso en el crimen y atraje sobre mí indecibles penurias arrojando el niño al caldero.

Al día siguiente, un poco para mi sorpresa, mi padre, frotándose las manos con satisfacción, nos informó a mí y a mi madre que había obtenido un aceite de una calidad nunca vista

por los médicos a quienes había llevado muestras. Agregó que no tenía conocimiento de cómo se había logrado ese resultado: los perros habían sido tratados en forma absolutamente usual, y eran de razas ordinarias. Con-

sideré mi obligación explicarlo, y lo hice, aunque mi lengua se habría paralizado si hubiera previsto las consecuencias. Lamentando su antigua ignorancia sobre las ventajas de una fusión de sus industrias, mis padres tomaron de inmediato medidas para reparar el error. Mi madre trasladó su estudio a un ala del edificio de la fábrica y cesaron mis deberes en relación con sus negocios: ya no me necesitaban para eliminar los cuerpos de los pequeños superfluos, ni había por qué conducir perros a su destino: mi padre los desechó por completo, aunque conservaron un lugar destacado en el nombre del aceite. Tan bruscamente impulsa-

do al ocio, se podría haber esperado naturalmente que me volviera ocioso y disoluto, pero no fue así. La sagrada influencia de mi querida madre siempre me protegió de las tentaciones que acechan a la juventud, y mi padre era diácono de la iglesia. ¡Ay, que personas tan estimables llegaran por mi culpa a tan desgraciado fin!

Al encontrar un doble provecho para su negocio, mi madre se dedicó a él con renovada asiduidad. No se limitó a suprimir a pedido niños inoportunos: salía a las calles y a los caminos a recoger niños más crecidos y hasta aquellos adultos que podía atraer a la aceitería. Mi padre, enamorado también de la calidad superior del producto, llenaba sus cubas con celo y diligencia. En pocas palabras, la conversión de sus vecinos en aceite de perro llegó a convertirse en la única pasión de sus vidas.

Una ambición absorbente y arrolladora se apoderó de sus almas y reemplazó en parte la esperanza en el Cielo que también los inspiraba.

Tan emprendedores eran ahora, que se realizó una asamblea pública en la que se aprobaron resoluciones que los censuraban severamente. Su presidente manifestó que todo nuevo ataque contra la población sería enfrentado con espíritu hostil. Mis pobres padres salieron de la reunión desanimados, con el corazón

destrozado y creo que no del todo cuerdos. De cualquier manera, consideré prudente no ir con ellos a la aceitería esa noche y me fui a dormir al establo.

A eso de la medianoche, algún impulso misterioso me hizo levantar y atisbar por una ventana de la habitación del horno, donde sabía que mi padre pasaba la noche. El fuego ardía

tan vivamente como si se esperara una abundante cosecha para mañana. Uno de los enormes calderos burbujeaba lentamente, con un misterioso aire contenido, como tomándose su tiempo para dejar suelta toda su energía. Mi padre no estaba acostado: se había levantado en ropas de dormir y estaba haciendo un nudo en una fuerte soga. Por las miradas que echaba a la puerta del dormitorio de mi madre, deduje con sobrado acierto sus propósitos. Inmóvil y sin habla por el terror, nada pude hacer para evitar o advertir. De pronto se abrió la puerta del cuarto de mi madre, silenciosamente, y los dos, aparentemente sorprendidos, se enfrenta-

ron. También ella estaba en ropas de noche, y tenía en la mano derecha la herramienta de su oficio, una aguja de hoja alargada.

Tampoco ella había sido capaz de negarse el último lucro que le permitían la poca amistosa

actitud de los vecinos y mi ausencia. Por un instante se miraron con furia a los ojos y luego saltaron juntos con ira indescriptible. Luchaban alrededor de la habitación, maldiciendo el hombre, la mujer chillando, ambos peleando como demonios, ella para herirlo con la aguja, él para ahorcarla con sus grandes manos desnudas. No sé cuánto tiempo tuve la desgracia de observar ese desagradable ejemplo de infelicidad doméstica, pero por fin, después de un forcejeo particularmente vigoroso, los combatientes se separaron repentinamente.

El pecho de mi padre y el arma de mi madre mostraban pruebas de contacto. Por un momento se contemplaron con hostilidad, luego, mi pobre padre, malherido, sintiendo la mano de la muerte, avanzó, tomó a mi querida ma-

dre en los brazos desdeñando su resistencia, la arrastró junto al caldero hirviente, reunió to-

das sus últimas energías ¡y saltó adentro con ella! En un instante ambos desaparecieron, sumando su aceite al de la comisión de ciudadanos que había traído el día anterior la invitación para la asamblea pública.

Convencido de que estos infortunados acontecimientos me cerraban todas las vías hacia una carrera honorable en ese pueblo, me trasladé a la famosa ciudad de Otumwee, donde se han escrito estas memorias, con el corazón lleno de remordimiento por el acto de insensatez que provocó un desastre comercial tan terrible.

UNA CONFLAGRACIÓN IMPERFECTA

Una mañana de junio de 1872, temprano, asesiné a mi padre, acto que me impresionó vivamente en esa época. Esto ocurrió antes de mi casamiento, cuando vivía con mis padres en Wisconsin. Mi padre y yo estábamos en la

biblioteca de nuestra casa, dividiendo el producto de un robo que habíamos cometido esa noche. Consistía, en su mayor parte, en enseres domésticos, y la tarea de una división equitativa era dificultosa. Nos pusimos de acuerdo sobre las servilletas, toallas y cosas parecidas, y la platería se repartió casi perfectamente, pero ustedes pueden imaginar que cuando se trata de dividir una única caja de música en dos, sin que sobre nada, comienzan las dificultades. Fue esa caja musical la que trajo el desastre y la desgracia a nuestra familia. Si la hubiéramos dejado, mi padre podría estar vivo ahora.

Era una exquisita y hermosa obra de artesanía, incrustada de costosas maderas, curiosa-

mente tallada. No sólo podía tocar gran variedad de temas sino que también silbaba como una codorniz, ladraba como un perro, cantaba

como el gallo todas las mañanas, se le diera cuerda o no, y recitaba los Diez Mandamientos. Fue esta última maravilla la que ganó el corazón de mi padre y lo llevó a cometer el único acto deshonesto de su vida, aunque posiblemente hubiera cometido otros si le hubiera perdonado ese: trató de ocultarme la caja aunque yo sabía muy bien que en lo que le concernía, el robo había sido llevado a cabo principalmente para conseguirla.

Mi padre tenía la caja de música escondida bajo la capa; habíamos usado capas como disfraz. Me había asegurado solemnemente que no la había tomado. Yo sabía que sí, y sabía algo que, evidentemente, él ignoraba: o sea, que la caja cantaría con la luz del día y lo traicionaría si me era posible prolongar la división de bienes hasta esa hora. Todo ocurrió como yo lo deseaba: cuando la luz de gas empezó a

palidecer en la biblioteca y la forma de las ventanas se vio oscuramente tras las cortinas, un largo cocorocó salió de abajo de la capa del caballero, seguido de algunos compases del aria de *Tannhäuser* y finalizando con un sonoro clic. Sobre la mesa, entre nosotros, había una pequeña hacha de mano que habíamos usado para penetrar en la infortunada casa; la tomé.

El anciano, viendo que ya de nada servía esconderla por más tiempo, sacó la caja de música de entre su capa y la puso sobre la mesa.

—Córtala en dos si así la prefieres —dijo—. He tratado de salvarla de la destrucción.

Era un apasionado amante de la música y tocaba la armónica con expresión y sentimiento.

Dije:

—No discuto la pureza de sus motivos: sería presunción de mi parte querer juzgar a mi padre. Pero los negocios son los negocios; voy a efectuar la disolución de nuestra sociedad a menos que usted consienta en usar en futuros

robos un cascabel.

—No —dijo después de reflexionar un momento— no, no podría hacerlo, parecería una confesión de deshonestidad. La gente diría que desconfías de mí.

No pude dejar de admirar su temple y su sensibilidad; por un momento me sentí orgulloso de él y dispuesto a disimular su falta, pero un vistazo a la enjoyada caja de música me decidió, y, como ya lo dije, saqué al anciano de este valle de lágrimas. Una vez hecho, sentí una pizca de desasosiego. No sólo era mi padre —el autor de mis días— sino que sin dudas el cadáver sería descubierto. Era ya pleno día y en cualquier momento mi madre podía entrar a la biblioteca. Bajo tales circunstancias consideré que lo prudente era suprimirla también, cosa que hice. Pagué luego a todos los sirvientes y los despedí.

Esa tarde fui a ver al Jefe de Policía, le conté lo que había hecho y le pedí consejo. Me hubiera resultado muy penoso que los acontecimientos tomaran estado público. Mi conduc-

ta hubiera sido unánimemente condenada y los periódicos la usarían en mi contra si alguna vez obtenía un cargo de gobierno. El Jefe comprendió la fuerza de estos razonamientos; él era también un asesino de amplia experiencia. Después de consultar con el Juez que presidía la Corte de Jurisdicción Variable, me aconsejó esconder los cadáveres en uno de los libreros, tomar un fuerte seguro sobre la casa y quemarla. Cosa que procedí a hacer.

En la biblioteca había un librero que mi padre comprara recientemente a un inventor chilado y que no había llenado de libros. El mueble tenía la forma y el tamaño parecidos a esos antiguos roperos que se ven en los dormi-

torios que no tienen clósets, pero se abría de arriba abajo como un camisón de señora. Tenía puertas de vidrio. Había amortajado a mis padres y ya estaban bastante rígidos como para mantenerse erectos de modo que los puse en el librero, del que ya había sacado los estantes. Cerré la puerta con llave y pinché unas cortini-

tas en las puertecitas de vidrio. El inspector de la compañía de seguros pasó media docena de veces frente al mueble sin sospechar nada.

Esa noche, después de obtener mi póliza, prendí fuego a la casa. A través de los bosques me dirigí a la ciudad, que distaba dos millas, en donde me las arreglé para encontrarme en el momento en que la excitación causada por el fuego estaba en su punto más alto. Con gritos de aprehensión por la suerte de mis padres me uní a la multitud y llegué con ellos al lugar del incendio, unas dos horas después de ha-

berlo provocado. La ciudad entera estaba allí cuando llegué precipitadamente. La casa estaba completamente consumida, pero en el extremo del lecho de encendidas ascuas, enhies-to e incólume, se veía el librero. El fuego había quemado las cortinas, pero dejó a la vista las puertas de vidrio, a través de las cuales la fiera luz roja iluminaba el interior. Allí estaba mi querido padre “igualito a cuando vivía”, y al lado su compañera de pesares y alegrías. No

tenían ni un pelo chamuscado y las vestimen-tas estaban intactas. Conspicuas eran las heri-das de su cabezas y gargantas, que en la pro-secución de mis designios me había visto obli-gado a infligirles. La gente guardaba silencio como en presencia de un milagro. El espanto y el terror habían atado todas las lenguas. Yo mismo me sentía muy afectado.

Unos tres años después, cuando los aconte-

cimientos aquí relatados habíanse borrado casi de mi memoria, fui a Nueva York para ayudar a pasar algunos bonos estadounidenses falsos.

Cierto día, mirando distraídamente una mueblería, vi una réplica exacta de mi librero.

–Lo compré por una bicocha a un inventor que abandonó el oficio –me explicó el vendedor–. Decía que era a prueba de fuego porque los poros de la madera fueron rellenos a presión hidráulica con alumbre y el vidrio está hecho de asbesto. No creo que sea realmente a prueba de fuego... se lo puedo dar al precio de un librero común.

–No –le dije– si usted no puede garantizar que es a prueba de fuego, no lo llevaré.

Y le di los buenos días.

No lo hubiera llevado a ningún precio, me despertaba recuerdos sumamente desagradables.

EL HIPNOTIZADOR

Algunos de mis amigos, que saben por casualidad que a veces me entretengo con el hipnotismo, la lectura de la mente y fenómenos similares, suelen preguntarme si tengo un concepto claro de la naturaleza de los principios, cualesquiera que sean, que los sustentan.

A esta pregunta respondo siempre que no los tengo, ni deseo tenerlos. No soy un investigador con la oreja pegada al ojo de la cerradura del taller de la Naturaleza, que trata con vulgar curiosidad de robarle los secretos del oficio. Los intereses de la ciencia tienen tan poca importancia para mí, como parece que los míos han tenido para la ciencia.

No hay duda de que los fenómenos en cuestión son bastante simples, y de ninguna manera trascienden nuestros poderes de comprensión si sabemos hallar la clave; pero por mi

parte prefiero no hacerlo, porque soy de naturaleza singularmente romántica y obtengo más satisfacciones del misterio que del saber. Era

corriente que se dijera de mí, cuando era un niño, que mis grandes ojos azules parecían haber sido hechos más para ser mirados que para mirar... tal era su ensoñadora belleza y, en mis frecuentes períodos de abstracción, su indiferencia por lo que sucedía. En esas circunstancias, el alma que yace tras ellos parecía —me aventuro a creerlo—, siempre más dedicada a alguna bella concepción que ha creado a su imagen, que preocupada por las leyes de la naturaleza y la estructura material de las cosas. Todo esto, por irrelevante y egoísta que parezca, está relacionado con la explicación de la escasa luz que soy capaz de arrojar sobre un tema que tanto ha ocupado mi atención y por el que existe una viva y general curiosidad. Sin

duda otra persona, con mis poderes y oportunidades, ofrecería una explicación mucho mejor de la que presento simplemente como relato.

La primera noción de que yo poseía extraños poderes me vino a los catorce años, en la es-

cuela. Habiendo olvidado una vez de llevar mi almuerzo, miraba codiciosamente el que una niña se disponía a comer. Levantó ella los ojos, que se encontraron con los míos y pareció incapaz de separarlos de mi vista. Luego de un momento de vacilación, vino hacia mí, con aire ausente, y sin una palabra me entregó la canastita con su tentador contenido y se marchó. Con inefable encanto alivié mi hambre y destruí la canasta. Después de lo cual ya no volví a preocuparme de traer el almuerzo: la niña fue mi proveedora diaria; y no sin frecuencia, al satisfacer con su frugal provisión

mi sencilla necesidad, combiné el placer y el provecho, obligándola a participar del festín y haciéndole engañosas propuestas de viandas que, eventualmente, yo consumía hasta la última migaja. La niña estaba persuadida de haberse comido todo ella, y más tarde, durante el día, sus llorosos lamentos de hambre sorprendían a la maestra y divertían a los alumnos, que le pusieron el sobrenombre de Tra-

galdabas, y me llenaban de una paz más allá de lo comprensible.

Un aspecto desagradable de este estado de cosas, en otros sentidos tan satisfactorio, era la necesidad de secreto: el traspaso del almuerzo, por ejemplo, debía hacerse a cierta distancia de la enloquecedora muchedumbre, en un bosque; y me ruborizo en pensar en los muchos otros indignos subterfugios producto de la situación. Como por naturaleza era (y soy)

de disposición franca y abierta, esto se iba haciendo cada vez más fastidioso, y si no hubiera sido por la repugnancia de mis padres a renunciar a las obvias ventajas del nuevo régimen, hubiera vuelto al antiguo, alegremente. El plan que finalmente adopté para librarme de las consecuencias de mis propios poderes, despertó un amplio y vivo interés en esa época, aunque la parte que consistió en la muerte de la niña fue severamente condenada, pero esto no hace a la finalidad de este relato. Después, durante unos años, tuve poca oportu-

unidad de practicar hipnotismo; los pequeños intentos que hice estaban desprovistos de otro premio que no fuera el confinamiento a pan y agua, y a veces, en realidad, no traían nada mejor que el látigo de nueve colas. Sólo cuando estaba por abandonar la escena de estos pequeños desengaños, realicé una hazaña ver-

daderamente importante.

Me habían llevado a la oficina del director de la cárcel y me habían dado un traje de civil, una irrisoria suma de dinero y una gran cantidad de consejos que, debo confesarlo, eran de mucha mejor calidad que la ropa. Cuando atravesaba el portón hacia la luz de la libertad, me di vuelta de súbito y, mirando seriamente en los ojos al director, lo puse rápidamente bajo mi control.

–Usted es un avestruz –le dije.

El examen post mortem reveló que su estómago contenía una gran cantidad de artículos indigestos, la mayor parte de metal o madera. Atragantado en el esófago, un picaporte; lo

que según el veredicto del jurado, constituyó la causa inmediata de la muerte.

Yo era por naturaleza un hijo bueno y afectuoso, pero, al retornar al mundo del que tanto

tiempo había estado separado, no pude evitar recordar que todas mis penas surgían como un arroyuelo de la tacaña economía de mis padres en aquel asunto del almuerzo escolar; y no tenía razón alguna para creer que se habían reformado.

En el camino entre Succotash Hill y Sud Asfixia hay unas tierras donde existió una edificación conocida como rancho de Pete Gilstrap, en donde este caballero solía asesinar a los viajeros para ganarse el sustento. La muerte del señor Gilstrap y el desvío de casi todos los viajes hacia otro camino ocurrieron tan al mismo tiempo que nadie ha podido decir aún cuál fue causa y cuál efecto. De todos modos las tierras estaban ahora desiertas y el pequeño rancho había sido incendiado hacía mucho. Mientras iba a pie a Sud Asfixia, el hogar de mi niñez,

encontré a mis padres, camino de la colina.

Habían atado la yunta y almorzaban bajo un roble, en medio de la campiña. La vista del almuerzo revivió en mí los dolorosos recuerdos de los días escolares y despertó el león dormido en mi pecho. Acercándome a la pareja culpable, que en seguida me reconoció, me aventuré a sugerir que compartiría su hospitalidad. —De este festín, hijo mío —dijo el autor de mis días, con la característica pomposidad que la edad no había marchitado—, no hay más que para dos. No soy, eso creo, insensible a la llama hambrienta de tus ojos, pero...

Mi padre nunca completó la frase: lo que equivocadamente tomó por llama del hambre no era otra cosa que la mirada fija del hipnotizador. En pocos segundos estaba a mi servicio. Unos pocos más bastaron para la dama, y los dictados de un justo reconocimiento pudieron ponerse en acción.

—Antiguo padre —dije—, imagino que ya entiendes que tú y esta señora no son ya lo que

eran.

–He observado un cierto cambio sutil –fue la dudosa respuesta del anciano caballero–, quizás atribuible a la edad.

–Es más que eso –expliqué–, tiene que ver con el carácter, con la especie. Tú y la señora son, en realidad, dos potros salvajes y enemigos.

–Pero, John –exclamó mi querida madre–, no quieres decir que yo...

–Señora –repliqué solemnemente, fijando mis ojos en los suyos–, lo es.

Apenas habían caído estas palabras de mis labios cuando ella estaba ya en cuatro patas y, empujando al viejo, chillaba como un demonio y le enviaba una maligna patada a la canilla.

Un instante después él también estaba en cuatro patas, separándose de ella y arrojándole patadas simultáneas y sucesivas. Con igual de-

dicación pero con inferior agilidad, a causa de su inferior engranaje corporal, ella se ocupaba de lo mismo. Sus piernas veloces se cruzaban

y mezclaban de la más sorprendente manera; los pies se encontraban directamente en el aire, los cuerpos lanzados hacia adelante, cayendo al suelo con todo su peso y por momentos imposibilitados. Al recobrarse reanudaban el combate, expresando su frenesí con los in-nombrables sonidos de las bestias furiosas que creían ser; toda la región resonaba con su clamor. Giraban y giraban en redondo y los golpes de sus pies caían como rayos provenientes de las nubes. Apoyados en las rodillas se lanzaban hacia adelante y retrocedían, golpeándose salvajemente con golpes descendentes de ambos puños a la vez, y volvían a caer sobre sus manos, como incapaces de mantener la posición erguida del cuerpo. Las manos y los

pies arrancaban del suelo pasto y guijarros; las ropas, la cara, el cabello estaban inexpresablemente desfigurados por la sangre y la tierra. Salvajes e inarticulados alaridos de rabia atestiguaban la remisión de los golpes; quejidos, gruñidos, ahogos, su recepción. Nada

más auténticamente militar se vio en Gettysburg o en Waterloo: la valentía de mis queridos padres en la hora del peligro no dejará de ser nunca para mí fuente de orgullo y satisfacción. Al final de esto, dos estropeados, haraposos, sangrientos y quebrados vestigios de humanidad atestiguaron de forma solemne de que el autor de la contienda era ya un huérfano.

Arrestado por provocar una alteración del orden, fui, y desde entonces lo he sido, juzgado en la Corte de Tecnicismos y Aplazamientos, donde, después de quince años de proce-

so, mi abogado está moviendo cielo y tierra para conseguir que el caso pase a la Corte de Traslados de Nuevas Pruebas.

Tales son algunos de mis principales experimentos en la misteriosa fuerza o agente conocido como sugestión hipnótica. Si ella puede o no ser empleada por hombres malignos para finalidades indignas es algo que no sabría decir.

HISTORIA RECOPIADAS

EL CUARTO ESTADO

CORROMPIENDO A LA PRENSA

Cuando a Joel Bird se le ofreció ser gobernador de Missouri, Sam Henly dirigía el Bugle de Berrywood; y apenas se había formalizado la propuesta por la Convención Estatal cuando él se declaró acaloradamente en contra del partido. Sam era un escritor hábil y las mentiras que inventó sobre el candidato ¡eran vergonzosas! Nosotros, sin embargo, soportamos eso muy bien, pero luego Sam cambió rotundamente de política y empezó a decir la verdad. Esto ya era demasiado; el Comité del Condado celebró precipitadamente una reunión, y decidió que había que detenerlo; así que yo, Henry Barber, fui enviado para tomar medidas a ese fin. Sabía algo de Sam: lo había comprado varias veces, y estimaba su valor ac-

tual en unos mil dólares. Esta le pareció al comité una cifra razonable, y cuando se lo mencioné a Sam dijo que “él lo consideraba justo; nunca deberían decir que el Bugle era un periódico de trato difícil.” No obstante, hubo

algún retraso en la reunión del dinero; los candidatos para las oficinas locales no habían dispuesto todavía de sus cerdos otoñales, y se hallaban en apuros financieros. Algunos prestaron un cerdo, uno dio varios kilos de maíz²¹, otro una bandada de pollos; y el hombre que aspiraba a la distinción de Juez del Condado pagó su gravamen con un carro. Estas cosas habían de ser convertidas en dinero con pérdidas ruinosas, y mientras tanto Sam seguía lanzando un incesante torrente de dardos envenenados a nuestra facción política. Nada que yo dijera le haría detenerse; contestaba invariablemente que no habría trato hasta que él

tuviera el dinero. Los hombres del comité estaban furiosos; el asunto requería toda mi elocuencia para impedir que ellos declarasen el

21 Hemos optado por esta traducción de la frase one gavel twenty bushels of corn, pues bushel es una medida anglosajona de áridos sin traducción al español. En Gran Bretaña equivale a 36,36 litros, y en Estados Unidos a 35,24 litros.

contrato nulo y sin efecto; pero finalmente me pasaron un billete de mil dólares nuevo y limpio, que con la mayor urgencia transferí a Sam en su residencia.

Aquella tarde hubo una reunión del comité: todos parecían de nuevo muy alegres, excepto Hooker of Jayhawk. Este viejo desgraciado se sentó cómodamente y movió la cabeza negativamente durante toda la sesión, y justo antes de la clausura dijo, mientras cogía el sombrero

para marcharse, que quizás todo era correcto—
y honesto; que puede que no hubiera embus-
tes, pero que él tenía sus dudas —sí, él tenía sus
dudas²². El viejo refunfuñón repitió esto hasta
que me sacó de quicio más allá del límite.

“Sr. Hooker,” dije, “conozco a Sam Henry
desde que él estaba en la cima, y no hay hom-
bre más honesto en el viejo Missouri. ¡La pala-

²² Bierce reproduce coloquial y dialectalmente el habla de
Hooker of Jayhawk, lo cual sorprende en un escritor que
aborrece los dialectalismos y el slang. En la traducción al
español se pierde ese uso original del inglés.

bra de Sam Henly es tan buena como su bille-
te! Es más, si algún caballero cree que él dis-
frutaría con un funeral de primera clase, y
proporciona los accesorios de luto, yo facili-
taré el cadáver. Y se lo puede llevar a casa
consigo de esta reunión”.

Llegado a este punto el Sr. Hooker estaba intranquilo por marcharse.

Al haberme quitado este asunto de mi conciencia dormí hasta tarde al día siguiente.

Cuando iba por la calle ví enseguida que pasaba algo “malo”. Había corrillos de gente reunidos en las esquinas, algunos leían con ansia el número de aquella mañana del Bugle, otros gesticulaban, y otros caminaban malhumoradamente echando pestes entre dientes, no en voz alta sino grave. De pronto oí un griterío emocionado –un rugido confuso de muchos pulmones, y los pisoteos de innumerables pies. En esta babel de ruidos pude distinguir las palabras “¡Matadle!” “¡Calentadle el pellejo!” y así sucesivamente; y, mirando calle arri-

ba, ví lo que parecía ser toda la población masculina corriendo calle abajo. Yo soy muy exaltado, y, aunque no sabía el pellejo de

quién tenía que ser calentado, ni por qué había que matar a alguien, salí disparado delante de las masas clamorosas gritando “¡Matadle!” y “¡Calentadle el pellejo!” tan alto como el que más, buscando todo el tiempo a la víctima. Bajamos la calle volando como una tormenta; después doblé una esquina, creyendo que el canalla debía haber subido por aquella calle; luego pasé como un rayo por una plaza pública; por un puente; debajo de un arco; finalmente regresé a la calle principal gritando como una pantera, y resuelto a matar al primer ser humano que alcanzara. La muchedumbre seguía mi iniciativa, girando cuando yo giraba, chillando cuando yo chillaba, y –de repente se me ocurrió que ¡era yo el hombre cuyo pellejo había de calentarse!

No hay necesidad de explayarse en la sensación que produjo en mí este descubrimiento;

afortunadamente me encontraba a pocas yardas de las habitaciones del comité, y entré de manera precipitada en éstas, cerrando y echando el cerrojo a las puertas tras de mí, y subiendo las escaleras como un relámpago. El comité se hallaba en una sesión solemne, sentado en una hilera atractiva y uniforme en los bancos delanteros, todos con los codos sobre las rodillas, y la barbilla descansando en las palmas de las manos –pensando. A los pies de cada uno se hallaba una copia descuidada del Bugle. Todos los miembros me miraron fijamente, pero nadie se movió, nadie profirió un sonido. Había algo terrible en este silencio preternatural, y se hacía más impresionante por el ronco murmullo de la multitud en el exterior, que echaba abajo la puerta. No lo podía soportar más, pero me adelanté dando pasos largos y cogí el periódico que yacía a los pies del presidente. En la cabecera de las columnas editoriales, en letras del tamaño de media pulgada,

se encontraban los siguientes asombrosos titu-

lares:

“¡Escándalo miserable! ¡Agresiva corrupción entre nosotros! ¡Los vampiros se frustraron! ¡Henry Barber vuelve a su viejo juego! ¡La rata roe una lima! ¡Las hordas democráticas intentan no hacer caso alguno a la gente libre! ¡Vil tentativa de sobornar al director de este periódico con un billete de veinte dólares! El dinero se ha entregado al asilo de huérfanos.”

No seguí leyendo, pero me quedé completamente inmóvil en el centro de la sala, y caí en un ensueño. ¡Veinte dólares! En cierto modo parecía una simple tontería. ¡Novecientos ochenta dólares! Yo no sabía que había tanto dinero en el mundo. Veinte –no, ¡ochenta y un mil dólares! Había cifras grandes y negras flotando por toda la sala. Cataratas incesantes de ellas descendían por las paredes, se paraban, y

huían espantadas cuando yo las miraba, y comenzaban a ir de nuevo a toda velocidad cuando bajaba la mirada. De vez en cuando la cifra 20 adquiría forma en algún lugar de la

habitación, y después la cifra 980 se deslizaba por encima y la cubría. Luego, como las vacas flacas del sueño de Faraón, todas se marchaban y devoraban los gruesos ceros del número 1.000. Y bailando como mosquitos en el aire había miríadas de fantasmitas con forma de caduceo²³, así \$\$\$\$\$. Yo no entendía nada en absoluto, pero empecé a comprender mi posición. Directamente el viejo Hooker, sin moverse de su asiento, comenzó a apagar el ruido de innumerables pies en las escaleras elevando su delgado falsetto²⁴:

“Quizás, Sr. Presidente, sea todo honesto. Sabemos que el Sr. Henly no sabe decir mentiras; pero yo dudo profundamente de que haya un

remanente debida a este su comité por parte
del caballero que hay en la sala –si él no os

23 El caduceo es un atributo de Mercurio, usado hoy como símbolo del comercio; consiste en una vara lisa, con dos alas a un extremo, rodeada de dos culebras.

24 El falsetto es la voz más aguda que la natural, ya sea al hablar o al cantar.

hubiera enviado a por acces... de luto– a por
funerales de primera clase.²⁵

Me sentí en ese momento como si yo mismo disfrutara interpretando el personaje principal de un funeral de primera clase. Sentía que todos en mi lugar deberían de tener un ataúd bello y cómodo, con una placa de plata, un calentador de pies, y ventanas saledizas para las orejas. ¿Cómo cree usted que se habría sentido?

El salto que di desde la ventana de la sala del

comité, la velocidad en mi carrera hacia el bosque contigo, y mi abnegación por resistirme al impulso de regresar algún día a Berrywood y cuidar de mis intereses políticos y materiales allí han sido cosas por las que he considerado siempre que había de sentirme

25 De nuevo nos encontramos con un párrafo pronunciado por Hooker de Jayhawk, y que en el original aparece cargado de coloquialismos y dialectalismos, imposibles de emular en la versión española.

orgullosa en justicia, y espero estar orgullosa de ellas.

HISTORIAS RECOPIADAS

LAS OLAS DEL OCÉANO

UN CARGAMENTO DE GATOS

El día 16 de junio de 1874 el barco Mary Jane navegaba desde Malta excesivamente cargado de gatos. Este cargamento nos dio bastantes problemas. No estaba dispuesto en pacas, sino que había sido descargado en la bodega a granel. El capitán Doble, que una vez había comandado un barco que transportaba carbón, decía que creía que este plan era el mejor.

Cuando la bodega estaba llena de gatos se aseguró la escotilla con listones y nosotros nos sentimos bien. Desgraciadamente el segundo

de a bordo, pensando que los gatos tendrían sed, introdujo una manguera en una de las escotillas y bombeó una cantidad considerable de agua, y los gatos de los niveles inferiores se ahogaron todos.

Usted ha visto un gato muerto en un estanque: recuerde su circunferencia a la altura de la cintura. El agua multiplica la magnitud de un gato muerto por diez. El primer día fuera se observó que el barco estaba muy deforma-

do. Medía tres pies en anchura más de lo normal y tanto como diez pies menos en longitud. La convexidad de su cubierta había aumentado visiblemente de popa a proa, pero apuntaba hacia arriba en ambos extremos. El timón no tenía agua y el barco sólo respondía al timón cuando navegaba contra una fuerte brisa: cuando se forzaba el timón hacia un lado rozaba el viento y torcía el barco; y después ya

no se gobernaba más. Debido a la curvatura de la quilla, los mástiles se unían en lo alto, y un marinero que había ascendido por el trinquete se quedó perplejo, bajó por el palo de mesana, miró por la popa a las costas ya distantes de Malta y gritó: “¡Tierra a la vista!” Todos los cerrojos del barco se estaban rompiendo; el agua a cada lado era azotada hasta convertirse en espuma por la tempestad de cerrojos volantes que el barco arrojaba en cada latido del cargamento. El barco se estaba hundiendo tranquilamente sin ayuda del viento o de las olas, por la energía puramente interna de la expan-

sión felina.

Fui a hablar con el capitán sobre esto. Estaba en su posición favorita, sentado en cubierta, apoyando la espalda contra la brújula, haciendo una V con sus piernas, y fumando.

“Capitán Doble,” le dije, tocando respetuo-

samente mi sombrero, el cual en realidad no era digno de respeto, “este palacio flotante sufre de curvatura de la columna vertebral y además está muy hinchado”.

Sin levantar los ojos reconoció cortésmente mi presencia dando golpecitos a las cenizas de su pipa.

“Permítame, capitán,” le dije, digna y sencillamente, “repetir que este barco está muy hinchado”.

“Si eso es verdad,” dijo el intrépido marino, alargando la mano para coger su petaca, “creo que convendría frotar el barco con linimento. Hay una botella en mi camarote. Sugiéraselo mejor al primer oficial”.

“Pero, capitán, no hay tiempo para trata-

miento empírico; algunas tablas en la línea del agua se han torcido.”

El capitán se levantó y miró por la popa,

hacia la tierra; fijó los ojos en la estela espumante; observó el agua a estribor y a babor.

Después dijo:

“Amigo mío, se ha torcido toda esta cosa maldita.”

Triste y silenciosamente me aparté de aquel terco y caminé. De pronto “¡hubo una explosión atronadora!” La escotilla que había sujetado el cargamento salió despedida dando vueltas en el espacio y navegando en el aire como una hoja que arrastra el viento. Una columna uniforme y cuadrada de gases ascendía por el hueco de la escotilla. Aumentaba de manera imponente e impresionante –se alzaba lenta, serena y majestuosamente hacia el cielo, a la vez que la enervante quilla separaba los topes para darle una oportunidad justa. He estado en Nápoles y he visto el Vesubio pintando la ciudad de rojo –desde Catania se ha mar-

cado a lo lejos, en las faldas del Etna, la terrible persecución de la lava tras el gallo asombrado y el cerdo desesperado. La corriente roja del cráter del Kilauea²⁶, introduciéndose en los bosques y lamiendo toda la tierra hasta quedar limpia, es para mí tan familiar como mi lengua madre. He visto glaciares, con mil años y bastante desnudos, dirigiéndose hacia un valle lleno de turistas a la velocidad de una pulgada al mes. He visto una solución saturada de un campo minero bajando por un río de montaña, para hacer una visita amistosa a los granjeros del valle. He permanecido detrás de un árbol en el campo de batalla y he visto una sólida milla cuadrada de hombres armados moviéndose con irresistible ímpetu hacia la retaguardia. Cuando algo grandioso en magnitud o movimiento figura en el programa generalmente me las arreglo para abrir-me camino en

²⁶ El Kilauea es un volcán de la isla de Hawai, de unos

1.246 metros de altura.

el espectáculo, y al relatarlo soy hombre de veracidad poco escrupulosa; pero rara vez he observado algo semejante a ¡aquella sólida columna gris de gatos malteses!

No es necesario explicar, supongo, que cada miembro individual del grupo, con esa disponibilidad de recursos que distingue a la especie, había agarrado con uñas y dientes tantos otros como había podido enganchar. Esto protegía la formación. Hacía la columna tan rígida que cuando el barco se balanceaba (y el Mary Jane era un demonio de balanceo) oscilaba de lado a lado como un mástil, y el primer oficial dijo que si seguía creciendo tendría que ordenar que la cortaran o de lo contrario nos haría zozobrar.

Algunos marineros fueron a trabajar a las

bombas, pero éstas no descargaban nada sino piel. El capitán Doble levantó los ojos desde los dedos de los pies y gritó: “¡Echemos el ancla!” pero al asegurarse de que nadie lo tocaba, se disculpó y continuó con su ensueño. El ca-

pellán dijo que si no había inconvenientes a él le gustaría ofrecer una oración, y un jugador de Chicago, mostrando una baraja de naipes, propuso jugar a la primera sota. Se adoptó el plan del párroco, y cuando él profirió el “amén” final, los gatos iniciaron un himno. Todos los vivos estaban ahora sobre la cubierta, y todo hijo de madre cantaba. Tenían una voz bastante buena, pero no oído. Casi todas sus notas en el registro más alto eran más o menos cascadas y desobedientes. Lo singular de las voces era su compás. En aquella multitud había gatos de diecisiete octavas, y la media no era inferior a doce.

Número de gatos, según factura

127.000

Número estimado de gatos

hinchados muertos

6.000

Cantores en total

121.000

Número medio de octavas por gato 12

Octavas en total

1.452.000

Fue un gran concierto. Duró tres días y tres
noches, o, contando cada noche como siete

días, veinticuatro días en total, y nosotros no pudimos ir abajo a buscar provisiones. Al final de ese período el cocinero se presentó removiendo algunas judías en un sombrero, y sosteniendo un gran cuchillo.

“Camaradas de a bordo,” dijo, “hemos hecho todo lo que los mortales pueden hacer. Echémolos ahora a suertes”.

Nos vendaron los ojos por turnos, y lo echamos a suertes, pero justo cuando el cocinero estaba forzando al hombre más gordo a aceptar la fatal judía negra, el concierto se paró de manera tan repentina que despertó al vigía.

Un momento después todos los gatos se desasieron de sus vecinos, la columna perdió su cohesión y, con 121.000 golpes sordos y repugnantes que sonaron como uno, todo el asunto cayó sobre la cubierta. Luego con un feroz maullido de despedida aquella multitud

felina saltó al agua bufando y ¡empezó a nadar en dirección sur hacia las costas africanas!

La prolongación meridional de Italia, como todo escolar sabe, se asemeja en la forma a una enorme bota. Nosotros habíamos ido arrastrados por la corriente cerca de Italia. Los gatos de la estructura lo habían divisado, y en sus imaginaciones despiertas influyó al instante un gran sentido del tamaño, peso y probable ímpetu de su arrojado sacabotas.

LISTA DE CUENTOS POR COLECCIÓN

THE FIEND'S DELIGHT

One more unfortunate

Current journalings

The glad new year

The heels of her

Musings, philosophical and theological

TELARAÑAS DE UN CRÁNEO VACÍO

Fables of Zambri, the parsee

Brief seasons of intellectual dissipation

DIVERS TALES

The grateful bear

The setting Sachem

Feodora

The legend of immortal truth

Converting a prodigal

Four jacks and knave

Dr. Deadwood, I presume

Nut-cracking

The magician's little joke

Seafaring

Tony Rollo's conclusion

No charge for attendance

Permicketty's fright

Juniper

Following the sea

A tale of Spanish vengeance

Mrs. Dennison's head

A fowl witch

The civil service in Florida

A tale of the Bosphorus

John Smith

Sundered hearts

The early history of Bath

The following dog

Snaking

Maud's papa

Jim Beckwourth's pond

Stringing a bear

EN MEDIO DE LA VIDA:

CUENTOS DE SOLDADOS Y CIVILES

CUENTOS DE SOLDADOS

El jinete en el cielo

El incidente en el Puente del Búho

Chickamauga

Un hijo de los dioses

Uno de los desaparecidos

Muerto en Resaca

El caso del desfiladero de Coulter

El golpe de gracia

Parker Adderson, filósofo

Una escaramuza en los puestos de avanzada

Historia de una conciencia

Una clase de oficial

Un oficial, un hombre

George Thurston

El sinsonte

CUENTOS DE CIVILES

El hombre que salía de la nariz

Una aventura en Brownville

El famoso legado Gilson

El solicitante

Un vigilante junto al muerto

El hombre y la serpiente

Un terror sagrado

El entorno conveniente

La ventana entablada

Una dama de Redhorse

Los ojos de la pantera

NOVELAS CORTAS

El monje o la hija del verdugo

¿PUEDE SUCEDER ESTO?

La muerte Halpin Frayser

El secreto del barranco de Macarger

Una noche de verano

Una carretera iluminada por la luna

Un diagnóstico de muerte

El maestro de Moxon

Una dura pelea

Uno de gemelos

El valle encantado

La jarra de sirope

La alucinación de Staley Fleming

Una identidad reanudada

Un vagabundo infantil

Los sucesos nocturnos en el Barranco del

Muerto

Al otro lado de la pared
Un naufragio psicológico
El dedo corazón del pie derecho
El funeral de John Mortonson
El reino de lo irreal
El reloj de John Bartine
El engendro maldito
El pastor Haïta
Un habitante de Carcosa
El desconocido

HISTORIAS DE FANTASMAS

LAS FORMAS DE LOS FANTASMAS

Testigo de un ahorcamiento
Un saludo frío
Un telegrama
Una detención
A man with two lives
Three and one are one
A baffled ambushade

Two military executions

ALGUNAS CASAS EMBRUJADAS

La Isla de los Pinos

Una tarea infructuosa

Una parra sobre una casa

En casa del viejo Eckert

La casa espectral

Los otros huéspedes

La cosa en Nolan

DESAPARICIONES MISTERIOSAS

La dificultad de cruzar un campo

La carrera inconclusa

El rastro de Charles Ashmore

Con la ciencia al frente

HISTORIAS RECOPIADAS

RELATOS INSIGNIFICANTES

Una tumba sin fondo
Jupiter Doke, brigadier-general
El viudo Turmore
Visiones de la noche
The city of the gone away

El cuento del comandante
Una vaca almohazada
Un rebelión de los dioses
The baptism of Dobsho
The race at Left Bower
The failure of Hope and Wandel
Perry Chumly's eclipse
A providential intimation
El salto mortal del Sr. Swiddler
El cuentecito

EL CLAN DE LOS PARRICIDAS

Mi crimen favorito
Aceite de perro
Una conflagración imperfecta

El hipnotizador

EL CUARTO ESTADO

Mr. Masthead, journalist

Why I am not editing “The Stinger”

Corrompiendo a la prensa

“The Bubble reputation”

LAS OLAS DE LO CÉANO

A shipwreckollection

The captain of “The Camel”

The man overboard

Un cargamento de gatos

OTRAS HISTORIAS

Ashes of the beacon

An historical monograph written in 4930

The land beyond the blow

Thither

Song of the fair star

An interview with Gnarmag-Zote

The Tamtonians

Marooned on Ug
The dog in the Ganegwag
A conflagration in Ghargardoo
An execution in Batrugia
The jumjum of Gokeetle-Guk
The kingdom of Tortirra
Hither
For the Akhoond
John Smith, liberator
Bits of autobiography
What I saw of Shiloh

A little Chickamauga
The crime at Pickett's Mill
Four days in Dixie
What occurred at Franklin
Working for an empress
Across the plains
The mirage
A sole survivor

The song

